



*La magia de pertenecer*

---

EL OCÉANO DE TUS OJOS

---

*Beatriz Gefer*

Licencia de uso para esta edición: La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de descargar tu propia copia en el sitio web correspondiente. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

\*\*\* \*\*

—

*Relato en un día de Diciembre.*

***El círculo del amor perfecto.***

*Por todas partes hay princesas escondidas resignadas a permanecer ocultas a la vista de los demás hasta que un día aparece alguien que puede verlas, pero verlas de verdad, por dentro. Si la princesa tiene suerte, el caballero que la ha visto, la tomará de la mano y la ayudará a salir poco a poco de su escondite para amarla de todas las formas en las que un hombre puede amar a una mujer. Si el caballero tiene suerte, la princesa le entregará su cuerpo, su mente y su alma sin reservarse ninguna parte. Ella le dirá que quiere ser su huella, no su cicatriz. Él le dirá que ella es una persona especial, mágica y que nunca podrá olvidarla porque ya forma parte de él. Los dos son conscientes de lo que fueron en el pasado, de lo que son en el presente y de lo que podrán ser en el futuro. Ella dice que son almas enamoradas que nunca mueren y que se reencuentran a lo largo de la eternidad reencarnadas en otros cuerpos. Nunca se atrevieron a decir que aquello tenía que ser lo que todo el mundo llama amor verdadero y que, una vez encontrado, uno no puede escapar de él porque ya no son dos personas que puedan vivir por separado, ahora comparten una única alma. El destino les debe que el tiempo, los momentos y los espacios coincidan, porque su amor es infinito y crecerá cada día hasta poder completarse cerrando el círculo, el círculo del amor perfecto*

*B&B*

## CAPITULO 1

*“La decisión de besar por primera vez es la más crucial en cualquier historia de amor.”*

*Emil Ludwing*

Carlos llegó a la puerta de urgencias del Hospital Gregorio Marañón casi hora y media después de haber abandonado la celebración de la boda de Héctor y Lola. Aún vestía el pantalón y la camisa de su esmoquin, pero había dejado en el coche la chaqueta y la pajarita. No había querido perder el tiempo cambiándose cuando supo que Mel llevaba horas en el hospital sin que nadie se preocupase por ella. Se limitó a recoger las prendas del armario de su habitación en el hotel y a introducirlas de cualquier manera en la pequeña maleta que había llevado para pasar el fin de semana en Toledo. Durante todo el tiempo que duró el viaje, repasó una y otra vez lo sucedido desde el jueves por la tarde. Mel se presentó en la peluquería de Lola mientras todos los amigos estaban celebrando la nueva etapa empresarial de La Pelu de Lola. Carlos nunca había oído hablar a Lola de Mel, la hermana pequeña de Juan, su exmarido. Carlos odiaba a Juan, lo odiaba por ser un maltratador, por traficar desde su cadena de gimnasios con anabolizantes y otras sustancias dopantes y por haberle hecho daño a sus mejores amigas. A Helena, la mujer de Jack, la había herido en un altercado en el Chances, uno de los locales de copas que su amigo Héctor tenía en la capital, además, como no se había atrevido con el apartamento de Lola, Juan había ordenado asaltar el domicilio de Helena poniéndolo todo patas arriba. A Lola, la reciente esposa de Héctor, la había maltratado de todas las formas posibles en las que un hombre puede maltratar a una mujer, aún se le ponían los pelos de punta cuando recordaba las fotos que figuraban en el expediente que le habían entregado para preparar la demanda contra Juan. Las heridas en cara y cuerpo habían sanado, sin embargo, las heridas emocionales de la violencia machista casi consiguen destruir la pareja que Héctor y Lola luchaban por formar. Por fortuna todo eso había quedado atrás y ahora ambos estarían disfrutando de sus invitados ya que, cuando él abandonó el hotel, aún no había terminado el baile nupcial. Tenía el cuerpo vuelto del revés desde que recibió la llamada del agente Velasco comunicándole que, aquella misma mañana, un vecino había alertado de la agresión a una mujer en el apartamento de Lola, al parecer, había visto a dos tipos huir por las escaleras dejando atrás a una Mel herida e inconsciente. La policía había tardado horas en percatarse de que ese era el domicilio de la mujer



que les había ayudado a detener a Juan Fernández, fue entonces cuando se pusieron en contacto con el agente al cargo de aquel operativo, que no era otro que Jaime. Éste les había informado que el domicilio de Lola estaba siendo ocupado por su ex cuñada y hermana de Juan, Carmen Fernández, Mel, su Mel. La misma Mel que él había acompañado el día anterior a la comisaría para informar a la policía que, tras visitar a su hermano en la cárcel, éste le había ordenado retirar una enorme cantidad de dinero de una cuenta bancaria que Juan había abierto a su nombre, pero cuya existencia Mel desconocía hasta aquel mismo instante. Con ese dinero, el próximo jueves Mel debía de acudir a una gasolinera a las afueras de Madrid donde se encontraría con alguien, gente peligrosa según su hermano, que la estaría esperando para recibir el pago de una supuesta deuda que él había contraído. El malnacido de Juan no había tenido reparos en involucrar a su inocente hermana en sus tejemanejes, en sus actividades ilícitas y, en vez de protegerla, no había tenido escrúpulos en enviarla directamente a las fauces del lobo. Carlos se jugaba todo lo que tenía a que lo que le había sucedido a Mel estaba directamente relacionado con esa deuda. Le tembló el corazón al recordar el aspecto desamparado que presentó la chica cuando, asustada, había acudido junto a su ex cuñada con la intención de pedirle disculpas por el comportamiento de su hermano. Aunque en un primer momento ninguno de los presentes la creyó, Mel sostenía que acababa de enterarse de todas las mentiras de Juan. Se la veía muy perdida asumiendo que, además de un maltratador, su hermano era un traficante encarcelado. La buena de Lola no había permitido que ninguno de los presentes, sobre todo Héctor y Jack, culpasen a Mel de las acciones de su exmarido. Había zanjado las protestas de ambos asegurando que Juan no había sido un buen marido, ni tampoco había sido un buen hermano y que ella estaba dispuesta a que Mel continuase en su vida. Entonces fue cuando él entró en acción, aún ahora no entendía muy bien lo que lo había motivado a acercarse a la chica, la mano le picaba recordando el momento en el que acunó su mejilla y barrió sus lágrimas con el dedo pulgar. La sintió temblar asumiendo su derrota, había acudido en busca de ayuda y se había encontrado con dos machos alfa cuya principal misión era la de proteger a sus mujeres de la influencia de Juan y Mel, para su desgracia, era la única familia de Juan. La casualidad había hecho que uno de sus tutores en la Universidad de Navarra, como respuesta a la desesperada petición de ayuda de Mel cuando ésta había descubierto su precaria situación en Madrid, le hubiese concertado una entrevista de trabajo en Anderson & Asociados. Esa era, ni más ni menos, que la empresa de seguridad de la familia de Jack, el marido de Helena, que también

tenía a Juan en su punto de mira. Esa entrevista se había esfumado en el aire cuando su amigo supo la identidad de la candidata, sin embargo, no todos le habían dado la espalda a Mel. Carlos estaba seguro de que Lola y Helena estaban actuando como celestinas cuando le hicieron a Mel la misma propuesta que Carlos le había hecho en su día a Helena. La embarazada mujer de Jack era su ayudante, su secretaria, y no dudó en hablar por él cuando le propuso a Mel el trabajar codo a codo con ellos en previsión de su próxima baja maternal. Helena le había confirmado que, al igual que Carlos había hecho con ella en su día, se le descontaría de la nómina una pequeña parte, ello le permitiría cubrir la minuta de la asistencia legal que se le prestaría desde el despacho y que, era evidente, Mel iba a necesitar para salir del atolladero en el que estaba metida. Helena se mantuvo firme a pesar de Jack, éste se negaba en rotundo a que la hermana de Juan estuviese dentro de las instalaciones de Anderson & Asociados. No hacía mucho que Carlos había aceptado la oferta de Jack de trasladar allí su despacho, él era consciente de que el principal motivo que había tenido su amigo para hacerle aquella oferta, no era otro que el deseo de que su mujer trabajase cerca de él. Aún a riesgo de perder una cuenta como la de Anderson & Asociados, Carlos se enfrentó a Jack. También hubo de plantarle cara a Héctor, quien tampoco soportaba la idea de que algo cercano a Juan volviese a tocar de cerca a su mujer. Al final, entre los tres habían conseguido vencer a sus dos amigos, Mel acababa de entrar en su círculo.

—Abogado.

Carlos se volvió al escuchar el apelativo por el cual solían llamarlo los inspectores Hernández y Ferreras, a los que él y sus amigos habían prestado ayuda en dos de sus últimos casos. No eran ellos. Era Jaime. Hacía semanas que no lo veía, desde que Lola había firmado su declaración como partícipe en el operativo para detener a Juan. Su aspecto seguía siendo el mismo de entonces, cabeza afeitada, barba negra muy poblada y unos ojos verdes tan claros que parecían transparentes. Como siempre, vestía de paisano y de negro, llevaba una ajustada camiseta de manga corta que dejaba al descubierto sus musculosos brazos, uno de ellos lleno de tatuajes tribales de colores vibrantes. Su rostro era serio y a Carlos le temblaron las manos al saber que no era portador de buenas noticias, intentó dominarse y procedió a saludarlo. Jaime le estrechó la mano y le golpeó amistosamente la espalda.

—¿Mel?

—Está inconsciente. Lleva horas así.

Carlos agachó la cabeza sintiéndose culpable y sus palabras no ocultaron su amargura.

—Es mi culpa. Debí prever que, estando Juan involucrado, Mel no estaba fuera de peligro.

—También es mi culpa —Reconoció Jaime —Imaginé que ibais a actuar como habíais hecho con Lola. Debí preguntar si iba a estar protegida. Lo siento de veras Carlos, últimamente tengo la sensación de que no hago más que pasar cosas por alto.

Carlos aceptó sus disculpas sabiendo que Jaime aún se torturaba por el riesgo que había corrido Lola durante el operativo para detener a Juan, la habían dejado sola con su exmarido más tiempo del previsto aunque, por fortuna, Lola sólo había recibido un pequeño rasguño durante el forcejeo con Juan.

—Ahora poco importa eso —Le aseguró Carlos —No voy a volver a subestimar a Juan y sé que tú tampoco lo harás.

—Que te quede claro Carlos... voy a estar informado de todo lo que hace en la cárcel, a quién recibe, a quién llama, cuando mea... todo... ese cabrón lo tiene jodido conmigo.

Carlos volvió a asentir, sin embargo, en ese momento, él sólo tenía una preocupación, Mel. Temía haberla perdido antes incluso de haberla podido besar por primera vez, antes de haber podido comprobar si toda aquella electricidad que se había generado entre ambos en las dos ocasiones que se habían visto quería decir lo que él pensaba. Tenía pánico a la siguiente pregunta, pero debía hacerla lo antes posible.

—¿Qué le han hecho esos cabrones? ¿La han...? —En su cabeza se acumulaban las palabras para nombrar su temor, violado, vejado, forzado... no fue capaz de verbalizar ninguna de ellas.

Jaime lo miró a los ojos. Entendía a la perfección lo que Carlos le estaba preguntando y también acababa de comprender que Mel era para el abogado mucho más que una clienta llegada de rebote a su despacho. Le fue franco.

—No —Le adelantó justo antes de relatarle los pormenores que le iban a provocar casi el mismo daño que si la respuesta hubiese sido afirmativa —La ha revisado una ginecóloga de guardia, la Doctora Garbajosa.

—La conozco bien. Es una excelente profesional.

—Carlos —Jaime lo soltó todo de un tirón —El caso es que cuando los agentes llegaron al apartamento se encontraron a Mel tirada en el suelo, en medio de la sala de estar y desnuda, el pijama estaba hecho jirones a su lado,

tenía marcas de golpes por todo el cuerpo, incluidos los muslos —Levanto la mirada para enfrentar al abogado y le posó una mano en el hombro —Creemos que el vecino fue providencial para evitar la agresión, debió de hacer algún ruido que los alertó y huyeron justo antes de que él llegase.

Carlos tenía un nudo en la garganta. ¡Joder! ¡Hijos de puta! Recordó su mirada resignada cuando la dejó en el apartamento tras la visita a la comisaría. Él había deseado besarla y ella lo había percibido, se había quedado muy quietecita en medio del salón, sin rehuirle y con la mirada fija en sus ojos, en cambio, él había optado por despedirse con una leve caricia en la mejilla, se había excusado con ella diciéndole que debía de partir para no llegar tarde a la cena que le habían organizado a Héctor en su última noche de soltero. “El lunes hablaremos” le había dicho. Mel se había limitado a asentir y a no moverse mientras él abandonaba el apartamento cerrando la puerta a sus espaldas. Ni tan siquiera le había preguntado por sus planes para el fin de semana, sin familia, sin amigos en Madrid había sido un cabrón insensible al no interesarse por ello. En aquellos momentos su único objetivo había sido huir de lo que Mel hacía a sus sentidos, porque aquella pequeña mujer de veinticinco años estaba poniendo todo su interior patas arriba y, en su fuero interno, sabía que un beso no hubiera sido suficiente y la cena con Héctor habría quedado olvidada. Bien, última vez que contenía sus ganas de besarla, la próxima vez, si había una próxima vez, no echaría el freno a sus instintos.

—¿Puedo verla?

—Hace un par de horas que la han subido a una habitación. Les he ordenado que sea una habitación individual y le he puesto vigilancia las veinticuatro horas del día. El primer agente ya llegado, por eso yo he bajado a esperarte.

—Gracias Jaime —Carlos estaba satisfecho con lo dispuesto por el agente. No sabía si sus recursos económicos iban a bastar para pagar los servicios de Gus, el fiel empleado de Héctor que se había encargado de escoltar a Lola mientras se esperaba a que su exmarido fuera detenido. En todo caso, iba a hablar con Héctor al respecto en cuanto éste volviese a Madrid. Los recién casados habían pospuesto su luna de miel ya que el embarazo gemelar de Lola requería más revisiones de las habituales y tenían programadas varias citas en los próximos días. No pudiendo hacer nada más respecto a ese tema hasta hablar con su amigo, lo apartó de su mente para percatarse de que Jaime aún no le había respondido. —¿En qué habitación está?



Jaime se rascó la cabeza indeciso, había acordado con los médicos unas pautas muy determinadas para las visitas. Habían pactado que sólo podría entrar la familia y siempre previa autorización de Jaime. Las medidas adoptadas le sentarían al abogado como una patada en el culo.

—He de autorizar cualquier visita. Los médicos y yo lo hemos decidido así. Sólo la familia.

Carlos no podía creer lo que estaba escuchando. Aquel Geyperman, como Gus lo llamaba, no tenía ni puta idea de lo que estaba diciendo. Por sus cojones que él iba a pasar la noche con Mel. Familia... si la pobre chica, que él supiese, no tenía familia.

—Yo soy su única familia.

—Venga Carlos... —le dijo Jaime molesto—, no me jodas...

—Te lo voy a repetir... a ver si te enteras de una vez —Carlos habló con un tono de voz bajo pero firme —Yo. Soy. Su. Única. Familia. Su hermano está en la cárcel, ya lo has oído cuando la interrogaste en la comisaría, la criaron sus abuelos y ambos están muertos.

—Eso no quiere decir que tú seas su familia.

—No. Eso quiere decir que Mel es mía, mejor dicho, va a ser mía.

—¿Es tu prometida? —Jaime lo miró con los ojos entrecerrados intentando averiguar la veracidad de esa afirmación.

—Llámalo como quieras —A Carlos le valía —Ahora llévame junto a ella o te juro que llamo a Laura, la Doctora Garbajosa, y me cuele en la habitación.

—¿Es una amenaza? —A Jaime le estaba tocando los cojones el tono chulesco del abogado.

—Mira Jaime... —Había llegado la hora de jugar sucio—. ¿Recuerdas el operativo para detener a Juan? —Lo vio asentir—. Pues entonces recordarás tan bien como yo a cierto agente de la UDEV que abrazaba a Lola mirándola como si estuviese dispuesto a cargársela sobre un hombro para reclamarla como suya, todo ello a pesar de que sabía que era la mujer de otro hombre.

Jaime abrió y cerró la boca ahogando una maldición. Sabía que en algún momento le pasaría factura el instante de flaqueza que sufrió cuando Lola se refugió en su abrazo llorando desconsolada. Jack, Carlos y Gus habían percibido con claridad que él estaba muy atraído por aquella mujer y, aunque al final había aceptado su derrota con deportividad y se había apartado a un lado, el abogado no estaba dispuesto a olvidarlo. Las palabras de Carlos le dieron la estocada final.

—Ahora yo soy ese agente y Mel es Lola. La diferencia es que no hay un Héctor, así que... dime Jaime ¿Vas a llevarme de una puta vez con Mel?

Jaime asintió con la cabeza y, sin pronunciar palabra, acompañó al abogado hasta la habitación de Mel. Informó al agente que hacía guardia en la puerta de que, por el momento, Carlos era la única visita autorizada en aquella habitación, al tiempo que procedía anotar su nombre y DNI en el listado en el que ya figuraban los médicos que la estaban tratando y todo el personal de la planta del hospital en la que habían instalado a Mel.

Carlos cerró la puerta a sus espaldas, la habitación estaba a oscuras, la única iluminación provenía de las luces halógenas que estaban encima de la cama. Se acercó con el corazón latiendo a toda velocidad. Mel estaba tumbada de espaldas, la sábana la tapaba hasta el pecho y tenía los dos brazos estirados por fuera de la misma. En una de sus muñecas tenía una vía a través de la cual suponía le estaban administrando alguna medicación, algún tipo de calmante a tenor de las marcas que había por todos sus brazos. Tragó saliva y la miró a la cara, no estaba preparado para ver los golpes desfigurando su precioso rostro, aquello era como las imágenes de Lola que había guardado en la caja fuerte de su despacho. La diferencia era que a él, esperaba que Lola lo entendiese, esos golpes le dolían diferente, había sentido la necesidad de golpear a Juan cuando vio las fotos de su amiga, sin embargo, ahora estaba seguro de que sería capaz de matarlo si lo tuviese delante. Tenía los puños cerrados con fuerza a sus costados y estaba apretando la mandíbula hasta casi rompérsela para contener el grito de frustración que amenazaba con salir de su garganta. Pasó unos minutos grabando en su memoria todos y cada uno de los golpes de su rostro, la mejilla derecha, encima de la ceja izquierda, la barbilla... descendió y comprobó que el camión dejaba a la vista uno de sus hombros, allí también había un gran golpe, los brazos parecían gemelos al tener marcas casi simétricas, cerca de la muñeca izquierda había una venda con un rastro de sangre. No se atrevió a levantar la sábana para mirar el resto del cuerpo. Tomó aire y se agachó hasta que sus caras quedaron a la misma altura, le acarició el cabello, lo tenía extendido en la almohada y, efectivamente, no se había equivocado, era de un precioso color miel que pasaba desapercibido cuando Mel se lo recogía en una coleta. La mano le tembló, el cabello era suave y ligeramente ondulado. Quiso besarla, pero no iba a hacerlo en los labios, ese beso estaba reservado para cuando ella estuviese consciente, consciente para recibirlo y para desearlo. Posó sus labios suavemente en la frente justo en el lado que estaba libre de golpes.

—Nena... Mel... soy Carlos. Siento mucho no haberte protegido mejor.

Mel no se movió y Carlos se levantó para coger una de las sillas que había en la habitación, la acercó a la cama y se sentó. Apenas podía acomodarse en ella su metro noventa y cinco pero no le importó. Le tomó la mano en la que tenía la vía y comenzó a acariciarle los dedos mientras fijaba la vista en su rostro dispuesto a no moverse de allí hasta que Mel abriese los ojos. Quería que la suya fuera la primera imagen que ella viese cuando recuperase la conciencia.

Mel sentía los párpados pesados y un dolor sordo le recorría todo el cuerpo. Le dolía todo, desde el pelo hasta los dedos de los pies, intentó abrir los ojos pero no pudo. La cabeza también le dolía y notaba un hormigueo en su mano, era como una caricia y aquella era una sensación totalmente diferente a la que sentía en el resto de su cuerpo. Intentó abrir los ojos de nuevo y la luz le molestó cuando consiguió entreabrirlos, los volvió a cerrar con rapidez y se asustó ligeramente cuando sintió que alguien se cernía sobre ella. Su mente intentaba prevenirla acerca de algún peligro pero ella no era capaz de distinguir qué era lo que le estaba sucediendo, estaba asustada y a sus oídos llegó una voz que le habló de manera muy suave.

—Mel cariño... abre los ojos... soy Carlos. Estás a salvo.

Carlos se había levantado como un resorte cuando la vio abrir los ojos. Llevaba cuatro horas sin moverse de su lado, eran casi las cinco de la mañana y varias enfermeras habían pasado por la habitación para verificar las constantes vitales de Mel. Lo hacían aproximadamente cada hora, de hecho, no faltaría mucho para que volviesen a aparecer por allí. Antes de que los médicos se la arrebatasen, tenía que hablar con ella.

—Venga cariño... abre los ojos...

Carlos, era Carlos el que le hablaba. No sabía que el indiferente, como lo había bautizado el día en que lo conoció, pudiese hablar tan dulce. Sabía que sus manos eran dulces, la había acariciado un par de veces pero su voz, su voz sonaba tan distinta al tono profesional que había utilizado con ella, que hizo el esfuerzo de abrir los ojos para comprobar que quien le hablaba era realmente aquel adonis rubio de ojos azules.

—Eso es —Carlos esbozó la sonrisa que derretía a todas las mujeres entre ocho y ochenta años en un radio de un kilómetro a su alrededor, por lo menos así era como Lucía, la madre de su amigo Jack, había bautizado a esa sonrisa — Nena... tienes unos ojos preciosos...

Era Carlos, no le cabía duda, estaba viendo muy cerca de su cara. Era el hombre más guapo que Mel había visto en su vida y su corazón latía loco cada

vez que lo tenía cerca. Ahora no era una excepción, además la ponía nerviosa tenerlo inclinado sobre ella y resultaba increíble escucharlo decir que sus ojos eran preciosos. Nunca nadie antes había halagado el color oscuro de sus ojos. No entendía por qué ella estaba acostada en aquella cama y tampoco entendía por qué él le sonreía así.

—Carlos... ¿Dónde estoy? —la voz le salió ronca y no la reconoció como propia.

Carlos procuró detener el temblor de su mano antes de acariciar con mimo su cabello al tiempo que le respondía.

—Cariño... estás en el hospital ¿Recuerdas lo que te pasó?

Mel no podía retirar la mirada de los ojos azules de su abogado. Eran de un azul tan peculiar, tan oscuro, que conseguían atraparla sin esfuerzo. Intentó recordar por qué estaba en el hospital, su mente estaba haciendo un esfuerzo titánico por recordar, era como si tuviese algo al alcance de la mano y se le escapase por milímetros, de repente consiguió salvar esos milímetros y el recuerdo se presentó golpeándola como la habían golpeado aquellos dos hombres a los que, en un arranque de total imprudencia, les había abierto la puerta del apartamento. Se sobresaltó asustada e intentó incorporarse para huir, cerró los ojos y comenzó a llorar cuando Carlos se lo impidió sujetándola con suavidad.

—No llores... estás a salvo cariño... estoy contigo y no voy a dejar que se vuelvan a acercar a ti. Mel... mírame por favor.

Mel obedeció al tono dulce de su voz y lo vio borroso debido a las lágrimas que anegaban sus ojos. Como había hecho la tarde en que se conocieron, Carlos acunó sus mejillas y limpió sus lágrimas con los pulgares, a pesar de que lo hizo con mucha suavidad, no pudo evitar encogerse de dolor cuando rozó su mejilla magullada.

—Lo siento —Carlos maldijo para sí cuando vio su gesto de dolor —Mel... no llores enana... no me gusta verte llorar.

Mel consiguió calmarse un poco y sus lágrimas se interrumpieron. Entonces lo vio con claridad, estaba más cerca que antes y podía distinguir perfectamente cada matiz del color azul del océano en el iris de sus ojos.

Carlos estaba jodido. Mel lo tenía atrapado. Estaba claro como el agua. Lo había alcanzado el mismo mal que había aquejado a Jack y a Héctor haciendo que, en menos de seis meses, ambos estuviesen casados y con hijos en camino. Estaba enamorado de aquella pequeña mujer de ojos negros y cabello color miel,

aquella mujer de tez blanca y exuberantes labios del color de las frambuesas. Labios que estaban entreabiertos y que ahora sí, iba a saborear por primera vez sabiendo que, una vez los probase no iba a ser capaz de renunciar a ellos. Acortó la escasa distancia que los separaba y posó sus labios en los suyos, su corazón le dio un vuelco, sintió como si un rayo lo atravesase y su miembro despertó del letargo al que él mismo lo había condenado en los últimos meses. La sintió responder temblorosa y la sostuvo por la nuca acariciándola suavemente para tranquilizarla. Dado el lugar y las circunstancias se limitó a mover muy lentamente sus labios sobre los de ella.

A Mel la habían besado en alguna ocasión, no en demasiadas y desde luego en ninguna de ellas había sentido semejante cosquilleo por todo el cuerpo, curiosamente su corazón relajó sus latidos y su dolor general pareció mitigarse. Tímidamente levantó su mano izquierda y la posó en la mejilla de Carlos, no sabía muy bien qué hacer con ella y se limitó a dejarla allí. No supo cuánto tiempo duró ese beso, Mel simplemente cerró los ojos y sintió. Cuando Carlos se retiró, ella siguió con los ojos cerrados saboreando la sensación de ser besada por primera vez por un hombre de verdad.

—Mel cariño... abre los ojos —Carlos estaba a punto de perder los papeles y tuvo que detenerse para no comérsela entera. Era delicioso sentirla. La corriente eléctrica no se equivocaba, estaban saltando chispas a su alrededor.

De nuevo Mel miró embobada la sonrisa arrebatadora que Carlos le dedicaba. Le sonrió con timidez y no pudo evitar el gesto de dolor que le subió desde la barbilla hasta el ojo derecho.

—Shh... no hagas gestos bruscos...

—Me has besado —Se llamó idiota nada más decirlo. ¡Cómo si él no se hubiera dado cuenta!

—Sí ¿Te ha gustado? —Carlos sabía la respuesta, el propio beso se la había dado, por no mencionar lo transparente que era el rostro de Mel, de hecho, lucía un ligero sonrojo y sus ojos brillaban y, en esta ocasión, no era por las lágrimas.

—Sí —Mel respondió apenas en un susurro.

—Bien. Me alegro de que te guste porque ahora que te he probado, voy a besarte con mucha frecuencia.

—¿Por qué?

Mel temía la respuesta de Carlos. Ella no estaba abierta a tener una simple aventura, y mucho menos con su abogado quién además, si la oferta seguía en pie, iba a convertirse en su nuevo jefe. Mel buscaba algo serio para su primera

relación. Carlos era un hombre, no era uno de esos chicos recién salidos de la facultad por los que ella nunca se había sentido atraída. Todos la consideraban una chica seria, aburrida, formal y dedicada a sus estudios. Mel no se emborrachaba, Mel no consumía drogas y prefería ir al cine antes que a una fiesta universitaria, por lo tanto, Mel nunca había tenido novio. Temía que Carlos la utilizase porque no entendía muy bien cómo ella podía atraer a un hombre tan guapo como él. Estaba segura de que debía de tener a decenas de mujeres preciosas haciendo cola para meterse en su cama.

—Me gustas Mel. Me gustas mucho y creo que yo también te gusto a tí ¿Me equivoco? —Carlos sonreía mientras, dubitativa, la veía morder su mullido labio inferior.

—No te equivocas —No tenía sentido negar la evidencia —Me gustas pero no sé si queremos lo mismo.

—¿Qué es lo que quieres tú cariño? —Carlos quería aclarar todos los puntos desde un principio.

—Puede que no sepa exactamente lo que quiero, pero sí sé lo que no quiero —Lo miró a los ojos para intentar descubrir su reacción —No quiero tener una simple aventura contigo, bueno, con nadie, pero mucho menos contigo, te necesito como abogado y además, si es cierto lo que hablamos el jueves, puede que seas mi jefe.

—Nena... —Carlos estaba encantado con la respuesta —Tengo casi treinta y un años, la época de las aventuras la he dejado atrás hace tiempo. Voy a ser tu abogado, voy a ser tu jefe y si tú me dejas... quiero que seas mía.

—¿Mía? —Eso sonaba romántico pero muy posesivo y Mel, a pesar de su poca experiencia con las relaciones, no estaba segura de que le gustase ser de alguien.

—Sí, mía —Carlos se sentó al borde de la cama para explicarse, tomó de nuevo su mano derecha y repitió la rítmica caricia en sus dedos —Para un hombre como yo, que tú seas mía significa muchas cosas, algunos lo llaman novia y otros lo llaman simplemente pareja. Para mí que tú seas mía significa todo eso pero un paso más allá ¿Lo entiendes? —Sonrió al verla negar con la cabeza ¡Joder con la enana! No iba a ponérselo fácil —Significa que estoy dispuesto a todo contigo, aunque nos queda mucho camino por delante, quiero que sepas que voy en serio, todo lo serio que puedas llegar a imaginar.

—¿Por qué yo y no otra? —La respuesta era la que buscaba pero eso no hizo desaparecer las dudas que Mel albergaba.



Carlos sonrió y levantó la mano de su chica para colocársela sobre su corazón.

—Porque este jueves en la peluquería de Lola te vi. Eres bonita por fuera pero, por primera vez en mi vida, vi a una mujer por dentro nada más poner los ojos en ella y mi corazón le dio una patada a mi estómago comunicándole que, por fin, habías aparecido. Así que sólo dime una cosa ¿Quieres ser mía?

Mel meditó su respuesta. Estaba preparada para una relación, de hecho, deseaba tener a alguien a su lado, sobre todo ahora que todo a su alrededor parecía desmoronarse. Carlos le atraía físicamente y parecía el tipo de hombre hecho y derecho que ella buscaba en su vida. Algo asustada aún por esa palabra decidió que ya era hora de dar un paso más.

—Sí. Quiero ser tuya.

Le respondió con tanta dulzura que Carlos no pudo evitar volver a besarla. Mel también deseaba el beso y esta vez sí supo lo que hacer con su mano izquierda, la elevó hasta su mejilla y la acarició al tiempo que sentía cómo la lengua de Carlos se introducía entre la barrera de sus dientes, su lengua salió a recibirlo y el beso se tornó carnal. Carlos estaba alucinando, nunca antes un primer beso había resultado ser tan erótico y, dadas las circunstancias, eso lo asombraba y acojonaba casi por igual. Mel, su Mel había dicho que sí y ahora tenía que demostrarle día a día lo que eso significaba. Terminó el beso y, con cariño, le besó la punta de la nariz.

—Suficiente —le dijo— Pronto vendrán las enfermeras a verte.

Mel temblorosa aceptó que la parte bonita se había terminado. La puerta de lo sucedido se abrió revelándole todo lo que había permanecido oculto en su mente tras una espesa neblina.

—Tengo mucho miedo.

—Lo sé cariño —Le acarició el pelo—. Lo sé. Ahora que eres mía... no vas a estar sola Mel, yo me hago cargo, yo te cuido.

Mel asintió conforme pero no pudo decir nada más porque una enfermera entró en la habitación en ese mismo momento.

—¡Qué sorpresa! Los doctores estarán encantados de que por fin hayas despertado. Llevas horas inconsciente... ¿Cómo te encuentras?

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 2

*“No hay momento de mayor dicha en el peregrinaje que el comienzo del mismo.”*

*Charles Dudley Warner*

Los médicos le devolvieron a Mel cuando comenzaba a amanecer. Al parecer le habían hecho un montón de pruebas, imaginó que la habrían sometido a un examen muy similar al que, en ese mismo hospital, le habían hecho a Lola tras su atropello. Esperó pacientemente a que el celador colocase en su sitio la cama y abandonase la habitación para acercarse a Mel. No le gustó ni un pelo la expresión triste y atormentada que mostraba su rostro, sus ojos estaban enrojecidos e imaginó que había llorado. Le partió el corazón verla tan desvalida, volvió a sentarse en la cama y tomó su mano acariciando sus pequeños dedos como había hecho horas antes.

—Mel ¿Qué te han dicho? ¿Tienes dolor? Cariño... estás agotada ¿verdad?

Era cierto que Mel estaba agotada por el exhaustivo chequeo médico al que había sido sometida, también estaba dolorida, aunque los celadores y enfermeras la habían movido con sumo cuidado estaba tan magullada que sentía un dolor punzante en cada parte del cuerpo que le tocaban. Aún no se había visto en un espejo pero ya sabía, por los rostros compasivos que la habían acompañado todo el tiempo, que la imagen que iba a ver reflejada en él no era precisamente agradable. Dejando a un lado todo eso, el sentimiento predominante era consternación. Al final de su examen médico la habían conducido a la planta de ginecología, allí la esperaba una doctora que supuestamente la había atendido nada más llegar a urgencias. Mel no lo recordaba. La doctora lo había intentado, pero no existía una fórmula delicada para decirle a una mujer que sus agresores habían tenido la intención de violarla y que, por fortuna, el milagro en forma de valiente vecino había conseguido evitarlo. Impactada por la noticia no había sido capaz de reaccionar, entonces aquella buena mujer se había sentado a su lado para explicarle que la habían encontrado desnuda en el suelo del salón. Aunque estaba agradecida, Mel sentía vergüenza cuando se imaginaba desnuda a la vista de todos los que habían acudido a auxiliarla. El relato no acababa ahí, al parecer los sanitarios que la había atendido en el apartamento habían observado marcas en sus muslos que eran compatibles con las que unas manos le hubiesen dejado al intentar separar sus piernas ejerciendo mucha fuerza. La doctora le preguntó si recordaba algo y Mel sólo pudo negar con la cabeza. No lo recordaba, pero era

consciente de que para tener esas marcas había tenido que presentar resistencia a sus agresores. La doctora había confirmado su pensamiento al decirle que había sido muy valiente y a continuación le había explicado los pormenores de su examen, aliviando sus temores al decirle que estaba todo tal y como tenía que estar. Hasta ese momento Mel había contenido sus emociones, pero tomar conciencia de que se había librado por puro azar de ser violada rompió el dique y durante minutos lloró amargamente. La doctora le permitió desahogarse para, a continuación, recomendarle que aprovecharse estos días en el hospital para reflexionar sobre lo sucedido. Al despedirse de ella, le prometió visitarla antes de que le diesen el alta para asegurarse de que no necesitaba la ayuda de un profesional para afrontar sus próximas semanas. Ahora tenía a Carlos a su lado, acariciándole la mano y Mel tenía tal batiburrillo mental que no sabía cómo iba a ser capaz de contarle todo aquello a aquel hombre tan dulce que la había besado pidiéndole ser suya. No lo conocía lo suficiente, casi no habían tenido tiempo para hablar y le resultaba cuanto menos extraño pensar en él como su compañero. Puede que se hubiese precipitado al aceptar su propuesta, como cada vez que tenía un dilema ante sí, se mordió el labio inferior.

Carlos ya reconocía el gesto de Mel de morderse el labio cuando algo le preocupaba. Necesitaba conocer cualquier duda para poder solventarla y sólo esperaba que su vacilación no tuviese nada que ver con su recién estrenada relación. Mel estaba herida y vulnerable pero él sabía bien lo que quería e iba a ser implacable para conseguirlo. “Eres un buen estratega” se dijo.

—Cariño... sé que te preocupa algo. Enana... puedes confiar en mí. Lo sabes ¿verdad?

—Lo sé —Esa era una de las pocas cosas que Mel tenía clara en esos instantes .

—Pues entonces dime lo que te preocupa. Me gustaría que compartieses conmigo todo lo que te pasa, lo que sientes, lo que necesitas. Ya no estás sola Mel... estoy contigo.

—¿Seguro Carlos? Apenas me conoces... y lo poco que conoces de mí, de mi familia, no es precisamente una buena carta de presentación.

—Nena... —Carlos no quería que esa linda cabecita cuestionase el único punto en el que no habría debate. Su relación. Iba a explicárselo pero Mel se le adelantó.

—No Carlos, de verdad... me gustas mucho pero todo está yendo muy deprisa. Tal vez...

Suficiente, pensó Carlos. Sólo había una manera de demostrale que aquello era real y que estaba fuera de toda cuestión. Besarla.

Mel no pudo continuar porque Carlos la sostuvo con delicadeza por la barbilla y la besó. Un escalofrío la sacudió al sentir cómo sus labios depositaban pequeños besos en la comisura de su boca, en sus mejillas, en sus orejas. No dejó ni un centímetro de su cara por besar y, por supuesto, los labios no fueron una excepción, fue muy dulce pero no le dio tregua. Estaba derritiéndose con el beso, sentía el ya familiar hormigueo por todo el cuerpo. Las lenguas se encontraron y se acariciaron y Mel no pudo evitar soltar un pequeño gemido.

El gemido de Mel casi acaba con la resistencia de Carlos. Como no era posible dejarse llevar, no le quedó más remedio que terminar el beso y ordenarle calma a su miembro. Se incorporó para mirarla, Mel tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos, las mejillas sonrosadas y su respiración era agitada. Sonrió satisfecho. Iba a matar a besos todas las dudas que a su enana se le pasasen por la cabeza.

—Entiendo que estés aturdida porque te están sucediendo muchas cosas en muy poco tiempo, además muchas de ellas no son cosas buenas. Cariño... esta es una de las cosas buenas, tú y yo, no hay una explicación racional para lo que nos pasa. Eres mía, no me importa quién es tu familia, lo que haya sucedido, me importas tú y ojalá, algún día, tú puedas decir lo mismo de mí.

¿Le importaba Carlos? ¿Era posible que en unas horas aquel hombre pudiese hacer una declaración tan firme? ¡Dios mío! Era guapísimo y Mel no quería que ese hecho obnubilase su capacidad de pensar. Le encantaba hacer listas así que hizo una rápida lista mental de lo que sentía cuando Carlos estaba cerca, atracción y deseo eran los primeros puntos, después venía la confianza, sin duda se la había ganado al defenderla ante sus amigos, al llevar horas a su lado y al ayudarla a solucionar el problema en el que su hermano la había metido. No debía olvidar la sensación de seguridad, se había sentido segura con Carlos cuando la había acompañado al apartamento de Lola, cuando la llevó a la comisaría y no la dejó ni un momento a solas con aquel agente que no se cansaba de hacer preguntas y, era evidente que se sentía segura en aquel mismo instante, hasta el punto de jugarse todo su futuro más próximo con él, como pareja, como abogado y como jefe. Carlos había apoyado las manos en la cama a ambos lados de su cintura, era lo más cercano a un abrazo suyo que había sentido desde que lo conocía. Se sentía segura y protegida. Si sumaba todo ello, la conclusión era que sí, que Carlos le importaba. De hecho, no era capaz de imaginarse sin él fuera del hospital, sin su guía, sin su apoyo y sin sus besos.

—Me importas Carlos. Lo siento, tengo la cabeza hecha un lío y estoy muy asustada.

—Es normal cariño... nadie va a pedirte que seas fuerte en estos momentos. Tienes derecho a estar asustada, tienes derecho a estar confundida y tienes derecho a necesitar a alguien a tu lado. Me gustaría ser ese alguien para tí.

—Creo que ya lo eres —Le confesó Mel, era la pura verdad.

—Pues me haces muy feliz, nena —Carlos le acarició la mejilla —¿Qué puedo hacer por tí ahora mismo?

No lo dudó. Mel sabía lo que necesitaba. Más que un beso. Necesitaba algo de lo que había carecido en los últimos años de su vida, de hecho, casi no recordaba la última vez que le había sucedido.

—Necesito un abrazo, tu abrazo. Llevo demasiado tiempo, puede que años, sin abrazos.

Carlos no esperaba esa petición, se le partió el corazón al confirmar lo que él imaginaba. Mel había estado muy sola. Maldijo a su hermano y se preguntó qué clase de amigos tenía su chica para que decir que hacía años que nadie la abrazaba. Pues bien, iba a hartarse de tener abrazos. Carlos era un hombre de tacto, le encantaba tocar, abrazar a Lola y a Helena, palmear las espaldas de sus amigos, sus hermanas se quejaban de que no dejaba de achucharlas y le encantaba tener a sus sobrinos en brazos. Le sobraban los abrazos y, de ahora en adelante, Mel iba a ser su principal receptora. La ayudó a incorporarse pero no la abrazó, con mucho cuidado manipuló el cable de la vía para hacerlo a un lado y la tomó en sus brazos para sentarla en su regazo. Cuando la movió pudo vislumbrar alguno de los golpes de sus piernas y maldijo para sí. Utilizó uno de sus brazos a modo de respaldo y la obligó a inclinarse sobre él, con el otro empujó ligeramente la cabeza contra su pecho y sonrió cuando Mel se acurrucó en él. Entonces sí la abrazó, unió ambas manos en su cadera y le dio la bienvenida a su nueva vida. Mel aún no lo sabía, pero su nueva vida iba a estar llena de muestras de afecto.

Mel no quería moverse, en esos instantes se sentía mejor de lo que se había sentido en años, se sentía segura, querida y protegida. Todo lo que le había faltado en su vida estaba allí simplificado en un simple abrazo. El sencillo gesto de sentarse en su regazo había sido una tortura, le dolían todos y cada uno de los músculos de su cuerpo pero había merecido la pena. Mel estaba segura de que iba a convertirse en una adicta a los abrazos de Carlos, a sus besos, a su presencia y eso la asustaba, sin embargo, estaba dispuesta a correr el riesgo, a



exponer su corazón tanto tiempo dormido. En ese momento tomó una decisión importante. Iba a luchar porque Carlos no se arrepintiese de haberle pedido que fuera suya. Además, ahora ella tenía un deseo, un anhelo, ahora Mel aspiraba a que Carlos también fuese suyo a pesar de todos los obstáculos que pudieran presentarse. Sintió como si se quitase un peso de encima al eliminar las dudas que habían surgido al volver de su examen médico, la pena no desapareció, la diferencia fundamental era que, por primera vez en años, podía compartir su angustia con alguien. Se le puso un nudo en la garganta e inevitablemente regresaron las lágrimas, escondió la cabeza en el firme pecho de Carlos para ocultarlas.

Carlos sabía que Mel estaba llorando, los ligeros estremecimientos que intentaba ocultar se lo confirmaban. Pronto iba a aprender que a un hombre como él no podía esconderle nada que le concerniese, si bien estaba lejos de ser un neandertal como Héctor, tenía el mismo instinto protector que sus amigos. Machos alfa, los llamaban. Jack, Héctor y él mismo tenían una cosa muy clara, sus mujeres eran lo primero. Mel ya era su mujer aunque ella aún no lo supiese, ergo Mel era lo primero para él.

—No llores... no me gusta verte llorar enana...

Mel tenía que contárselo ya. No podía ocultarlo más, necesitaba a Carlos y necesitaba compartirlo con él. No tuvo tiempo de procesar sus palabras y tal cual estaban girando en su mente, así las soltó.

—Intentaron violarme —Consiguió decir entre sollozos —No lo consiguieron... pero los médicos están seguros, al parecer, tengo marcas en los muslos... No me acuerdo Carlos, podían haberlo hecho y yo no habría podido evitarlo... estaba inconsciente... aún así debí de pelear... no lo recuerdo... Sería horrible que mi primera vez hubiera sido así...

¡Hostia puta! Pensó Carlos, ¡Joder! Su primera vez... eso quería decir que era virgen. Su Mel era virgen... ¡La madre que lo parió! Mel tenía veinticinco años y nunca había estado con un hombre. En un primer momento se acojonó, fue sólo un instante, luego se sintió afortunado. Iba a ser su primer amante, era un regalo precioso, un regalo que él iba a atesorar. Cuando estuviese preparada, Mel iba a tener la primera vez más especial de la historia de todas las primeras veces y sería con el hombre que iba a convertirse en su único amante. La enana lo había terminado de atrapar definitivamente, si aceptaba el regalo de su virginidad, no había vuelta atrás. Un hombre de verdad no jugaba con esas cosas, un hombre de verdad no jugaba con las mujeres, aunque se tratase de líos de una

noche, Carlos siempre había respetado a todas sus compañeras y nunca las había engañado. Ahora se trataba de Mel, de su inocencia y de todo lo que ella comenzaba a significar para él.

—Lo sé cariño... lo único que pensaba cuando venía hacia el hospital desde Toledo era en lo que te habrían hecho esos hijos de puta. Estaba acojonado, me daba miedo preguntarle al agente Velasco, pero tenía que saberlo porque ya te sentía mía. Nena... yo cuido de lo mío, no llores, no lo han conseguido. No llores...

—No me sueltes por favor... —Mel se apretaba contra el cuerpo de Carlos, retazos de lo sucedido empezaban a acudir a su mente —Tengo miedo, estoy empezando a recordar y no quiero... no sé si estaba consciente cuando lo intentaron o mi mente lo ha borrado... No quiero recordar ese momento... no quiero recordarlo...

—Shh cariño... ya está... Mel... mírame por favor... quiero decirte algo.

Mel se resistió pero Carlos fue inflexible.

—Corazón... es importante... mírame Mel...

Estaba claro que Carlos no iba a ceder, hizo un esfuerzo y apartó la cabeza de su pecho, seguía recostada sobre su brazo y se arriesgó a mirarlo con miedo a lo que podía encontrarse. Suspiró aliviada, sus ojos azul océano la miraban cariñosos y le sonrió brevemente.

—Así me gusta. Lo primero Mel. No vamos a escondernos para hablar, nunca, jamás. No hay vergüenza ente nosotros.

Mel asintió con la cabeza.

—Lo segundo. Cariño, no quiero dudas... quiero que me respondas con palabras, no con gestos.

Mel volvió a asentir.

—Mel... —la advirtió Carlos en tono cariñoso.

—Sí.

—Eso es preciosa... Lo que quiero decirte es importante. Antes has dicho que hubiera sido tu primea vez.

Mel asintió

—Con palabras corazón...

—Sí —Mel estaba algo avergonzada. Sabía que no era para nada habitual llegar virgen a los veinticinco años pero, no era que ella lo hubiese planeado así, simplemente había sucedido. Casi nunca había tenido más de una cita con el

mismo chico por lo que, exceptuando los besos y algún toqueteo, nunca había llegado hasta el final con ninguno de ellos.

Carlos adivinó por su ligero sonrojo que la conversación la incomodaba y que probablemente se sintiese avergonzada por su confesión.

—Mel... te deseo. Cuando estés preparada, me encantará hacerte el amor por primera vez.

A Mel el corazón se le estaba saliendo del pecho. Carlos le había hablado sin dejar de mirarla a los ojos, estaba siendo sincero, le había dicho que la deseaba y ella reconocía su propio deseo corriendo por las venas. Sí. La respuesta era sí.

—Estoy preparada —Le respondió perdiéndose en el océano de sus ojos.

—¿Estás segura cariño? —Carlos necesitaba una segunda confirmación. Necesitaba oírlo una vez más.

—Sí. Estoy segura.

—Tendré mucho cuidado —le prometió Carlos.

—Lo sé —Mel no albergaba dudas al respecto. La delicadeza y la ternura con la que la estaba tratando se lo confirmaba.

—Prometo que va a ser especial.

—También lo sé.

Le dio un vuelco en corazón por la absoluta confianza que Mel depositaba en él. Sólo un cabrón traicionaría la confianza de una mujer tan vulnerable como ella y él estaba muy lejos de ser un cabrón.

—Voy a besarte.

Mel lo vio agachar la cabeza y aceptó con los labios entreabiertos el beso que lo sellaba todo. Acababa de ser consciente de que se había enamorado de él sin que hubiesen pasado ni veinticuatro horas juntos. Estaba emocionada, asustada y confiada. Alzó su mano y, por primera vez, acarició aquel cabello rubio despeinado más propio de un surfista que de un abogado de la gran ciudad. Era suave y rebelde al mismo tiempo, le acarició la nuca y lo sintió gemir en su boca al mismo tiempo que sus lenguas entraban en contacto. Se sintió mujer por primera vez cuando notó la erección de Carlos en su muslo, sintió el poder femenino, sintió despertar la sensualidad que estaba dormida en su interior, sintió la humedad en su sexo, sintió cómo se le erizaba la piel y se le arrugaban los pezones. Se sintió gemir.

Carlos tenía a una mujer completamente entregada entre sus brazos. Una

mujer que se abría a él, confiada a pesar del dolor físico que no dudaba estaba sintiendo. Llevaba minutos totalmente empalmado y tenía que advertirle a su miembro de que no iba a recibir la satisfacción que esperaba en aquella cama de hospital. Mel se dejaba ir pero él, más experto, se obligó a echar el freno.

—Mel cariño... si sigo besándote no voy a poder parar —Carlos la vio abrir con lentitud sus ojos nublados por el deseo. No pudo resistirse a besarle la punta de su pequeña nariz —y no voy a hacerte el amor en esta cama de hospital, con la vía puesta y con el cuerpo dolorido. Cuando lo hagamos será perfecto.

Mel asintió mordiéndose el labio inferior al tiempo que recordaba que debía contestar con palabras.

—Gracias.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por hacerme sentir una mujer de verdad.

—Cariño... —Carlos soltó una carcajada —Ya eres una mujer de verdad. Una preciosa mujer...

Carlos no pudo besarla como hubiera deseado porque la puerta de la habitación se abrió para dejar entrar a Jaime. El agente de la UDEV se detuvo nada más traspasar el umbral al ver la escena que tenía delante de él. ¡Joder con el abogado! No perdía el tiempo. No dijo nada y esperó pacientemente a que Carlos acomodase, ahora ya estaba seguro de ello, a su novia en la cama. La tapó con mimo y se colocó de pie a su lado. Jaime pilló al vuelo la advertencia que el abogado le lanzó con la mirada. Asintió a modo de acuse de recibo. Mel estaba herida, vulnerable y debía hablar con ella con mucho cuidado.

—Hola Mel. Me alegro de verte despierta. Nos tenías muy preocupados.

Mel se limitó a asentir con la cabeza. El agente Velasco le parecía un buen tipo a pesar de que la había freído a preguntas el día en que ella puso en conocimiento de la policía la conversación que había mantenido en la cárcel con su hermano. Mel les había entregado el número de cuenta bancaria que Juan le había escrito en un sucio papel muy doblado. Le quemaba en su bolso y se sintió aliviada cuando lo entregó, como si el hecho de que desapareciese de su vista borrara también de su vida el lío en el que su hermano la había metido. Ahora sabía que se equivocaba porque las consecuencias de haber ido a la policía las tenía escritas por todo su cuerpo en forma de golpes.

Jaime necesitaba tomarle declaración a Mel cuanto antes porque, literalmente, estaban en blanco y no tenían ni un mísero hilo por donde tirar. Si era franco consigo mismo, tenían un único hilo, Juan, pero si podía evitarlo no

iba a solicitar la ayuda de aquel hijo de puta. En cuanto él o sus abogados tuviesen constancia de que la policía necesitaba cierta información que él podía poseer, inmediatamente serían chantajeados con algún tipo de pacto para eliminar o reducir la probable condena. Se acercó hasta la mitad de la habitación y apretó la mandíbula al comprobar las magulladuras en sus brazos y en su cara.

—Siento mucho lo que te ha pasado Mel, se ve que calibramos mal tu seguridad y te pido disculpas por ello.

Mel se sorprendió por las disculpas, no las esperaba y no las entendía. ¿Por qué habían de pensar que ella estaba en peligro?

—No tienes que pedir disculpas, nadie hubiese pensado que...

Carlos la interrumpió y aún a riesgo de hacerle daño no pudo dejar de expresar su opinión.

—Mel, Jaime lleva razón. Ni él ni yo estuvimos acertados porque estando Juan por el medio hubiéramos debido imaginar que todo iba a enredarse. Lo siento si te hago daño nena, pero tu hermano es...

—Lo sé, aún me cuesta asimilarlo pero lo sé. Es una mala persona, es un delincuente pero pensaba que tal vez me tenía algo de cariño.

—Nena lo siento... —Carlos sentía como propio el dolor de su chica.

—En el fondo, creo que siempre supe que no me quería. Tenéis que entender que era la única familia que me quedaba, mi hermano mayor... no era perfecto pero... ¿quién lo es? Sin embargo ahora... no quiero saber nada de él, no quiero verlo... Lo que le hizo a Lola, cómo me mintió sobre ella y eso del tráfico de sustancias... Si mi abuelo levantase la cabeza... se moriría de nuevo con el disgusto. Era todo un caballero, un hombre de los de antes, de esos que ya no quedan... no sé como Juan pudo torcerse tanto.

Jaime era consciente de que él y Carlos estaban pensando lo mismo, partirle la cara a Juan no sería suficiente. Como agente de policía no podía pensar en esa clase de venganza y, eliminándola de su cabeza, procuró que Mel fuera consciente de que la policía necesitaba su ayuda.

—Mira Mel, siento lo que te está pasando, siento que hayas tenido que descubrir así la clase de persona que es tu hermano y lamento en el alma no poder darte tiempo pero necesito hacerte unas preguntas sobre lo sucedido. Mel, necesito tu ayuda ¿Podrás con ello?

Mel se echó a temblar y extendió su mano buscando ayuda, no tardó ni dos segundos en verla engullida por las grandes manos de Carlos. Lo miró con ojos suplicantes.

—Voy a tener que recordar...

¡Joder! Pensó Carlos, con gusto le daría otra respuesta a aquellos brillantes ojos que le suplicaban, pero lo cierto era que Jaime tenía razón. Necesitaban que Mel recordase.

—Cariño... ojalá hubiese otra manera de hacerlo Mel, pero no la hay. Yo estaré contigo. Enana... seremos fuertes juntos.

—¿Puedes quedarte conmigo mientras respondo? —Mel no soportaría tener que enfrentarse sola a sus recuerdos.

—Ni un ejército me moverá de aquí. Mel... estamos juntos.

Jaime agradeció que Carlos fuese razonable y no se pusiese demasiado troglodita con el tema. Sin perder más tiempo comenzó sus preguntas.

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 3

*“En algún lugar del alma se extienden los desiertos de la pérdida, del dolor fermentado, oscuros páramos agazapados tras los parajes de los días.”*

*Saltarel Alatraste*

—Mel ¿Podrías contarme lo que recuerdas de la mañana del sábado?

A pesar del miedo, Mel se dispuso a enfrentarse a su monstruos.

—Me levanté temprano, sobre las ocho de la mañana. No tenía nada que hacer, el apartamento de Lola está impoluto. La tarde del viernes había hecho la compra y todas mis cosas estaban ya colocadas. Me hice el desayuno y me apetecía ir a dar un paseo, quería buscar una cafetería con wifi para poder revisar mi correo electrónico. El caso es que apenas eran las nueve de la mañana y pensé que no debía de salir tan temprano porque al estar sola se me iba a hacer el día muy largo. Entonces me senté en el sofá y encendí la tele, estuve zapeando un buen rato, no sabría decir cuánto. El timbre de la puerta sonó y entonces... — Mel tragó saliva, ahora venía lo peor.

Carlos estaba tenso esperando el relato de Mel. Él también necesitaba los detalles pero le jodía ver el miedo en su cara. Con gusto le ahorraría el mal trago pero era consciente de que tenía que pasarlo. Se acercó un poco más y le apretó el hombro con suavidad para infundirle ánimos. La vio a asentir con la cabeza y enseguida continuó su relato.

—Aún ahora no sé como pude dejar de lado las precauciones que toda mujer sola sabe que debe tomar.

—Mel, cariño... no es tu culpa —Carlos estaba deseando que el relato terminase pronto para poder volver a abrazarla.

—Pues tú dirás de quién es la culpa entonces —La vida que había llevado Mel en los últimos años había hecho de ella una mujer práctica. Había prescindido de tantas cosas que lo superficial había dejado de tener sitio en su vida. Era evidente que Carlos quería consolarla pero Mel no iba a sentirse mejor negando la evidencia, así que no lo dejó continuar —Fui lo suficientemente imprudente y, obviando los riesgos, abrí la puerta sin mirar quién era.

—¿Quién era? —Jaime le preguntó con voz suave. Presentía cercano el momento en el que Mel se rompería y necesitaba sacarle la máxima información posible antes de que aquello sucediese.

Mel cerró los ojos unos instantes intentado recordar lo sucedido. Tragó saliva angustiada. Los rasgos bailaban en su cabeza, sin embargo, recordaba las

sensaciones. Sorpresa, temor y dolor, mucho dolor... tanto como el que estaba sintiendo en esos mismos momentos.

—Eran dos —dijo en un susurro —Eran muy altos...

—¿Más que yo? —preguntó Carlos sin poder contener sus instintos de letrado.

—Bueno... no... tú eres muy alto... ellos eran más bajos que tú y también más bajos que él —señaló a Jaime —pero eran más altos que yo, puede ser que les llegase por el hombro o así.

—Muy bien Mel —Jaime quiso halagarla —Lo estás haciendo muy bien, ahora dinos... ¿eran españoles?

—Sí. Sin duda. Eran de aquí, hablaban como nosotros —Mel estaba aliviada de estar siendo de ayuda, parecía que recordaba más de lo que en principio había pensado —Eran morenos, como tú —le dijo a Jaime.

—¿Te acuerdas del color de los ojos? —Jaime le había hecho una seña a Carlos para que lo dejase a él con las preguntas, el abogado se había limitado a asentir con la cabeza.

Mel volvió a cerrar los ojos y trató de controlar un estremecimiento.

—Eso ya no lo recuerdo... pero puedo recordar que llevaban barba, luego nada más... porque simplemente dijeron una cosa antes de...

—¿Antes de qué?

Sin abrir los ojos, Mel lo soltó todo de un tirón.

—Antes de que empezaran a pegarme... sólo dijeron que no debía haber acudido a la policía y me golpearon en la mejilla, me caí al suelo, me dieron una patada en el costado y entonces el otro dijo que querían su dinero, que dónde estaba su dinero, creo que esto —se señaló con un dedo tembloroso la herida de la frente —me lo hicieron con otra patada. Me dolió mucho. Luego ya no recuerdo más hasta que me desperté aquí, con Carlos a mi lado.

Mel sólo fue consciente de que estaba llorando cuando Carlos se sentó al borde de la cama y la rodeó con un brazo. Sintió sus besos en la sien y lo escuchó con voz suave.

—Ya está cariño... muy bien Mel, lo has hecho muy bien.

Mel dudaba mucho que la policía pudiese hacer algo con lo poco que ella había sido capaz de contar.

—Lo siento... no recuerdo más... lo siento —se acurrucó bajo el hombro de Carlos buscando protección —lo siento mucho.

Carlos la acogió bajo su brazo, tenía ganas de estrujarla contra él pero la posición en la que estaban le permitía ver la espalda casi desnuda de Mel y temía hacerle daño porque podía vislumbrar dos feos golpes. Apretó la mandíbula y tomó aire para que su voz no la asustase. Miró fijamente a Jaime cuyo gesto era serio y preocupado.

—Voy a sacarle los nombres a ese cabrón aunque sea lo último que haga.

—No va a ser fácil —Jaime sabía perfectamente a quién se refería Carlos porque él estaba pensando lo mismo —Te juego lo que quieras a que va a querer negociar y no sé si el fiscal va a estar por la labor... tienen la operación muy atada, prácticamente no hay ningún cabo suelto así que... tú, mejor que yo, sabes como funciona esto.

—Es su hermana —le respondió Carlos en tono seco como si ese argumento fuesen las palabras mágicas que harían entrar en razón a Juan.

—Lo sé. Ya era su hermana cuando la involucró en esto. Ya era su hermana cuando la puso en el camino de esos desalmados.

Se hizo el silencio en la habitación porque todos y cada uno de ellos acababan de ser conscientes de que Mel era una verdadera víctima, otra víctima más del hermano que hubiera debido de protegerla.

—No sabía que era así. Si mi abuelo levantase la cabeza... Sé que le molestaba, sé que no me quería pero nunca hubiera podido imaginar...

Mel alzó las rodillas y se las abrazó apoyando la frente en ellas mientras se daba plena libertad para llorar por todo lo que había aguantado en los últimos años. A Carlos le jodía verla así y no poder hacer nada por mitigar su dolor. Tenía que ser terrible el sentimiento de abandono que Mel debía estar sufriendo. Con cuatro hermanas menores que lo volvían loco cada vez que acudían a él, sabía perfectamente cuál era el papel de un hermano mayor. Por muy ridículos que fuesen los problemas que sus hermanas le relataban, nunca fue capaz de abandonarlas sin prestarles ayuda, consejo o incluso mediar entre ellas y su madre. Exceptuando el caso de acoso laboral que había sufrido su hermana Marta debido a su embarazo y que fue capaz de solucionar sin apenas despeinarse, nunca había tenido que ayudarlas con problemas semejantes al lío en el que estaba metida Mel. La familia era muy importante para él y, tras vivir de primera mano los recientes problemas de Helena y de Lola, había comprobado que no estaba equivocado. La familia lo era todo. La familia de la que uno venía, de la que formaba parte y la familia que uno formaría en un futuro. Lamentablemente Mel sólo había vivido una pequeña parte de su vida en

familia, sus padres habían sido unos hippies irresponsables que abandonaron a sus hijos en manos de unos abuelos que, dada la diferencia de edad que mediaban entre ellos, no le habrían dado a su nieta toda la comprensión que ésta necesitaba, a pesar de que Carlos estaba seguro de que lo habían hecho lo mejor que habían podido. Sin embargo, esos abuelos habían fallecido y, sin saber si sus padres estaban vivos o muertos, la única familia que le quedaba a Mel era aquel hermano que no merecía llevar ese nombre y que, con todos los datos que Carlos había logrado reunir en la entrevista mantenida en la comisaría, estaba claro como el agua que la había abandonado conscientemente. Mel debía de estar tomando conciencia de ese hecho y probablemente le doliese tanto o más que todos aquellos golpes que moraban en su pequeño cuerpo. Se sorprendió de la firmeza con la que Mel habló entre lágrimas y sin levantar la cabeza de sus rodillas.

—No quiero volver a verlo... por favor no me lo pidáis...

—Cariño... mírame —le pidió Carlos consternado por sus palabras — Nadie va a pedirte cosa semejante. Estás conmigo. Estás segura.

Mel alzó levemente la cabeza de sus rodillas y miró a Carlos. Sus ojos del color del océano eran muy comprensivos. ¿Segura? Mel no sabía si se sentía segura o si debía sentirse segura con Carlos. Había vivido tal y como Juan le había permitido y, desde hacía una semana, estaba sola frente a todo. Juan la había hecho sentir como una carga. Desde el fallecimiento de su abuelos, el único momento en el que se sintió parte de algo parecido a una familia fue cuando pasó aquellas Navidades con Lola, las últimas antes de que Juan le mintiese diciendo que Lola lo había engañado con otro hombre y lo había desplumado en el proceso de divorcio. Recordó que ese argumento era el que había utilizado para informarla de que debía reducir su asignación mensual a la mitad, además, le había ordenado romper la tarjeta visa que en su día le había entregado para emergencias y que Mel nunca había utilizado. Juan le había dicho que bastante tenía ya con mantenerla en la residencia universitaria, allí tenía incluido el servicio de comedor por lo que debía apretarse el cinturón y arreglarse con aquellos doscientos euros al mes. Mel le había prometido que no le fallaría en los estudios a fin de que él no tuviese que pagar más de la cuenta. Tan sólo le quedaba un año para finalizar y aun así le aseguró a su hermano que si era necesario que volviese a Madrid, Mel trasladaría su expediente académico a cualquiera de las universidades públicas de la capital. Juan le había respondido que no fuese desagradecida y que más le valía terminar los estudios en el plazo previsto. Mel siempre lo había hecho así, siempre había sido responsable en sus

estudios y con su comportamiento. Era consciente de que sus abuelos eran mayores y que no estaban para disgustos, eran dos personas bastante encorsetadas que, lejos de adaptarse a los nuevos tiempos, vivían de acuerdo a las costumbres de otra época. Además, en demasiadas ocasiones había visto reflejado en su rostro el dolor que les producía la actuación de su padre. Cada vez que Mel encontraba una vieja fotografía de cuando su padre era niño y se atrevía a preguntar, su abuela siempre le decía que el pasado era pasado y que no merecía la pena removerlo. Un día se atrevió a escuchar tras la puerta de su habitación a su hermano Juan, éste estaba hablando con un amigo con el que había quedado para estudiar. A Mel el corazón le latía muy deprisa mientras, agazapada en el pasillo, escuchaba a Juan hablar de manera despectiva de la férrea disciplina de sus abuelos, los había llamado viejos chochos mientras le contaba a su amigo que su padre había tenido los cojones de vivir su vida en una comuna hippie follando a diestro y siniestro con decenas de mujeres. Por aquel entonces Mel no sabía muy bien qué significaba aquello de follar, apenas era una chiquilla que estaba comenzando a abandonar la niñez, pero no le sonó nada bien. Recordó como había huido espantada a su habitación para taparse la cabeza con la almohada de su cama cuando Juan le aseguró a su amigo que su padre estaba muerto, al parecer lo sabía porque se lo había oído decir a su abuelo cuando éste se lamentaba de que no habían podido enterrarlo como era debido. “Un puto crack. Yo quiero ser como él” Esa noche Mel no pudo cenar, alegó un dolor de tripa porque no podía soportar ver a Juan sentado a la mesa tomándose la sopa como si nada. Su abuela la había arropado como siempre hacía y, dándole un beso en la frente, le había asegurado que al día siguiente se encontraría mucho mejor. Ahora era consciente de que, desde aquel momento, nunca había mirado a su hermano de la misma manera pero, de aquellas reservas de una jovencita a la realidad en la que ahora misma estaba inmersa, mediaba todo un mundo. Un mundo de mentiras que Juan había construido a su alrededor y, que mucho se temía, aún no habían terminado. La cuestión era si quería afrontar toda esa incertidumbre sola o de la mano de Carlos, su recién proclamado todo, amigo, jefe, pareja, abogado... La respuesta estaba clara, necesitaba a alguien en su vida. No, rectificó, no necesitaba a alguien a su lado, necesitaba a Carlos a su lado y, dado todo lo que estaba viendo, le debía la opción de rectificar, era un hombre comprometido y no lo quería a su lado por pena, por compromiso o por cualquier otra razón que no fuese ella misma. Poco le importó hablar delante de Jaime, al fin y al cabo el agente, tras el intenso interrogatorio al que la había sometido, sabía casi tanto de su vida como ella

misma.

—Carlos ¿Estás seguro? Ya lo ves, Juan es peligroso, tú eres una buena persona y me odiaría si no te diese la opción de retirarte. De verdad... sé que eres un hombre de palabra pero, en este caso...

—Mel... —Carlos se enfadó porque aquella enana volvía a darle vueltas al mismo tema —Podemos hablar de tí y de mí durante horas.... Estoy contigo en esto, no por obligación, por pena o por cualquier otro motivo que te puedas imaginar distinto al que tú y yo sabemos.

—Sólo quería que supieses que puedes elegir.

—Cariño... —Carlos suavizó el tono y le acarició la mejilla —Yo ya he elegido —Esas palabras significaban mucho más de lo que parecían expresar, pero aquel no era el momento ni el lugar para profundizar en esa conversación.

—Bien —Jaime rompió la intimidad de la pareja. Joder... en las últimas semanas no hacía más que tropezarse con hombres enamorados, primero Lola y Héctor, luego Mel y el abogado... cualquiera diría que alguien estaba lanzándole indirectas a diestro y siniestro. Aparcando sus ansias internas se centró en lo profesional —Mel, mientras estés en el hospital has de saber que estás segura, tienes a un agente en la puerta de tu habitación las veinticuatro horas del día. Cuanto te den el alta ya veremos lo que hacemos.

—Espero que en ese veremos me incluyas a mí —apostilló Carlos poco dispuesto a quedarse al margen —pienso intervenir en todo lo que la concierna.

—Sabes que sí —Jaime tranquilizó al abogado —Lo primero que voy a hacer es interrogar a Juan en la cárcel, yo mismo avisaré a su abogado y veremos qué es lo que pasa. Os mantendré informados.

—Gracias —Carlos se sentía impotente teniendo que esperar, sobre todo teniendo que apelar a la supuesta humanidad de Juan. Estaba empezando a comprender cómo algunas personas podían tener la tentación de actuar fuera de la ley pero él, como hombre de leyes que era, no debía ceder a ese estímulo por mucho que estuviese deseando estampar su puño en la nariz de Juan y así acabar de una puta vez el trabajo que Héctor empezara aquella noche en el Chances.

Desde que había entrado en la habitación, Jaime se acercó a la cama por primera vez y le tendió la mano a Mel, ésta se la estrechó sin fuerzas y él le dio un ligero apretón.

—Saldrás de esta Mel. No te fallaremos, es un compromiso personal.

Mel se limitó a asentir con la cabeza y dejó que fuese Carlos el que agradeciese a Jaime sus palabras, ella se limitó a recostarse de nuevo en la cama



mientras observaba como su todo acompañaba al agente hasta la puerta.

Carlos cerró la puerta con suavidad y se volvió para observar a Mel quien, con los ojos cerrados, se había recostado en la cama. Se acercó a ella y se sentó a su lado tomándole la mano y acariciando sus dedos en un gesto que estaba convirtiéndose en un hábito entre ellos. En su cabeza bullían las ideas, los pensamientos y las decisiones que había que tomar, sin embargo, estaba seguro de que Mel estaba agotada y no estaría en condiciones de afrontar otra seria conversación.

Mel estaba sintiendo cómo el dolor estaba despertando de nuevo. La bolsa de la medicación que le administraban por la vía debía de haberse agotado. Estaba cansada y dolorida y no tenía la más mínima idea de si era por la mañana o por la tarde, lo que sí sabía era que Carlos llevaba horas a su lado y, en ese momento, se dio cuenta de que él debía de estar en Toledo, en la boda de Lola y no allí, a su lado. Abrió los ojos y por primera vez se fijó en su ropa, aquella camisa blanca y aquel pantalón negro formaban parte de un traje o de un chaqué, no le cabía duda. Recordó que Carlos había mencionado una llamada y quiso saber más.

—¿Cómo lo supiste?

—Me llamó Jaime —Carlos sabía que Mel estaba preguntándole cómo había averiguado lo sucedido.

—Estabas en la boda de Lola ¿verdad?

—Sí —Carlos se limitó a asentir a la espera de averiguar por dónde iba a transcurrir la conversación.

—¿Lola iba guapa?

—Sí. Una novia preciosa y muy enamorada.

—Es la mujer más guapa que he visto en mi vida. Lo siento, siento haberte estropeado la fiesta. Estoy segura de que al marido de Lola no le ha gustado ni un pelo que vinieses.

Ahí había un tema peliagudo ya que Carlos no las tenía todas consigo acerca del supuesto apoyo de sus amigos en este tema. Le jodía admitirlo pero tal vez Jack y Héctor se hubiesen visto obligados por sus mujeres a alinearse con él en la decisión de ayudar a Mel.

—Dudo mucho de que se percatase de mi ausencia. La última vez que lo vi, estaba embobado abriendo el baile con su recién estrenada esposa.

Carlos no había hecho referencia a la fiesta que se había visto obligado a abandonar.

—No has podido disfrutar de la fiesta de boda de tus amigos por mi culpa.

—Tú no eres culpable de nada de lo sucedido.

—Ellos creen que sí —Mel estaba recordando también al otro hombre, al tal Jack, el propietario de la empresa en la que Mel había puesto todas sus esperanzas para comenzar a trabajar tras la recomendación de su mentor, el profesor Ruano.

Carlos tomó aire antes de contestar. No quería afirmar ni negar nada. No podía estar seguro de cómo iban a suceder las cosas cuando Jack y Héctor se enterasen de la paliza que había sufrido Mel, pero, acostumbrado a trabajar siempre con dos posibilidades, sabía que no debía dar por segura la reacción de sus amigos, sin embargo, pondría la mano en el fuego por Helena y por Lola y no se quemaría, ellas sí apoyarían incondicionalmente a Mel.

—Mel, cariño... Jack y Héctor lo han pasado muy mal en los últimos meses, han vivido unas historias un tanto complicadas con sus mujeres. Ellos son muy protectores con Helena y con Lola y están obsesionados con su seguridad —Se encogió de hombros —Son unos verdaderos macho alfa, ¿sabes lo que quiero decir? —Prosiguió cuando la vio asentir —Ellos no creen que tú tengas la culpa de nada, sólo quieren ver a sus mujeres fuera de peligro.

Mel lo entendió y quiso ser franca con Carlos.

—Y yo para ellos supongo un peligro evidente, tal vez sea verdad eso que dices de que no me culpan de nada pero creo que cuando sepan lo que me ha pasado me querrán bien lejos de sus vidas.

—¿Por qué dices eso? —Carlos creía conocer la respuesta y le jodía no poder asegurarle a Mel que nada de lo que estaba pensando iba a suceder.

—Porque los que me han golpeado a mí suponen una amenaza para todos los que están conmigo, incluso para tí y yo me odiaría si por mi culpa os sucediese algo malo.

—Deja de suponer cosas Mel —Carlos sabía cuál era el siguiente paso a su razonamiento y no quería ni oír hablar de él.

Mel estaba muy agotada, el dolor era ya sordo, punzante y constante, sin embargo, se obligó a terminar la conversación antes de pedirle a Carlos que avisase a una enfermera.

—Tal vez sea mejor que siga sola en esto Carlos... Jaime parece buena persona y él podrá aconsejarme. Además, es policía y estará preparado...

—No —Zanjó Carlos sin dejarla terminar. No estaba dispuesto a dejar a Mel en las capaces manos del Geyperman —Mel, sé que eres lista pero te juro

que en estos momentos estoy tentado a hablarte como lo hago con mi hermana pequeña, tiene trece años. Quiero que te metas esto en la cabeza de una vez. Yo estoy contigo en esto, ya no estás sola. Yo ya no pienso en mí como uno, pienso como nosotros. Hace un momento me has dicho que quieres ser mía. Nena... ¿Puedes hacerme el favor de pensar en un nosotros?

Claro que podía hacerle el favor, Mel lo estaba deseando, pero estaba muy asustada, no le gustaban los imprevistos, las incertidumbres. Hasta la semana pasada su vida estaba regida por un horario, por unos objetivos que, de pronto, habían desaparecido dejando un gran agujero negro delante de ella. Tenía miedo a meter el pie en ese agujero negro y sobre todo, tenía miedo a arrastrar a alguien con ella.

—Tengo miedo a arrastrarte conmigo. No tengo derecho a hacerte lo que mi hermano ha hecho conmigo. No tengo derecho a poner tu vida patas arriba, tu profesión, la relación con tus amigos... todo... Carlos... no tengo derecho a hacerte eso.

—Nena... —Carlos suavizó el tono de voz y le acarició con ternura la mejilla sosteniéndola con firmeza por el mentón —mírame a los ojos por favor —Esperó pacientemente a que los ojos oscuros de Mel se fijasen en los suyos, entonces le sonrió —Cariño... ¿Te suena eso de en lo bueno y en lo malo? —La vio asentir —Pues eso. Sin duda nosotros hemos empezado por lo malo, no hemos tenido tiempo de tener algo bueno juntos pero voy a decirte una cosa. Nosotros somos lo bueno dentro de todo esto malo. Déjalo fluir... lo sientes igual que yo... tienes miedo, lo entiendo, pero no huyas de nosotros. Dime que lo harás, Dime que no vas a huir.

Mel estaba temblando, se reconocía en todas y cada una de las palabras de Carlos. Toda la semana, en realidad en los últimos años todo había sido malo y estaba deseando tener algo bueno en su vida. Puede que en el fondo estuviese huyendo porque pensaba que lo bueno no iba a durar, o aún peor, que iba a transformarse en algo malo. Lo bueno no solía durar en su vida, sus abuelos y sus padres fallecidos, su hermano convirtiéndose en un gran desconocido... y ahora... ahora aparecía el hombre que encarnaba todo lo que una mujer podía desear, por lo menos, todo lo que ella deseaba. Tenía miedo de tocarlo y que se esfumase.

—Mel... dime que no vas a huir —Carlos sabía que Mel estaba dándole vueltas a la cabeza —Dime que, aún con todo el miedo que tienes, no vas a huir.

Mel no podía decir que no, su corazón no podía decir que no aunque su

mente le advirtiese de que no era buena idea.

—Carlos... tengo mucho miedo... pero no voy a huir.

Mel recibió la dulce recompensa de un beso en sus labios, sin embargo, el dolor no le permitió disfrutarlo como debiera y dejó escapar una lágrima de puro dolor que a Carlos no le pasó desapercibida.

—Nena... —Carlos se asustó al ver la expresión de dolor de Mel.

—Me duele mucho —Mel respondió en un susurro —No aguanto más por favor...

Carlos ya estaba pulsando el llamador antes de que Mel acabase su frase. Le habían exigido demasiado a Mel, apenas llevaba unas horas despierta tras casi un día inconsciente y se maldijo por su falta de tacto. Le acarició el cabello mientras esperaba la llegada de la enfermera.

—Nena... cariño... ya vienen...

La enfermera no tardó y bajo la atenta mirada de Carlos procedió a sustituir la bolsa de medicación que nadie se había percatado de que estaba agotada. La enfermera aún no había abandonado la habitación cuando apareció un celador con una bandeja de comida. Mel arrugó la nariz y la rechazó alegando que sólo quería dormir. La enfermera le aseguró a Carlos que podía hacerlo tanto como quisiera, él recordaba cuando a Lola sólo le dejaban dormir un ratito y la despertaban enseguida para comprobar que estaba consciente, sin embargo, al parecer ese no era el caso de Mel, ella no había sufrido ningún traumatismo craneoencefálico y el descanso le venía bien, además, la enfermera le aseguró que le estaban suministrando calmantes muy potentes y que lo más probable era que Mel cayese dormida enseguida. Le permitió no comer siempre que no se saltase la merienda, Carlos le aseguró que así sería y la enfermera, con una sonrisa amable, volvió a dejarlos solos en la habitación.

Mel sentía que el sueño le ganaría pronto la batalla y estaba segura de que tardaría horas en despertar. Carlos también necesitaba un descanso, así que se apresuró a formularle su deseo antes de caer dormida.

—Carlos, vete a casa por favor... descansa... llevas horas aquí, sin comer, sin dormir, sentado en esa silla demasiado pequeña para tí por favor...

—No voy a dejarte sola —Carlos no pensaba moverse de allí hasta que Mel saliese con él de aquel hospital.

—Por favor... bastantes preocupaciones tengo ya.., estoy bien. Mírate... estás con la ropa de la boda, por favor... sólo vas a conseguir que me angustie más...

—Nena...

Carlos dudaba, estaba claro que necesitaba una ducha y comer algo. Además, iba a pasar la noche allí y no le vendría mal cambiar su arrugado traje por algo más cómodo, pero le preocupaba que Mel tuviese alguna pesadilla y se encontrase sola. Sin embargo, viendo cómo sus ojos suplicantes amenazaban con desbordar las lágrimas que estaba conteniendo, tomó una decisión.

—Por favor Carlos...

—Está bien cariño... iré a casa a darme una ducha y comeré algo, pero no me pidas que me quede allí. Voy a pasar la noche aquí contigo.

—Vas a partirte el cuello en esa silla, no es necesario...

—Nena... —las cartas sobre la mesa era la única opción que le estaba dejando la enana —En lo bueno y en lo malo, si estuvieses en mi lugar ¿podrías pasar la noche durmiendo tranquilamente en tu cama?

¡Touché! Pensó Mel y negó con la cabeza.

—Lo imaginaba —Carlos le sonrió y la besó con dulzura en los labios — cierra los ojos enana... en cuanto te duermas me voy, pero volveré antes de que despiertes.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 4

*“Nunca te dan un sueño sin concederte también el poder de hacerlo real.”*

*Richard Bach*

Al salir de la ducha y mientras asaltaba su despensa en busca de alimento, Carlos revisó su teléfono por primera vez en horas. Lo había apagado nada más entrar en la habitación de Mel y acababa de encenderlo para descubrir que tenía quince llamadas perdidas. Jack, Helena e incluso Héctor lo habían llamado. Se apoyó en la encimera mientras daba cuenta de un plátano y decidía a quién debía de llamar primero, Helena estaba descartada, su embarazo de alto riesgo lo acojonaba como pocas cosas lo hacían y gustosamente le cedía a Jack el honor de que fuese él el portador de las malas noticias que iba a recibir. Luego estaba Héctor, en el día posterior al de su boda lo suponía encerrado en la suite nupcial, aunque sabía que en unas horas estaría de regreso en Madrid debido a su pospuesta luna de miel. Sin lugar a dudas, Lola debía de ser de las primeras personas en conocer lo sucedido, debido a ella Mel había entrado en su vida, la pega era que Lola también estaba embarazada y su marido era el mayor hijoputa troglodita neandertal que Carlos había conocido, aun así, no le quedaba otra opción, primero hablaría con Héctor, les debía una excusa por haber desaparecido de su boda sin más, así que tragó el último trozo del plátano y marcó el número de su amigo mientras sacaba del congelador una barra de pan para hacerse un bocadillo. Héctor contestó a la primera.

—Carlos. Joder tío... espero que la tía valiese la pena. Desapareces de la boda sin despedirte, cabrón... dime quién ha sido la afortunada porque Lola asegura que todas las invitadas seguían en la boda cuando tú desapareciste.

—Buenas tardes a ti también —le respondió Carlos en tono seco mientras introducía el pan en el horno.

Supo que Héctor no había pasado por alto su tono cuando le pidió que esperase un momento. Carlos escuchó cómo una puerta se cerraba justo antes de que Héctor volviese a hablarle.

—¿Ha pasado algo?

—Lo primero. No me iría de vuestra boda para echar un polvo. Me he ido porque Jaime Velasco, el agente de la UDEV me llamó cuando estaba empezando el baile.

—¿Qué quería?

Carlos estaba seguro de que ahora sí que contaba con el cien por cien de la

atención de su amigo, hasta era capaz de imaginar la expresión gélida de su rostro mientras esperaba su respuesta.

—Quería decirme que Mel estaba en el hospital, inconsciente, ayer por la mañana dos tipos la han agredido en el apartamento.

—¿En el apartamento de Lola?

—Sí —Carlos sacó un paquete de fiambre de pavo de la nevera y comenzó a cortar un tomate en rodajas mientras esperaba la reacción de Héctor.

—Joder... no puedo empezar de nuevo con todo esto. ¿Crees que iban a por Lola?

¡Mierda! Pensó Carlos. Quería a Héctor como un hermano, podía comprender que lo primero para él fuese su mujer pero que no se interesase por el estado de Mel fue como si su amigo le propinase una patada en los huevos. Dejó el cuchillo en la encimera y se dio la vuelta apoyándose en ella para tomarse unos segundos a fin de controlar el tono de su voz al responder.

—No. No iban a por Lola.

—¿Estás seguro?

—Sí. Completamente seguro. Mel era el objetivo y Mel es lo que se encontraron. Tiene que ver con su hermano, con la deuda que le ordenó saldar.

—Joder...

Héctor parecía un tanto aliviado y Carlos estaba a punto de responder algo de lo que estaba seguro iba a arrepentirse después, descartó por completo hablarle a Héctor sobre la posibilidad de que Gus vigilase a Mel durante un tiempo y se limitó a zanjar la conversación.

—Bueno. Pues eso. Ya lo sabes. Una boda preciosa, siento haberme perdido el baile y, de nuevo, te felicito. Dale un beso a Lola de mi parte. Por cierto, Mel sigue en el hospital, tiene todo el cuerpo lleno de golpes y un dolor de cojones. Gracias por preguntar.

Carlos colgó el teléfono y lo dejó con un golpe seco en la mesa de la cocina. Apoyó las palmas de la mano en la encimera y agachó la cabeza resignado. Estaba jodido. Siempre había respondido a sus amigos a la primera, sin esperar nada a cambio, su lema era amigos ayudando a amigos, sin embargo nunca hubiera esperado de ninguno de ellos, y mucho menos de Héctor, una respuesta así. Héctor conocía de primera mano la violencia de género, había perdido a su hermana Sonia por ella, la propia Lola era una víctima de los malos tratos de su exmarido y siempre había sido muy sensible con este tema. Recordó el cuerpo golpeado de su pequeña chica y se le cortó el apetito de raíz. El

teléfono no dejaba de sonar y, simplemente, lo apagó. Se obligó a tomar el bocadillo aunque le supo a cartón y, tras meter algunas cosas en una mochila, salió de su casa rumbo al hospital. Se sentía defraudado y se preparó para afrontar en solitario todo lo que estuviese por venir.

Carlos llegó al hospital justo en el mismo momento en el que el celador abandonaba la habitación tras haber dejado la bandeja con la merienda al lado de la cama.

—Sigue dormida.

—Gracias, ahora la despertaré. Me han dicho que no debe saltarse la merienda.

Carlos dejó la mochila a los pies de la cama y se acercó a Mel, se detuvo unos instantes para observar su rostro relajado por el sueño. Mel no era una belleza, desde luego no era Lola, no era de la clase de mujeres que hacían que uno girase la cabeza cuando se cruzaba con ellas, pero para él era bonita, era la enana más bonita que había conocido en su vida. Le gustaba su pelo color miel, sus ojos oscuros y sus labios, sin duda sus labios eran lo más atractivo de su rostro, si en sus horas más bajas Mel lo atraía de semejante manera no podía imaginar lo que iba a sentir cuando aquellos labios color frambuesa le sonriesen libres de preocupaciones. No pudo resistirse a acariciarlos con su dedo pulgar. La había conocido el jueves y, ahora, en la tarde del domingo, se daba cuenta de que sus labios siempre habían estado fruncidos en un gesto serio, preocupado, triste o de dolor, nunca la había visto sonreír y mucho menos reír a carcajadas. Él era el rey de la broma, de las sonrisas, de las pullas inocentes. Él, que hacía sonreír a todas las mujeres a su alrededor, había caído rendido a los pies de la única mujer a la que no había visto nunca sonreír. Tremenda paradoja. Si continuaba mirando a Mel embobado, la merienda iba a pasar a la historia. Tenía que despertarla así que la besó en la mejilla mientras le susurraba cariñoso.

—Mel, despierta... enana... tienes que merendar.

Mel sentía besos muy dulces por todo su rostro y a medio despertar suspiró con ganas de acurrucarse y continuar durmiendo, intentó hacerlo colocándose de lado pero un dolor sordo en la pierna la hizo tomar conciencia de que seguía en el hospital, de que estaba herida y de que el dueño de los labios que la besaban con tanta ternura ya había vuelto a su lado. Abrió los ojos y se encontró con el océano ante ella.

—Hola enana —Carlos no pudo evitar sonreír al ver su cara a medio despertar y añoró lo que nunca había tenido, a Mel... en su cama... cada mañana.



—Hola —la voz le salió ronca.

—¿Has dormido bien?

Mel asintió. No quería hablar y que su voz sonase como la de un camionero.

—Te han traído la merienda. ¿Tienes hambre?

Mel calculó que llevaba más de veinticuatro horas sin comer y sí, tenía apetito. Intentó aclararse la voz pero no consiguió demasiados resultados y, de nuevo, escuchó su voz ronca al responder a Carlos.

—Sí. Tengo hambre.

Mel se incorporó muy despacito mientras Carlos le acercaba la bandeja y destapaba su contenido. Manzana, un yogur, galletas y café. Mel arrugó la nariz al percibir el aroma del café, no era nada cafetera, siempre solía tomar té o un buen chocolate caliente.

—No tomo café. No me gusta.

—Vale —Carlos tomó nota —¿Y el resto?

Mel asintió.

—El resto sí. Lo comeré todo.

Mel extendió la mano para coger el cuchillo y poder pelar la manzana, sin embargo, la vía le molestó, Carlos debió de percibirlo porque le retiró la mano con suavidad.

—Yo lo hago...

Permanecieron en silencio mientras Mel daba cuenta de toda la merienda. Carlos la observaba atentamente, contento de no tener que pelear con ella por la comida y contento de ver que Mel tenía apetito. Acababa de tomar la última cucharada del yogur cuando el celador volvió a la habitación para recoger la bandeja y lo hizo acompañado de Laura, la doctora Garbajosa, la ginecóloga de sus amigas a la que Carlos ya conocía y a la que tenía un gran aprecio, sobre todo después de haberla visto actuar cuando, con el susto metido en el cuerpo, tuvo que acompañar a Helena al hospital con una amenaza de aborto.

Laura se sorprendió al ver a Carlos sentado de manera muy familiar al lado de Carmen, la última paciente que había tocado su corazoncito por lo que podía haberle sucedido y que, afortunadamente, no había llegado a suceder. Aceptó gustosa sus dos besos a modo de saludo y no tuvo reparos en intentar averiguar lo que le estaba intrigando.

—¡Qué sorpresa Carlos! No sabía que conocías a Carmen.

—Bueno... —A Carlos le extrañaba que alguien se refiriese a Mel por su nombre completo y no se resistió a bromear con Laura —En realidad yo conozco a Mel —Se sonrió al girarse para ver el rostro asombrado de la susodicha.

—¿Mel? -preguntó Laura dirigiéndose a su paciente con una sonrisa — Dime cómo se pasa de Carmen a Mel.

Mel estaba sorprendida de que Carlos le hablase con tanta familiaridad a la ginecóloga que la había atendido horas antes, estaba claro que eran viejos conocidos y se preguntó cuál sería el vínculo entre ambos. Respondió a la pregunta mecánicamente porque no era la primera vez que alguien se interesaba por su nombre.

—Carmen, Carmela, Mela. Mel. Me pusieron Carmen porque en el registro se equivocaron al escribir mi nombre. Mi abuela también era Carmela y para diferenciarnos comenzaron las abreviaturas hasta llegar a Mel.

—Muy bien Mel... —Laura se sentó a los pies de la cama —Pues dime tú ¿cómo es que tenemos a este amigo en común?

Mel se sonrojó ante la pregunta ya que no sabía cómo responderla, por fortuna Carlos lo hizo por ella.

—Mel y yo estamos juntos.

—Oh... —Laura no pudo ocultar su sorpresa —No lo sabía —Estaba contenta de que Mel tuviese a un hombre como Carlos en su vida, nadie como aquel trío para hacer que una mujer se sintiese especial. Jack, Héctor y Carlos eran unos jóvenes caballeros, unos verdaderos hombres que se vestían por los pies.

—De hecho eres la segunda persona que lo sabe —Carlos recordó a Jaime, a quien ya le había dejado claro cómo estaba la cosa —Mel y yo estamos empezando.

—Pues me alegro por tí Mel, Carlos es un hombre de diez —Laura sonrió ante el sonrojo de la joven —Has de saber que lo digo con conocimiento de causa. Tengo dos amigas que le deben mucho.

—Laura... —Carlos decidió advertir a la ginecóloga antes de que se enterase por otros de las circunstancias en las que habían conocido a Mel —Mel conoce a Lola y a Helena, de hecho, Mel era la cuñada de Lola, es la hermana de su exmarido.

—Oh —Laura se había quedado literalmente sin habla. Tras seguir de cerca las historias de amor de Helena y de Lola, nunca hubiese esperado que la elegida de Carlos iba a estar directamente relacionada con el causante de tantos

disgustos para los recientes matrimonios —Vaya... eso sí que es... —buscó una palabra que definiese lo que sentía sin ofender a nadie —sorprendente.

—Laura, si a Mel no le importa me gustaría contarte su historia —Carlos solicitó con una mirada la autorización de su chica.

Mel asintió avergonzada esperando una reacción similar a la de los amigos de Carlos. Su hermano no hacía más que sembrar enemigos a su paso.

—Oh... no es necesario... no me gustaría inmiscuirme dónde no me llaman...

Carlos hizo caso omiso a la protesta de Laura. Era una buena mujer y le gustaría que la historia real de Mel llegase a muchos de los oídos que orbitaban a su alrededor. Visto lo visto con Héctor, necesitaba que alguien pudiese contrarrestar las versiones distorsionadas acerca de su chica, así que le hizo un rápido resumen de todo lo sucedido desde el jueves pasado. Cuando finalizó su relato, a Carlos le pareció como si hubiesen transcurrido semanas, en vez de cuatro días, desde que Mel había entrado en su vida.

Laura escuchó atentamente a Carlos y de nuevo se maravilló de la habilidad que tenían aquellos tres para caer completamente enamorados de mujeres en apuros. No hacía falta que Carlos le dijese que estaba enamorado, lo gritaba a los cuatro vientos con sus gestos y con sus ojos.

—Bueno Mel... tras oír tu historia y sabiendo lo que sé —Laura se refería a su examen médico —he de decirte que estás en muy buenas manos. Te repito que Carlos es un buen hombre y eres afortunada de que esté en tu vida. Mira Mel... yo sólo venía a hablar contigo porque me han dicho que mañana te darán el alta y tu y yo teníamos una conversación pendiente.

Carlos se puso tenso porque esperaba que Mel no tuviese ningún problema de salud del que él aún no se hubiese enterado, la respuesta de su chica no consiguió sacarlo de dudas.

—Lo sé. Creo que estoy bien. Creo que podré con ello.

—Mel... nena... me estoy asustando... ¿Hay algún problema que yo no conozca?

Mel se percató del gesto serio y preocupado de Carlos y el corazón le dio un vuelco muy similar al del día en el que lo vio por primera vez apoyado con displicencia en el mostrador de la peluquería de Lola. Era guapísimo y era muy dulce ver cómo se preocupaba por ella. Se apresuró a responderle.

—No. En realidad no. Es que la doctora me ha dicho que tal vez necesite ayuda para superar lo que me ha sucedido... ya sabes, cuando intentaron...

—Lo sé —Carlos no quería escuchar la palabra en los preciosos labios de Mel —Cariño... tal vez no sea mala idea hablar con algún especialista —Se dirigió a Laura —Imagino que estabas pensando en Jorge.

—Así es, el Doctor Cisneros es, además de un buen amigo, un gran psicólogo —constató Laura —Carlos tiene razón, no te vendrá mal hacerle una visita.

—Mel, ese doctor ha sido clave en la recuperación de Lola. Sabe bien lo que se hace.

Mel, la reina del sentido práctico estaba sintiéndose presionada para aceptar la consulta, sin embargo, Carlos obviaba un tema, ella no disponía de fondos suficientes para afrontar el pago de un especialista, ya había hecho uso de parte del dinero que le quedaba en su cuenta para gastos cuando compró todo lo necesario para instalarse en el apartamento de Lola. Se sentía mal por haber roto su promesa de no tocar ese dinero al no estar segura de que su procedencia fuera limpia, además, tenía por lo menos todo un mes por delante hasta cobrar su primer sueldo y eso sólo sucedería si es que estaba en condiciones de comenzar a trabajar pronto en el despacho de Carlos. Tenía claro que si su jefe, amigo, novio y abogado percibía que sus reticencias eran económicas, iba a ofrecerse a pagar los gastos y ella no quería nada de eso. Tenía que llevar solita las riendas de su vida así que optó por una respuesta que los dejase satisfechos por un tiempo.

—Tal vez tengáis razón, pero me gustaría dejar pasar unas semanas. Si veo que pasan los días y no me encuentro bien yo misma pediré cita con ese doctor.

A pesar de que a Carlos y a Laura no les satisfizo la repuesta, nada podían hacer por cambiarla. Mel se había mostrado razonable y no era infrecuente que muchas víctimas de agresiones intentasen en un primer momento superar por ellas mismas lo que les había sucedido.

—Muy bien Mel. Pues aquí tienes mi tarjeta —Laura se levantó y se la tendió con una sonrisa —Me gustaría que me visitases en unas semanas, así podremos charlar un ratito y me cuentas como te va. Por supuesto, si necesitas cualquier cosa antes... no tienes más que llamarme.

—Gracias doctora —Mel cogió la tarjeta sorprendida por el detalle y el interés de la ginecóloga.

—Laura, llámame Laura y Mel... no te sorprendas tanto... vas a entrar a formar parte de una gran familia y eso es algo maravilloso. He de dejaros — Laura ya se dirigía a la puerta —A riesgo de ser pesada... no dudéis en llamarme si me necesitáis chicos.

Como siempre que abandonaba una estancia Laura no dejaba indiferente a nadie y tampoco fue el caso de Mel. Aquella mujer madura, de bonitos ojos azules, muy delgada y de pelo blanco la había conquistado con su cercanía y calidez. No dudaba de que era una excelente profesional, ella misma lo acababa de demostrar, suponía que eran pocos los doctores que se involucraban con sus pacientes una vez finalizado su diagnóstico y no podía achacarlo a la relación de amistad que Laura mantenía con Carlos ya que la doctora desconocía este hecho hasta el momento en el que volvió a visitarla en la habitación. Las buenas noticias eran que ya sabía que al día siguiente le darían el alta, las malas eran que iba a abandonar el refugio seguro del hospital para volver al apartamento en el que había sucedido todo. Mel era una mujer que necesitaba tener las cosas planificadas, la improvisación la ponía nerviosa y, en estos momentos, comenzaba a inquietarle el hecho de desconocer totalmente qué le deparaban las próximas semanas, tanto en lo laboral como en lo personal, por no hablar de la situación que le había llevado hasta el hospital. Miró a Carlos, se había cambiado de ropa y seguía estando guapísimo, sin traje parecía más joven, de hecho parecía un modelo de anuncio con su pelo rubio despeinado y aquellos vaqueros azules desgastados que combinaba con una camiseta azul marino con el escudo del Capitán América. Le fascinaba el hecho de que, al parecer ella, la simple Mel, le gustase lo suficiente como para no moverse de su lado en horas.

—Mañana me voy a casa —le anunció como si Carlos no hubiese estado presente en la conversación con Laura.

—Lo sé. Es una buena noticia —Carlos sabía que Mel tenía alguna duda bullendo por su cabeza porque se mordía su labio inferior, hecho que a él le estaba provocando el inicio de una erección que temía no poder controlar.

—Sí. Supongo que me darán calmantes vía oral para que el dolor no me impida hacer una vida normal.

—Por supuesto ... pero nena... has de tomártelo con calma.

—Bueno sí, pero el caso es que... —Mel no sabía cómo decirle a Carlos que, para estar en calma, ella necesitaba que se despejase la niebla que le impedía ver su horizonte más cercano.

—Que... —Carlos quería que Mel soltase de una vez lo que le preocupaba.

—Mira es que hasta ahora yo era una persona con una agenda ordenada, una mujer de rutinas. Adaptarme a los cambios me cuesta un poco más que al resto y el caso es que me angustia la incertidumbre sobre mi futuro más próximo.

Carlos se sentó en la cama y volvió a tomar su mano acariciándole los dedos.

—No hay nada malo en tener unas rutinas establecidas y es normal que los cambios no te gusten, de hecho, a todos nos molestan un poco. Lo que sí me gustaría es que me explicases qué es lo que entiendes tú por tu futuro más próximo.

A Mel le resultaba fascinante lo fácil que era hablar con Carlos, no sabía si era debido a su profesión o se trataba de un rasgo de su personalidad pero, sin duda, era una de las personas más afables que jamás había conocido. Si una unía todo ello con un físico algo más que espectacular, pocas mujeres serían capaces de resistirse a sus ojos del azul del océano. Mel no tenía nada que esconder y le respondió con seguridad.

—Lo primero que me preocupa es que voy a volver al apartamento en donde sucedió todo, espero que regresar allí no se me haga cuesta arriba. Lo siguiente que necesito es comenzar a trabajar lo antes posible ya que si me resulta difícil vivir allí, he de poder pagar un alquiler, en todo caso, a partir de septiembre el alquiler del apartamento correrá de mi cuenta, ya sabes que el apartamento está pagado hasta esa fecha. Necesito tener ingresos propios porque no quiero tirar más de mi cuenta para gastos, esa en la que mi hermano me ingresaba la asignación mensual, ya os lo dije, no quiero saber nada de ese dinero, no sé si es dinero limpio o sucio y ya he roto mi promesa al utilizarlo para comprar lo que necesitaba para instalarme en el apartamento.

Carlos permitió que Mel se explicase sin interrumpirla ni una sola vez aunque había estado tentado a hacerlo. Dejó que transcurriesen unos segundos hasta comprobar que Mel no quería decir nada más y entonces le respondió sin dejar de acariciar sus dedos ni un minuto. No había pensado tocar ese tema hasta pasado un tiempo porque la racanería de Juan era algo que tenía grabado en su mente desde la entrevista en la comisaría, allí Mel, literalmente desnudó su vida en el interrogatorio al que Jaime la había sometido.

—Mel, no lo sabes pero soy el mayor de cuatro hermanas. La pequeña tiene trece años y la mayor tiene veintiséis. Mi madre me tuvo a mí con diecisiete años, muy jovencita.

—No lo sabía —Mel no entendía qué tenían que ver sus hermanas con ella pero no preguntó, sabía que pronto iba a averiguarlo.

—El caso es he convivido muchos años con ellas, afortunadamente hace cuatro años que vivo solo y por fin puedo disfrutar del placer de tener un baño

solamente para mí —Bromeó Carlos intentando sacarle una sonrisa. El esbozo de una mueca nerviosa fue lo máximo que consiguió. Estaba convirtiéndose en un desafío personal el hecho de hacerla sonreír —Te digo esto porque sé exactamente lo que una mujer necesita para llevar una vida normal, no te hablo de lujos, te hablo de cosas sencillas, estrenar un vestido de vez en cuando, se te acaba el frasco de tu perfume favorito, el maquillaje, aquella pulsera que viste en el escaparate por el que pasas todos los días... ¿Sabes a lo que me refiero?

Y tanto que Mel lo sabía. Ella había renunciado a todo ello hacía mucho tiempo, pero eso era algo que iba a quedarse para ella y no iba a compartirlo con nadie más, así que se limitó a asentir.

Carlos dio por bueno el asentimiento, le hubiese gustado que Mel se descubriese por ella misma pero estaba claro que era una chica celosa de su privacidad y poco habituada a compartir los pormenores de su vida.

—El caso Mel... es que sé, porque tú lo has dicho en la entrevista en la comisaría, que tu hermano lleva algo más de un año ingresándote en esa cuenta dsocientos euros al mes. Teniendo en cuenta que mis hermanas no están criadas en un ambiente de lujo ¿cómo has sobrevivido tú con ese dinero todo ese tiempo?

Mel abrió y cerró la boca. No estaba acostumbrada a tratar esas intimidades con nadie, no tenía amistades tan profundas con las que pudiera permitirse la licencia de no poner freno a lo que decía y justo no las tenía porque ella nunca había podido seguir el ritmo de vida de sus compañeras de facultad, ni tan siquiera cuando Juan le ingresaba más dinero había podido. Normalmente ir a una universidad de élite implicaba que los alumnos tenían un alto nivel económico, pero ese nunca había sido su caso. La solución más fácil fue la de convertirse en la rara, la que no acudía a fiestas, la que no intimaba y sacaba cada fin de semana un libro de la biblioteca para ocupar sus ratos libres. Cierto era que hubiese podido sacarse un dinero extra trabajando de camarera en algún sitio, pero eso le hubiera impedido rendir al cien por cien en los exigentes estudios que había elegido y no habría podido completar cada curso en su año correspondiente como había sido su caso. No sabía lo que Carlos pretendía con esa conversación pero, desde luego, estaba haciendo que por primera vez se sintiese incómoda a su lado.

—He sobrevivido —Le respondió con sequedad —A la vista está.

—Lo sé. Lo veo —Carlos sabía que Mel no estaba a gusto con la conversación pero iban a tenerla ahora quisiese ella o no —Lo has hecho muy

bien pero sé que habrás tenido que renunciar a un montón de cosas de chicas.

—Sí, pero no eran cosas importantes.

—Tal vez no, pero imagino que esas cosas bonitas os hacen sentir bien al final del día, al igual que a mí me gusta tener una buena botella de ginebra en casa para tomarme una copa de vez en cuando, lo mismo que prefiero que mi tele sea grande, es cierto que podría ver los partidos que me gustan en una tele pequeña pero no sería lo mismo ¿verdad?

—No. No lo sería —Reconoció Mel sintiendo cómo se abría una rendija en su interior —Nosotros no éramos pobres, mis abuelos eran de una clase media alta y yo fui a un buen colegio en Madrid. Dentro de un orden, tenía todo eso de lo que tú hablas pero cuando fallecieron mis abuelos, Juan pasó a ser mi tutor y me envió a un internado y luego a otro. La ropa fue quedando pasada de moda, el perfume se acabó, perdí un pendiente... ya sabes... Todo lo que tengo está en la maleta que subiste al apartamento de Lola.

—No pesaba mucho —le dijo Carlos muy bajito sin detener la caricia de sus dedos.

—No. Las prendas básicas no cuestan mucho. Zara tiene camisetas chulas por menos de diez euros, luego están las rebajas y algún outlet... pero también tenía que pagar el teléfono, cortarme el pelo de vez en cuando y muchas, no, muchísimas fotocopias... ya sabes.

—También lo sé. Nena... no es mi intención incomodarte pero suelo fijarme en los detalles. Cuando te conocí no llevabas pendientes, ni reloj, ni una pulsera... sólo tu pequeña maleta, la mochila de universitaria... Sinceramente, todo chirriaba, eras la hermana de Juan, uno de los mayores pavos reales que he tenido la desgracia de conocer. Tenías todas las papeletas para ser una borde niña mimada.

—No lo soy, pero algunos aún lo piensan.

Mel sin duda se estaba refiriendo a Héctor y a Jack. Carlos encajó el golpe dolido por no poder negarlo.

—Yo no soy de esos algunos.

—Vale.

—Enana... lo entendí todo el viernes por la mañana cuando explicaste en la comisaría el tema de los ingresos de tu hermano y me hirvió la sangre porque él podría haberte tenido como una princesa y, sin embargo, apenas tenías lo suficiente para lo más necesario. Luego esta mañana cuando me pediste un abrazo diciendo que hacía mucho que nadie te abrazaba me pregunté qué clase



de estúpidos tenías por amigos, entonces imaginé que no habrías salido mucho, ni cine, ni fiestas, ni citas... por lo que también comprendí lo otro. No voy a negarte que me encantará ser el primero para tí, soy egoísta, pero también entiendo que en otras circunstancias no hubiera sido así.

—No quiero ser una princesa —Mel quería dejarlo muy claro. Había conocido a muchas princesas en su facultad y consideraba una ofensa que alguien la definiese como tal.

Carlos decidió sacar a relucir su lado socarrón.

—Me alegro... yo no soy Juan, ni Jack, ni Héctor... yo no puedo darte todo lo que mis amigos les dan a sus mujeres. Soy un simple abogado al que le va muy bien, pero sólo eso, no soy un gran empresario como ellos.

—No sé porque estamos hablando de dinero Carlos, de verdad, no conozco a Jack ni a Héctor, no sé qué es eso que les dan a sus mujeres. Si me apuras tampoco conozco a mi hermano aunque sí soy consciente del tren de vida que llevaba. No me importan los lujos, el dinero sólo lo necesito para cubrir mis necesidades básicas. No voy a mentirte, me encantan los perfumes, los anillos... pero puedo prescindir de ellos. Lo he hecho. He prescindido de todo, hasta de los amigos. Lo único que yo quería y no tenía era una familia y eso no puede comprarse con dinero ¿verdad?

Mel tenía un nudo en la garganta y estaba aguantando las lágrimas a duras penas. Desconocía los motivos de Carlos para haberla llevado hasta ese punto que casi rozaba el límite de su resistencia. Lo único que la reconfortaba eran las caricias en sus dedos.

—Nena... sólo quería que supieses que soy consciente, que te he visto entera y que lo sé todo, las renunciás, las ausencias... y que quiero ser yo quien las cubra.

—No quiero que nadie me mantenga nunca más —Mel dejó escapar una lágrima —No quiero.

— Cariño... —Carlos barrió la lágrima con su pulgar —Yo no quiero mantenerte, quiero abrazarte, besarte, hacerte el amor, tener una cita, regalarte un perfume, ver una película de esas de llorar en mi tele grande... —volvió a bromear y esta vez sí Mel soltó una carcajada nerviosa. No era exactamente una sonrisa radiante pero tendría que valer.

—¿De llorar? —le preguntó Mel deseando cambiar de tema.

—Nena... de llorar a lágrima viva, de agotar las existencias de pañuelos para que luego vengas mimosa a la cama —Carlos sujetó la pequeña cara de Mel

entre sus grandes manos —Cariño... tienes un trabajo desde el viernes, es más, mañana mismo imprimiré tu contrato y lo firmamos. Tienes un abogado para ayudarte con todo este follón. Tienes un bonito apartamento al que volver, sin embargo, te propongo venirte unos días a mi casa —Carlos la sintió temblar y percibió sus dudas —Sólo hasta que te recuperes un poco de todos esos golpes —Le mintió descaradamente —Los primeros días te va a costar la vida misma subir las escaleras hasta el cuarto piso, aunque si es lo que quieres, no hay problema. Por último enana, me tienes a mí, a este payaso... Dime Mel... ¿Sigues inquietándote tu futuro más próximo?

Carlos la vio negar con la cabeza esbozando la primera sonrisa luminosa que le dedicaba. Esos labios iban a acabar con él, no se equivocaba, sus labios, toda su boca con sus preciosos dientes blancos eran espectaculares cuando sonreía. Ya no aguantó más y la besó como había deseado hacer desde el mediodía del viernes. Le dio libertad a su lengua para tomar lo que necesitaba, sin importarle si en el camino arrollaba a la inocente Mel con la pasión salvaje que acababa de despertar en él tras meses de abstinencia.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 5

*“Si la pasión, si la locura no pasaran alguna vez por las almas... ¿Que valdría la vida?”*

*Jacinto Benavente*

Mel sentía que se estaba deshaciendo en manos de Carlos. Le sujetaba la cara con mimo pero con firmeza y la besaba, la besaba como nunca la habían besado, con los labios, con la lengua, con los dientes. No estaba quedando lugar por recorrer y lo único que podía hacer ella era recibir el beso, no estaba muy segura de si estaba haciendo lo correcto ya que sólo acertaba a responder con su lengua a los requerimientos de la de Carlos. No se atrevió a mover sus manos, seguían en la cama, crispadas y estrujando las sábanas en un intento por controlar la excitación que comenzaba a apoderarse de su cuerpo. Su mente estaba a punto de arrojarle al vacío huyendo de cualquier pensamiento coherente cuando se sintió gemir. Se sorprendió a sí misma abandonándose y permitiendo a su mente dar el salto definitivo al limbo donde sólo parecían existir las sensaciones, los cosquilleos, los cuerpos tensos y el calor. Con los ojos cerrados se dejó llevar y perdió la noción del tiempo, podían haber pasado minutos, podían haber pasado horas, que a ella le daba todo igual con tal de prolongar su estancia en ese edén.

Carlos tenía que echar el freno, estaba llegando al punto de no retorno sólo con un beso pero ¡qué beso!. Mel era dulce y fresca, sus labios eran mullidos y suaves y era un placer en sí mismo sentirlos mover bajo los suyos, dubitativos, temerosos pero valientes. Su miembro estaba a punto de reventar la cremallera de sus vaqueros y se obligó a recordarse que estaban en un hospital, con un policía en la puerta y en una habitación en la que en cualquier momento podían entrar los médicos o las enfermeras sin necesidad de pedir permiso. Se separó de Mel y, sin soltar sus mejillas la observó, tenía los ojos cerrados, el rostro relajado pero ruborizado y los labios ligeramente entreabiertos, húmedos y brillantes. Preciosa pensó.

—Preciosa. Eres preciosa —Carlos se sorprendió de haber hablado en alto y sonrió cuando Mel abrió los ojos.

—No lo soy —Mel soltó lo primero que se le pasó por la mente cuando escuchó las palabras de Carlos —Aquí el guapo eres tú.

Carlos frunció el entrecejo contrariado. Él adoraba a las mujeres, todas tenían algo especial para los ojos de algún hombre en particular, para él se hizo

evidente que Mel era la niña de sus ojos y no le gustaron sus palabras.

—Eres la niña de mis ojos. Eso es lo que eres. La preciosa niña de mis ojos.

—Tus ojos si que son preciosos —Mel sentía las mejillas arder por el sonrojo e intentó responderle con gracia pero lo hizo con torpeza porque no estaba acostumbrada a recibir halagos y, desde luego, ninguno con el significado de aquellas palabras tan dulces.

—Está bien —Carlos sabía que era guapo, que sus ojos eran bonitos y que su cuerpo era la envidia de sus compañeros de gimnasio. No necesitaba que nadie le regalase los oídos con algo que para él era obvio desde que tuvo uso de razón. No era vanidad. Era la realidad —Quiero que repitas lo que voy a decirte ¿Lo harás?

Mel negó con la cabeza convencida de que se trataba de una trampa.

—Mel... dime que lo harás o voy a enfadarme.

Mel lo miró curiosa ¿Habría en serio? Sonreír no sonreía y su expresión era neutra. No quería que se enfadase por una tontería. Ella era consciente de que no era guapa y no pasaba nada, hasta era capaz de enumerar alguna que otra ventaja de ser una más de entre las chicas del montón. Escrutó de nuevo el rostro de Carlos y se mordió el labio dubitativa. El gesto de Mel hizo que Carlos sonriera para sí. Si la presionaba un poco más tendría lo que quería.

—Estoy esperando Mel —procuró sonar seco y funcionó.

—Vale. Lo haré. No te enfades —Mel le respondió en un susurro algo desconcertada.

—Gracias. Como te dije, quiero que repitas algo.

Mel asintió.

—Quiero que me digas que eres la niña de mis ojos, no... eso no, quiero que me digas que eres la preciosa niña de mis ojos.

Mel abrió los ojos y volvió a sonrojarse al tiempo que negaba con la cabeza.

—Estoy esperando Mel. No es una broma. Es importante para mí.

Mel tomó aire resignada. Carlos iba a ser inflexible y lo soltó de un tirón,

—Soy la preciosa niña de tus ojos.

Para Carlos había estado correcto. Sólo eso.

—Puede pasar, pero soy un hombre exigente. Dímelo con una sonrisa de las de verdad. No con una de esas muecas que simulan una sonrisa, quiero una como la de antes, que te llegue a los ojos.

Mel no se lo podía creer. No podía dominar las sonrisas a su antojo y, en esos momentos no le saldría una sonrisa sincera. Lo miró suplicante. Carlos se hizo cargo y la ayudó a sonreír. Le guiñó un ojo con una mueca exagerada.

—Vamos enana... tú puedes...

La expresión cómica de Carlos si hizo que la sonrisa asomase de forma natural a la cara de Mel y hasta el tono de su voz cambió cuando se oyó repetir.

—Soy la preciosa niña de tus ojos.

—Esa es mi chica —Carlos la recompensó con un dulce beso en los labios aún sonrientes —Ahora sólo falta que te lo creas de verdad.

Mel pasó un par de horas dormitando mientras Carlos adelantaba algo de trabajo en su portátil, si al día siguiente le daban el alta a Mel, él quería estar presente. Aún no le había sacado el compromiso de que pasaría unos días en su casa pero esperaba que la fortuna lo acompañase esta vez. No iba a consentir dejarla sola en el apartamento, por no decir que no iba a consentir dejarla sola mucho tiempo hasta que las cosas se aclarasen un poco. Estaban a mediados de junio y agosto era su mes de vacaciones ya que era un mes inhábil en los juzgados. Esta semana tenía tres juicios programados y debía redactar algunas demandas que serían presentadas antes de que finalizase el mes. No le iban a venir mal las manos extras en el despacho aunque con Helena embarazada y Mel convaleciente, no iba a exigirles demasiado, era más que evidente que ninguna de las dos estaba para jornadas maratonianas. La puerta se abrió cuando una enfermera entraba en la habitación, al tiempo, le llegaron unas voces airadas desde el pasillo.

—Sólo vengo a avisarte de que ahí fuera hay una buena montada —le explicó la enfermera —dos mujeres tienen acorralado al poli que vigila la habitación, exigen ver a tu novia y la encargada de planta no es capaz de hacerlas entrar en razón.

Carlos se levantó alarmado y se asomó al pasillo. La escena que vio en el puesto de enfermería le hubiese dado para unas cuantas pullas si no fuese porque no tenía ganas de pelearse a puñetazo limpio con Jack. Su mujer y su madre eran las dueñas de aquellas voces airadas, conociéndolas, sabiendo que eran implacables cuando se les metía algo en la cabeza, Carlos sacó su teléfono móvil del bolsillo, lo encendió y marcó el número del agente Velasco.

—Abogado. Aún no sé nada, no han podido localizar al letrado de Juan.

—No te llamo por eso.

—¿Entonces?

—Llama a tu chico y dile que deje entrar a las dos mujeres que están chillando en el pasillo. Son la esposa y la madre de Jack Anderson, totalmente inofensivas a pesar de su tono de voz.

—Joder... espero que no aparezcan todos por ahí o eso va a parecer el camarote de los hermanos Marx.

—Descuida, Héctor y Lola aún estarán en Toledo y te apostaría lo que quieras a que Jack no está especialmente contento con esta visita.

—¿Por qué dices eso? Héctor y, por lo que tengo entendido Jack también, son de los que protegen a las mujeres que los rodean, eso es lo que me gusta de vosotros.

—Pues eso. Protegen a sus mujeres y ambos piensan que Mel es un peligro para ellas.

—No me jodas... esa chica es más inocente que Bambi.

Carlos respiró aliviado, que Jaime pensase eso de Mel era tener algo más de la mitad de su trabajo hecho.

—Yo lo sé, tú lo sabes... pero al parecer ellos aún no lo ven.

—Pero... a ver si me aclaro... ¿Mel es tu chica?

—Sí.

—Y me dices que tus amigos, esos a cuyas mujeres has ayudado recientemente, no están contigo en esto...

—Sí —Le jodía pero era la verdad —Estoy solo en esto, bueno, Helena y Lola están conmigo pero estando ambas embarazadas tampoco quiero agobiarlas demasiado, por no decirte que no tengo tiempo para liarme a puñetazos con Héctor, o con Jack, o con los dos juntos.

—Joder abogado... te diría que son unos hijos de puta pero no estoy muy seguro de que eso sea verdad.

—Quiero creer que no, es decir, sé que no lo son, pero es mi chica la que está en la cama del hospital con el cuerpo molido a golpes y, la verdad... prefiero no pensar en lo que su postura supone para mí.

—Tío, cuenta conmigo para lo que necesites... hablar, emborracharnos... —Jaime lo sentía por el abogado, sus amigos estaban siendo unos cabrones con él y por supuesto con Mel. Jaime entregaría gustoso su placa si se equivocaba con ella, era una dulce y asustada chica totalmente inocente —Ahora mismo llamo al compañero.

—Gracias Jaime, por todo —Carlos colgó y se metió de nuevo en la

habitación para informar a Mel de lo que se le venía encima.

Por mucho que Carlos la previno, Mel no estaba preparada para sentir la fuerza arrolladora de aquellas dos mujeres, a Helena ya la conocía pero Lucía fue todo un descubrimiento para ella. Era la mujer amable y elegante que le hubiese gustado tener como madre, ese parecía ser su papel principal, ya que en todo momento le había hablado con el tono dulce y cariñoso que ella imaginaba inherente al papel de madre. Tras un pequeño alboroto en el que Carlos y Lucía tuvieron que calmar a una desconsolada Helena que no cesaba de llorar agarrada a la mano de Mel, todos pudieron mantener una conversación más o menos tranquila. Helena había tomado posesión del sitio que siempre había ocupado Carlos y Lucía se sentaba muy derecha en la silla a los pies de la cama, Carlos, de pie a su lado, observaba toda la escena.

—Lo siento Mel —Helena estaba avergonzada de haber perdido la compostura pero le había tocado el alma ver los golpes en su cuerpo, además, había mantenido una amarga discusión con su marido y, el hecho de discutir con Jack, siempre la dejaba extremadamente triste. La suma de todos esos factores había provocado su llantina —Siento haber perdido los papeles al verte, no es lo que necesitas en estos momentos, tener a tu lado a una loca embarazada llorona, pero quiero que sepas que lamento muchísimo lo que te ha pasado.

—Gracias —Mel no sabía qué más decirle a aquella mujer algo más baja que ella y con una enorme barriga de embarazada, supuso que preguntarle por ello sería lo correcto —¿Qué tal tu bebé?

—Enorme —Le respondió Helena con una gran sonrisa —Casi estoy rozando el ecuador del embarazo y este enano aún me hace vomitar todas las mañanas, ya empiezo a sentir sus movimientos y tengo que decirte que es maravilloso.

Una enfermera los interrumpió obligándoles a abandonar la habitación porque necesitaban tomarle la temperatura y la tensión a Mel además de cambiarle la bolsa de la medicación. Ya en el pasillo y con los brazos cruzados sobre el pecho, Carlos estaba preparado para que le explicasen el motivo de aquella visita.

—¿Cómo os habéis enterado? —Carlos constató que Helena lanzaba una mirada interrogante a su suegra, era conocedor de que aquellas dos habían llegado a un nivel de complicidad tal que se entendían con una simple mirada — Quiero la verdad. Por muy dura que sea... Helena... me la merezco.

Lucía apoyó la mano en uno de los brazos de Carlos para mostrarle su

apoyo.

—Carlos, Helena es consciente de que la mereces pero no queremos que te disgustes en estos momentos. Mel te necesita y hemos venido a decirte que cuentas con nosotras, con las dos —Recalcó por si Carlos no se daba cuenta de que ella estaba igual de implicada con Mel —Nadie tiene derecho a culpar a esa pobre chica de todas las barbaridades que ha hecho su hermano.

—Pero Héctor y Jack lo hacen —Constató Carlos sacando a relucir los nombres que Lucía, siempre tan correcta, había omitido.

—Ay Carlos... —Helena sentía una pena enorme por la distancia que estaba empezando a formarse entre dos de las personas más importantes de su vida, su marido y su jefe y amigo Carlos. El abogado había sido su soporte, su bastón, su guía cuando todo en su vida se fue al garete —Hemos tenido una discusión terrible. Es un terco, un obstinado cabezota y Lola lo mismo, ella me ha llamado llorando, siento tanta pena por ella también... Imagínate... ayer fue el día más feliz de su vida y hoy discute con el troglodita que tiene por marido. Me ha pedido por favor que intentase averiguar algo.

Carlos tomó aire ante el panorama que tenía ante sí.

—Lo primero. No quiero que ni tú ni Lola discutáis más con vuestros maridos por Mel. No quiero tener que preocuparme por vosotras y por vuestros bebés, bastante tengo ya con pensar cómo voy a conseguir que Mel salga de todo esto. Todos somos responsables de nuestros actos y tanto Jack como Héctor son mayores de edad. Además, si os enfrentáis abiertamente a ellos sólo vais a conseguir que culpen a Mel de que sus mujeres se acuesten enfadadas todas las noches y la pobre no puede cargar con más culpas que no le corresponden. Lo segundo, me preocupa saber cómo habéis conseguido averiguar el hospital y el número de habitación de Mel, aún no se sabe quien la atacó y vosotras solas, sin ofender, no sabríais ni por dónde empezar a investigar.

—Nos subestimás abogado... —Helena puso los brazos en jarras llamando a su jefe por el apelativo cariñoso con el que se dirigía a él —Lola me dio el número de Gus y creo que, al final, ese grandullón es más fiel a Lola que a Héctor. Él sí puede averiguarlo todo.

—Gus —repitió Carlos —Debí haberlo imaginado. No te equivoques Helena, puede que Gus bese el suelo por donde pisa Lola, pero te aseguro que no ha tardado ni un minuto en avisar a Héctor de lo que iba a hacer, a él le debe algo más que el respeto propio de un empleado a su jefe.

—Como sea. Eso me da igual —Helena quería transmitir su mensaje a toda



costa —El caso es que Lola y yo, bueno y Lucía, ya la has oído, queremos ayudar a Mel. Lola tiene sus motivos y ya te los explicará ella en su momento, los míos son que Mel me recuerda a mí, sola, sin familia, perdida, asustada y sin trabajo en Madrid. Yo tuve la suerte de tropezarme con Jack y Mel ha tenido la suerte de tropezarse contigo. Te gusta mucho ¿verdad?

—Mucho —Confesó Carlos a un tercero por primera vez —Mucho más de lo que nunca me ha gustado ninguna otra. Esto es algo diferente. Apenas han pasado unos días y pensarás que estoy loco...

—¿Loco? Venga Carlos... —Helena le sonrió cariñosa —Cuando lo sabéis lo sabéis, por lo menos es lo que dice Jack y, abogado... estáis cortados los tres por el mismo patrón.

—Tal vez sí, pero yo...

Lucía comprendía perfectamente a Carlos y lo que no se atrevía a pronunciar.

—Pero tú nunca le has dado la espalda a tus amigos. Lo has sido todo para mi nuera y te estaré eternamente agradecida, lo mismo has hecho con Lola, sin medir las horas, sin pedir nada a cambio.

—No quiero nada a cambio.

—Lo sé... cariño —Lucía volvió a apretarle el brazo —A todos nos duele que nos den la espalda. No voy a justificar a Jack, ni tampoco a Héctor, yo misma he tenido unas palabras con mi hijo pero, sinceramente, creo que lo único que les pasa a ambos es que están asustados por sus mujeres, no quieren que nada malo vuelva a tocarlas después de lo mal que lo han pasado.

—Yo tampoco quiero que les suceda nada malo, faltaría más. Lo entiendo porque yo no quiero nada malo para Mel, pero me duele que no estén dispuestos a darle una oportunidad.

—Lo siento mucho Carlos —Helena no sabía como defender lo indefendible.

—Helena... no pasa nada —Carlos no soportaba ver a una mujer afligida —Mel y yo saldremos de ésta. El agente Velasco sabe que Mel es una víctima de su hermano, va a entrevistarse con él en la cárcel para saber si puede averiguar la identidad de esos supuestos acreedores y así poder cazarlos para que Mel no tenga que preocuparse por ellos.

—Seguro que lo consiguen, fíjate cómo consiguieron detener a Juan, además es su hermana...

—Helena... Mel está sola, olvídate del supuesto amor entre hermanos, Juan

no es Jack. No quiere volver a verlo y, sinceramente, dudo mucho que se preste a ayudarla sin pedir nada a cambio. Mel no ha tenido una vida fácil, no es la niña mimada que imaginé cuando la vi por primera vez, todo lo contrario.

—Bueno Carlos —Lucía intentó animarlo —Ahora te tiene a tí y nos tiene a nostras, no la dejaremos sola.

—Lucía, lo agradezco mucho. Le dan el alta mañana mismo pero dime... ¿Cómo voy a consentir que estéis a su lado si Jack no os quiere cerca de ella?

—Esto es un embrollo terrible... —Lucía se lamentaba —Pero en mi casa por ahora mando yo, por favor... venid a pasar una tarde esta semana. A todas nos vendrá bien. Merendaremos y tomaremos el sol en la intimidad, por favor di que sí.

Carlos tomó aire mirando al techo. A Mel le vendría genial disfrutar de la compañía de otras mujeres y, desde luego que estaba tentado a aceptar pero iba a poner una única condición.

—Está bien. Me encantaría, pero sólo si me garantizas que no lo haces a espaldas de Jack... o de Henry —Carlos sabía que el padre de Jack era tan protector con su familia como su hijo.

—Eso déjalo de nuestra cuenta —Helena, segura de su éxito, le dedicó una gran sonrisa.

La enfermera abandonó la habitación dándoles permiso para entrar de nuevo.

—Todo está bien —informó a Carlos —En un ratito le traerán la cena.

Helena sabía que esa era una advertencia para que no prolongasen su vista más allá del momento de la cena y estaba impaciente por conocer un poco más a su nueva amiga. Estaba segura de que Mel iba a formar parte de su vida en los próximos años porque Carlos, al igual de Jack y Héctor en su día, por fin había hecho su elección.

Mel se asombró de lo bien que encajaba con Helena y con la madre de Jack, eran unas mujeres maravillosas. Lola había tenido mucha suerte de contar con ellas y ahora ella estaba beneficiándose de esa relación. La entretuvieron durante una hora contándole las travesuras de Anne, la hermana de Jack con Síndrome de Down y se quedó sin palabras cuando Helena le tendió una gran bolsa antes de irse.

—Toma. No hace mucho tuve que ir al hospital con lo puesto, igual que tú. Me sentí fatal cuando no tenía nada personal allí, ni zapatillas, un peine... Lola hizo una maleta para mí y me ha pedido que ahora la haga yo para tí. Creo que

llevamos la misma talla, he incluido unos vestidos que ya no me valen —señaló su abultada barriga —para que puedas salir del hospital con toda la dignidad posible. ¿Qué número calzas?

—El treinta y siete —contestó Mel abrumada.

—Perfecto. El mismo que yo. Van los zapatos a juego para que te pongas lo que más te guste.

—Gracias... —acertó a decir Mel —Te lo devolveré todo cuando llegue a casa.

—Ni se te ocurra —descartó Helena con un gesto de la mano —Estoy como una foca y no me valen ni me valdrán en mucho tiempo. Disfrútalos, es más, si te quedan bien tal vez tenga más para tí.

—Yo no podría... —Mel no quería que Helena pensase mal de ella por no aceptar su regalo pero realmente se sentía rara siendo receptora de tanta generosidad.

—¿Eres escrupulosa porque es ropa usada? ¿O es te da apuro aceptar mi regalo?... Las amigas suelen pasarse la ropa cuando ya no les vale.

—No soy escrupulosa... por favor no pienses eso de mí...

—Entonces es que te da apuro —Al lado de Jack, Helena había desarrollado una alta capacidad de percepción y había aprendido a jugar sucio cuando quería salirse con la suya.

—Sí... es eso... no quiero que te sientas obligada.

—¿No te cambiabas la ropa con tus amigas? —Helena sabía la respuesta, incluso sabía el dolor que iba a provocar su pregunta, pero Jack había utilizado esa técnica con ella en infinidad de ocasiones y sabía que siempre funcionaba.

—No es que esté muy boyante de amigas... —Mel intentó usar el sarcasmo como herramienta para ocultar el dolor de no haber intimado con nadie en años.

—Bueno. Pues eso se termina desde hoy. Ahora tienes cuatro amigas, Lola, Lucía, mi cuñada Anne y yo. Más vale que te vayas acostumbrando. Vamos a hacer muchas cosas de chicas juntas. Si nos aceptas claro está. ¿Lo haces Mel? ¿Nos aceptas?

Mel no pudo contestar porque estaba desbordada y se echó a llorar tapando el rostro con sus manos. Lucía se acercó a ella y la abrazó.

—Es evidente que esto significa que sí. No llores cariño... todo va a arreglarse mi niña...

Mel apenas jugueteó con la cena ante la atenta mirada de Carlos. Tras la

marcha de Helena y de Lucía él se sintió enormemente afortunado de tenerlas en su vida, eso hizo que el hecho de no contar con el apoyo de Jack y de Héctor doliese un poco menos, pero sólo un poco. Le costó unos minutos conseguir que Mel dejase de llorar pero al final lo consiguió a besos. “Bienvenida” le había dicho y sabía que Mel había entendido a la perfección lo que esa palabra significaba. Bienvenida al comienzo de tu nueva vida, es lo que Carlos le había querido decir.

—Nena... ¿No tienes apetito?

Mel miró sin ganas el trozo de pollo asado del que apenas había probado un par de bocados. Tras haber ingerido una ligera crema de verduras se sentía llena, ni siquiera le apetecía la pera que tenían de postre y eso que la pera era una de sus frutas favoritas.

—No. La verdad es que me siento llena ¿Vas a enfadarte si no me lo termino? —Mel había observado que no le quitaba ojo de encima cuando comía.

—No cariño... —Le sonrió retirándole la bandeja —No voy a enfadarme siempre que yo vea que te alimentas bien. ¿Tienes dolor?

—Mucho menos que esta mañana pero no puedo moverme todo lo que quisiera, suelo dormir de lado y ahora me duele la pierna si me pongo así.

Carlos no iba a desperdiciar el pie que inconscientemente Mel le había dado.

—Mel... mañana te irás a casa ¿Has tomado ya una decisión?

Mel había pensado en ello durante el tiempo que había estado dormitando. La razón le decía que debía volver sola al apartamento, el corazón le decía que quería irse con Carlos. A su lado se sentía segura. Tenía miedo de que aquellos hombres volviesen a encontrarla y además estaba todo aquello de su recién descubierta intimidad. Quería refugiarse en ella, aún tenía en la cabeza la imagen que Carlos había introducido allí sobre ver una película de llorar los dos juntos en el sofá, no tanto por la película sino por el hecho de poder acurrucarse de verdad en sus brazos por primera vez. Así que tenía que decidir entre el corazón y la razón, el eterno dilema humano, se mordió el labio indecisa. Siempre había hecho lo correcto, lo que se esperaba, lo debido, esa era ella. Necesitaba garantías y no las tenía.

—No te enfades por lo que te voy a decir.

—Mel... no soy un ogro, en apenas diez minutos me has dicho ya dos veces que no me enfade. No me tengas miedo...

—¿Estás seguro de que quieres que me vaya unos días contigo?

—Segurísimo —“y algo más que unos días también” pensó para sí pero no se atrevió a decirlo para no asustarla. No dejaba de morderse el labio y eso quería decir que estaba a punto de tomar una decisión —Creo que es lo mejor para tí y para mí. Voy a acompañarte los primeros días, en el apartamento o en mi casa, sinceramente, prefiero estar en mi casa, tengo un pequeño despacho y puedo trabajar desde allí, o incluso podrías hacerlo tú si te encuentras con ganas. En mi casa estarás bien, tengo un dormitorio de invitados y, aunque preferiría que durmieses conmigo, respetaré tu elección. No voy a presionarte Mel, no soy un cabrón neandertal como Jack y como Héctor, voy a asegurarme de que estás bien pero no voy a imponerte nada.

—¿Ellos les imponen cosas a Lola y a Helena?

—No exactamente. Helena y Lola son todo un carácter, son mujeres independientes, fuertes y están muy enamoradas de sus maridos y ellos de sus mujeres. Los dos matrimonios tienen una historia detrás y nosotros haremos la nuestra como mejor nos convenga. Mel... si no quieres contestarme ahora no pasa nada, piénsalo con calma, tienes tiempo a decidir lo que quieres.

—Gracias —Mel no llevaba bien la presión —Pero hay algo que sí que sé que quiero.

—¿Qué es Mel? Si está en mi mano...

—Quiero acurrucarme contigo en el sofá viendo una película.

A Carlos le estalló el corazón de alegría pero se cuidó mucho de expresarlo y, en cambio, sacó a relucir su humor. Fingiendo estar horrorizado le respondió recordando su conversación anterior.

—¿Tiene que ser una película de llorar?

Mel estaba aprendiendo que en ocasiones Carlos utilizaba el humor para ocultar sus sentimientos. Estaba segura que le había alegrado su respuesta, en cambio, fingía resignación. Le sonrió, de verdad, como él decía.

—No. La película me da igual. Yo sólo quiero que me abracés en el sofá.

—Ven aquí enana... —Carlos se sentó en la cama y la abrazó teniendo cuidado con el ya odiado cable de la vía —Vas a hartarte de mis abrazos.

—Tengo muchos que descontar —le respondió Mel desde el corazón.

—Y yo tengo muchos para darte, cariño...

Carlos la besó sellando su trato, contento de que Mel hubiese aceptado su propuesta.

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 6

*“La vida se trata de tomar decisiones. De algunas nos arrepentimos y de otras nos sentimos orgullosos. Otras, nos atormentaran por siempre”*

*Graham Brown*

Sentado en el sofá de su dúplex, Carlos aguardaba la inesperada visita que no iba a tardar en llegar. No sabía lo que debía esperar de la misma y estaba recitando toda una retahíla de motivos para obligarse a no perder los nervios. El primero de ellos y el más importante era que tenía a Mel dormida en el piso superior, en su cama. Los trámites para su alta habían durado buena parte de la mañana, de hecho llegaron a casa bien pasada la hora de comer. Todo el proceso había sido agotador para Mel, a la pobre le había costado la vida misma vestirse, Carlos recordó cómo, con dedos temblorosos, la había ayudado a abrocharse el sujetador y a ponerse uno de los vestidos que Helena le había regalado. Era de un tejido muy ligero, de color azul marino con lunares blancos y manga corta, le sentaba muy bien pero su rostro pálido por el dolor que le provocaba el más mínimo movimiento hizo que su chica ni siquiera pudiese agradecerle su halago. Por supuesto la ayudó a calzarse, por fortuna los pies eran de las pocas partes de su cuerpo libre de golpes y las sencillas bailarinas azul marino no supusieron ningún reto. Mel no quiso oír hablar de maquillaje ni de perfume, ni siquiera había sido capaz de mirarse en el espejo del baño y eso que éste sólo reflejaba la mitad de su cuerpo. Para Carlos la tarea también había sido un suplicio, tenía miedo de que sus grandes manos la lastimasen y Mel, no sabía si avergonzada o dolorida, había mantenido al cabeza agachada todo el tiempo, provocando que Carlos apenas se detuviese a admirar el pequeño cuerpo que encendía su corazón. A pesar de los golpes, Carlos había vislumbrado piel blanca, la ligera curva de un pecho, un ombligo pequeño y redondito. Se reprendió a sí mismo por tener una erección en aquellos momentos pero lo cierto era que la deseaba, sabía que debía esperar y se sentía un poco cavernícola por sentir ese deseo. Tras acomodar a Mel en el asiento de su todoterreno, Carlos condujo con mucho cuidado para no hacerle daño con un giro brusco o un frenazo, además sabía que los estaba siguiendo un coche de policía camuflado porque Jaime lo había advertido de ello. Ambos acordaron que mientras Mel estuviese en casa de Carlos sería suficiente con que una patrulla se pasase con más frecuencia por el barrio. Era evidente que Mel iba a tardar unos días en poder salir y pudiera ser que para entonces ya no hubiese de qué preocuparse. El esfuerzo que había

supuesto para Mel salir del hospital y el viaje en coche debía de haber sido brutal porque la pobre estaba lívida cuando salieron del ascensor. Para Carlos fue evidente que no iba a haber una visita guiada por su casa, Mel estaba pidiendo una cama a gritos así que, tras abrir la pesada puerta y dejar la bolsa con la ropa y su mochila en la entrada, Carlos la tomó en brazos y le hizo una única pregunta.

—Te llevo a la cama. Cariño... ¿La habitación de invitados o mi cama?

Carlos había respirado aliviado cuando apenas en un susurro Mel le respondió que su cama. Subió las escaleras en un periquete y la acostó por encima de la ligera colcha de verano, la dejó un minuto sola porque recordó que la bendita Helena había incluido pijamas entre las cosas que le había llevado al hospital. Era evidente que Mel no podía acostarse con el vestido y que debía de sacarse el sujetador ya que uno de sus tirantes y su cierre coincidían exactamente con dos de los golpes más feos que su chica tenía en el cuerpo. Apretó la mandíbula con rabia cuando recordó las lágrimas de Mel mientras él volvía a desnudarla y la ayudaba a ponerse el pijama de tirantes, por suerte era de un suave raso gris con discretos detalles de encaje en blanco y el short apenas le presionaba la cintura. La ayudó a meterse entre sus frescas sábanas blancas y eso pareció aliviarla un tanto, ya que fue capaz de dominar las lágrimas y pudo susurrarle unas palabras de agradecimiento. Carlos tenía ganas de ponerse a gritar como un loco por la impotencia de verla así, se juró que como tuviese a Juan delante iba a pagar por todos y cada uno de los golpes que por fin había descubierto en su totalidad. Sin embargo consiguió esbozar una de sus mejores sonrisas antes de besarla con suavidad y ordenarle descansar.

—En tres horas te toca el calmante. Te prepararé algo contundente para merendar ya que no has comido —Le dijo mientras acariciaba su pelo —Duerme cariño, te prometo que no voy a moverme de aquí.

No supo si Mel lo había oído o no ya que enseguida su respiración le indicó que se había quedado dormida. Carlos rogaba que Mel no se despertase antes de que él pudiese volver a la habitación, no le gustaría que ella pensase que había roto su promesa, pero la llamada que había recibido lo obligaba a estar sentado en su sofá en vez de estar velando el sueño de su chica. El timbre sonó y se levantó a abrir sin preguntar quién era, esperó a su visita cruzándose de brazos mientras se apoyaba en el marco de la puerta. Descalzo, con un pantalón corto de deporte gris y una camiseta blanca no tenía la más mínima intención de adecentar su aspecto. La puerta del ascensor se abrió y la visita hizo su aparición, Carlos se limitó a apartarse para dejar pasar a un Héctor muy serio y a



un Jack de expresión pétrea que, con su exquisita cortesía británica, fue el único que pronunció un buenas tardes.

—Ya sabéis dónde está el salón —fue la única respuesta de Carlos.

Allí estaban tres grandes amigos sentados frente a frente y mirándose sin que ninguno de ellos se atreviese a romper el hielo. Carlos se recostó en su sillón, se cruzó de brazos y ejerció de mal anfitrión.

—Perdonad que no os ofrezca nada, pero supongo que no habréis venido a tomar café.

—Me cago en la puta Carlos —Héctor estaba hirviendo por dentro. Nunca hubiese pensado que tras su boda el sábado, la melancolía hubiese vuelto a habitar en los ojos de su preciosa mujer en la tarde del domingo y mucho menos que hubiesen tenido su primera discusión de casados que, por supuesto, había terminado con Lola llorando y él de nuevo impotente por no encontrar un punto de encuentro con lo que más quería en la vida —Joder. No me has devuelto una puta llamada desde ayer.

—No tenía nada que decirte —Carlos estaba comenzando a contar hasta doscientos porque la típica cuenta hasta diez iba a quedarse muy escasa esta vez.

—No tenías nada que decirme... —Héctor podía ser más chulo que el abogado —Pues mira tú por donde... cuando la hermana del hijoputa del exmarido de mi mujer está en su apartamento —recalcó el “su” —y resulta que alguien entra para atacarla... creo que merezco conocer los detalles.

—No necesitas conocer los detalles. Puedes quedarte tranquilo, Mel ya no volverá —Carlos hizo comillas con los dedos —al apartamento de tu mujer.

—Pues menos mal joder... ya os dije que la hermana de ese cabrón no era asunto nuestro pero ni puto caso... ¿Dónde cojones se supone que está?

Carlos tenía la gran virtud de mantener la calma en los momentos más tensos, era algo que había entrenado desde bien pequeño, primero observando las histéricas peleas de sus hermanas cuando alguna de robaba un lazo del pelo a la otra, más tarde, ya en la universidad, todos sus entrenadores de rugby le habían dicho que tenía unos cojones de acero y posteriormente, en los juzgados, donde era frecuente que los fiscales o abogados de la parte contraria intentasen sacarlo a uno de sus casillas. Si ni sus hermanas, ni sus rivales en el campo, ni el más fiero fiscal habían conseguido que Carlos perdiese los papeles, el gen neandertal de Héctor junto con su burdo vocabulario, tampoco iban a conseguirlo, así que le respondió con toda la calma del mundo.

—Tú lo has dicho, no es asunto vuestro.

—Carlos no me jodas... —Héctor se sentía a punto de reventar —Has visto las fotos de Lola, la has visto sufrir por ese cabrón. Si desde la cárcel aún es capaz de hacer daño... sabes que tengo que proteger a mi mujer, por si lo has olvidado, está embarazada de gemelos.

—No. No he olvidado que tu mujer está embarazada, creo recordar que os felicité efusivamente por ello cuando nos distéis la noticia y sí, sí he visto las fotos de Lola y desde luego que es tu deber proteger a tu mujer. Si no me equivoco, en tu plantilla hay por lo menos media docena de empleados lo suficientemente competentes para vigilarla las veinticuatro horas del día, por no mencionar a Gus, no sería la primera vez que la dejas a su cuidado, además, ya te lo he dicho, Mel no va a volver al apartamento de Lola.

Héctor no podía con la tranquila verborrea de Carlos. No entendía cómo cojones aquella mujer diminuta había vuelto a enredar las cosas cuando parecía que, por fin, todo lo malo había quedado atrás. Miró a Jack pidiéndole ayuda porque él estaba a punto de levantarse y propinarle un puñetazo en la nariz a su amigo.

—Habla tú con él Jack, porque parece que a mí no me entiende o no me quiere entender. Explícale tú porque la hermana del hijoputa que agredió a nuestras mujeres será una amenaza constante si entra en nuestras vidas.

Jack había observado sin pronunciar palabra el intercambio entre sus dos mejores amigos. Tenía la cabeza como un bombo, entre el cabreo de Helena, la fina ironía de su madre y la furia de Héctor estaba a punto de reventar de la impotencia. Lo acojonaba el hecho de imaginar a su mujer en la cama del hospital con una nueva amenaza de aborto. Desde aquella vez, había hecho todo lo posible por hacerla feliz. Dado que Helena seguía empeñada en mantener su trabajo en el despacho de Carlos, le había propuesto al abogado trasladar sus oficinas a las instalaciones que Anderson & Asociados tenía en su nueva ala. Ellos eran especialistas en vigilancia y seguridad y su edificio era uno de los más seguros de la capital. Cuando Carlos comenzó a ocuparse de sus asuntos legales, Jack se creyó muy listo porque estaba seguro de que había conseguido matar dos pájaros de un tiro, tenía un abogado en el que confiaba ciegamente y su mujer estaría protegida dentro del edificio. Ahora era precisamente su abogado y amigo el que estaba introduciendo un factor de riesgo en el corazón de Anderson & Asociados al contratar a Mel como compañera de Helena. Se había visto obligado a ceder cuando discutieron ese tema la tarde en la que conocieron a Mel. Carlos lo había puesto contra la espada y la pared diciéndole que, si tanto le molestaba el hecho de que Mel trabajase con él, podía renunciar a sus servicios

legales, no contento con ello además lo advirtió de que perfectamente podría trasladar de nuevo su despacho a su anterior ubicación. En aquel momento Jack había renunciado a presionar más porque sabía que Helena no dudaría en seguir a su jefe allá adónde fuera. El vínculo creado entre ellos cuando Jack la había cagado con su entonces novia era especial y Carlos le ofrecía a Helena lo que necesitaba, amistad, confianza y un ambiente laboral cómodo. Sin embargo, ahora que no la tenía delante, nada le impedía hacer entrar en razón a su amigo. Echó mano de su flema británica para contrarrestar el discurso de Héctor que, con todos sus tacos y bravuconerías, había hecho que Carlos se enrocara en su posición.

—A ver Carlos... Lo que resulta evidente es que esa chica está ligada de por vida a su hermano. Ese vínculo estará ahí siempre. Todos sabemos que Juan se enfrenta a años de cárcel pero, seamos realistas, en algún momento va a salir fuera y su hermana es su única familia. No creo que la cárcel consiga rehabilitarlo y lo lógico es que intente reencontrarse con ella mientras continúa o inicia otro tipo de negocio turbio. La clase de negocios que atrae a gente de la calaña del Pecas, supongo que no lo has olvidado, destruyó el apartamento de Helena por orden de Juan, por no hablar de todo lo que son capaces de hacer las grandes redes de tráfico de sustancias. Sabes que tienen a su disposición un ejército de matones dispuestos a usar los puños o lo que sea necesario. Como has podido comprobar, no les importa demasiado si su víctima es un hombre, una mujer o un anciano. Siento lo de esa chica, pero tú debes de comprender que, al prestarle ayuda, estás poniendo en riesgo todo lo que te rodea y no sólo hablo de Helena y de Lola, que sé que te importan mucho, hablo de tu modo de vida, de tu despacho. ¿Cómo crees que reaccionarán alguno de tus clientes cuando se enteren, no sólo de que defiendes a la hermana de un traficante maltratador, sino que además es una de tus empleadas con acceso a su información más confidencial? Sinceramente, Carlos, por tu bien, creo que debes desvincularte lo antes posible de este tema.

Carlos sabía que Jack tenía una gran habilidad para exponer sus argumentos consiguiendo enmascarar el juego sucio que estaba dispuesto a plantear para conseguir el objetivo que se había fijado. Era evidente que en este caso, su objetivo era el mismo que el de su amigo Héctor, su hermano, como ambos se llamaban entre sí. Lo que nunca hubiera imaginado Carlos era que él iba a ser el receptor de esa estrategia. La estrategia era su punto fuerte, decidir, planificar, organizar, la capacidad de contemplar todos los puntos de vista lo habían hecho destacar en su profesión en un plazo de tiempo relativamente corto para un

abogado en una gran ciudad como era Madrid. Lo que le quedaba meridianamente claro era que ni Jack ni Héctor habían comprendido que uno de los valores que regían la vida de Carlos era la justicia, a ella había entregado parte de su vida cuando eligió su profesión y no podría volver a mirarse en el espejo si hacía lo que ellos le pedían, que no era otra cosa que abandonar a la inocente Mel a su suerte. Además de ello y, aunque los sabía dotados de una gran perspicacia, aún no habían comprendido que Carlos le había entregado a Mel algo más que sus habilidades profesionales, le había entregado su lealtad y casi le había entregado ya su corazón. Lo mismo que Helena y Lola se habían convertido en muy poco tiempo en lo primero para Jack y para Héctor, Mel era ahora su única prioridad. Estaba a punto de responderle a Jack cuando un ligero movimiento de color gris en la puerta de su salón llamó su atención. ¡Mierda! Pensó. Allí estaba su dulce Mel, blanca como el papel y temblando como una débil margarita en medio de un huracán. No sabía cuanto tiempo llevaba escuchando la conversación pero imaginaba que el suficiente porque sus ojos estaban brillando más de lo normal. Ni Jack ni Héctor podían verla porque el sofá donde ellos estaban sentados estaba de espaldas a la puerta del salón. Se levantó olvidando la réplica que tenía preparada y extendió la mano fijando la mirada en Mel, pero procurando no perderse la reacción de sus acompañantes.

—Mel... te has despertado... ven aquí.

El tono dulce de su voz desconcertó a Héctor y Jack, quienes de forma automática se levantaron de sus asientos tal y como les habían enseñado a hacer sus madres cuando una mujer entraba en la estancia en la que ellos estaban. Carlos descifró todas y cada una de las reacciones que ambos hombres sufrieron durante todo el tiempo que se tomó Mel para acudir caminando muy despacio hacia él. No lo hacía para causar un efecto determinado, la pobre lo hacía porque le dolían todos y cada uno de los músculos de sus piernas cada vez que daba un paso. La imagen que presentaba era dramática, descalza, tan bajita y con la piel blanca mancillada por los golpes aquí y allá, brazos, piernas, espalda, poco quedaba oculto bajo aquel pijama de verano. Los ojos grandes y asustados resaltaban las marcas de en su cara y sus voluptuosos labios entreabiertos no podían ocultar su temblor. Carlos vio cómo sus amigos tragaban saliva, pero no dijo nada ni tampoco les facilitó una salida. Todo lo contrario, se limitó a actuar, acertó los últimos pasos que le quedaban a Mel para llegar hasta él y la sostuvo con ternura por las mejillas al tiempo que depositaba un dulce y breve beso de bienvenida en sus labios.

—No llores... —le susurró al oído. La rodeó con su brazo y entonces sí

enfrentó a sus amigos —Lo siento. No puedo dedicaros más tiempo. Mel necesita descansar y ha de tomar su medicación. Ha sido una mañana larga y aún no hemos comido. Jack por favor, dile a Helena y a Lucía que es evidente que no puedo aceptar su invitación.

Jack y Héctor se sentían en esos momentos los mayores hijos de puta que habitaban sobre la faz de la tierra. A pesar de que habían hecho una apuesta sobre el tiempo que tardaría Carlos en encontrar a una mujer, a pesar de que habían reconocido ante sus mujeres que era evidente que el abogado se sentía atraído por aquella chica, no habían sabido, o tal vez no habían querido ver que aquello era algo más que una simple atracción. Ambos se reconocieron en el modo en el que Carlos le había hablado a aquella mujer, en la forma de tocarla y en la postura protectora que había adoptado con ella. Su amigo había elegido como ellos lo habían hecho en su día y estaban tomando conciencia de que no había marcha atrás. Por otro lado, los dos tenían las mandíbulas apretadas por la rabia de ver a una mujer golpeada, en particular Héctor, que estaba reviviendo la peor de sus pesadillas. Se avergonzaron de no haber preguntado por la chica, ignoraban incluso el alcance de la agresión, si sólo había habido golpes o aquellos indeseables habían llegado a algo más. La imagen de vulnerabilidad de Mel se les grabó en la mente igual que se les había grabado en su día la de sus mujeres, la de Helena provocada por su extrema soledad y la de Lola causada por las secuelas de la violencia machista. El caso era cómo iban a actuar con su amigo a partir de aquel momento. Para su mayor sonrojo, no pudieron evitar escuchar las palabras que Mel pronunció en un susurro dirigiéndose a Carlos.

—Son tus amigos. Sólo quieren lo mejor para tí... no quiero que tengas que elegir entre ellos o yo.

—Cariño... —le dijo Carlos conmovido por la valentía de sus palabras — Ya lo sabes. Yo ya he elegido. Te he elegido a tí —Tomándola en brazos le dio la espalda a sus amigos mientras salía del salón —Ya nos veremos en otro momento, disculpad si no os acompaño hasta la puerta.

Jack y Héctor se quedaron solos en el salón mirando a la puerta por la que acababa de salir su amigo, el apoyo fiel de sus mujeres, con su posesión más preciada en brazos. Héctor se pasó la mano por el cabello en un gesto de evidente frustración.

—Joder Jack... ¿Lo has visto?

—Igual que tú hermano... lo he visto igual que tú.

—¿Qué coño vamos a hacer ahora? —preguntó Héctor sin esperar

respuesta, sin embargo la tuvo y no le quedó más remedio que convenir en lo acertado de la misma.

—Pues lo que mejor sabemos hacer en los últimos tiempos. Arrastrarnos Héctor. Arrastrarnos.

Sin pronunciar palabra, ambos abandonaron el dúplex de su amigo y se dirigieron en el deportivo de Jack a la cafetería del hotel anexo al edificio de Anderson & Asociados. Allí, sentados frente a dos copas, maldijeron su ceguera, su torpeza y sus yo trogloditas para a continuación comenzar a pensar en la mejor manera de enmendar su deplorable conducta.

En ese mismo momento, Mel estaba intentando hacer entrar en razón a un obstinado Carlos mientras éste se afanaba en la cocina preparando un sándwich caliente. Ya le había puesto delante un plátano y un gran zumo de naranja ordenándole que empezase a comer.

—Carlos, de verdad... Te prometo que lo entenderé. No quiero poner en riesgo nada de tu vida, tus amigos, tu trabajo... Ellos tienen razón... no haré otra cosa que complicarte la vida. Sé que eres un hombre de palabra pero...

Carlos estaba a punto de perder la paciencia y pagar con Mel toda la rabia acumulada durante la visita de su amigos. Tomó aire y la enfrentó al tiempo que depositaba una bandeja en la mesa y se sentaba a su lado a comer.

—Mel, nena... a ver cómo te lo digo... me harías enormemente feliz si dejases de hablar, no, espera un momento... no sólo de hablar, si dejases de pensar en este tema. Me gustaría no haberte conocido en medio de este embrollo, tal vez así hubiese tenido más tiempo para que pudieses percibir con meridiana claridad lo mucho que me gustas y las ganas que tengo de estar contigo. Lamentablemente, no ha podido ser así, todo se ha acelerado y no voy a cuestionar cómo ni porqué has entrado en mi vida. El caso es que has entrado, aquí estás y aquí quiero que estés mucho tiempo. Lo que yo estoy sintiendo no es algo que vaya a desaparecer así como así, lo sabes, creo que ya te lo he dicho. No eres una aventura y me gustaría que levantases esa barrera mental que tienes. Estamos juntos, es un momento difícil pero ambos somos mayores de edad y hemos tomado una decisión. Nadie tiene derecho a juzgarnos ni a decir cómo debemos de llevar nuestra historia, quien quiera acompañarnos será bien recibido, pero no voy a hacer nada por retener a alguien en mi vida que no se alegra de que haya llegado algo que llevaba un tiempo esperando. Tú no lo sabes, pero hace meses que envidio lo que ellos tienen, sus mujeres, una relación formal. Ahora es mi turno y nadie, ni tan siquiera los que considero mis mejores

amigos, van a impedirme disfrutar de cada minuto contigo. No llores Mel... nena... ven aquí —Carlos la obligó a sentarse en sus rodillas —¿Olvidarás el tema de una vez?

Mel se acurrucó en su regazo.

—Me da mucha pena que digas que no se alegran por tí. Me siento mal, como defectuosa. No me quieren para tí.

—Pero quien tiene que elegir soy yo y, enana... no quiero volver a oírte decir que eres defectuosa, recuerda que eres la preciosa niña de mis ojos.

Mel permaneció unos minutos acurrucada en brazos de Héctor, se estaba tan bien allí. Carlos era alto y muy fuerte y eso hacía que Mel se sintiese segura y estaba muy cerca de volver a sentir algo que ya casi había olvidado, estaba muy cerca de sentirse querida. Era demasiado pronto para poner nombres, para decir palabras, eso sí podía controlarlo pero una no podía fingir sentir lo que sentía o lo que los demás la hacían sentir. Juan la había hecho sentir insignificante toda su vida, nunca era suficiente y nunca era demasiado buena para un halago o un gesto cariñoso. Héctor y Jack la hacían sentir mal, pequeña, rara, fuera de lugar. Helena y Lucía la habían hecho sentir aceptada, compañera, ilusionada por la amistad que le brindaban. Lola siempre la había hecho sentir querida, importante en la familia que no habían conseguido formar. Por último estaba Carlos, la hacía sentir mujer, despertaba todos sus sentidos, para ella había sido un flechazo fulminante, le estaba abriendo de par en par una puerta por la que Mel apenas había asomado la nariz y que tenía muchas ganas de traspasar, la puerta del amor, de la intimidad de una pareja, de la complicidad, del apoyo en cualquier circunstancia. Se había quedado con las palabras de Carlos sobre el tiempo que llevaba deseando tener lo que ellos tenían, Mel imaginaba que se refería a sus parejas pero no estaba segura de estar a la altura de cumplir esos deseos porque ella no tenían ninguna experiencia en relaciones, por no hablar de su virginidad, por mucho que una hubiese leído literatura erótica o visto alguna película de vez en cuando, Mel no sabía si iba a ser capaz de satisfacer a Carlos en el terreno sexual y eso la asustaba un poco. Se mordió el labio porque tampoco era capaz de hablar de ello explícitamente.

—¿Qué piensas? —Si Mel se mordía el labio era que algo la preocupaba.

—Nada importante —Mel quiso escaquearse.

—Para mí lo es Mel. Estamos empezando, hay todo un lío montado a nuestro alrededor. Debemos ser francos y honestos el uno con el otro, de lo contrario puede que la situación nos supere.

Mel apoyó de nuevo la cabeza en su pecho, era más fácil hablar sin mirar aquellos ojos del océano que la obnubilaban. Por primera vez, tomó la iniciativa y le acarició el pecho por encima de la camiseta. A Carlos el corazón le latía acelerado por aquella tímida caricia y no tenía la más mínima intención de hacer o decir algo que la detuviese. Sabía que iba a tener una erección en cuestión de segundos y que con el liviano pantalón de deporte, Mel iba a sentirla plenamente presionado contra su muslo. Por su parte, con Mel acurrucada en sus brazos tenía una visión plena del escote en pico de su pijama, por fortuna los pechos de Mel estaban libres de golpes y formaban una deliciosa curva cremosa que él estaba deseando probar. Mel era pequeña, delgada, pero sus pechos no lo eran, eran redondos, perfectos y su escote era otro de sus puntos fuertes junto con los preciosos labios que estaba deseando volver a besar. Mel amplió sus caricias, ahora repasaba muy suavemente los antebrazos que la rodeaban, un vello rubio de tacto muy sedoso los recubría y los bíceps se tensaron cuando los acarició asombrada por su textura, suaves y duros a un tiempo. La caricia destinada a Carlos estaba provocando que ella también se relajase y ese debió de ser el motivo por el que la barrera que bloqueaba su miedo a hablar se bajó dejando salir sus pensamientos.

—Me asusta que yo no sea capaz de cubrir tus expectativas, eso que dices que tienen tus amigos y que tu quieres.

—Nena... lo que he visto hasta ahora me encanta.

—Ya... pero lo que no has visto puede defraudarte, sobre todo teniendo en cuenta mis circunstancias.

—Mel cariño... ¿a qué te refieres exactamente? —Carlos estaba seguro de que Mel no tenía zonas oscuras en su historia así que no podía tratarse de un feo secreto.

—Ya lo sabes. Nunca he estado con nadie antes. Tal vez cuando estés conmigo no sea lo que tú esperas o tal vez yo no sea capaz....

Carlos se reiría de buena gana si no fuera porque Mel parecía realmente convencida de lo que estaba diciendo, tenía ya una erección completa y estaba seguro de que para ella no pasaba desapercibida.

—Mel... mi niña... ¿Lo notas? Apenas llevas unos minutos sentada encima de mí, me has acariciado un poquito y ya estoy completamente excitado.

Mel se sonrojó porque sí era cierto que notaba aquella presión en su muslo y sabía lo que significaba, levantó la cabeza y lo miró. Los ojos del océano la miraban cariñosos y Carlos la sujetó con suavidad por la barbilla, entreabrió los



labios ansiosa por el beso. Su primer beso abrazados, en casa, sin que nadie pudiese entrar en cualquier momento y sin que el molesto cable de la vía se enredase entre ellos. Carlos posó sus labios en los de Mel y los movió con suavidad, sin prisas, casi con pereza. Esperó pacientemente a que Mel comenzase a responderle, la sentía temblar y podía percibir sus pezones erectos contra el encaje del pijama. La dulzura dio paso a una ligera humedad cuando Mel recibió a su lengua a las puertas de su boca. El baile empezó, acariciando, lamiendo, recorriendo... La mano de Mel viajó hasta la nuca de Carlos y allí introdujo sus dedos entre el cabello rubio y despeinado en una caricia que se crispaba con cada pico de intensidad de aquel beso. Carlos notó que Mel se movía inquieta entre sus brazos, temió causarle dolor y estaba a punto de terminar el beso cuando se percató de que eran las caderas de Mel las que se elevaban buscando un contacto. Era evidente que estaba tan excitada como él y que los instintos primarios estaban gobernando su cuerpo, sin embargo, no podía ser, el magullado cuerpo de Mel no aguantaría una danza sexual, cualquier postura le causaría dolor y, desde luego, Carlos no tenía intención de causarle ningún dolor y menos en la cama y mucho menos en su primera vez, cuando ya rogaba ser lo suficientemente hábil como para minimizar las seguras molestias que estaba seguro iba a provocarle. Nunca se había acostado con una virgen y, aunque estaba algo intimidado por el asunto, sentía un primitivo orgullo masculino por saber que aquella mujer iba a ser suya completamente porque, si algo tenía claro Carlos, era que aquella sería la mujer que, cuando llegase el momento, iba a escuchar las palabras. La sintió gemir en su boca y acariciarle el pelo con desesperación. Su erección buscaba con insistencia el camino hacia su destino y Carlos no quería correrse en los pantalones como un adolescente inexperto, así que levantó el pie del acelerador y fue echando el freno a la pasión que amenazaba con consumirlo, la lengua se fue retirando volviendo a su cadencia perezosa para finalizar depositando ligeros besos por todo su rostro.

—Nena... ya lo ves. Te deseo, me estás volviendo loco porque quiero llevarte a la cama y demostrarte lo bien que lo vamos a pasar juntos. Te deseo Mel... no veo el momento en el que pueda hacerte el amor.

—Hazlo ahora —Mel quería complacerlo y quería sentirlo en ella.

—Cariño... apenas puedes caminar... mucho menos practicar sexo, además quiero estar seguro de que no voy a lastimarte. Cuando te tenga en cama no voy a soltarte en horas pero hoy sólo vamos a dormir.

Mel hizo un delicioso mohín con los labios que provocó un latido en la erección de Carlos tentándolo a obviar todas las precauciones. Esos labios

frambuesa iban a ser su perdición, no le cabía la menor duda. Sintió que Mel intentaba levantarse de su regazo.

—¿A dónde crees que vas?

—No quiero ponértelo más difícil de lo que ya es para tí —Mel miró ruborizada su evidente erección.

—Puedo con ello —le aseguró Carlos afianzando su agarre para que Mel no se levantase —Quiero ver cómo te comes uno de esos sándwiches antes de tomar tu medicación.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 7

*“Estar en compañía no es estar con alguien, sino estar en alguien.”*

*Antonio Porchia.*

Mel comió con apetito sentada en el regazo de Carlos. Se terminó su sándwich y Carlos dio cuenta de los tres restantes antes de beberse un gran vaso de zumo de naranja. Tras asegurarse de que Mel se tomaba la pastilla a su hora, comprobó que ya eran casi las siete de la tarde. El lunes estaba a punto de terminar y él necesitaba trabajar un poco en un caso, al día siguiente se celebraría el primero de los juicios programados para esa semana y tenía que leer un montón de documentos para no olvidar ningún detalle.

—Voy a trabajar un poco en el ordenador —Le anunció —¿Cama o sofá?

Mel se encogió de hombros, ella quería esta con él, no le importaba dónde.

—Dijiste que tenías un despacho en casa. ¿Puedo estar contigo allí?

A Carlos le alegró la petición, pero la advirtió.

—Puedes. Hay un sofá pequeño, es muy cómodo, pero no voy a poder prestarte mucha atención, cuando repaso un caso me aísla de lo que me rodea.

—No me importa —Mel fue sincera —Yo sólo quiero estar cerca de tí. No quiero estar sola.

—Mel... —A Carlos le partía el corazón el ver cómo su niña simplemente pedía compañía porque le hacía recordar la soledad en la que ella había vivido en los últimos años —No estás sola. Iremos al despacho y tal vez luego, si te encuentras con ganas, te enseñaré el resto de la casa. Los médicos te han dicho que debes esforzarte en caminar y moverte algo, de lo contrario, la recuperación será más lenta y no queremos eso ¿verdad?

Mel negó con la cabeza.

—Carlos... yo sólo quiero que todo esto de mi hermano se termine y poder estar contigo. No pido mucho... ¿Cuándo sabremos algo del agente Velasco?

—Cariño... todo saldrá bien. Me imagino que mañana sabremos algo, sobre todo porque este jueves es la fecha fijada para saldar la deuda.

—Tengo miedo...

—Lo sé —Carlos también estaba preocupado porque los dos matones andaban campando a sus anchas por Madrid a saber con qué intenciones, sin embargo ocultó su preocupación tras su sentido del humor.

Mel ahogó un grito cuando Carlos se levantó con ella en brazos y enfiló el pasillo que conducía al despacho.

—Estás en buenas manos... y ahora voy a darte un montón de expedientes para que los leas mientras trabajo y te aburras hasta caer dormida. Enana... me hace feliz tenerte aquí conmigo, ya sé que es pronto pero ¿estás tú un poquito feliz también?

—Lo estoy —le aseguró Mel con una sonrisa —Me siento extraña pero sí, lo estoy.

Carlos la acompañó hasta la pequeña habitación que quedaba al final de un largo pasillo. Por primera vez desde que entró en el dúplex de Carlos, Mel reparó en la decoración del mismo, apenas se había fijado en el salón y, desde luego, tampoco en el dormitorio que había permanecido en penumbra mientras descansaba. El pasillo por el que Carlos la llevaba de la mano era muy luminoso, las paredes eran blancas y tenían un zócalo de madera, también blanca, que llegaba por lo menos hasta el metro de altura. Simétricamente dispuestas a lo largo del pasillo había muchas fotografías en blanco y negro, todas ellas eran edificios emblemáticos de todas las partes del mundo. La puerta del estudio estaba lacada en blanco y la estancia, a pesar de ser pequeña, estaba perfectamente distribuida. Un gran tablero blanco que hacía las funciones de mesa, partía de la única ventana de la habitación, para terminar apoyado sobre una cajonera color pino con tiradores metalizados, el suave color pino era también el color de la tarima que cubría todas las estancias que Mel había recorrido. Sobre la mesa se situaba una pantalla gigante de ordenador, apilados a su lado descansaban un montón de expedientes a la espera de ser revisados. No había sobre la mesa objetos que distrajesen la atención del que allí trabajaba, al ordenador sólo lo acompañaba un flexo de estilo industrial a juego con un gran lapicero lleno a rebosar rotuladores de colores para subrayar y enfatizar. En la pared, a una altura considerable para la estatura de Mel, Carlos había colocado

un par de estanterías tipo cubo en la que descansaban un montón de textos legales. Le sorprendió que Carlos no tuviese la típica silla de oficina en su despacho, había elegido una moderna silla de estilo nórdico con las patas en color miel y un asiento envolvente en piel blanca. La alfombra que cubría la tarima era de un color gris un par de tonos más oscuros que el gris de la pared, que era de una sutileza tal que casi pasaba por un blanco sucio. La segunda pared del estudio estaba ocupada por una estantería blanca de suelo a techo y Mel pudo descubrir que Carlos era un gran lector porque la mayoría de los huecos estaban ocupados por libros de todo tipo, algún pequeño adorno masculino evitaba que uno pensase que aquella era la estantería de una aséptica biblioteca municipal, Mel distinguió un pequeño balón de rugby, el Cubo de Rubik sin terminar, alguna que otra caja de madera oscura y una pequeña colección de animales tallados en madera como los que se compraban en las ferias de los pueblos. Carlos le indicó que se sentase en un sofá biplaza de color gris antracita y la ayudó a acomodarse colocando a su espalda alguno de los cojines gris claro que estaban perfectamente mullidos y cuyo tejido era muy suave, tapó sus piernas desnudas y golpeadas con un ligero plaid de un precioso color azul oxford.

—Me gusta mucho esta habitación —le dijo Mel inclinándose hacia atrás la cabeza para verlo mejor.

Carlos le sonrió y acarició su melena color miel. Le gustaba ver a Mel sentada en el sofá que casi nadie utilizaba y que parecía puesto allí para que ella lo acompañase en sus largas horas de trabajo. Se sentó a su lado y le acarició una pierna por encima de la manta. Su humor alegre por el hecho de que Mel le hubiese dicho que era feliz se había ensombrecido cuando volvió a reparar en los golpes en su cuerpo, alguno comenzaba a cambiar de color y esperó que pronto no quedase rastro de ellos. Le ofreció una explicación sobre aquella vivienda.

—Ya has visto que esta casa es un dúplex. Es mía, yo no la he comprado porque está muy por encima de mis posibilidades, la he heredado de mi padrino. Era un viejo juez amigo de mi madre, dedicó su vida al trabajo, ni se casó ni tuvo hijos, así que —se encogió de hombros— fue una sorpresa cuando, una vez fallecido, me comunicaron que me la había dejado en herencia. Ya ves que es un piso antiguo, yo simplemente la he reformado. Mi cuñado trabaja en una pequeña constructora y, gracias a él, la inversión fue más que razonable. Mi hermana la ha decorado, yo sólo le iba dando el visto bueno a sus ideas. No soy muy bueno en esto, me gustan las cosas simples y funcionales.

—Pues tu hermana tiene muy buen gusto.

—Lo sé. Pero no se lo digas a ella... no lo necesita, tiene un ego a la altura de su talento.

Mel sonrió porque Carlos le estaba guiñando un ojo con gesto pícaro. Su cuñado, su familia, sus hermanas... Mel quería saber más.

—Dijiste que tenías cuatro hermanas.

Carlos no tuvo reparos en hablarle de su familia porque para él era evidente que iba a conocerla más pronto que tarde.

—Marta, la hermana que me sigue es la decoradora, tiene veintiséis años y ya parece haberlo hecho todo en la vida, está casada con Pablo, mi cuñado y tiene dos hijos gemelos, Mateo y Gonzalo, tienen un año y me tienen loco. Luego viene Raquel, tiene veintitrés años y es la deportista de la familia, está en el País Vasco jugando en un equipo de baloncesto de la primera división femenina, allí también estudia Filología Inglesa. Teresa es la siguiente, tiene diecinueve años y apenas hace unos meses que se fue a Barcelona, en septiembre empieza allí sus estudios de Comercio Exterior y va a trabajar de camarera en un hotel durante el verano para sacarse algo de dinero, le encanta viajar y siempre se busca trabajos temporales que le permiten financiar sus escapadas. La última es Clara, Clarita, tiene sólo trece años y, como puedes imaginar, es una niña muy mimada por todos, sin embargo, no es nada caprichosa y es todo un carácter. Su padre, Alfonso, es un alto mando del Ejército de Tierra y pasa mucho tiempo fuera de casa. Es un gran hombre pero, la verdad es que mi madre, se llama Victoria, es la que nos ha criado a todos.

—¿Has dicho “su padre”? —A Mel no le había pasado desapercibido el pronombre.

—Alfonso es el padre de mis hermanas, no el mío, por lo menos no el biológico. Yo tenía cuatro años cuando lo conocí y siempre lo he llamado Alfonso, aunque sí ha sido un padre para mí. A mi padre biológico no lo conocí, soy hijo de madre soltera.

—Vaya... —Mel estaba asimilando que Carlos y ella tenían un punto común en sus historias. La ausencia de padre, bueno, en realidad en su caso era la ausencia de madre y padre.

—Sí, vaya... —Carlos le sonrió —Parece que tenemos algo en común, sólo que yo no tengo el más mínimo interés en saber quién es mi padre, nunca he preguntado y nunca preguntaré, mi familia es mi madre, mis hermanas y, por supuesto, Alfonso.

—Mi padre se murió —Mel lo soltó sin pensar y prosiguió relatándole a

Carlos toda aquella vieja historia de cómo se enteró del fallecimiento de su padre. Era la primera vez que se lo contaba a alguien.

—Nena... lo siento mucho... —Carlos la tomó de la mano y le acarició los dedos igual que había hecho durante todo el tiempo en el hospital.

—No importa —Mel se encogió de hombros —No tengo ni idea de quién es mi madre, o más bien quién fue. Mis abuelos nunca hablaron de ella pero un niño es capaz de oír muchas cosas mientras sus mayores piensan que no se entera de nada porque está enfrascado en sus juegos. Así que, cogiendo un poco de aquí y allá, puedo decirte que ella fue otra hippie cabeza loca que también falleció, antes que mi padre... al parecer, mi padre apareció un día conmigo en la puerta de mis abuelos como años atrás lo había hecho con mi hermano, creo que no tenía ni un año. Sé que no figura nombre alguno en mi partida de nacimiento, sólo el de mi padre.

—Ven aquí —Carlos la abrazó cuando Mel se acurrucó en su regazo — Cariño... vas a tener una familia estupenda.

—Eso espero... aún soy joven y supongo que algún día llegará —Mel acarició el antebrazo que la rodeaba. Le encantaba estar sentada en el regazo de Carlos.

Carlos buscó la mejor manera de explicarse porque Mel no lo había entendido bien.

—Algún día... Nena... algún día tendremos nuestros hijos pero me refería a mi familia, a mis hermanas... van a ser tu familia y van a quererte mucho.

Mel se incorporó como un resorte ahogando un gemido por el movimiento brusco. Carlos tenía que estar bromeando. No llevaban juntos ni una semana y le hablaba de hijos, de familia y de quererse... demasiado para un alma tanto tiempo solitaria como era ella. Vio que no bromeaba, su gesto no era burlón, era sereno y amable.

—Tengo veinticinco años..., voy a tener mi primer trabajo... no puedo... no quiero tener niños tan pronto... no estoy preparada... no sabría cuidarlos bien... además... no puedes estar pensando en nosotros como familia... apenas han pasado cuatro días... y esto ya va muy rápido... a tu madre va a darle algo cuando sepa que estoy aquí contigo... cuando sepa mi historia —Mel se estaba angustiando cada vez más mientras su mente trabajaba a toda velocidad —No le voy a gustar, no me va a querer para tí... va a pasar como con tus amigos... van a decirte que esto es una locura.

Carlos estaba a un tris de soltar una carcajada al ver el apuro que estaba

pasando Mel. Su chica estaba realmente graciosa balbuceando y la besaría con ganas si no supiese que lo que residía en el fondo de toda aquella palabrería no era otra cosa que el miedo a lo desconocido. Mel estaba muy alejada de su zona de confort y, para una organizada mujer de agendas y rutinas, era muy complicado encajar todo lo que le estaba viniendo encima. Se apiadó de ella y, en vez de un comentario burlón, le echó un cable.

—Mi niña...

—No, Carlos en serio... sabes que tengo razón.

—No la tienes —Carlos apoyó el índice en sus mullidos labios para retener su réplica —Enana... soy un hombre hecho y derecho, no un mequetrefe recién salido de la facultad. Mi madre y yo tenemos una relación especial, siempre seré su hijo pero hemos llegado a un punto de confianza tal que la mayoría de las veces me llama a mí antes que a Alfonso. No es porque no pueda contar con él, sino porque sabe que yo estaré ahí y prefiere no molestarlo con las menudencias del día a día. No le he presentado a ninguna novia porque, sencillamente, no las ha habido. Confía en mi criterio y sé que apenas arqueará una ceja interrogante cuando conozca tu historia y, créeme, no será para advertirme de ti, será para asegurarse de que estoy haciendo todo lo posible por ayudarte a salir del problema que tenemos entre manos.

—No puedo imaginarme una relación así —Mel fue sincera —mi abuela lo hacía bien pero la distancia entre nosotras era enorme. No podía contarle muchas de las cosas que me pasaban porque siempre solía ver el lado negativo de todo, no la culpo, mi padre no le dio más que disgustos.

—Son demasiados años de diferencia, en cambio, mi madre y yo no no llevamos tanto y tal vez por eso nos comprendemos tan bien. Ya lo verás. Mañana vas a conocerla.

—¿Mañana?

Carlos sonrió ante el tono un tanto histérico de Mel y le anunció la llamada que había hecho aquella misma mañana desde el hospital.

—Mel... mañana tengo un juicio. Estaré toda la mañana fuera de casa, es probable que no venga a comer y no voy a dejarte sola tantas horas.

—Puedo cuidar de mí perfectamente —objetó Mel. No le apetecía conocer a la madre de Carlos con el aspecto que presentaba en aquellos momentos — Además estoy horrible... ¿qué va a pensar de mí?

—Enana... ya he hablado con ella esta mañana. Está deseando conocerte, está indignada por todo lo que te ha pasado y está encantada de que su



primogénito haya comenzado, , palabras textuales, a sentar cabeza. Mel... créeme.

—No sé que decir... —Mel se sentía desconcertada, le hubiese gustado que Carlos y ella tuviesen más tiempo para estar solos, sin embargo, era evidente de que él no podía poner su vida en suspenso. Se debía a sus clientes y bastante tiempo le había robado ya. Por otro lado se sentía insegura sin sus cosas, no era que tuviesen demasiado valor pero eran los objetos que estaba acostumbrada a tener alrededor, su ordenador, su ropa... —No tengo nada aquí, mis cosas están en el apartamento.

—Helena te ha traído todo lo que necesitas para una temporada, todos los vestidos ya están colgados en mi armario, zapatos, perfume... ropa interior.. qué se yo..., de todos modos, si es tan importante para tí llamaré a Jaime para saber si podemos entrar en el apartamento y recoger tus cosas.

—¿Has de pedirle permiso? —Mel le preguntó extrañada.

—Claro. Han de analizar el escenario, recoger huellas, posibles pruebas... no sé si lo habrán hecho ya, en todo caso, lo más probable es que el apartamento esté precintado.

—No. No lo molestes —Mel odiaba ser una molestia para los demás así que se resigno a seguir sin su ordenador y sin su teléfono móvil —Me arreglaré con lo que Helena me ha traído.

—Siempre podemos comprar lo que necesites —le señaló Carlos.

Mel lo miró con gesto pensativo. No quería tocar más su cuenta bancaria, aunque estaba empezando a comprender que no iba a ser posible cumplir la promesa que se había hecho a sí misma.

—¿Piensas que estaría muy mal si uso el dinero de mi cuenta para gastos?

Carlos reflexionó la repuesta. Sabía que para Mel era un tema importante. Era una mujer honesta, ya había dado muestras sobradas de su honradez y por ello debía de ser franco con ella porque su analítica mente de letrado había detectado cosas en la historia de los hermanos que lo desconcertaban.

—A ver Mel... tu hermano tenía un negocio perfectamente legal, su cadena de gimnasios, al mismo tiempo es evidente que tenía otro negocio totalmente fuera de la ley, el tráfico de sustancias. Sinceramente, nadie puede demostrar de cuál de los dos negocios procedía el dinero que te ingresaba, por otro lado, la cantidad que me has dicho que tienes en esa cuenta, es insignificante de cara a un juez, es decir, nadie va a cuestionar que ese dinero es tuyo porque ni tan siquiera la policía lo ha tenido en cuenta, de lo contrario, te hubiesen advertido al

respecto. Has de saber que Jaime sabe que eres inocente, que no estás involucrada en los negocios turbios de tu hermano, por lo tanto, mi consejo legal es que uses el dinero para lo que necesites, o para lo que quieras. Otra cosa te diría si pretendieses tocar el dinero de aquella otra cuenta cuya existencia desconocías.

—Que Jaime piense eso es bueno ¿verdad?

—Es buenísimo. No has cometido ni un sólo error. Te has puesto en su manos, has colaborado en todo, mucho más de lo que otros hubieran hecho.

—Entonces... si quisiese comprarme... no sé —Mel estaba pensando en su nuevo trabajo —ropa más apropiada para la oficina.... ¿Estaría bien que cogiese el dinero de esa cuenta?

—Sí —Carlos asintió con la cabeza y le acarició la cara con ternura —Si te provoca problemas de conciencia sabes que puedes usar mi dinero ¿verdad?

Mel lo miró horrorizada. Ni de broma. Ni loca. Ni hablar. No quería el dinero de nadie. Sólo quería hacer uso de sus propios recursos.

—No quiero... no quiero depender más... —Notó como le temblaba la voz —Necesito ser independiente por primera vez....

—Mel... —Carlos percibía su molestia y, a pesar de que la entendía, él quería ser su apoyo —No estás sola...

—No quiero pasar de depender de mi hermano a depender de otro hombre, de ti... Si todo se va al traste al final... no quiero verme otra vez sola y sin recursos... ¿lo entiendes? —No era un asunto sobre el que Mel estuviese dispuesta a negociar.

Le jodía, hería su ego de macho protector pero lo entendía perfectamente. Era lógico y debía de alegrarse de descubrir al inicio de su relación que aquella no era una mujer interesada. De hecho se alegraba de ello pero aquel troglodita que residía muy en el fondo de su ser estaba frunciendo el ceño. Carlos lo apartó de sus pensamientos.

—Lo entiendo cariño... usa tu dinero para tus cosas, pronto cobrarás tu sueldo y estoy seguro de que serás una gran gestora, sin embargo, nena.... Quiero que sepas que puedes contar conmigo si necesitas algo.

—Lo sé. Gracias —Mel se sonrojó. No le gustaba hablar de dinero, le parecía vulgar pero era imprescindible sentar las bases. Tenía muy claro lo que no quería en su vida.

—¿Sabes una cosa? Héctor y Jack tienen una especie de absurda competición por convertirse en el mejor cliente de la boutique que Ruth, la prima

de Héctor, tiene en la calle Serrano. Ambos han tenido verdaderos problemas con Lola y con Helena por los regalos que les hacen continuamente. Mi presupuesto no da para entrar en esa competición y tampoco es mi estilo, sin embargo... espero no tener problemas si decido tener un detalle contigo.

Mel lo miró con detenimiento mientras analizaba minuciosamente todas y cada una de sus palabras. Era la segunda o la tercera vez que Carlos le mencionaba la distancia económica entre él y sus amigos y Mel tenía la sensación de que tal vez, sólo tal vez, él pensase que iba a compararlo con aquellos dos hombres que parecían ser tan espléndidos con sus mujeres.

—Carlos... siempre hablas de lo que ellos pueden permitirse, de lo mucho que miman a sus mujeres y siempre dices que tú no puedes hacer eso.

—Es la verdad —Carlos no tenía nada que ocultar.

—¿Crees que eso me importa? ¿Crees que voy a compararte con ellos? Porque si es así... es que te estoy dando una impresión equivocada.

—No es eso...

—Pues lo parece Carlos, lo parece.... No sé lo que te pasa al respecto, pero ya te he dicho que no me importa el dinero, bueno, me importa pero lo justo para no pasar apuros. No busco un... no sé cómo decirlo... un buen partido.

—Cariño... yo soy un partido excelente —Carlos sacó todo el arsenal de su humor burlón porque le incomodaba que Mel pensase que él se sentía inseguro respecto al tema económico cuando la realidad era totalmente distinta. Tenía recursos más que suficientes para mantenerlos a los dos, sin embargo, sabía que con Mel eso no iba a valer de nada. Ella quería una vida propia aparte de la relación que estaban empezando a mantener, era cautelosa al respecto del éxito de su vida en común y necesitaba sentirse libre de quedarse o de marcharse. Eso era lo que lo acojonaba, meter la pata o perderla antes de poder atarla en firme a su lado. Sonrió cuando la vio soltar una tímida carcajada —Es verdad.... Soy un gran partido.

—Lo sé —Mel estaba sonriendo agradecida de que el tema del dinero hubiese quedado claro —y no... no tendrás problemas conmigo si decides regalarme algo, siempre y cuando sea algo adecuado y proporcional, de hecho...

—Mel estaba tan relajada que no se percató del impacto de sus siguientes palabras —desde mis últimas navidades con Lola, hace un par de años, no he recibido ningún regalo.

Carlos no pudo articular palabra y se la quedó mirando fijamente. Los ojos negros de Mel no mentían y la vio sonrojarse ligeramente cuando fue consciente

de lo que sus palabras habían dejado al descubierto.

—Ven aquí... —Carlos le susurró en voz muy bajita —ven aquí cariño...

Mel obedeció en silencio y se acurrucó aún más contra él, el azul océano no dejaba de mirarla y las grandes manos de Carlos sostuvieron su cara mientras con los pulgares acariciaba sus mejillas.

—Tu cumpleaños.

—El seis de agosto —le respondió automáticamente.

—Tu santo.

—El dieciséis de julio.

—Bien.

Satisfecho con las respuestas Carlos dio por finalizada la conversación y la besó con fiereza hasta que ambos perdieron el sentido del tiempo y del espacio. Lenguas bailando, ojos devorándose y manos buscando complacer. Se obligó a frenar cuando se encontró con Mel a horcajadas sobre sus muslos y con sus manos bajo la cinturilla elástica del pijama de raso acariciando el precioso culo su chica. Le constó Dios y ayuda echarse atrás y volver a acomodarla en el sofá pero no había otra opción. Flaqueó cuando la miró, sonrojada, con los labios hinchados y las pupilas dilatadas. Un pequeño gemido llegó a sus oídos cuando acarició su mejilla.

—Suficiente —le dijo con voz ronca.

Mel observó a Carlos mientras se dirigía al escritorio, allí encendió el ordenador, abrió un par de expedientes y comenzó a trabajar. Mel consiguió dormir a ratos y se maravilló de la capacidad de concentración de su todo aunque, por varias veces, lo vio volverse para comprobar que ella estaba bien. Mel correspondía a sus miradas con una leve sonrisa y él volvía al trabajo asintiendo ligeramente. Ya eran las nueve y media de la noche cuando Carlos zarandeó a Mel con suavidad.

—Voy a subir a prepararte un baño y pediré una pizza para cenar ¿alguna preferencia?

—No —Mel negó con la cabeza —con tal de que no lleve atún me vale cualquiera. Odio el atún caliente.

Mel subió las escaleras muy despacio, se sentía bien tras haber reposado todo el día, seguía teniendo dolor pero parecía que era capaz de soportarlo mejor. A pesar de que Carlos le había dicho que bajaría a buscarla cuando el baño estuviera listo, ella quería ejercitar sus músculos para facilitar su recuperación. El baño estaba situado enfrente a la habitación de Carlos y un agradable aroma

salía de él, olía fresco, a cítricos y menta. Carlos salía del baño cuando Mel se acercaba por el pasillo.

—Eh... Enana... ahora mismo iba a buscarte

Mel lo miró y esbozó una ligera sonrisa.

—Quería moverme un poco. No puedo quedarme en el sofá como una inválida, además parece que me duele un poco menos.

Carlos asintió conforme y la tomó de la mano para acompañarla al baño.

—Este baño es enorme —señaló Mel admirando lo que tenía a su alrededor.

Lo primero que le sorprendió era que el baño tuviese una ventana, ahora no se veía a través de ella porque ya había anochecido pero estaba segura de que la estancia era muy luminosa. Mel estaba admirando el frente principal del baño, la bañera revestida de piedra color beige estaba adosada a una gran ducha cuadrada encerrada entre mamparas de cristal totalmente transparente. Justo en la otra pared se encontraba el lavabo, una gran pieza rectangular de la misma piedra natural que revestía la bañera, bajo él, en un estante blanco se encontraban las toallas de baño y unos cestos de rafia que contenían los distintos productos que Carlos solía utilizar. Una gran toalla beige estaba doblada en una banqueta de madera color miel situada al lado de la bañera sobre una alfombra de baño en tonos crema y tostado. Carlos estaba nervioso mientras veía a Mel observar todo lo que la rodeaba, la tomó de la mano y la acompañó hasta la bañera, dudaba de cómo debía actuar y para romper el silencio comenzó a explicarle el porqué de aquellas grandes dimensiones.

—Aquí había cinco dormitorios pequeños y un baño. Era una distribución antigua y poco útil así que decidimos redistribuir el espacio en tres dormitorios y un gran baño. Marta dijo que debía de invertir en él porque, según ella, un baño nunca es lo suficientemente grande, aunque claro, a ella con los gemelos todo le parece pequeño.

—Es muy bonito —Mel estaba nerviosa porque no sabía lo que Carlos pretendía hacer mientras ella tomaba su baño. Ya la había visto desnuda, por lo menos parcialmente desnuda, cuando la ayudó a vestirse y a ponerse el pijama, pero aquello era diferente. Sentía vergüenza y temor, vergüenza por no saber si su cuerpo era bonito y temor porque aún no se había visto desnuda frente a un espejo. Un enorme espejo de cuerpo entero con un marco dorado envejecido se situaba al lado del lavabo, por lo que iba a resultar imposible ocultarse. Se giró hacia Carlos tratando de averiguar lo que debía hacer a continuación.

Carlos percibía la vacilación de Mel porque no dejaba de mordisquear su

labio inferior, suponía que ambos se enfrentaban al mismo dilema, le encantaría acompañarla en el baño pero tal vez ella prefiriese quedarse sola. A pesar de lo vivido en el hospital, la intimidad entre ellos era nueva y Mel carecía totalmente de la desinhibición propia de una mujer que confiaba en sus armas y que estaba dispuesta a seducir. No debía de olvidar su inocencia así que tomó una decisión.

—Voy a pedir la cena mientras te bañas... llámame si necesitas algo.

Mel asintió aliviada y no se movió de su sitio hasta que Carlos abandonó el baño entornando la puerta tras de sí.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 8

*“El mundo hay que fabricárselo uno mismo, hay que crear peldaños que te suban, que saquen del pozo. Hay que inventar la vida, porque acaba siendo verdad.”*

*Ana María Matute*

Mel no disfrutó del baño todo lo que le hubiese gustado porque se sentía inquieta, temía que Carlos pudiese entrar mientras ella aún estaba en la bañera, por ese motivo, únicamente se concedió unos cinco o seis minutos para relajarse con los ojos cerrados y luego se aseó y se lavó el pelo con rapidez. Sus músculos agradecieron el agua templada y el aroma cítrico mentolado también contribuyó a aliviar aún más sus molestias. Se levantó con cuidado y extendió la mano para coger la toalla, se envolvió en ella y salió de la bañera, cuando levantó la mirada se encontró con que el espejo le devolvía su imagen. La piel sonrosada por el baño contrastaba con el tono oscuro de los golpes en aquellas partes del cuerpo que la gran toalla no conseguía ocultar, la cara, los brazos y los hombros. El labio inferior le tembló cuando vio los golpes de su rostro, en la frente, el de la barbilla que ascendía hasta media mejilla... ¡Estaba horrible! Los golpes de los brazos ya le eran familiares, tan simétricos que parecían pintados, los de las piernas ya los había visto también, el más feo estaba bajo su glúteo derecho y lo que le ponía los pelos de punta y evitaba mirar a toda costa, eran las marcas de dedos en la cara interior de sus muslos. Tomó aire y se dijo que tenía que ser valiente así que dejó que la toalla cayese arremolinada a sus pies, suspiró aliviada cuando vio que sus pechos y su vientre estaban intactos, no así el costado derecho, algo más arriba de la cintura tenía un golpe en forma de semicírculo y a su mente acudió la imagen de una bota miliar impactando allí, se estremeció y, sin ser consciente de que las lágrimas surcaban su rostro, se volvió y giró levemente la cabeza para verse la espalda, había un gran golpe justo en la mitad, donde se apoyaba el cierre del sujetador y otro de similar tamaño bajo su hombro izquierdo. Ahora entendía el porqué había sido una tortura el tiempo que había llevado puesto el sujetador. No fue capaz de moverse y desnuda, con la cabeza agachada, sollozó amargamente por todo lo sucedido. No sólo por los golpes, su imagen en el espejo había sido el catalizador que dejó libre todos los sentimientos escondidos desde la pérdida de sus abuelos. El rechazo, la soledad, las renunciadas, la traición final... todo ello se desbordó y un gran nudo en la garganta amenazó con ahogarla, intentó tomar aire pero no fue suficiente, entre

las lágrimas y la nariz taponada apenas podía respirar. Se tapó la cara con las manos para intentar tranquilizarse y comenzó a hipar entre sollozos cada vez más fuertes. No quería que Carlos la oyese y se mordió la mano para evitar que sonido alguno saliese de su garganta. En ese momento ella no sabía que ya era inútil ahogar sus sollozos, Carlos acababa de franquear la puerta alarmado ante los sonidos que salían del baño y se quedó paralizado al ver a Mel totalmente desnuda de espaldas a él, con la mano en la boca, el rostro anegado por las lágrimas y todo el cuerpo estremeciéndose mientras intentaba contener el caudal desbordado de su angustia. Se le partió el corazón al verla tan pequeña, desnuda y vulnerable y se maldijo por haberla dejado sola. Apenas había sido un cuarto de hora pero, al parecer, ese tiempo había sido suficiente para que Mel por fin se hubiese roto por completo. Por su experiencia con Lola, Carlos sabía que antes de comenzar la recuperación de cualquier suceso traumático era preciso haberse derrumbado por completo, eso parecía estar haciendo Mel, descendiendo hasta el límite inferior de sus infiernos personales. Antes de acercarse a ella y hacer notar su presencia, rogó a la diosa de las mujeres vulnerables que, desde ese momento, Mel comenzase a ascender uno a uno los peldaños que le quedaban para conseguir convivir con todo lo malo que la había rodeado en los últimos años. Seguía descalzo, por lo que no hizo ningún ruido al caminar sobre las baldosas del baño, alargó un brazo para coger del estante otra gran toalla, descartó la que yacía abandonada alrededor de los pequeños pies de Mel y la envolvió en ella encerrándola en sus brazos y protegiendo su vulnerable desnudez. La sostuvo por la cintura y la obligó a apoyar la espalda en su pecho. Firme como una roca era como Carlos quería que Mel lo percibiese, cuerpo a cuerpo, tocándola, abrazándola, sin dejar ni un milímetro de separación entre ellos. No dijo nada. Las palabras estaban de más. Mel llevaba demasiado tiempo huérfana de tacto, de consuelo, de mimos. La besó repetidas veces en su cabello empapado y no le exigió dejar de llorar, quería que se vaciase. Por mucho que a él las lágrimas estuviesen clavándosele en el corazón, era necesario que Mel se liberase hasta caer agotada y así fue, quince minutos después, la pequeña mujer entre sus brazos apenas podía sostenerse sobre sus piernas, fue entonces cuando la izó y la condujo al dormitorio. En la cama había depositado un camisón de un fino raso color rosado junto con una braguita de encaje también rosa. A su secretaria y amiga sólo le había faltado dejarle un plano con las instrucciones para emparejar la ropa que le había llevado a Mel, sin embargo él, tras criarse con cuatro hermanas era todo un experto en combinar colores y sabía que a las mujeres les reconfortaba la armonía cromática entre sus prendas y su ropa interior. No estaba



muy seguro de que Mel fuese a apreciar sus esfuerzos, pero él quería hacerla sentirla bien hasta con el más pequeño detalle. El cuerpo de su pequeña era precioso y deliciosamente proporcionado, por fin lo había percibido en su totalidad y, a pesar, de que se obligó a obviar su belleza no pudo contener el inicio de una erección mientras la ayudaba a vestirse. La obligó a sentarse en la cama y le secó la cabeza con la toalla, la peinó con sus dedos y, satisfecho, se acuclilló frente a ella.

—Nena... —le cogió las manos y acarició sus pequeños dedos —¿Tienes dolor?

¿Dolor? Mel no sabía lo que responder, se había derrumbado por completo pero no por el dolor físico que, desde luego, había comenzado a disminuir. Era un derrumbe emocional en todo el amplio sentido de la palabra. Llevaba años apartando a un rincón de su mente todo lo que no funcionaba como era debido en su vida, empezando por la familia y continuando por los amigos y por las relaciones sociales que cualquier chica de su edad mantenía con despreocupación, por último estaba la ausencia total y absoluta de una mano amiga que le ofreciese consuelo. La traición de su propio hermano había sido imposible de arrinconar, era evidente que el hecho de no querer pensar en todo lo sucedido en los últimos años no había surtido el efecto deseado, ahora se sentía ridícula por haber creído que todo aquello iba a desaparecer por arte de magia. Se le venía a la cabeza un vaso que, a pesar de estar a punto de rebosar, seguía recibiendo agua hasta que era incapaz de contener tanto líquido, pues a ella le había sucedido algo similar, su rincón ya no podía esconder más cosas feas, había cubierto su cupo y las había dejado salir de golpe, como un tsunami que había puesto en evidencia el equilibrio precario sobre el que había logrado cimentar una falsa estabilidad personal. Ahora se veía a si misma como un barco al que una única amarra evitaba que navegase a la deriva. Su amarra le sostenía las manos, le acariciaba los dedos y le había hecho una pregunta que merecía respuesta. Así que levantó la cabeza y se perdió en el océano que cariñosamente la bañaba.

—No. Los golpes duelen, pero algo menos. Es otra cosa.

—¿Qué es cariño...? —Carlos recordaba el momento exacto en el que Lola se había derrumbado, había reconocido explícitamente su problema y les había pedido ayuda. Esperaba que Mel fuese igual de valiente que Lola porque eso le permitiría coger las riendas y guiarla por el camino correcto.

—Soy una mentira. Tantos años escondiendo las cosas malas, disimulando

cuando alguien preguntaba, fingiendo que todo era normal y que las cosas iban bien.... Y ahora...

—¿Ahora? —le preguntó Carlos conmovido por la imagen que Mel estaba pintando en su mente.

—Ahora ya no puedo esconderme más... ahora la verdad ha salido a la luz. No tengo familia, no tengo amigos... no tengo nada... —Los ojos se le llenaron de lágrimas por las palabras que estaba a punto de pronunciar y que la iban a poner en manos de un hombre al que apenas acababa de conocer —No me dejes tú también, no me sueltes ahora por favor... no sabría por dónde empezar...

Mel se dejó caer lentamente hasta quedar arrodillada en la suave alfombra beige del dormitorio. Sin pronunciar palabra, Carlos se sentó apoyando su espalda en la cama y la acomodó entre sus piernas, la encerró entre sus brazos y la obligó a apoyar la cabeza en su pecho mientras no dejaba de acariciar su cabello aún húmedo por el baño. Se tomó unos minutos para escoger bien las palabras que iba a pronunciar porque Mel necesitaba seguridad y no incertidumbre a su alrededor. La cogió con suavidad por la barbilla evitando causarle dolor y obligándola a levantar la mirada.

—Eres mía. Yo cuido de todo lo que es mío. Es sencillo, yo cuido de tí. No estás sola, puede que no tengas familia de sangre, puede que todos los que te rodeaban hasta ahora estuviesen tan ciegos como para no verte, no importa, no te merecían, ni como amiga ni como pareja. Yo te he visto entera y te quiero en mi vida, no va a ser algo pasajero Mel, voy en serio. No voy a dejarte sola y no me importa si son amigos o enemigos, voy a asegurarme de que nadie más te hace daño.

Mel cerró los ojos agradecida por que el destino hubiese puesto a Carlos en su vida. Recibió con los labios temblorosos y entreabiertos el beso de su todo, su abogado, su jefe, su amigo, su casi amante... Alzó la mano y acarició su mejilla rasposa, la dejó vagar por su nuca acariciándola con delicadeza y se le puso el vello de punta cuando los rubios mechones rebeldes se enredaron en sus dedos. Esperó pacientemente a que la lengua de Carlos buscara la suya y dejó que las dos se enredaran en un baile lento. La llama se encendió sin prisas pero sin tregua, los pezones se arrugaron bajo el raso del camión, la humedad entre sus muslos empapó el encaje de la braguita haciéndola sentir incómoda. La ropa le molestaba y gimió. Carlos absorbió el gemido de Mel en su boca, aquel gemido disparó su ya completa erección, quería contenerse pero la dulce y picante frambuesa de sus labios era como una droga y una de sus manos viajó por su

cuenta desde la cintura hasta abarcar el pecho de Mel, a pesar de la ropa sintió el botón arrugado contra su palma y percibió como Mel contenía unos instantes la respiración antes de que ésta se volviese errática, entonces comenzó a arquear las caderas buscando su contacto. No tuvo fuerzas para negárselo de nuevo y consintió que su otra mano acariciase su muslo, apenas sin tocar la piel magullada ascendió franqueando con determinación el límite hasta ahora prohibido, abarcando el centro del ser de aquella pequeña mujer. De inmediato, la palma de su mano se calentó y se humedeció con el calor de Mel. Debía detenerse ya, estaba a punto de reventar en sus ligeros pantalones de deporte. ¡Está convaleciente! ¡No seas animal! Fue totalmente inútil, sus manos hicieron el trabajo que estaban esperando ansiosas comenzando a masajear en círculos su pezón y su sexo. Mel estaba perdiendo el control, el placer era de una intensidad tal que su mano nunca había sido capaz de alcanzar, sentía que algo grande se acercaba y lo quería. Lo quería ya. Lo necesitaba. Necesitaba sentirse bien, necesitaba un momento feliz, un recuerdo bonito que empezase a ocupar su mente. No dudó de que Carlos iba a ser cuidadoso y tierno. Entonces, con voz ronca formuló su petición sobre los labios de Carlos.

—Hazme el amor. Lo necesito. Te necesito. Por favor....

—Mi niña... —Carlos gimió sobre sus labios al escuchar en las palabras de Mel su propio anhelo. Aún así, intentó mostrarse razonable — No me pidas eso... va a ser imposible que no te haga daño, me mata pensarlo pero va a ser así, además están todos tus golpes.... Mel....

Mel no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta, no estaba dispuesta a seguir esperando para convertirse en una mujer, no estaba dispuesta a seguir desconociendo el significado de hacer el amor.

—¿Me deseas? —formuló su pregunta abiertamente, escondiendo bajo su sonrojo la vergüenza que le producía hablarle así.

Carlos arqueó una ceja aceptando el desafío y no le respondió, se limitó a guiar su manito hasta posarla en su erección. Ahogó una maldición al sentir la ligera y desinhibida caricia de Mel y casi se cae de espaldas cuando escuchó a aquella enana poniéndolo contra las cuerdas al usar sus propios argumentos en su contra. Nadie manejaba la retórica y la estrategia mejor él y admiró su habilidad para derrotarlo en su propio terreno. Como aprendiese todo a la misma velocidad, estaba seguro de que no iban a aburrirse jugando en la cama.

—Dices que soy tuya. Yo quiero ser tuya, pero eso no va a ser verdad hasta que me hagas el amor, hasta que seas el primero para mí, pase lo que pase

después... una parte de mí se quedará contigo para siempre.

—Yo no quiero una parte de ti —Protestó Carlos habiendo tomado ya su decisión —Yo lo quiero todo de ti. Lo deseo todo de ti.

Mel esbozó una tímida sonrisa cuando le respondió con dulzura sabiéndose ganadora de aquella primera batalla.

—Pues coge lo que desees. Sé que va a doler pero podré con ello. Confío en tí.

—No sé si merezco tanta confianza —Carlos hizo un esfuerzo para levantarse con ella en brazos para a continuación ponerla en pie frente a él.

—Yo tampoco estoy muy segura de merecerte, así que... estamos empatados.

—Cariño.... —Carlos notó cómo se formaba un pequeño nudo en su garganta —Mereces más, no lo olvides, siempre vas a merecer más.

Mel alzó las manos y las apoyó en el pecho de Carlos iniciando una caricia lenta sobre su camiseta mientras esperaba que él hiciese el siguiente movimiento. Esperaba un beso pero no lo tuvo. Carlos sabía que Mel estaba expectante intentando averiguar qué era lo que venía a continuación. Una vez decidido a tomar lo que deseaba, ni una bomba atómica iba a conseguir que se apresurase. Aquello iba a ser lento, muy lento. No sabía cómo cojones iba a retener su estallido pero tenía muy claro que la quería satisfecha y bien empapada antes de entrar en ella. Suponía que Mel esperaba un beso pero optó por no hacer nada que ella pudiera anticipar, tampoco se molestó en advertirla sobre sus movimientos, sabía que a ella le gustaba lo predecible, pues iba a recibir una buena dosis de improvisación. La asió por las muñecas y detuvo la caricia sobre su pecho, la obligó a dejar las manos a ambos lados de su cuerpo mientras él se quitaba la camiseta. La arrojó con fuerza a un lado de la habitación y observó su primera reacción. Mel abrió la boca ante el espectáculo que tenía justo delante de sus narices, era una enana, como Carlos la llamaba cariñosamente, los trabajados pectorales de su todo quedaban justo a la altura de sus ojos y estaban cubiertos de unos espesos rizos rubios que descendían justo por la mitad de su vientre rodeando un ombligo perfectamente redondo hasta perderse bajo la cinturilla de sus pantalones de deporte, dividiendo en dos una tableta de chocolate digna del mejor anuncio de colonia masculina por navidad. Levantó tímidamente la mano y la posó en aquellos rizos, ásperos y sedosos a un tiempo. Notó como Carlos se tensaba ligeramente a su contacto y apartó la mano insegura. Carlos apresó con rapidez la mano de Mel y volvió a posarla en su

pecho al tiempo que asentía con la cabeza. Soportaría estoicamente sus caricias aún a riesgo de que su erección comenzase a mojar los pantalones de deporte bajo los cuales no se había puesto ropa interior. Mel recorrió con timidez su pecho observando como también se arrugaban los alargados pezones color café de Carlos. Se admiró de que ella fuese capaz de hacer eso. Bajó la mirada y tropezó con la abultada prominencia que evidenciaban los pantalones. Tragó saliva. Nunca había estado con un hombre desnudo y nunca había imaginado que en su primera vez tendría como compañero a un hombre tan atractivo como Carlos. Decían que el cuerpo de los hombres era feo, pero en el caso de su todo, Dios parecía haber decidido crear la excepción a su regla. Carlos era guapísimo y tenía un cuerpo de infarto, no estaba impaciente por descubrir lo que ocultaban los pantalones, todo lo contrario, se encontraba entre nerviosa y temerosa por lo desconocido e inconscientemente, se mordió el labio inferior. La imagen de Mel mordiendo el labio inferior en aquella situación podía tener muchos significados, sin embargo Carlos sabía que sólo había uno posible. Incertidumbre, duda, temor a lo desconocido, Así que, decidido a volver a romper sus esquemas, no le dio tiempo a reaccionar cuando se sacó con rapidez los pantalones arrojándolos encima de la camiseta. Entonces la miró, pudo ver cómo tragaba saliva al tiempo que sus ojos oscuros parecían agrandarse un poco más. No podía dejarla pensar o aquello podía convertirse en un desastre así que, una vez más, tomó la mano que se había quedado inmóvil en su pecho y la obligó a tocarlo, envolvió su manita con la suya y guió su caricia sin dejar de observar su reacción. Mel estaba completamente fuera de juego, se suponía que el hombre primero desnudaba y acariciaba a la mujer, se suponía que la besaba y aquellos preliminares no encajaban en la escena que ella había imaginado en su mente para su primera vez. El miembro que rodeaba su mano era grande, duro, terso y suave al mismo tiempo, nunca antes había tocado algo así, lo acarició al ritmo que la mano de Carlos le pedía y no debía de estar haciéndolo mal porque un gemido ahogado la obligó a levantar la mirada y se encontró con los ojos azules más oscuros que nunca, nublados por el deseo y aquellos labios que la besaban tan bien, ahora estaban entreabiertos tomando aire con cierta agitación. Carlos dudaba de que hubiera sido una buena idea intentar sorprender a Mel, el resultado no había sido el esperado ya que el sorprendido estaba siendo él. Aquella mano diminuta estaba haciendo estragos en su libido, su miembro estaba al límite de su tensión. Se llamó estúpido porque hubiera debido saber que tras casi medio año sin haber estado con una mujer, el deseo iba a ser difícil de controlar. Había abandonado hastiado la conquista por la conquista, el aquí te

pillo aquí te mato, el sexo por el sexo, sin compromiso, sin repetir una segunda vez. Sabía que estaba buscando otra cosa desde hacía tiempo, lo que no esperaba era haberlo encontrado así, de pronto, en forma de una pequeña mujer a la que había conocido en su peor momento. El deseo encarnado en una mujer alejada de su prototipo hasta entonces, altas, esbeltas, rubias o morenas daba igual, su cuerpo era lo que le entraba por los ojos, en cambio Mel, Mel había entrado por otro sentido, Mel había entrado por los cinco sentidos al mismo tiempo. Era consciente de que a comienzos de aquel mismo año, nunca hubiese mirado dos veces a Mel, era una chica mona, pero nada más, nada interesante para un conquistador. Tras las últimas navidades había nacido en él un aburrimiento crónico, un ligero fastidio por sentirse obligado a continuar la rutina de los fines de semana, una copa y a ligar. Dejó de salir y se centró exclusivamente en su despacho y en la familia, en primavera apareció Helena y sus problemas, con ella también llegó Lola a su vida, y ambas le dieron la explicación que justificaba su desgana. Ya no bastaba con aquello, sus necesidades eran otras, intentó ocultar su anhelo lo máximo posible pero ambas le advirtieron que iba a llegar su momento e incluso había tenido que soportar las pullas de Jack y de Héctor sobre su futura caída. El caso era que Lola le había dicho una gran verdad, algo así como “Cuando llegue el momento tu corazón te lo dirá y no podrás hacer nada por evitarlo”. La bruja rubia había acertado y allí estaba él, rendido, a punto de postrarse ante aquella pequeña mujer que en unos minutos iba a dar el paso más grande de su vida sin ser consciente de ello. Aquella mujer del montón para otros, la preciosa niña de sus ojos para él, iba a convertirse en la única mujer de su vida. No habría más. Con Mel terminaba una etapa y con Mel empezaba el resto de las etapas. Mel no dejaba de acariciarlo y él no quería correrse en su mano. Siguió con su táctica de no pronunciar palabra y tomó su mano para llevarla hasta sus labios, besó aquellos dedos acariciadores que ahora desprendían un olor almizclado. Sin apartar la mirada de sus ojos, la soltó y acortó un paso la pequeña distancia que los separaba, no le dio tiempo a reaccionar al asir con delicadeza los finos tirantes de su camisón para hacerlos descender por su brazo acariciándolo al mismo tiempo con suavidad, era inevitable que los pezones erectos evitasen que el camisón cayese a sus pies así que, sin mirarla a la cara, utilizó sus pulgares para introducirlos bajo la tela de raso y acariciar por primera vez los pequeños y redondos botones. No estaba seguro de si había sido acariciada allí alguna vez, no iba a molestarse en preguntar, le daba igual, ahora eran suyos, suyos para acariciarlos, para saborearlos y excitarlos haciendo que su dueña perdiese el control. Una vez el

camisón cayó descartado a sus pies alzó la vista para mirarla, estaba muy sexy con los labios entreabiertos y la cabeza ligeramente echada hacia atrás exponiendo la tersura de su cuello, Carlos no iba a desaprovechar la oportunidad y posó sus labios en el punto exacto donde el pulso latía descontrolado, su lengua dio un paseo por la zona erizando la piel que recorría con desesperante lentitud. Mel gimió y Carlos se incorporó llevando las manos a sus caderas, Mel tenía caderas, no era una mujer estrecha y sorprendentemente le gustó, no eran unas caderas vulgares, eran unas caderas proporcionadas, suaves, lo justo para descubrir lo atractivo de un cuerpo ligeramente curvado. Extendió los pulgares hacia el ombligo, era muy pequeño y redondito y estaba justo en medio de un vientre ligeramente redondeado, allí no había músculos trabajados en el gimnasio, allí había una mujer bella y natural, acarició el vientre con los pulgares y percibió un ligero temblor. No se demoró más, las manos de Mel se apoyaron en sus hombros cuando levantó primero una pierna y luego otra para desnudarla definitivamente dejando las braguitas rosas a sus pies. No esperaba que Mel tuviese su pubis tan depilado, apenas se había dejado una pequeña franja de dos dedos de vello color miel. Le gustó mucho y así se lo hizo saber cuando, tal y como había hecho antes abarcó su sexo con la palma de la mano y con su dedo corazón separó ligeramente sus labios empapados, Mel reaccionó como era previsto y se tensó ligeramente, Carlos se limitó a agacharse hasta que sus labios quedaron a la altura de su oreja y allí depositó un beso húmedo. Mel tenía la mente en blanco y ya no era dueña de su cuerpo, se sentía temblar como un flan desde los dedos de sus pies hasta el último cabello de su cabeza. Era maravilloso el placer, era maravillosa la suavidad con la que los dedos de Carlos estaban acariciando su intimidad, algo se enroscaba en su vientre, la calidez recorría su piel y la obligaba a tensarse y destensarse con las pequeñas corrientes que la recorrían. Tenía la piel de gallina por el aliento húmedo de Carlos en sus orejas y sus rodillas amenazaban con dejar de sostenerla. No tuvo que decirlo, Carlos se anticipó y se vio izada en sus brazos, se acurrucó contra su pecho y depositó un beso en aquellos rizos húmedos que le hacían cosquillas en la mejilla. Las sábanas estaban frescas y era un contraste delicioso sentirlas contra el calor que parecían desprender sus cuerpos. Antes de tumbarse a su lado, Mel observó que Carlos cogía un preservativo del cajón superior de la mesilla y vio que lo depositaba bajo la almohada. Se sonrojó porque ella no había pensado en protegerse, una imprudencia por su parte igual que la que la había llevado a tener el cuerpo lleno de golpes tras abrirle la puerta a dos desconocidos. Agradeció que Carlos sí tuviese en cuenta su protección. Había llegado el momento, Mel

estaba expectante, sabía que le iba a doler, tenía cierto temor y al mismo tiempo deseaba estar a la altura y satisfacerlo. No quería ponerse nerviosa pero era inevitable y casi saltó de la cama cuando Carlos, tumbado de costado a su lado y con la cabeza apoyada sobre un brazo posó la mano en su vientre. El escaso tiempo que le había llevado depositarla en la cama y coger el condón había sido suficiente para que Mel se pusiese demasiado nerviosa, los nervios la habían tensado y tensión no era lo que Carlos necesitaba de ella en esos momentos. La quería excitada hasta el límite, jadeante, a punto de romperse para poder penetrarla con facilidad. La sabía empapada pero la quería inundada, Mel era pequeña, su miembro no, para ella era su primera vez y él estaba acostumbrado al sexo sin demasiadas contemplaciones, dos cuerpos buscando mutua satisfacción. Ahora era distinto y pospuso su viaje para volver a encender la llama de Mel hasta que su conciencia dejase de preguntarse y de analizar todo lo que estaba sucediendo. Se inclinó sobre ella y tomó con delicadeza sus carnosos labios color frambuesa, retuvo su lengua y se limitó a mover de manera perezosa los labios sobre los suyos, casi sonrió sobre ellos cuando consiguió su objetivo, fue la lengua de Mel la que salió en su busca, gustosamente la complació y durante un tiempo se limitaron a saborearse, el cuerpo de Mel le iba marcando los tiempos, comenzaba a retorcerse buscando más contacto y Carlos hizo ascender su mano con suavidad desde su vientre hasta sus pezones, alternó sus caricias entre uno y otro hasta que Mel rompió el beso en busca de aliento gimiendo excitada, como su lengua estaba libre se concedió el placer de probar aquellos dos pequeños botones por primera vez. Mel estaba perdiendo de nuevo la consciencia, Carlos lamía, chupaba y hacía rodar sus pezones entre sus dedos, nunca nadie los había tocado, mucho menos lamido y por supuesto, nunca había sentido una excitación semejante, tan desesperada y anhelante como aquella. Había un punto de su cuerpo que reclamaba atención, necesitaba un contacto allí, una caricia, y no sabía como pedirlo, su cuerpo parecía tener la respuesta y Carlos parecía saber interpretarla porque sin abandonar los pezones comenzó a acariciar en círculos su clítoris, primero muy lento, pero para Mel no era suficiente, ella estaba corriendo para encontrar el final esperado y sus caderas se elevaron reclamando más. Los gemidos de Mel y las caderas arqueándose desesperadas le dijeron a Carlos que no podía esperar más, perfectamente podía hacer que se corriera en su mano, tal vez en otra ocasión, sin embargo, no sabía el motivo pero quería que la primera vez que Mel se corriera en su cama fuese con su miembro bombeando en su interior. Volvió a besar sus labios con firmeza para que Mel no descendiese en la escala de su excitación mientras él se



colocaba con pericia el condón, sólo el hecho de ponérselo y acariciar su miembro para evitar disgustos hizo que casi se vaciase antes de tiempo. Con rapidez se colocó a los pies de Mel y le separó las piernas obligándola a doblar ligeramente las rodillas, se situó entre ellas y con la mano dirigió su miembro hacia la entrada de Mel acariciándola de arriba a abajo, estaba algo más que empapada y sus fluidos lubricaron aún más la corona de su miembro protegida por el preservativo. Hubiese deseado prescindir de él, hacerle el amor sin barreras, pero ninguno de ellos estaba preparado para afrontar las posibles consecuencias de no utilizar protección. Los gemidos entrecortados de Mel le indicaban que no le quedaba mucho tiempo así que no lo demoró más y se introdujo lentamente en ella. ¡Dios bendito! A pesar de estar empapada no estaba resultando tarea sencilla, Mel estaba muy apretada y Carlos estaba tensándose al verla con los ojos cerrados conteniendo la respiración, así no iba a salir bien y, aunque su intención había sido hablarle sólo con su cuerpo, se hizo preciso tranquilizarla para que se relajase.

—Mel... mi niña... cariño... abre los ojos... —Cuando la vio obedecer descubriendo sus ojos oscuros Carlos la halagó —Eres preciosa, Mel... respira... ya casi está.

Mel sentía una enorme presión en su interior y no sabía si eso era bueno o malo, las palabras de Carlos y el océano cariñoso de sus ojos la tranquilizaron un poco y consiguió respirar con cierta regularidad mientras el miembro de Carlos se abría paso, poco a poco, más profundamente. De repente se detuvo y Mel sintió que la sostenía por las caderas con firmeza elevándola hacia su cuerpo. Carlos había llegado a la barrera de su virginidad y ahora sólo había una opción, franquearla y quebrarla provocándole dolor. Rogó hacerlo bien y, de nuevo, la tranquilizó.

—Cariño... ha llegado el momento... Mel... dime que de verdad quieres ser mía...

—Sí —Mel se apresuró a responder asintiendo al mismo tiempo con la cabeza. Sí quería, quería ser suya, quería entregarle su primera vez, sí... quería...

—Mi niña preciosa....

Carlos apenas murmuró aquel cumplido antes de sostenerla firmemente por las caderas y retirarse un poco para embestirla definitivamente con una única estocada que rompió la delicada barrera y lo introdujo completamente en la que acababa de convertirse en su mujer. Se detuvo sosteniéndose sobre la palma de sus manos y examinó el rostro que había de acompañarlo todas las noches desde

aquel instante.

—Estoy bien —Mel sentía un dolor sordo pero leve y esbozó una pequeña sonrisa.

Carlos asintió, había llegado al límite de sus fuerzas, el estrecho canal de Mel presionaba su miembro y se dio permiso para iniciar un lento movimiento de vaivén al tiempo que observaba las reacciones su rostro, la vio morderse el labio inferior y, en esta ocasión supo que no había dilema, aquello era un acto reflejo producto del placer. Mel estaba lo suficientemente resbaladiza como para que él aumentase la cadencia y la intensidad de sus movimientos. La sensación era maravillosa, sentirla era maravilloso y rogaba que ella estuviese sintiendo lo mismo que él. Tras la impresión inicial, Mel estaba comenzando a sentir pequeñas descargas de placer con cada penetración, comprobó que éstas se intensificaban si elevaba ligeramente las caderas acompañando los movimientos de Carlos, le costó encontrar el ritmo pero lo consiguió y el placer aumentó de manea exponencial, sentía un torbellino formándose en su vientre, sentía como aumentaba su tamaño poco a poco y comenzó a jadear desesperada por darle salida. Con el rostro sonrosado, las pupilas totalmente dilatadas y los labios liberando gemidos entrecortados Carlos supo que Mel había llegado a su límite y decidió empujarla hacia su final. Aumentó el ritmo de las embestidas y se incorporó ligeramente para introducir un dedo entre sus cuerpos, apenas acarició un par de veces el botón del placer de Mel cuando la sintió liberar su orgasmo. Mel se estremeció mientras una corriente de placer recorría todo su cuerpo como una gran cosquilla gigante. La tensión creció y creció hasta que se quebró con un gemido, entonces tembló una vez, dos, tres... hasta que el placer se evaporó por todos los poros de su piel dejándola exhausta y relajada. ¡Joder! ¡Precioso! A los ojos de Carlos aquello había sido precioso, su miembro estaba al límite de su resistencia, a la presión por la estrechez de Mel, había que sumarle la presión por los espasmos de su preciosa enana. ¡Me cago en la puta! Se dijo. ¡Esta es la puta diferencia entre follar y hacer el amor! ¡Joder! ¡Esta es la puta diferencia! Los ojos de Mel eran transparentes, lo miraban tranquila, satisfecha y confiada y, con un nudo en la garganta, reanudó sus movimientos, intentó ser suave pero no estuvo muy seguro de conseguirlo ya que sentía que su orgasmo pedía ser liberado y la embistió con más rapidez e intensidad. Lo tenía al alcance de la mano cuando Mel lo sorprendió y provocó que se derramase antes de lo previsto, había comenzado a acariciar sus brazos de arriba a abajo provocándole un orgasmo instantáneo. Carlos gimio con su último empujón y le temblaron los brazos por el esfuerzo que hizo para no desplomarse sobre su magullado cuerpo.

Sin apenas recuperar el aliento se aseguró de sostener el condón al tiempo que salía de ella y se tumbó a su lado atrayéndola hacia él. Acostados frente a frente, se miraron a los ojos y Carlos acarició su cabello con dulzura.

—Gracias —le dijo con una sonrisa —me has hecho el mejor regalo de mi vida... No llores cariño...

Las palabras de Carlos la hicieron llorar de emoción. Esta vez no era pena, era puro sentimiento, era casi la palabra pendiente de pronunciar.

—Mel... eres la preciosa niña de mis ojos.

La besó castamente en los labios y la abrazó. Estuvieron así unos minutos hasta que Carlos, consciente de las molestias que Mel debía de estar sintiendo, se levantó para acercarse al baño. Empapó una pequeña toalla en agua caliente y volvió al dormitorio.

—Ponte boca arriba —le ordenó con suavidad.

Mel obedeció y, sorprendida, le dejó hacer. Carlos colocó la toalla ejerciendo una ligera presión sobre su sexo.

—Esto va a calmar un poco tus molestias. ¿Te he hecho mucho daño?

—No —Mel negó con la cabeza —fue como una presión grande.

—Te dolerá, Tal vez en unas horas, o tal vez mañana... tendrás molestias.

—No te preocupes —lo tranquilizó Mel —creo que podré con ello.

—Claro que me preocupo. No voy a dejar de hacerlo —Carlos se tumbó a su lado y la envolvió de nuevo en sus brazos deseoso de hacerle la pregunta que lo atormentaba —Mel... ¿Te ha gustado?

Mel agradecía tener la cabeza enterrada en su hombro, así podía esconder el sonrojo de sus mejillas mientras respondía.

—Sí.

Carlos sonrió sobre el cabello de Mel, estaba avergonzada y le hacía gracia saber que en las próximas semanas ella iba a perder todo ese rubor virginal, para entonces, Carlos esperaba haberle hecho el amor en todas las posturas que su mente calenturienta tenía anotadas en una agenda roja. Aguardó paciente la pregunta que no iba a tardar en llegar.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —fingió ignorancia para obligarla a pronunciar su pregunta explícitamente.

Mel odió un poquito a Carlos por ponerla en un brete cuando él sabía perfectamente lo que ella le preguntaba, decidió no procesar lo que iba a decir

así que lo soltó de golpe.

—Que si he ha gustado, si ha sido lo que esperabas.

Carlos lo estaba pasando pipa. Desde que había conocido a Mel, por un motivo u otro, nunca habían estado en un estado de relajación tal que le permitiese sacar todo su famosos sarcasmo con ella, bromear, soltar alguna pulla y ponerle salsa a cualquier conversación. Sonrió anticipando su reacción.

—No, no ha sido lo que esperaba.

A Mel se le cayó el alma a los pies. Tragó saliva y salió de su escondite, alzó la mirada temerosa de lo que iba a encontrar y le desconcertó ver el cariño en el océano que la miraba. A pesar de su franqueza, Carlos parecía tranquilo y relajado. Iba a decirle que sentía no haber estado a la altura y tomó aliento para hablar, un dedo posado en sus labios se lo impidió.

—No ha sido lo que esperaba porque si para tí hoy ha sido la primera vez, para mí también ha sido una primera vez. Hoy he entendido la diferencia entre acostarse con una mujer y hacer el amor con una mujer. Así que no, no ha sido lo que esperaba, ha sido mucho mejor que lo que he tenido hasta ahora, por tanto, la respuesta es que sí. Sí me ha gustado, mucho, sí, he disfrutado, mucho.

Carlos se quedó sin aliento al ver la sonrisa que iluminó el magullado rostro de Mel. Era la sonrisa que llevaba horas buscando.

—No debería decirte esto pero podrías conseguir todo lo que quisieras de mí con esa sonrisa. Tienes unos labios preciosos Mel. Sé que no te lo crees pero es verdad, eres la preciosa niña de mis ojos.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 9

*“El hombre es el animal más cruel.”*

*Friedrich Nietzsche*

Mel, muy poco acostumbrada a los halagos, no sabía qué responder, además el corazón le había dado un vuelco al escuchar las palabras de Carlos. No tuvo que hacerlo, el móvil comenzó a sonar y Carlos extendió el brazo sobre ella para rescatarlo de la mesilla, lo vio deslizar el dedo para responder.

—Dime —Carlos no desveló la identidad de su interlocutor. Le jodía un huevo contaminar su recién estrenada intimidad, pero no podía obviar la llamada de Jaime.

—Estoy en el portal de tu casa y tengo las dos pizzas que has pedido. Dime que tienes una cerveza para mí y subo.

—Te abro.

Carlos colgó el teléfono y miró a Mel.

—Nena, es Jaime, está abajo con las pizzas que he pedido para cenar.

El rostro de Mel palideció y un escalofrío la estremeció angustiada. No era justo. Este era su primer buen recuerdo y no quería a nadie más dentro de él.

—Lo siento, cariño... —Carlos estaba jodido por ver a Mel así —quisiera decirte que van a ser buenas noticias pero no lo sé.

Mel no dijo nada y una lágrima se le escapó. Carlos se la borró con un dulce beso y le habló al oído.

—Sea lo que sea... estamos juntos... mi niña... no llores. Jaime entenderá que no quieras bajar... puedes quedarte en cama...

—Bajaré —le dijo Mel con un nudo en la garganta.

—He colocado la ropa en el armario, tómate tu tiempo —Carlos reparó en la toalla húmeda que Mel aún tenía entre las piernas —En el baño tienes el neceser que te ha traído Helena y además hay una caja con cosas de mujeres, ya sabes... a veces mis hermanas quedan a dormir y suelen dejar sus cosas por ahí.

Mel asintió y esperó a que Carlos saliese del dormitorio para levantarse.

Carlos se maldijo poniéndose la camiseta al tiempo que bajaba las escaleras. No había sido la primera vez más romántica del mundo, desde luego, no era lo que él había pensado para ella y por descontado, se sentía fatal por haber tenido que saltar de la cama rompiendo el momento íntimo al que los dos, sobre todo Mel, tenía derecho. Pensando ya en como compensarla por ello abrió

la puerta justo en el momento en el que Jaime se disponía a pulsar el timbre.

—Abogado —Jaime saludó a Carlos alzando las cajas con las pizzas.

—Agente Velasco... —Carlos lo guió hasta la cocina —No te esperaba a estas horas.

—Lo sé. Es tarde y lo lamento, pero supuse que querríais conocer las noticias de primera mano. ¿Qué tal está Mel?

Saciada y satisfecha, además de temerosa y asustada, era la verdad, pero Jaime no necesitaba todos los detalles.

—Está cansada, triste, comenzando a ser consciente de lo sucedido. Me temo que le duele tanto el alma como los golpes.

Jaime asintió sabiendo que Carlos estaba preocupado por aquella chica y, no siendo portador de buenas noticias, quiso averiguar hasta dónde llegaba el compromiso del abogado con la hermana del causante de tantos disgustos a aquella pandilla.

—¿Hasta dónde te importa Mel?

—¿Para qué necesitas saberlo? —Carlos no estaba dispuesto a ser interrogado sobre el alcance de sus sentimientos sin que hubiese un motivo de peso para ello.

—Esta noche esa chica va a llevarse otro golpe emocional y quiero saber si vas a estar a su lado, puedo imaginar tu respuesta pero prefiero oírlo de tu boca.

—No tengo por qué hacerlo, pero voy a responderte lo mismo que le he dicho a ella esta noche. Mel es mía, yo cuido de lo mío y por tanto, cuido de Mel. ¿Es suficiente para tí?

—Lo es. Entiendo ese discurso y lo comparto. Ya te lo dije una vez, es lo que me gusta de vosotros —Jaime asintió sin poder contener una media sonrisa porque Mel había sido testigo de las palabras de Carlos desde la puerta de la cocina. La chica vestía un sencillo vestido de algodón gris y estaba descalza. Su pelo húmedo le hablaba de un reciente baño y sus ojos oscuros le revelaban que estaba asustada —Buenas noches Mel, lamento haberme colado en vuestra cena.

Carlos se giró con rapidez al escuchar al agente y, sin saber lo que Mel había escuchado, se apresuró a ir junto a ella para rodearla por los hombros. Se agachó para besarla en la sien.

—Mel... cariño... Jaime tiene algo que decirnos.

—Primero necesito comer algo —Jaime sabía que Mel iba a perder el apetito en cuanto conociese las noticias y no le agradaba ver a una mujer

juguetear con la comida así que fingió llevar horas sin comer —No he probado bocado desde el desayuno. Lo que tengo que deciros puede esperar.

—Claro —Mel asintió dubitativa —Por supuesto, no te preocupes... —No pasaría nada por posponer las malas noticias unos instantes. Mel suponía que aquellos dos grandes hombres darían cuenta de las pizzas en un abrir y cerrar de ojos.

No se equivocó. Mientras ella hizo un esfuerzo sobrehumano por tragar su porción de pizza margarita con aceitunas verdes, Carlos y Jaime devoraron el resto hablando de deportes, en concreto de fútbol, del final de la temporada, de los nuevos fichajes. Mel no tenía ni pajolera idea de fútbol pero no le importó quedarse excluida de la conversación, más bien al contrario, desde la última navidad con Lola y su hermano aquello era lo más cercano a una cena familiar que ella podía recordar. Le reconfortó la charla banal e incluso consiguió relajarse un tanto dejando la mente en blanco con el sonido de las voces de sus acompañantes como única banda sonora. De pronto la conversación cesó y Mel alzó la vista para encontrarse con dos pares de ojos, unos azules y otros de un verde increíble que la miraban con expresión grave. Mel tomó aire y se obligó a ser valiente.

—Dilo ya Jaime. Supongo que no serán buenas noticias.

Jaime tenía la misma edad que Carlos, era un hombre maduro, demasiado había visto ya en su trayectoria profesional y conocía a pocas personas realmente inocentes, sus hermanas, Lola... y ahora Mel, que lo miraba con ojos grandes y asustados y que intentaba controlar el temblor de sus manos estrujando entre ellas una servilleta de papel que iba a terminar hecha trizas. Miró a Carlos y éste lo apremió a hablar con un gesto de la cabeza mientras se colocaba más cerca de Mel. No la tocaba, a Jaime le extrañó que no la abrazase, sin embargo, supuso que quería darle su espacio y lo respetó por ello. Jack Anderson era un hombre poderoso y protector, Héctor Avellaneda era un auténtico neandertal y Gus, su guardaespaldas, era un cabronazo de manual, sabía que Carlos se parecía a ellos pero, al mismo tiempo, tenía el autocontrol suficiente para no perder los papeles en situaciones complicadas.

—Está bien —Jaime centró su mirada en Mel —Por fin contactamos con el abogado de tu hermano. Le he dicho que necesitábamos hablar con él y nos hemos visto esta misma tarde en la cárcel. Le he contado todo lo que te ha pasado....

Mel no se atrevía a preguntar, por fortuna Jaime se hizo cargo y prosiguió

sin levantar la vista de ella ni un solo instante.

—Lo siento Mel. No ha negado lo de la deuda pero no ha sido agradable escuchar cómo despotricaba contra tí por haber acudido a nosotros.

No era una novedad, sin embargo, a Mel le tembló la barbilla, tenía un nudo en la garganta y, simplemente asintió como acuse de recibo. Estaba segura de que había más. No se equivocó.

—El caso es que ha insinuado que esa gente está relacionada con uno de los mayores traficantes del país. Todas las fuerzas policiales llevamos años tras él. Es un ruso, habla perfectamente español y es escurridizo como una anguila. Alexei Kozlov, sin residencia conocida, las fuentes lo sitúan unas veces en Mallorca, otras veces en Málaga, Madrid, Barcelona... sólo tenemos una foto suya de una calidad pésima y Juan asegura conocerlo.

—Hijo de puta... —Carlos no pudo evitar el exabrupto. Sólo pensar en Mel en manos de aquellos matones le ponía los pelos de punta y el hecho de que fuese su propio hermano el que la hubiese conducido hasta allí era la guinda del pastel del drama de Mel —Lo siento nena... —Le acarició el cabello respetando todavía su espacio vital. Le estaba costando la vida misma hacerlo, pero Mel no necesitaba sentirse como una niña pequeña, necesitaba sentir que controlaba su vida, que aún conservaba cierta independencia aunque Carlos ya la sintiese como parte de su ser.

Mel negó con la cabeza sin mirar a Carlos. La compasión en sus ojos azules podía hacer que se derrumbase del todo y necesitaba escuchar sin venirse abajo todo lo que Jaime tuviese que decirle.

En su interior, Jaime aprobó el calificativo de Carlos para con el hermano de Mel y lo admiró aún más por los cojones de acero que estaba demostrando tener al no perder los papeles con la información recibida.

—Juan quiere negociar con la fiscalía. Dice que puede facilitar la captura de Kozlov a cambio de un trato.

—¿Qué clase de trato? —Carlos pasó al modo profesional en cuanto escuchó la última frase de Jaime. Además de querer proteger a Mel a toda costa de su hermano, tenía a dos clientas con casos directamente relacionados con Juan, lo de Helena era peccata minuta, pero lo de Lola eran palabras mayores.

—Ni puta idea tío —Jaime fue franco —El abogado le ordenó no hablar más y me informó de que iba a solicitar una reunión urgente con el fiscal del caso. Sabes como yo lo que puede llegar a pedir.

—¿Quién es el fiscal del caso?



—Pablo Noguera.

—Joder... es un buen fiscal... —Carlos conocía y respetaba al fiscal aunque nunca habían coincidido en sala —¿Crees que accederá al trato?

—Joder abogado... ¿Tú que crees? Uno de los narcos más buscados, uno de los fiscales con mayor proyección de la capital... He preguntado antes de venir a veros y me dicen que es el ojito derecho del Fiscal General del Estado...

—Mierda... Eso lo complica todo —Carlos apoyó las palmas de la mano en la mesa y agachó la cabeza abatido.

—¿Hablas de Lola? —se interesó Jaime.

—Hablo de Lola, hablo de Mel... incluso de Helena... Joder... Es que ese cabrón no se puede ir de rositas con tal de cantar como un canario. Es un puto cobarde ¡Joder!

—No creo que se vaya a ir de rositas, simplemente podrá negociar una reducción en la pena o tal vez le ofrezcan algún trato preferente dentro de un cómodo centro penitenciario pero, en cualquier caso, no se va a librar así como así... Ahora lo que nos toca es esperar... Por nuestra parte, tenemos dos opciones, una es fingir que entregamos la pasta a esos matones, queremos pillarlos por lo de Mel, hay restos biológicos por el apartamento, pelos, huellas..., el principal inconveniente es que ello puede alertar a Kozlov y éste tardará nada y menos en esfumarse, la otra opción es no acudir a la cita y ver qué pasa, eso puede poner a Mel de nuevo en su punto de mira, ya se sabe que los narcos tienen los tentáculos muy largos y no tienen piedad con sus deudores.

—No hay más que un par de días para decidirse —Carlos sabía que la segunda opción era la peor para Mel.

—Menos —le aclaró Jaime —Menos. Hagamos lo que hagamos hay que preparar el operativo y eso lleva su tiempo. Sin embargo, hay algo más... y ese algo puede suponer una gran diferencia para Mel.

Jaime se preparó mentalmente para darle a aquella chica la noticia que iba a hacer que sus cimientos familiares desapareciesen casi por completo. La miró y la vio realmente asustada, no había pronunciado palabra y no sabía qué era lo que se le estaba pasando por la cabeza en aquellos momentos.

—Mel... siento mucho decirte esto pero Juan asegura, es decir, literalmente ha dicho que no le importa lo que te pase porque ya ha cargado el suficiente tiempo contigo. Dice que ya ha hecho de más por una persona que sólo es su media hermana. Lo siento de veras Mel... Juan asegura que su padre es el tuyo pero que tu madre es otra mujer. Dice que él pudo localizar a la suya tras la

muerte de vuestros abuelos, dice que falleció poco después totalmente enganchada a las drogas —Jaime se maldecía por tener que echar más sal en las heridas de aquella inocente chica —Mel... Juan dice que tu madre era una inglesa de la comuna que no superó tu parto... Siento mucho que te tengas que enterar así, de todos modos, si quieres puedo intentar averiguar cuánto hay de verdad en todo eso.

—De acuerdo —Zanjó Carlos mientras se colocaba tras Mel y la envolvía en su abrazo —Gracias Jaime... gracias por venir tan pronto.

Jaime asintió con la cabeza dándose por enterado de que las palabras de Carlos eran la forma educada de pedirle que se largase. Necesitaban intimidad y lo comprendía.

—He de irme ya —Miró su reloj —En cuanto sepa algo os comunicaré lo que decidimos hacer. Lo siento mucho Mel... de verdad...

Mel no contestó y se quedó muy quieta en su sitio mientras Carlos acompañaba a Jaime hasta la puerta. Apenas fue consciente de que la tomaba en brazos para devolverla a la cama. La desnudó y la tapó con la sábana. Mel lo vio salir al baño y pronto volvió a su lado. La envolvió en brazos y la obligó a acurrucarse contra su pecho.

—Mañana será otro día. Mi madre vendrá sobre las diez. El juicio que tengo es a las once y media, volveré después de comer. Entonces hablaremos y tomaremos decisiones. Hasta entonces quiero que sólo pienses en una cosa. Mel... eres la preciosa niña de mis ojos, eres mía y voy a cuidarte siempre... cariño... no estás sola.

Mel estaba dolorida, tan agotada que no podía hilvanar un pensamiento coherente. Se acurrucó contra el pecho de Carlos y le obedeció, sólo quería pensar en una cosa, era suya, no estaba sola... el resto... el resto ya lo pensaría mañana. Carlos suspiró aliviado cuando sintió su respiración débil y acompasada, Mel se había quedado dormida bastante pronto dadas las circunstancias. A él el sueño no iba a visitarlo tan pronto y se preparó para una noche en vela pensando en opciones y diseñando estrategias.

Mel se encontraba en un bosque, estaba sola, anochecía y la niebla la rodeaba. Hacía mucho frío y ella vestía aquel ligero camisón de raso que se había puesto antes de hacer el amor con Carlos. Parecía estar en medio de un claro, pero los gruesos troncos y la altas copas de los árboles le impedían distinguir el camino a seguir. Mel daba vueltas y más vueltas sobre si misma intentando encontrar una salida. pero la niebla, cada vez más espesa, la rodeaba

calándole los huesos. Estaba temblando cuando oyó una voz gutural a lo lejos.

—¿Quién eres?

Mel no respondió, la voz era tenebrosa y la asustaba, intentó taparse los oídos pero fue inútil, la voz parecía traspasar sus manos e insistía en su pregunta.

—¿Quién eres? ¿Quién eres?

Mel no quería responder, no quería verbalizar lo que su mente sabía y apretó fuerte los labios para impedir que de su boca saliese palabra alguna, pero la voz seguía preguntando en tono burlón.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres?

Mel seguía girando sobre sí misma en busca del camino, todo estaba oscuro y la niebla ya no le dejaba ver los árboles que la rodeaban. La noche había caído. Mel giró más rápido, cada vez más rápido y comenzó a marearse, notaba que estaba perdiendo las fuerzas. La voz se escuchaba más cerca, parecía susurrarle al oído.

—¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres?

Mel no pudo soportarlo más, sus manos abandonaron sus oídos y cayó de rodillas en el suelo húmedo.

—No lo sé —gritó con todas sus fuerzas —No sé quién soy... no soy nadie....

Mel se acostó en las hojas frías y se acurrucó en posición fetal llorando a lágrima viva.

—No sé quién soy.... No lo sé....

Carlos se incorporó asustado por los gritos de Mel, con los ojos a medio abrir comprobó que aún eran las tres de la mañana, finalmente había conseguido conciliar el sueño y ahora estaba totalmente espabilado mirando a Mel que se agitaba bajo las sábanas con el rostro bañado en lágrimas y un balbuceo incoherente saliendo de sus labios. Era evidente que estaba inmersa en una pesadilla. A tiempo recordó que no era buena idea hacer salir a alguien de golpe de un mal sueño y detuvo la mano que se dirigía al hombro desnudo de Mel para zarandearla con suavidad a fin de despertarla. Se acercó a ella y la destapó con suavidad, lo primero que vio fue su espalda marcada por los golpes y apretó la mandíbula impotente, le había dado mil vueltas a la historia y no encontraba una salida fácil para Mel, posó la mano en su brazo y comenzó a masajearlo de arriba a abajo muy suavemente, al mismo tiempo comenzó a besar sus mejillas empapadas, sus labios bebieron poco a poco el agua salada y le acarició el cabello susurrándole al oído.

—Mi niña... Mel... cariño... abre esos bonitos ojos.

Mel no parecía reconocerlo ya que seguía agitándose nerviosa. Carlos se obligó a ser paciente e insistió.

—Mel... dame un beso... no me has dado un beso de buenas noches... Enana... abre los ojos... me debes un beso.

La voz intentaba engañarla, se había vuelto dulce y suave, una extraña calidez estaba apoderándose de su cuerpo y sentía como si decenas de mariposas estuviesen aleteando en su cara... no podía confiar en la voz... pero era extraño... esa voz le resultaba familiar... sólo había una persona que la llamaba enana... era la voz de su todo, era Carlos... tal vez se tratase de una trampa y, expectante, se quedó muy quieta, con los cinco sentidos tratando de averiguar cuál era el truco... ahora las mariposas estaban en su rostro y una gran mano se posó en su cintura.

—Mel cariño... despierta y dame un beso...

Mel decidió ser valiente, abrió los ojos y se enganchó al océano, una sonrisa de anuncio embelleció aún más el rostro de Carlos.

—Hola... enana... estabas en medio de una pesadilla ¿recuerdas algo?

Mel se estremeció recordando su pesadilla, le tembló la voz cuando le contestó aún confusa por el sueño.

—No soy nadie... no sé quien soy...

A Carlos se le partió el corazón, tal vez no hubiese sido buena idea obligarla a dormirse sin antes haber hablado sobre las revelaciones de Jaime, en todo caso, estaba totalmente justificado el sentimiento de desamparo de su enana. Los orígenes siempre contaban, el arraigo familiar era un pilar envidiable para todas aquellas personas que carecían de él. Mel había tenido un cierto arraigo, pero había sido tan breve que parecía haberlo olvidado, y tras la muerte de sus abuelos, tras la traición de su hermano, tras el descubrimiento de que tan sólo habían compartido la semilla de un padre ausente, Mel había dado un salto al vacío, un solitario salto al vacío porque su frágil entorno había desaparecido por completo. Se decía que en el mundo de los ciegos el tuerto era el rey, pues bien, para el mundo solitario de Mel, Juan había sido el rey, el único vínculo con su familia. Carlos estaba seguro de que durante mucho tiempo Mel había preferido ese precario vínculo a la soledad total y absoluta.

—Mel... tal vez no sepas quién fue realmente tu madre, pero a pesar de todo lo sucedido, a pesar de tu padre ausente, del fallecimiento de tu abuelos, de la traición del que creías tu hermano.... A pesar de todo... Mel tú sabes quién

eres.

—No lo sé. No sé quién soy —La voz de Mel salió estrangulada por el nudo que tenía en la garganta.

—Mel... cariño... sí lo sabes, podemos empezar por esto —Pellizcó suavemente su mejilla libre de golpes —Eres la preciosa niña de mis ojos, eres una brillante estudiante, serás una trabajadora más que competente. Eres honesta, dulce, eres valiente... Mel... eres muchas cosas... y eres mía... No estás sola... yo estoy a tu lado.

—¿Durante cuánto tiempo? —Mel no sabía de dónde había salido esa inquietud, pero era evidente que de su yo más escéptico —Carlos... ¿Durante cuánto tiempo? Tal vez te canses, tal vez no resulte, tal vez no estemos hechos el uno para el otro...

Carlos apretó la mandíbula frustrado porque era demasiado pronto para revelar sus cartas. No era el momento de dar el paso, no era el momento de pronunciar las palabras que difícilmente serían creídas dado lo reciente de su relación, así que, como buen estratega se obligó a soltar las riendas y a devolver la pelota al tejado de Mel. Si quería certezas, tendría que buscarlas en ella misma.

—Cariño... eres mía y serás mía durante todo el tiempo que desees ser mía.

Mel reflexionó sobre el significado de aquellas palabras. Si era ella la que decidía hasta cuando, eso quería decir que él sí pensaba en un largo, en un muy largo plazo. Lo miró dubitativa, eran muchos motivos los que alimentaban su inseguridad.

Carlos introdujo el pulgar entre los carnosos labios de Mel para evitar que siguiese mordiéndose el labio inferior presa de las dudas que orbitaban en su cabeza.

—Eso es... sabes perfectamente lo que te estoy diciendo y sabes perfectamente que necesitas tiempo, lo tienes mi niña... tómate el tiempo que necesites para saber que de verdad eres mía.

Sin dejarla responder Carlos tomó posesión de sus labios frambuesa y la besó con suavidad, esta vez la intención no era seducir, la intención era mimar hasta el absurdo. No fue posible porque Mel respondió al beso con dulzura y sensualidad, alzó su mano y le acarició su rasposa mejilla abriendo la boca y dejando que las lenguas se acariciasen, primero lentamente y luego con avidez. En apenas un minuto Carlos estaba duro como una piedra y dispuesto para la batalla, Mel parecía obviar que una segunda vez tan próxima a la primera iba a

resultarle dolorosa, él sí era consciente y así se lo hizo saber.

—Mi niña... me muero por estar dentro de tí otra vez pero no puede ser... no podría hacerte daño conscientemente y eso es lo que va a pasar si seguimos adelante. Lo sabes ¿verdad?

Mel asintió y le acarició los rizos del pecho durante unos instantes. El sueño volvía a acecharla pero tenía miedo de sufrir otra pesadilla. Carlos pareció percibirlo porque la obligó a volverse obligándola a apoyar la espalda en su pecho, la envolvió con su brazo y la besó en la mejilla.

—No vas a tener más pesadillas. No voy a permitirlo.

Mel sonrió porque Carlos la estaba consolando igual que lo haría con una niña de cinco años, como si fuese el caballero que, espada en mano, defendería a la princesa del gran dragón.

—No soy una niña pequeña...

Carlos sonrió porque había percibido su relajación e hizo uso de su sentido del humor. Alzó la mano y le apretó con suavidad un pecho.

—Lo sé cariño... eres la preciosa niña de mis ojos y al mismo tiempo eres toda una mujer, toda una mujer que me tiene loco. Duerme Mel, van a ser unos días complicados.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 10

*“Madre es un verbo. Es algo que haces, no algo que eres.”*

*Dorothy Canfield Fisher*

Mel abrió los ojos y miró el reloj de la mesilla, marcaba las diez y media. ¡Mierda! Había dormido más de la cuenta y se encontraba sola en la cama, Carlos ya se habría marchado a trabajar. Se sentó de golpe al recordar que lo más probable era que no estuviese sola en casa ya que le había dicho que su madre llegaría sobre las diez de la mañana. Era la primera vez que estaba sola desde que había despertado en el hospital y, por tanto, era la primera vez que podía reflexionar con tranquilidad sobre todo lo que le estaba pasando. Había experimentado más cambios en unas horas que en toda su vida, recordó su pesadilla ¿Quién eres? “No sabes quién eres” se dijo en voz alta. Nunca habría imaginado que Juan y él no compartían la misma madre, era cierto que en casa de sus abuelos el tema era tabú y la consecuencia había sido una falta de información total sobre su origen materno, lo único que había conseguido saber era que su madre había fallecido, en aquel entonces era la madre los dos, ahora sabía que sólo hablaban de su madre, no de la de Juan. Mel estaba muy triste, si bien contaba con las raíces paternas, era totalmente huérfana de toda una familia materna a la que querer y que podrían haberla querido también. Nunca hubiera pensado que la sensación de soledad de sus últimos años pudiese acrecentarse, pero así había sido, se sentía mas sola que nunca, tal vez sola no fuese la palabra exacta pensó recordando a Carlos, tal vez fuese desarraigo, era como si alguien arrancase una flor de un bonito jardín para colocarla en medio de la nada. El tema de su madre era otro de los asuntos guardados en el rincón de su mente, si alguien preguntaba, era sencillo responder mecánicamente que sus padres habían fallecido, normalmente, tras una mirada compasiva, su interlocutor solía abandonar el tema, sin embargo ella lo recordaba durante varios días hasta que era capaz de arrinconarlo de nuevo. Sus abuelos lo habían hecho lo mejor que habían podido, pero para Mel no había sido suficiente, sabía que era amada, la cuidaban y no le faltaba de nada, sin embargo carecía de lo que otras compañeras de colegio sí tenían, una figura a la que llamar mamá, a la que tener como referente, a que poder acudir en ciertos momentos de su vida. Recordó varios de ellos, su comunión, por ejemplo, había envidiado todo el proceso de elegir un vestido con su madre, su abuela no le había dejado opción y se había presentado en casa con un vestido bonito, pero a Mel le hubiese gustado ir al comercio,

probarse vestidos, tal vez luego merendar un chocolate con churros juntas para decidir cuál era el que mejor le sentaba, por lo menos aquella era la imagen que sus amigas habían puesto en su cabeza. Luego llegó su primera regla y su abuela apenas acertó a preguntarle si sabía qué era lo que le estaba pasando mientras le tendía una gruesa compresa, como Mel había respondido que sí, se había limitado a decirle que se sentara derecha y con las piernas cerradas para que ni su abuelo ni su hermano se percatasen de lo que sucedía. Cuando comenzó a interesarse por la moda, su abuela la acompañó una vez a Zara, allí no se habían puesto de acuerdo sobre lo que era adecuado para ella y, desde entonces, optaba por darle dinero de vez en cuando diciéndole que si no iba a elegir lo que a ella le gustaba no tenía sentido que la acompañase de compras. Ahí empezó el aislamiento de Mel, no era la primera vez que se apartaba de un grupo en el recreo cuando empezaban a hablar de las salidas madre e hija, para ir de compras, para ponerse las primeras mechas, la primera depilación, Mel había vivido todo eso sola, nunca confesaría a nadie que su primera revisión ginecológica había sido en el hospital, apenas hacía tres días. Nunca se había atrevido a ir sola y su abuela, por supuesto, le había indicado que era muy joven para eso y que se mantuviese alejada de los chicos porque sólo querrían hacer cosas malas con ella. Mel obedecía, siempre obedecía. Sentía que le habían arrebatado la parte de su vida y ahora descubría que una mitad suya era originaria de otro país, de Inglaterra, en el colegio nunca tuvo dificultada para aprender el idioma inglés, su corazón latía distinto cuando veía un reportaje de las islas y siempre se había preguntado el porqué, ahora ya lo sabía. Estaba claro que Juan había investigado sobre el tema, o tal vez hubiese encontrado algún documento o alguna carta cuando vació la casa de sus abuelos para venderla. Mel nunca preguntó por su parte de la herencia, suponía que Juan la guardaba para ella y ahora estaba segura de que ese dinero se habría esfumado como habían hecho todos los recuerdos de aquella casa, no quedaba nada, ni un viejo álbum de fotos, ni un libro, ni las joyas de su abuela... Juan le había dicho en su día que un anticuario había pujado por todo el lote y que aquellas viejas cosas apolilladas no tenían sitio en su moderno piso de diseño. Mel no había protestado, Mel obedecía, Juan no tenía porqué engañarla. ¡Qué ilusa! Murmuró en voz alta. La había despojado vilmente de todos los recuerdos de su familia paterna y ahora, como golpe final, le regalaba la ansiedad, la incertidumbre por saber de su familia materna. Tal vez hubiese abuelos, tal vez hubiese tíos, primos... tal vez... Tomó aire para frenar su imaginación. No tenía tiempo para pensar en ello. Tenía otros retos ante sí, el primero y más temido era el de



conocer a la madre de Carlos, no podía demorarlo más y se levantó de la cama. La habitación dio una vuelta a su alrededor y volvió a sentarse para contener el ligero mareo. Se tomó unos minutos para recuperarse y reparó en lo bonito que era el dormitorio de Carlos. Tenía cierto toque espartano masculino ya que lo único que destacaba en la habitación era un cuadro abstracto en tonos azules colocado encima de una cómoda de madera rústica. De estilo rústico era el cabecero de la gran cama y ambas mesillas, todo el mobiliario era sencillo, sin ninguna floritura que quebrase la pureza de sus líneas rectas. El armario empotrado de pared a pared y con puertas de espejo le daba profundidad a la habitación, delante de él una chaise longue azul oxford destacaba sobre una alfombra de un color crema tan clarito que podía pasar por blanco. La ropa de cama era blanca, incluso el edredón era blanco y Mel había visto apilados en el suelo varios cojines en tonos camel y azul que, sin duda, formaban parte de las vestiduras de la cama. Cuando estuvo segura de que no se iba a marear se levantó dispuesta a vestirse, sentía un ligeras molestias en su vagina, pero quedaban ocultas tras el verdadero dolor de músculos que le acompañaba cada mañana, estaban rígidos tras las horas de sueño y mientras no entraban en calor le molestaban con cada movimiento. Delante del armario contó la ropa que Helena le había enviado, diez vestidos, tres camisones, diez conjuntos de ropa interior y dos pares de bailarinas.... Mel estaba atónita, la ropa era preciosa y nunca había tenido tantos vestidos a su disposición, tras sus turbios pensamientos de aquella mañana sintió que tal vez la fortuna de haber conocido a Carlos trajese más cosas buenas a su vida. Deseosa de causar una buena impresión escogió un veraniego vestido skater de manga sisa, era azul marino con grandes flores en tonos verdes, morados y rosas, el suave tono pastel de los colores lo hacía un diseño muy dulce y apropiado para una cita formal. Así era exactamente como se sentía Mel, como si fuese a una entrevista importante, estaba deseosa de causar una buena impresión y sabía que nunca había una segunda oportunidad para causar una primera buena impresión. Eligió la ropa interior azul celeste y las bailarinas azul marino, se envolvió en la toalla que había quedado descartada a los pies de la cama la noche anterior y se dirigió al baño. Tras asearse, le llevó diez minutos colocarse el sujetador, tenía la compresa manchada, no se atrevió a ponerse la braguita sin más y tomó otra prestada de la caja de las hermanas de Carlos, encontró una sencilla goma del pelo y se hizo una floja coleta baja, necesitaba un buen corte, pero no podía pensar en ello en esos momentos. En el neceser de Helena había un perfume, era el clásico Ô de Lancome y lo vaporizó en el aire, le gustó y se lo aplicó

discretamente mientras comprobaba el estado de los golpes de su rostro, estaban comenzando a verse más claros por los bordes, aún así estaba horrible y estaba segura de que no iba a gustarle a la madre de Carlos. No quiso analizar lo que eso supondría para su autoestima y tampoco quiso aventurar cómo iba a tomarse Carlos el rechazo. Mel se había imaginado en alguna ocasión su primera vez, sin duda, la realidad había sido muy distinta, no había habido rosas, champagne, un vestido largo y un baile romántico, sin embargo, había sido la noche más bonita de su vida, las caricias y los besos de Carlos, la increíble sensación de sentirlo en su interior y saber que él también había disfrutado con ella hacía que su corazón latiese acelerado cuando recordaba el momento en el que lo vio llegar al orgasmo, con ella, la chica del montón. Ni tan siquiera la intromisión de Jaime con sus malas noticias conseguía borrar la ternura con la que se sentía tratada por Carlos. Era un hombre de verdad y, a pesar de que ella era cinco años menor, Mel estaba muy cerca de afirmar que Carlos era el hombre de sus sueños. Se ponía enferma sólo de pensar en no poder continuar la relación con él, en unos días se había convertido en la persona más importante de su vida, no quería pensar en amarlo, se decía que era demasiado pronto para eso, demasiado pronto para hablar de sentimientos pero lo cierto era que se sentía rara no teniéndolo alrededor. Carlos era el hombre más guapo que había conocido en su vida, además era amable, considerado, tierno con ella y muy protector, le estaba sumando mucho en sus horas más bajas. Mel llevaba con ella un carro de problemas importantes, el mayor de ellos era sin duda la amenaza que se cernía sobre ella debido a la deuda que su hermano tenía contraída con ese supuesto narcotraficante. En su cabeza resonaron las palabras de Jack y de Héctor advirtiéndole a su amigo de que su negocio podría verse afectado si ella trabajaba en el despacho. Carlos había hecho oídos sordos, sin embargo, Mel no estaba tan segura de que eso no fuera a ser así. Ella necesitaba un trabajo, pero no estaba dispuesta a poner en juego la carrera de un buen hombre como Carlos. Sabía que la noche anterior había imprimido su contrato, pero aún no lo habían firmado, tal vez no debiera hacerlo, quizá no debiera vincularse tanto con Carlos, quizá fuese conveniente protegerlo de aquellos que iban detrás de Juan y, al mismo tiempo, protegerse ella misma por si las cosas entre ellos se torcían. Prefería estar limpiando escaleras antes de que, por asegurarse un puesto más adecuado a su formación, hacerle daño a Carlos. Acababa de tomar una decisión. No iba a firmar ese contrato. Debía buscar otro trabajo. Contenta por haber tomado un poquito las riendas de su vida Mel se dirigió al piso inferior. Le extrañó escuchar una melodía infantil que salía del salón y fue allí adonde se dirigió. Se detuvo

asombrada en el umbral viendo la escena que allí se desarrollaba. El salón de Carlos era la estancia más espaciosa de la casa, estaba dividido en dos ambientes separados por una estantería a media altura de madera rústica abierta por ambos lados y llena de grandes libros, casi todos con el símbolo de National Geographic en su lomo. A un lado estaba el comedor, la pieza central era una gran mesa que parecía sacada de un antiguo taller y a su alrededor había seis sillas, cada una de su padre y de su madre, pero todas ellas con el indiscutible sello del estilo escandinavo moderno. Mel no acaba de entender el hecho de que allí no hubiese dos sillas iguales, sin embargo, tenía que reconocer que el efecto era moderno y acogedor. Tras la mesa había una gran vitrina de madera y cristal donde estaba expuesta una vajilla completa, era de color blanco y azul y Mel recordaba haber visto ese diseño navegando por la red, aunque en esos momentos era incapaz de nombrar la marca. La alfombra era de un color topo con filigranas crema que seguían un patrón geométrico. Al otro lado había una alfombra idéntica pero el doble de grande, era la zona de estar presidida por un gran sofá beige frente a un enorme televisor colgado en la pared, recordó que Carlos le había dicho que le encantaba su tele grande y, desde luego, aquella lo era, además, bajo ella y en un mueble de madera rústica había toda suerte de aparatos entre los que distinguió una moderna consola. Junto al sofá convivían dos sillones de oscura piel envejecida color tabaco alrededor de una gran mesa de centro que, siguiendo el estilo rústico de la casa, se sostenían sobre unas bastas patas muy bajitas. Lo que la estaba dejando atónita era el desbarajuste de animalitos, piezas y cuentos que estaban esparcidos por aquella enorme mesa, eso y los dos diminutos hombrecitos que pasaban sus gordezuelas manos de un juguete a otro sin parar quietos ni un minuto. Parecían estar solos en el salón y Mel, insegura, dio un paso al frente, las bailarinas resonaron sobre el suelo de madera y uno de aquellos querubines de rizos rubios levantó la mirada y la vio, casi se tambalea al ver sus ojos, fotocopia del océano de su todo. Aquel crío le enseñó una sonrisa desdentada que, sin duda, de adulto iba a romper unos cuantos corazones y le habló.

—Hola.

El otro querubín levantó también su cabellera rubia y Mel se apiadó de las mujeres de la generación de aquellos dos angelitos, ambos iban a levantar suspiros de admiración a su paso. Eran idénticos, salvo por un detalle, Mel supuso que toda su familia estaba agradecida al gen que determinaba el color de ojos de los bebés, ya que los de éste eran de un suave color marrón chocolate.

—Hola —respondió Mel con voz suave mientras, atraída

irremediablemente por aquella pareja, avanzaba unos pasos más.

Mel se detuvo asustada cuando una alta mujer de pelo rubio muy rizado se incorporó de golpe del sofá, los ojos azules y su porte elegante le indicaron que estaba ante la madre de Carlos, tragó saliva nerviosa consciente de su cara magullada. La madre de Carlos era delgada, vestía un ajustado pantalón vaquero y un sencillo jersey sin mangas en azul pastel, su cuello estaba rodeado por una fina cadena de perlas a juego con las bolitas que adornaban sus mejillas. Mel apreció un reloj de diseño moderno y unas finas pulseras de oro. No había más anillos que la alianza en su dedo derecho, las manos tenían unos dedos largos y elegantes y sus uñas cortas estaban arregladas pero sin esmalte. La mujer le ofreció una sonrisa tranquila y rodeó el enorme sofá para acercarse a ella, el sonido de sus bailarinas, casi idénticas a las que lucía Mel, la acompañó hasta que llegó a su altura. La mujer le tendió la mano y Mel, aun sabiendo que la suya estaba muy fría y temblorosa, se la tomó. El apretón fue suave, la madre de Carlos posó las manos en sus hombros y se agachó para besarla en ambas mejillas. Mel agradeció que fuese ella la que iniciase la conversación ya que todo su vocabulario parecía hallarse disperso a lo largo de su cerebro.

—Hola Mel. Soy Victoria, la madre de Carlos. Estoy encantada de conocerte. ¿Qué tal te encuentras esta mañana?

—Yo también estoy encantada de conocerla —respondió Mel en cuanto logró colocar las palabras de manera ordenada —Me encuentro un poco mejor, siento haber dormido hasta tan tarde y, siento mucho que haya tenido que cambiar su rutina para venir aquí, le dije a Carlos que no era necesario pero...

—Por favor, trátame de tú. Por supuesto que era necesario... —La interrumpió Victoria. Había llegado muy temprano a casa de su hijo y había disfrutado de una charla reveladora mientras ambos daban cuenta del desayuno. Aquella chica era muy importante para Carlos. Su hijo y ella tenían una relación muy cercana, casi de hermanos en vez de madre e hijo y Victoria agradecía a Dios la suerte de contar con la confianza ciega de su primogénito —y por supuesto que Carlos insistió, me hubiese enfadado con él de lo contrario. Cariño... has pasado por mucho en poco tiempo, lo que te está pasando es horrible...

—Lo siento mucho... —Mel no quería ser maleducada pero no pudo evitar interrumpir a Victoria y las palabras angustiadas brotaron sin censura de su boca —Yo no quiero involucrar a su hijo en mis problemas. Ni siquiera lo conocía hasta el pasado jueves, pero él...él se hizo cargo de todo desde ese día... no sé

cómo ha pasado pero de pronto, aquí estoy, en su casa... en su vida... y yo... yo tengo miedo... Victoria... por favor... ha de creerme... yo no quiero que a su hijo le pase nada malo... él es... bueno... él es importante para mí...

—Mel... tranquila por favor... no te agobies —Victoria estaba preocupada por el pesar que transmitían las palabras de la chica —Estoy segura de que no quieres nada malo para mi hijo, no es necesario que me lo digas...

—Pero míreme... soy un desastre, mire mi cara, mis brazos y mis piernas llenas de golpes, la única familia que conozco es ese hermano que está en la cárcel y que ahora resulta que es mi medio hermano... no tengo nada más que las cosas que se quedaron en el apartamento de Lola... ¿Cómo puede estar tan tranquila? Ni siquiera sé quién soy...

Victoria había presenciado muchas crisis en sus hijas adolescentes, pero ninguna de la envergadura de la de Mel. Aquella chiquilla tenía la autoestima por los suelos y no era que no tuviese motivos para ello. Carlos le había contado con pelos y señales toda su historia y por eso no le eran ajenas las explicaciones de Mel. Su hijo se había declarado perdidamente enamorado de Mel, tal cual, con todas las palabras, al mismo tiempo le había advertido sobre su estado emocional. “Está rota, mamá... pero es perfecta para mí” Victoria había cogido la mano de su hijo para decirle que si Mel era perfecta para él, ella se encargaría de ayudarlos a salir adelante, a que Mel se recompusiese. A pesar de las palabras de su hijo, toparse con la realidad frente a frente era otra cosa. Mel estaba algo más que rota, estaba totalmente perdida y tremendamente nerviosa por suponer que Victoria no iba a aceptarla ¡Qué equivocada estaba! Llevaba tiempo sabiendo que Carlos estaba a punto de comenzar una nueva etapa, sabía que había dejado atrás los ligues de una noche. Las recientes historias de amor de Jack y Héctor le habían abierto los ojos y, al igual que ellos, la casualidad le había traído a aquella mujer y, al conocerla, Victoria entendía el encandilamiento de su hijo, Mel no era un bellezón, era una niña bonita, dulce, inocente y sin dobleces a la que la vida le había dado muchos golpes para la edad que tenía. Mel necesitaba un refugio, Carlos era un buen refugio, de hecho era de los mejores refugios que Victoria conocía, sus hermanas siempre acudían a él y él nunca rehusaba sus obligaciones. En esta ocasión Carlos había ido a por Mel “Podía haberme escaqueado mamá, el ambiente lo propiciaba, pero vi a Mel por dentro y no pude evitar actuar” le había dicho. Victoria se había limitado a sonreír palmeándole la mano. Ella también sabía de flechazos, Carlos era el resultado de una noche imprudente, sin embrago, la vida le había traído una segunda oportunidad en forma de flechazo en una tarde de charla intrascendente

en el parque cercano a su domicilio en la que un amable vecino se había convertido en el hombre de su vida. Ojalá Carlos tuviese tanta suerte como ella.

—Mel... claro que estoy preocupada, ya lo sabrás en su día, una madre nunca termina de preocuparse por mucho que su hijo sea un hombre hecho y derecho como es mi caso. Carlos es un hombre bueno, justo y con criterio, si él te quiere en su vida yo te quiero en su vida. No importa el pasado Mel, créeme, sé de lo que hablo, cuando la vida te da una oportunidad, te abre una puerta, debes cogerla con ganas, debes traspasarla... a tí la vida te está ofreciendo una salida... Mel sólo voy a juzgarte por tus actos y, cariño... déjame decirte que por lo que sé, tan solo eres una chica inocente con una vida muy dura... No llores Mel... —Victoria la rodeó con un brazo —Venga... vamos a prepararnos un té, Carlos me ha dicho que no tomas café.

—Gracias —Mel se frotó las mejillas para borrar las lágrimas de su rostro y no pudo evitar soltar una carcajada nerviosa cuando vio a los dos niños agarrados cada uno a sendas piernas de su abuela, al parecer se habían ido acercando en silencio sin que ninguna se percatase de ello. Victoria fue muy dulce cuando les habló.

—Mateo, Gonzalo... esta es Mel... es nuestra nueva amiga... ¿queréis unas galletas?

Victoria vio como a Mel le mudaba el semblante al ver cómo sus nietos asentían agitando sus rizos rubios, su mirada se llenó de ternura y la ganó cuando le tendió la mano a uno de los pequeños para conducirlo a la cocina, Mateo, el más sociable de los dos se la tomó sin duda y Victoria sonrió mientras le explicaba el motivo de la presencia de los pequeños en la casa.

—Hoy no han ido a la guardería porque estamos en pleno proceso de erupción dental. Tienen las encías hinchadas, lo muerden todo, están muy irritables y los pobres tienen el culito lleno de granos. Mi hija Marta me los ha traído esta mañana temprano, por cierto Mel, está deseando conocerte, está muy contenta por su hermano.

Carlos acababa de abrir la puerta de su casa cuando lo recibió un extraño silencio, extraño, porque sabía que sus sobrinos estaban en casa y aquellos dos no paraban quietos ni un minuto. Se acercó al salón, la puerta estaba cerrada y la abrió, su madre estaba sentada en un sillón leyendo un libro, alzó la vista, se quitó las gafas que usaba para leer y le obsequió con una gran sonrisa.

—Hola Carlos ¿Qué tal tu mañana?

—Larga —Le respondió Carlos mientras se sacaba la corbata. Había

extrañado a Mel y había estado toda la mañana preocupado por su estado, no había tenido corazón para despertarla y se había despedido de ella con un casto beso en la mejilla —Esto está muy tranquilo ¿No?

Victoria sonrió porque Carlos estaba inquieto al no encontrar allí a Mel. Sabiendo el efecto que iba a causar la imagen que ella había visto hacía tan sólo media hora, le indicó dónde debía buscar.

—Sube a tu dormitorio.

Carlos arqueó una ceja al ver como su madre se mordía el labio intentando contener una sonrisa y volvía a coger el libro para disimular. Se encogió de hombros y subió las escaleras de dos en dos al tiempo que se sacaba la chaqueta de su traje. La puerta del dormitorio estaba entrecerrada y la habitación estaba ligeramente oscurecida porque la persiana estaba entornada, sin embargo, había luz suficiente para permitirle ver la cama y apenas un segundo fue suficiente para que su corazón detuviese sus latidos para, acto seguido, dar un fuerte golpe y comenzar a latir acelerado. Mel y sus sobrinos estaban durmiendo en su cama, los críos sólo llevaban una camiseta blanca con el pañal y Mel le había robado una de sus camisetas para andar por casa, su chica yacía de costado, con un brazo extendido rodeaba a Mateo y a Gonzalo, Mel había colocado una de las almohadas a modo de barrera para evitar que los gemelos se cayesen al suelo. Carlos tragó saliva para intentar deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. La imagen de Mel protegiendo a sus sobrinos se grabó en su mente y, para él, en aquel momento su enana se convirtió definitivamente en la mujer de su vida, estaba preciosa y algún día serían sus hijos los que echarían la siesta acurrucados junto a su mamá. Recordó el susto de Mel cuando le había hablado de formar su propia familia. Bien, Mel aún era joven pero él estaba totalmente preparado, dispuesto a tirar todos y cada uno de los condones a su alcance, sin embargo, no lo haría. No quería un embarazo sorpresa como el de Helena, ni quería un embarazo en medio de una gran crisis personal como había sido el caso de Lola. Mel debía de recomponerse primero, cuando no hubiera problemas en el horizonte, cuando pudieran disfrutar de un tiempo juntos sin sombras acechantes, entonces sería el momento y estaba seguro de que Mel estaría tan dispuesta a dar el paso como él. Estaba a punto de abandonar la habitación cuando uno de los gemelos se despertó y se sentó en la cama mirándolo con ojos todavía soñolientos, los mofletes colorados y tirando del chupete como si no hubiera un mañana. Ese era Mateo, siempre con las pilas puestas, Gonzalo no tardaría en despertarse pero lo haría mucho más despacio, se acercó para tomar a sus sobrino en brazos y permitir que Mel y Gonzalo pudiesen descansar un ratito

más. En cuando le tendió los brazos, Mateo se puso de pie en la cama y comenzó a gritar despertando a sus compañeros de siesta.

—Tío Calos... tío Calos...

Mel abrió los ojos alertada por la voz de Mateo y se incorporó de golpe ahogando una mueca de dolor por el esfuerzo, entonces vio a Carlos con su sobrino en brazos, trataba de calmarlo pero Mateo tenía ganas de juerga. Mel tragó saliva por la estampa familiar que presentaban y se puso algo nerviosa cuando Carlos se sentó a su lado con el crío agarrado a su cuello. Carlos sonrió para sí, Mel se había sonrojado, estaba para comérsela. Se acercó y le dio un beso en los labios,

—Hola nena.... Te he echado de menos... pero ya veo que pronto me has sustituido por estos caballeretes... creo que me estoy poniendo celoso.

Mel le sonrió pero no le respondió porque Gonzalo se había sentado en la cama y los observaba muy serio como preguntándose qué hacían todos allí sentados. Mel le tendió los brazos y Gonzalo se echó en ellos apoyando la cabecita en su hombro mientras parecía decidir si iba a dormir un poquito más o ya había tenido suficiente. Mel besó sus rizos rubios y acarició con ternura la pequeña espalda. Levantó la vista y se quedó sin aliento al ver la expresión de Carlos que la observaba fijamente con el otro gemelo en brazos. Aquella mirada del océano era puro amor. ¡Madre mía! pensó, como Carlos comenzase a mirarla de ese modo, Mel no iba a poder retener las palabras mucho tiempo más, en el hospital ya le había costado hacerlo, pero aquello estaba creciendo demasiado rápido.

—Eres preciosa Mel —Carlos había perdido su característica locuacidad ante la escena que acaba de presenciar, alzó una mano para acariciarle el cabello revuelto por la siesta y formuló una declaración que no tenía previsto hacer tan pronto sin importarle que Mel se pusiese nerviosa la escucharla —Mira, aún no sé muy bien cómo ha sucedido —la sostuvo por la barbilla —Te quiero Mel...

Mel no podía apartar la vista del océano, había oído las palabras y lo había visto en su mirada. Carlos no mentía, le decía la verdad... Tragó saliva. Era la primera vez en su vida que alguien le decía expresamente que la quería, el nudo en la garganta era grande, los ojos estaban desbordantes de humedad y notó un reguero salado descender por sus mejillas. Los labios de Carlos volvieron a beber el agua salada de su rostro.

—Eh... cariño... no llores... ¿Por qué lloras Mel? —Carlos odiaba ver llorar a cualquier mujer pero las lágrimas de Mel lo conmovían de manera



especial.

Mel no sabía que era posible que su corazón latiese errático y a tanta velocidad, tampoco sabía mucho de verbalizar sus emociones, ni tan siquiera entendía lo que le estaba pasando, no llegaba a asimilar todo lo que se removía y florecía en su interior haciéndola llorar. Cuando uno no entendía algo era mejor preguntar a quién sabía, y Carlos parecía saber mucho acerca de las personas, de sus sentimientos, del amor... así que, con voz temblorosa lanzó su pregunta.

—¿Puedo quererte yo también?

Carlos podría haber soltado una carcajada y tenía en la punta de la lengua varias respuestas burlonas para la pregunta de Mel, “Déjame que lo piense” o “Enana... puedes y debes” eran dos de ellas, sin embargo, él había entendido el sentido de la pregunta de Mel, la percibía como nunca había percibido a otra mujer y eso era así desde el mismo instante en el que ella entró en la peluquería de Lola. Antes de responderle y sin soltar su barbilla, se inclinó y la besó dulcemente, le hubiese gustado besarla sin medida pero los inquietos espectadores que tenían en sus brazos no iban a permanecer tranquilos mucho tiempo más, así que terminó el beso y la miró fijamente a los ojos mientras le respondía.

—Sí, Mel. Es posible, es una locura pero es posible querer en un instante. Yo quise a estos dos granujas nada más verlos por primera vez en el nido del hospital, era feos y estaban arrugados. Así que, si eso es lo que sientes... es lo correcto Mel, si de verdad lo sientes está bien. Nadie tiene un manual de instrucciones para querer, nunca nadie ha dicho cuándo se debe de empezar a querer... Nadie gobierna al corazón, Mel.

Mel escuchó a Carlos inmersa en el océano de sus ojos. Cuando terminó de hablar, se hizo el silencio entre ellos durante uno o dos minutos. Se miraban sin más. Mel se atrevió, era la primera vez que le decía a alguien que lo quería y, sí, estaba bien, era lo correcto.

—Te quiero.

Carlos cerró los ojos un instante y sintió que por fin había llegado uno de sus momentos vitales más importantes. Los abrió y le sonrió. Mel se sonrojó. No pudieron decirse nada más porque Mateo decidió que ya había habido suficiente romanticismo para aquella tarde y comenzó a golpear a su tío en la cabeza demandando atención.

—Tío Calos... pelota...

—Pequeño granuja... —Carlos levantó en alto a su sobrino que comenzó a

reír como sólo los bebés podían hacerlo, con carcajadas que contagiaban a todos los que estaban a su alrededor —Gonzalo... ¿Tú también quieres jugar a la pelota?

Mel sonrió cunado Gonzalo se incorporó levantando la cabeza de su hombro y agitándose nervioso.

—Nene quiere pelota...

—Pues entonces tendrá que ser pelota... —Carlos se incorporó, cargó a los dos gemelos en sendos brazos, miró a Mel y le guiñó un ojo —El deber me llama...Mel... esta noche no habrá dos pequeños piratas que nos interrumpen... Te esperamos abajo.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 11

*“El amor consuela como el resplandor del sol después de la lluvia.”*

*William Shakespeare*

¡Por fin solos! Pensó Carlos cuando cerró la puerta del coche de su hermana tras ayudarla a acomodar a los dos gemelos en su sillita. Por fortuna su hermana Marta había salido tarde del estudio de decoración donde trabajaba en la actualidad y ello había evitado que subiese a casa a conocer a Mel porque a los gemelos se les acercaba la hora del baño y estaban más inquietos de lo normal. No era que no quisiese que Marta conociese a Mel, antes al contrario, estaba deseando presentarlas pero no le importaba ser un poco egoísta y tener a Mel sólo para él durante un tiempo. Desde que se levantaron de la siesta, los gemelos habían acaparado la atención de los tres adultos que los acompañaban, había estado más que bien jugar con ellos y escuchar sus risas espontáneas, no habían sido tan agradables las pataletas cuando ambos querían un juguete al mismo tiempo, pero, por fortuna, su santa madre había sido capaz de cortarlas de raíz. Cuando volvió a entrar en casa, subió de dos en dos los escalones hasta llegar al piso superior, le había dicho a Mel que se preparase un baño, le vendría bien, había advertido algún que otro gesto de dolor en su rostro cuando los gemelos, con el entusiasmo propio de su energía desbordante, se tiraban sobre ella al jugar. Franqueó la puerta del baño y frunció el ceño al comprobar que Mel no le había hecho caso, en vez de estar a remojo en la bañera, estaba bajo el chorro de la ducha, con la cabeza echada hacia atrás dejando que el agua mojase su pelo. La imagen le transmitía una dulce sensualidad que comenzaba a reconocer como característica de Mel, era delicada, cariñosa, inocente, se había pasado toda la tarde observando la delicadeza de sus movimientos, aquellas pequeñas manos ahora apartaban un mechón rebelde de su melena, ahora se colocaba aquella camiseta que no hacía más que dejar la curva de su hombro al descubierto, ahora se tapaba la boca ahogando un suspiro de cansancio. Todos y cada uno de esos gestos lo habían encandilado. ¡Joder! Estaba colado por ella, tanto que le había dicho las palabras mucho antes de lo previsto, incluso mucho antes de lo recomendable, pero Mel, tan dulce, le había preguntado si podía quererlo. ¡Joder! Claro que podía. Mientras se deshacía de los zapatos y comenzaba a desabrocharse los botones de la camisa, daba gracias a la insistencia de su hermana para que instalase una ducha de semejante tamaño cuando reformó el baño, en un principio le había parecido un desperdicio de espacio, pero ahora

todo un mundo de posibilidades se abría ante sus ojos. Intentó no hacer ruido, pero al abrir la puerta de cristal su niña debió de percibir la diferencia de temperatura y abrió los ojos. Mel se quedó sin aliento al ver el espectáculo que tenía ante sus ojos, el cuerpo de Carlos apenas le permitía ver nada más, era enorme, tan alto, musculado y estaba totalmente excitado. Tragó saliva, la noche anterior no había podido percibir a Carlos en toda su plenitud y ahora que podía hacerlo, estaba tan nerviosa que no sabía dónde debía mirar. Carlos fue consciente de que Mel había comenzado a temblar ante su presencia y no estaba muy seguro de si eso era bueno o malo porque no podía ver sus ojos, de repente, Mel parecía encontrar más interesante el suelo de la ducha. Carlos la sostuvo por la barbilla y la obligó a alzar el rostro, sus ojos estaban oscuros y muy grandes, con el pulgar acarició su labio inferior estirándolo con suavidad.

—¿Por qué tiemblas?

—Estoy nerviosa —Mel se encogió de hombros, era más fácil responderle eso que reconocer que lo que sentía era una extraña mezcla de excitación e intimidación que le provocaba un temblor que no era capaz de controlar.

Carlos quería saber más y la tomó de las manos mientras se movía para colocarse él bajo el impacto del chorro del agua y así poder ver su rostro con claridad.

—¿Por qué estás nerviosa?

De nuevo Mel le ofreció un encogimiento de hombros y Carlos tuvo la repuesta que necesitaba en forma de dientes blancos mordiendo su labio inferior. Le produjo mucha ternura verla, toda mojada, nerviosa y juraría que también excitada.

—Ven aquí —Le dijo tirando de sus manos hasta casi pegarla a su pecho. Satisfecho, la rodeó por la cintura y la besó en la frente —Aquí estamos solos, tú y yo, no tienes por qué estar nerviosa.

Pues por eso estaba nerviosa, estaban solos y no lo habían estado desde las palabras pronunciadas aquella tarde cada uno con un gemelo en brazos, además, por si eso no era suficiente, Mel aún no estaba acostumbrada a la intimidad con Carlos, a estar desnuda junto a él, a verlo excitado, a excitarse por verlo excitado, por no mencionar el estupor que le provocaba saberse deseada por aquel modelo de hombre, en lo físico y en lo sentimental. ¿Qué era lo que había hecho ella para tener la suerte de tenerlo en su vida? Mel volvía a morderse el labio y la erección de Carlos explotaría en cualquier momento si pronto no eran sus labios los que mordisqueaban aquellas mullidas frambuesas. La sostuvo por

la nuca y echándole la cabeza hacia atrás disfrutó del manjar. Carlos se vio sorprendido por la respuesta de Mel quien, lejos de retraerse, se entregó totalmente al beso permitiendo más pronto de lo que había previsto que sus lenguas se encontrasen para lamerse con avaricia. Las manos de Carlos viajaron hasta las nalgas de Mel y allí las masajeó y, con un suave apretón, empujó a Mel contra su erección. Mel sentía la abultada protuberancia contra su vientre, estaba encerrada entre los fuertes brazos de Carlos y sus pechos recibían las gotitas de agua tibia que resbalaban por su torso. Carlos gimió, Mel gimió y ninguno supo quién lo hizo primero.

—Te deseo Mel —susurró Carlos sobre sus labios —Cariño... ¿Estás muy dolorida?

Mel sentía una ligera molestia pero ni loca iba a reconocerla, Carlos, tan protector con ella, no iba a hacerle el amor si sabía de ese malestar y Mel no deseaba otra cosa que sentirlo de nuevo dentro de ella, necesitaba disfrutar de nuevo de la liberación de toda aquella energía y necesitaba apartar de su mente los turbios pensamientos sobre su situación que le rondaban por la mente. Se apartó apenas un milímetro de sus labios y le respondió negando con la cabeza,

—No. Yo también quiero.

—Cariño... —Carlos presentaba su sonrisa más seductora —Una ducha rapidita y te llevo a la cama... te necesito.

—¿De verdad? —preguntó Mel sorprendida.

—Mel... aún no te lo crees... —la regañó con dulzura —Voy a decírtelo hasta que te convenzas de que eres la preciosa niña de mis ojos.

Carlos no se demoró mucho con el fresco gel de limón y menta porque las pequeñas manos de Mel no se estaban quietas mientras él la enjabonaba con delicadeza pasando casi de puntillas sobre sus partes golpeadas, no, las pequeñas manos de Mel acariciaban su pecho enjabonado, su costado, su vientre que se contraía con la delicadeza de aquellos dedos y a punto estuvo de alzarla en brazos y tomarla contra la pared de la ducha cuando una atrevida Mel lavó su miembro con exquisito cuidado. Por suerte pudo controlarse ya que su niña no estaba preparada para hacer el amor de esa manera, estaba seguro de que le había ocultado alguna molestia y justo porque era consciente de ello, no iba a follársela contra la pared, iba a llevársela a la cama. La tomó en brazos tras envolverla en una toalla y se dirigió al dormitorio rogando poder controlar la intensidad con la que la deseaba. Mel estaba segura de que estaban dejando toda la casa perdida porque ambos estaban aún empapados por la ducha pero no se atrevió a

advertirlo porque Carlos lucía una expresión firme en su rostro, parecía tener un objetivo claro en su mente y parecía determinado a arrollar cualquier obstáculo que se presentase en su camino. La cama era el objetivo evidente, con las sábanas sin arreglar tras la siesta con los gemelos, Mel se vio depositada en ella con dulzura y casi en el momento en el que su espalda tocó el colchón, el cuerpo de Carlos se cernió sobre ella y su boca se vio asaltada por unos labios, firmes y avariciosos que parecían querer transmitir la intensidad con la que era deseada. Mel no podía dudarlo, aquella desbordante excitación no podía fingirse y además era tremendamente contagiosa porque ella estaba presa de un frenesí por repetir todas y cada una de las sensaciones de su primera vez. Carlos estaba hambriento de Mel, sus labios y su lengua parecían no abarcar lo suficiente para saborearla todo lo que deseaba, sus bíceps estaban comenzando a temblar por el esfuerzo de sostenerse sobre sus brazos para evitar aplastar su magullado cuerpo y, de nuevo, Mel volvió a sorprenderlo como había hecho en la ducha, la dueña de su corazón abrió sus piernas y elevó sus caderas buscando su miembro, a éste no le hacían falta más estímulos y Carlos supo que había perdido la cordura cuando se percató de que ya estaba dentro de Mel sin haber averiguado antes si ésta estaba preparada para recibirlo, se había saltado todos y cada uno de los preliminares, todo el juego de tentar y excitar y no era justo, Mel no había tenido una primera vez muy romántica, esta segunda vez estaba siendo un aquí te pillo aquí te mato y Carlos no entendía el porqué no era capaz de construir para Mel algo especial, recuperó parte de su aplomo para verificar que al rostro de Mel no asomase ningún gesto de dolor, se maldijo y se detuvo a medio camino cuando la vio tensarse apretando los dientes.

—Cariño... voy a parar... te duele...

Mel negó moviendo a ambos lados su cabeza en el colchón y, sabiendo que las palabras no serían suficientes las acompañó de un gesto inequívoco, elevó más sus caderas para impedir que Carlos saliese de ella.

—No... por favor... sólo ha sido un momento... te necesito... por favor...

Carlos claudicó ante la mirada suplicante y sin apartar la mirada de sus ojos prosiguió su camino hasta el final, una vez allí se detuvo para evaluar la situación. Mel presentaba los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos y acababa de emitir una especie de gemido suspiro cuando él se detuvo. Ya estaba, Mel había conseguido no sin cierta incomodidad acomodarlo en su interior, era una sensación maravillosa y al notar que el familiar movimiento de vaivén no comenzaba, abrió los ojos para ver lo que sucedía, El océano azul estaba pendiente de sus reacciones, lo vio tenso, los músculos de su cuello parecían al

límite de su resistencia y tenía la mandíbula apretada, estaba conteniéndose y Mel no quería eso, quería que Carlos diese rienda libre a sus instintos y así liberar los suyos inexpertos, entonces le sonrió con dulzura.

—Te necesito... necesito sentirme bien de nuevo...

Carlos suspiró aliviado totalmente encandilado con la blanca sonrisa enmarcada por los labios frambuesa y las palabras de Mel elevaron a un punto casi doloroso su excitación. Era increíble lo receptiva que era, una vez superado el pudor inicial, Mel, sin ninguna experiencia no dudaba en pedirle lo que necesitaba y eso era algo maravilloso para un hombre tan dispuesto a dar como él, se sentía afortunado por tenerla con él, por saber que aquella enana iba a ser una excelente compañera de cama y su corazón dio un nuevo vuelco, se trataba del enésimo vuelco que Mel provocaba en apenas una semana, se estaba convirtiendo en una parte importante de su vida ¿La más importante? Carlos se negó a responderse y se dispuso a hacer lo que Mel le había pedido, comenzó a moverse lentamente en su interior, estaba muy resbaladiza y cuando la vio cerrar los ojos y mover su cabeza de un lado a otro gimiendo para tomar aire supo que podía aumentar el ritmo y desechar sus reservas iniciales. El ritmo que Carlos imprimía a sus embestidas, aumentado la velocidad constantemente, estaba haciendo que Mel perdiese el control, sabía que el tacto podía excitar, sabía que los labios de Carlos eran capaces de provocar escalofríos en cualquier parte de su cuerpo, lo que no imaginaba Mel era que el sentido de la vista fuese capaz de aumentar su excitación, la simple contemplación del cuerpo de Carlos, ondulándose sobre ella con cada movimiento, sus músculos húmedos y crispados, su cabello revuelto y sus ojos azules oscurecidos por el deseo eran capaces de elevar su excitación hasta el punto de encontrarse elevando las caderas de manera desenfrenada buscando liberar el orgasmo que sentía crecer en el vértice de su ser. Mel ya estaba al borde del orgasmo y Carlos no podía creer que tan sólo con su miembro y, sin apenas haber acariciado su cuerpo, su enana estuviese ya punto de romperse quebrándolo a él con la prieta humedad que lo rodeaba, gimió desesperado porque sabía que en unos segundos iba a desbordarse y así se lo hizo saber a Mel.

—Mel... ven conmigo... cariño... voy a correrme ya...

Las palabras de Carlos la catapultaron al orgasmo y Mel cerró los ojos y dejó la mente en blanco mientras los escalofríos la estremecían, gimió y elevó sus caderas mientras su interior se apretaba y se retorció liberándose. Apenas había comenzado a descender la intensidad de su orgasmo cuando las palabras de Carlos la hicieron despertar de golpe de su limbo. Abrió los ojos al tiempo

que sintió que una tibia humedad recorría su vientre.

—Joder... —Carlos tenía los labios apretados y un sudor frío recorría su cuerpo mientras con una mano sostenía su miembro que derramaba su semilla sobre la piel de Mel. Un escalofrío final lo recorrió y se apresuró a tumbarse arrastrando a su niña con él. La besó en la frente y comprobó que Mel estaba desconcertada, aún no era consciente del riesgo que acababan de correr, la pasión lo había cegado y lo había hecho olvidar el arsenal de condones que guardaba en el cajón superior de su mesilla, por fortuna, el Dios de los hombres precavidos había acudido en su auxilio segundos antes de sus orgasmo. Nunca más, se dijo, no podía olvidarlo, nunca. No podía traicionar la confianza de Mel corriendo riesgos innecesarios —Lo siento .... ovidé el condón...

—Oh... —Mel abrió los ojos asombrada al ser consciente del riesgo que Carlos había evitado en el último momento, también fue consciente de que no era justo culparlo sólo a él, no sólo era él el que debía ser responsable —Lo siento... no pensé en ello...

—Mel... —Carlos la sostuvo por la mejilla —No te preocupes cariño... lo cierto es que me has vuelto loco de deseo en la ducha y lo único que quería es estar dentro de tí lo antes posible. Ha sido increíble sentirte piel con piel pero... enana... no puede volver a suceder ¿verdad?

Ahora Mel era consciente de que ella también había notado la diferencia, la sensación de sentirlo sin barreras era distinta, más pura, más carnal, más sensual pero no... no podía volver a suceder, no podía ser una mujer irresponsable. No era el momento y negó apesadumbrada con la cabeza.

—¡Eh! Mel... no te disgustes cariño... —Carlos la besó con ternura en los labios, en el fondo hubiese deseado otra respuesta pero eso hubiese supuesto una huida de su realidad y él no era de los que huía —Mel... lo sé ¿vale?... no es tu momento todavía... Te prometo que no volverá a suceder. Te quiero Mel, ya te lo he dicho esta tarde, no quiero hacerte daño.

Mel no pudo responder, tenía de nuevo un estúpido nudo en la garganta que le impedía hablar, sintió que una lágrima estaba a punto de desbordarse y se escondió como una cobarde en el pecho de Carlos para evitar que éste la viese llorar.

—Te quiero —Mel le susurró a los rizos rubios que le hacían cosquillas en la nariz.

Carlos sabía que Mel estaba emocionada, la sentía sorber la nariz que tenía enterrada en su pecho y suponía que alguna que otra lágrima se le estaba



escapando. Era demasiada presión la que estaba soportando aquella mujer en las últimas semanas y él era consciente de que cualquier pequeña emoción podía desbordar la presa. Optó por abrazarla y dejar el asunto correr, no era el momento de volver a sacar a relucir todo lo que Mel tenía encima. Debieron transcurrir unos minutos cuando el timbre del teléfono volvió a vulnerar su momento de intimidad, ahogando una maldición por la interrupción, alargó el brazo y se sentó en la cama al ver quién llamaba.

—Lola... ¡Que sorpresa! ¿Cómo te va?

Mel también se sentó al saber la identidad del interlocutor de Carlos, nada más y nada menos que su ex cuñada, la única mujer que le había hecho sentir parte de algo en los últimos años. Carlos respondía a Lola con parquedad, casi con monosílabos y Mel no fue capaz de averiguar cuál era el motivo de la llamada, se puso nerviosa al recordar al marido de Lola explicándole Carlos los motivos por los que ella no era una buena influencia en su vida, tal vez Héctor hubiese convencido a su esposa con sus argumentos y ahora también ella estuviese presionando a su amigo. No le quedó más remedio que esperar a que Carlos se despidiese con mucho cariño de Lola, fue entonces cuando volvió a confiar en la bella mujer que durante un tiempo había sido su familia.

—Era Lola —Le anticipó Carlos mientras analizaba a toda velocidad las implicaciones de aquella conversación en la que Lola había abandonado su timidez para, por primera vez desde que Carlos la conocía, llevar el mando de la conversación.

—Lo sé, te he oído ¿Lola está bien? ¿Están bien sus bebés?

—¿Te preocupa Lola? —Mel tenía suficientes preocupaciones en la cabeza como para añadir alguna más al montón, Carlos quería que se preocupase sólo lo justo y necesario porque los ojos enrojecidos que le devolvían la mirada lo estaban matando.

Mel tomó aire antes de responder.

—Me preocupa ser un factor discordante en su matrimonio, me preocupa que tenga problemas con su marido por mi culpa... odiaría que él la convenciese de que no soy buena para tí.

—Shh... enana... para el carro —Carlos la silenció colocando un dedo sobre sus labios —Tú eres la persona menos discordante que he conocido en mi vida. No quiero que te preocupes por lo que ellos puedan decir a los demás de tí. A mí no van a convencerme, eres la preciosa niña de mis ojos —Mel volvía a tener los ojos brillantes —No te preocupes por Lola, ella te conoce de verdad, la

llamada no iba de eso.

—¿Seguro? —Mel odiaba que su voz temblase.

—Completamente, Lola quiere pasar a buscarte mañana, dice que le gustaría pasar la mañana contigo, invitarte a dar una vuelta y comer por ahí. Le he dicho que lo hablaría contigo y que luego le respondería, al parecer, lleva desde ayer llamándote al móvil.

—Está en el apartamento, con todas mis cosas... ni siquiera tengo aquí mi documentación.

Carlos cortó de raíz la posibilidad de que Mel se plantease regresar al apartamento.

—Iremos a buscarlas. Siento no haberlo pensado antes en ello, hablaré con Jaime mañana a primera hora..

Mel asintió conforme, le gustaría tener su ordenador y su ropa, por supuesto también su teléfono por si recibía alguna llamada y, por primera vez pensó en que tal vez Lola no quisiese que ella volviera a su apartamento.

—Gracias, creo que sería lo correcto.

—¿Y bien? Entonces... ¿Qué le digo a Lola?

Mel se mordió el labio indecisa, se moría por pasar una mañana con Lola, necesitaba una nueva perspectiva sobre todo lo que le estaba sucediendo. Necesitaba una amiga pero había dos cuestiones que le preocupaban, la primera era la misma que hacía unos minutos, temía que el hecho de que Lola se viese con ella pudiera crear un conflicto en su matrimonio, luego estaba el problema de la seguridad, llevaba dos días sin salir de casa y había prestado atención a la conversación que Carlos y Jaime habían mantenido sobre la conveniencia de que Mel estuviese vigilada.

—Mel cariño... —Carlos introdujo el pulgar entre sus labios evitando que Mel siguiese mordiéndoselo —No tienes que ir si no quieres.

—Sí quiero ir —Se apresuró a responder.

—Entonces... ¿Cuál es el problema Mel?

—Tengo miedo a que Lola tenga un problema con su marido por mi culpa y tengo miedo a que vuelvan esos hombres y le hagan daño a Lola por estar conmigo.

Carlos, sobrecogido por las palabras de de su chica, maldecía por no poder ser en aquellos momentos el caballero que matase al dragón que atormentaba a la princesa. La tomó de una mano y se la besó.

—Ven aquí cariño... —Carlos la ayudó a acomodarse entre sus piernas. Le gustó que Mel no dudase en buscar refugio en sus brazos y el corazón el dio un nuevo vuelco cuando la sintió acurrucada contra sus pecho, desnuda, vulnerable y temerosa. La besó en la sien —A ver... si Lola quiere verte, Héctor no va a impedirlo, podrá gustarle más o menos pero quiere demasiado a su mujer como para disgustarla, Lola es su vida. Por otro lado Mel, te honra tu preocupación por la seguridad de Lola pero dime... mi niña... ¿Qué pasa contigo? ¿Acaso no temes por ti?

Mel sí temía pero se encogió de hombros y, sin ser del todo consciente, la pena que había procurado enterrar afloró en sus palabras.

—Ella está embarazada, tiene familia, no quiero que nada malo le pase a sus bebés.

Carlos sufriría un infarto si su corazón no dejaba de ir de vuelco en vuelco, un nudo parecía querer atorar su garganta y tragó saliva para deshacerlo antes de que creciera y le impidiese hablar. Acarició su espalda desnuda teniendo especial cuidado cuando su mano rozaba alguna magulladura.

—Cariño... eso está muy bien, yo no quiero que le suceda nada malo ni a Lola ni a sus bebés. Tú también eres importante para mí, Mel... yo tampoco quiero que te pase nada a tí... me partes el alma cuando hablas así, como si estuvieras sola en el mundo cuando...

—Es que es lo que he vivido desde hace mucho... tú no lo entiendes, tú tienes a tu madre, a tu padre, tienes hermanas, tienes unos amigos que te quieren y tienes dos preciosos sobrinos... tú nunca estás solo... yo no he vivido eso... es justo al revés... ¿no lo ves? tú nunca estás solo... cuando mis abuelos se fueron yo siempre estaba sola... yo no... —Mel no quería desnudarse tanto pero el freno a sus pensamientos había desaparecido por completo y lo que había jurado no revelar jamás salió a la luz —Nunca nadie me ha dicho que me quería, jamás, nunca...

¡Joder! Pensó Carlos... ¡Jodida vida! Él había sido criado sabiéndose querido y, lo que era igual de importante, escuchándolo a diario. No daba crédito a las palabras de Mel, no podía ser cierto que ni sus abuelos ni su hermano, por muy hijoputa que fuera, le hubiesen dicho nunca esas palabras.

—¿Tus abuelos?...

Mel negó con la cabeza.

—No. No eran así, eran rígidos, encorsetados... no sé cómo explicarlo... los sentimientos... de eso no se hablaba... supongo que también piensas en mi

hermano... pero tampoco... —Mel estaba avergonzada pero levantó la mirada y la fijó en los ojos azul del océano que la miraban con pesar, volvió a encogerse de hombros —Ya ves... tú has sido el primero en muchas cosas.

Y el último, pensó Carlos, iba a ser el primer hombre para ella y también iba a ser el último hombre para Mel. Recordó las dos veces que le había tenido que explicar a sus amigas, primero Helena y luego Lola, lo que significaban aquellas palabras para los tres, Jack las había dicho una sola vez y había sido a Helena, luego Héctor hizo lo propio con Lola y el último en pronunciarlas había sido él, sin embargo, prefirió que Mel no supiese el significado, no quería que huyese asustada sabiendo que su futuro con él ya estaba escrito.

—Pues cariño... te prometo que vas a oírlo lo suficiente como para no olvidarlo... pero no tanto como para que se pierda todo su significado.

Mel le sonrió con timidez y Carlos le devolvió su sonrisa más seductora. La besó con dulzura en los labios, la deseaba de nuevo pero tendría que conformarse, por esa noche su miembro no volvería a estar dentro de Mel, su bienestar era lo primero, la besó en la punta de la nariz para calmar la pasión que parecía descontrolarse entre ellos cada vez que se besaban.

—Llamaré a Lola para decirle que aceptas su invitación. No me preocupa vuestra seguridad Mel, estoy seguro de que Gus os acompañará toda la mañana.

—¿Quién es Gus?

—Gus es Gus, aún no lo tengo del todo claro pero es algo más que un guardaespaldas que trabaja para Héctor.

Mel abrió los ojos asombrada.

—¿Guardaespaldas? Eso suena muy... muy...

—Muy Héctor Mel... muy Héctor... Gus es un buen tipo, no debes temerle.

Tras concretar los detalles con Lola, Carlos la acompañó a la ducha, con mucha ternura eliminó los restos de su orgasmo del vientre de Mel y, de nuevo volvieron a la cama. Mel estaba muy cansada y Carlos preparó para ambos un cuenco con unos jugosos fresones con yogur, esa fue su cena. Tras asegurarse de que Mel no olvidaba su medicación, Carlos apagó las luces y la tomó de la mano, mientras la respiración de Mel se volvía suave y acompasada pensó en Jaime, no había tenido noticias suyas y el jueves era el día clave para Mel. De lo que la policía decidiese hacer iban a depender muchas cosas así que, en cierto modo, le venía bien que Mel comiese con Lola ya que no dudaba que, tras el juicio que tenía a media mañana, Jaime lo visitaría en su despacho.

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 12

*“Una de las más bellas cualidades de la amistad es entender y ser entendido.”*

*Séneca*

Carlos, apoyado en el umbral de la puerta del dormitorio, observaba cómo Mel se mordía el labio tratando de elegir un vestido adecuado para aquella mañana. La sabía tremendamente nerviosa y no había sido capaz de conseguir que descansase un ratito más mientras él se preparaba para trabajar, la enana se había negado en rotundo desapareciendo en el baño, Carlos había bajado a preparar el desayuno mientras Mel se duchaba, una vez lo tuvo listo la llamó para avisarla pero no recibió respuesta, entonces decidió subir para comprobar que Mel estaba bien y así se la había encontrado. Las vistas eran muy agradables, Mel le daba la espalda, se había vestido con un delicado conjunto de lencería verde agua, la braguita de encaje cubría su delicioso y redondo trasero, los tirantes del sujetador, también de encaje, no rozaban la magulladura del hombro, en cambio el cierre encajaba a la perfección con la zona más oscura del golpe central de su espalda. Se acercó sigiloso y sonrió cuando Mel dio un respingo al ver su reflejo en el espejo del armario, Carlos alargó los brazos y la sostuvo por la cintura agachándose para depositar un beso en su hombro.

—Estás muy bonita con este conjunto ¿Estás segura de que quieres ponerte algo encima?

Mel elevó los ojos al cielo con una sonrisa, el incombustible sentido del humor de Carlos era un bálsamo para sus nervios. Le encantaba esa faceta suya que estaba empezando a conocer y le sentaba muy bien tener que agudizar su mente para buscar una respuesta apropiada a sus pullas.

—¿Estás tú seguro de que quieres que salga así a la calle? —Mel no pudo evitar una carcajada ante la expresión contrariada de Carlos.

¡Buena respuesta! Pensó Carlos, contento de que Mel aceptase gustosa su juego inocente ¡Punto para la dama! Carlos nunca había sido celoso, tampoco nunca había tenido ningún motivo para serlo, en su mente se representó la imagen de su amigo Héctor gruñendo a diestro siniestro cuando alguien, sin ir más lejos él mismo, abrazaba a Lola. El imaginar la situación al revés le hizo fruncir el ceño, estiró el brazo por delante de Mel y escogió el vestido azul marino con el que su niña había abandonado el hospital.

—Éste —Le dijo al tiempo que se lo daba —Estabas preciosa con él —

Volvió a posar las manos en su cintura y la obligó a girarse, los ojos de Mel lo miraban divertidos pero a él no le estaba haciendo demasiada gracia —Si hace una semana alguien me dice que iba a convertirme en un novio celoso... me reiría en su cara.

—¿Eres celoso? —A Mel se le aceleraba un poquito el corazón cada vez que Carlos se refería a ellos como pareja, sin embargo, sabía que los celos podían ser destructivos si se llevaban demasiado lejos, por eso estuvo muy atenta a la respuesta de su todo.

—No. Creo que no. Creo que nunca voy a llegar al extremo de soltar gruñidos como hace Héctor cuando alguien besa a Lola, sin embargo... —Carlos abarcó con las palmas de sus manos el trasero de Mel atrayéndola hacia él —me gustaría que esta imagen fuese sólo para mis ojos.

Mel elevó la mirada y se topó con que los ojos del océano la miraban con infinita ternura, no sabía muy bien cómo responderle porque dudaba mucho de que Carlos se sintiese inseguro, era guapísimo, era una buena persona y tenía una familia preciosa.

—Nunca nadie me había visto así, como me ves tú —Esperaba que Carlos fuese lo suficientemente perspicaz para percatarse del doble sentido de sus palabras, no hablaba de su físico, hablaba de todo su ser —No soy de las que se enseñan por ahí.

—Lo sé —Carlos acarició sus brazos lentamente creyendo saber lo que Mel quería decirle —La preciosa niña de mis ojos... gracias por permitir que yo vea en tí.

—Es que no es que yo lo haya permitido —Le confesó Mel —Ya te lo he dicho, no soy de las que se enseñan, soy discreta y aún estoy sorprendida de lo que tú haces conmigo.

Carlos tenía la respuesta en la punta de la lengua “Niña... hago muchas cosas contigo”, afortunadamente frenó su humor, no era el momento.

—Cariño... y yo también estoy sorprendido de lo que tú haces conmigo — Carlos acarició la zona magullada de su espalda donde descansaba el cierre del sujetador —¿Te molesta? El resto de los golpes parecen ir mejor pero éste...

—Es horrible... no lo veo pero lo sé. Me duele a veces, los de la cara también son muy feos pero ya molestan menos... los de las piernas así, así... ¡Dios mío Carlos! ¿Cómo puedo gustarte?

Carlos sabía que Mel no buscaba un cumplido, realmente no lo entendía y, francamente, él tampoco podía explicarlo.

—Pues lo haces Mel, me gustas, me gustas mucho —Carlos la sostuvo por la barbilla y la besó con dulzura —No lo analices tanto Mel, me gustas, te deseo, quiero protegerte y me gustaría darle una paliza a los que te han hecho esto...

A Mel no le gustaron las últimas palabras de Carlos y lo abrazó con fuerza refugiándose en su pecho.

—No me asustes, por favor... no hables de peleas y palizas... Tú no eres así...

Carlos le acarició la espalda con mucho cuidado ¡Y una mierda no era así! Sabía usar los puños y no rehuía un cuerpo a cuerpo aunque, tras lo sucedido con Lola, entendía a la perfección el razonamiento de Mel, pero también entendía mejor las reacciones de Héctor con Juan, por lo menos él había podido romperle la nariz a aquel hijoputa. Frunció el ceño cuando su mano se posó en el cierre del sujetador.

—Nena... no me gusta que esa cosa te apriete el golpe...

—No lo hace. De hecho, este es el que menos me molesta, me he probado todos los que Helena me trajo... creo que, si puedo recoger hoy mis cosas, me compraré un par de ellos iguales. ¿Crees que podré ir al apartamento?

—Llamaré a Jaime mientras desayunamos... —Carlos no quiso cometer el mismo error que Jack y Héctor con el tema del dinero. Iba a tragarse su orgullo de macho alfa por un bien mayor, ganarse la confianza de Mel, ella había dejado claro el tema y él debía respetarlo.

—Gracias —Mel se puso de puntillas tratando de alcanzar la mejilla de Carlos. No llegó ni al cuello. Sabía que Carlos estaba deseando decirle que él pagaría sus gastos y decía mucho de él que no tratase de imponerle sus deseos.

—No tienes que agradecermelo Mel —Carlos la alzó en brazos hasta que sus bocas estuvieron a la altura, entonces la besó.

—Sí debo y sí lo hago —Mel acarició los mechones rebeldes de su nuca — Sé que preferirías pagarlo tú todo pero me alegro que respetes lo que yo quiero, supongo que no es fácil para tí...

—Mel... —Carlos la dejó en el suelo y la ayudó a ponerse el vestido, tenerla desnuda en sus brazos había puesto a su miembro en alerta, necesitaba tapar un poco aquellas pequeñas curvas —Necesitas tiempo, lo entiendo y espero poder dártelo, aunque te advierto que tal vez no lo consiga —Carlos estaba detectando una creciente ansiedad interior por acelerar las cosas con Mel.

Mel no pudo responderle porque el timbre de la puerta sonó. Lola había llegado a buscarla. Carlos se adelantó a recibir a Lola mientras ella terminaba de



arreglarse, sólo le dio tiempo a perfumarse y a hacer su eterna coleta, nada de cosméticos, ni de coña iba a ser capaz de disimular la magulladura de su cara así que, se encogió de hombros y, tras una última mirada al espejo, tomó aire para calmar sus nervios y comenzó a bajar las escaleras. Un murmullo de conversación le llegaba desde la cocina, distinguía la voz suave de Lola y otra mucho más grave y profunda, no recordaba bien el tono de voz de Héctor pero ojalá no fuese él el que acompañase a Lola. Mel no necesitaba añadir una tensión adicional al reencuentro con su ex cuñada, no dudaba de que Lola la iba a recibir con cariño y eso era justo lo que Mel había ido a buscar cuando visitó su peluquería buscando su consejo. Se detuvo en el último peldaño, aún no conocía toda la casa y había estado en la cocina aunque apenas había prestado atención a los detalles. Desde allí revisó el recibidor, era sencillo y funcional, una consola blanca de líneas rectas coronada por un impresionante espejo con la moldura dorada, ajada, antigua, En la consola también había una lámpara estilo Tiffany's de colores vibrantes que le daban mucha alegría al resto de los sobrios objetos que la acompañaban, un vaciabolillos de cuero oscuro y un conjunto de tres jarrones de cristal labrado, sin flores. Mel frunció el ceño, estaban pidiendo flores a gritos pero comprendía que Carlos no estuviese pendiente de aquel detalle. Al lado de la consola también había un paraguero antiguo y a Mel se le puso un nudo en la garganta cuando distinguió entre los paraguas un bastón prácticamente idéntico al que usaba su abuelo, era antiguo, de madera oscura y empuñadura de bronce plateado en forma de perro. Sintió un escalofrío al recordarse en infinidad de ocasiones sentada sobre las enclenques rodillas de su abuelo mientras tocaba una y otra vez la fría empuñadura que poco a poco y a consecuencia del roce se iba calentando. Le parecía estar escuchando la voz de su abuelo explicándole que algún día heredaría aquel bastón igual que él lo había heredado de su padre. La realidad la volvió a golpear, no había bastón, también le habían usurpado ese recuerdo. Juan se lo había llevado todo por delante, fotos, objetos personales y, como penúltimo golpe, se había llevado la mitad de su identidad. No podía pensar en eso ahora o se vendría abajo, las dudas minarían su ya precaria estabilidad y la necesitaba para enfrentarse a Héctor, si es que era Héctor el que estaba en la cocina de Carlos. Mel levantó al vista y escudriñó a través del espejo, además de su reflejo, su posición le permitía ver la mitad de la cocina, Carlos tomaba el café apoyado con displicencia en la encimera, podía distinguir la campana de acero inoxidable, el color miel de la encimera de pino que contrastaba con el blanco mate de las alacenas de madera, de nuevo estilo rústico, estaba claro que a Carlos y a su hermana Marta les gustaba ese estilo tan

nórdico, Mel también encajaba en él porque no resultaba apabullante ni excesivo, recordaba perfectamente que la mesa de la cocina era muy moderna, redonda y de cristal translúcido, en cambio, las sillas tenían asientos de piel blanca y patas color miel. Le había sorprendido el enorme frutero en forma de gran cuenco de madera que estaba repleto de todo tipo fruta que llenaba de color la cocina, naranjas, kiwis, manzanas rojas, peras, plátanos... Otro punto en común, a Mel le encantaba la comida sana y la fruta, huía como de la peste de cualquier cosa precocinada, bollería industrial y grasas innecesarias, en cambio adoraba el pan, el pan de siempre, el tradicional, el de pueblo y disfrutaba con una buena tostada, dulce al desayuno y a la cena salada. En una de las sillas podía distinguir a Lola, tan guapa como siempre, su pelo rubio, muy liso, brillante y perfectamente peinado contrastaría con su vulgar coleta, sintió una punzada de culpabilidad por no esforzarse un poco más en mejorar su aspecto. Por supuesto que Lola estaba maquillada, como siempre, de manera discreta pero realzando sus preciosos ojos azules. Llevaba un vestido sin mangas verde, de escote barco y falda de vuelo, sencillo pero elegante, Lola en estado puro, no le hacía falta mucho más, adornaba su cuello con una gargantilla de eslabones de carey y no llevaba pendientes, en su brazo brillaba un reloj dorado y un brazalete que hacía juego con el collar, sólo uno de sus dedos estaba adornado, lucía el anillo de pedida que Mel ya le había visto en su reencuentro, pero ahora estaba acompañado de una bonita alianza llena de pequeñas piedras brillantes, suponía que eran diamantes, eso es lo que era apropiado para aquella mujer, diamantes, ella era un diamante de persona, dulce, cariñosa y parecía que los dioses por fin se habían puesto de acuerdo en coronar tanta perfección con un hombre a su altura y con unos bebés que, sin duda, serían tan guapos como sus papás. Mel revisó sus brazos, no lucían pulseras, en algunas zonas se alternaban los colores morado, verde y negro de los golpes, tampoco había reloj, sus dedos estaban desnudos y las uñas estaban sin arreglar, rectas, cortas y funcionales. No le hacía falta girar la cabeza para ver sus lóbulos vacíos y, por tanto, su rostro apagado y vulgar. Por lo menos no lucía sus vaqueros gastados con una de las camisetas básicas que eran las protagonistas de su vestidor. La generosidad de Helena le había salvado la vida, diez vestidos iban a ayudarla a no avergonzarse de su aspecto y se propuso pedirle a Lola consejo para comprar algunas piezas que completasen su armario, tal vez algún bolso, algún tacón, tal vez un corte de pelo... Carlos había dicho que estaba bien usar ese dinero, el juez no había dicho nada, su todo sabía de eso y, en todo caso, imaginaba que lo peor que le podía pasar era que le ordenasen devolver lo gastado. No cabía duda de que tenía que

mejorar su aspecto, tenía que encontrar un trabajo, tampoco quería pensar en eso ahora, le ponía nerviosa el hecho de imaginar el conflicto con Carlos cuando le anunciase que no iba a firmar ese contrato. Ahora no podía pensar en eso porque, por primera vez en años, estaba preocupada y algo avergonzada de su aspecto, estaba muy bien eso de no mostrarse pero... esa excusa había bastado antes de Carlos y antes de volver a sentir sobre su piel el delicado encaje de la lencería y la suave tela del vestido azul marino. Mel estaba segura de que en cuanto entrase en la cocina Carlos se daría cuenta de su error, ella no podía ser la preciosa niña de sus ojos. Se le puso un nudo en la garganta y se dijo que no importaba el envoltorio, su interior estaba bien, era lo de dentro lo que contaba. ¡Mentira cochina! Tuvo que reconocer que su interior tampoco estaba bien, ¿Cómo iba a estar bien si no tenía ni pajolera idea de quién era la mitad que le devolvía la mirada en el espejo? ¿Quién eres? Recordó sus sueño. ¡No los sé! Se gritó mentalmente a sí misma y se hizo una promesa que murmuró en voz muy bajita.

—No lo sé... pero voy a averiguarlo aunque la respuesta acabe conmigo.

Mel escudriñó el espejo intentando distinguir la identidad de la tercera persona que estaba en la cocina, la imaginaba apoyada en el aparador que Carlos tenía en el frente contrario al que ella podía ver. Era una pieza también antigua, una especie de taquillón restaurado y pintado de blanco envejecido con los pomos de las puertas en color bronce, allí Carlos tenía la cafetera, un hervidor de agua y un gran cuenco de cristal con un montón de cápsulas de distintos cafés, Mel también había visto una delicada caja de madera con infusiones. Por mucho que estiró su cuello no pudo distinguir figura alguna, así que se dijo que no tenía otra opción que ir a ciegas. Tomó aire, ¡Valor y al toro! Se animó, mientras abandonaba su puesto de vigilancia para dirigirse a la cocina. Una vez traspasó el umbral, Mel sólo tuvo ojos para Lola, era una cobarde, pero no quería ver que el arrepentimiento asomaba a los ojos de Carlos y tampoco quería ver el rictus duro de Héctor. El silencio se había hecho en la cocina y Mel temió que los nervios la traicionasen cuando notó que sus manos temblaban al alzarse para recibir el cálido abrazo de Lola que, con una gran sonrisa, se había levantado en cuanto la vio.

Lola hizo de tripas corazón cuando vio a Mel, los golpes desfiguraban su cara, los brazos también tenían moratones y no se atrevió a mirar sus piernas. Un escalofrío la recorrió y aquel monstruo de su cabeza al que ya había conseguido derrotar amenazó con volver, tan sólo fue un segundo pero para Lola fue suficiente, discretamente, hizo uso de todas y cada una de las técnicas que había aprendido en el psicólogo y consiguió volver a enterrarlo en su tumba. La vida

había sido tremendamente injusta con Mel, no merecía ni la mitad de lo que había sufrido, en cambio, Lola consideraba que no había en el mundo castigo suficiente para Juan, su exmarido. Extendió los brazos al tiempo que se acercaba a Mel y comprobó cómo las manos de su amiga, se negaba a llamarla ya ex cuñada, temblaban ligeramente. ¡Pobrecita! Pensó. La acogió entre sus brazos y suspiró agradecida cuando Mel se acurrucó en su pecho sin reservas.

—Hola Mel... Tenía muchas ganas de verte... ¿Estás preparada para una mañana de chicas? —Lola había tomado unas cuantas decisiones en cuestión de segundos, sabía de primera mano lo que necesitaba una mujer agredida y recordó lo mucho que sus stilletos rojos habían hecho por ella en su día.

Carlos nunca pensó que su corazón podía latir tan rápido. Había contenido el aliento al ver entrar a Mel en la cocina, de nuevo no sabía cómo cojones era posible pero había vuelto a percibirla. Nerviosa, incómoda, fuera de lugar. Por fortuna, Lola había sabido interrumpir el silencio que, sin haberlo previsto, se había hecho en la cocina. Agradecía el saber estar de su amiga porque a él le desconcertaba ver a Mel tan perdida, sobre todo después de lo que habían vivido juntos, la intimidación, las palabras... Los blancos dientes de Mel mordiendo de nuevo su labio inferior no lo ayudaban a aclarar qué estaba pasando por la linda cabeza de su niña. Tenía la sensación de que cuando Mel se quedaba a solas unos minutos su mente empezaba a funcionar a toda velocidad en la dirección equivocada y, el hecho de desconocer esa dirección, lo situaba en desventaja. No podía poner en práctica sus habilidades, no podía hablar, convencer, planificar... Carlos odiaba la incertidumbre, el estar quieto mientras las cosas sucedían delante de él así que cogió el vaso de zumo y los calmantes de Mel y se acercó.

—Mel cariño... tómate el zumo ¿Tostada?

Mel se deshizo del abrazo de Lola y asintió con la cabeza agradecida porque la interrupción le diese tiempo a ordenar sus pensamientos. Seguía sin mirar a Héctor, éste tampoco hacía notar su presencia y Mel lo prefería así.

Lola estaba emocionada, ahora sí que tenía un nudo en la garganta porque reconoció a Héctor en las palabras y en los gestos de Carlos, ni gritarlo a los cuatro vientos le hubiese dejado más claro los sentimientos de su amigo, estaba enamorado de Mel, muy enamorado, se atrevería a decir y Lola acababa de quitarse un gran peso de encima. No hubiese soportado que Mel fuese una conquista más, si Carlos estaba enamorado, todo iría bien, él no iba a permitir que Mel cayese más, estaba segura de que ya había emprendido la tarea de ser el soporte de Mel, tal y como lo había hecho con Helena y con ella misma. Con

Carlos todo iba bien, siempre sabía decir la palabra justa en el momento exacto, siempre parecía conocer lo que una mujer necesitaba. Carlos era de fiar, Carlos nunca fallaba y le auguraba a Mel una bonita historia de amor sin sobresaltos.

Mel se tomó las pastillas con el zumo y depositó el vaso en la encimera mientras veía a Carlos prepararle una gran tostada con mantequilla y mermelada de higos, estaba convirtiéndose en una de sus favoritas y eso que nunca la había probado antes. Ya no había excusas, debía responder a Lola, la miró a los ojos antes de responder, azules, azul claro, se sonrió mentalmente al comprobar que las dos personas más importantes en su vida compartían color de ojos.

—Hola Lola, yo también me alegro de verte. Primero quiero darte la enhorabuena, me han dicho que fuiste una novia preciosa.

—Ay... Mel... me siento tan culpable... no caí en invitarte a la boda... y sólo pensar que mientras yo estaba disfrutando de la fiesta tú... —Lola por fin había soltado el pensamiento que la llevaba carcomiendo desde el domingo, ella podía haber evitado la agresión si no hubiese estado tan nerviosa con el tema de la boda y los cambios en el negocio. Ahora veía como una descortesía su falta de tacto con Mel.

Mel abrió mucho los ojos y levantó la mano en un claro gesto que le indicase a Lola que debía de detener esa línea de pensamiento de inmediato.

—Basta. No. No digas eso por favor... —Mel se alegró de que su voz sonase firme —Yo no pintaba nada en tu boda, además, la única culpable de lo que ha pasado soy yo misma. Todo el mundo sabe que no se debe abrir la puerta sin mirar antes... así que... Lola no sigas por ahí. Me alegro de que hayas disfrutado de tu fiesta y espero que estés disfrutando de tu embarazo, debes cuidarte y sólo preocuparte por que tus bebés crezcan fuertes y sanos. Hasta yo sé lo que no le conviene a una embarazada.

Carlos estaba ojiplático viendo como Mel hablaba con un aplomo que, hasta ahora, le era desconocido. Parecía una madre reconviniendo a su hija. Era cien por cien sensatez y sentido común, muy alejado de la frivolidad con la que otra mujer hubiese tratado el tema y muy cerca de la practicidad y sencillez que parecían ser las premisas que habían regido la vida de Mel en los últimos años. Le gustaba. Le gustaba mucho. Preveía conversaciones muy interesantes entre los dos, Mel estaba revelándose cada día que pasaba como la compañera perfecta, inocente pero sin temer en la cama, razonable y sensata en lo cotidiano. Aún gustándole ese rasgo de su personalidad, también le reconocía una carencia, Carlos quería que Mel tuviese algo de fruslería en su vida, algo intrascendente,

un ligero baño de banalidad... lo que quería para ella era justo lo que Lola le había propuesto, una mañana de chicas, una mañana de risas bobas, de compras, de salón de belleza... Ojalá Lola percibiese lo mismo que él, ojalá ella pudiese llenar ese vacío en la vida de Mel.

—Ay Mel... aún así... —Lola no iba a bajarse de la burra tan pronto —Me incomoda el pensar que tal vez podríamos haber hecho más por ti.

—Venga Lola... —Mel estaba alucinando —Permíteme que te ponga en situación, soy la hermana de un hombre que te ha hecho daño, mucho daño, al parecer también ha hecho daño a tu mejor amiga. Es un hombre malo que ha traficado con sustancias dopantes y ¡Dios sabe con qué más! Llevabas casi dos años sin verme, me has acogido... —Mel tomó aire y se sintió enrojecer por lo que tenía que decir públicamente —Has puesto a Carlos en mi vida —Mel no se atrevió a mirarlo, la sensación de que Carlos iba a arrepentirse aún zumbaba en su cabeza como un molesto abejorro —Dime Lola, exactamente... ¿Qué más podías haber hecho por mí? Si hasta has enviado a tu amiga con un cargamento de ropa para mí... Lola en serio, quítate eso de la cabeza.

Lola se enjugó delicadamente sus ojos, no quería llorar pero, ver la gratitud reflejada en la cara golpeada de Mel era más de lo que sus hormonas de embarazada podían soportar, todo ello aderezado con el hecho de que Carlos había tardado nada y menos en sostener a Mel por las mejillas para plantarle en los labios un beso digno de una película romántica. Lola sabía que antes de hacerlo le había susurrado algo contra sus labios, no pudo escuchar el qué, pero había debido ser algo bonito porque los ojos de Mel se habían iluminado hasta brillar como dos soles.

Mel aceptó que Carlos la sostuviese por la cintura mostrándole su cariño mientras el “te quiero” susurrado en sus labios aún resonaba en su mente haciéndola sentir ridícula por sus anteriores pensamientos, nadie lo obligaba a decir esas palabras, hubiera bastado con un abrazo cariñoso y, sin embargo, Carlos las había vuelto a pronunciar, le daba algo de vértigo la velocidad a la que estaba transcurriendo todo pero no quería cambiarlo por una historia más lenta y más pausada. Con Carlos parecía hacerse realidad el dicho de cuánto más se tiene más se quiere, aunque para ella, ese más, aún era una imagen muy borrosa en el horizonte. Recordó la niebla, la niebla que le impedía ver el bosque en su sueño ¿Quién eres? La respuesta a esa pregunta era lo que iba a disipar la niebla, mientras tanto... Mel tenía que ir zanjando frentes abiertos, uno de ellos estaba en esa cocina a pesar de que ella aún no lo había visto. Mel se preguntaba qué estaría pensando Héctor sobre la escena que se estaba desarrollando delante de

sus narices, imaginó su gesto seco y su expresión dura. ¡Valor y al toro! Volvió a repetirse, el toro hoy era Héctor. Tomó aire y se volvió levantando la vista para enfrentarlo. Supuso que todos se percataron de su boca abierta por el asombro, no se había equivocado, había un hombre apoyado en la consola del café, pero aquel grandullón con corte de pelo militar y brazos tatuados cruzados sobre su pecho no era Héctor ¿Quién era aquel hombre que la miraba fijamente? Mel se sintió un poco identificada con su rostro, era un rostro corriente, del montón, todo un cambio respecto a los rostros bellos que la habían rodeado desde que volviera a visitar a Lola, todos ellos parecían bendecidos con el gen de la belleza, hasta Helena, tan bajita como ella era una preciosa mujer, en cambio, Mel y el desconocido hacían gala de sus ojos de un marrón común dentro de un rostro común, torció la cabeza analizando ese último pensamiento porque si bien el rostro del desconocido era común, su cuerpo no lo era. En el gimnasio de su hermano Mel había visto cuerpos musculados por doquier pero el de aquel hombre estaba a otro nivel, su camiseta negra descolorida de Metallica, apenas ocultaba la forma de sus pectorales, los jeans también eran negros, usados, cómodos y con algún roto aquí y allá, Mel estiró un poco el cuello para vislumbrar su calzado, lo que imaginaba, botas negras militares dignas de un miembro del mejor comando de élite. Pues bien, se había equivocado, aquel no era un hombre normal y corriente, ante sí tenía a otro hombre extraordinario. Lola le presentó a aquel individuo justo en el mismo instante en el que Mel cayó en la cuenta de su identidad, era el famoso guardaespaldas.

—Mel —Lola había observado la mirada curiosa de su recuperada amiga —Te presento a Gus, es un buen amigo, además de trabajar para Héctor suele acompañarme a veces.

Gus se había sometido con paciencia al escrutinio de aquella otra pequeña, Jack y Carlos parecían preferir a las mujeres diminutas y con grandes problemas, bueno, tenía que reconocer que en eso último su jefe tampoco era una excepción. Lola le había explicado la historia de Mel sin saber que él ya la conocía, Héctor lo había puesto al corriente y, por primera vez desde que lo conocía, Gus no había podido discernir con claridad lo que su jefe opinaba de aquella mujer, le había transmitido una mezcla de rechazo y de culpabilidad que él no acababa de encajar con el carácter protector de Héctor. Ahora bien, tampoco él estaba enamorado y a punto de ser padre de gemelos de una mujer a la que el hermano de Mel había agredido de todas las maneras posibles en las que un hombre podía agredir a una mujer, pero no era tarea de Gus juzgar a Héctor, ni quería ni iba a hacerlo, si proteger a Lola implicaba proteger a Mel,

por su parte la misión estaba clara, al fin y al cabo las dos compartían al culpable de sus males, el cabrón de Juan, hubiera escupido al pensar en ese hombre si no se encontrase en medio de la cocina del abogado y en presencia de dos mujeres, una de las cuales, con el cuerpo plagado de golpes estaba alimentando sus ansias de librar al mundo de la presencia de hombres de esa calaña. Se acercó a Mel para saludarla y observó cómo ella, con ciertas reservas pero con valentía, no se arredraba ante su presencia, lo cual era un gran cambio respecto a Lola, la recordaba buscando refugio en Héctor el día en el que fueron presentados, en cambio, Mel le tendía la mano con una, por lo menos, aparente seguridad.

Mel rogaba que aquel grandullón no notase el temblor de su mano y lo interpretase como un rechazo hacia su persona. Nada más lejos de la realidad. Mel se había acostumbrado a no juzgar a nadie por su aspecto. En la facultad había sido juzgada demasiadas veces por la sencillez de su vestuario. Mientras sus compañeras lucían ropa y bolsos de firmas conocidas y con llamativos logotipos brillando por doquier, Mel arrastraba de un lado a otro la mochila étnica que había adquirido por diez euros en el mercadillo semanal de la localidad, muy pocos habían intentado traspasar la barrera de Mel, a ningún miembro de la supuesta élite le convenía verse acompañado la mujer más simple de toda la facultad, sabía que muchos de ellos especulaban sobre cómo hacía frente al coste de sus estudios porque, si bien el expediente académico de Mel era bueno y había conseguido alguna pequeña beca para financiar sus libros, desde luego, el importe de la matrícula no era apto para bolsillos ajustados. Mel, tensó su brazo para contener el temblor nervioso y soltó un suspiro agradecido cuando la mano que engulló la suya apenas la sostuvo unos segundos.

—Hola, Mel, encantado de conocerte.

Gus apenas asintió a modo de respuesta al breve saludo que Mel le dedicó, igualmente o algo así pareció que le respondía, su atención estaba ya puesta en los ojos de Carlos mientras sentía cómo la sangre corría por sus venas hirviendo con furia.

—Espero que Geyperman —aquel era el apodo medio despectivo con el que Gus había bautizado a Jaime Velasco —no haga el gilipollas esta vez —Se dio por satisfecho al ver el mudo asentimiento del abogado. Había que hacer algo con el hijoputa de Juan, aquel cabrón no respetaba ni a su propia sangre y él estaba más que dispuesto a tomar parte activa en todo aquello que fuese necesario hacer para librar al mundo de todos los miembros de la especie de aquel hijoputa.



\*\*\* \*\*

## CAPITULO 13

*“Para ojos hermosos, mira el bien en otros, para labios hermosos habla sólo palabras amables y para el equilibrio, camina con el conocimiento de que nunca estás solo.”*

*Audrey Hepburn*

Todo el mundo parecía dispuesto a sacar a Mel de su zona de confort, por lo menos eso era lo que ella estaba pensando mientras miraba su reflejo en la peluquería de Lola. Su amiga, por fin había desterrado el término ex cuñada de su vocabulario, se había negado en rotundo a permitirle regresar al apartamento a por sus cosas, Mel recordó las palabras exactas que la habían dejado con la boca abierta.

—No. No es buena idea que vuelvas tan pronto, está todo muy reciente y te traerá malos recuerdos, créeme lo sé de buena tinta.

—Carlos me ha dicho que Jaime ha dado su permiso, necesito mis cosas...  
—Mel había intentado que Lola entrase en razón —Mi teléfono, mi ordenador, la documentación, la ropa... Lola... todo lo que tengo está allí.

La respuesta de su amiga había sido rotunda.

—Muy bien. Gus cogerá tus cosas, él lo hará.

Mel levantó la vista para comprobar cómo Lola trajinaba con los mechones de su pelo metiendo la tijera aquí y allá. En su momento había querido protestar, imaginar a Gus recogiendo sus viejas braguitas de algodón para dormir era más que de lo que los nervios de Mel podían soportar y, como al fin y al cabo, iba a descartar toda aquella vieja ropa se apresuró a meter baza antes de que Lola le ordenase a Gus arramplar con todas las pertenencias que Mel tenía en el apartamento.

—La ropa no, no quiero nada. Carlos dice que está bien que use parte del dinero de mi cuenta para comprarme algunas cosas, al fin y al cabo, gracias a la generosidad de Helena, tengo un montón de vestidos en el armario.

Lola no sabía que Mel estaba pensando lo mismo que ella. Mientras arreglaba el corte de pelo de su amiga para darle un aire más actual haciendo alguna que otra capa y dejando que los mechones delanteros enmarcaran su cara con aquellas suaves ondas naturales, Lola pensaba en lo que había dicho Mel, tenía el corazón un tanto encogido, recordó el nivel de vida de Juan y tuvo ganas de gritar de frustración porque había recibido un mensaje de Carlos diciéndole que se asegurase de que Mel compraba todo lo que podía necesitar, “Lola, no

tiene nada, ni lo más básico para una chica, confío en ti” El texto finalizaba con un emoji de cara triste. Lola no había pensado que minutos después recibiría un mensaje que la iba a dejar aún más triste, era Gus y le comentaba que el abogado le había ordenado meter la ropa de Mel en una bolsa y tirarla en el contenedor más cercano “La ropa está limpia pero se ve usada, tu dirás... no quiero líos contigo, dime si obedezco al abogado o no” “Tíralo todo” había sido la breve respuesta de Lola, tenía la firme intención de preparar mentalmente a Mel respecto a su tarde de compras, de hecho. Mel iba a hacer buen uso del dinero en su cuenta, Carlos le había advertido también que ella quería pagar todas sus compras “Es importante para Mel” había escrito, y Lola agradeció que su amigo y abogado tuviese el suficiente sentido común y tacto para no hacer lo que Jack y Héctor habían hecho con ellas, gastarse una pequeña fortuna en la boutique que Ruth tenía en la calle Serrano.

Justo cuando Isabel, una de las vivarachas empleadas de Lola, le daba el visto bueno a su manicura y pedicura, Gus hizo su entrada en la peluquería. Mel suspiró aliviada cuando vio que únicamente portaba su ajada mochila, Lola había desaparecido en la trastienda con la excusa de preparar un paquete e Isabel, discreta, la dejó a solas con el grandullón. Mel tendió la mano para coger su mochila pero Gus negó con la cabeza al tiempo que la depositaba en el sofá blanco.

—Pesa mucho, tienes un buen ordenador aunque es algo antiguo y sé que tu espalda no pasa por su mejor momento, así que coge la cartera y el móvil, el resto lo cargo yo.

Mel no osó protestar, Gus parecía no saber conversar, su tono era imperativo y parecía esperar ser obedecido, así que, simplemente abrió la mochila y extrajo su viejo monedero de cuero y su móvil, era un modelo sencillo, de los más baratos del mercado, sin embargo, por fortuna se había mantenido libre de golpes aunque la batería estaba empezando a darle problemas, miró la pantalla y se sorprendió de que el aparato estuviese encendido, bloqueado, pero encendido.

—Te lo he cargado mientras ordenaba un poco el apartamento —Gus sabía que Mel estaba preguntándose cómo era posible que su teléfono tuviese intacta la batería después de tantos días.

—Gracias —murmuró Mel, todos los que rodeaban a Lola parecían hacer lo posible porque se sintiese bien, bueno, casi todos, recordó a Jack y a Héctor y frunció el ceño. No quería pensar en eso, la voz de Lola mientras se acercaba le

facilitó la tarea.

—Toma Mel —Lola restó importancia al gesto de tenderle una bolsa con el logotipo de su peluquería, al mismo tiempo se preparó para la batalla cuando vio cómo extraía una tarjeta de su monedero.

Mel tomó la bolsa y la abrió curiosa, estaba repleta de botes y envases de cartón negro y dorado, los había visto en el expositor, era la colección de maquillaje que Lola vendía en la peluquería. Levantó la mirada curiosa y se encontró con que los ojos azules de Lola tenían un brillo extraño.

—Estás guapísima con el nuevo corte Mel, está mal que yo lo diga así que... Gus por favor dile que está guapísima.

—Mel estás muy guapa con el nuevo corte —Gus contestó mecánicamente lo que provocó la protesta airada de Isabel.

—Hijo mío... tan grande y tan bruto... me estoy cansando de enseñarte... Gus, de verdad... la chica está preciosa y tú parece que tienes un polvorón atravesado en la garganta.

Gus se encogió de hombros, Isabel y él se picaban constantemente, le caía bien y su marido, Oscar, también. Había coincidido con él en un par de ocasiones y siempre tenían tema de conversación lo cual, con la historia personal que Gus tenía a sus espaldas, era toda una novedad.

Mel obvió el casi cumplido y las puyas entre aquellos dos y le tendió a Lola su tarjeta bancaria.

—Lola cóbrame, por favor.

Lola se acercó a ella, ahuecó un poco las ondas del pelo de Mel y la sostuvo por los hombros.

—Guarda la tarjeta, Es mi regalo de bienvenida. Me hace mucha ilusión tenerte de nuevo cerca, por favor, prometo que no lo haré más, la próxima vez que vengas te cobraré todo, pero ahora...por favor... permítemelo... son sólo los productos adecuados para mantener tu pelo en buenas condiciones y un poco de maquillaje, los colores que van con tus ojos y tu tono de piel.

Mel sopesó bien su respuesta. Lola se había acariciado disimuladamente el vientre mientras le hablaba, imaginaba que había sido un gesto automático pero le hizo recordar que allí dentro crecían dos pequeñas personitas y que, a pesar de que Lola debía de tener mil cosas en la cabeza con su reciente boda y su próxima maternidad, la había acogido en su vida tratándola como una hermana de verdad y, todo ello, con la opinión en contra de su marido así que Mel no podía hacerle un desprecio, no sería lo correcto, sin embargo, decidió ser cautelosa al recordar

lo que Carlos le había repetido en varias ocasiones, Jack y Héctor eran muy espléndidos con sus mujeres y, temiendo el precedente del tremendo equipaje que Helena le había llevado al hospital, consideró necesario advertir a Lola.

—Gracias Lola, no era necesario pero te lo agradezco de corazón aunque, he de advertirte que la próxima vez no cederé.

Lola suspiró aliviada y con un gesto de la mano le restó importancia a la advertencia de Mel.

—Anda vamos, aún no es media mañana, debo ir a la floristería de Mabel, ella hizo mi ramo de novia y quiero agradeceréselo, luego comeremos en el centro comercial e iremos de compras ¿Te apetece?

— Me parece un plan perfecto.

Mientras se dirigían a la floristería, Mel se sonrió, recordaba el barrio de La Latina perfectamente, la abuela de una de sus amigas de la infancia vivía allí. La señora María las recogía a ambas alguna que otra tarde en el colegio, las llevaba a merendar y a jugar en una de las plazas del barrio. La señora María había fallecido cuando Mel era adolescente, por aquel entonces, su amiga Mónica se había mudado con su familia a Cádiz, habían intercambiado unas cuantas cartas los primeros meses pero luego, irremediablemente, el contacto se había perdido. Desde luego, el barrio había cambiado mucho en los últimos tiempos, estaba precioso, la mayoría de las viviendas ya estaban rehabilitadas, en sus callejuelas se habían abierto un montón de bares y terrazas. Aunque ahora el ambiente era tranquilo, Lola le estaba comentando que los fines de semana aquella era una de las zonas con más ambiente de Madrid. Callejearon un poco antes de llegar a la floristería situada en una de las calles por las que se accedía a la Plaza de San Andrés. “Las flores de María” era el nombre del establecimiento, el edificio en el que se ubicaba era antiguo y era de los pocos que quedaba en esa zona sin rehabilitar, no por ello, dejaba de tener su encanto, el escaparate era estrecho y la puerta era una verdadera obra de arte, era de madera oscura, simple, nada que ver con la parte superior, allí la madera se enroscaba formando un marco que contenía la vidriera más delicada que Mel había visto nunca, eran dos pajaritos en tonos oscuros, marrones, naranjas y amarillos que se posaban sobre una delicada rama de finas hojas que parecía contener todos los tonos de verde habidos y por haber, desde el verde lima hasta el verde botella y, curiosamente allí sólo había una única flor, similar a un trébol de cuatro hojas, tres de sus pétalos eran de un color rojo intenso y el cuarto era de un tono naranja amarillento que rompía la perfección de la delicada flor. Le gustó, por muchos

motivos, porque los colores no eran excesivamente brillantes, más bien tenían un ligero acabado mate, además estaba aquel asunto de la flor imperfecta, lo normal era que cuando uno representaba una flor buscarse obtener una imagen perfecta, aquella no lo era, era rara y ningún caballero la hubiese elegido para su dama, era una flor de campo, normal, corriente, como ella, como Mel. Lola era la rosa perfecta, Mel era aquella flor silvestre. Aquello tenía que ser una señal porque un pequeño escalofrío la recorrió cuando traspasó el umbral. Mel sentía que había entrado en otro mundo, un mundo desconocido para ella pero a la vez fascinante y por el que estaba sintiendo una fuerte atracción. Sacudió la cabeza algo molesta por aquella sensación, Mel no se tenía por una mujer romántica, ella era práctica, las flores no eran prácticas, eran bellas, eran para alegrar, para adornar y Mel había prescindido demasiado tiempo de los adornos. Aunque ahora tuviese la firme intención de poner algo de frivolidad en su vida, le molestaba un poco la sensación que se estaba apoderando de su cuerpo, era pura necesidad, la necesidad de permanecer rodeada de aquella belleza. Mel miró a su alrededor, era un local antiguo, de techos altos y gruesos muros de piedra que aquí y allá quedaban a la vista donde la pared no estaba lucida. Además de la piedra, el otro material dominante era la madera, y allí, en el fondo del local estaba la mesa más extraña y espectacular que Mel había visto jamás, aquello parecía una mesa de trabajo propia de un taller artesanal, una carpintería, tal vez un antiguo zapatero, la habían restaurado pero la mesa no había perdido ni un ápice de su aspecto tosco, basto y encantador. En el frente, la mesa tenía dos columnas de tres cajones, cada uno de ellos con un tirador de metal de forma y color diferente, encima de la mesa había una maquina registradora antigua, una gran agenda y un bonito bote de cerámica blanca que contenía lápices, tijeras, y un delicado abrecartas plateado que Mel reconoció de inmediato. En trance se acercó a la mesa sin reparar en nada más, el mundo podía detenerse en ese mismo instante que ella no se desviaría ni un milímetro de su objetivo inmediato, alzó la mano y cogió el abrecartas, le dio la vuelta buscando la inscripción y un nuevo escalofrío la recorrió. A. F., Alberto Fernández, su abuelo. Pudiera ser que en el mundo hubiese más piezas de bronce con un intrincado diseño de nudo marino en la empuñadura pero, ¿Cuántos de ellos tendrían garbadas las iniciales de su abuelo? Mel tragó saliva y levantó la cabeza sin soltar el abrecartas, un agradable rostro redondo de ojos color miel le devolvía una mirada cautelosa. Mel estaba avergonzada y se sintió sonrojar, estaba segura de que había parecido una trastornada al atravesar la floristería a toda velocidad para acabar cogiendo un objeto que, ni estaba a la venta ni, por supuesto, le

pertenecía. Lo había tenido en sus manos bajo la atenta mirada de su abuelo en infinidad de ocasiones, sin embargo, ya no era suyo. Sintió que era obligatoria una explicación a su deplorable conducta y falta de educación.

—Lo siento mucho. Sé que te parecerá una locura pero... —Mel se giró para ver si Lola estaba aún con ella. Tanto había corrido que se había olvidado por completo de que simplemente estaba allí como acompañante de su amiga —este abrecartas pertenecía a mi abuelo.

Mel sintió como Lola le pasaba un brazo por los hombros ahogando un pequeño gemido.

—¡Dios mío, Mel! ¿Cómo puedes estar segura?

Mel le tendió la pieza y le señaló la inscripción.

—Alberto Fernández, mi abuelo y antes de él, mi bisabuelo.

Lola recordó entonces lo que Juan le había contado sobre el piso de sus abuelos, le había dicho que había vendido la propiedad y que todas las pertenencias se las había llevado un anticuario. A Lola le había chirriado la historia pero no lo suficiente, aquella era aún la etapa de la fascinación y ella había ido apartando esos detalles a un rincón porque se creía enamorada de Juan, recordó lo diferente que era el amor verdadero de lo que ella había sentido entonces. Maldijo a Juan en el momento exacto en el que fue consciente de que su exmarido había despojado a Mel de todos los recuerdos familiares, eso era lo que debería haber hecho saltar las alarmas, pero por aquel entonces, Lola no sólo tenía una venda en los ojos, debía de tener en ellos todo un muro del más sólido hormigón armado.

—Lo siento Mel...

Mel tomó aire y devolvió el abrecartas al lapicero.

—No pasa nada. Lo he reconocido nada más verlo. Siento el espectáculo — Le dijo a la chica de la alta coleta rubia que había permanecido en silencio durante el breve intercambio con Lola.

—Bueno... he visto de todo en los años que llevo aquí, pero creo que la expresión de tu cara cuando te dirigías hacia la mesa tardaré tiempo en olvidarla —Mabel tenía la mano apoyada en el pecho conmocionada por la escena que acababa de presenciar, de no ser porque la chica acompañaba a Lola, se hubiese llevado un buen susto —Lo compré hace un par de años en el rastro, no sabría decirte quién era el vendedor, sé que ese día compré varias cosas para la tienda, como puedes ver —Mabel levantó un brazo abarcando todo su local —Tengo especial predilección por rescatar piezas antiguas.

Era cierto, mientras Lola y la dueña de la floristería intercambiaban saludos y hablaban con cariño de una tal Ruth, Mel aprovechó para vagar a sus anchas por aquel local. Había otras dos cómodas en los laterales de la tienda, una de ellas era de madera exótica, el color roble estaba desvaído y desde luego, el barniz hacía tiempo que había desaparecido, también tenía dos filas de cajones y en este caso, los tiradores eran los originales, unas sencillas anillas negras de metal. Los cajones estaban abiertos y de ellos brotaban multitud de macetas con pequeñas plantas de todo tipo, desde las aromáticas, Mel distinguió el romero y la albahaca, hasta las más decorativas. Allí había verdes por doquier y le recordó la vidriera de la puerta. Frente a ella, había otra cómoda, esta tenía un estilo barroco y habían hecho un ligero trabajo de restauración, ahora lucía un blanco decapado que dejaba entrever en alguna zona su color rojizo original, en esta ocasión, los cajones estaban cerrados y los pomos eran delicadas aldabas plateadas, era una pieza enorme que sin duda había pertenecido a alguna gran casa, Mel imaginó a una antigua dama guardando con mimo su delicada lencería en ella, ahora su función era otra. Sobre ella, había jarrones de cristal transparente de todos los tamaños, eran básicos, funcionales y sin adornos que distrajesen la atención del objetivo principal, las flores, allí la explosión de color era absoluta, si bien era cierto que ya estaban entrando en el verano, los amarillos, rosas, naranjas, e incluso los blancos más virginales le recordaron a Mel una excursión con su colegio al Real Jardín Botánico en una preciosa mañana de primavera. Continuó curioseando hasta que otro objeto atrajo su atención, se trataba de una basta y gruesa estantería abierta por ambos lados y que los clientes podían rodear en busca de la maceta perfecta para su planta, Mel dudaba de que hubiese algún cliente que no encontrase allí el recipiente adecuado porque los colores, formas y modelos eran variados y, desde luego, los materiales eran de buena calidad. Mel observó que otra de las funciones de aquel mueble era la de ocultar a la vista el acceso a otra estancia, lejos de ubicarse allí un aseo, Mel distinguió una pequeña terraza a través de la puerta entreabierta, apenas pudo apreciar el respaldo de unas silla de forja sobre las antiguas baldosas de barro cocido. Se detuvo admirando la originalidad de la puerta, también era antigua, o quizás era de reciente manufactura, pero desde luego imitaba lo antiguo, era una serie de tablones de madera en blanco colocados en vertical y unidos por gran travesaño de color verde agua que los cruzaba diagonalmente. Lo curioso de la puerta era su sistema de apertura, estaba suspendida en el aire y, al abrirse, no quedaba oculta en un tabique sino que un gran raíl de forja negro permitía que la puerta se deslizase por toda la pared. Mel



retrocedió y se topó con una pareja de viejas mesillas de dormitorio, a éstas no les habían hecho nada, conservaban su color cerezo habitual, e incluso podían distinguirse alguna melladura en la parte superior, parecía mármol de un color blanco sucio, Mel lo acarició con un dedo, estaba muy frío, sin duda era mármol. Allí, la dueña de la floristería exponía velas, pero velas de calidad, finas, elegantes, el aroma de ese rincón se mezclaba con olor pesado, embriagador y húmedo de las plantas y las flores, sin embargo, por una extraña razón aquella mezcla no la abrumaba, más bien al contrario, la conquistaba. Para no resultar maleducada se fue acercando de nuevo a ambas mujeres y no pudo evitar escuchar las lamentaciones de la dueña.

—Así que ya ves Lola, toda la primavera formando a esa chiquilla y ahora me dice que se va a Ibiza con su novio y, sin ninguna consideración, me lo dice de un día para otro, en plena temporada de bodas... te juro que no sé cómo me tengo en pie esta semana. Mi madre me echa una mano con el niño pero no puedo depender de ella todo el día, sobre todo porque el cole está a punto de terminar. Además, ahora tengo que cerrar cada vez que voy a hacer una entrega o a preparar cualquier evento, con la consecuente pérdida económica que ello supone, por no hablar de la pésima imagen que estoy ofreciendo a mis clientes.

—¿No puedes contratar a alguien? —Lola estaba preocupada por lo desesperada que parecía la mejor amiga de Ruth, sabía que era una buena chica, una madre soltera muy trabajadora y con un gusto exquisito. Mabel amaba su trabajo y se notaba.

—Puedo y debo —Mabel suspiró resignada —pero no puedo perder ni un día en poner un anuncio para entrevistar a desconocidos, no puedo jugármela en el medio de la temporada alta, Lola... estoy al límite.

—Yo puedo hacerlo. Yo lo haré. Yo te ayudaré.

Dos pares de ojos incrédulos se concentraron en ella, Mel se encogió de hombros y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Contrátame a mí, necesito el trabajo, no voy a defraudarte.

—Ni siquiera sé tu nombre —Mabel estaba desconcertada con aquella extraña desconocida que, a tenor de los golpes en su cuerpo, había sido víctima de un accidente y que, tan pronto arramplaba con su abrecartas como se hacía un tour por la tienda y decidía que quería trabajar allí.

—Lo siento Mabel —Lola asumió el mando de la conversación —Esta es Mel, es una buena amiga mía, desde luego puedo responder por su seriedad pero... —Lola fijó su mirada en Mel —Mel cariño... creo recordar que ibas a

empezar a trabajar en el despacho de Carlos, es algo que se ajusta mucho más a tus estudios.

—No. No lo haré, estoy muy agradecida a Carlos por haberme hecho su propuesta pero creo que será mejor que, dadas las circunstancias, busque otro trabajo y... realmente me gusta este sitio.

—¿Carlos lo sabe?

Mel negó con la cabeza.

—No, todavía no. No ha surgido el tema.

—Mel... —Le reprochó Lola previendo el disgusto del abogado.

—Lola... —Mel no iba a ceder ni un milímetro —¿Trabajarías tú con Héctor?

—¡Dios no lo quiera! —Lola respondió de manera automática sin ser consciente de que Mel acababa de tenderle una pequeña trampa —No me dejaría mover ni un sólo dedo.

—Pues eso. Tú misma te acabas de responder —Mel obvió a Lola, la sabía a punto de replicar y se acercó a la mesa tras la que Mabel observaba con reservas el intercambio —Me llamo Mel, Carmen Fernández, soy Licenciada en Administración y Dirección de Empresas, tengo algún que otro título que ahora no importa ni es relevante. No tengo experiencia, es cierto que nunca he trabajado pero soy capaz de aprenderlo todo. En una mañana me sabré el nombre de todas las flores y plantas que tienes aquí, puedo ver todos los tutoriales que quieras sobre cómo cortar flores y todo eso, tengo formación específica en marketing y técnicas de venta y no me importará hacerme cargo del papeleo de la floristería si tu quieres, contabilidad incluida, puedo trabajar todo el día, también puedo venir los fines de semana. Te garantizo que no vas a tener que preocuparte por lo que pase aquí mientras tú estés fuera.

Mabel levantó la mano abrumada por el discurso de Mel, la verdad era que la chica le gustaba, era mona, no una belleza despampanante pero iba bien arreglada, de formación iba sobrada, sin embargo, había ganado puntos con el ofrecimiento a llevar sus cuentas, ese era su punto débil, no había cosa que Mabel odiase más de su negocio que la parte administrativa, el papeleo, los recibos, responder mails... siempre retrasaba la tarea lo máximo posible y la consecuencia inevitable era que el pequeño escritorio de su trastienda estaba ahora mismo infestado de papeles y al borde del caos. Sin embargo, a pesar de que sabía que Lola era de fiar, Mabel necesitaba más datos, necesitaba la historia. Alzó la muñeca y comprobó la hora en su sencillo reloj plateado.

—Suficiente. Es casi la una, necesito comer algo, desde el desayuno no me he tomado ni un triste café y no puedo pensar, ni mucho menos tomar decisiones con el estómago vacío. En esta calle hay un pequeño mesón, el menú es sencillo pero muy rico y tienen una carta de postres que quitan el sentido. Yo invito.

Mabel volvió a la floristería cuando pasaban unos minutos de las cuatro de la tarde, aún tenía un ratito para ella misma antes de abrir, pasó la llave y apoyó la espalda en la puerta. Aquello había sido una locura pero ya tenía una empleada, se llamaba Mel, era la ex cuñada de Lola y, a pesar de las circunstancias, ambas se adoraban. Agradeció la franqueza de Mel, no había eludido ninguna respuesta cuando le preguntó por su rostro y las magulladuras que el vestido dejaba a la vista. Tampoco le ocultó que aún no habían cogido a los malos y, a pesar de que le había asegurado que entendía sus reservas a contratarla por ello, Mabel había notado la pena en su voz. Lo que no sabía Mel era que uno de los rasgos más característicos de Mabel era la de erigirse en defensora de cualquier causa que ella percibiese como injusta. Eso le había provocado algún que otro disgusto en su vida, pero también muchas satisfacciones. No le asustaban las circunstancias de Mel, confiaba en la policía y confiaba en el abogado y amigo de Lola. Ruth le había hablado maravillas de aquel hombre con el que Mel parecía estar iniciando una relación. Lola apenas había podido meter baza durante la conversación, sin embargo, cada vez que lo hizo fue para manifestar su absoluta confianza en Mel, eso, y el hecho de su falta de tiempo para sumergirse en un proceso de selección, hizo que tomase una decisión rápida. Contrató a Mel, lo hizo a jornada completa, le explicó que se quedaría todo el día en la floristería, atendiendo a los clientes y poniendo en orden los papeles. En una servilleta de papel le anotó un par de webs que debía visitar para adquirir unos conocimientos básicos que le serían de utilidad los primeros días. Mabel tenía una gran colección de libros que Mel podía devorar en los escasos ratos libres de los que dispusiese durante su jornada. Tomó aire contenta de que tan sólo le restasen unos días de trabajo solitario. El próximo lunes Mel comenzaría a trabajar y Mabel rogó a la diosa de las floristas en apuros que, esta vez, las cosas saliesen bien. Había dejado atrás una primavera un tanto movida, repleta de incidentes estúpidos y extraños que la hicieron pensar en pedirle al cura de la parroquia más cercana una botella de agua bendita. Todo había comenzado con un pinchazo inesperado justo cuando tenía que salir a decorar el salón de actos del local social del barrio, torció el gesto recordando el día que se encontró la cerradura de la reja taponada con silicona, que ella recordase, ese día no había convocada ninguna huelga que justificase el

vandalismo, días más tarde, el señor Antonio que vivía en el primero, se había dejado el grifo del lavabo abierto al salir a dar su paseo matinal, por fortuna, sólo había resultado dañado el techo y la pintura de la pared de la trastienda, Mabel se había preocupado más por el estado nervioso del anciano que por los desperfectos, el pobre lloraba angustiado diciendo que estaba seguro de haber cerrado el grifo antes de salir, Mabel le había restado importancia, era normal que cercano a los ochenta y cinco años su viejo vecino comenzase a tener algunos despistes, además, el perito del seguro del hogar había sido muy amable y ya le había llegado un talón con el importe necesario para que ella contratase al pintor que mejor le pareciese, esa era una de las tareas que iba a dejar en manos de Mel. Mabel sonrió, Mel le había gustado, Mabel y Mel, hasta sus nombres encajaban y, confiando en que ellas encajarían igual de bien, se dispuso a hacer los ajustes necesarios para recibir a su nueva compañera.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 14

*“La gente en quien se confía total y plenamente devolverá esa confianza.”*

*Abraham Lincoln*

Cuando Lola y Mel se sentaron a tomar café en una de las terrazas del centro comercial en el que Gus las había dejado, ésta última ya se había preparado mentalmente para la que se le venía encima. Era la primera vez que las dos amigas estaban solas desde su reencuentro días atrás. Para Mel parecían haber transcurrido semanas en vez de unos pocos días y aguardaba expectante a que Lola decidiese el primer tema de conversación porque era evidente que hablarían de todo menos del tiempo.

Lola tomó aire para relajarse y ordenar sus pensamientos, ahora mismo tenía tantas cosas que decirle a Mel, que no sabía ni por dónde debía empezar. La lógica le indicó que lo acertado era preguntarle por su estado tras las agresión y, a partir de ahí, esperaba que el resto de los puntos de su lista mental surgiesen con espontaneidad.

—Bueno Mel... por fin solas... ¿Cómo te encuentras?

La pregunta era abierta y Mel decidió ser cautelosa.

—Dadas las circunstancias puedo decir que me encuentro razonablemente bien,

—Mel... —La regañó Lola —Va... antes podíamos hablar con confianza, me gustaría recuperar el tiempo perdido —Para enfatizar su deseo, Lola la tomó de la mano —No soy el enemigo Mel, puedes contar conmigo.

Mel sabía que eso era verdad, tal vez, junto con Carlos y su nuevo trabajo, Lola era una de las únicas verdades incontestables en su vida. Mel sabía que iba a derrumbarse si agitaba delante de las narices de Lola la lista con todo lo que se había desmoronado a su alrededor pero, en conciencia, se lo debía. No se tenía por una cobarde así que la miró a los ojos y se confesó con voz temblorosa.

—Imagínate por un momento que en el plazo de quince días todo lo que conocías, todo lo que dabas por sentado y el punto de partida desde el que esperabas iniciar la nueva etapa de tu vida desapareciese, así, sin más. No sabías que tu hermano, tu única familia, era un traficante maltratador de mujeres que, además, te ha utilizado para esconder su dinero sucio, ensuciando de paso el poco dinero del que creías poder disponer para arrancar. Por si eso no fuera suficiente, descubres que es un mentiroso, te ha mentido sobre tu cuñada, la única mujer con la que habías conectado en tu vida adulta, te ha mentido sobre

su situación financiera, y, mientras que tú prescindías de muchas cosas, en cambio, él se pegaba la gran vida. Entonces tomas conciencia de que te ha despojado de todo, yo no tenía mucho, pero tenía una herencia, no sólo una vivienda que era de mis abuelos y por tanto mía. Allí había unos recuerdos, al menos la mitad eran míos, unos recuerdos que ahora, como has podido ver, deben de estar esparcidos por medio Madrid. Esa es la parte material, el golpe definitivo viene cuando te comunican que ni siquiera ese hombre es tu hermano al cien por cien, que compartes con él a tu padre pero no a tu madre. Pasas en un segundo de la esperanza de conocer a una figura ausente en tu vida a la derrota más absoluta al confirmar lo que, en el fondo sabías desde cría, que tu verdadera madre ha fallecido. No sólo eso, descubres que tu otra mitad es originaria de otro país, de otra cultura, en mi caso la inglesa y te sientes idiota porque siempre has tenido un apego especial por ese país, ese idioma... como si los genes hubiesen estado jugando al escondite contigo. Entonces te paras a pensar y te das cuenta de que has vivido parte de una mentira y que realmente nadie, ni siquiera tú, saben quién eres realmente. Así me siento, no sé quién soy, y Lola... no me gusta nada la sensación de caer al vacío, yo pensaba que era una mujer práctica con los pies en la tierra pero ahora la tierra ha desaparecido y siento que voy en caída libre esperando a ver de dónde va a venir el siguiente golpe —Mel se señaló la cara —y no hablo precisamente de estos golpes, éstos horribles golpes van a desaparecer tarde o temprano pero el resto de los golpes van a estar conmigo siempre. Así que ya lo ves Lola, soy una mujer que está totalmente perdida, sin raíces, sin referentes, soy como un cascarón vacío.

Nada de ir despacio, pensó Lola. Mel siempre había sido una chica elocuente pero había resultado tremendamente duro escuchar en apenas un minuto un relato extremadamente preciso del estado emocional de su amiga. ¿Qué le decía uno a una mujer sin arraigo de ningún tipo? Lola recordó todas y cada una de las veces que había huido a Toledo en busca del refugio de sus padres, ellos siempre habían estado allí, sin embargo Mel no había tenido una persona o un lugar en el que buscar amparo, incluso Lola, casada con el refugio de su vida, la persona que nunca le iba a soltar la mano, sabía que seguía contando con el apoyo de sus padres. Tal vez Mel aún no supiese que lo que Carlos y, por descontado, ella misma podían suponer en su vida. Tal vez necesitase oírlo, y Lola estaba segura de que su amigo y ella misma iban a tener que repetírselo con frecuencia en las próximas semanas.

—Mel, no puedo ni tan siquiera imaginar lo que supone vivir sin un refugio seguro, no te estoy hablando de una casa, te estoy hablando de unos padres. Será

porque yo no puedo imaginar mi vida sin ellos y, si por un segundo lo hago, se me forma tal nudo en la garganta que no me deja ni respirar. Nadie puede suplir esa sensación de seguridad que te dan unos padres, una familia. Yo me considero afortunada, tengo a mis padres, tengo a Héctor y con él he ganado otros padres, mis suegros —Lola apretó con suavidad la mano de Mel, ésta había endurecido el rictus mientras escuchaba sus palabras —No estoy alardeando Mel, sé que en el fondo sabes que no soy tan mezquina como para hacerlo pero entiendo tu dolor. Lo que yo quiero decirte es que no puedo ser tu madre, pero puedo ser tu hermana, como casi lo fuimos en alguna ocasión.

—¿Cómo eres capaz? —Mel no pudo detener la pregunta que la intrigaba desde que Lola la había recibido con los brazos abiertos —¿Cómo eres capaz de separarme de Juan, de lo que te hizo? ¿Cómo soportas mi presencia?

Lola sintió que un nudo se formaba en su garganta ante la crudeza de las palabras de Mel, hizo uso de todas las técnicas aprendidas con el terapeuta para controlar su cuerpo y sus emociones y consiguió que su voz sonase cálida y serena, que eran las sensaciones que quería que calasen en el alma de Mel, justo eso, que se sintiese segura y serena en su compañía.

—No lo sé. Lo único que sé es que te quise entonces, te quiero ahora y te querré siempre. Has sido mi familia durante un tiempo, puede que no llegásemos a ser la familia que las dos necesitábamos pero, en todo caso, eso no fue culpa nuestra y por eso yo estoy dispuesta a continuar nuestra relación como si la persona que nos unió nunca hubiese existido.

Era una respuesta absolutamente franca, incontestable y que tocó el golpeado corazón de Mel estrujándolo y haciendo que tapase su rostro intentando ocultar su llanto desgarrado.

Lola se recordó a sí misma en brazos de Jack, llorando de una manera muy similar cuando fue consciente de que no podía salir por ella misma del atolladero en el que estaba metida con su monstruo particular, por eso hizo lo mismo que Jack había hecho aquella tarde ya lejana, la abrazó, la dejó llorar y, tras unos instantes enjugó sus lágrimas.

—Lo conseguiremos Mel, sabrás quién eres, no será sencillo pero el punto de partida es inmejorable, eres una chica inocente con el corazón limpio. Nada malo puede salir de ti.

—Tu marido no opina lo mismo y el marido de Helena tampoco. Lo sé. Los he oído hablar con Carlos. No me quieren a su lado, no me quieren a vuestro lado.

Lola maldijo para sí a su amado neandertal y de paso al protector inglés con el que se había casado su amiga Helena. No tenían excusa para su deplorable comportamiento, los sabía un tanto arrepentidos aunque también sabía que no las tenían todas consigo respecto a Mel. Sin embargo Lola sabía que era cuestión de tiempo que ésta los conquistase con su dulzura y aprovechó la oportunidad para tender un puente entre todas las partes que formaban parte de su vida y que, por tanto, estaba decidida a que formasen parte de la vida de Mel.

—Héctor y Jack, que sepas que esto no es una excusa, son hombres diferentes, peculiares, es difícil entenderlos, tal vez cuando Carlos y tú llevéis un tiempo juntos puedas llegar a comprenderlos un poco mejor —La cara de Mel era puro escepticismo —En todo caso, hay que ir paso a paso y el primer paso es que sepáis, Carlos y tú me refiero, que el viernes estáis invitados a pasar la tarde en la casa familiar de los Anderson, Helena no acepta la negativa de Carlos y Lucía me ha obligado a que os transmita que ya ha encargado todo para celebrar una pequeña reunión de bienvenida en tu honor y, créeme, nadie osa a contradecir a Lucía cuando se empeña en algo.

—No sé si Carlos querrá ir —Mel miró a Lola esperanzada. Le dolía enormemente que su todo estuviese distanciado de sus amigos por su culpa —No sé lo que pensará.

—Irá. Querrá ir. Por muy dolido que esté, y lo está y lo comprendo, Carlos es un hombre de palabra, de fiar y sabe que no puede decirle que no a Lucía, además, míralo así, será una oportunidad estupenda para que esos tres cabezotas que se quieren con locura se reconcilien ¿No te gustaría?

—Nada —recalcó Mel mirando fijamente los ojos azules de Lola —Nada me gustaría más que Carlos recuperase a sus amigos. Me da igual que yo no les guste pero él... Carlos no lo merece.

—Es cierto —Concedió Lola —Nadie merece sufrir a manos de sus amigos, pero Carlos menos que nadie y, en el fondo, tanto Héctor como Jack lo saben. Sobra decir que Helena y yo somos sus incondicionales, nos tiene y nos tendrá siempre porque él nos ha guiado con mano firme cuando las dos lo necesitábamos y ha sido algo más que un abogado, ha sido algo más que un amigo. Ni Helena ni yo sabríamos explicar lo que sentimos por Carlos, pero se acerca mucho a un feroz sentimiento de protección. No vamos a consentir que nadie, ni siquiera nuestros maridos, a los que las dos amamos con locura, le hagan daño.

Mel no sabía si tomarse esas últimas palabras de Lola como una



advertencia, aún se sentía insegura y perdida, fuera de lugar, como si no fuese merecedora de todo lo bueno que comenzaba a inclinar la balanza hacia el lado correcto. Por si acaso también fue franca.

—No pretendo hacerle daño a Carlos...

—No. Mel ¡Por el amor de Dios! —Lola estaba asombrada de la vulnerabilidad de Mel, iba a tener que tener mucho cuidado con la forma de expresarse delante de ella —Desde luego...

—No Lola... —Mel la interrumpió, quería terminar su pequeño alegato — Soy consciente de que he venido a complicarle la vida a Carlos, por lo menos en estos momentos, pero la verdad....

—¡Ay Mel!.... La verdad es que os habéis enamorado... Ha sido un flechazo, Helena y yo lo tuvimos claro desde el minuto uno. Cuando Carlos se acercó a ti el jueves en la peluquería, limpió tus lágrimas y te cogió la mano... fue tan bonito que a ninguna nos quedó duda. Tu respuesta no la teníamos tan clara pero que él acababa de tomarte bajo su protección mientras caía rendido a tus pies... eso, eso fue evidente para ambas —Lola sonrió al ver que el rostro de Mel enrojecía levemente y no era por las lágrimas derramadas —¿Sabes por qué lo supimos?

Mel negó abrumada. Sería ridículo tratar de esconder su evidente enamoramiento pero, si a ella le estaba constando adaptarse a ese sentimiento, aún le resultaba más extraño todavía el hecho de estar sentada con una amiga comentándolo. Hacía años que Mel no comentaba su intimidad con nadie y, de golpe y porrazo, tenía pareja, tenía trabajo, tenía amigas y estaba invitada a una fiesta en su honor, sin perder de vista su otro horizonte lleno de dinero sucio, traiciones y dos matones que andaban sueltos por Madrid, tenía la sensación de que su vida, hasta ahora conducida a ritmo de un pequeño utilitario, había cogido una velocidad digna del mejor coche de carreras.

—Lo supimos porque lo mío y lo de Héctor fue un flechazo. Tendré tiempo de contarte nuestra historia en otro momento, pero sólo te diré que no hacía ni tres horas que conocía a Héctor cuando me besó por primera vez declarándome suya.

“Suya” “¿Quieres ser mía?” Mel recordó la pregunta que la había inquietado por la connotación negativa de posesividad que había percibido en ella, sin embargo, Lola lucía una preciosa sonrisa en la cara cuando recordaba ese momento de su historia de amor con Héctor. Sacudió la cabeza para despejarse y prestar atención a su amiga, quien seguía desgranando historias de

amor, en este caso, se trataba de la de Helena.

—Creo que batí el récord de Helena, ellos se conocieron por la mañana y no fue hasta el mediodía cuando Jack la besó. Al día siguiente Helena conoció a toda la familia Anderson.

—Vaya... no sabía que podía ser así... yo misma dudaba de que lo que estaba sintiendo fuese real, no me entraba en la cabeza, no podía ser...

—Pues lo es Mel, lo es. ¿Acaso Carlos no te lo ha dicho?

Mel asintió. Ambos habían dicho mucho más pero se lo guardó para ella. Estaba desnudándose con Lola mucho más de lo que jamás hubiera pensado.

—Bien —Asintió Lola conforme —Carlos es perspicaz, sólo espero que no tengáis que sufrir para sacar vuestra historia adelante. Héctor y yo apenas estamos recuperándonos de nuestro trago más amargo y estoy segura de que Jack jamás podrá superar lo injusto que fue con Helena.... Tal vez eso te haga entenderlos un poco más. Han sufrido por nostras y nostras hemos sufrido por ellos, a veces hay malentendidos, gente mala alrededor... y todo se complica.

—No estoy yo para muchas más complicaciones y, desde luego, voy a intentar que la vida de Carlos se vea afectada lo menos posible por mis problemas.

Lola vio el pie para tratar el otro tema que le preocupaba y que preveía iba a ser la primera fuente de conflicto entre la reciente pareja.

—Por eso le has pedido el trabajo a Mabel ¿verdad? —Lola observó cómo Mel bajaba la mirada y se estrujaba las manos, además mordía ligeramente su labio inferior en un gesto que le retrotrajo al nerviosismo que se apoderaba de ella cada vez que su hermano le hacía una pregunta —Espero que no me consideres una snob por decírtelo pero, sabes tan bien como yo que es un trabajo muy por debajo de tu formación.

—¿Puedo ser franca contigo? —preguntó Mel cautelosa. Tocaba desnudarse otro poquito.

—Espero que lo estés siendo desde el principio Mel... De eso se trata cariño... de tener a alguien, ya sé que tienes a Carlos, pero me refiero a alguien fuera de tu pareja con quien compartir momentos íntimos, yo, hasta ahora tenía a Helena. Espero, de corazón, ser lo mismo para ti.

—No quiero que pienses que he perdido la chaveta por lo que voy a contarte. Cuando llegamos a la floristería me quedé prendada de la vidriera de la puerta —Mel no quería enrollarse —había un detalle en ella con el que me identifiqué y, al traspasar el umbral, me sentí rara, como en trance, creo que en

segundos fui consciente de todo el local, por no hablarte del episodio del abrecartas. Lo has visto, Lola... te juro que ese objeto tan pequeño resaltó ante mis ojos como si se tratase del luminoso de una sirena. ¿Fue una simple casualidad que algo perteneciente a mi abuelo estuviese allí y yo fuese capaz de reconocerlo? Tal vez, pero no fue sólo eso, cuando recorrí el local, me sentí bien, me gustó el estilo, me gustaron las flores, las plantas. Creo que me han gustado desde siempre pero nunca tuve ocasión de explorarlo, es decir, no me planteé lo que quería ser, lo que quería estudiar, mi carrera era lo que debía hacer y lo hice pero... ¿Me habré equivocado? El olor de las flores, los colores... el mismo local con su encantador estilo antiguo... No sé cómo pasó pero supe que Mabel era un desastre con los papeles, las personas creativas, con tanto arte para decorar, para transmitir sensaciones, suelen ser espíritus libres a los que sentarse a ordenar facturas les parece una tarea incómoda y tediosa.

—Eres muy perspicaz Mel... siempre lo has sido.

—Parece que no lo suficiente, de lo contrario, hubiese percibido todo lo malo mucho antes —Constató Mel, aún molesta por haber confiado ciegamente en su hermano.

—Nunca lo hacemos Mel. Lo malo solemos arrinconarlo, guardarlo bajo llave en un pequeño cuarto oscuro. Un buen día está tan lleno que la puerta revienta dejando salir toda la porquería.

—¿Eso es lo que te pasó a ti?

—Justo eso —Asintió Lola —Sigue por favor, estabas contándome por qué te ofreciste para el puesto.

—Pues por eso, puedes llamarlo locura, la locura de saber y no me preguntes cómo ni por qué, que eso era lo que tenía que hacer, que esa vacante estaba ahí para mí, que tú me habías llevado allí por algo y que el abrecartas de mi abuelo estaba allí diciéndome algo. Súmale a todo esto el hecho de que así consigo liberar a Carlos de todos los problemas que mi presencia pueda ocasionarle con sus clientes....

—Eso no es más que una bobada —Lola no quería oírla hablar sobre sí misma como un problema.

—No lo es. Me duele, pero Héctor y Jack tienen razón. Que la hermana de un hombre que está en prisión, la hermana de un traficante de sustancias dopantes, maltratador de mujeres tenga acceso a todo tipo de documentación sobre sus clientes, no es una buena carta de presentación para su negocio. No creo que en la floristería nadie se cuestione mis antecedentes familiares cuando

les envuelva su ramo de rosas.

—Mel cariño... por si no te has dado cuenta, Héctor y Jack son unos machos alfa, protectores, algo cavernícolas si quieres llamarlos así —Lola prosiguió cuando vio que Mel asentía —Carlos es mucho más civilizado pero sólo en apariencia Mel, puede que esté guardándose un poco su carácter protector para no asustarte pero créeme, no va a tardar en salir y te aseguro que la decisión que has tomado no va a gustarle un pelo. Carlos querría tenerte todo el tiempo bajo su ala y no a kilómetros de su despacho, sola al frente de una floristería.

—Tú trabajas en la peluquería, no lo haces con Héctor.

—Cierto —Concedió Lola —Sin embargo, Héctor se pone en contacto conmigo varias veces en el día para saber si estoy bien o si necesito algo. Si salgo fuera por mucho tiempo suele mandarme a Gus para que me acompañe, incluso cuando Juan volvió a mi vida, Gus pasaba las jornadas sentado allí.

—¿Y eso no te incomoda? Quiero decir... parece vigilarte, no sé... parece que no eres libre... lo de ese guardaespaldas suena a película.

—Cariño... —Lola soltó una carcajada espontánea —Soy libre, Héctor no limita mis actos, no condiciona a dónde voy, con quién como... simplemente él se siente más tranquilo sabiéndome segura y, en ocasiones, escoltada y yo Mel... yo lo único que quiero es hacerlo feliz, Héctor tiene muchas responsabilidades y sé que no podría desempeñarlas con eficacia si está pendiente de mí y de mi seguridad. Tal vez si mi historia hubiese sido otra, tal vez si su historia también hubiese sido otra, las cosas serían de otra manera pero, la verdad, hemos conseguido un punto de encuentro.

—Carlos me preguntó una vez si quería ser suya —Mel liberó por fin su pensamiento inquietante.

—¿Y tú que le respondiste? —Lola estaba cada vez más contenta. Mel no lo sabía, pero esas palabras significaban mucho más de lo que ella podía imaginar acerca de las intenciones de Carlos.

—Yo le respondí que no estaba muy segura de querer —Mel hizo comillas con los dedos —“ser de alguien”, entonces él me explicó un poco lo que había querido decir y, al final, le respondí que sí.

—Descubrirás lo que significa poco a poco, Mel, sé que no eres chica de muchas relaciones por eso permítame un consejo, nadie puede juzgar la manera en que Carlos y tú queréis llevar vuestra relación. Muchos te dirían que Helena o yo somos mujeres sumisas, poco más que unas pobrecitas que necesitan la

supervisión de sus maridos. Déjame decirte que nada más lejos de la realidad, ambas somos mujeres fuertes, capaces de tomar nuestras decisiones, argumentarlas y defenderlas hasta el final y eso es perfectamente compatible con el carácter protector de nuestras parejas. Te lo repito, en el fondo, Carlos es como sus amigos y eso, para mí y espero que para ti, es algo muy bueno.

Mel asintió tomando conciencia de las palabras de su amiga Lola y verbalizó otra de sus dudas.

—Le haré daño con mi decisión ¿verdad? Tú pareces segura de ello.

—Sin duda herirás su ego de macho protector... pero Mel, si realmente es lo que deseas, si realmente es lo que te dicta tu corazón, sigue hasta el final con tus decisiones. Si eso te hace feliz, Carlos hará los ajustes necesarios para que todo encaje. De todas maneras... conozco una forma de compensar el golpe que va a suponer tu decisión —Lola por fin había llegado al último punto de su lista y estaba contenta por haber encontrado el argumento definitivo para su tarde de compras.

—¿Cuál es esa forma? —preguntó Mel intrigada. Haría todo lo que estuviese en su mano por mitigar las molestias que su decisión iba a provocarle a su todo.

—Esa forma es —Lola se levantó instando a Mel a que la imitase —llegar a casa con tus nuevas compras, ropa, perfume —Le guiñó un ojo cómplice —Nada va a calmar más su ánimo que verte con un bonito conjunto de lencería y créeme Mel... estamos en el sitio indicado para ello ¿Estás preparada?

Mel lo estaba. Le costaría menos gastarse ese dinero si sabía que Carlos iba a estar feliz con el resultado.

Carlos no estaba precisamente feliz, su tardía comida se le estaba atragantando a medida que escuchaba las palabras de su acompañante. Había recibido la esperada llamada de Jaime Velasco, el agente de la UDEV, cuando salía de su último juicio. Habían quedado a comer en un bar cercano a la comisaría, era una tasca tradicional regentada por un canario, el menú no era muy variado, tortilla con mojo, jamón asado con mojo y algún que otro bocata más, sin embargo, estaba atestado de policías que necesitaban repostar rápidamente algo de combustible antes de continuar con su tarea diaria. Mientras esperaba a Jaime delante de una caña que mitigaría el calor que estaba haciendo ese día en la capital, Carlos se sonreía con el pensamiento de que no había ningún local en Madrid tan seguro como “El Canario” así habían rebautizado los polis aquella famosa tasca cuyo rótulo rezaba “ El Mojo Picón”. Carlos ya no

sabía si le quemaba más el mojo o las palabras de Jaime, éste acababa de anunciarle que se había decidido acudir a la cita que Mel tenía con aquellos matones en una gasolinera a las afueras de Madrid para la entrega del dinero que, supuestamente, Juan adeudaba a la banda del famoso traficante ruso Alexei Kozlov. La policía ya estaba segura de que los que habían propinado la paliza a Mel eran los matones de uno de los delincuentes más buscados por la policía de media Europa. A Carlos el corazón le tembló al escuchar a Jaime, sólo tenía una cosa clara, recordaba lo que había sufrido durante el operativo en el que Lola había sido el cebo para capturar a Juan y tenía muy claro que no iba a pasar por algo parecido con Mel, si con Lola había sido casi insoportable, imaginar a Mel en medio de semejante operación le quitaba la vida.

—No sé lo que habéis decidido pero no cuentes con que Mel haga de cebo esta vez. Por encima de mi cadáver Jaime... la quiero en la otra punta de Madrid... mejor aún, la quiero cerrada bajo cuatro llaves mientras hacéis lo que tengáis que hacer.

—Tranquilo colega —Jaime levantó las manos para tranquilizar al abogado —En ningún momento hemos pensado en Mel como cebo. Voy a tardar un largo tiempo en estar preparado para involucrar a otro civil en un operativo de riesgo y menos en éste. Esta gente está a otro nivel, incluso nosotros vamos a ser meros espectadores, son los cuerpos especiales de élite los que van a actuar. Han buscado una agente que se parezca a Mel, el juez ha autorizado que llevemos la farsa a cabo. Toda la fiscalía, todos los agentes que están al corriente de la operación quieren que nada se tuerza. Es importante para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad que esto salga bien.

—Me alegro.. Por mi parte, encerraré a Mel en casa toda la tarde, algo se me ocurrirá para evitar que salga.

—Estoy seguro de que algo se te ocurrirá... —Jaime bromeó con Carlos acerca de la incipiente relación del abogado —para entretenerla.

Carlos encajó la pulla señalando a Jaime con un dedo amenazador mientras calmaba su sed dándole un trago a su cerveza.

—Muy gracioso Jaime, muy gracioso... pero no te rías tanto... Me recuerdas a mí puteando a Jack y a Héctor mientras ellos deseaban mi caída... Tú también caerás amigo... y creo que voy a hacer lo posible por esta allí para verlo.

—Aún no ha nacido la rubia que esté dispuesta a aguantar mis neuras de poli cada noche —Bromeó Jaime lamentándose en el fondo de que esa fuese su

realidad.

—¡Oh sí!... ya lo creo que ha nacido... sólo te falta tropezar con ella... —  
Le aseguró Carlos recordando también las historias de sus amigos —Estoy  
empezando a pensar que todo es cuestión de tropiezos.

—Brindo pues por los tropiezos —Jaime alzó su vaso de agua. Las malas  
noticias para Carlos aún no habían acabado, sin embargo, agradeció la tregua.

Un silencio expectante se creó entre ambos y Carlos sabía que había más.  
Le faltaba una pieza, le faltaba el hijoputa de Juan, le faltaba la reunión con el  
fiscal.

—Suéltalo ya de una puta vez Jaime... prefiero un único golpe. Tal vez así  
pueda tomarme el café tranquilo...

—Han llegado a un acuerdo con Juan. No han querido darme detalles  
exactos del contenido de la reunión, sólo sé que, no me preguntes cómo, ese  
cabrón sabe alguno de los escondrijos que Kozlov tiene en el sur, tampoco tengo  
ni puta idea de cómo ha podido facilitar una fecha exacta con una localización lo  
suficientemente precisa como para que en toda la fiscalía se haya amenazado al  
personal involucrado con que rodarán cabezas como haya la más mínima  
filtración.

—¿Será pronto?

—No quieren decírmelo. Es una liga muy superior a la mía, en deferencia a  
Lola y a su caso de malos tratos me dicen que será este verano... pero hasta ahí  
puedo leer y, aunque me emborraches, te advierto que no vas a conseguir más.  
Top Secret —Sentenció Jaime algo molesto con sus superiores por no tener  
acceso a la información. Gracias a Lola tenían a Juan y ahora venía la parte  
dolorosa para la rubia que casi le había robado el corazón.

—¿Qué ha conseguido a cambio?

—No va a salir libre de polvo y paja pero a la que le podía caer... la  
condena va a ser ridícula, además van a trasladarlo a otra prisión, ni puta idea  
dónde, ni puta idea con qué medidas de seguridad. Vamos... ni puta idea de nada.

—¿Testigo protegido? —preguntó Carlos

—Es probable, cumple todos los requisitos que la ley reconoce, estamos  
hablando de un delito de narcotráfico porque aunque Juan se dedicaba a traficar  
con anabolizantes, Kozlov trafica con todo lo habido y por haber, además es uno  
de los delincuentes más peligrosos que campan por Europa en los últimos años y,  
tanto el juez como nosotros, queremos proteger la fase inicial de la  
investigación. De todos modos, sabes como yo que aquí en España no es como

en la justicia americana donde la protección es total, ni mucho menos Juan pasa al anonimato, simplemente su nombre deja de constar en los documentos públicos de la investigación.

—Lo sé. Una vez finalice la investigación policial y judicial, el testigo pasa a ser un testigo más como cualquier otro que necesite protección por amenazas o agresiones.

—Correcto,. Por eso, y aquí es dónde creo que Juan se arriesga, no tiene garantías de que Kozlov no vaya a por él.

—Estoy de acuerdo de que se arriesga. Sin embargo, no es más que un puto cobarde que va a traicionar a uno de los mayores delincuentes del mundo a cambio de sacar su jodido culo de la cárcel. Por cierto, todo ello, sin importarle un pimiento su hermana ¿Como coño voy a protegerla?

—Llevo desde el domingo dándole vueltas a este jodido tema. Mel es inocente. Todos sabemos que no tiene ni puta idea de quien es Kozlov y, si me apuras, te diría que no ha visto las drogas en su vida.

—Eso no le ha evitado una paliza.

—Por eso sólo se me ha ocurrido una idea. Es una puta locura, en realidad son dos opciones pero, tal vez consigamos hacerla desaparecer del mapa.

—Soy todo oídos. Ahora mismo estoy perdido... Toda ayuda es poca.

—Bueno, ahí va. Es altamente improbable que esos desalmados tengan demasiada información de Mel, es decir, sospechamos que alguien la siguió desde el día en el que visitó en la cárcel a su hermano, sólo así podrían haberse enterado de la presencia de Mel en la comisaría, probablemente ese hijoputa les dijese a sus acreedores que su hermana iba a entregarles la cantidad adeudada y, para un infiltrado en la cárcel, resulta relativamente sencillo enterarse de las visitas a determinado preso. Mel ha declarado que les escuchó decir que querían su dinero y que había hecho mal en acudir a la comisaría.

—No me cuentas nada nuevo.

—¡Joder! Un poco de paciencia tío... El caso es que me he partido los cuernos pensando en cómo hacer que nadie pueda encontrar a Mel, como te iba diciendo, la llegada del vecino, además de detener la paliza a tu chica evitó que revolviessen el apartamento. Todo estaba en su sitio, la cartera, la documentación... Lo he visto con mis propios ojos cuando estuve allí con los compañeros. Dime Carlos, ¿conoces el nombre completo de Mel?

—Carmen Fernández González nacida el seis de agosto...

—Ya... no sigas... veo que has hecho tus deberes.



—A ver Jaime... me estás tocando los cojones con tanta preguntita... dime de una puta vez a dónde quieres ir a parar.

—Joder... ya va... El número del DNI es personal e intransferible, no se puede cambiar salvo raras excepciones en las que aparece el mismo número asignado a personas diferentes, eso era algo que ocurría hace años, ahora es prácticamente imposible que eso suceda. Entonces, asumiendo que esos cabrones no conocen el número del DNI de Mel, lo que sí es posible es cambiar el orden de sus apellidos. Lo he comprobado, tanto Mel como Juan llevan los dos apellidos paternos, en ambas partidas de nacimiento figura que su madre es desconocida. Como investigador, normalmente odio los apellidos tan comunes, pero en este caso me viene de perlas que sea así, imagínate cuántas Carmen Fernández González hay en Madrid, en toda España... Lo mismo sucede con Carmen González Fernández. La guinda del pastel sería ya encontrar a la familia materna de Mel, acreditarlo ante el registro y colocar el verdadero apellido materno en su sitio. No puede ser difícil, si Juan lo ha conseguido nosotros podemos hacerlo, de hecho, he hecho algunas llamadas, ciertos compañeros me debían algún favor y me garantizan que van a empezar a investigar ya que, aunque en la comuna todos iban por libre, eso no quiere decir que los que allí vivían no dejaran rastro.

Carlos estaba atónito, parecía una tontería, era algo relativamente simple cambiarse el orden de los apellidos y a su memoria acudió aquella conversación en el hospital donde Mel explicaba el porqué de su nombre.

—Mel se llama así porque es una abreviatura de Carmela, su abuela se llamaba así y así quisieron ponérselo a ella, al parecer en el registro se equivocaron y le pusieron Carmen, aun así, de Carmela pasó a Mela y luego a Mel. Sería muy sencillo acreditar el cambio del nombre y apellidos. Nunca lo hubiera pensado.

—Aún mejor así. Carmela González Fernández o Fernández y su apellido materno será, a ojos de la banda criminal, una total desconocida.

—No sé si me hace demasiada gracia lo de que Mel conozca en estos momentos sus orígenes maternos, es muy vulnerable en este sentido, incluso está teniendo pesadillas con ello —Carlos recordó el llanto desgarrador de Mel —En cuanto sepa quiénes son irá corriendo a conocerlos, lo sé, necesita esa información y lo entiendo pero... imagínate que no la aceptan, no creo que fuera capaz de soportar su rechazo.

—Perdona que te lo diga así pero, eso suena muy egoísta por tu parte. Se

sabe que es una familia inglesa ¿Y si la acogen con los brazos abiertos? Tiene derecho a conocer sus orígenes...

Carlos miró al suelo, Jaime no era Jack, ni era Héctor, pero, en este caso, era su confidente y estaba haciendo más por Mel que sus mejores amigos, no le importó dejar al descubierto su miedo.

—Si la aceptan, si la quieren... puedo perderla... —Carlos miró a Jaime a los ojos —No quiero perderla.

Jaime se sorprendió de ver por primera vez la vulnerabilidad en el rostro del abogado. ¡Joder con enamorarse! Estaba empezando a pensar que tal vez su situación personal no fuese tan mala, aun así, debía de ser honesto con Carlos.

—No tiene por qué renunciar a ellos para tenerte a ti y tú no tienes por qué renunciar a ella porque, de pronto, aparezca su familia.

Carlos reconoció su derrota.

—Lo sé. Tienes razón, lo que me pasa es que aún no quiero compartirla con nadie más.

—Te ha dado fuerte —Señaló Jaime aún sorprendido por la intensidad de los sentimientos del abogado dado lo reciente de la relación.

—Sí. Lo vi en Jack y me creí inmune, luego pasó lo mismo con Héctor y comencé a envidiarlos en secreto y ahora que me ha pasado a mí... siento que me gustaría tener la seguridad de que ya es mía por completo —Carlos esbozó una media sonrisa ante la ceja arqueada de Jaime —Sí... Geyperman... —utilizó el apelativo favorito de Gus —hablo de matrimonio pero Mel no está ni de lejos preparada para hablar de ello.

Jaime asintió, miró su reloj y se levantó.

—Hora de irse. Hacedme el favor y comenzad los trámites para cambiar el orden de los apellidos y el nombre en el registro. Ya tomaréis una decisión sobre lo de la familia materna cuando llegue el momento —No prosiguió hasta que Carlos asintió conforme, entonces le palmeó la espalda para infundirle ánimos —Mañana te llamaré en cuanto todo termine, procurad no salir de casa por la tarde.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 15

*“El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos.”*

*Miles Davis*

Carlos abrió la puerta de su casa. Estaba expectante, Lola le había devuelto a Mel mucho más tarde de lo previsto, “Aún estamos de compras” le había dicho en su último WhatsApp hacía ya un par de horas. En realidad, la demora le había venido bien. Había adelantado mucho trabajo desde el despacho de casa, se había dado una ducha fresca y, por fin, había podido deshacerse del traje. Temperaturas alta y traje era una combinación que odiaba, estaba deseando que llegase agosto para poder escaparse a la sierra con su familia y no ponerse una pañetera corbata en todo el mes. El ascensor llegó a su destino, las puertas se abrieron y allí estaba su enana, casi sepultada por una decena de bolsas. No pudo evitar soltar una sonora carcajada cuando se acercó a ella colocando su brazo en la puerta para evitar que ésta se cerrase antes de que Mel consiguiese salir del ascensor con todos sus paquetes auestas. Carlos sonreía feliz, a juzgar por el volumen que ocupaban las bolsas, le debía una buena a Lola. Su enana tampoco lo había hecho nada mal, se había soltado lo suficiente como para hacer buen uso del dinero que legítimamente le pertenecía. Carlos sabía que realmente le pertenecía mucho más, pero ese era un tema delicado y tendría que tratarlo con ella en otro momento.

—¿Te parezco graciosa? —Mel no estaba segura de si Carlos se reía de ella o con ella. De cualquier manera dejó las bolsas en el recibidor y se acercó al paragüero con el fin de quitarse un presentimiento que le había molestado toda la tarde.

Carlos iba a responderle que no sólo era graciosa sino que estaba especialmente guapa, se había cortado el pelo, sus uñas lucían un precioso tono rojo pasión que le abría la puerta a alguna de sus fantasías eróticas como la de imaginar aquellos pequeños dedos acariciando su erección. Sacudió la cabeza, no era momento para esa fantasía, sobre todo cuando Mel parecía obsesionada con aquel viejo bastón. Marta había aparecido con él tras finalizar el proyecto de decoración de la casa argumentando que ese era el toque final que necesitaba el recibidor de un señor. Habían tenido un agradable intercambio de pullas entre hermanos a costa de la palabra señor y el bastón había quedado olvidado desde entonces. No sabía que era lo que le había llamado a Mel la atención pero, de nuevo, la percibió con claridad. Un escalofrío la recorrió, la vio tragar saliva y el

rubor la abandonó de golpe, entonces se alarmó y se acercó a ella con rapidez sacándole el maldito bastón de la mano.

—Eh... ¿Qué te pasa?... Cariño ven aquí...

Mel se refugió en el abrazo de Carlos, se acurrucó bajo su hombro y extendió una mano temblorosa para tocar la figura que coronaba el bastón de su abuelo como había hecho en infinidad de ocasiones durante su infancia.

Carlos estaba a punto de tirar el jodido bastón por la ventana más cercana.

—Mel... me estás asustando... ¿Qué pasa con este bastón?

Mel levantó la mirada con los ojos brillantes.

—Era de mi abuelo, si le das la vuelta justo en la parte de metal de la punta están grabadas dos iniciales. A. F, Alberto Fernández. Mi abuelo.

Carlos, escéptico por naturaleza, comprobó que lo que Mel decía era verdad. ¡Joder! Aquello parecía cosa de brujería y sintió que debía ofrecerle una explicación sobre la procedencia del bastón.

—Lo trajo Marta cuando terminó la reforma. No tengo ni idea de dónde lo compró, siempre anda vagando por rastros, mercadillos y anticuarios pero si quieres la llamo y le pregunto.

—No importa —Mel negó con la cabeza —Lo vi por la mañana y pensé ¡Qué casualidad! Un bastón como el de mi abuelo, sin más, después fuimos a la floristería de Mabel ¿Sabes quién es?

Carlos no tenía ni idea de quién era esa Mabel pero estaba deseando averiguarlo todo. Negó con la cabeza al tiempo que la cogía de la mano y la llevaba hasta el salón. La mano de Mel estaba fría a pesar del calor, además, si seguía mordiéndose el labio como lo estaba haciendo iba a provocarse una herida. Descartó el sofá, demasiado grande para la cercanía que necesitaba y eligió uno de los sillones, dejó el bastón en la enorme mesa de centro, se sentó y obligó a Mel a sentarse en su regazo, la envolvió entre sus brazos pero sin perder el contacto con sus ojos.

—Cuéntamelo todo cariño... y por favor... deja de morder tu precioso labio, vas a conseguir hacerte una herida y no quiero que nada me impida besarte —Para enfatizar sus palabras, con su dedo pulgar liberó el labio prisionero y la besó brevemente.

Mel tragó saliva. Le había impactado comprobar que no se equivocaba con su presentimiento. Aún no sabía muy bien qué pensar al respecto de que dos de los objetos personales de su abuelo hubieran aparecido en los lugares que estaban destinados a formar parte de sus entorno vital, lo que era peor, no podía

contar lo del abrecartas sin explicarle lo de su nuevo trabajo. Había sido fácil ser valiente sin que los ojos del océano estuviesen observándola, mostraban preocupación y Mel sabía que, en breve, iba a disgustarse con ella. Levantó la mano y la posó en su mejilla, estaba muy suave y desprendía un ligero aroma a loción after shave, Carlos debía haberse dado una ducha y era evidente que se había vuelto a afeitarse.

—No te enfades conmigo.

Una ligera señal de alarma se encendió en la cabeza de Carlos. Otra vez Mel pidiéndole que no se enfadase, aquello estaba convirtiéndose en un molesto hábito. Entendía que Mel estaba especialmente vulnerable pero le fastidiaban esas palabras que parecían mostrar un ligero miedo a sus reacciones y en eso, en eso Carlos era como Héctor, no podía soportar que su mujer le temiese. Recordó la paciencia infinita con la que su amigo había tratado a Lola y rogó al Dios de los hombres impacientes que se fuese a dar una vuelta bien lejos de él durante una larga temporada.

—Mel... ¿Por qué tienes miedo de hablar conmigo?

Mel se encogió de hombros. No quería contestar. No valió de nada, Carlos era implacable.

—Mel...

—Tengo miedo de que te enfades y no quieras estar conmigo —Mel lo soltó de un tirón.

—Mel... —El corazón de Carlos tembló un poquito, recordó la conversación con Jaime, Mel no quería irse de su lado y él, desde luego, él la quería aún más cerquita —La estrechó entre sus brazos con más fuerza — Comprendo que aún no me conozcas del todo pero confía en mí. Ahora sé buena y cuéntame a qué viene todo esto.

Y Mel se lo contó todo, hizo un relato minucioso de cómo había pasado sus últimas horas con Lola. No se dejó nada, le habló de lo que habían hecho y le habló de lo que había sentido y sobre todo el habló de la floristería, fue clara y precisa, no buscó excusas, presentó los hechos tal y como habían surgido de su cabeza y su corazón. Carlos se había tensado con la parte final del relato y ahora que Mel guardaba silencio, él se encontraba en una de esas extrañas ocasiones en las que se había quedado sin palabras, no recordaba que hubiera sucedido muchas veces y, desde luego, era posible que aquella fuera una de las más trascendentes de su vida. Su pareja, su novia, su mujer, la niña de sus ojos, su enana, la que se había adueñado de su corazón en tiempo récord, acababa de

comunicarle que rechazaba el trabajar codo a codo con él, en su despacho, para trabajar de dependiente en una floristería en la otra punta de la ciudad, lejos de él, lejos de su protección, accesible a cualquier desalmado, accesible a ciertos matones en particular. ¡Joder! Reconocía el sentimiento, la decepción y el enfado estaban adueñándose de su cuerpo, notaba las cervicales tensas, los labios apretados y un creciente calor que nada tenía que ver con que el precioso culo de Mel estuviese sentado casi encima de su miembro. ¡Joder! Se repitió como si ese vocablo fuese el único capaz de emitir su boca. No quería que ese taco fuese lo primero que Mel escuchase tras su relato pero no tenía otro a mano ¡Joder! Se gritó mentalmente. Reconoció la necesidad de salir de allí antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirse, necesitaba descargar esa tensión con algo, contra algo. A dos portales del suyo estaba su gimnasio, recordó la fila de sacos de boxeo, aún quedaba casi una hora para que se llenase con los compañeros que salían de la oficina buscando liberar su estrés, podía bajar y liberar el suyo en una hora. Tenía que hacerlo para soltar la adrenalina que corría por sus venas. Era la primera vez en su vida que necesitaba huir de una situación, de una conversación para intentar afrontarla desde la serenidad que daba la distancia.

El silencio era agobiante, Mel no sabía lo que estaba pasando por la mente de Carlos y se limitó a quedarse muy quietecita en su regazo. A veces las tormentas pasaban si una se quedaba muy quietecita en su sitio, lo había aprendido de cría con las rabetas de Juan, cuando se le contrariaba, éste solía gritar y arrojar al aire los juguetes que tenía a su alcance, una vez le había golpeado en la cabeza un coche volador y le había salido un buen chichón, Juan había estado castigado sin televisión durante una semana entera porque se había negado en rotundo a pedirle perdón. Mel volvió al presente cuando se vio alzada en los brazos de Carlos, éste se levantó y la depositó de nuevo en el asiento, era un sillón grande para un hombre grande y Mel se perdió en él, se acurrucó recogiendo las piernas sin dejar de mirar a Carlos, seguía serio, muy serio, como contenido. Lo vio apoyar las manos en los brazos del sillón y acercó el rostro hasta colocarlo a la altura del suyo. La voz no era la de siempre, Mel recordó, era el mismo timbre de voz del día en el que se habían conocido, era la voz del indiferente, así era como lo había bautizado entonces. Se le puso un nudo en la garganta, el indiferente no le había gustado entonces y no le gustaba ahora. La diferencia entre el pasado jueves y el presente miércoles era que aquel día, el indiferente le traía sin cuidado y, en cambio ahora, ahora sentía un sordo dolor adormeciendo sus sentidos, tenía frío porque el indiferente lo era todo para ella. Mel estaba tratando de rescatar la preciosa carcajada con la que había sido

recibida pero era inútil, esa risa había abandonado su memoria para ser sustituida por una tensa espera. También recordó una espera muy similar, tensa y desconcertante, la del viernes pasado, cuando Carlos la dejó sola en el apartamento de Lola, por un breve instante Mel había pensado que el abogado iba a besarla, pero no fue así, Carlos simplemente se fue con un “ya hablaremos el lunes”. Ahora las palabras fueron diferentes, pero en Mel dejaron el mismo poso multiplicado por cuatro, antes no conocía lo que significaba acurrucarse en Carlos, ahora sí lo sabía, Mel se sintió abandonada de nuevo, otra vez, una vez más en su vida.

—Necesito salir. No te muevas de aquí. Hablaremos cuando vuelva.

A Carlos le desgarró el corazón la imagen de Mel acurrucada en el sofá, muy quietecita, mirándolo con los ojos muy grandes y con las preciosas frambuesas que formaban sus labios tentándolo. Inevitablemente recordó la última vez que la había visto así, el viernes pasado, antes de partir hacia Toledo para la cena de despedida de soltero de Héctor. Por un instante vaciló en su huida al recordar lo que había venido después, se obligó a no ceder, estaba seguro de que hacía lo correcto porque se trataba de una situación diferente, Mel estaba segura en su casa, no corría peligro y él no iba a tardar dos días en volver a verla, en apenas una hora estaría de regreso. Cogió las llaves y el móvil de la consola del recibidor y se fue.

Mel escuchaba el silencio rebotar en las paredes del salón, iba y venía golpeándole la cabeza. ¿Quién hubiera podido decir que el silencio gritaba tanto? No osó moverse pese al frío que sentía, había una ligera manta en el gran sofá pero ni se le ocurrió levantarse a por ella. Estaba de nuevo perdida, desconcertada, Carlos la había llevado de la mano, la había protegido, la había guiado, había tomado decisiones y ahora acababa de tomar la decisión de irse dejándola en el mismo precario estado anímico con el que había acudido a reencontrarse con Lola. No, se dijo, no era el mismo, se analizó, era un estado anímico mucho más inestable, más frágil, más incierto... Entonces Mel no sabía, no conocía lo que era ser sostenida por la firmeza inquebrantable de un amante, nadie la había amado hasta entonces. Carlos no había fingido, su todo la había amado, el océano de sus ojos no podía engañar. Ahora no sabía lo que pasaba por su mente, tal vez, enfado, decepción, arrepentimiento... Ni siquiera había dicho a dónde se iba, sólo mencionó que necesitaba salir de allí, irse. Necesitaba alejarse de ella y eso, para una persona como Mel que había visto alejarse de su vida poco a poco a todo el mundo, era un paso atrás de gigante, era el reencuentro con sus peores días desde aquella fatídica llamada en la que Juan le



anunciaba su divorcio, en la que había puesto de vuelta y media a Lola y en la que restringía al mínimo los fondos para su día a día. De nada habían servido sus ruegos, recordó retazos de conversaciones con Carlos “No vamos a escondernos para hablar, nunca, jamás” le había dicho en el hospital, “Dime que, aún con todo el miedo que tienes, no vas a huir” le había pedido en otra ocasión y ahora, ahora era él el que huía haciendo caso omiso a uno de sus últimos ruegos, Mel recordó las palabras exactas “No me dejes tú también, no me sueltes ahora por favor... no sabría por dónde empezar” Pues al final tendría que hacerlo, tendría que empezar de nuevo, una vez más, sola. La soledad era un sentimiento curioso que Mel conocía muy bien, la soledad era cálida, agradable y reconfortante para las personas que siempre estaban rodeadas de gente, de familia, de amigos, sin embargo para el resto, la soledad era fría, áspera y desalentadora. La soledad se llevaba todas y cada una de las esperanzas, la soledad hacía que una se encerrase hasta un punto en el que no era extraño el hecho de mantener cotidianas conversaciones mentales con una misma para evitar convertirse en un ser asocial. Mel había estado muy cerca del punto de no retorno y lo sabía, por eso la perspectiva de su regreso a Madrid la había animado durante los últimos meses en Navarra. Había hecho planes, Navarra era ya para ella lo gris, la oscuridad, el duelo, Madrid en cambio era la luz, era el renacer, era la nueva vida. Los castillos en el aire que la habían mantenido en pie se derrumbaron y la caída fue apoteósica, Carlos y Lola la rescataron de esa caída y le mostraron que sí había luz. Lola... ¡Madre mía! Temblaba sólo de pensar en su reacción, Carlos era más que su amigo, tenía un fuerte sentimiento de protección hacia él, había llegado a mencionar. No podía pensar en Lola ahora. No podía pensar en nada. Debía hacer la maleta... recordó que no tenía maleta, tal vez debiera coger sus cosas e irse... ¿A dónde? Huir nunca era la salida. Carlos había huido y ella no iba a hacer lo mismo, iba a quedarse allí quietecita en medio de la tormenta. Ella no había hecho nada malo, había tomado decisiones, era una mujer adulta que tenía que comenzar una nueva etapa en su vida, era cierto que habían sido decisiones poco meditadas, espontáneas y tal vez algo estrambóticas, pero habían sido las suyas y las había tomado con la firme convicción que hacía lo correcto para ella y para Carlos, además, Lola le había dicho que Carlos encontraría el punto de equilibrio, que él era perspicaz y que era algo así como un puerto seguro. Pues lo cierto era que Mel se sentía como un barco a la deriva con el viento agitándola de nuevo hacia un destino incierto, hasta era capaz de notar la humedad, el salado del mar en la cara. No era consciente de que estaba llorando desde que Carlos había salido por la puerta, Mel estaba perfectamente anestesiada,

quietecita, mojada por las lágrimas, sólo su cabeza tenía vida y gustosamente la habría apagado de haber encontrado por algún lado el interruptor correspondiente.

Al tercer puñetazo Carlos estaba seguro que había cometido su primera gran cagada con Mel, golpeó con fuerza con su puño izquierdo, no, no era la primera, era segunda gran cagada. La primera había sido dejarla sola sin protección en el apartamento de Lola, la segunda era haberla dejado sola sin ninguna explicación en su casa, abandonando una conversación en la que su enana, sentada en su regazo, había desnudado su alma con confianza ciega. ¡Joder! Golpeó con la derecha sin descansar hasta que el sudor bañó su rostro ¡Puto cabrón insensible! Ni refugio, ni comprensión, ni una leve caricia, ni un ligero beso, ni tan siquiera había tenido huevos para mostrar su enfado o contrariedad. ¡Elocuencia de mierda!, la había perdido cuando más la necesitaba. Su madre lo correría a bofetadas si supiese lo que acababa de hacer, su madre era la reina de afrontar los problemas, su madre era la que le había explicado que un hombre no era una nenaza, que un hombre que se viste por los pies no huía, un hombre de verdad cogía el toro por los cuernos y si no podía tumbarlo, entonces un hombre digno de llamarse a sí mismo como tal, lo toreaba de la mejor manera posible. Golpe tras golpe Carlos fue flagelando su espíritu hasta caer derrotado, de rodillas y empapado en sudor. Un colega pasó por detrás y le golpeó de manera amistosa un hombro, le dedicó unas breves palabras antes de seguir su camino.

—¿Un mal día, tío?

No. Él no había tenido un mal día, la preciosa niña de sus ojos había tenido un mal día. Recopiló su relato, la preciosa niña de sus ojos se había encontrado con dos objetos de su pasado que estaban dónde no debían de estar, recordó la mano de uñas rojas que había acariciado la cabeza de perro en la empuñadura del bastón. La preciosa niña de sus ojos había tenido que gastar un dinero que había prometido no tocar por temor a beneficiarse de algo sucio. La preciosa niña de sus ojos había tomado una decisión difícil, había elegido trabajar fuera de la zona de confort que Carlos le ofrecía cuando ella era una mujer de zonas de confort. En un primer momento le pasaron desapercibidos sus motivos pero ahora, con el frío sudor recorriendo su espalda y con sus músculos temblando por el esfuerzo, recordó que había dejado caer un “es lo mejor para ti”. No le costó demasiado hilar sus palabras con el argumentario que habían enarbolado Héctor y Jack, la figura gris borrosa en el umbral del salón volvió a su mente. Mel lo había oído todo y había decidido protegerlo a él saliendo ella de sus

limites seguros. ¡Jodidos cabrones! Maldijo a sus amigos mientras se dirigía a la ducha. ¡Jodidos gilipollas incompetentes! Miró el reloj del vestuario mientras abría su taquilla, Llevaba hora y media fuera de casa, ya había hecho el idiota lo suficiente por el día de hoy.

La noche ya había caído pero Mel seguía en el salón, estaba aterida, su pequeño cuerpo era un témpano de hielo y, pese a que el frío no solía dejar pensar a la gente, Mel había pensado, había pensado mucho, había tomado conciencia de su corazón herido, había tomado conciencia de que tal vez no había sido buena idea exponerse tanto, entregarse tanto, revelar tanto. El sonido de la llave en la cerradura no provocó ninguna reacción en ella, no se movió ni un ápice, la desnuda pared frente al sillón ya no tenía secretos para ella.

La casa estaba en silencio y en penumbra. Al final no había sido una hora sino dos las que Carlos se había ausentado, al salir de la ducha se había encontrado con un cliente aburrido que quería conversación y le había llevado un buen rato deshacere de él sin resultar maleducado. El resultado de esas dos horas era que ya estaba absolutamente preparado para afrontar la conversación con Mel, para sacarla de su error y que todo volviese a ser tal y como él lo había planificado, necesitaba a Mel cerca de él. Ahora Jack le parecía el tipo más sensato del mundo cuando lo había organizado todo para que él trasladase su despacho a la sede de Anderson & Asociados. Jack quería a Helena cerca de él y no a quince minutos en coche y sola en el edificio de oficinas donde Carlos ubicaba su antiguo despacho. Él quería lo mismo para Mel, la quería trabajando a su lado y beneficiándose de la seguridad que ofrecía el edificio propiedad de su amigo. Le extrañó que las bolsas con las compras de Mel estuviesen tal y cómo las había dejado ella cuando volvió de su tarde de compras, de pronto fue consciente del silencio que lo rodeaba y que penetraba por todos los poros de su piel. Giró un instante la cabeza para ver la cocina, ni luz ni ruido, apoyó un pie en el primer escalón dispuesto a subir y al elevar la mirada supo que Mel tampoco estaba arriba, ni luz ni ruido, pero la cuestión era que tampoco salía luz ni ruido del salón. Tembló al imaginar a Mel sentada en el mismo sillón en el que la había dejado “No te muevas de aquí” creyó recordar que aquellas habían sido sus palabras, pero no era posible que Mel se las hubiese tomado en sentido literal, tal vez se hubiese quedado dormida en el sillón, los calmantes que tomaba eran fuertes y podían producir somnolencia. Tenía que ser eso, se dijo, aunque en el fondo sabía que estaba engañándose. Traspasó el umbral del salón y se quedó lívido al ver a Mel exactamente en el mismo sillón y en la misma postura en la que él la había dejado, solamente había una diferencia palpable y

evidente, los ojos de Mel ya no lo miraban muy grandes y asustados, no parecían haberse percatado de su presencia, ahora estaban brillantes, muy rojos y regueros de lágrimas que parecían no tener fin corrían por sus mejillas. Ese llanto heló la sangre de sus venas. Había consolado en multitud de ocasiones a Lola y a Helena, éstas lloraban sollozando, hipando, gesticulando, pero Mel parecía en trance. Tragó saliva temiendo haber cometido un error irreparable y se acercó muy despacio a su niña. No pudo controlar el temblor de su mano cuando la acercó al rostro de Mel con la intención de acunarlo y barrer sus lágrimas de nuevo. Carlos nunca había tocado un cadáver, todo el mundo hablaba de la frialdad de la piel, sabía que Mel estaba viva porque los muertos no lloraban y los ojos de Mel no dejaban de verter lágrimas en sus mejillas, pero eso no lo tranquilizó, sus dedos se enfriaron como si los hubiese metido en el congelador cuando los posó en su mejilla húmeda. Con mano temblorosa tocó su hombro desnudo, estaba congelado, descendió hasta su mano, volvió a tragar saliva un tanto aliviado porque Mel no lo rechazaba, dócilmente le permitió tomarle la mano y llevarla hasta sus labios, el alivio se evaporó en cuando éstos recibieron el impacto glacial de sus pequeños dedos que estaban flácidos y sin tensión alguna. Esa gelidez ni era sana ni era normal porque Mel no temblaba, con aquella temperatura corporal sus dientes hubieran debido sonar como decenas de castañuelas en un concierto, en cambio, las frambuesas se mantenían firmes, sin ningún rictus revelador. Carlos se asustó temiendo que Mel hubiese entrado en una especie de trance, no sabía muy bien cómo debía actuar pero estaba claro que lo primero era conseguir que aquel diminuto cuerpo que él había comenzado a adorar recuperase el calor. Debía subir y prepararle un baño caliente, dudó sobre la conveniencia de dejarla allí mientras lo hacía. ¡A la mierda! Se dijo. No iba a dejarla sola en una buena temporada. Mel no protestó cuando la tomó en brazos, de hecho, no reaccionó, se dejó llevar por las escaleras sin que sus ojos dejaran de mojar su rostro. Sin soltarla ni un instante, Carlos abrió el grifo de la bañera, y colocó el tapón. Recordó los cestos de sus hermanas y rebuscó en ellos, nunca fallaba, había por lo menos dos botes de sales de baño, lavanda... rezaba uno de ellos, arrugó la nariz, no le gustaba el aroma a lavanda, cogió el otro, esencia de azahar, no eran sales de baño, la etiqueta explicaba que era un aceite esencial con propiedades sedantes y calmantes, que favorecía el sueño reparador, explicaba además que, en casos de estados anímicos bajos calmaba la angustia y, en casos de conmoción psicológica devolvía la energía y vitalidad perdida. A Carlos todo eso le sonó a patraña barata pero le valía con tal de no oler a lavanda y, si aquel mejunje cumplía la mitad de lo que prometía, sería más

que suficiente. Posó a Mel en la suave alfombra del baño y la desnudó con delicadeza, aún lucía aquel precioso conjunto de ropa interior que lo había excitado aquella mañana. Se sentía un capullo por tener una erección justo en ese instante y le ordenó a su miembro que abandonase de inmediato sus intenciones, no funcionó, su miembro lo mandó a la mierda y siguió creciendo mientras despojaba a Mel de sus braguitas, ella, como una buena niña, levantó primero una pierna y luego otra para facilitarle la tarea, Carlos no sabía cómo debía interpretar esos gestos. Una vez la desnudó, la tomó de la mano y comenzó a despojarse de los pantalones de deporte y la camiseta de repuesto que guardaba en la taquilla de su gimnasio, no llevaba ropa interior, se deshizo de sus deportivas y volvió a tomar a Mel en brazos, cerró el grifo y la introdujo en el baño, Mel seguía sin protestar, pero tampoco reaccionaba ni para bien ni para mal. Carlos no lo dudó ni un instante y se metió en la bañera con ella, volvió a agradecer a su hermana Marta las dimensiones de su cuarto de baño mientras se situaba tras ella acomodándola entre sus piernas. Satisfecho, Carlos buscó apoyo para su espalda y entonces la obligó a recostarse en su pecho, Mel accedió y él no perdió el tiempo, la rodeó con los brazos posando las manos bajo el agua en la ligera curva de su vientre, frunció el ceño porque los brazos de Mel permanecían inertes a ambos lados de su cuerpo. Se obligó a ser paciente y a esperar que el calor del agua, su propio calor corporal y el maldito brebaje que había vertido en la bañera surtiese el efecto deseado, que no era otro que el devolver a la vida al cuerpo inerte de la preciosa niña de sus ojos.

Mel sentía como el calor se iba apoderando muy lentamente de su cuerpo, primero fueron los dedos de sus pies y de sus manos, la calidez ascendió paulatinamente por sus extremidades, su vientre se había calentado de inmediato en cuanto Carlos había posado las manos allí, la punta de su nariz y las mejillas fueron las últimas partes del cuerpo de Mel en volver a la normalidad.

Carlos fue consciente de que Mel estaba volviendo en sí poco a poco, la inclinó sobre su brazo para examinar su cara, seguía mojada por las lágrimas y aquello lo estaba matando. Temía haber provocado en la vulnerable Mel un daño irreparable, había sido un cobarde, lamentablemente no podía dar marcha atrás y mucho se temía que dijese lo que dijese no iba a ser capaz de consolarla con palabras, tenía que tratar varios temas con ella, estaba lo del trabajo, estaba lo del cambio de nombre, lo del operativo del día siguiente, además, había recibido una llamada de Lucía, la madre de Jack, que se limitaba a ordenarle que no la decepcionase mientras lo citaba para acudir a la fiesta de bienvenida que había organizado para Mel. Era una conversación que les llevaría horas y ninguno de

los dos estaba preparado para afrontarla, sólo le quedaba una opción, los gestos, pedirle perdón con sus manos y con sus labios, hacerle el amor, nada de sexo, hacerle el amor como nunca lo había hecho antes y rogar a la Diosa de las novias heridas que intercediese para que Mel no hubiese perdido su dulzura con él. Frunció el ceño cuando, con su dedo índice y el pulgar, la tomó por la barbilla para colocar su rostro cerca de sus labios, examinó los golpes que estaban mudando de color y seguían estropeando el rostro de Mel, estaba deseando que ella pudiese volver a verse en el espejo con su linda cara libre de marcas, aquello iba a ser muy bueno para comenzar a olvidar. Se sintió afortunado cuando Mel cerró los ojos y entreabrió sus labios mullidos para recibir su beso, tan dulce, sabrosa y adictiva como siempre. Carlos necesitó mucha fuerza de voluntad para frenar a su lengua, estaba deseosa de tocar a Mel, de lamer, de saquear pero ninguno de los dos necesitaba eso, por lo menos él, él necesitaba volver a grabar a fuego en su piel todas y cada una de las sensaciones que, mucho se temía, Mel había olvidado en sus dos horas de ausencia.

Mel se dejaba de llevar, era tan bonito sentirse de nuevo así, amada, venerada, cuidada, sentirse como algo valioso para alguien. Abrió los ojos cuando Carlos abandonó sus labios para besar sus mejillas muy suavemente, como si fueran besos de mariposa. Ahora se sentía arder, al calor del agua se unía el calor corporal de Carlos, estaba totalmente envuelta en sus brazos, sus piernas la aprisionaban reteniéndola, su mano la sostenía por la barbilla y guiaba su cabeza de un lado a otro cada vez que sus labios querían alcanzar una nueva zona. El frío era malo, el calor era bueno, aunque durase poco, pensó. Ella ahora necesitaba el calor, luego ya vendría el frío de nuevo cuando los dos pusiesen las cartas sobre la mesa, cuando Carlos tomase conciencia de que aquello no iba a ningún sitio, que no podía ni debía cargar con Mel, que ella no necesitaba más inseguridad ni más amenazas de traición en su vida. Sentada en aquel cómodo sillón, invadida por el frío, Mel había pensado que su corazón se había enfriado. ¡Qué engañada estaba! Un mero roce de sus labios, una gran mano abarcando su vientre y ya estaba entregada. Su corazón y su cuerpo reconocían a su dueño. Su mente era la única parte de ella que intentaba permanecer firme pero ahora no quería escucharla, tal vez fuese la última vez que los labios de Carlos hiciesen su magia y, desde luego, merecía disfrutarlo. Mel levantó la mano y le acarició la nuca, revolviendo aquella mata de mechones rebeldes que tanto le gustaba. Carlos cantó victoria cuando sintió la caricia de la pequeña mano de Mel, llevaban demasiado tiempo a remojo y necesitaba una cama para lo que había planeado, en otras circunstancias, hubiera esperado un poco más pero necesitaba

saciar sus ansias de demostrarle a Mel que, a pesar de haber metido la pata, seguía adorándola. Carlos salió de la ducha, y le tendió la mano. Mel se la tomó sin dudas, sin reservas, confiada y Carlos dio gracias a su buena fortuna, no la dejó salir, la envolvió en una toalla y la izó en brazos, Mel se acurrucó acariciando con la mejilla los rizos de su pecho y Carlos sonrió por primera vez en horas, la crisis había sido superada. Mel se dejó llevar, se estiró en la cama desprendiéndose de la toalla y extendió los brazos reclamando el cuerpo de Carlos. ¡Joder! Pensó Carlos, más le valía no olvidar la joya sensual que había entrado en su vida. No la decepcionó, se tumbó de costado a su lado, dobló el codo para apoyar la cabeza en él y tener una perfecta visión del dulce cuerpo de Mel, su recién estrenada sensualidad le estaba volviendo loco y sus dedos le picaban por erizar la piel expuesta, comenzó por la cadera, deslizando las manos con suavidad, en un trazo errático, imprevisible. La respiración de Mel comenzaba a agitarse y Carlos auguraba que muy pronto le faltaría el aire, sus suspiros espoleaban a sus dedos que rondaban un pecho sin llegar a rozar el pezón ya erguido, expectante. Los mullidos labios lo reclamaban y Carlos decidió complacerla, esa era hoy su misión, complacer, excitar, conquistar... y así lo hizo, esta vez fue su lengua la que primero entró en acción, lamiendo, sólo con la punta, nada burdo ni precipitado, todo suave, muy lento, tanto como para ponerla al borde del orgasmo sólo con las yemas de sus dedos y su lengua. Mel quería sentir más, y su lengua salió al encuentro, también quería grabar a fuego en su mente cada gesto, cada sensación, sabía que ese recuerdo iba a alimentarla en el futuro, su primer amante, su único amante. Nunca otro estaría a su altura, Mel no iba a permitirlo, nunca otro la tendría como la tenía Carlos, su destino era la fría soledad, este calor de hogar había sido una sucia jugarreta de su destino. No hiló más pensamientos, Carlos comenzó una suave tortura en sus pezones, acariciaba uno con la palma de su mano y lamía y mordisqueaba al compañero, Mel estaba más excitada que nunca, sus caderas se elevaban buscando alivio pero Carlos había atravesado su vientre con un brazo impidiendo su movimiento. La consecuencia era que sin poder actuar, Mel sólo recibía y estaba recibiendo el placer más intenso que jamás había podido imaginar, infinitas pequeñas corrientes de placer la recorrían en todas las direcciones, cosquilleando aquí y allá. Mel pensó que su cuerpo estaba a punto de romperse por completo bajo el azote castigador de la lengua y los dedos de su todo. Sentía mucho calor, sentía humedad, sentía su clítoris protestar porque nadie le hacía caso y sentía enroscarse en su vértice aquella familiar sensación, el orgasmo llegaba. Mel nunca hubiera imaginado que sería posible sentirse así

sin que Carlos estuviese dentro de ella, sin que ni tan siquiera un dedo se hubiese posado sobre su sexo. Pero era verdad, allí estaba y no podía detenerlo, intentó elevar las caderas aprisionadas por el brazo de Carlos pero fue inútil, apretó sus piernas una contra la otra intentando controlar la furiosa oleada de placer que la bañó, Mel se sintió gemir, le pareció gritar y finalmente emitió un profundo suspiro gutural cuando la laxitud se apropió de todas sus extremidades. Además de afortunado, Carlos se sentía orgulloso de sí mismo como hombre, había conseguido su misión, había conseguido que el cuerpo de su niña se derritiera de placer en un potente orgasmo conseguido utilizando únicamente sus manos y su lengua. Alguien debería colgar una medalla de oro a su vanidoso ego masculino que sonreía con satisfacción ante la preciosa imagen que ofrecía Mel. Su rostro sonrosado, los labios entreabiertos y el pecho subiendo y bajando a toda velocidad intentando recuperar el ritmo correcto de su respiración, su piel brillaba y estaba terriblemente suave, desprendiendo un adictivo olor a mujer y azahar. Cuando averiguase a cuál de sus hermanas pertenecía aquel potingue, Carlos iba a surtir su baño con todos los litros disponibles en el mercado. No pudo obviar más a su miembro que dolorosamente erecto reclamaba la recompensa por su paciencia, Carlos quería dársela y se acercó a Mel para susurrarle al oído las primeras palabras que salieron de su boca desde que, sentada en su regazo, su enana había respondido a su pregunta con una confianza que él había traicionado por un par de horas.

—Te quiero. Eres la preciosa niña de mis ojos. ¿Puedo demostrártelo?... Cariño... ¿Puedo seguir haciéndote el amor?

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 16

*“Hicimos el amor. Hicimos el amor en medio de la tristeza.”*

*Charles Bukowski*

Las palabras de Carlos susurrándole al oído consiguieron que, una vez más, toda la piel de su cuerpo se le erizase. ¡Dios mío! Aquello era una locura, su todo acababa de declararle de nuevo su amor, Mel estaba desconcertada, tan pronto había huido encarnando al indiferente para volver convertido en el hombre del que Mel se había enamorado. Mel se sentía confusa, no tenía experiencia con los hombres, con las relaciones, no conseguía entender esa dualidad que Carlos había manifestado. Tal vez se hubiese precipitado en sus conclusiones. Relajada por el orgasmo, arropada por el calor de Carlos Mel abrió los ojos y fue recibida por el océano, ahora estaba en calma, sereno, acariciador, era el océano de una tarde de verano, cálido, muy alejado de las furiosas tormentas invernales que había dejado entrever apenas unas horas antes. Mel lo quería así, no tenía sentido fingir, Mel quería ese océano, quería a Carlos. Otra cosa era el que ambos consiguieran encontrar el cacareado punto de encuentro del que hablaba Lola pero ese, ese era otro tema que debía esperar, Mel quería sentir a Carlos, quería su amor, lo quería en ella, dentro de ella.

—Te quiero —Mel alzó la mano y acarició la mejilla de Carlos —Hazme el amor como si sólo tuviéramos una oportunidad más.

Carlos estaba tan consumido por el deseo, anhelaba tanto a Mel, su calor, sentirla suya, marcarla, que aplastó al dedo encargado de apretar el botón rojo que hubiera debido de encender la alarma en su mente tras escuchar el último ruego de Mel, de modo que, a pesar de que una lejana voz le advertía que debía prestar atención a esas palabras, su miembro le ganó el pulso a su cerebro. Carlos alargó la mano al cajón de la mesilla, no más ruleta rusa, quería correrse dentro de Mel pero no quería dejarla embarazada. Puede ser que batiera el récord de los hombres que estaban devorados por el deseo dados los escasos segundos que le llevó colocarse el condón y situarse entre las piernas abiertas y ligeramente dobladas entre las que Mel ofrecía su dulce refugio. A Carlos no le hacían falta más preliminares tras haberse sometido a una tortura mientras le proporcionaba placer a Mel, en todo caso, se sentía feliz de haberla saciado porque dudaba mucho de que fuese capaz de contener su estallido el tiempo suficiente como para complacerla de nuevo. El centro del ser de Mel, brillante por su excitación y por la humedad de su placer, le indicó que, para ella, los

preliminares también habían finalizado ya, sin embargo, decidió resistir un poco más, la sabía muy sensible, cualquier roce la haría delirar de placer y no podía olvidar que esa era su misión. No tuvo reparos en demorar de nuevo su satisfacción, los ojos marrones de Mel lo miraban confiada y él se sintió indigno de esa confianza tras su última actuación, tragó saliva y sonrió al ver cómo su preciosa enana se tensaba cuando adivinó sus inmediatas intenciones.

—Tranquila cariño... —Carlos posó un brazo inmovilizando su vientre al tiempo que descendía para probar el brillante manjar que se le ofrecía.

Mel abrió mucho los ojos e intentó protestar cuando las miles de terminaciones nerviosas de su centro de placer se pusieron en alerta al ser estimuladas por la lengua de Carlos. Nunca hubiera podido imaginar que... ¡Oh Dios mío! Apenas le llegaba el aire, sus músculos volvían a estar alerta, la tensión se había apoderado de sus dedos que se crispaban agarrando la sábana como si ésta fuese el ancla que aun la mantenía en el mundo de los cuerdos. Mel estaba a punto de abandonar ese mundo mientras se sentía saboreada, la lengua de Carlos no daba tregua, ayudada por sus hábiles dedos que la dejaban al descubierto, su lengua saqueaba su sexo igual que había saqueado su boca. Sin poder coordinar ya pensamiento alguno, la mente de Mel traspasó por primera vez en su vida el umbral que la llevó a un nuevo mundo, era un mundo precioso porque en él sólo se podía hacer una cosa, sólo se podía sentir bonito, sólo se podía sentir placer.

La dulzura de Mel, el denso almíbar de mujer lo estaba alimentado como ninguna otra cosa lo había hecho antes. Carlos podría estar bebiendo de Mel durante horas, si sus labios eran pícaras frambuesas, su sexo era algo así como la miel de azahar que lo endulzaba todo. Carlos estaba a punto de declararse adicto al sabor de Mel, dependiente de su dulzura, adepto a sus curvas, incondicional de su ombligo, fanático de sus pechos y yonki de sus labios, en definitiva, Carlos se declaraba apasionado de Mel y aquella dosis extrema de placer era lo único que se le había ocurrido para grabárselo a fuego en cada poro de su piel. Los pequeños espasmos de Mel lo avisaron de la gran caída y allí estaba él, testigo de primera mano del espectáculo más bello que sus ojos recordaban, Mel, ruborizada al máximo, con la respiración entrecortada y la espalda arqueada buscando el cielo, las manos aferrándose a las sábanas y los labios liberando un gemido que procedía del lugar más profundo de su ser, de su secreto, de su fuente de placer. Carlos no lo resistió más y, tumbándose sobre Mel, encerró su cabeza entre sus brazos y comenzó a besarla al mismo tiempo que su erección se abría paso entre la humedad y el calor de Mel.

Mel estaba tan sensible que era capaz de sentir cómo Carlos avanzaba milímetro a milímetro en su interior, a pesar de que su mente permanecía en el mundo bonito, pudo ser consciente de la diferencia, esta vez Carlos se había protegido, la estaba protegiendo, ésta vez no sentiría derramar su semilla caliente sobre la piel, ésta vez su todo podía llegar a su orgasmo en ella sin temor a las consecuencias. Carlos no dejaba de moverse, dentro y fuera, lo hacía con un ritmo constante del que su lengua parecía haberse contagiado porque sus labios apenas se habían despegado de su boca, por eso no se daba cuenta de lo que le estaba pasando, por eso no podía percibir la extraña calidez que la estaba invadiendo y que nada tenía que ver con un nuevo orgasmo que, por otro lado, sentía muy cerca, casi a la vuelta de la esquina, Mel estaba llorando y lo hacía porque tras sentir cerca al indiferente, ahora tenía en su interior al todo protector que la había enamorado, un detalle sencillo, simple, ponerse un condón, protegerse, protegerla había abierto de nuevo el dique. Era la pequeña gota que había colmado el vaso de la inseguridad. ¿Quién era realmente Carlos? ¿Era este amante protector o aquel indiferente que había huido dejándola sola sin explicaciones? ¿Quién era ella, la chica solitaria de Navarra o la mujer de Madrid que comenzaba a olvidar la tristeza? ¿Quién eres Mel? ¿Quién eres Carlos?. Mel lloraba impotente, si no sabía quién era ella, cómo demonios iba a saber quién era Carlos, si no sabía quién era ella cómo iba a tener una relación sincera, si no sabía quién era... el grito desgarrador de Carlos vaciándose en su interior detuvo sus pensamientos, sentir la tensión de su todo desencadenó el tercero de sus orgasmos, más ligero, pero igual de desbordante. Mel se tensó hasta culminar la cima del placer, entonces descendió directamente a los brazos de Carlos, la envolvían igual que en la bañera, con una gran mano sobre su vientre que la ceñía con firmeza a su espalda. Mel cerró los ojos, lo único que rompía el silencio eran sus agitadas respiraciones tratando de calmarse mientras recuperaban el aliento, saboreó el sonido, había sido perfecto, dudaba de que aquello se pudiera mejorar y el nudo en su garganta volvió a aparecer, Mel quería mejorarlo, no quería convertirlo en un recuerdo, pero eso, eso ya no estaba del todo en su mano, en la mano de su corazón. Su mente recién despierta comenzaba a pedirle explicaciones, su mente necesitaba ajustar cuentas, su corazón y su cuerpo querían silenciarla pero su mente insistía. Otra vez no. Nadie va a traicionarnos esta vez ¿Quién va a traicionar a alguien que no sabe ni quién es? Le gritó su corazón a su mente. Su mente respondió gritando también. Quien está cerca de ti es a quién tú le das el poder de traicionarte. Ciérrate de nuevo. Protégenos.

Carlos aún no estaba del todo consciente, sin embargo, estaba contrariado, tras la extrema dosis de placer que Mel había recibido lo lógico era que yaciese laxa, sin fuerzas, agotada y mimosa a su lado, sin embargo, estaba ligeramente tensa, no tan serena como aparentaba y desde luego, con la cabeza a pleno rendimiento. La parte positiva era que, por lo menos, seguía entre sus brazos y su cuerpo por fin caliente, seguía calentando el suyo. Carlos no entendía cómo era posible que los dos no estuviesen ya en el mundo de los sueños recuperando toda la energía liberada, no recordaba haber vivido algo parecido en su vida, nunca había habido en su cama una mujer tan entregada, tan dulce, tan dispuesta, tan serena a pesar de su inocencia. Había tenido un orgasmo potente, sí, tal vez el más intenso que podía recordar, sin embargo la diferencia fundamental había sido el nuevo vuelco que había sufrido su corazón mientras se corría en Mel. Lo embargaba una infinita ternura, unas ganas terribles de construir a su alrededor una cúpula como la de la película, un mundo aparte donde nadie interfiriese, donde todo, excepto ellos dos, quedase fuera. El instinto protector siempre había estado ahí, lo reconocía de nuevo, pero había vuelto a crecer hasta extremos insospechados tras aquel encuentro. Mel era suya, era su responsabilidad velar por ella, por su felicidad, por su bienestar. Frunció el ceño y se llamó capullo repetidas veces. El error cometido era un rótulo luminoso delante de sus ojos, Jack lo había cometido, Héctor lo había cometido y ¡Joder! Él acababa de cometerlo. No podía evaluar el alcance de su metedura de pata, Mel no lo había rechazado, todo lo contrario, le había pedido que le hiciese el amor. ¡Me cago en la puta! A su mente obtusa de abogado acababa de serle revelada la segunda parte de la frase que vagaba sin rumbo dando vueltas por su mente a la espera de ser entendida. Su significado le puso los huevos de corbata. “Como si sólo tuviéramos otra oportunidad más” Aquello sonaba a una jodida despedida, adiós capullo, “sayonara baby” “c’est fini” “that’s all folks” Mel necesitaba a un hombre a su lado, no necesitaba un crío y él se había comportado como un crío, como Jack, como Héctor, ¡Jodidos macho alfa con cerebros reducidos a la mínima expresión cuando se enamoraban! Por lo menos él tenía una cosa muy clara, había aprendido de aquellos dos neandertales, él iba a planificar una cuidada estrategia cuando llegase el momento de los reproches y, ya no le cabía duda, los reproches llegarían muy pronto, tal vez aquella misma noche, sin embargo, cuando así fuese, él iba a estar preparado. Si Mel pensaba que había sido la última vez que hacían el amor, aquello podía tener dos significados, uno, que ella pensase que el motivo de su cobarde huida no era otro que el de que él tuviese la intención de romper su relación, en este caso, Carlos lo tendría

chupado porque ni de lejos tenía la intención de dejar escapar a Mel. La segunda posibilidad era la más inquietante para el abogado, era aquella en la que Mel decidía romper con él, el tema era peliagudo ya que, siendo testigo presencial de las crisis de Helena y Lola, había podido comprobar de primera mano cómo las mujeres solían tejer en su cabeza argumentos disparatados que tergiversaban la realidad y las intenciones de sus compañeros. Durante los meses anteriores había tenido sobrados ejemplos de esta forma de proceder, había asistido atónito junto a Héctor, junto a Jack e, incluso junto a Gus, a discursos que dejaban fuera de juego a mentes tan despiertas y acostumbradas a la negociación como las de sus amigos o la suya misma. Bien, se creía preparado para afrontar la posibilidad, lo primero era conocer lo que pasaba por la cabeza de su enana y, si era preciso, ocultar ante sus ojos el gen que compartía con sus amigos. En su caso ese gen tenía un componente estratega y tal vez manipulador que perfectamente podía trabajar desde la sombra sin gruñir a diestro y siniestro como hacía Héctor. Carlos entendió que no era posible posponer más la confrontación, dado que ya había anochecido y habida cuenta de que sus tripas crujían hambrientas, una conversación delante de la cena que había recogido en casa de su madre era la mejor opción. Carlos movió ligeramente la mano sobre el vientre de Mel y besó su hombro desnudo justo en la marca en la que ya el color morado había comenzado a sustituir al negro original. Estaba en su naturaleza halagar a las mujeres, todo el que lo conocía sabía que era una rasgo inherente a su personalidad, por eso Carlos no olvidó referirse al inolvidable momento que acababa de vivir con Mel.

—Mel, cariño... quiero que sepas que lo que acaba de pasar es algo así como la mejor experiencia de mi vida. Te quiero Mel, sé que tenemos que hablar y hablaremos, pero no olvides lo que te acabo de decir.

Mel le preguntó a la Diosa de las mujeres inexpertas por qué justo cuando una parecía haber tomado una decisión fundamentada, los hombres hacían y decían todas esas cosas dulces con las que una soñaba desde adolescente. Lamentablemente la Diosa no le respondió y el nudo en la garganta no le permitió hablar, así que se limitó a asentir, rogando que la humedad de sus ojos se vertiese hacia dentro y no volviese a anegar su rostro. Llorar para dentro era una buena cosa que, al igual que la fría soledad, no le era ajena. Asintió temblando de nuevo mientras Carlos repasaba con delicadeza el gran golpe de su espalda.

—¿Duele?

Mel se encogió de hombros, dolía menos, de hecho el dolor emocional

anestesiaba el resto de molestias pero, aun así, el golpe en la espalda era el peor de todos.

—Está bien... mi niña... Tienes que comer algo para tomar los calmantes, mi madre nos ha mandado pavo a la naranja, es uno de sus plato estrella. ¿Te apetece compartir un trozo conmigo para cenar? —Por esta vez, Carlos iba a dar por buenos los gestos en vez de las palabras.

Mel volvió a asentir. Sentía bullir en su interior dos torbellinos de emociones, las positivas, el amor, el cariño, la ternura y la protección de Carlos, en contraposición, las negativas, las dudas, la posibilidad de una traición, la posibilidad de que el indiferente volviese en cualquier momento.

Carlos se levantó, rescató un ligero pantalón de pijama de lino gris de su armario y localizó en el cajón de Mel uno de los pijamas cortesía de Helena. Esperaba que su enana tuviese el mismo gusto por la lencería fina que su empleada. Carlos soñaba con llegar a casa, cansado tras un día de trabajo y poder disfrutar de la feminidad que desprendían aquellas prendas sobre el cuerpo de cualquier mujer, aunque claro, era evidente que a él ya no le valía el cuerpo de cualquier mujer, el quería toda esa lencería sobre el pequeño e imperfecto cuerpo de la preciosa niña de sus ojos. La pieza que resbalaba entre sus dedos era un delicado mono de raso gris perla, de tirantes finos y con un aceptable escote en pico cubierto de encaje gris azulado, el mismo encaje lucía los bajos del short haciendo resaltar los muslos que enmarcaban. Carlos supuso que Mel necesitaba unos minutos a solas, no quería concederle esos minutos, no quería que su mente tuviera tiempo de pensar, ya había pensado a solas lo suficiente para el día de hoy, pero recordó su estrategia. Al tiempo que le tendía la prenda, la besaba en la frente.

—Te espero abajo, cenaremos en el salón. Dame quince minutos y tendré todo listo.

Mel no tuvo ocasión de responder y se limitó a contemplar la sensual imagen de la espalda desnuda y musculada de Carlos mientras éste abandonaba el dormitorio. Había que ser de piedra para no admirar su figura, su pelo revuelto por el sexo y sus fuertes piernas camufladas bajo el fluido tejido del pantalón de pijama. Esbozó una tensa sonrisa porque todo en el cuerpo de Carlos era perfecto, el pantalón caía algo más abajo de las caderas dejando al descubierto dos preciosos hoyuelos situados estratégicamente en el lugar exacto en el que la espalda perdía su nombre. Suspiró, tenía que ser fuerte, había decidido ser una mujer fuerte, segura, dispuesta a cometer sus propios errores y con una férrea

determinación a no ser traicionada nunca más. Consideraba que Carlos la había traicionado, o por lo menos, se le había revelado tal posibilidad, desde luego si equiparaba la traición de su hermano con los actos de Carlos, no había lugar, éste no había alcanzado ni de lejos el rango de Juan. El tema era que ella no podía vivir teniendo dudas, la persona a su lado debía de contar con su confianza absoluta y, desde luego, le dolía el corazón al no poder negar la evidencia. No había garantías de que Carlos no volviese a actuar así. Mel había comenzado a desconfiar y, por tanto, necesitaba proteger su parte más vulnerable, su corazón, la parte que ya había entregado al hombre con los ojos del color del océano.

Carlos había dispuesto dos salvamanteles redondos, gruesos y de rafia sobre la mesa del salón, revisó que no faltase ni un plato ni un cubierto y, satisfecho observó su obra, había elegido situar a Mel en la cabecera y él a su lado, nada de sentarse frente a frente, necesitaba tocarla. Al pavo apenas le quedaban un par de minutos, aún estaba caliente cuando su madre le bajó la bandeja del horno al portal. En otra ocasión le hubiese gustado acompañar la cena de una copa de vino blanco pero los calmantes de Mel contraindicaban la ingesta de alcohol, la gran jarra con agua fresca debía de bastar esta vez. Escuchó la alarma del horno casi al mismo tiempo que sintió a Mel tras él, se giró y tragó saliva ¡Malditos pijamas diseñados por la Diosa encargada de volver locos de deseo a los incautos hombres enamorados! Agitó ligeramente la cabeza ¡Qué cojones malditos! ¡Bendita Diosa de la lencería femenina! Sintió la aprobación telepática de su madre cuando, con un gesto cortés, le apartó la silla a Mel para que se sentase. Evitó sonreír cuando la vio morder su labio inferior, eran pequeñas señales que le ayudaban a adivinar a Mel, la parte física, la electricidad entre ellos, no había disminuido ni un ápice, todo lo contrario, parecía haber crecido bajo el influjo de la intimidad compartida.

Mel se acomodó en la silla, estaba nerviosa, muy nerviosa, casi tan nerviosa como cuando había acudido a la peluquería de Lola a disculparse por el comportamiento de su hermano, su piel estaba en alerta ante una posible caricia. Carlos era un hombre que no regateaba en muestras y gestos de cariño, ésta vez no fue una excepción. Mel dio un pequeño respingo cuando Carlos posó con suavidad las manos sobre sus hombros y depositó un ligero beso junto a su oído.

—Ahora mismo vuelvo —Carlos sonrió satisfecho al comprobar que el cuerpo de Mel no podía dejar de reaccionar ante él. Se agitó inquieto frunciendo el ceño, el mismo mal lo aquejaba a él, su miembro parecía no haber tenido suficiente.

Por un tácito acuerdo que ninguno de los dos se molestó en verbalizar,

cenaron el absoluto silencio, si bien Carlos constató una gran diferencia entre ellos, Mel apenas había levantado al cabeza del plato de pavo que, gracias a Dios, comía con evidente apetito. Tras haber bregado con la inapetencia de Helena y Lola durante sus crisis, era un cambio refrescante no tener que preocuparse de que Mel se alimentase correctamente. Carlos apenas le quitaba la vista de encima mientras daba cuenta de su ración, su madre se había superado de nuevo. Observaba a Mel con curiosidad, sus modales en la mesa eran exquisitos y lo obligaban a no bajar la guardia a pesar de estar cenando en casa, ella hubiese podido sentarse a cenar en la mesa de un marqués y no hubiese desentonado ni un instante. Carlos frunció el ceño concentrado en Mel, su porte era regio, la espalda estaba completamente recta y sostenía los cubiertos con elegancia cuando cortaba el pavo en pequeñas porciones que masticaba sin apenas mover su boca, su gesto sosteniendo la copa de agua y la delicadeza con la que secaba sus labios tras beber le recordaban a una mujer educada en una de esas antiguas escuelas para señoritas, sin embargo, sabía que no había sido así. Se encogió de hombros, los gestos en Mel parecían fluir con naturalidad, en un momento dado, ella dio por finalizada la cena colocando los cubiertos en una posición que él no dudó fuese la adecuada y, por fin levantó la mirada, justo para encontrarse con que él la miraba fijamente con la boca medio abierta como un papanatas y con los cubiertos colocados de cualquier manera sobre el plato. Carlos sacudió la cabeza azorado y, con rapidez, se levantó y recogió los platos.

—¿Postre? —le preguntó con suavidad. Al ver que negaba con la cabeza, Carlos asintió conforme —Si no estás muy cansada me gustaría que hablásemos ahora —De nuevo Mel simplemente asintió sin pronunciar palabra. Paciencia... se dijo Carlos. Con su actitud, Mel le estaba recordando enormemente al ratoncillo asustado que era Lola en el momento en el que él la había conocido y eso, eso era una muy mala señal —Bien, puedes ponerte cómoda en el sofá, voy a meter esto en el lavavajillas y ahora vuelvo.

Lo que Carlos no esperaba al volver al salón, era que Mel hubiese escogido el mismo sillón en el que la había encontrado horas antes en un estado tan lamentable que iba a recordar el resto de su vida. Frunció el ceño, él había pensado en una charla en su gran sofá, donde pudiera tocarla y acariciarla mientras hablaban. Ahora sus planes habían sido frustrados, porque por muy cerca que se sentase de Mel, mediaría toda una distancia entre ellos y a Carlos, esa distancia no le hacía ni puñetera gracia. Aun así, se tragó su protesta junto con su malestar y se sentó en la esquina del sofá grande, una cosa era dónde empezaban la conversación y otra muy distinta sería dónde terminaba. El



abanico de temas era lo suficientemente extenso, les llevaría un buen rato tocarlos todos, repasó la figura de Mel enfundada en aquel ligero pijama, perdida en el sillón, mientras barruntaba acerca de la posibilidad de que su cuerpo volviese a enfriarse.

—Cariño... ¿Tienes frío? —A pesar de que la noche era calurosa y las ventanas del salón estaban entreabiertas, Carlos no quería volver a sentir aquel frío intenso en la piel de Mel.

Mel abrió mucho los ojos, de todas las preguntas habidas y por haber, de todos los temas pendientes, Carlos elegía empezar su conversación preocupándose por ella, de nuevo el amante protector, como si ya no tuviera suficiente con tener a la vista el desnudo torso de su todo, los suaves rizos de su pecho, su ombligo redondo entre las onzas cuadradas de su tableta de chocolate y aquella hendidura en las caderas que pocos hombres tenían la fortuna de poder lucir como Carlos lo hacía. Mel estaba tomando conciencia de que, si Carlos continuaba usando toda su artillería física y verbal, ella iba a tener serias dificultades para mantenerse firme. Mel negó de nuevo con la cabeza. Estaba siendo terriblemente maleducada pero lo cierto era que no hablaba porque no estaba segura de que su tono de voz no temblase en cuanto las palabras abandonasen su boca. Era una situación muy parecida a la que siempre había vivido cuando hablaba con su hermano Juan, como si no supiese muy bien por dónde él iba a salir. Ese hecho le generaba a Mel una terrible sensación de angustia que provocaba que su voz flaquease por momentos, entonces Juan solía devolverle la mirada con un gesto en su rostro que claramente le indicaba que él pensaba que tenía a una completa idiota por hermana. Ver en el rostro de Carlos un gesto parecido a aquel iba a ser mucho más de lo que ella podría soportar.

Carlos se encomendó a todos los Dioses de los hombres que habían metido la pata con sus mujeres y a todos los Dioses de los abogados en apuros por tener que mezclar temas profesionales con personales. Les rogó que lo guiasen por el buen camino y comenzó a hablar.

—Bien... pero si tienes frío... por favor... avísame.

No le quedó otra que aceptar otro breve asentimiento de cabeza. Carlos decidió sacarse de encima la farragosa conversación con Jaime y las consecuencias que para ella iban a tener las decisiones que la policía había tomado. Le llevó casi diez minutos desgranar minuciosamente todos los pormenores, le habló de la especie de cautiverio que sufriría el día siguiente y finalizó con el tema del cambio de nombre y apellidos. Mel no dejó de mirarlo ni

un solo momento y Carlos estaba cada vez más incómodo porque, desde que había conocido a Mel, ésta era la primera vez que no la percibía en su totalidad, con lo cual, no tenía ni una mísera pista con la que poder diseñar una estrategia que guiase sus siguientes pasos. Decidió ceñirse a su plan original y continuar ocultando su yo protector que estaba deseando levantarse, cogerla en brazos, sentarla en su regazo y asegurarle que todo iba a salir bien. Mel mantuvo silencio durante unos segundos, Carlos ya estaba comenzando a incorporarse cuando las palabras de su enana lo volvieron a clavar al asiento por su claridad y contundencia.

—Confío en que, tanto Jaime como tú, vais a hacer lo posible por mantenerme a salvo... así que haré todo lo que me digas que tengo que hacer. ¿El cambio de nombre? —Mel se encogió de hombros, el orden de sus apellidos poco importaba ya —Es cierto que me gustaría que en mi documentación figurase el nombre que realmente quisieron ponerme, Carmela, los apellidos me dan igual, en cuando a lo del apellido materno, sabes que lo ignoro... pero... — Mel formuló su petición con la mirada perdida en el océano de sus ojos — necesito saber quién soy de verdad, es evidente que carezco de recursos para hacerlo así que si Jaime puede hacer algo... se lo agradeceré enormemente.

Mel se sintió afortunada de soltarlo todo de un tirón sin el más mínimo temblor en su voz, sin duda, había sido de gran ayuda el hecho de que había empezado a hablar con su abogado, habría que ver cómo se las arreglaría cuando el tema de conversación mudase al terreno más íntimo y personal.

—Bien... —Carlos decidió mantenerse por el momento en el mismo registro que Mel, seguro, profesional y casi impersonal —Normalmente este trámite se puede demorar semanas, los funcionarios del registro han de hacer ciertas comprobaciones previas para saber si entras dentro de los supuestos en los que se pueden llevar a cabo estos cambios, por fortuna no suelen ser demasiado estrictos en casos como el tuyo y mucho menos si presento algún tipo de documento en el que la policía avale tu petición.

Carlos vio cómo Mel volvía a asentir conforme y se percató de que su niña iba a economizar todas y cada una de sus palabras durante la conversación. Nada que ver con la mujer entusiasta que, aquella misma tarde, le había explicado sus planes sentada sobre sus rodillas. Parecía que habían transcurrido días desde aquello y estaba haciéndose evidente que con Mel, todo era de una intensidad tal que le hacía olvidar que apenas hacía una semana que ella había entrado en su vida. El otro tema desagradable era el pacto de Juan con la fiscalía y Carlos lo abordó intentando prever el impacto que la noticia producía en Mel. Otra vez se

vio sorprendido por su repuesta, de nuevo, su niña se olvidaba de sí misma para preocuparse por otra persona, sus palabras fueron un fiel reflejo de su gran generosidad y belleza interior.

—No me interesa Juan, ni su vida, ni dónde esté. Ya te he dicho que no quiero volver a verlo. Sólo quiero que me digas si Lola puede salir dañada de nuevo de todo esto, si ese pacto o como quiera que se llame le afectará a ella.

Nunca el tono de voz de Mel había sonado tan gélido. Ella misma lo había percibido y no se preocupó en corregirlo para causar otra impresión. Era la verdad, la pura verdad, Juan estaba fuera de su vida para siempre. Esperó expectante la respuesta de Carlos.

—No. Son casos independientes, además creo que Juan no va a ver reducida su condena, simplemente, va a poder cumplirla en uno de los mejores centros penitenciarios del país. Ya sabes, menos ratio de presos, mejores instalaciones, un módulo con delincuentes no peligrosos...

Mel asintió conforme. No le importaba cómo Juan pagase por sus delitos, lo que le importaba era que cumpliera su condena por lo que le había hecho a Lola.

La conversación cliente-letrado había finalizado. Carlos evaluó a Mel, parecía serena, no mordisqueaba su labio inferior, pero en cambio sus dedos estaban crispados sobre los brazos del sofá. Mel trataba de despistarlo con una pose aparentemente relajada pero, aún le quedaba mucha escuela para ocultar ciertos gestos propios de la comunicación no verbal que él, como letrado, estaba acostumbrado a buscar en sus interrogatorios. Carlos tomó aire, había llegado el momento de arrodillarse para pedir perdón y se sorprendió incluso a sí mismo cuando, de manera espontánea, hizo justo eso, literalmente se arrodilló ante el sillón donde una Mel con los ojos castaños muy abiertos lo miraba con sorpresa. Carlos hubiese querido tomarla de las manos pero no iba a dar las cosas por sentadas, sobre todo, cuando la duda sobre si sería bien recibido había pasado de ser una posibilidad a convertirse en una dolorosa realidad. Todo en Mel le hablaba, si no de rechazo, sí de un ligero recelo. Carlos se temía que iba a pagar un alto precio por su comportamiento y le dolía el corazón sólo con imaginar las palabras definitivas que Mel podía pronunciar en cualquier momento y que la sacarían de su vida.

—Mel... cariño... quiero pedirte perdón por mi comportamiento de esta tarde. No quiero hacer un discurso sobre los motivos por los que he reaccionado así de mal porque, sencillamente, no hay nada que justifique mi deplorable actitud al dejarte sola. ¿Podrás perdonarme?

¡Ay Dios! Allí estaba... la más pura sinceridad en el océano de los ojos de Carlos, allí estaba él, arrodillado ante ella, sin tocarla... Su corazón deseaba arrojarse en sus brazos y decir que sí, que lo perdonaba y que todo estaba olvidado, pero tenía un compromiso que cumplir con su cabeza. Su mente le había exigido que los protegiese a todos, a la razón y al corazón. No iba a traicionarla, sin embargo, no tenía corazón para no aceptar aquellas disculpas sinceras pese al evidente retroceso en su confianza a nivel personal. Mel era justa y debía advertir a Carlos de cómo se sentía. Lo miró a los ojos y se aferró a los brazos del sofá para evitar que sus manos saliesen disparadas a acariciar aquel rostro tan bello que le suplicaba perdón. Sintió que su voz temblaba y salía estrangulada de su garganta, pero no se detuvo.

—Sí. Puedo perdonarte y te perdono... —Carlos hizo ademán de levantarse tendiéndole los brazos para acogerla junto a él, pero Mel alzó su mano en un gesto que le indicaba que se detuviese, que aún no había terminado. Sintió cómo su corazón se partía a medida que la decepción y la culpa bañaban el rostro de Carlos mientras ella hilvanaba su discurso —Pero no sé si puedo seguir con esto... has conseguido lo que nadie ha conseguido en mi vida... me he abierto completamente a ti y, no me importan los motivos, sólo sé que me has dejado sola cuando acababa de desnudar mi alma ante ti. Sé que lo del abrecartas y lo del bastón son cosas extrañas, como de otro mundo... entiendo que como abogado vivas con los pies en la tierra y todo eso de las sensaciones y de que haya fuerzas extrañas que guíen tus decisiones te parezca una chorrada. También me lo parecía a mí, hasta hoy.... No quiero analizarlo ni explicarte de nuevo todo lo que se ha removido en mi interior... Pero no puedo dejar de pensar en que, tarde o temprano, vas a hacer lo que todos... darme la espalda... y no puedo arriesgarme a sufrir más. Recuerda lo que habíamos hablado, lo que me dijiste, eso de que nunca nos esconderíamos para hablar. Yo te pedí que no me soltases, tú me pediste que, a pesar de mi miedo, no huyese... Ha sucedido justo lo contrario, te has escondido, me has soltado y has huido.

—Mel...

Las palabras de ruptura habían llegado mucho antes de lo que esperaba y habían sido expresadas con una dolorosa claridad para su corazón roto. Había traicionado la confianza de su niña. Esa era la pura realidad. Había sido un puto cobarde como Jack pero algo había aprendido de aquello. Mel y él estaban hechos el uno para el otro y, como Helena y Jack, no se concebían por separado. Recordó todo el sufrimiento de ambos durante su separación, Carlos tenía muy claro que si de él dependía, no iba a haber distancia física entre él y Mel. Tomó

una decisión. En ese mismo momento comenzaba la tarea, su misión, reconquistar a Mel, su confianza, su corazón y devolver la alegría a sus ojos porque era verdad que había estado ciego, justo en ese momento recordó cómo aquella misma tarde, esos mismos ojos tristes habían brillado durante su relato. No entendía cómo un estratega como él había podido obviar la luminosidad, aquel atisbo de alegría, de esperanza, que le habían revelado aquellos ojos castaños que, hasta aquel momento, únicamente mostraban pena, preocupación y dolor, justo los mismos sentimientos grises y sombríos que volvían a morar los ojos de la preciosa niña de sus ojos. Carlos se flagelaría más tarde, ahora no tenía tiempo. Se levantó, volvió al sofá y se obligó a dejar que el silencio los envolviese durante un par de minutos. Fue tiempo suficiente para ultimar la estrategia que había comenzado a esbozar tras haberle hecho el amor a Mel y rezaba porque pronto ella regresase, dulce y confiada, a su vida..

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 17

*“En estrategia, es indispensable tener la sensibilidad para la oportunidad.”*

*Jorge González Moore*

Mel comprobó desconsolada cómo Carlos parecía aceptar su derrota. Le dolió el hecho de que se levantase para volver a sentarse en el sofá evitando así la cercanía y la posibilidad de contacto físico entre ambos. Tú solita te lo has buscado, se obligó a repetirse. La inseguridad fue creciendo en su interior haciendo que las dudas comenzasen a invadirla, todo eran incógnitas a su alrededor. Mel sabía lo que iba a pasar, debía de reunir todas las fuerzas posibles para luchar contra esa invasión. La parte física era la que menos le preocupaba porque nunca se había creído aquel mantra que Carlos le había obligado a repetir, Mel no era una preciosa niña, eso estaba superado. Su miedo radicaba en el retroceso que supondría volver a vivir en la fría soledad tras haber conocido lo que significaba compartir el calor con otra persona. Intentó visualizarse de nuevo en el apartamento de Lola, sabía que su amiga no le iba a negar ese techo, pero la pesadilla de la puerta abriéndose para permitir el acceso de aquellos matones, amenazaba con hacer imposible ese regreso. Mel sabía que debía superarlo, necesitaba un par de meses para reunir los fondos suficientes para afrontar por sí misma el pago de un alquiler en otro sitio. Se estremeció con un escalofrío cuando pensó en dormir sola, apenas habían sido un par de días pero habían sido más que suficientes para cambiarlo todo, Mel ya no sabía si el sueño la visitaría lejos del abrigo protector de Carlos y tuvo ganas de llorar cuando reconoció ante sí misma que ya añoraba sus abrazos. Mel contuvo sus lágrimas, estaba decepcionada, consigo misma por su flaqueza y con Carlos porque con su despreocupada actitud, sin protestar, sin intentar convencerla para que siguiesen juntos estaba muy cerca de demostrarle que todo lo sucedido entre ellos no había sido más que una farsa. Se atrevió a mirarlo mientras apretaba los puños para contener el temblor de sus manos. Cuando sus ojos se encontraron, el resto del salón desapareció una vez más, Mel comprobó que el océano no estaba furioso, al contrario, un ligero oleaje parecía bañar el rostro relajado de su todo. Estaba sentado en el sofá, con las piernas abiertas y los codos apoyados en sus rodillas mientras sus manos colgaban inertes entre ellas, pero la miraba, se miraban y Mel intentó disimular, sin éxito, un estremecimiento. De nuevo el frío y la incertidumbre calaban su espíritu. Entonces Carlos habló y Mel entendió muy

pronto que iba a ser sometida a un profundo interrogatorio sobre sus sentimientos, sin embargo, a pesar del tono imperativo y firme con el que su todo le hablaba, Mel no pudo evitar responder con sinceridad obviando a su mente, que estaba con los brazos en jarras mirando al cielo desesperada por su docilidad y es que, por mucho que intentase revestirse como una superwoman, Mel era una mujer apacible, que odiaba los sobresaltos. La paradoja era que su vida actual fuese una montaña rusa mezclada con el tren de la bruja en donde en casa esquina se agazapaba un susto o un disgusto ansiosos por golpearla cuando ella menos lo esperaba. La primera pregunta de Carlos la dejó totalmente fuera de juego.

—Hace un momento, cuando estábamos en cama haciendo el amor — Carlos estaba dispuesto a usar toda su verborrea para que la mente de Mel recrease el precioso momento que acababan de vivir —Cuando tu piel se estremecía con mis caricias te dije que te quería ¿Puedes recordarlo?

—Sí —Y tanto que lo recordaba, la piel de su vientre comenzaba a erizarse con el recuerdo de los dedos de Carlos vagando por su cuerpo.

—Entonces me pediste que te hiciera el amor, mejor dicho —Carlos rectificó —me pediste que te hiciera el amor como si no fuésemos a tener otra oportunidad ¿Lo recuerdas?

—Sí —La voz de Mel le salió entrecortada, no quería mirar pero estaba casi segura de que sus pezones estaban remarcándose bajo el suave raso del pijama.

—Bien, pensé que tal vez lo hubiera imaginado, pero parece que no fue así —Mintió Carlos descaradamente, una vez su mente dejó de estar dominada por su miembro, había recordado cada palabra, cada gemido.

—Creo recordar también que te dije que lo que había sucedido en la cama, que la forma en la que habíamos hecho el amor fue única, especial, diferente... Puede que no lo recuerdes porque estabas muy relajada tras los orgasmos, tal vez casi dormida... ¿Puedes recordarlo Mel?

—Sí —Apenas fue un susurro, Mel trató de permanecer pasiva pero era una tarea casi imposible y se removió inquieta en el sofá mientras sentía una cálida humedad entre sus piernas al recordar cómo había percibido cada centímetro de Carlos adentrarse en su interior.

—Bien. Me alegro de que tus recuerdos tengan la misma nitidez que los míos, que recuerdes cada beso, cada caricia, cada gemido... igual de bien que yo lo hago.

Mel trató de tomar aire de manera discreta, estaba aliviada al no tener que

responder porque esta vez no había pregunta, la voz pausada, grave, gutural y tremendamente erótica con la que Carlos le hablaba estaba haciendo estragos en su piel y amenazaba seriamente su capacidad de raciocinio. Se dijo que debía mantenerse alerta, preparada para lo que estaba por venir porque, aunque Carlos estaba guardando silencio, Mel sabía que no tardaría demasiado en volver a la carga. No se equivocó.

—También creo recordar que dijiste que me querías. No creo que lo haya imaginado, aunque sé que estaba loco de deseo por ti, por estar dentro de ti... Tienes que saber que adoro tu aspecto cuando te hago el amor, adoro ver cómo te sonrojas y gimes con cada caricia...

Carlos observó cómo Mel se volvía a revolver inquieta en el sillón, su pezones estaban duros, las mejillas las tenía sonrosadas y las picantes frambuesas de sus labios estaban entreabiertas, más plenas y tentadoras que nunca. La tenía justo en el punto en el que la quería, justo en la encrucijada en la que la mente de Mel, muy satisfecha en su zona de confort, no podría evitar la pura verdad, se querían y, sobre ese punto era sobre el que Carlos iba a colocar el primer ladrillo de su vida futura, tal vez tuviera que renunciar durante un tiempo al pequeño cuerpo que lo tenía encandilado, tal vez tuviera que hacer un esfuerzo sobrehumano por contener su faceta táctil porque él necesitaba tocar para enfatizar sus palabras, para transmitir. Estaba dispuesto a hacerlo, le quedaba toda una vida con Mel para desbordarla con sus caricias, con sus besos y con sus abrazos. Por ahora le iba a permitir permanecer escondida. No tenía insultos suficientes en su cabeza para recriminarse el hecho de que justo cuando la preciosa niña de sus ojos comenzaba a poner los pies fuera de su zona de confort para adentrarse en ese maravilloso mundo de los afectos que durante tanto tiempo le había sido ajena, él, con su torpeza, la había devuelto al punto de partida.

Mel estaba temblando, tenía frío y calor al mismo tiempo, era una sensación muy extraña, como cuando a uno le subía la fiebre en un incipiente constipado. Sólo que Mel no estaba constipada, Mel estaba enamorada y estaba destinando gran parte de sus fuerzas físicas y mentales a resistirse a ello, le estaba costando Dios y ayuda conseguir mantenerse firme en las decisiones tomadas. Mel necesitaba ese trabajo en la floristería, Mel necesitaba conocer su verdadera identidad, Mel necesitaba ser una mujer fuerte, Mel necesitaba protegerse para no sufrir. Se sentía aliviada por no tener que responder, de nuevo no había preguntas, de nuevo el silencio los bañaba en la cálida noche de aquel verano madrileño. Fue una falsa ilusión, de nuevo el silencio la esquivó, de nuevo la voz



de Carlos la envolvió, había una diferencia, su tono ya no era sensual, era dulce, suave y transmitía un cariño infinito con su pregunta.

—Dime cariño... —Carlos sabía que Mel estaba luchando contra sí misma. A él le pasaba lo mismo, estaba costándole la vida misma contener sus instintos alfa que le gritaban hasta quedarse afónicos, le exigían que se levantase, que la tomase en sus brazos y la besase hasta que tuviese claro que su verdadero destino era pertenecerse. Consiguió sujetarlos lo suficiente como para formular la pregunta que se escondía tras todas las demás —En este par de horas desde entonces... ¿Has dejado de amarme?

Mel se encogió en el sofá como intentando mitigar el impacto que la pregunta le había provocado, no lo esperaba, no había previsto tener que enfrentarse a sus verdaderos sentimientos en un cara a cara en el que debía responder afirmando o negando su amor por el hombre que, con los ojos del océano serenos puestos en los suyos, aguardaba pacientemente sus palabras. Mel no dudó, negar la evidencia no era una opción, mentir era acercarse demasiado a la clase de persona que Juan había sido y ya era suficiente condena saber que compartía la mitad de sus genes con aquel traficante maltratador. Su voz sonó débil, agotada.

—No.

Carlos se odió por apretarla un poquito más, la sabía cansada, desconcertada y abrumada por las emociones que la habían asaltado en un día que estaba siendo demasiado largo para una persona que apenas había comenzado a recuperarse de una estancia en el hospital tras una paliza que la había dejado inconsciente casi durante un día entero. Cabrón fue lo más suave que se llamó pero, en este caso, el fin justificaba por completo los medios. Quería que el asunto quedase cristalino como el agua. Se amaban, ese era el principio y el punto final.

—¿No, que has dejado de quererme o no, que aún me quieres?

Mel sintió que sus ojos se humedecían y se esforzó en que sus lágrimas regresasen al lugar de dónde habían partido.

—No... que aún te quiero —El nudo en la garganta hizo que su voz sonase ahogada.

Carlos estaba sufriendo, había sufrido horrores durante las horas que estuvo sentado a la vera de Mel en el hospital mientras veía su cuerpo golpeado sin saber cuándo iba a despertarse, sin embargo, este sufrimiento era distinto, tenía el corazón encogido en un puño porque iba contra toda su naturaleza hacerle

daño a una mujer, a cualquier mujer, pero menos que ninguna a la suya, a su pequeña mujer y él se lo estaba haciendo ahora y él era el único culpable de que ambos estuviesen en aquel brete. Tomó aire porque, al igual que Mel, un gran nudo en la garganta amenazaba con atorar sus palabras, se dijo que él era el fuerte, el protector. Para tranquilizarse repasó su estrategia antes de ponerla sobre la mesa, funcionó, el nudo se deshizo al tener que concentrarse en sonar seguro para convencer a Mel de que sólo tenía una opción.

—Me alegro cariño... porque yo te quiero con locura... Dime Mel... a pesar de que me quieres... ¿Sigues convencida de que lo mejor para ti es dejar lo nuestro?

No. Mel no estaba convencida pero creía que una vez tomado un camino no podía abandonarlo, si bien en la soledad veía claro el hecho de que no podía exponerse a ser traicionada, ahora, ante los ojos azules de Carlos su corazón le decía que todo el periplo que le quedaba por recorrer iba a ser más sencillo de la mano de su todo. Enfrentarse a lo que sucediese con aquellos matones, descubrir quién era ella en realidad, afrontar un nuevo trabajo muy alejado de lo que siempre había pensado para ella..., en definitiva, salir adelante sin el pilar de Carlos iba a ser el doble de difícil, pero su mente le decía no sólo que era posible, sino que era del todo imprescindible que, al menos durante un tiempo, ya no era capaz de decir nunca, dejase de depender de Carlos. No pudo pronunciar las palabras, rogó que Carlos la perdonase cuando simplemente, asintió con la cabeza. La expresión de su todo le partió el corazón ya que su cabeza se inclinó hacia atrás en un claro gesto de derrota que no le gustó. Carlos no era de los que rendía, parecía ser la clase de hombre que nunca daba una guerra por perdida, tal vez sí una batalla, pero nunca una guerra y, en cierto modo, con sus siguientes palabras se lo demostró. Escucharlo, para su sorpresa, reconfortó a Mel reconciliándola con el Carlos que ella reconocía como verdadero, como su todo.

—Está bien cariño... me jode, pero sé que he perdido tu confianza. Mel... quiero decirte que no voy a darme por vencido, quiero recuperarte pero voy a respetar tus deseos, tus tiempos o lo que sea que necesitas para saber que tu sitio está aquí conmigo. Sólo quiero pedirte una cosa y por favor... corazón... piénsalo bien antes de responder. ¿Lo harás Mel, lo pensarás?

Mel asintió de nuevo confusa e intrigada. La propuesta de Carlos la dejó con la boca abierta por lo irregular y lo inesperado de la misma.

—Me gustaría que siguieses viviendo aquí, conoces el cuarto de invitados,

es tuyo, prometo respetar tu intimidad aunque si quieres puedo colocar un pestillo para que te sientas protegida. Son muchos los motivos por los que te pido esto, pero uno de ellos prevalece sobre el resto. Me siento más tranquilo si durante un tiempo estás segura aquí, en casa, cada noche. Nadie puede vincularte con este domicilio, tu nombre va a cambiar, tu trabajo está a cuatro paradas de la estación de metro del barrio... por otro lado, me gustaría tener la oportunidad de conocernos un poco más, todo ha ido demasiado rápido y, aunque yo no albergo ninguna duda, quiero demostrarte que soy digno de ti. Podemos charlar, ver alguna película, tomarnos un café de vez en cuando... Mel ... yo no he dejado de quererte, la distancia podría matar lo nuestro definitivamente y cariño... sé que no tengo derecho a pedírtelo... pero, por favor... concédeme al menos eso y si en un tiempo no consigo que vuelvas a querer ser mía te prometo que aceptaré que vuelas libre.

Ya está, pensó Carlos, había hecho su jugada, había lanzado los dados y ahora tocaba esperar. No quiso presionar a Mel y se recostó en el sofá en una postura que simulaba total y absoluta confianza en sí mismo. No era cierto. Carlos no tenía ni puñetera idea de por dónde podría salir Mel y, para llevar a cabo su reconquista, necesitaba que su enana aceptase la oferta a pesar de que no sabía cómo cojones iba a convivir con ella sin poder tocarla y teniéndola cada noche tan sólo a dos puertas de su dormitorio.

Mel estaba estupefacta, ella no había previsto una petición semejante. Se suponía que cuando uno rompía con su pareja, la convivencia se terminaba, los destinos se separaban pero no era eso lo que Carlos le estaba proponiendo. Carlos la quería allí, en su casa, le había ofrecido el cuarto de invitados. En un principio, sus argumentos habían sido prácticos, su seguridad, la cercanía con el trabajo... luego había dejado caer la posibilidad de entablar una relación personal para conocerse mejor, había hablado con cierta condescendencia al asegurarle que comprendía su necesidad de ir más despacio, necesidad que, por otro lado, Mel no había manifestado en ningún momento. Mel no necesitaba ir despacio, lo que Mel necesitaba era confianza para entregarse y, hoy por hoy, la confianza en Carlos como pareja estaba, sino quebrada, muy cerca del precipicio. Quiero demostrarte que puedo ser digno de ti, le había dicho. ¡Por Dios! Carlos era un hombre más que digno para cualquier mujer, sólo que ella no era cualquier mujer, ella estaba cercada por incertidumbres que le hacían imposible adentrarse en una relación, tal vez fuera una egoísta pero Mel necesitaba poner en orden los otros aspectos de su vida, organizar su pequeño caos antes de pensar en ir más allá con Carlos. No sabía cuánto tiempo iba a ser

necesario para completar todos los puntos de su lista y comprendía que había un riesgo evidente, que, durante su proceso personal, su todo se enamorase de otra mujer. Tragó saliva con el corazón partido por la perspectiva, tal vez no fuera imprescindible poner distancia entre ellos, tal vez convivir un tiempo no fuese mala idea, tal vez.... Mel estaba hecha un lío y Carlos necesitaba una respuesta. En el fondo, estaba aliviada de que él no la presionase con lo de la relación, que le hubiese planteado un break, le permitía centrarse en sus tres objetivos inmediatos: el primero, afianzarse en su nuevo trabajo, el segundo, descubrir la verdadera identidad de su madre y el tercero, eliminar todo rastro de Juan en su vida. Éste último no dependía de ella, al día siguiente los agentes acudirían por ella al punto de encuentro con aquellos matones, con suerte serían detenidos y ella podría empezar a olvidar esa pesadilla. Necesitaba un hogar seguro donde vivir y ese lo era. Podría comenzar de cero desde el cuarto de invitados, sin besos, sin abrazos... iba a ser muy duro pero esperaba que ambos fuesen lo suficientemente fuertes para soportarlo una vez se había hecho evidente que ambos se amaban.

—Mi plan original era el de volver al apartamento de Lola...

—Cariño.... —Carlos saltó como un resorte al oír sus palabras, no, mal... muy mal... esa era la peor de las ideas y él iba sobrado de argumentos pero Mel no le permitió exponerlos.

—Déjame terminar por favor... —Rogó Mel... iba a ser tremendamente complicado explicarse cuando él seguía utilizando todos aquellos apelativos cariñosos que ya se había acostumbrado a escuchar —Nunca pensé que tú me querrías aquí una vez...

—Una vez me hubieses dejado —Carlos completó la frase por ella, quería dejar claro que, si de él dependiese, no habría ruptura de la que hablar.

—Sí. Eso... se supone que es lo que se hace... se rompe y cada uno va por su lado...

—Nena... Mírame a los ojos y dime que tú quieres eso...

Mel lo miró a los ojos y la verdad asomó a sus labios descartando todas sus reservas.

—No. No quiero eso.

—Bien...

—Pero eso no quiere decir que....

—Lo sé, lo sé... necesitas tiempo... Mel... de verdad...

A Mel no le gustaba dar vueltas y vueltas sobre el mismo tema, era

suficiente con que los argumentos se expresasen una sola vez. Ambos eran adultos inteligentes y no dos bobos cortos de entendederas. Habían llegado a un pacto de convivencia que, en principio, parecía satisfacer las necesidades de ambos, rectificó, casi todas las necesidades, para Mel lo del amor iba a quedar aparcado durante un tiempo.

—Voy a quedarme aquí, en tu cuarto de invitados —Mel hizo una breve pausa para que sus siguientes palabras calaran en la mente de Carlos —Necesito hacer tres cosas antes de pensar en ti y en mí. ¿Quieres saber cuáles son? —Se había acabado lo de dar las cosas por sentado, hasta ahora no había tenido que dudar de Carlos, ahora debía comprobar que su interés era real.

—Claro que quiero, cariño... Mel... me interesa todo lo que tenga que ver contigo, por favor... no te guardes nada —Carlos se creía fuerte pero lo cierto es que Mel le había hecho un daño terrible con su última pregunta al insinuar su falta de interés por sus asuntos, Carlos creía no ser merecedor de tal desconfianza, era cierto que había metido la pata pero aquello le parecía fuera de lugar. No se lo dijo, se tragó sus reservas y la dejó responder.

—Como te decía necesito resolver tres asuntos y los tres son de vital importancia para mí, el primero es que necesito afianzarme en mi nuevo trabajo, quiero tener mis propios ingresos para decidir con libertad sobre mi futuro. Lo segundo es que necesito conocer quién soy, de dónde vengo, quién fue mi madre, si tengo familia... por eso espero que Jaime pueda ayudarme a ello con su investigación. Lo tercero es que quiero ser libre de Juan, quiero desprenderme de todo lo que tenga que ver con él y con sus sucios negocios.

Carlos estaba molesto, todo aquello podía durar semanas, tal vez meses... la parte positiva era que tendría a Mel a su lado en casa cada noche para poder reconstruir desde cero su historia, se obligó a centrarse en lo positivo, se querían. Carlos debía ser paciente, esconder su escudo protector y dejar que Mel marcara los tiempos.

—Lo comprendo. Si me lo permites estaré a tu lado en cada paso.

—¿Como amigo?

Yo no soy tu puto amigo... acabo de tener el mejor sexo de mi vida contigo... pensó Carlos... soy tu amante, tu pareja, tu futuro marido... Se obligó a calmarse antes de responder.

—Soy tu amigo Mel, creí que lo sabías...

Mel se había arrepentido de sus palabras tan pronto éstas abandonaron su boca, le habían sonado cínicas, impropias de ella y de su carácter. Esta situación

estaba superándola, deseaba arrojarse en sus brazos pero se obligó a no hacerlo, mientras se disculpaba sintió un reguero salado correr por sus mejillas.

—Lo siento, perdóname por favor... no sé lo que me pasa... no lo mereces... eres un hombre maravilloso y no puedo imaginar a nadie mejor con quién compartir mi vida...

Carlos suspiró sintiendo como la tensión lo abandonaba por cada poro de su piel, odiaba ver llorar a una mujer pero las lágrimas de Mel era algo que lo partía por la mitad. Habían sido unas bonitas palabras pero era evidente que, para él, eran insuficientes.

—¿Pero?

—Pero yo tengo mucho miedo y no quiero que nadie más me traicione — Mel se secó las lágrimas con el dorso de su mano, era inútil, lo de llorar para dentro era del todo imposible.

—Y crees que yo voy a traicionarte a las primeras de cambio... —Carlos sentía mucha pena por Mel. Estaba claro que no estaba siendo capaz de gestionar la vida en pareja, los altos y bajos, las ofensas y los perdones que eran inevitables para conseguir el acoplamiento perfecto de las dos piezas. No la culpó, se obligó a recordar que Mel era una mujer sencilla, honrada, práctica y totalmente inexperta, había permanecido sola demasiado tiempo, tenía que volver a aprender a manejarse en la escala de los grises, tenía que volver a aprender que no todo era blanco o negro y él debía estar a su lado para acompañarla en el proceso. Apartó el dolor que Mel le estaba provocando con sus palabras y aguardó su respuesta.

Mel se encogió de hombros y le respondió con franqueza.

—He oído por ahí que siempre te traiciona la persona a quien tú le des el poder para hacerlo.

—Y tú habías comenzado a darme a mí ese poder... —Constató Carlos.

Mel asintió y volvió a llorar cuando escuchó lo que Carlos, con voz muy suave le advirtió.

—Está bien Mel... no pasa nada... pero déjame que te cuente una cosa. En el mundo hay personas malas, pero también hay gente muy buena, limpia, de esos que merece la pena conocer. Uno no puede ocultarse de todos y no confiar en nadie por miedo a la traición, por miedo a no recibir tanto como uno da. La mayoría de las personas tienen una máscara y, a priori, uno nunca sabe detrás de cual están los malos. Eso es la vida, confiar y acertar pero también, confiar y ser traicionado. No te hablo de traiciones grandes, Mel... eres lista y conoces la

diferencia, creo que sabes que no tiene nada que ver lo que te ha hecho tu hermano con el daño que yo te he podido causar con mi actitud.

—Lo sé —Mel había dejado de llorar y respondió entre hipidos, Carlos estaba siendo terriblemente franco al revelar ante sus ojos lo que los dos sabían, Mel no tenía herramientas para gestionar su vida social, familiar o de pareja.

—Pues cariño... piensa en ello Mel... piensa en ello estas semanas. No puedes vivir con miedo a querer, mejor dicho, con miedo a quererme. Me partes el corazón mi niña... —Carlos recordó que las palabras que él iba a pronunciar habían salido en multitud de ocasiones de la boca de Héctor refiriéndose a Lola, desde luego, Juan había destrozado a su paso no sólo a Lola, Carlos estaba descubriendo que, además de la traición y sus secuelas, Juan había destrozado con su actitud la autoestima de Mel —Yo sólo puedo decirte que estaré aquí con los brazos abiertos cada vez que quieras refugiarte en ellos, pero Mel, este problema lo tienes que resolver tú. Es tu vida, tienes que decidir compartirla libremente con los demás arriesgándote a sufrir alguna que otra decepción o aislarte en tu mundo donde nadie podrá llegar a ti para hacerte daño pero, has de tener algo en cuenta Mel, tampoco se acercarán para compartir contigo buenos momentos. Es una balanza, se trata de encontrar un equilibrio justo, eso es la vida, una búsqueda constante del punto de equilibrio.

—Esta tarde Lola me habló de eso —Mel estaba algo más tranquila y por fin pudo recuperar la complicidad que siempre había sentido con Carlos —Dijo esas palabras, encontrar el punto de equilibrio, dijo que ella lo había conseguido.

¡Bendita fuera aquella rubia! Pensó Carlos, con ella de su lado no estaba todo perdido. Le sonrió a Mel por primera vez en horas.

—Mi niña... Lola ha sufrido mucho para encontrarlo, sólo espero que tú —omitió que tampoco esperaba sufrir él lo que había sufrido Héctor —no tengas que pasar por tanto para conseguirlo.

Un cómodo silencio se instaló entre ellos, la brisa nocturna mecía los visillos dejando que el olor fresco de la noche los envolviese limpiando las malas vibraciones que ambos habían sentido. Por un acuerdo tácito, sin dejar de mirarse, ninguno dijo nada, ambos temían dar un paso en falso. Mel reflexionaba sobre las palabras de Carlos y él sólo quería una cosa, abrazarla y besarla. No podía hacerlo, había prometido respetar sus tiempos y ya estaba comenzando a maldecir esa promesa. Entonces Mel lo sorprendió levantándose de su sillón y acercándose a él con paso lento, cuando llegó a su altura Carlos arqueó una ceja interrogante.

—¿Estaría mal si me siento contigo aquí, a tu lado?

Carlos negó con la cabeza al tiempo que levantaba uno de sus brazos, Mel no tardó en acurrucarse contra él recogiendo las piernas en el sofá. Carlos dudó un segundo pero mandó al diablo su promesa cuando su mano descendió para acariciar con suavidad el brazo de Mel. El aroma de su cabello penetró a través de sus fosas nasales invadiendo todo su interior, su corazón sufrió uno de sus ya conocidos vuelcos y, sin poder controlarse, besó su cabeza en repetidas ocasiones mientras Mel permanecía acurrucada a su lado. La consecuencia fue inevitable, una erección completa levantaba el tejido de su pantalón de pijama, ¡Joder! Se dijo Carlos, ojalá Mel no se percatase de ello, ¡Jodida polla impaciente! Si la situación se prolongaba en el tiempo tendría que hacer acopio de bromuro para poder disfrutar esos momentos cariñosos con Mel, sabía que aquello era lo máximo a lo que iban a llegar en una buena temporada. ¡Putá suerte la mía! Pensó cuando sintió que Mel se tensaba con los ojos puestos en su entrepierna.

—Lo siento —Mel estaba muy a gusto pero era evidente que Carlos necesitaba algo más de lo que ella podía darle, había sido una mala idea pedirle consuelo, intentó incorporarse —No quiero incomodarte... tal vez será mejor...

—No. Ni de broma. Somos amigos, quieres empezar por ahí, pues empezaremos por ahí, los amigos se abrazan y se dan besos en la mejilla. Voy a tener una erección cada vez que suceda, te deseo y eso no ha cambiado ni va a cambiar. Es mi problema y soy lo suficientemente adulto para gestionarlo. Cariño... no me lo quites todo de golpe por favor...

Mel asintió conforme. Era justo. Ella también había comenzado a excitarse con la rítmica caricia en su brazo y estaba tratando de obviar su propio deseo. Volvió a acurrucarse bajo el brazo de Carlos. El silencio los envolvió de nuevo y en apenas diez minutos Mel se durmió.

Carlos sabía que Mel se había quedado dormida. No podía dejarla dormir sentada en el sofá, debía llevarla a la cama, pero no a su cama se recordó. Maldijo para sí mientras la levantaba en brazos, Mel apenas se despertó, confiada, apoyó la mejilla en su pecho y depositó un beso en sus rizos rubios. Carlos sabía que había sido un gesto inconsciente pero lo reconfortó lo suficiente, Mel confiaba en él, se resistía con mil argumentos peregrinos pero la verdad era que no había mayor muestra de confianza que dormirse en brazos de otra persona y permitir que ésta te llevase a la cama sin dudar de que iba a cumplir su palabra. Por ahora tendría que valer, pensó mientras la depositaba en



la cama del cuarto de invitados. La besó en la mejilla y le susurró al oído a pesar de que sabía que ella ya no lo escuchaba, el agotamiento y la medicación la habían tumbado.

—Te quiero mi niña... dulces sueños.

Carlos no se dirigió a su dormitorio, sabía que el sueño iba a esquivarlo en su cama vacía, bajó de nuevo las escaleras y se dirigió al estudio para trabajar en los casos que debía dejar zanjados antes de que llegase el mes de agosto. Trabajo, se mentalizó que, de nuevo, el trabajo iba a ser su único refugio mientras Mel luchaba con sus demonios. Sólo deseaba que pudiese vencerlos cuanto antes. La quería en su cama, en su vida, suya de nuevo y atada a él por los lazos del matrimonio, su única concesión iban a ser los hijos, éstos llegarían cuando Mel se sintiese preparada, él por su parte, estaba ya preparado para todo.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 18

*“Dos manos que se buscan son la esencia de todo el porvenir.”*

*Andrè Breton*

Cuando el teléfono de Carlos sonó bien entrada la tarde del jueves, Mel casi salta de un brinco del sillón donde permanecía sentada. La jornada había sido extraña, se había despertado dolorosamente sola en el dormitorio de invitados, no recordaba haber llegado hasta allí así que supuso que Carlos la había llevado al quedarse dormida en el sofá, cosa que él mismo le confirmó durante el desayuno que ambos compartieron en la cocina. Mel se enteró entonces de que Carlos no tenía intención de salir de casa en todo el día, le explicó que, por fortuna, no tenía ninguna vista en el juzgado por lo que trabajaría desde su despacho. Mel había asentido ofreciéndose a preparar la comida para ambos, así conseguiría que las horas pasasen más rápido. Así fue, Carlos se encerró en el despacho y Mel se encerró en la cocina algo confusa porque parecía que le estaba faltando algo, que algo había equivocado en cómo estaba transcurriendo el día. Mel estuvo más de una hora rebuscando entre las provisiones de Carlos hasta dar con todos los ingredientes necesarios para hacer una de sus recetas favoritas, pollo con setas a la mostaza, parecía una elaboración sencilla, pero había que seguir los pasos en un orden muy concreto y en una cantidades muy medidas para la salsa adquiriese la textura perfecta con un sabor ligero que contendría todos los matices del dulce de la nata, el amargor del vino, el picante de la mostaza y la potencia del brandy. Mel encontró en uno de los estantes una completa colección de moldes de cocina, los revisó minuciosamente y comprobó que estaban intactos, sin estrenar, se sonrió porque no imaginaba a Carlos dedicado a la repostería, a ella, por el contrario, le encantaba hornear postres, la repostería era previsible, si una seguía los pasos correctos, media bien las cantidades y tenía paciencia para batir y mezclar, el resultado siempre era espectacular. Mel tenía debilidad por los bizcochos de limón, por carácter perfeccionador, a ella no le bastaba con el simple bizcocho de yogur, no, Mel se tomaba su tiempo para hacer un espeso almíbar, habría sido demasiado encontrar una jeringuilla de repostería con la que bañar el bizcocho, pero aún así se las ingenió para hacerlo con un palillo y una cucharilla. Lo que sí había encontrado era un molinillo de café con el que consiguió la cantidad precisa de azúcar glas con la que, con la ayuda de un colador, decoró el bizcocho una vez éste se hubo enfriado. Mel dudó, pero al final, había rebuscado en el aparador del comedor y

había encontrado un bonito mantel blanco con un delicado bordado en ameabas azules, no se atrevió con la vajilla de Sargadelos, al final había recordado la marca, y optó por disponer la mesa con la vajilla blanca de uso diario, eso sí, colocó unas copas de agua que encontró en la cocina y se acordó de meter en la nevera una gran jarra de cristal con agua y unas rodajas de limón que iban a darle un extra de frescor a la bebida. Cuando finalizó todo el proceso en el reloj de la cocina marcaban las dos del mediodía, Carlos no había salido ni un minuto de su despacho y Mel no sabía si debía interrumpirlo o no, al final, lo imaginó hambriento y, justo cuando enfilaba el pasillo, Carlos abrió la puerta y ambos se encontraron de frente. ¡Estaba guapísimo! Tenía el pelo revuelto como si hubiese pasado los dedos por sus mechones rubios una y otra vez, lucía una barba incipiente que le daba un toque canalla que Mel nunca le había visto y que, aunque no era al cien por cien de su agrado, no dejaba de tener su atractivo. Su indumentaria era básica y deportiva, Carlos solía ir por casa descalzo, con pantalones de deporte y camisetas sencillas pero divertidas, en esta ocasión lucía una camiseta azul con el logotipo de Superman en el pecho, Mel recordó la camiseta con el escudo del Capitán América que Carlos había llevado en el hospital y supo que era fan de los superhéroes, lo cual, a la vista de su carácter no dejaba de ser de lo más apropiado. Mientras lo veía levantarse del sofá para responder al teléfono, Mel fue consciente de que, pasase lo que pasase entre ellos, Carlos sería un verdadero superhéroe para la mujer con la que él eligiese compartir su vida. Sintió una punzada en el corazón al imaginar que, tal vez, ella no sería esa mujer pero desechó el pensamiento con rapidez, sus prioridades eran otras se recordó. Carlos debía de haberse encerrado en su despacho para hablar y Mel, nerviosa, volvió a ocupar la mente repasando el día. La comida había sido un éxito, Carlos la había felicitado mientras daba buena cuenta del postre. Mel le propuso que descansase mientras ella recogía la cocina pero él se había negado en rotundo y le había ayudado a enjuagar los platos antes de meterlos en el lavavajillas, luego, sin más, había desaparecido otra vez en el despacho y no había salido de allí en toda la tarde. Hacía una escasa media hora que Mel lo había escuchado darse una ducha, prácticamente acababa de sentarse en el sofá del salón cuando su teléfono sonó. Mel había procurado ocupar su tarde, se había bañado, se había lavado el cabello y había intentado secárselo tal y como Lola había hecho, el resultado había sido más o menos satisfactorio, después, había trasladado sus cosas al armario del cuarto de invitados y había sacado de las bolsas todas las compras del día anterior que, con el disgusto, habían quedado olvidadas en el pasillo de la entrada. El cuarto de invitados era sencillo, estaba

decorado en tonos blancos y tostados, contaba con un pequeño escritorio en el que Mel instaló su ordenador portátil y los cosméticos que Lola le había regalado. Sin nada más que hacer, Mel se había dirigido al salón, había elegido el mismo sillón que el día anterior y había intentado distraerse con un libro de botánica de la colección de National Geographic de Carlos. Sólo había conseguido concentrarse a ratos y, desde que Carlos había vuelto al salón para sentarse en el sofá, sus cinco sentidos estaban puestos en el que, en su corazón, aún era su todo. Carlos había arqueado una ceja al ver el volumen que Mel sostenía en sus rodillas y ella le había explicado que estaba leyendo un poco tratando de encontrar algo de utilidad para su nuevo trabajo. A Mel le dolió el corazón ver que Carlos no mostraba más interés por el tema y se limitaba a asentir con la cabeza, a continuación, se había recostado en respaldo del sofá y había cerrado los ojos. Mel mantuvo silencio, no sabía si estaba dormido o despierto, lo cierto era que parecía agotado y optó por no molestarlo. Luego el teléfono había sonado y ahora tocaba esperar. Mel estaba ansiosa y asustada, pensaba que era Jaime el que había llamado a Carlos. Dado que la tarde ya tocaba a su fin, el operativo tenía que haber terminado ya.

Carlos estaba sentado en su despacho, tenía un ligero dolor de cabeza desde media tarde, había intentado despejarse con una ducha fría pero no lo había conseguido. Se había pasado media noche y todo el día trabajando frenéticamente para olvidar que Mel había dormido en otra cama y que pululaba por su casa, al alcance de sus manos pero sin poder tocarla. Una molesta erección había ido y venido durante todo el día y el alivio en la ducha no había bastado, cuando entró en el salón y la vio acurrucada en aquel sillón que parecía haberse convertido en su favorito, su corazón dio un vuelco y su estómago se estrujó nervioso. Mel ofrecía una bonita estampa familiar, parecía relajada con el libro en su regazo, estaba preciosa, era evidente que se había duchado y se había arreglado el pelo porque la tensa coleta que había lucido durante la comida ya no estaba y sus suaves mechones color miel caían libres sobre sus hombros desnudos. La curva de sus hombros lo tentaba, Mel lucía una camiseta de color azul marino con un gran escote barco que finalizaba en dos pequeñas mangas que rodeaban su brazo, Carlos no podía distinguir si los lunares a juego sobre fondo blanco que atisbaba sobre sus piernas, pertenecían a una falda o a un ligero short veraniego, en todo caso, el conjunto le hacía la boca agua y el familiar aroma al perfume que Helena le había regalado inundaba el salón. Carlos sabía que no había estado muy atinado, se había limitado a asentir cuando Mel respondió a su gesto interrogante sobre el libro. Le había molestado

recordar que Mel trabajaría en aquella maldita floristería y no junto a él. Se había visto obligado a cerrar los ojos para que el dolor por ese rechazo no se reflejase en ellos y Mel, la dulce Mel, había respetado su silencio. Si quería reconquistarla tenía que tragarse su frustración y mostrar un poco de interés por Mabel y su negocio, en esas estaba cuando el tono que había asignado a Jaime en su teléfono lo puso en tensión. Ahora, una vez finalizada la llamada que había estado esperando durante toda la tarde, quedaba volver con Mel para comentarle lo que había sucedido en el operativo.

Cuando regresó al salón, la expresión de Carlos era severa y aún llevaba el teléfono en la mano. Mel se echó a temblar... aquello no era bueno... aquello no podía ser bueno... No le quitó los ojos de encima mientras lo veía dejar el móvil en la enorme mesa de centro y volvía a tomar asiento en el gran sofá, alejado de ella. En ese mismo instante Mel tomó conciencia de qué era aquello que la había molestado a lo largo del día. Mel había echado de menos el contacto, no había habido ni un abrazo, ni un beso, ni un roce de manos... ambos habían guardado la distancia y eso era lo que su cuerpo y su alma habían añorado. En una semana se había acostumbrado al tacto de Carlos, recordó cómo se había despertado en el hospital, recordó cómo aquellos grandes dedos acariciaban su mano, recordó la ternura con la que la había sostenido cuando el dolor por los golpes era insostenible, recordó la delicadeza con la que la había bañado y los recordó vagar sobre su piel mientras le hacía el amor. Mel se estremeció y el frío comenzó a inundarla, Carlos era el calor y ella había puesto un muro entre ambos que no podía derribar porque antes necesitaba hacer otras cosas, además, no tenía ni idea de cómo afrontar esa actitud pasota que Carlos estaba dejando entrever de tanto en tanto. Tragó saliva, necesitaba su contacto pero no quería enviarle señales contradictorias, no quería que sucediese lo de la noche anterior, no quería excitarlo para luego dejarlo sin recompensa, aunque odiaba la palabra, en esos instantes Mel no encontraba otra, ella no era una calientapollas, no era una mujer que buscase el halago constante del género masculino, el viejo juego de tentar y provocar no formaba parte de sus habilidades ni tampoco quería aprenderlo. Mel deseaba a Carlos pero por ahora no podía tenerlo y las únicas herramientas para afrontar esa situación, eran su férrea determinación y su inquebrantable fuerza de voluntad. Se abrazó a sí misma y el libro resbaló por su regazo cayendo en la alfombra. Mel se inclinó para recogerlo al mismo tiempo que Carlos y sus dedos se rozaron, fue como si una chispa la quemase y aún temblando, levantó los ojos al mismo tiempo que ambos levantaban el libro del suelo.

¡Joder! La descarga eléctrica que Carlos había recibido cuando sus dedos se rozaron casi le provoca un cortocircuito emocional. La verdad era que el deseo, latente, crepitaba entre ellos al mínimo roce. Tomó aire antes de tirar con suavidad del libro para que Mel lo soltase. Odió su voz vulnerable y temblorosa cuando escuchó su disculpa.

—Lo siento... he olvidado que tenía el libro...

—Mel... —Carlos le dio la espalda mientras devolvía el libro a su sitio, se detuvo a medio camino con los brazos en jarras y miró al techo buscando fuerzas para detener sus instintos. A la mierda las fuerzas se dijo, Mel necesitaba un abrazo y él necesitaba un abrazo —¿Puedo abrazarte?

Mel abrió mucho los ojos ante lo inesperado de la pregunta, Carlos la había evitado durante toda la jornada y ahora le pedía permiso para abrazarla. Las cosas no debían de haber sido así, todo hubiera debido fluir entre ambos con naturalidad pero lamentablemente, parecía que los dos la habían perdido por el camino. Mel no podía distinguir el rostro de Carlos, éste le daba la espalda, con los brazos sobre sus caderas había dejado de mirar al techo y ahora miraba al suelo, ofrecía una imagen de derrota que Mel no soportaba ver en él y ya estaba levantándose para acercarse a él antes de que su mente le recordase su lista de propósitos.

Carlos respiró aliviado cuando sintió a Mel tras él, acto seguido sus manos intentaron abarcarlo por la cintura pero sonrió al ver que no alcanzaba... ¡Enana!... pensó con cariño. Lo que terminó por quebrarle el corazón fue sentir la mejilla de Mel apoyada en su espalda mientras escuchaba salir de sus labios una de las frases más absurdas que Carlos le había oído pronunciar, su niña parecía haber perdido su elocuencia, de hecho, los dos estaban comportándose como torpes quinceañeros que no sabían siquiera cómo debían tocarse.

—No soy una calientapollas.... No quiero serlo... No quiero que tú...

Carlos no pudo hacer otra cosa que girarse y sostenerla por la cintura guardando la distancia mínima que la amistad le permitía, superar esa barrera era cargársela sobre un hombro y llevarla al dormitorio.

—Cariño... si vuelvo a oírte decir semejante barbaridad voy a enfadarme... y mucho...

Mel no supo cómo debía encajar la advertencia y trató de justificarse.

—Es que no quiero que pase lo de ayer... que tú... y luego... nada...

Aquella era la conversación más absurda sobre el sexo que Carlos jamás había mantenido y que, a su edad, jamás habría pensado que tendría que

mantener. Mel era deliciosamente inocente e ingenua para algunas cosas y terriblemente perceptiva, perspicaz y práctica para las demás. No pudo resistirse a acariciar su cabello.

—Ese no es el problema Mel... el problema es que los dos andamos con pies de plomo reteniendo nuestros instintos... cariño... te deseo y me deseas, no puedes negar la evidencia, el libro casi entra en combustión cuando nuestros dedos se rozaron... Cariño... quiero besarte... quiero abrazarte... pero tengo miedo a equivocarme otra vez contigo... Mañana tenemos una fiesta, tu fiesta, me va a costar la vida misma mantener las manos alejadas de ti toda la tarde... Mel... tenemos que encontrar un punto de partida en esta situación si no queremos que todo lo nuestro se vaya a tomar por el saco.

Mel sopesó las palabras de Carlos, todo el frío se había evaporado justo en el momento en el que lo abrazó, lo que decía tenía sentido.

—¿Te refieres a encontrar el punto de equilibrio?

¡Joder con el puto punto de equilibrio! Eso era, un jodido punto de equilibrio para empezar y luego otro y otro más hasta alcanzar el definitivo punto de equilibrio que no era otro que colocar el puto anillo en el dedo anular de Mel. Procuró que su tono de voz no reflejase su ansiedad.

—Sí Mel, me refiero a un punto de equilibrio, a un punto de partida... me excito cuando me tocas, sé que a ti te pasará lo mismo... Hay dos opciones, hacer lo que hemos hecho hoy, es decir, contenernos y frustrarnos hasta que todo salte por los aires o intentar comportarnos como una pareja que está empezando a conocerse pero que ha decidido aparcar el tema del sexo un tiempo.

—Eso suena bien... ¿Podría abrazarte cuando quiera?

Carlos quería reír y gritar al mismo tiempo... Mel estaba más perdida que un pulpo en un garaje, su falta de experiencia en el amor y en la amistad la hacía parecer un extraño ser venido de otro planeta que estaba intentando comprender los distintos significados de los gestos humanos. Carlos recordó a Héctor y la abstinencia que éste se había autoimpuesto en beneficio de Lola, se los veía abrazarse y besarse, pero él sabía que no había habido nada más durante mucho tiempo. Le había costado entender cómo Héctor podía dominarse pero ahora comenzaba a comprender a su amigo, las historias de Jack y de Héctor le habían enseñado que nadie marca las pautas en una pareja, que cada historia es distinta y que una relación es sólo cosa de dos.

—Mel... nadie puede dictarnos lo que debemos hacer y lo que no, lo que supuestamente es correcto y lo que no. Tú no eres, ni serás en tu vida una

calientapollas, no quiero volver a escuchar esa palabra refiriéndose a ti, por otro lado, yo no soy un loco salido que esté buscando llevarte a mi cama de cualquier manera. Puedo esperar, podemos marcar los tiempos... ¿Qué es lo que quieres de mí Mel? —Carlos rectificó —¿Qué es lo que quieres coger de mí en estos momentos? Por mi parte, lo quiero todo y estoy dispuesto a dártelo todo.

Mel no lo pensó mucho, si lo hacía, su mente no le iba a permitir expresar lo que le había faltado todo el día, se sintió enrojecer al responder.

—No quiero andar de puntillas evitando tocarte, quiero abrazarte... pero el resto... creo que por ahora es mejor que esperemos un tiempo... tengo un lío tremendo en la cabeza y, lo que antes me parecía sencillo contigo, ahora... ahora parece que se ha complicado... o que lo he complicado yo... no sé... —Alzó la mirada y le fue franca —Tengo demasiados no sé en mi vida, Carlos... demasiadas incógnitas y he de ir despejándolas una a una y creo que esa llamada que acabas de atender puede empezar a aclarar mi horizonte más cercano... ¿Me equivoco?

Carlos suspiró resignado, la elocuente Mel había puesto todas las cartas encima de la mesa, él también lo había hecho y ahora sólo tenía dos opciones, o esperar o renunciar, la segunda palabra no entraba en su vocabulario, por eso esperar era su destino, esperar y aclararle a Mel cuál iba a ser su situación.

—Ven —La tomó de la mano y la condujo al gran sofá, se habían acabado las distancias, él se sentó a su lado —No te equivocas, la llamada era de Jaime —Carlos no soltó su mano e inició su reconquista con el mismo gesto con el que la había reconfortado en el hospital, acariciando sus dedos con delicadeza —Han acudido a tu cita, una agente iba a realizar tu papel, llegaron a la gasolinera a la hora convenida pero nadie se presentó, esperaron una hora, dos... hasta que tomaron conciencia de que, por un motivo u otro, el intercambio no iba a producirse. Estaban a punto de abortar el operativo cuando han recibido una llamada, al parecer, corre el rumor entre el mundillo en el que Juan se movía de que, después de que tu acudieses a la policía, se ha hecho evidente que la deuda no iba a ser cobrada con facilidad. La policía piensa que los acreedores de tu hermano se van a dar un margen de tiempo para actuar, por eso van a trasladarlo, si no lo han hecho ya, a otra prisión. Antes de que me preguntes te diré que no me han dicho a cual, quieren protegerlo, se ha convertido en un confidente valioso.

—Y eso... —Mel estaba intentando procesar toda la información —¿Eso es bueno o malo para mí?



—Mel... —Carlos odiaba no poder dejar el tema zanjado— Van a ponerte vigilancia un tiempo, te acompañarán al trabajo, estarán cerca de casa...

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Mel confusa y abrumada.

—No lo sé —Carlos iba a ser totalmente franco con ella —Hasta que ellos consideren que ya no estás en peligro.

—¿Estás tú en peligro?

—No Mel, no estoy en peligro... no vayas por ahí...

—No sé por dónde ir... la verdad...

—Bueno... —Carlos quería quitarle algo de presión a Mel, iba a seguir el consejo de Jaime, debían hacer vida normal, ellos consideraban que quien estaba en riesgo era Juan, no Mel y que lo que más le convenía a su chica era seguir la rutina convencional de una chica de su edad que demostrase a quien la estuviese vigilando que no tenía la más mínima relación con su hermano y que, por tanto, a través de ella la deuda no iba a ser saldada. Le vino a la cabeza la fiesta del día siguiente y desvió la conversación con habilidad —Haremos lo que Jaime nos pide, seguiremos nuestra vida como si nada, parece que es bueno que se te vea como una chica normal alejada del mundillo de Juan, no se te ocurra ir a los gimnasios o a cualquier sitio que él frecuentase...

—No quiero hacerlo, ni lo haré... descuida... ya te dije que no quiero saber nada de él.

—Lo sé. Además, recuerda que mañana tenemos una fiesta...

—Cierto... —Mel lo había olvidado por completo y ahora tenía que hacer frente a esa reunión, tendría que decirle a Lola que su relación con Carlos había cambiado —Lola va a matarme...

—¿Por? —Carlos arqueó las cejas extrañado por la salida de Mel.

—Porque te quiere con locura, dice que eres más que un amigo... y yo...

Carlos sonrió para sí... sus chicas eran lo más... eran preciosas, dulces y tremendamente protectoras con él.

—Mel cariño... no tienes que contarle a nadie cómo llevamos nuestra relación, no le debes ninguna explicación...

—Le he dicho que estamos juntos... y ahora...

—Por mi parte estamos juntos pero más despacito... ¿vale? Esa explicación tendrá que ser suficiente para ellas, además ... ¿Podré abrazarte, no? —Carlos sonrió al ver cómo Mel asentía —Pues entonces tendrá que valer cariño... ven aquí —Abrió los brazos y su corazón se tranquilizó cuando Mel no dudó en

refugiarse en ellos —Vamos a intentar llevar todo esto de la mejor manera posible pero juntos...

—¿Podremos? —Mel susurró en su pecho su temor.

—Claro que sí Mel... podremos —De corazón, Carlos quería poder, iba a hacer todo lo posible por poder... pero había comprendido que ya no estaba todo en su mano, que, por primera vez en mucho tiempo, se iba a convertir en un sujeto pasivo, en vez de actuar, Carlos debía aprender el papel de esperar y eso, eso no se le daba nada bien.

## CAPITULO 19

*“La verdadera amistad es como la fosforescencia, resplandece mejor cuando todo se ha oscurecido.”*

*Rabindranath Tagore*

Mel vio cómo una de sus pesadillas se aproximaba cruzando a paso firme el jardín de los Anderson en dirección a los columpios en dónde Anne y ella estaban pasando el rato. Jack y Héctor, altos, fuertes y con gesto serio se acercaban cada vez más. Mel se sobresaltó cuando, con un chillido, Anne salió disparada del columpio echando a correr para arrojarse en los brazos de su hermano. Jack no pareció sorprendido por el gesto y la abrazó con fuerza, Héctor también sonrió y le revolvió el cabello mientras le señalaba el porche trasero, allí las dos embarazadas reposaban junto a Carlos tras una copiosa merienda a base de la selección más variada de sándwiches que Mel había visto jamás, tampoco se había podido resistir a la gran tarta de limón cuyo jugoso bizcocho era de lo más apropiado para la calurosa tarde que les había tocado en suerte. Mel tragó saliva al ver a Anne correr todo lo deprisa que sus gordezuelas piernas le permitían, la siguió con la mirada y vio cómo desaparecía tras la casa. Se había quedado sola con el enemigo, se levantó del columpio sin saber muy bien qué hacer y cuando giró la cabeza casi se da de bruces con las dos altas torres que en segundos habían llegado hasta los columpios. Alzó la mirada y se topó con que los ojos verdes de Jack y los oscuros de Héctor la miraban. No supo interpretar esa mirada, estaba muy nerviosa y sabía que sus manos habían comenzado a temblar.

—Buenas tardes Mel —Jack saludó con educación a la invitada de su mujer y de su madre, ambas lo habían amenazado con mil desgracias si osaba molestar a la chica de Carlos.

Mel se sorprendió del tono culto y educado de Jack, sabía que ambos eran originarios del mismo país, Inglaterra, sin embargo Jack, al igual que ella, debía de haber nacido en España. Lo educado era responder en el mismo tono y Mel, ante todo, era una mujer educada, eso sí, no osó mirar a Héctor, tenía miedo de ver en su rostro el mismo gesto agresivo y de repulsa que había percibido en su último encuentro.

—Buenas tardes —Fue su escueta respuesta.

—¿Lo estás pasando bien? —Jack podía mantener durante horas una charla cortés e intrascendente y justamente eso era lo que iba a hacer mientras intentaba

rascar un poco más en la chica por la que se había enfrentado a su abogado y amigo.

Por su parte, Héctor también intentaba comprender qué era lo que marcaba la diferencia entre Mel y otras chicas con las que Carlos había tonteado en el pasado. En ese momento se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que el abogado le mencionó alguna conquista. Frunció el ceño porque él no veía nada especial en Mel, era una chica del montón, tenía un pelo bonito, desde luego su fuerte eran los labios, Mel tenía la clase de labios que cumplían todos y cada uno de los estándares de belleza actuales, gruesos, rosados y bien delineados, sin embargo a él no le decían nada. Le disgustó comprobar cómo la chica se esforzaba en esconder el temblor de sus manos, Mel había adoptado ante ellos una postura de alerta, como si se estuviese preparando para huir en cualquier momento. Héctor volvió a fruncir el ceño con mayor intensidad porque no le gustaba que una mujer se sintiese amenazada en su presencia. ¡Joder! El puto maltratador era su hermano, no él ni el bueno de Jack, quien, con la extrema cortesía inglesa que lo caracterizaba le preguntaba a Mel sobre su hermana Anne. Se esforzó en prestar atención a su respuesta y a dejar de divagar sobre los motivos de su amigo Carlos para priorizar a aquella pequeña mujer sobre todo lo demás.

—Sí —Mel trataba de responder a la pregunta de Jack siendo consciente de que Héctor la estaba sometiendo a un exhaustivo examen, lo cual estaba crispando aún más sus ya irritados nervios —Es una niña encantadora, muy lista y cariñosa...

Mel se sobresaltó cuando sintió que unas manos conocidas la rodeaban por la cintura apoyándola contra un torso fuerte y familiar, se relajó en cuanto escuchó la voz de Carlos que, antes de hablar, la besó con dulzura en el cabello.

—Mel... —Carlos habló sin apartar la mirada de sus dos amigos. Se había levantado como si tuviese un petardo en el culo cuando Anne llegó corriendo para avisar a las chicas de que Jack y Héctor habían llegado. Había acelerado el paso cuando vio a sus amigos, tan grandes, rodeando a su pequeña Mel. Carlos volvía a percibir a Mel y su lenguaje corporal no dejaba dudas, estaba nerviosa y, tal vez, también estuviera asustada. Maldijo para sí mientras se acercaba ¡Por sus cojones, que aquellos dos no iban a perturbar aún más la ya precaria estabilidad de la niña de sus ojos!. Sabía que su mirada era fría pero pudo controlar el tono de su voz —Las chicas te reclaman, están planeando no sé que cosa de fiesta para bebés que aún no han nacido... cariño... no has parado de jugar con Anne toda la tarde —Eso era una flecha directa al corazón de Jack —Lucía ha traído

limonada fresca ¿No te apetece?

Mel no era tonta, era probable que Lola y Helena la estuviesen reclamando porque ella había intentado evitar una conversación íntima con ellas durante toda la tarde, por fortuna, Anne había sido de gran ayuda ya que, emocionada y entusiasmada con su nueva amiga, no la había dejado sola ni un segundo, además, cómo las dos embarazadas no podían correr ni saltar debido al calor, ella había sido la destinataria de todas sus peticiones. Bailar, saltar a la comba, columpiarse... Mel había hecho todo lo que Anne le había pedido y tenía claro que Carlos estaba aprovechando esa circunstancia para molestar a Jack, al tiempo que le daba a ella una salida para evitar el mal genio de aquellos que se denominaban a sí mismos amigos de su todo, además de que, con su beso y sus cariñosas palabras, le estaba demostrando que no le había mentido al asegurarle que él seguía dispuesto a todo por ella. Le conmovió y le dolió no ser capaz de volver atrás y olvidar la tarde en la que Carlos la había dejado sola sin ninguna explicación, era una advertencia que su mente sacaba a relucir cada vez que su corazón estaba tentado a ablandarse y ceder. Mel acarició el brazo de Carlos antes de alejarse en dirección al porche donde descansaban sus nuevas amigas.

—Gracias, estoy sedienta.

Carlos frunció el ceño al detectar cierto abatimiento en el rostro de Mel.

—Espera Mel... ¿Estás bien? ¿Te duele la espalda?

Era cierto. No estaba bien, estaba triste y sí, la espalda había comenzado a molestarle desde hacía un buen rato pero Mel había preferido aguantar el dolor que enfrentarse a Lola y a Helena, sabía que no iba a poder mantener su especie de farsa ante su ex cuñada. Carlos no merecía una mentira, se limitó a asentir mientras le respondía la verdad.

—Sí, un poco... estoy algo cansada.

Carlos endureció el gesto, su enana no había descansado en toda la tarde y era evidente que su espalda no estaba aún recuperada de los golpes recibidos, se tragó su maldición y la miró con dulzura.

—Bien... necesitas descansar, es mejor que te sientes un rato con las chicas a la sombra. Si es demasiado para ti nos iremos enseguida.

Mel negó. No podía ser tan descortés con Helena y con Lucía que la habían acogido en su casa como si de una prima lejana se tratase. Además, Lucía había insistido en que se quedasen a cenar, la noche prometía ser calurosa y le había asegurado que disfrutaría de una agradable velada entre amigos en el porche. Para Mel, Lucía estaba siendo demasiado optimista pero, como una hija

obediente, se había limitado a asentir aceptando sus órdenes disfrazadas de sugerencias.

—No te preocupes, descansaré ahora —Sin darle a Carlos la oportunidad de responder, Mel se dio la vuelta y se dirigió al porche sabiendo que tres pares de ojos estaban clavados en ella.

Ninguno de los tres amigos pronunció palabra hasta que Mel dobló la esquina de la casa desapareciendo de su vista, Carlos fue el primero en romper el tenso y frío silencio que se había instalado entre ellos, lo hizo con voz dura, firme y agitando ante las narices de Jack y Héctor un dedo amenazador.

—Os voy a romper la cara si me entero de que le decís algo desagradable a Mel ¿Entendido? Bastante ha oído ya de vosotros...

Héctor se tensó ante las duras palabras de Carlos, nunca lo había visto así, le jodía el tono chulesco con el que les había hablado porque parecía haberle copiado lo peor de su personalidad. El toque bravucón y troglodita tenía su razón de ser en Héctor, pero no era propio del carácter calmado, bromista y resolutivo de su abogado y amigo. Como siempre, la aguda diplomacia británica contuvo la burda réplica que Héctor tenía en la boca.

Jack tenía que calmar los ánimos de aquellos dos que eran perfectamente capaces de liarse a puñetazos a pesar de quererse más que si de dos hermanos se tratase. Le aguantó la mirada a Carlos y levantó sus manos en señal de disculpa para enfatizar su mensaje.

—Eh... sólo estábamos saludando a Mel, interesándonos por cómo lo estaba pasando esta tarde.

—Y un huevo... —Le respondió Carlos poco dispuesto a aceptar las palabras de Jack —Lo único que os interesa de Mel es averiguar la forma más rápida de sacarla de mi vida y, de paso de la vuestra —Carlos omitió que ya se las estaba arreglando el solito para cagarla con todo el equipaje cuando apenas había comenzado su relación.

Jack tomó aire para no perder los papeles con Carlos, su amigo estaba en su derecho de reprocharles las palabras pronunciadas la tarde en la que acudieron a su casa, pero enrocarse en esa discusión no iba a conducirles a nada bueno y se trataba de encontrar un punto de partida para reparar el daño hecho a su amigo.

—No voy a negarte eso, sin embargo, estamos dispuestos a reconocer que, tal vez, no hemos estado acertados respecto a Mel.

—Venga ya Jack... —Carlos protestó —Eso es todo un eufemismo... —Hizo comillas con los dedos —¿Tal vez no habéis estado acertados?...

Permíteme que te explique algo, gracias a vuestro discurso Mel ha decidido no trabajar conmigo en el despacho, puedes estar tranquilo... no tendrás que soportar su presencia en Anderson & Asociados, Mel no estará cerca de Helena, tú ganas. En cambio yo pierdo porque la persona que he elegido.... —Hizo una pausa para que calase bien el mensaje de que él había escogido a Mel como compañera, exactamente igual que ellos habían elegido a las que hoy eran sus mujeres —va a trabajar en una puñetera floristería en la otra punta de Madrid, lejos de mí y de la escasa protección que yo le puedo proporcionar, además de eso, un puto policía la va a seguir a todos lados, esté conmigo o no ¿sabes por qué? Porque le han dado una puta paliza y, en cambio, al cabrón de su hermano, que se ha convertido en el soplón número uno de la policía, a él lo van a poner a buen recaudo, lejos de las calles en las que Mel va a tener que vivir a diario y yo voy a estar a kilómetros de ella si algún jodido matón entra en la jodida floristería y no precisamente para comprar un jodido ramo de jodidas rosas — Carlos elevaba una octava su tono de voz al enumerar una a una todas sus frustraciones —Ese no era su jodido lugar, su jodido lugar era estar con su culo pegado a la silla de mi despacho pasando jodidos informes al ordenador, dentro de una jodida oficina que tiene uno de los mayores y jodidos sistemas de seguridad de la capital porque es una jodida sede de una jodida empresa de seguridad. Anderson & Asociados ¿Conoces la empresa Jack?

¡Joder! Pensó Jack... tenían un desastre de los gordos entre las manos, no tenía ni puta idea de cómo empezar a solucionar el problema con Carlos, miró a Héctor, su amigo, su hermano no había pronunciado palabra, ni tan siquiera había emitido uno de aquellos putos gruñidos con los que todos estaban familiarizados, sin embargo en aquella ocasión, Jack tuvo que reconocer que Héctor le ganó por goleada con su reacción.

—Tienes a Gus a tu disposición —Héctor no quería tener en su conciencia una nueva agresión a Mel, Lola nunca le perdonaría que, habiendo podido hacer algo por ayudarla, no lo hubiese hecho y para Héctor, la felicidad de Lola era lo único que importaba. La quería segura, sana y feliz. Eso siempre, y más ahora, en ella crecían sus dos hijos gemelos. Por sus cojones que Lola iba a tener un embarazo tranquilo y, si prescindir de Gus una temporada iba a proporcionarle esa tranquilidad, pues que así fuese.

A buenas horas mangas verdes... pensó Carlos mientras ponía los brazos en jarras para asegurarse de que éstas no impactarán ni en el rostro de sus amigos ni en la corteza del árbol más cercano.

—Tal vez se te olvide que yo no soy Jack y que no puedo hacer frente al

coste de tener a Gus con Mel por tiempo indefinido.

—Me cago en la puta... —Bramó Héctor perdiendo los estribos —Jodido abogado de los cojones... ¿Te he pedido yo la pasta? Pedazo cabrón... ¿Crees que soy tan hijoputa como para cobrarte los servicios de Gus?

En apenas unos segundos Jack se interpuso entre los dos amigos en previsión de que éstos se liasen a puñetazo limpio destrozando en la pelea los amados rosales de su madre. Aún a riesgo de verse embestido por su furia, colocó las manos en sendos pechos de aquellos dos toros bravos.

—Calmaos ya los dos... ¡Joder Carlos! Estamos tratando de pedirte disculpas tío...

Carlos agachó la cabeza rendido, era consciente de que había ofendido a Héctor con sus palabras y, aunque éste merecía un escarmiento, tal vez en esta ocasión él hubiese ido demasiado lejos. La situación estaba empezando a superarle, la angustia por Mel, por saber que en dos días pasaría la mayor parte de las jornadas fuera de su alcance, por saber que necesitaba vigilancia, el riesgo de que su relación se rompiera más de lo que ya estaba y que tuviera que renunciar a ella hacía que perdiera los nervios con una facilidad desconocida para todos, incluso para él mismo. Carlos estaba acostumbrado a llevar la voz cantante, a dirigir y, en esta ocasión, todo el mundo parecía haberle arrebatado ese papel. Agachó la cabeza hasta que la barbilla casi tocó su pecho, los brazos cayeron inertes a sus costados y no le importó que sus amigos fuesen testigos de su dolor.

Jack arqueó una ceja mirando a Héctor para verificar que éste se había calmado, comprobó como asentía, parecía haberse desinflado al ver a su amigo perdido. Ninguno de los dos habían visto nunca a Carlos tan abatido, casi siempre tenía una sonrisa en la cara y una pulla en la boca y no era agradable comprobar el daño que, sin pretenderlo, ambos le habían infringido. Jack colocó una mano sobre el fuerte hombro de Carlos y se lo apretó. Si hacía escasos minutos Jack estaba seguro de que el abogado furioso les habría vencido a ambos en una reyerta, ahora, el mismo hombre parecía un crío perdido. Le dolió ver cómo Carlos no era capaz de levantar la cabeza y le jodió más escuchar las palabras estranguladas de su amigo.

—Voy perderla del todo. Apenas la he tenido y ya estoy empezando a perderla.

—¿De qué hablas tío? —le preguntó Jack.

—Hablo de todos los putos frentes abiertos que tiene Mel, son tantos y son



tan complicados que voy a perderme entre ellos.

—¿Cuáles son esos frentes? —Héctor odiaba ver en Carlos la imagen de un hombre derrotado.

Por primera vez en días, Carlos pareció recuperar la confianza en sus amigos, levantó la mirada para comprobar que el interés era sincero y real. Ambos asintieron a la vez, era algo más que un simple gesto, aún así, Carlos necesitaba confirmación verbal.

—¿De verdad queréis saber la verdadera historia de Mel?

Jack y Héctor no lo dudaron y asintieron al unísono.

—Sí.

Fue entonces cuando tres grandes hombres se sentaron en la hierba en una calurosa tarde de junio que pretendía reconciliar su amistad. Uno de ellos habló durante casi media hora, los otros dos no osaron interrumpirlo. Luego las tornas cambiaron, uno hubo de guardar silencio mientras los otros dos hablaban, se repartieron objetivos y se sellaron promesas. Nadie más fue testigo del abrazo final en el que se fundieron.

Carlos estaba tardando más de lo previsto y Mel ya no sabía qué otro tema debía de sacar para evitar hablar de su relación con el protegido de Lola y Helena, la fiesta de baby shower para el heredero Anderson o su trabajo en la nueva floristería habían centrado la conversación, sin embargo, hacía minutos que entre ellas reinaba el silencio mientras el sol de la tarde caía en el horizonte. Lucía se había llevado a Anne hacía un buen rato con el pretexto de que debían de dejar a las chicas solas para que hablasen de sus cosas. No resultó una tarea sencilla, a pesar de un amago de rabieta y un abrazo interminable con Mel, Anne no consiguió salirse con la suya esta vez, algo que al parecer, era más frecuente de lo que en un principio podía suponerse. Mel estaba elucubrando con la posibilidad de cerrar los ojos fingiendo cansancio para evitar las preguntas incómodas. No tuvo suerte. Lola fue la primera en preguntar.

—Mel... ¿Qué es lo que ha cambiado desde ayer? —Lola no iba a andarse con rodeos, necesitaba respuestas y las necesitaba antes de que Héctor y Jack acudiesen a su encuentro —Estáis los dos rarísimos, tú nos has evitado toda la tarde...

—Y Carlos parece abatido... —Puntualizó Helena deseosa de meter baza para saber lo que pasaba con su jefe y mejor amigo.

—No pasa nada... —Mel trató de escaquearse —Y no os he evitado, sólo quería ser amable con Anne...

—Mel.. —La reprendió Lola —Todos queremos ser amables con Anne pero tú has conseguido desbancarme como su nueva mejor amiga y créeme... eso requiere mucha dedicación... no te has separado de ella en toda la tarde para evitar que te preguntásemos por ti y por Carlos, es evidente que ha pasado algo, a mí no puedes engañarme porque yo he sido la reina de la ocultación de mis estados de ánimo y me conozco todos los trucos.

—Cierto —Reconoció Helena —A Jack por poco le da un patatús cuando fue consciente de que nos habías ocultado todos tus malos pensamientos, estuviste a un tris de enfermar y —señaló con el dedo a Mel —nosotras no vamos a consentir que tú pases por algo parecido... dime Mel ¿Quién de los dos la ha cagado? ¿Has sido tú o ha sido el abogado?

Mel dudó, no sabía si debía confiarse con sus nuevas amigas. Carlos le había dicho que no le debía explicaciones a nadie sobre la forma en la que ambos llevaban su relación, sin embargo, tal vez fuera bueno conocer la opinión de una mujer, en concreto, de aquellas dos mujeres cuyas relaciones con sus ahora maridos, al parecer, habían sido de todo menos convencionales.

—¿Nos temes Mel? —Le preguntó Lola —Me da la sensación de que temes que te critiquemos o te juzguemos... créeme si te digo que no es nuestro estilo...

—Para nada —Volvió a interrumpirla Helena mientras acariciaba su voluminosa barriga —Hemos visto de todo en los últimos meses y hemos aprendido a no prejuizar determinadas situaciones. Así que... no nos dejes con la intriga... no es bueno para nuestros bebés... Anda, cuéntanos que es lo que ha hecho Carlos...

Mel abrió la boca asombrada, Helena sabía jugar sucio, Jack y Héctor ya no tenían muy buena opinión de ella como para añadir puntos extra en su contra por intranquilizar a las futuras mamás de sus herederos.

—¿Cómo estás tan seguro de que Carlos ha hecho algo malo? Sé que es algo así como vuestro protegido... —Mel no quería quedarse con la duda.

—Querida... —Helena sonrió mientras imitaba a la perfección el tono condescendiente de su nueva madre, su suegra Lucía era toda una experta en salirse con la suya —Adoro a Carlos, lo quiero con locura pero estoy segura de que una vez enamorado... va a ser tan torpe como lo fueron nuestros maridos —Arqueó una ceja mirando a Lola buscando su confirmación —¿No?

—Totalmente segura... un hombre enamorado, mejor dicho, un hombre del tipo de estos tres, cuando se enamora... suele convertirse en un hombre torpe... ¿Qué es lo que te ha hecho?

Mel tomó aire y comenzó a relatar con pelos y señales todo lo que había sucedido desde que Lola la había dejado en casa tras la tarde de compras, soltarlo todo calmó sus nervios y el ver los gestos comprensivos, las miradas cómplices entre sus nuevas amigas y los ceños fruncidos hizo que tomase conciencia de que aquello de tener amigas con las que compartir sus preocupaciones estaba más que bien. Justo al terminar su relato cogió el vaso con la fresca limonada y le dio un buen trago deseando escuchar los comentarios de aquellas dos mujeres. Helena, mucho más visceral que la calmada Lola, fue la primera en hablar.

—La madre que lo parió... que, por otro lado, es una santa mujer... ¿Cómo se le ocurre dejarte sola sin pronunciar palabra? ...

—No me lo puedo creer —Lola meneaba la cabeza de un lado a otro negando con efusividad —Precisamente él, que nunca nos ha abandonado, que ha estado al pie del cañón y ha sabido percibir nuestros estados de ánimo, justo él, que ha dicho siempre la palabra precisa en el momento justo...

—Me va a oír... —Helena estaba realmente molesta con su jefe y amigo — Te juro que me hubiese encantado tenerte como compañera Mel, pero si has sentido algo así como una llamada... si has sentido que esa floristería es el sitio correcto para ti... pues adelante... Ya te digo de antemano que en esta casa no van a entrar flores de ningún otro lugar. Palabrita... espera que hable con Lucía, va a tardar nada y menos en cantarle las cuarenta a Carlos...

Mel estaba abrumada por la vehemencia de Helena, era increíble cómo ambas estaban haciendo piña con ella a pesar de que Carlos era su ojito derecho, sin embargo, no estaba muy segura de que fuese buena idea de que le recriminasen su actitud. Ambos lo habían hablado ya, parecía que su pacto de desaceleración podría funcionar y así se lo hizo saber.

—Por favor... no le echéis la bronca... creo que ya sabe que ha cometido un error, es un buen hombre..., ha aceptado todo lo que le he pedido... duermo en la habitación de invitados, me está dando espacio... no sé... creo que el problema lo tengo yo... he confiado muy pronto en él y ahora...

—Ahora necesitas protegerte, reservarte una parte... —Lola terminó la frase por ella porque la comprendía perfectamente. Ella había pasado un calvario hasta que se entregó definitivamente a Héctor, hasta que comprendió que no todos los hombres eran iguales, que aquella parte de su ser que se reservaba, que protegía de un posible daño le impedía volver a ser una mujer completa. Mucho se temía Lola que, en el caso de Mel, su inexperiencia con el sexo masculino era

gran parte del problema y se aventuró a formularle una pregunta que, perfectamente, podría calificarse de indiscreta —Mel... no me respondas si no quieres, me gustaría que confiases en nostras ya que por ahora no puedes confiar en Carlos... es una pregunta muy personal, te juro que no se trata de puro cotilleo... pero, cariño... ¿Hubo alguien antes de Carlos?

Mel sintió como enrojecía, el calor subió rápidamente desde su pecho, ascendió por su cuello y llegó a sus mejillas, se las tocó con una mano temblorosa, ardían... no estaba ni acostumbrada ni preparada para esa clase de conversación entre amigas, sabía que era así, que no había tabúes entre las amigas de verdad. En la universidad había oído las risitas y los murmullos en otros grupos de chicas hablando de sus relaciones pero ella, la Mel que siempre había permanecido al margen, nunca se había visto en un brete semejante. Supuso que, dado el color que debía estar inundando su rostro, poco importaba ya si respondía o no, sin embargo, quería ser una mujer normal, pertenecer a un grupo de amigas, tener la suficiente intimidad con ellas cómo para confiarles cualquier asunto. Mel dio un paso adelante, se armó de valor y respondió con la mirada fija en el precioso seto de hortensias moradas que rodeaba el porche trasero de la casa de los Anderson.

—No. Él ha sido el primero para mí... en todo —Recalcó —Nunca tuve un novio, no podía relacionarme con la gente de mi universidad, su nivel económico estaba muy por encima del mío... no podía seguir sus planes... debía estudiar, debía sacar los cursos a tiempo... Juan siempre me decía que le costaba mucho dinero mantenerme allí...

Helena mantuvo silencio, no sabía lo que haría Lola pero ella sí pensaba tener una charla con Carlos, el lunes sin falta lo iba a sentar en su despacho y, quisiera él o no, iban a hablar de Mel, y ella iba a contarle punto por punto cómo se sentía una mujer cuando se quedaba sola, sin familia, sin amigos y sin trabajo. Tal vez Carlos hubiese olvidado el pasado de Helena, pero ella no lo había hecho, se sentía afortunada de haberse convertido en una Anderson, de estar a punto de ampliar aquella gran familia, pero no perdía de vista a la Helena de antes, la Helena sudorosa y despeinada que había tropezado con Jack en el vestíbulo de Anderson & Asociados.

—Mel... —Lola se levantó a abrazar a una Mel que estaba entre avergonzada y descolocada —Tengo que decirte varias cosas... no me puedo alegrar más de que el primer hombre de tu vida haya sido Carlos, créeme... eso va a marcar la diferencia por mucho que la haya cagado nada más empezar vuestra relación. Tal vez —Miró a Helena buscando complicidad —Tal vez el

abogado sí haya aprendido algo de nuestras historias...

—¿El qué? —Preguntó Helena, ella veía una gran cagada y punto.

—Tu jefe ha conseguido que Mel continúe en casa con él, consiente que duerma en otra habitación —Lola arqueó las cejas mirando a Helena —tú sabes lo que eso supone para alguien como Carlos, como Jack, como Héctor —Lola esperó a que Helena asintiese para proseguir —La tiene a su lado, a su manera la protege, ha salido escopeteado en cuanto Anne ha venido a avisarnos de que Jack y Héctor estaban con Mel, ¿Para qué lo ha hecho? Me apuesto lo que quieras a que han estado a punto de liarse a puñetazos hasta que la cordura ha vuelto a ellos, sé que no me equivoco si te digo que dentro de un instante van a aparecer los tres como si no hubiese pasado nada, pero no van a engañarnos,

Helena se alegró de tener a Lola con ella, su carácter la calmaba y siempre le hacía ver las cosas desde una nueva perspectiva y, en este caso, como siempre, la perspectiva era la correcta.

—Cierto. Tienes razón. A veces olvido lo obtusos que pueden ser estos — hizo comillas con los dedos —“macho alfa”... Mel... haz caso a Lola... ella sabe cómo te sientes, a ella también le costó confiar... no podemos predecir el futuro pero no nos equivocamos al decirte que está en tu mano, eres tú la que tienes que dar el paso. En un momento dado, Héctor creyó oportuno hacerse a un lado por el bien de Lola, muchos no lo entendimos y, al final, ni él mismo estaba seguro de la decisión que había tomado. Carlos ha hecho un amago de huida, ni tan siquiera creo que lo que ha hecho pueda calificarse como tal, pero mi jefe es lo suficientemente hábil, puede soportar que no duermas en su cama pero te tiene ahí, en un entorno seguro, puedes estar en la habitación de al lado, pero estoy segura de que no te pierde de vista.

—Me ha dicho que podemos abrazarnos, que no tenemos que esquivarnos... ayer fue un horror, necesitaba un abrazo y ninguno de los dos parecía saber cómo debíamos comportarnos... yo no puedo tener una relación completa, tengo que saber muchas cosas antes —Mel procedió a enumerar con los dedos todas y cada una de las incógnitas que debía de despejar —Debo averiguar quién soy, quién es mi otra familia, saber que lo de Juan no va a volver a tocarme, saber si me he equivocado con lo de la floristería... necesito vivir todo eso... antes de Carlos... tengo el convencimiento que no podremos salir adelante mientras yo esté perdida. Si ahora me tiro a la piscina de cabeza con él y, por lo que sea, las cosas se tuercen... volveré al punto de partida pero mucho más destrozada de lo que ya estoy ahora.

—Se llama red de seguridad Mel —Le explicó Lola —Yo necesité crear la mía, necesitaba el apartamento, el trabajo por fortuna no era el problema, yo necesitaba saber que tenía una vida completa sin Héctor, sólo que al final...

—Al final se dio cuenta de que, una vez conocido el amor —Le explicó Helena porque Lola estaba emocionándose —tu vida nunca vuelve a ser completa cuando tu amor no forma parte de ella.

Mel no pudo responder, tuvo que reconocer que Lola no se había equivocado cuando vio a los tres amigos llegar junto a ellas en absoluta camaradería. Agradeció que la pequeña vivaracha mujer de Jack no diese muestras de su malestar hacia Carlos, respondiendo así a la muda petición que Mel le había hecho con su mirada. Así, por un tácito acuerdo, la velada transcurrió con tranquilidad entre charlas intrascendentes. Entonces Mel pudo descubrir una nueva faceta en Carlos de la que nadie pareció sorprenderse, su todo se alejó de su lado responsable, serio y formal para dejar salir a su alter ego, un bromista empedernido al que le encantaba sacar de quicio a sus amigos. A pesar de que Mel mantuvo una actitud reservada, se descubrió sonriendo muchas más veces de las que, en principio, había previsto. Todo parecía fluir con naturalidad, incluso Carlos, sentado a su lado, la había rodeado por los hombros acariciándole de manera distraída su brazo desnudo mientras escuchaba cómo Helena desgranaba las anécdotas de Anne durante la preparación de la próxima fiesta para su bebé. Era casi medianoche cuando abandonaron la casa de los Anderson, tenía la tripa llena por la copiosa cena a base de tapas que habían degustado, estaba cansada, amodorrada y con la mirada perdida en las luces de las calles de Madrid, se preguntaba si Carlos, que conducía concentrado y en absoluto silencio, habría disfrutado de la velada. Mel tenía la cabeza llena de información, necesitaba procesar las palabras de Helena y de Lola, tenía todo el fin de semana por delante para hacerlo ya que el lunes, el lunes empezaba una nueva etapa.

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 20

*“Si has construido ladrillos en el aire, tu trabajo no se pierde, ahora coloca las bases debajo de ellos.”*

*Henry David Thoreau*

Carlos dejó a Mel en su nuevo trabajo y, mientras conducía de vuelta al despacho, sus pensamientos vagaron de un lugar a otro. Primero repasó el fin de semana, no habían hecho nada especial, un ligero descenso de las temperaturas y la lluvia los había invitado a permanecer en casa. Aun así, Carlos estaba satisfecho porque en numerosas ocasiones había conseguido sacarle una sonrisa a Mel. La noche del viernes había sido perfecta, a la reconciliación con sus amigos se unió el hecho de que Mel había comenzado a esbozar tímidas sonrisas con sus puyas, cuando él se dio cuenta de ello, se había quedado embobado admirando lo bonito que era su rostro cuando aquellos labios plenos sonreían a placer. Helena lo había pillado en falta y Carlos, sabiendo que sostenerle fijamente la mirada a su empleada y amiga era la mejor manera de manejar su reciente confianza en sí misma, se había sorprendido al leer en sus labios un claro “Cuídala. Lo necesita” del que nadie más fue consciente.

El único hecho que había ensombrecido la luminosa mañana de Mel había sido cuando la pareja de policías de paisano habían interrumpido su trabajo para presentarse como los agentes que estarían pendientes de ella en los próximos días, le facilitaron un número de móvil, el modelo y la matrícula del coche que iban a utilizar para seguirla y le recomendaron que hiciese todo lo posible por olvidarse de su presencia, al parecer, eso les facilitaría enormemente la misión que les habían encomendado. Mel se disculpó de antemano con ellos por lo tedioso de su tarea, ellos, encogiéndose de hombros, le garantizaron que en peores batallas se habían visto y, sin darle tiempo a ofrecerles un café, habían abandonado la floristería. Mel procuró hacerles caso y se obligó a olvidar que, en algún lugar cercano, había dos policías velando por su seguridad. No quería sentirse insegura allí, todo lo contrario, quería que el cálido y reconfortante ambiente de la floristería fuera su refugio. Mel había recorrido una y mil veces el local para hacerse cargo de todo lo que podía ofrecer, había repasado los nombres de todas y cada una de las flores y plantas que estaban expuestas e incluso le había parecido interesante averiguar el significado de cada una de ellas cuando escuchó cómo Mabel aconsejaba a una clienta sobre qué flores debía regalar a una amiga a la que le habían diagnosticado una triste enfermedad. Mel no le había quitado los ojos de encima a Mabel mientras ésta, con una habilidad asombrosa, preparaba un precioso ramo de gerberas azules, amarillas y naranjas entremezcladas con hojas de ruscus al tiempo que desgranaba que aquella flor, que también era conocida como margarita africana, representaban, entre otra cosas, la alegría de la amistad. Mabel explicó que sus vibrantes colores eran ideales para alegrarle el día a cualquier persona, por ejemplo las de color naranja representaban todas aquellas sensaciones asociadas a la consecución del éxito en todas las metas planteadas, las azules se obsequiaban a personas que necesitaban empezar de nuevo con fuerzas renovadas por estar muy cansadas o sometidas a un gran estrés mental y, las gerberas amarillas, a nivel de amistad, representaban una profunda admiración y deseo de conservación de aquellas amistades verdaderas. La clienta se marchó encantada con su ramo y, en cuanto lo hizo, Mel sometió a Mabel a un tercer grado sobre dónde y cómo podía aprender toda esa información tan valiosa. Mabel había sonreído con cariño y le había anotado unas cuantas páginas web para investigar, además de entregarle un pequeño volumen de tapa blanda muy manoseado. Mel había estado sola toda la tarde ya que Mabel había acudido a visitar la iglesia de un barrio cercano para reunirse con los padres de los niños que harían su Primera Comuni3n a finales de mes, era la tercera reuni3n a la que Mabel acudía y la pobre estaba hasta la narices de



un grupito de madres que le estaban haciendo la vida imposible con ridículos cambios de última hora, por eso le entregó las llaves para que Mel pudiese cerrar el local y, encomendándose al Santo Job, salió por la puerta dejando un vacío tras de sí, vacío que Mel ocupó clasificando los papeles que poblaban el despacho de Mabel. Apenas tuvo un par de interrupciones en toda la tarde y se sintió orgullosa de sí misma al haber sido capaz de atender a los clientes de manera adecuada, especialmente cuando preparó un bonito ramo de media docena de rosas rojas que un enamorado regalaría a su novia por su aniversario. Mel cerró la floristería a la hora convenida y, tras bajar la reja, comenzó a caminar para dirigirse a la parada de metro más cercana, le entró la duda sobre cómo harían los agentes para seguirla pero se encogió de hombros, le habían pedido que hiciese su vida tal y como la haría si ellos no estuviesen presentes y justo eso era lo que iba a hacer. Apenas había dado dos pasos cuando Mel divisó a un hombre apoyado en la farola más cercana a la floristería, era un guapísimo hombre alto, de ojos azules y pelo rubio perfectamente despeinado. ¡Dios mío! Es perfecto... pensó Mel... cómo demonios iba a arreglárselas para no arrojarse en sus brazos feliz por que hubiese tenido el detalle de recogerla en su primer día de trabajo.

Carlos observaba como su pequeña niña se había detenido en seco en medio de la acera mirándolo fijamente. La había sorprendido, con lo cual había cumplido su objetivo. Cuando aquella mañana la dejó en el trabajo no quiso prometerle que pasaría a recogerla al final del día porque su jornada iba a ser larga y tediosa y no estaba seguro de poder llegar a tiempo, por eso se había limitado a besarla en la mejilla asegurándose que Mel conocía la línea de metro que la dejaría en las proximidades de su casa. Estaba muy guapa a pesar de las horas transcurridas, Mel había elegido un sencillo vestido de cuadros vichy en rojo y blanco, sin mangas y corte evasé. A pesar de lo avanzado de la tarde aún hacía calor y la cazadora vaquera con la que se había abrigado aquella mañana descansaba en su brazo. Mel llevaba unas sencillas bailarina negras y un pequeño bolso bandolera también negro, Carlos se fijó en que había cruzado la correa en su hombro sano, apenas llevaba maquillaje y podía distinguirse perfectamente el feo golpe de su pómulo que comenzaba a mostrar las tonalidades amarillas previas a su desaparición, el moratón de la barbilla y el de la frente apenas eran ya perceptibles a esa distancia. Los ojos de Mel brillaban, sus mejillas lucían un color sonrosado muy saludable y sus labios limpios parecían querer esbozar una tímida sonrisa de bienvenida. Carlos quiso gritar de frustración cuando la vio morder su mullido labio inferior, era evidente que Mel

no sabía cómo actuar con él, debía de haberle salido un saludo natural, tal vez desease un abrazo y un ligero beso en la mejilla, por su parte, él deseaba sostenerla por la cintura, alzarla y dar vueltas con ella besando aquellos labios hasta saciar su hambre. Recordó que Héctor le había dicho que iba tener que ser muy paciente con Mel y que, en ocasiones, esa paciencia estaría a punto de hacerle perder los estribos. Tomó aire y se acercó a su niña que, muy quietecita, no se había movido de su sitio a pesar de que varios transeúntes habían tenido que rodearla para proseguir con su acelerado camino de vuelta a casa. Carlos se detuvo apenas a un paso de distancia de invadir su espacio vital.

—Hola enana... ¿Has tenido un buen día?

Mel tuvo que alzar la cabeza para responderle, Carlos aun lucía su traje gris, llevaba una camisa azul de listas verdes con una corbata también verde que Mel estaba segura no se habría desplazado ni un milímetro de su sitio en toda la jornada, No sabía porqué se sentía nerviosa en su presencia y se dijo que, tal vez fuera por el hecho de que era la primera vez que habían pasado el día separados desde que ella se había despertado en la cama del hospital.

—Sí —Mel asintió —Podría decirse que he empezado con buen pie —Mel esbozó una tímida sonrisa alzando su mano derecha en la que llevaba la tirita que protegía un pequeño corte que se había hecho en el dedo anular —y con una mano regular...

Mel se sobresaltó al ver cómo la sonrisa desaparecía del rostro de Carlos al tiempo que tomaba su mano y la alzaba escudriñando su dedo con preocupación.

—¿Te has cortado? ¿No habrá sido profundo verdad...? Supongo que has desinfectado bien la herida.

Mel se quedó sin aliento en el mismo instante en el que su manos entraron en contacto, la piel se le erizó y un cosquilleo recorrió su columna vertebral. Intentó recuperar su mano para así recuperar el control de su cuerpo pero Carlos lo impidió encerrándola en la suya y arqueando una ceja que le indicaba que estaba esperando su respuesta.

—Sí, lo he desinfectado con agua oxigenada. Mabel tiene un botiquín completo en la trastienda.

—Bien —Carlos se dio por satisfecho pero no le devolvió la mano que su niña había tratado de recuperar. Una vez iniciada su operación de reconquista no podía permitirse el lujo de desaprovechar la escasas horas al día en las que aquella enana sería sólo suya. Tiro de la mano de Mel hasta apoyarla en su pecho, la retuvo allí mientras con la otra mano la sostenía por la cintura y daba el

paso que invadía el espacio vital de Mel, se agachó y la besó en la mejilla —Me alegro de verte enana... te he echado de menos.

Mel respiró profundo embebiéndose del aroma masculino de Carlos, su perfume, el olor de su cuerpo y el ligero toque mentolado de su champú. Deseaba acurrucarse allí y devolverle el beso, pero debía mantenerse firme en su decisión, se limitó a acariciarlo ligeramente por encima de su camisa mientras se interesaba por su día.

—A mí también se me ha echo extraño no verte en todo el día ¿Has trabajado mucho?

Carlos asintió mientras, sin soltarle la mano, comenzó a caminar con ella pensando en que tal vez, y sólo tal vez, no fuese tan mala idea el hecho de que Mel no trabajase con él, ya que ello abría todo un abanico de posibilidades al finalizar el día, auguraba largas conversaciones paseando al atardecer.

—He trabajado mucho y ahora me apetece sentarme a la fresca en una de las terrazas que he visto mientras venía a buscarte. ¿Tienes ganas de un helado?

Mel asintió, tenía ganas, tenía muchas ganas de hacer algo normal para una chica de su edad, algo tan simple como tomarse un helado en una terraza al salir del trabajo en una calurosa tarde, algo que, tenía la sensación iba a ser el primer ladrillo en la consecución del punto de equilibrio que ambos estaban buscando.

Y Mel no se equivocaba, ese fue el primer ladrillo de una rutina que se repitió las siguientes tres semanas, Carlos la dejaba en el trabajo cada mañana y la esperaba en la misma farola cada tarde, el saludo también era el mismo que la primera vez, aquel “Hola enana... ¿Has tenido un buen día?” hacía que todo encajase para Mel. La vuelta a la rutina le había sentado bien, se notaba más relajada y comenzaban a alejarse los fantasmas del horror vivido, apenas quedaba ningún rastro de los golpes en su rostro, su hombro ya no le dolía y el único moratón que aún presentaba un feo aspecto era el de la espalda que, de vez en cuando, le provocaba un dolor punzante que parecía querer avisarla de que no debía bajar la guardia a pesar de que no había tenido noticias ni del desalmado de Juan, ni tampoco de los matones que la habían pillado desprevenida, ni tan siquiera de los agentes que sabía no habían dejado de vigilarla todo el tiempo. Mel comenzaba a recuperar una cierta sensación de confort, era algo muy similar a lo que había sentido durante aquellas únicas navidades con Lola, su ex cuñada y ahora fiel amiga que la llamaba con frecuencia para asegurarse de que todo iba bien. Mel le aseguraba que sí que, sin pensarlo, había encontrado su vocación al trabajar con Mabel, el mundo de las flores la atraía, la apasionaba y no se

cansaba de leer y aprender sobre ello, Lola solía bromear con que Mabel la había puesto en un pedestal, al parecer, ésta le había comentado que el hecho de que Mel fuera un crack con la contabilidad, el papeleo y la gestión empresarial había comenzado a reflejarse en las cuentas de la empresa. Mel siempre le restaba importancia al asunto asegurándole a Lola que ambas habían alcanzado una simbiosis perfecta pero que, probablemente, fuera ella la que más tuviese que agradecerle a Mabel. Su jefa le había dado un cierto sentido a su futuro al arriesgarse a apostar por ella cuando, debido a sus situación, otros le hubiesen negado una oportunidad. La conversación con Lola siempre le dejaba a Mel un regusto amargo ya que el tema final de conversación siempre era Carlos y, hasta la fecha, ella no había podido satisfacer el ansia de su amiga por verlos juntos de nuevo. “Seguimos igual, conociéndonos, sin prisas...” era lo que Mel solía responder, Lola siempre hacía una breve pausa que crispaba un tanto sus nervios, luego, inevitablemente siempre sentenciaba “Carlos es un buen hombre, no lo olvides Mel... no encontrarás uno mejor” “Lo sé” respondía Mel, y era la verdad, lo sabía, su corazón lo sabía y su cuerpo lo sabía. Comenzaba a ser una tortura sentarse juntos en el sofá para ver una película, las manos se acercaban peligrosamente a las zonas prohibidas, los besos se habían desplazado de la mejilla a la comisura de la boca o se acercaban a la oreja poniéndole el vello de punta. Los paseos de la mano hasta la terraza dónde cada tarde se ponían al tanto de su día mientras Mel tomaba un helado y Carlos la acompañaba con una caña no eran los paseos de dos amigos, eran los paseos de dos enamorados. Aún así, ninguno había dado el paso, Carlos era un caballero y respetaba sus tiempos y Mel, Mel no sabía muy bien cómo actuar, había días en los que se decía que ya bastaba, que quería acurrucarse aquella noche junto a él en su cama pero, inevitablemente, su mente solía frenar ese impulso nada más traspasaban el umbral de la casa de Carlos y Mel volvía a dormir sola en el cuarto de invitados mientras escuchaba cómo su todo se encerraba en su despacho trabajando hasta altas horas de la madrugada. Mel pensaba en su situación mientras bajaba la reja de la floristería aquella tarde de viernes, hoy no habría helado con Carlos, éste se había excusado alegando una cita para cenar con un cliente. Mel había asentido conforme, era algo normal porque el abogado tenía entre su cartera de clientes a varios importantes empresarios que, de tanto en tanto, requerían su presencia fuera de lo que se consideraba horario de visitas. Mel iba a aprovechar la ausencia de Carlos para tomarse un baño relajante y ponerse al día con una serie de televisión que la había enganchado y de la que llevaba varios capítulos atrasados. Era una serie americana de intrigas políticas y judiciales entre las que

un equipo de jóvenes abogados intentaban sacar adelante un modesto bufete en la gran ciudad. No le importaba acostarse tarde ya que Mabel le había dado el sábado libre alegando que aquel era el regalo que le hacía por su santo, Mel se había mostrado sorprendida porque su jefa hubiese caído la cuenta de que al día siguiente era el día del Carmen y Mabel le había sonreído diciéndole que una buena florista solía saberse el santoral de pe a pa. Mel había asentido tomando nota y agradeciéndole enormemente el detalle. A Carlos simplemente le había dicho que libraba este sábado pero no le había dado más explicaciones del motivo, le daba apuro que él pensase que lo hacía para recordarle la fecha de su santo y se sintió entre satisfecha y entristecida cuando el abogado no había dado muestras de recordar que aquel sábado era una fecha importante para Mel, de hecho, sería la primera vez que pasaría el día de su santo estrenando el nuevo DNI con su verdadero nombre. Aún le asombraba el hecho de que, en apenas un día desde que Carlos le había comunicado la necesidad de cambiarse el nombre, Mel ya tenía en su mano el nuevo documento, desde luego, a veces, las cosas de la justicia funcionaban más rápido y mejor de lo que muchos pensaban.

Carlos odiaba haber tenido que engañar a Mel, no tenía una cita con un cliente, en realidad, la cita era con una mujer, la mejor organizadora de eventos que él tenía el gusto de conocer. Carlos tenía una cita con Lucía, la señora Anderson, la madre de su amigo Jack y el evento que estaban organizando era una pequeña fiesta para celebrar el santo de Mel, su Mel. En apenas un mes su enana celebraría también su cumpleaños pero, para esa ocasión, Carlos tenía en mente algo mucho más íntimo, sabía que a primeros de agosto su madre ya estaría en la sierra ultimando los detalles del crucero de quince días que, por su cumpleaños, le habían regalado todos sus hijos. Carlos se había comprometido a cuidar de Clarita durante ese tiempo, mientras que su hermana Marta se la llevaría de viaje a Málaga para visitar a su familia política después. Aún así, tenía margen suficiente para pasar con Mel el fin de semana de su cumpleaños, había reservado una suite en un precioso y romántico hotel rural perdido de la mano de Dios, cercano a Ávila y que reunía todos los requisitos que Carlos quería para ese primer cumpleaños juntos. El hotel contaba con una gran extensión de terreno con árboles y un cuidado jardín por el que pasear, el chef de su restaurante comenzaba a despuntar y Carlos le había solicitado que preparase el menú más romántico que pudiera concebir para la noche del cumpleaños de Mel. Carlos había planeado acabar su velada con la promesa que le había hecho a Mel, mientras recorría a toda velocidad la distancia entre Toledo y Madrid, la noche en la que le comunicaron que ella estaba inconsciente en el hospital. Esa

noche Carlos le había pedido a su enana que aguantase, que resistiese porque él tenía un plan para ellos, Carlos le había prometido que juntos bailarían bajo las estrellas. No quería hacerse demasiadas ilusiones sobre lo que sucedería después de aquel baile, sabía que ambos estaban generando tal cantidad de electricidad a su alrededor cada vez que estaban juntos que el día que le diesen salida, la energía liberada debería ser suficiente para iluminar un pueblo entero. Su miembro despertaba de su letargo sólo con imaginarse dentro de Mel tras tres semanas de abstinencia, los límites estaban quedando atrás y Carlos era consciente de ello pero no podía hacer nada por evitarlo, su cuerpo actuaba sin pedirle permiso cada vez que estaban juntos, cuando la sostenía por la cintura mientras paseaban, su mano tendía a resbalarse hacia la dulce redondez de su trasero, si estaban sentados en el sofá viendo al tele y Mel se acurrucaba bajo su brazo, su mano viajaba hasta situarse al borde de la curva de su seno, luego estaban los besos, sus labios no querían besar a Mel de la misma manera que besaba a su madre o a las chicas, la mejilla no era suficiente y por eso, la comisura de su boca y la zona mas cercana a su oreja eran ahora el destino de sus caricias y, siempre, siempre, se demoraba mucho más de lo debido mientras permanecía atento a la respuesta de Mel, la piel de gallina o una forma de un pezón bajo la liviana tela de aquellos malditos pijamas de verano le indicaba que estaba haciendo lo correcto. Aún así, no podía dejar de admirar la fuerza de voluntad de Mel que, pese a las inequívocas señales de su cuerpo, solía aferrar con fuerza cualquier cosa a su alcance con tal de no dejar que sus manos vagasen en libertad. A veces estrujaba un cojín del sofá y, en otras ocasiones, las menos para desgracia de Carlos, aquellas diminutas manos apretaban sus antebrazos como si su dueña dispusiese de la fuerza suficiente para detener a un hombre que hubiese estado dispuesto a quebrar la confianza depositada en él. Carlos no iba a traicionarla y, por ello, se dedicaba a atesorar momentos en los que la mente de Mel se iba de viaje y dejaba de ejercer aquel férreo control sobre sus instintos, entonces, Mel solía acurrucarse confiada, a veces le acariciaba un brazo distraída o bien jugaba con los rizos de su nuca, cosa que disparaba su erección hasta límites dolorosos, en alguna ocasión lo había besado en la mejilla cuando se levantaba para ir a coger algo a la cocina. Carlos disimulaba todo lo que podía porque en el momento en que la mente de Mel volvía, ésta se tensaba ligeramente y se frenaba, se separaba unos centímetros de él y lo observaba como preguntándose si él se había dado cuenta de su despiste. El deseo frustrado iba acumulándose gota a gota, día tras día, noche tras noche. Carlos auguraba un torrente de pasión ingobernable cuando el deseo se desbordase y, en ocasiones,

se preguntaba si la frustración de Mel alcanzaría el calibre de la suya. La pregunta de Lucía lo arrancó de cuajo de sus pensamientos.

—¿Está derecha esta guirnalda? —Lucía tenía los brazos en jarras mientras miraba al cielo rogando ayuda al Dios de los hombres enamorados —Te lo he preguntado tres veces... estás en babia Carlos... ¿Qué es lo que te preocupa?

—Lo siento Lucía —No tenía la más mínima intención de comentar con Lucía sus problemas personales, quería mucho a la madre de Jack pero aquella mujer era capaz de todo y más por defender las causas de sus protegidos y, por fortuna, Carlos se contaba entre ellos, sin embargo, en esa ocasión no quería ninguna interferencia en su relación, así que mintió sin reparos —Estaba pensando si Mel entenderá esto de la decoración marinera de su fiesta.

—Vamos a ver Carlos, hijo mío... —Lucía no tenía ni un pelo de tonta y sabía que el abogado estaba eludiendo comentarle sus problemas con Mel. Lo que él no sabía era que ella ya estaba al corriente de ellos, por esta vez, decidió seguirle la corriente, ya tendría tiempo durante la fiesta para hablar con Mel del tema —Mel es una chica lista y, como tal, estoy segura de que sabe que la Virgen del Carmen es la patrona de toda la gente del mar, por eso, aunque estamos en Madrid, hemos decidido que sería bonito recrear un refrescante ambiente marinero en el porche. ¿Acaso has cambiado de opinión?

Carlos negó con la cabeza contento de haber eludido el tema.

—No, qué va... Tal vez esté algo nervioso. Hace mucho tiempo que Mel no celebra nada.

Lucía se acercó a Carlos y le apretó el brazo cariñosamente, le daba mucha pena la soledad de aquella chica pero, por fortuna, aquellos días habían quedado atrás, de hecho, le auguraba una celebración de santo que pondría a prueba todas y cada una de sus emociones. Todos le habían comprado un regalo, incluida incluida una excitada Anne, quien se había pasado la tarde perfeccionando su postal de felicitación abarrotada de peces de todos los colores. Sí, Mel iba a tener una celebración por su santo que iba a tardar en olvidar. Además, la madre de Carlos y su hermana Clarita iban a estar presentes en la fiesta, lo cual, era la guinda del pastel para aquella chica que había pasado los últimos años de su vida sin sentir el amor cercano de una familia.

—Todo va a salir bien... ya lo verás Carlos... A veces es necesario pararse, incluso es conveniente dar un paso atrás para reconducir las situaciones que se han torcido un poco.

—Lo sé —Carlos sabía que Lucía se refería a su situación de pareja —Sólo

espero no estar equivocándome.

—En el amor nunca hay certezas Carlos, ni tan siquiera lo años de matrimonio son una garantía, recuérdalo, nunca debes dar las cosas por sentadas.

A esa misma hora Héctor se encontraba a punto de abandonar el despacho que tenía en uno de sus locales de copas. El Chances era su ojito derecho, con él había comenzado una aventura empresarial que pronto se completaría con la apertura de su primer local en Londres. Era un sueño hecho realidad y su socio Paul, era en gran parte el instigador de esa aventura, de no ser por su propuesta, Héctor habría tardado años en animarse a un desembarco internacional, sin embargo, nadie en su sano juicio hubiese rechazado la oferta de un miembro de la nobleza inglesa. A Héctor le importaban muy poco los títulos nobiliarios, para él sólo contaban las personas y sus actos y se movía cómodo en cualquier ambiente, sabía navegar entre la oscuridad de la noche y no desentonaba en una gala de la alta sociedad. Así era Héctor, sólo él era capaz de reunir a su alrededor a gente tan dispar como Gus, un don nadie al que todos habían desahuciado y Paul, un miembro de la nobleza en Londres cuyo apellido abría puertas a lo largo y ancho de todo el país. Héctor revisaba satisfecho el expediente que tenía entre sus manos, como siempre, Gus había hecho un trabajo impecable, en tiempo récord había averiguado la verdadera identidad de la madre de Mel, Carlos no quería saber cómo demonios había conseguido obtener una partida de su fallecimiento. El resto había sido sencillo. Una llamada a Paul y, en apenas dos días, Violet Taylor había dejado de ser una desconocida para él. Mel tenía muchos rasgos en común con su madre, el cabello, la forma de su rostro, incluso su porte, sin embargo, eran sus labios los que hacían que nadie tuviese dudas de aquellas dos mujeres eran parientes, si uno tapaba el resto del rostro de Violet, perfectamente podía pensar que era Mel la que posaba en medio de aquel frondoso jardín inglés, porque aquel era otro dato cuanto menos curioso para un escéptico como él, según le explicaba Paul, los Taylor eran miembros de la nobleza rural del Condado de Kent, concretamente eran originarios de Rochester, un pueblo situado a cincuenta kilómetros de Londres y, ese era el dato que había hecho que a Héctor se le pusiesen los pelos de punta, eran una familia que se habían dedicado durante generaciones a las flores, Mel tenía algún antepasado botánico, Paul le había explicado que los Taylor habían sido de aquella clase de nobles que habían sabido transitar con acierto de la nobleza ociosa a la nobleza trabajadora y, con más o menos éxito según la época, habían conservado su negocio familiar entorno a las flores. Al parecer, en la actualidad, el cabeza de familia era Vincent Taylor, un tío de Mel, el único hermano de Violet que le



llevaba casi quince años y que, en la actualidad, estaba al frente de Taylor's Garden Centre un conjunto de invernaderos que surtían de flores frescas a todo el condado y parte de Londres. Vincent Taylor estaba casado y tenía dos hijos,, que trabajaban codo a codo en la empresa familiar. Los abuelos de Mel, Vincent y Jasmine Taylor, habían fallecido, pero aún sobrevivía una de sus tías abuelas, Rose Taylor, al parecer existía una tradición, rota por Mel, en la que todas las mujeres de la familia llevaban el nombre de alguna flor. Paul en persona había acudido a visitar a la anciana en su modesta casita de campo cercana a la pequeña mansión rural que aún pertenecía a la familia, y había decidido hacerlo así porque Vincent Taylor se había negado en rotundo a recibirlo. Aquel hombre se había limitado a informarle de que su hermana había perdido todo el derecho a pertenecer a la familia al haberse fugado a España cuando apenas había cumplido la mayoría de edad. Por más que el abogado de Paul insistió, los Taylor no reconocían a Mel aún no siendo capaces de negar que conocían su existencia. Había sido entonces cuando Paul, siempre dispuesto a ayudar a los amigos de Jack, se había personado en Rochester y había tomado el té con la encantadora anciana. Héctor sonrió al recordar las refinadas palabras con las que Paul había definido a la tía abuela de Mel, siempre que podía se burlaba de los ingleses, de sus arraigadas tradiciones y su pulcro vocabulario. Al parecer Rose era la antítesis de su sobrino Vincent, no sólo había recordado con añoranza a Violet sino que se había emocionado al saber que aquel bebé del que habían tenido noticias era una bonita joven que desconocía por completo sus orígenes. Héctor dejó el informe a un lado para sostener el regalo que había comprado para Mel, Rose, a través de Paul le había hecho llegar una carta de su puño y letra, el sobre estaba perfumado con alguna fragancia floral y el nombre de Mel estaba escrito en una pulcra caligrafía de época. Héctor desconocía los pormenores de la misiva pero, a grandes rasgos, sabía que Rose invitaba a Mel a pasar una temporada en Rochester, le quedaban pocos años de vida y deseaba conocer a la hija de su querida sobrina, quería compartir sus recuerdos con ella y quería que Mel supiese que, al menos ella, la reconocía como familia. Al parecer Rose no tenía muy buena relación con Vincent y no se había mostrado sorprendida al conocer la rotunda negativa de su sobrino a conocer a Mel. Paul había investigado a Vincent Taylor y decir que era un miembro destacado de la cofradía de la virgen del puño era quedarse corto, era un hombre avaro al que le gustaba observar cómo sus fondos crecían y crecían, le habían dicho que solía analizar cada apunte contable con minuciosidad y que una libra no salía de sus bolsillos salvo que el gasto fuese estrictamente necesario. Podría no haber sido

así pero, al parecer, sus hijos eran también miembros destacados de la misma cofradía. Paul había advertido a Héctor de que sería conveniente prevenir a Mel sobre este particular. Héctor había vuelto a maldecir a todos aquellos hombres que despreciaban a sus hermanas. Ojalá Sonia hubiese tenido una hija, ojalá ellos aún pudiesen contar con un pedacito de su hermana perdida, habría sido un pobre consuelo pero, por lo menos, algo de su hermana habría estado vivo. Héctor guardó la carta en una bonita caja de flores que había comprado aquella misma tarde, la colocó cuidadosamente encima de su regalo, un billete de avión a Londres para el sábado siguiente, Mel decidiría los días que iba a pasar allí, porque Héctor no había cerrado la fecha de regreso. Satisfecho consigo mismo y feliz por haber podido facilitar el encuentro de Mel con sus antepasados, Héctor cerró la caja anudando un gran lazo rosa a su alrededor. Se levantó de su sillón y comprobó el reloj, Lola ya estaría a punto de cerrar la peluquería y él estaba deseando recogerla, llevarla a casa para prepararle un baño y colocar sus grandes y morenas manos sobre aquella barriga blanca que ya había comenzado a curvarse ligeramente a medida que sus hijos crecían en su interior. Ni por un instante reparó Héctor en las consecuencias que traería su regalo, en ningún momento advirtió que con él estaba propiciando la separación física de una pareja que pasaba por momentos delicados, no se paró a pensar en Carlos y en cómo iba a sentirse él sin Mel a su lado. Héctor no fue capaz de prever que aquel regalo les causaría un disgusto a todos. No lo hizo, Héctor sólo había pensado en reparar su falta, compensando a Mel por el trato injusto que había recibido de su persona.

\*\*\* \*\*

---

## CAPITULO 21

*“La sorpresa es el móvil de cada descubrimiento.”*

*Cesare Pavese*

Mel no daba crédito a lo que estaban viendo sus ojos. El porche de los Anderson era todo un homenaje al mar, había una gran guirnalda de estrellas de mar de diferentes tamaños rodeando todo el porche, la mesa dónde comerían estaba vestida con un impoluto mantel blanco, la vajilla también era blanca, sencilla, sin adornos, porque todo el protagonismo lo llevaban los complementos, los bajoplatos eran de rafia de color azul marino, las servilletas de cuadritos vichy en tonos azules estaban sobre el plato enrolladas y anudadas con un burdo cordel que, a su vez, sostenía por la boca a un pequeño pez de madera con delicadas listas azules. Los cubiertos eran plateados y tenían el mango de madera oscura, la persona que había dispuesto la mesa, había mezclado unas clásicas y delicadas copas con otras más bajas de cristal labrado de color azul. El centro de mesa era precioso, sobre una bandeja de madera blanca habían colocado palos que parecían recién traídos de una playa y, sobre ellos, en el centro de la bandeja destacaba un gran farol azul con una gruesa vela blanca en su interior, equidistantes, a ambos lados de la bandeja, se situaban dos faroles iguales al primero pero de menor tamaño y, serpenteando entre los tres, había una gruesa cuerda similar a la que se usaba para amarrar un barco. Sobre las seis sillas de mimbre natural habían colocado una selección de cojines blancos y azules destinados a favorecer la comodidad de los comensales. En un extremo del porche, se situaba una mesa auxiliar cubierta por un mantel de cuadros blancos y azul marino, sobre ella había tres grandes floreros con la misma forma y el mismo tamaño, el del medio estaba lleno de conchas, y los de los laterales estaban llenos de arena de playa. Allí también había una bandeja de madera blanca con la misma selección de copas que la mesa principal, pero además había una gran jarra de limonada fresca y una enorme cubitera con varias botellas de vino que esperaban ser abiertas. A lo largo de la mesa se distribuían, de manera aleatoria pero perfectamente estudiada, conchas y estrellas de mar de gran tamaño y todas ellas con sus colores originales. Mel abrió y cerró los ojos en repetidas ocasiones, había sido completamente engañada por Carlos, quien, tras sorprenderla con un tardío desayuno en la cama, la había besado en la mejilla con mucha ternura mientras le deseaba un feliz día de su santo. A Mel se le había puesto un nudo en la garganta y de buena gana se

hubiera arrojado en sus brazos para besarlo en la boca, sin embargo, Carlos parecía haber advertido su vacilación porque había sellado sus labios con el dedo índice para susurrarle al oído unas palabras que aún resonaban en su cabeza. “No te preocupes cariño... aún no has tenido tiempo de despejar todas tus incógnitas. Sigo aquí y lo único que quiero hoy es que disfrutes de tu día.” Mel nunca había celebrado demasiado su santo, por eso, cuando Carlos había insistido para que se arreglase porque iban a comer fuera, ella había protestado porque en apenas quince días iba a ser su veintiséis cumpleaños y, aunque fuera sola, Mel siempre había procurado darse un capricho ese día y así se lo hizo saber. Tampoco había podido responder a las enigmáticas palabras que Carlos le había dedicado al tiempo que acariciaba su pelo enredado por la almohada colocándoselo tras la oreja. “Lo sé. Pero ese día lo reservo sólo para ti y para mí, entonces, si tu quieres...” y ahí había dejado aquella puerta abierta para que Mel colocase el final de la frase. Sabiéndose derrotada Mel se había dado una ducha rápida, la noche anterior se había lavado el pelo y había perfeccionado su técnica con el cepillo y el secador de tal manera que Lola estaría orgullosa del resultado que había obtenido. Cuando regresó a su cuarto se encontró con que Carlos había seleccionado su ropa, desconcertada, observó que sobre la cama había una falda blanca con listas azul marino y florecillas caladas por todo el tejido, era una de las recientes adquisiciones de Mel, Lola había escogido para ella una delicada blusa sin mangas de una ligera tela de color marino que contaba como único detalle con un pequeño pliegue en su cuello redondo. En el suelo descansaban las alpargatas de cuña blancas que el maniquí lucía en la tienda, eran cerradas y se sujetaban al tobillo con una delicada tira de cuero anudada con un pequeño botón. Mel ya estaba buscando el bolso color cuero que Lola había declarado imprescindible por combinar con toda la ropa que Mel había adquirido, lo encontró colgado del respaldo de la silla del tocador. Por lo menos Carlos le había dado libertad para elegir la ropa interior y, resignada, abrió el cajón y escogió un conjunto color crema de braguita, Mel no soportaba los tangas, con sujetador de encaje que contaba con algo de relleno porque odiaba que los pezones se remarcasen bajo aquel tipo de telas. Al montar en el coche, Carlos se había disculpado por tener que pasar un momento por la casa de los Anderson, había alegado que Helena tenía un documento que él debía repasar durante el fin de semana. Delante de ella estaba el engaño, en todo aquel porche decorado, por si las letras M. E. y L. colocadas estratégicamente sobre la barandilla del porche no le hubiesen dado las pistas suficientes, la vocecilla de Anne gritando a todo pulmón “Felicidades Mel” mientras traspasaba corriendo la puerta que daba

acceso al porche para abrazarse a ella como si hubiese vuelto de un largo exilio, borró cualquier mínima duda que pudiera albergar sobre los motivos de aquella decoración. Habían preparado una fiesta para ella, sabía que tenía a Carlos detrás, pero no se atrevía a mirarlo, había escuchado el sonido de pasos que crujían sobre los guijarros del sendero que atravesaba el jardín, y suponía quién podía estar allí, pero tampoco se atrevía a volverse y no sintió reparo ninguno en utilizar el cariño de Anne como escudo protector, la adolescente hermana de Jack se aferraba a ella como lo haría un naufrago a un salvavidas en medio de una tormenta y a Mel, tal efusividad le venía de perlas. El escudo no duró demasiado porque esta vez los pasos resonaron sobre las baldosas rústicas del porche, Mel no tuvo opción, levantó la cabeza para encontrarse con Lucía, la madre de Jack, como siempre, impecablemente vestida con un veraniego vestido azul celeste que resaltaba su belleza. Mel esbozó una tímida sonrisa mientras Lucía obligaba a Anne a soltar a Mel.

—Anne cariño... —Lucía sabía que Mel se había refugiado en Anne para controlar sus emociones, desde el salón de sus casa las había visto desfilan por su rostro y ahora le tocaba afrontar todas y cada una de ellas —Feliz día de tu santo, Mel... Estoy encantada de recibirte de nuevo en casa y además —Lucía se dirigió entonces a Carlos quien no había perdido de vista ni un minuto a Mel —estoy agradecida de que Carlos haya contado con nosotros para sorprenderte.

Mel aprendió entonces que Lucía era toda una maestra en el arte de decir mucho empleando con una sutileza asombrosa un par de frases que aparentaban formar parte de una conversación trivial. Nada más lejos de la realidad. Mel había comprendido los mensajes, Carlos le había organizado una fiesta para celebrar su santo, le había pedido ayuda a Lucía, o tal vez a Helena para hacerlo y la anfitriona de la casa le daba, una vez más, la bienvenida. Lucía siempre la hacía sentir bien, la hacía sentir que tenía derecho a su sitio entre ellos. Estaba muy nerviosa por ver la expresión de Carlos, aun así, pudo controlarse lo suficiente como para recibir con una sonrisa los dos besos que Lucía le dio a modo de saludo. Entonces llegó el momento, Mel se volvió y por milímetros no enterró su cara en el pecho de Carlos, no sabía que él estaba tan cerca, tanto que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para ver su rostro. Estaba muy guapo, recordó que le había faltado el aliento cuando lo había visto esperándola en el recibidor vestido con unas bermudas tipo chino de color beige y una camisa de cuadros azules remangada que hacía resaltar aún más el color de sus ojos, calzaba unas sencillas deportivas blancas. Carlos se había sacado las gafas tipo aviador que llevaba puestas desde que salieran de casa y Mel pudo mirar en sus

ojos favoritos. Los ojos azules del océano tenían la misma mirada que aquella tarde en la que la había sorprendido durmiendo la siesta con los gemelos, el primer te quiero, una mirada tan dulce y amorosa que hizo que se sintiera culpable por haberle negado tanto.

—Gracias —La palabra se le atoró en la garganta debido al nudo que allí se había formado con su último pensamiento, pero aún así mantuvo la mirada fija en el color azul que la encandilaba.

A Carlos el corazón le había latido a una velocidad asombrosa desde el mismo instante en el que había conducido a Mel hacia el porche a través del jardín de los Anderson, la incertidumbre sobre cómo iba a reaccionar su enana le había puesto los nervios de punta, sólo la espontaneidad de Anne le había arrancado una sonrisa que había logrado calmarlo. Acto seguido, Lucía le había desvelado a Mel la identidad del promotor de aquella pequeña reunión y, por un instante, temió haber ido demasiado lejos obligando a su preciosa niña a enfrentarse delante de todos a la que, estaba seguro, era la primera fiesta que alguien organizaba para ella en años. Cuando los castaños ojos de Mel se perdieron en los suyos, su corazón relajó sus latidos porque pudo ver en ella igual que el primer día. Vio gratitud, vio sincera emoción, vio algo de desconcierto, un rastro de vergüenza y vio cariño, mucho cariño, no se atrevía a llamarlo amor, pero en el fondo sabía que así era y pudo reconciliarse consigo mismo, no se había equivocado en sus planes de reconquista. Acababa de dar un paso de gigante en su estrategia y era muy probable que, para su cumpleaños, Mel ya volviese a dormir entre sus brazos. La rodeó por la cintura y la abrazó besándola en el cabello.

—De nada. Espero que disfrutes de tu día, recuerda que me haces feliz cuando te veo disfrutar de las cosas —Carlos no había planeado esa frase, le había salido de dentro del alma y le hizo comprender el alcance de sus sentimientos por Mel, era la pura verdad, que su preciosa niña sonriese feliz con todas aquellas pequeñas cosas que otros daban por sentado, pero que ella realmente apreciaba no haberlas disfrutado durante años, era algo que lo llenaba por dentro. Se sabía enamorado, entregado, pero tal vez hasta aquel mismo instante no había comprendido lo que esa palabra significaba.

Carlos dio un paso atrás para dejar que los demás saludasen a Mel, se emocionó especialmente cuando Jack y Héctor la besaron en ambas mejillas felicitándola en su día, ese era otro paso de gigante a pesar de que no le había pasado desapercibida la rigidez en la espalda de Mel cuando ellos se acercaron a saludarla. Todo lo contrario había sucedido con las chicas, había habido besos y

sonrisas cómplices sobre todo cuando Helena les anunció el menú que iban a degustar.

—Prestadme atención, por favor —Helena siempre se sentía feliz cuando estaba rodeada de sus amigos y, lo poco que iba a hacer por Carlos en esta ocasión, la dejaba especialmente satisfecha de poder agradecerle todo lo que su jefe había hecho por ella en los últimos meses —Como sabéis hoy es el día del Carmen, así que además de Mel, nuestra Carmen —Helena se refería a la cocinera de los Anderson —también está de santo y tiene su día libre, por eso tengo el placer de anunciaros que... —Helena disfrutó con el silencio expectante de los que la rodeaban —Voy a cocinaros la mejor paella que habéis probado en vuestra vida... Carmen me ha ayudado ayer a prepararlo todo y tengo instrucciones precisas sobre cómo he de proceder... —Helena regañó a Héctor que había hecho un gesto elevando los ojos al cielo —Te juro Héctor que como no rebañes el plato no vuelvo a hablarte en la vida.

Todos estallaron en carcajadas mientras Helena les decía adiós con la mano desapareciendo por la misma puerta por la que había salido Lucía. Mel notó que ésta la tomaba del brazo y le preguntaba con voz suave.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —Lucía se dirigió a Carlos mientras conducía a Mel por uno de los senderos del jardín —Abogado, no tardaré en devolvértela.

Carlos, frustrado por no poder ser testigo de aquella conversación., asintió observando cómo las dos mujeres se alejaban.

Mel guardaba silencio, no tenía la suficiente confianza con Lucía como para preguntarle por el motivo de aquel paseo, además suponía que no iba a tardar mucho en averiguarlo. Así fue.

—Bueno Mel... Lo primero ¿Qué tal te encuentras? Tu recuperación física ha sido asombrosa —Era un buen tema para romper el hielo y Lucía lo sabía, aguardó la respuesta de Mel.

—La verdad es que me encuentro mucho mejor, la espalda aún me molesta de vez en cuando pero lo voy llevando, me siento como si en estas últimas semanas todo aquello hubiera quedado atrás.

—A pesar de que no es así ¿Me equivoco?

Mel negó con la cabeza. No quería que nada empañase ese día, pero Lucía estaba siendo muy amable con ella y merecía una respuesta.

—No. No se sabe nada... ni de esos matones, ni a qué lugar han trasladado a mi hermano por esa especie de trato que ha hecho... Aún tengo unos policías

que me siguen a donde quiera que vaya, la verdad es que no me molestan, incluso hay días que tiendo a olvidar que están allí.

—Eso es que están haciendo bien su trabajo —Constató Lucía cambiando rápidamente de conversación —De todos modos no quiero que hablemos de eso hoy, es tu día y espero que lo disfrutes...

—Quiero darte las gracias —Mel señaló ligeramente en dirección al porche —Aquello es... ¡Wow! Ni siquiera sé qué decir... Simplemente es mi santo y habéis organizado toda una fiesta.

—Bobadas —Lucía le restó importancia con un gesto de la mano —Estamos encantados de tenerte aquí y déjame decirte que ha sido cosa de Carlos, él sólo me pidió ayuda con la decoración porque el pobre estaba un poco perdido... ¡Hombres!... Espero que disfrutéis de la paella, por cierto, no debes preocuparte... Mi nuera tiene muchas virtudes y la cocina es una de ellas.

—¿No vas a quedarte? —A Mel no le había pasado desapercibido que Lucía se excluía de la celebración.

—No. No puedo ni debo... —Lucía acalló la protesta de Mel con un ligero apretón en su brazo —Me llevaré a Anne a una comida que tengo con la junta directiva de la Fundación Anderson, volveremos después y te prevengo de que vendré acompañada de unas invitadas especiales, he quedado en recoger a Victoria y a Clarita en su casa, ellas también quieren felicitarte. Mel..., aprovecha estos momentos, esto es para vosotros, tenéis y debéis de estrechar lazos... mejor dicho, los cabezotas de mi hijo y Héctor tienen que comprender de una vez por todas que, tal y como ellos hicieron en su día, su amigo Carlos ha elegido y no tienen derecho a interponerse en su decisión.

—Lo hacen por su bien —Mel estaba dolida pero se sentía en la obligación de hacer algún tipo de alegato en su defensa —Son sus amigos y quieren lo mejor para él.

—¿Y acaso tú no lo eres Mel? —Lucía se detuvo para replicarle a Mel —Yo creo que eres una chica estupenda, creo que hacéis muy buena pareja.

—No lo soy Lucía —Mel volvió a negar con la cabeza y clavó la mirada en el rostro sereno de la madre de uno de sus detractores —Menos mal que pude escucharlos cuando le advirtieron de que no era bueno que la hermana de un traficante trabajase en el despacho accediendo a la información confidencial de sus clientes.

—Por eso trabajas en la floristería... para protegerlo —Constató Lucía, estaba a punto de llegar al tema que quería tratar con Mel.



—Por eso y por otras cosas... —Mel aprovechó que Lucía parecía realmente interesada para hablarle de sus miedos —Tal vez no lo sepas pero mi hermano ha revelado hace escasas semanas que sólo comparto con él los genes paternos, al parecer, yo soy hija de una mujer inglesa que falleció, no sé muy bien si en el parto o poco después, nadie me lo dijo nunca, no tengo un papel, una foto, nada... ni siquiera conozco su nombre, no sé de qué parte de Inglaterra era, no sé si tengo familia allí —Mel se limpió con el dorso de la mano la mejilla que había comenzado a sentir húmeda —No estoy completa, sólo tengo referencias de una mitad... la otra es un lienzo en blanco... no sé quien soy realmente y no sé explicarlo pero... tengo la sensación de que hasta que no sepa quién soy de verdad... es decir, es como si mi vida fuese una estafa... tal vez me hayan buscado, tal vez haya una historia detrás... tal vez...

—Ay cariño... sin duda hay una historia detrás y nadie puede arrebatarte el derecho a conocer quién fue tu madre o si tienes aún familia en Inglaterra, sin embargo Mel... déjame decirte una cosa... el hecho de carecer de familia no te hace peor que otra mujer. Es evidente que todos necesitamos referencias, sobre todo en nuestra infancia pero, honestamente creo que tú sabes perfectamente quién eres, otra cosa es que necesites tener la información que te falta para completar el puzzle de tus antepasados.

—No sé si Carlos puede entenderme...

—Mel, he de confesarte algo. Si quería hablar contigo era por este motivo, yo ya sabía tu historia, Helena me la contó hace días y creo que puedo ayudarte porque sé exactamente como te sientes.

—No creo que nadie pueda saberlo... Vosotros tenéis familia...

—Escucha Mel. Una de mis mejores amigas es médico, la doctora Garbajosa, creo que la conoces.

Mel abrió los ojos sorprendida, era la ginecóloga que la había atendido en el hospital.

—Si... —Lucía sonrió —El mundo es un pañuelo. Bien, mi amiga está sola en el sentido de que ya no le queda nadie de familia, su padre falleció cuando ella aún estaba estudiando en la universidad, su madre lo hizo cuando acababa de terminar la carrera tras una penosa enfermedad. El caso es que, apenas un par de horas antes de que su madre perdiera la conciencia para no volver a recuperarla, Laura descubrió que era una de esas niñas robadas de las que ahora tanto se habla. Todas son historias horribles, en su época ciertas capas de la sociedad consideraban que estaban por encima de los demás y se creían en el derecho de

coger todo aquello que deseaban —Lucía hizo una pausa para comprobar que contaba con toda la atención de Mel, así era, prosiguió —Laura tardó años en reconciliarse con aquellos padres que la habían criado como hija suya ocultándole sus verdaderos orígenes. Utilizó gran parte de su herencia para tratar de encontrar a su familia biológica, puso la casa patas arriba registrando cada cajón, cada papel, buscando escondites ocultos en escritorios o en las paredes, contrató abogados, detectives privados, incluso Henry, mi marido, intentó mover algunos hilos con algún ministro que gozaba de su confianza. Nada, todo fue inútil, ni tan siquiera pudo conseguir un mísero hilo del que empezar a tirar. En una ocasión llegó a decirme que se sentía como un extraterrestre, como si todo lo que la rodeaba no fuese su lugar verdadero, necesitó terapia, meditó mucho y viajó más para encontrarle sentido a su vida hasta el punto que todo se detuvo mientras buscaba las respuestas a decenas de preguntas que la acechaban. El resto de las amigas veíamos como su obsesión iba en aumento, mientras todas nos íbamos casando y teniendo hijos, Laura sólo investigaba, sólo necesitaba saber. No quería novios por miedo a que, de pronto, su identidad quedase en entredicho, Laura llegó a asegurar que no tendría hijos porque desconocía sus antecedentes genéticos. A nosotras todo aquello nos parecía una locura pero entendíamos su necesidad de saber, sin embargo, lo que no entendíamos era esa negación a vivir una vida completa. Con el tiempo Laura comprendió que, a veces, a una le toca convivir con incógnitas que nunca van a resolverse, comprendió que era una gran mujer por sí misma, es una reputada ginecóloga, sus pacientes la adoran porque su entrega marca la diferencia, es una amiga fiel y leal, en fin, es una persona excelente y no creo que encuentres a nadie que hable mal de ella. Lo que quiero decirte con esta historia es que todos somos alguien con independencia de nuestros orígenes, que sí es cierto que son importantes, pero no lo son todo Mel. Ojalá tú puedas encontrar ese hilo del que tirar, ojalá encuentres esa familia y esas respuestas que necesitas pero Mel, si no es así, recuerda que la familia es la gente que te rodea, no son tus padres, ni tu hermano, serán tus parejas, tus hijos, tus nietos y no sólo ellos, también todas esas personas con las que no te unen vínculos de sangre pero que no van a abandonarte jamás, esas son las familias y, las familias evolucionan con el tiempo, se transforman, crecen, avanzan... Debes mirar siempre hacia delante, piénsalo Mel... no necesitas poner tu vida en pausa mientras buscas las respuestas.

—No sé que decir... —Mel estaba desconcertada por el giro de la conversación, Lucía le decía que lo que para ella era vital, tal vez no era lo más

importante. Mel no acababa de verlo así.

—Claro que no sabes qué decir Mel... —Lucía le acarició la mejilla mientras la tomaba del brazo para regresar al porche donde las esperaban —Es todo demasiado reciente para ti, además, tienes las ansias y las fuerzas propias de una mujer joven, inténtalo Mel, debes buscar tu hilo, pero si no lo encuentras, ten en cuenta que no es el final, tú Mel, tú eres el principio.

Carlos se adelantó para recibir a Mel, necesitaba unos minutos a solas con ella, la había visto regresar turbada y pensativa, mordiendo su labio inferior como si no hubiera un mañana, sin embargo, se despidió de Lucía con una sonrisa y un fuerte abrazo.

—Nena... —Carlos no pudo resistirse, se moría por besarla. La tomó de la cintura y se acercó a ella —¿Qué es lo que te ha disgustado?

—Nada.... —En aquellos momentos Mel no quería tener esa conversación con Carlos, primero necesitaba reflexionar, tal vez incluso le viniese bien escribir unas cuantas ideas en un papel.

—Mel... no me dejes fuera... —La tensión se apoderó de Carlos ante el retraimiento de Mel. No quería dejar que su mente la llevara hacia lugares oscuros. Sabía que Mel seguía teniendo pesadillas, alguna noche se había despertando escuchando su letanía, sin embargo, cuando se había acercado a mirar, Mel seguía durmiendo plácidamente. No lo había comentado con ella por miedo a recordarle un mal sueño que tal vez ella ya hubiese olvidado —No te aísles, necesito saber para no equivocarme... no quiero que te me escapes...

Pero Mel no podía, en esos momentos no podía tener esa conversación con él. Tal vez Lucía tuviese razón, pero... ¿Y si ella encontraba ese hilo? ¿Y si ese hilo tenía mucho que enseñarle? ¿Cómo iba a renunciar a seguirlo? Mel no sabía cómo podía compaginar esa inquietud con el amor que sentía por Carlos y le dolía horrores cada vez que él le daba una muestra de debilidad. Mel necesitaba pensar en soledad pero necesitaba a un Carlos fuerte a su lado. Tal vez fuera una egoísta, pero por primera vez en su vida, sentía que ella iba primero.

—Ven aquí Carlos... —Mel se acercó y acarició los bíceps que se habían tensionado ante su contacto —No sé cómo explicarte todo lo que tengo en la cabeza, no sé cómo encajar todas las piezas con las incógnitas, necesito meditar, pensar en soledad... Pero no puedo hacerlo sola como antes, no quiero esa soledad mala, quiero la soledad buena de cuando cierro la puerta de mi cuarto y me pongo a pensar.

—Mierda Mel... —Carlos no pudo evitar el exabrupto —No estoy

hablando de sexo. ¡Joder! Te deseo pero...

Mel se puso de puntillas para colocar su dedo índice en los labios de Carlos y obligarlo a callar.

—Yo tampoco hablo de sexo Carlos —Se sintió enrojecer —Te hablo de que necesito seguir un camino, buscar el hilo, tirar de él, necesito meditar en la soledad buena sabiendo que tú estás al otro lado de la puerta.

—Eso es muy egoísta por tu parte Mel —Carlos se arrepintió de no haber procesado sus palabras antes de soltarlas, si por lo menos supiese lo que Lucía le había dicho a Mel, podría trazar su estrategia pero no entendía nada de ese puto hilo del que ella estaba hablando —Lo siento... nena... no quería decir eso...

Mel recibió las palabras de Carlos como si de una bofetada se tratase, sintió el crujido de su corazón al romperse, se tambaleó y no estaba segura de haberse podido sostener por sí misma si su todo no la estuviese sosteniendo con mayor firmeza por la cintura. Agachó la cabeza y asintió conforme.

—Lo sé. No te disculpes. Sé que estoy siendo muy egoísta. Sé que estoy siendo la niña malcriada y egocéntrica que pensabas.

—Mel... mírame por favor... —Carlos le había vuelto a hacer daño a Mel con otro extraño ataque de impulsividad y se estaba odiando por ello.

Mel fue valiente y lo miró, sabía que sus ojos estaban brillando, de nuevo lloraba hacia dentro.

—No eres tú el que te estás equivocando. Soy yo. Soy consciente de ello pero en este momento de mi vida siento no poder darte lo que te mereces...

—Déjame abrazarte cariño... —No esperó su consentimiento y la estrechó en su brazos, Mel no lo rechazó, lo rodeó por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho —Mel... —Carlos no sabía cómo cojones iba a reconducir la situación, estaba volviéndose loco. Aquella mañana todo estaba en orden, la rutina de las últimas semanas le había sentado muy bien a Mel, estaba claro que era una mujer feliz dentro de una vida ordenada, sin embargo, no sabía qué cojones había hecho Lucía con Mel. Estaba algo molesto con ella y eso era toda una novedad porque Carlos adoraba a la madre de Jack, lo cual no iba a impedir que, en cuanto pudiese, le preguntase acerca de aquella conversación. Por ahora la única opción era tratar de olvidar lo dicho —¿Podemos borrar los últimos minutos?

Olvidar, Carlos quería borrar lo dicho, le pedía a Mel que obviase sus palabras, que hiciese caso omiso, como si no hubiesen sido pronunciadas. La Mel de antes de todo era una experta en olvidar lo que le molestaba, la actitud de

su hermano, el vacío de sus compañeros de facultad... olvidarlo y mirar hacia delante. Supuso que no pasaba nada por hacerlo una vez mas y asintió conforme. Sin embargo, esta vez era distinto, estaba dolida por las palabras de Carlos, estaba dolida por reconocer que eran verdad y estaba dolida por no poder hacer nada por evitar seguir el impulso que le decía que lo correcto era aquello, que su prioridad debía ser averiguar quién era ella. ¿Quién eres? Las pesadillas habían vuelto desde la primera noche que pasó en el cuarto de invitados, no le había dicho nada a Carlos porque sabía que le ofrecería volver a acurrucarse a su lado cada noche y la tentación habría sido demasiado fuerte. Mel aún no se sentía preparada para entregarse de nuevo y la tristeza la invadió al percatarse de que tal vez Carlos no pudiese ser tan fuerte como ella pensaba. Había sido injusta en pedirle que estuviera a su disposición para cuando ella lo necesitara. Carlos ya había hecho demasiado por ella permaneciendo a su lado durante su estancia en el hospital y acogiéndola después. ¡Dios! Tenía un lío monumental en la cabeza, y eso sin contar con lo de Juan, lo único que le faltaba era que este tema, que parecía en calma, volviese a estallarle en la cara trastocándolo todo aún más.

El grito de Helena llamándoles para comer y el excelente humor de la vivaracha mujer de Jack volvió a colocar todo en su sitio tal y como Carlos había pedido. Mel consiguió relajarse y sonreír mientras disfrutaba de la comida, Lucía no había mentido, Helena era una cocinera de primera. La temperatura era muy agradable, la sobremesa se alargó porque la conversación nunca decayó, Mel se sintió incluida y reconoció el esfuerzo de Jack y Héctor para con ella, no hubo ni una mirada de reproche ni un mal gesto. Mel estaba agradecida aunque no podía creer que aquellos dos cambiaran tan rápido de opinión . Cuando quisieron darse cuenta, Anne corría por el jardín hacia ellos con una amiga de la mano. Mel supo de quién se trataba mucho antes de que Carlos se levantase para izar en brazos a su hermana pequeña, la besó sonoramente y la colocó boca abajo sosteniéndola por las piernas mientras la menaba como si de un péndulo se tratase. Clarita parecía protestar y disfrutar a un tiempo del trato recibido y es que Mel pudo reconocer que la hermana de Carlos estaba justo en esa delicada frontera en la que la niña quería ser una chica pero aún no había dejado del todo de lado toda la inocencia de la infancia. A unas señal de Carlos, Mel se levantó para ser presentada. Se acercó a ellos con una sonrisa sincera y enseguida se vio conquistada por Clarita. Paradójicamente, no se parecía en nada a su hermano, la niña tenía el pelo negro y muy liso, era muy delgada y alta para su edad, tenía unos vivarachos ojos castaños y una encantadora sonrisa a pesar de lo aparatoso de su ortodoncia. Mel soportó con paciencia el examen al que la niña la estaba

sometiendo y, suspiró aliviada cuando antes de volver con Anne que la reclamaba con insistencia, Clarita le dio el visto bueno con una sencilla frase que le dirigió a su hermano pero sin dejar de mirarla a ella.

—Me gusta tu novia. Ahora ya no tienes excusa para llevarme al cine a ver una peli de chicas ¿verdad?

Carlos no pudo responder al descaro de su hermanita porque Lucía y su madre se acercaban a ella. Su mente estratega se puso en marcha, en cuanto su madre se pusiese a hablar con Mel él haría un aparte con Lucía para averiguar qué demonios había ensombrecido el ánimo de su enana. No tuvo que esperar mucho. Su madre acaparó a Mel felicitándola por su santo y alabando el cambio en su aspecto y él no desperdició la oportunidad.

—Lucía... ¿Tienes un minuto?

Lucía asintió. Llevaba esperando esa petición desde que había visto el ánimo con el que Mel había regresado de su charla. Su intención no había sido fastidiarle el día a la pareja pero su conciencia la obligaba a advertir a Mel que la búsqueda activa de sus raíces podría convertirse en una insana obsesión. Se alejó unos pasos para asegurarse de que nadie escuchaba sus palabras.

—Supongo que quieres saber lo que le he dicho a Mel.

Esa era la Lucía que le gustaba, directa, al grano y sin dobleces. Carlos asintió.

—Ha vuelto triste, preocupada... No quiere decirme por qué... sólo me dice que debe pensar, que tiene mucho en lo que pensar... sola —recalcó.

—¿Sola? —Lucía se sorprendió —Ay Carlos... Lamento si con mi conversación he conseguido el efecto contrario al pretendido. Lo que he hablado con Mel es muy sencillo, le he dicho que está bien que busque sus raíces, que ojalá encuentre un hilo del que pueda empezar a tirar para que todas sus preguntas obtengan respuesta, sin embargo. también le he dicho que si ese hilo no aparece, su vida no se acaba si la búsqueda no da los frutos deseados. Le he dicho que ella ya es una persona completa, que su verdadera familia partiría de ella misma y de su entorno, le he rogado que no ponga su vida en pausa mientras trata de despejar esas incógnitas.

—Joder... —Lucía le había dicho a Mel justo lo que su enana necesitaba oír. Le había echado un buen cable en su tarea de reconquista y se sintió mezquino por haber dudado de la buena fe de la madre de su amigo —Lo siento... cuando volvió tan triste pensé...

—Pensaste que la había turbado con mis palabras... —terminó Lucía por él

—y tal vez haya sido así. Mel es muy joven pero la vida le ha dado ya muchos golpes, todo lo que ella daba por sentado ha desaparecido en apenas una semana y necesita arraigo. Tú puedes ser el mejor compañero, pero hay un vacío que ella cree poder llenar con esa supuesta familia desconocida y, tal vez, si tiene suerte, suceda así o tal vez no.

—Tengo el presentimiento de que voy a perderla...

—Carlos... has sido el bastón de Helena, has sido el sostén de Lola... ¿Cómo es posible que digas eso? Tú eres el hombre perfecto para Mel.

—No lo sé Lucía... Le he hecho daño, hace semanas y de nuevo hoy... siento que ha dejado de confiar en mí.

—Ay... Carlos... ya has visto que el amor no trae un manual de instrucciones. El corazón suele esquivar los razonamientos de la mente, va por libre y se manifiesta cuando menos te lo esperas. Al final, si tiene que ser, el amor supera todas las pruebas, lo has visto con Jack, lo has visto con Héctor... ¿Acaso pensabas que tú ibas a ser distinto?

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 22

*“Aquello que sale del corazón, lleva el matiz y el calor de su lugar de origen.”*

*Oliver Wendell Holmes*

Había llegado el momento de entregarle a Mel sus regalos, al ver el apuro con el que los estaba recibiendo Carlos dudó sobre lo acertado de aquella reunión, tal vez le estuviese exigiendo demasiado a Mel, se la veía perdida, azorada y sin saber muy bien cómo agradecer las muestras de cariño para con ella. Era evidente que, una vez más, Mel estaba totalmente fuera de su zona de confort y se le notaba mucho a pesar de su esfuerzo por poner en práctica sus oxidadas habilidades sociales. Nadie osó ocupar el puesto de Anne y Clarita, ellas fueron las primeras que, tras zamparse dos enormes trozos de tarta de limón, la favorita de Mel, habían aguantado inquietas a que su niña abriese los paquetes, lo había hecho despacio, tratando de no romper el papel pese a que Anne saltaba nerviosa exigiéndole que se diese prisa. Carlos sabía que Mel estaba contenta y sonrió al ver cómo exageraba sus gestos para agradecerles a las pequeñas sus regalos Anne le había regalado una pulsera de la amistad. La hermana de Jack se esforzó en explicarles que Helena y ella llevaban una pulsera que decía que eran amigas para siempre y ahora también Mel era su amiga para siempre. Clarita también se puso nerviosa y, sin poder aguantarse, desveló el contenido de su paquete mucho antes de que Mel terminase de desenvolverlo, era un bono para disfrutar de un tratamiento de su elección en el centro estético favorito de su madre. Luego le llegó el turno a Helena y a Jack, Mel desempaquetó un precioso bolso de piel azul marino con un ribete rojo, Helena le explicó que era un trabajo totalmente artesanal de una firma de Toledo que había conocido en los días previos a la boda de Lola. El regalo que le hizo Lola fue diferente, especial y muy pensado, Mel iba a realizar, en las fechas que ella eligiese, un curso intensivo de formación en diseño floral en una escuela del centro de Madrid. Su niña se lo agradeció con un gran abrazo que les puso a todos un nudo en la garganta por la valentía de aquellas dos mujeres que, a pesar de que todo había conjurado para enfrentarlas, habían sabido ponerse la una a la otra por encima del causante de la mayoría de sus males, que no era otro que Juan, exmarido de Lola y hermano de Mel. Sólo quedaban dos regalos, el suyo y el de Héctor, Carlos quería ser el último pero Héctor se había puesto especialmente pesado con que él quería que Mel abriese su regalo en último



lugar, había insistido tanto que el abogado no había tenido más remedio que ceder para no montar una escena e incomodar a Mel. Desde su conversación, Carlos se había mantenido a su lado, tomando su mano y rodeándola con el hombro con mucha más frecuencia de la que había sido habitual las últimas semanas. Quería borrar a través del tacto sus horribles palabras, no sabía si lo estaba consiguiendo pero, por lo menos, no había sido rechazado. Carlos le entregó a Mel un sobre y una caja azul de una conocida joyería, Mel sonrió al ver el contenido del sobre que no era otro que una colección de veinte vales en blanco para que ella los rellenase con lo que le apeteciese hacer en sendas citas, ir al cine o al teatro, un paseo, una cena... Todos los que estaban a su alrededor desaparecieron para Carlos en el momento en el que Mel le había sonreído de nuevo, una de aquellas escasas sonrisas, de las amplias, de las de verdad, de las que salían del corazón y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no sostenerla por las mejillas y besarla hasta hacerle perder el sentido. Consiguió limitarse a una ligera caricia en la mejilla mientras le susurraba al oído “Para que podamos empezar por el principio” que perfectamente hubiera podido ser para que podamos empezar de cero, porque era evidente que los comienzos de su relación no habían sido convencionales, al revés de la mayoría, ellos habían pasado del todo a la nada en tiempo récord.

Tras la caricia de Carlos, Mel tenía la piel de gallina y los dedos le temblaban mientras sostenía la caja de la joyería, lo de los vales había sido un detalle precioso y con mucho significado para ella, el hecho de comenzar por el principio la reconciliaba con la posibilidad de que aquello saliese adelante porque, por fin, iba a poder actuar como una mujer normal, podría disfrutar de todas aquellas citas que había imaginado pero nunca disfrutado y estaba deseando cubrir su primer vale. La caja le provocaba pánico, hacía siglos que nadie le regalaba nada, pero mucho menos joyas, recibir una joya de un hombre no era un asunto baladí, para Mel era un símbolo de amor y la abrió con sumo cuidado y tratando de que nadie notase su turbación. Se quedó sin aliento al ver el contenido y sus ojos brillantes volvieron a llorar, esta vez, para fuera. El regalo era sencillo, como Mel, pero significaba mucho para ella, en su día habían hablado de sus escasas pertenencias y era evidente que él había reparado en la ausencia total de joyas, los pendientes eran preciosos, de plata, redondos y formados por una bonita calcedonia azul central que estaba rodeada por diminutos topacios blancos. La pulsera era muy sencilla, fina y delicada formada por pequeñas bolas de plata y una minúscula placa tipo militar en la que había algo grabado, Mel le dio la vuelta y leyó “Mía”. Mel recordó la pregunta

“¿Quieres ser mía?” Ella había respondido que sí y la respuesta no había cambiado, seguía queriendo ser suya, sólo que aún no podía decírselo con absoluta convicción, y por eso lo abrazó con fuerza murmurando muy bajito para que sólo él pudiese oírlo.

—La respuesta no ha cambiado pero...

Carlos no quería oír el pero, le jodía el pero, el pero era más tiempo. Se obligó a ser paciente y se dijo que su estrategia pasaba por la noche en la que celebrarían el cumpleaños de Mel, veinte días, se dijo, apenas quedan veinte días.

—Eso es lo único que quería oír —le respondió.

El resto del mundo volvió a hacer acto de presencia para los enamorados tras un fuerte carraspeo de Héctor. Lola y Helena lo fulminaron con la mirada por haber roto aquel momento de intimidad entre la pareja. Todos sabían que no pasaban por su mejor momento, que Mel estaba sobrepasada por los acontecimientos de las últimas semanas y que Carlos estaba haciendo todo lo posible por ajustar su ritmo al suyo. Para las chicas había sido un momento precioso, Helena se había secado alguna que otra lagrimilla y había aprovechado la ocasión para recordarle a Jack su deplorable actitud con Mel.

—¿Lo ves por fin Jack? —Le había susurrado —Te has vuelto ciego si no ves cómo se aman...

—Lo veo pequeña —A Jack le pesaba lo injustos que habían sido con aquella chica y tenía la firme intención de enmendarse, besó con ternura a su amada mujer —No volverá a suceder, lo prometo, haré por ellos todo lo que esté en mi mano.

Por su parte Lola había intentado evitar que Héctor interrumpiese aquel momento pero había sido inútil. No contaba con que su marido le hubiese comprado a Mel un regalo por su cuenta, le parecía todo un detalle pero le extrañaba el hecho de que no le hubiese consultado al respecto y no entendía la excesiva ansiedad que estaba mostrando por entregarle aquella bonita caja.

—Venga Héctor —Al igual que Helena, le regañó en voz baja —Pareces Anne... no sé qué contiene esa caja y no entiendo esas prisas por entregársela... acabas de romper su momento.

—Mi amor... —Héctor se moría por los huesos de su mujer —Ahora lo verás. Es mi manera de arreglar las cosas,

Mel recuperó su mano de entre las de Carlos que acababa de ayudarla a colocarse la pulsera en su muñeca derecha, para aceptar la bonita caja de flores en tonos pastel que le ofrecía Héctor, la caja llevaba un enorme lazo y Mel lo

desató, el lazo cayó olvidado al suelo cuando abrió la tapa y un profundo perfume floral llegó a sus fosas nasales, allí había un delicado sobre de un papel especial, fino, poco común, su nombre estaba escrito en el medio con una preciosa caligrafía curvada. El corazón comenzó a latirle muy deprisa mientras sacaba el sobre, con cuidado, depositó la caja en su regazo y lo alzó.

—Es una carta —Le dijo a nadie en particular y a todo el mundo en general.

—Debes leerla —Héctor le respondió seguro de su acierto.

Carlos alternaba la mirada entre Mel y Héctor, tenía un mal presentimiento. Miró como Mel deslizaba un dedo muy despacio para abrir la solapa del sobre sin rasgarlo, el papel que extrajo era delicado, parecía una carta escrita con pluma, aunque desde su posición no podía atisbar nada más porque su enana había agachado la cabeza para leer y los mechones ondulados de su pelo ocultaban su rostro y la carta. Carlos miró a Héctor, parecía un pavo real, su porte era orgulloso y ufano y le hizo un leve gesto a modo de interrogación. El capullo de su amigo le respondió alzando sus dos dedos pulgares en señal de que todo estaba bien pero Carlos no podía sentirlo así. Volvió la mirada a Mel, su espalda se había tensado separándose del respaldo del asiento. No aguantó más la incertidumbre y, con delicadeza, apartó el pelo de su cara. Al ver el rostro de Mel, su yo macho alfa tomó de inmediato el mando de la situación. Mel estaba muy pálida, le temblaban las manos mientras sacaba otros papeles de la caja, entonces vio sus mejillas de nuevo bañadas por las lágrimas, y percibió como su niña trataba de coger aire sin mucho éxito. Testigo de primera mano de las crisis de ansiedad de Helena y de Lola, en un segundo ya estaba arrodillado delante de Mel sujetándola por los brazos y obligándola a reaccionar. Mel parecía no verlo mientras sostenía con fuerza aquellos putos papeles entre sus pequeñas manos.

—Cariño... reacciona... respira despacio Mel...

Carlos respiró muy fuerte y despacio para que Mel captase la cadencia con la que debía de respirar, lo consiguió rápido, apenas fueron segundos y Mel ya respiraba con absoluta normalidad pero no podía dejar de llorar. ¡Joder! ¡Puto día llevaban! Se puso de pie y acariciando lentamente la cabeza de Mel se volvió hacia Héctor y le pidió explicaciones, sentía que estaba a punto de perder los papeles y cuando se escuchó hablar supo que los había perdido de verdad.

—¿Se puede saber qué cojones has metido en esa puta caja para que Mel esté así?

Héctor estuvo a un tris de responder con la misma chulería que Carlos, una delicada mano en su brazo lo impidió, miró a su mujer que, con expresión

interrogante también le pedía explicaciones, escudriño después el rostro severo de Helena y comprobó el desconcierto de Jack. Lucía y Victoria parecían preocupadas y expectantes al mismo tiempo. Por un instante vaciló, pero enseguida recuperó la confianza y se recompuso. ¡Joder! La chica sólo estaba emocionada por tener noticias de su familia, todos iban a alegrarse, entonces, con una gran sonrisa soltó la bomba.

—He encontrado a la familia de Mel en Inglaterra, es una larga historia, pero para resumir, os diré que su tía abuela Rose le ha escrito una carta invitándola a pasar una temporada con ella. Mi regalo por su santo es un billete de avión para Londres, el vuelo sale el próximo sábado, la fecha de regreso es abierta y yo he .... —Héctor enmudeció al ver el rostro enrojecido de Carlos, el abogado emanaba furia por todos los poros de su piel ¿Qué cojones pasaba? Entonces reparó en que Lola lo miraba horrorizada tapándose la boca con una mano, Helena directamente estaba llorando en brazos de Jack y su amigo y hermano lo reprochó con la mirada. Las palabras de su mujer le helaron la sangre en las venas.

—¿Qué has hecho Héctor? ¿Cómo lo has soltado así, sin avisar a nadie?

Antes de responder, Héctor repasó el origen de su regalo. En la breve reunión que habían mantenido en ese mismo jardín la tarde en la que los tres amigos se habían reconciliado, Carlos había dejado caer que Jaime Velasco comenzaría a buscar a la familia de Mel como un favor personal. Héctor sabía que Gus haría el trabajo mucho más rápido que la policía y había visto en ello la posibilidad de recompensar a Mel y a Carlos por su falta de tacto, además había imaginado la felicidad que él sentiría si tuviese la oportunidad de reencontrarse con Sonia, su hermana fallecida. Tal vez aquellos ingleses no supiesen de Mel o tal vez la imaginasen muerta, para él era evidente que había hecho un buen trabajo.

—Cariño... —Héctor justificó sus actos con argumentos que para él eran de una lógica aplastante —Imagínate la felicidad de esa familia al recuperar a Mel, una parte de ellos que tal vez daban por perdida.

Carlos estalló. No pudo evitarlo. Fue cruel con sus palabras.

—Eres un verdadero cabronazo Héctor. ¡Joder! ¿Cómo has podido hacerme ésto? Arrancas a Mel de mi lado para enviarla directamente a otro puto país con una familia que en su puta vida se ha preocupado por ella. Hay que tener cojones para hacer lo que tú has hecho —Carlos lo amenazó señalándolo con el dedo índice porque en las palabras de Héctor había vislumbrado uno de los pesares de

su amigo, el fallecimiento de su hermana —Que te quede claro pedazo de idiota... Mel no es tu hermana Sonia, no es alguien que ellos estén esperando con los putos brazos abiertos, si así fuera, la habrían buscado antes...

Carlos vio el gesto desconcertado de Héctor, lo vio palidecer y supo que le había hecho daño, no se sintió orgulloso de ello, pero tampoco se arrepintió. Necesitaba salir de allí, necesitaba volver a estampar sus puños contra algo, se estaba ahogando. Sin mirar a nadie más se dio la vuelta volcando una silla, le dio una patada para apartarla de su camino y, con paso apurado, cruzó el jardín de los Anderson.

Mel estaba viviendo la misma situación otra vez sólo que esta vez no lo hacía en la intimidad, esta vez todos habían sido testigos del arranque de Carlos. De nuevo la dejaba sola con una gran noticia entre sus manos, aquella vez había sido su nuevo trabajo, ahora se trataba de una de sus grades incógnitas, su familia materna. Pudiera ser que, en breve, dejase de soñar con que una voz de ultratumba le preguntaba con insistencia ¿Quién eres? Mel sintió que una mano apretaba su hombro, volvió la vista, era Victoria, la madre de Carlos que la miraba con expresión compasiva.

—Mel cariño... lo siento mucho, no reconozco a mi hijo en lo que ha hecho, por supuesto que voy a tener unas palabras con él.

Mel negó con la cabeza. Estaba triste porque tenía la sensación de que Carlos no se alegraba en absoluto por ella, al mismo tiempo, no acababa de reconciliar a este hombre con el hombre del que ella estaba enamorada y al que todo el mundo calificaba como el mejor sostén en tiempos de crisis, de hecho, así lo había sido para ella y, justo por eso, no era capaz de entender lo que le pasaba. Una cosa tenía clara, no quería interferencias de nadie, quería la verdad y la quería de boca de Carlos, así que negó con la cabeza mirando a Victoria con pesar.

—Por favor, no lo hagas —Mel se levantó sosteniendo aún la caja entre sus manos —Yo hablaré con él. Necesito saber qué es lo que le pasa.

Sin mirar atrás, Mel avanzó por el jardín de los Anderson, divisó a Carlos a la sombra de un árbol. A pesar de que la tarde ya había caído. el calor aún apretaba y el sol brillaba con fuerza. Su todo le daba la espalda y tenía ambas manos apoyadas en la corteza del árbol con la cabeza metida ente sus hombros mirando al suelo. Se acercó con cautela intentando adivinar su estado de ánimo pero no pudo hacerlo.

Carlos percibió a Mel mucho antes de que ésta llegara junto a él. Error, se

dijo, no había tenido tiempo de calmarse y la corteza del árbol no era un punchin-ball muy adecuado para sus puños. Se dio la vuelta justo en el mismo instante en el que Mel se detenía a tan sólo unos pasos de él. Carlos la recibió con los brazos en jarras, el rictus serio y el enfado corriendo fresco por sus venas a toda velocidad.

Nada en Carlos auguraba una tranquila conversación pero Mel había llegado a un punto en el que eso poco le importaba ya y lanzó su pregunta sin filtros y a bocajarro.

—¿No te alegras por mí?

Carlos miró al suelo y luego al cielo buscando una calma que, de nuevo, tardaba en aparecer, la frustración porque todos sus planes con Mel estuvieran yéndose al garete lo invadía. Él había planificado una relación con Mel sin sobresaltos en lo personal, bastante tenían ya con lo de su hermano, le había insistido varias veces en la importancia de que no hubiese fisuras en su relación para afrontar el futuro con fuerza y seguridad, primero había sido su trabajo y ahora esa tal tía Rose que, maldita fuera su estampa, iba a apartar a Mel de su vida, tal vez para siempre si aquellos jodidos ingleses jugaban bien sus cartas con aquella dulzura de niña. En el fondo no quería reconocer que todo aquel cabreo era fruto del pánico, del temor a que los atractivos de una vida lejos de Madrid, en un país en el que Juan no tenía la más mínima influencia y con una familia que la acogiese como una hija largo tiempo perdida, inclinasen la balanza en su contra. Procuró responder sereno pero no sonó convincente.

—Vamos a ver Mel... no me alegra saber que vas a irte a kilómetros de aquí a reencontrarte con una familia que nunca ha intentado buscarte y que, de no ser porque el cabrón entrometido de Héctor les ha hablado de tu existencia...

—No hables así de tu amigo, ha sido muy amable al investigar sobre mi familia —Le replicó Mel con sinceridad, realmente Héctor tenía razón, lo mínimo que el destino les debía a ella y a su familia materna era la posibilidad de reencontrarse. Le sobresaltó la brusquedad con la que Carlos respondió.

—¿Amable?... Ese cabrón me hubiese roto las dos piernas si meses atrás yo hubiese inducido a Lola a solucionar sus problemas fuera de su alcance.

—¿No entiendes que esto es de las cosas más importantes de mi vida? —Le preguntó Mel algo desesperada por el rumbo que adquiría la conversación, en vez de buscar un punto de encuentro, las posturas se alejaban cada vez más.

—Entiendo que necesites conocer a tu familia, lo que me jode es... — Carlos calló para no revelar su mayor miedo.

—¿Qué es Carlos? Háblame... tú no eres así, estoy reviviendo lo del otro día... has vuelto a huir...

Carlos perdió los estribos porque Mel lo estaba presionando para obtener una respuesta de su agrado.

—Si huí fue para no partirle la cara a Héctor...

—Tú no eres así... —Mel acercó su mano para acariciar ligeramente el brazo de Carlos pero se detuvo ante su brusca respuesta.

—Tú no sabes cómo soy yo, apenas me conoces —Carlos estaba fuera de sí y no era capaz de controlar lo que decía y lo que era más importante, a quién se lo estaba diciendo. Hacía minutos que había ahogado su conciencia en el fondo de un profundo lago.

—Tienes razón —Mel se desentendió del nudo que tenía en la garganta — No sé quién eres —Sin esperar su respuesta se giró para emprender el camino de regreso sin saber muy bien a dónde dirigirse.

Cuando vio la espalda de Mel alejarse unos pasos Carlos tomó conciencia de que en vez de con puñetazos había descargado su rabia con palabras. Tras hacerlo, se quedó vacío y horrorizado por lo que acababa de hacer.

—Mel —le gritó desesperado —Mel....

Mel se detuvo al oír el amargo grito de Carlos, su cabeza le estaba alzando el dedo corazón al abogado, pero su corazón y su cuerpo respondieron como siempre hacían.

Hacía años que Carlos era autosuficiente, no necesitaba a nadie, al revés, eran los demás los que lo necesitaban a él, su madre, sus hermanas, sus amigos, sus clientes, Helena, Lola... él era el que daba, nunca pedía y se odió por suplicarle a Mel lo que necesitaba.

Mel sintió a Carlos a sus espaldas, sabía que estaba muy cerca pero no se dio la vuelta, si lo hacía lo más probable era que se arrojase en sus brazos y no quería hacerlo, no quería sentirse sumisa a los caprichos de Carlos, Mel quería su vida completa, una vida completa y para ello necesitaba seguir su propio camino, aunque éste estuviese lleno de baches.

—No te vayas, por favor... espera un poco. Ahora no puedo ir contigo... sabes que tengo mucho trabajo..., en agosto estoy de vacaciones y los primeros quince días me he comprometido a cuidar de Clarita, mi madre y Alfonso se van a un crucero. Luego te llevaré yo mismo....

Para Mel esa súplica era lo más egoísta que había oído en mucho tiempo. Carlos le decía que pospusiese el descubrimiento de una de las mayores

incógnitas de su vida. Se volvió y, por fortuna, consiguió hablar como lo haría una mujer madura y sensata y no como una joven a la que el primer y único hombre de su vida acababa de romperle el corazón en mil pedazos.

—¿Quién está siendo ahora el egoísta Carlos?

Y se fue. Mel no se dio prisa, la cadencia de sus pasos fue lo suficientemente lenta como para permitir que un frío helador congelase su corazón, era lo correcto, así, tan frío no podría interferir en sus decisiones. Para su alivio, cuando alcanzó el porche, Lucía y Victoria habían desaparecido, sus amigos, mejor dicho, los amigos de Carlos seguían allí, los cuatro la miraban expectantes. Mel le había cedido el mando a su yo simple y práctico y, de entre aquellos cuatro, eligió al que más miedo le daba.

Héctor, algo confuso todavía porque sus buenas intenciones hubieran desencadenado tal disgusto en Carlos, observó a la pequeña mujer que con el rostro pétreo que acababa de plantarse delante de él comenzando a impartir órdenes en el mismo tono con el que Luis, su jefe de seguridad, arengaba a todos los porteros de sus locales.

—Necesito volver al apartamento de Lola esta misma noche, necesito que recojas todas mis cosas y las lleves allí. Necesito que el sábado me lleves al aeropuerto. Ya sabes la hora y ya sabes el vuelo. Podemos irnos cuando quieras.

Lola estaba horrorizada por la frialdad con la que Mel estaba hablando. Sin duda había tenido un buen maestro en Juan pero ella sabía que la hermana de su exmarido no era así. Mel era dulce, cariñosa y muy correcta. Se acercó a ella e intentó hacerla entrar en razón.

—Mel cariño... tal vez sea buena idea que no tomes decisiones en caliente. Los dos habéis estado sometidos a demasiada presión, estoy segura de que Carlos...

Mel alzó la mano e hizo callar a Lola, no podía dejar que la convenciera, no podía oír más alabanzas de Carlos, Ella amaba a Carlos, adoraba a Carlos pero el hombre que había dejado atrás no era el hombre junto al que se había despertado en la cama de aquel hospital, por no decir que, en ese momento, Mel tampoco sabía ya quién demonios era ella, dónde estaba su lugar y hacia dónde debía encaminar su futuro.

—El destino, el azar o como quieras llamarlo une a las personas, luego las separa... lo único que quiero pensar ahora es que el destino ahora mismo me lleva a reunirme con mi familia materna.

Héctor reconoció en Mel la misma firmeza y determinación que le habían



llevado a él a abandonar a Lola en su momento más bajo con la firme convicción de que aquello era justo lo que su amor necesitaba para saltar la barrera y arrojarse en sus brazos para siempre. Mel había tomado una decisión, estaba convencida y él, de nuevo, tenía una gran responsabilidad a sus espaldas, tenía que proteger a aquella chica durante su aventura en Inglaterra y tenía que hacerlo para su amigo, al que, en cierto modo, reconocía haber traicionado al no hacerlo partícipe de sus intenciones.

—Muy bien. Nos vamos ahora mismo —Héctor se dirigió a Jack, ambos hombres se entendían con una mirada y, los ojos verdes de su casi hermano, le estaban dando el visto bueno —Carlos no va a dejarme poner un pie en su casa durante una larga temporada, será mejor que vayas tú a por sus cosas.

Jack asintió conforme, sin buscarlo y sin desearlo, había llegado el momento de saldar su deuda con Carlos, devolverle todo lo que él había hecho por su pequeña Helena.

—Me lo llevaré en cuanto se calme, mientras tanto, iré llamado a Paul para arreglarlo todo —Paul era un noble inglés, era uno de sus grandes amigos y además reciente socio de Héctor en un proyecto hostelero en Londres, Jack tenía la firme intención de pedirle que estuviese pendiente de Mel durante su estancia en aquel país.

Héctor agradeció que Jack hiciese esa llamada por él, sabía que Paul no le negaría la ayuda pero los dos ingleses se entenderían mejor. Además, Helena estaba muy entera y guardaba silencio, en cambio él necesitaba hacer un pequeño aparte con Lola. Sabía que su mujer estaba triste y muy disgustada y Héctor odiaba verla así. Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—Mi amor... lo siento mucho... pensé que era lo correcto, pensé en que lo arreglaría todo... odio haberme equivocado...

Lola tomó aire, sabía que su neandertal marido no había obrado con mala intención, lo conocía, lo amaba, era un protector, un protector que daría toda su fortuna por recuperar a su hermana fallecida y, con ese espíritu, había tratado de juntar a aquella familia rota. Lo que él no contaba era con que su regalo interfiriese en la delicada situación de la pareja y no precisamente para bien. Sabía que Héctor odiaba disgustarla y le dio un dulce beso en los labios.

—Lo sé cariño... del mismo modo que sé que no vas a parar hasta arreglarlo, por favor... asegúrate de que no le pase nada... es una persona importante para mí.

Héctor volvió a agradecerle a la Diosa de las mujeres compresivas que Lola

estuviese en su vida, que aquella dulce mujer lo amase y que fuese a ser la madre de sus hijos. Acarició con delicadeza la ligera curva de su vientre y formuló su promesa.

—Lo haré. Lo he comprendido, algo tarde... pero lo he comprendido. Ahora Mel también es alguien importante para mí.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 23

*“El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.”*

*William Shakespeare*

Nunca antes, ningún abogado de la capital había sido capaz de trabajar con la misma intensidad casi veinticuatro horas al día durante tres días. La fiereza con la que afrontó los dos juicios que tenía programados hizo que el juez lo reconviniere en más de una ocasión. Durante ese tiempo, no hubo cafés con los colegas, ni tan siquiera puso los pies en el despacho, ello hubiera supuesto enfrentarse a Helena y a sus seguros reproches, de modo que únicamente se comunicaba con ella a través del correo electrónico, economizando las palabras y suprimiendo en ellos todos aquellos emojis que solían intercambiarse. Su teléfono estaba sin volumen, solamente respondía a su vibración si la llamada procedía de un cliente, ni su madre, ni Jack, ni Lola, ni mucho menos Héctor recibieron respuesta. A miércoles ningún compañero del gimnasio osaba ya enfrentarse a él en un combate y el gerente le había exigido que se tomase un tiempo para relajarse antes de volver a ponerse los guantes. El trabajo era su refugio y en el gimnasio descargaba su frustración contra todo lo que tuviese delante. No quería dormir porque en las escasas horas que se tumbaba en la cama su mente repasaba una y otra vez toda su relación con Mel intentando encontrar el puto punto exacto en el que todo se había torcido, una y otra vez su mente se detenía en aquella fatídica tarde en la que había dejado a Mel sola en casa, la preciosa niña de sus ojos no había vuelto a ser la misma desde entonces y ya no había marcha atrás. Llevaba días fuera de su casa, fuera de su alcance y a punto de poner kilómetros de distancia entre ellos. Carlos no la había llamado, ni siquiera se había dignado en presentarse en su trabajo para disculparse porque, en el fondo, no estaba seguro de que no volviesen a discutir cada uno enrocado en su postura, Mel, queriendo viajar a Inglaterra a la mayor brevedad posible y él rogándole que esperase un mes más. Mientras se daba una ducha, Carlos reconocía que la furia y la frustración aún no lo habían abandonado, apenas había conseguido mitigarlas y se había obligado a no dedicar ni un minuto de sus pensamientos a la parte de su corazón dañado. Siempre había subestimado el poder del amor, se había burlado de Jack y de Héctor a pesar de envidiar su situación. Carlos se sentía fatal pero no quería reconocerlo, no quería que nadie supiese que aquella enana lo había destrozado en apenas un mes. Carlos lo había

querido todo para ya y había fracasado. El fracaso era algo muy difícil de afrontar y asimilar para un hombre como él. Giró el mando de la ducha hasta conseguir que el agua saliese congelada, pensar en Mel seguía excitándolo, seguía calentando su sangre y él no necesitaba eso. Aún no había pensado en cómo afrontar lo que se le venía encima, lo único que sabía era que estaba atado de pies y manos por su agenda, le restaban dos semanas de intenso trabajo y quince días haciendo de niñera en la sierra para poder ser libre de decidir sobre su futuro, si apostaba por el amor y por Mel o se dejaba ir vagando con un gran vacío en su vida. Carlos estaba anudándose la corbata para afrontar aquella mañana de jueves cuando su teléfono vibró en la consola del recibidor, Jaime Velasco. ¡Mierda! Esperaba que la llamada no tuviese nada que ver con Mel.

Para los nervios de Carlos. el tráfico en Madrid nunca fue tan lento y su todoterreno estaba rodando a la misma velocidad que una vieja furgoneta destartalada. Con el corazón en un puño, dejó el coche aparcado de cualquier manera justo en el límite del cordón de seguridad que la policía había formado al comienzo de la calle donde se ubicaba la floristería en la que Mel trabajaba. Las sirenas amarillas, azules y naranjas no contribuyeron a calmar sus ánimos y el ir y venir de sanitarios, policías y bomberos casi provocaron que el corazón se le saliera del pecho. Abordó con impaciencia a uno de los agentes exigiéndole que le autorizase el acceso tras el cordón de seguridad mientras le tendía su DNI.

—Carlos Jordán. Abogado. El agente Velasco me ha llamado.

Dio gracias a la previsión de Jaime porque el agente levantó con rapidez el cordón para dejarlo pasar. Carlos se detuvo en seco al ver el panorama que tenía ante sí. Había mucho humo en la calle, frente a la floristería el camión de bomberos se afanaba por luchar contra el incendio, los agentes iban de aquí y allá- Había tres ambulancias con las puertas traseras abiertas y la sangre se congeló en las venas cuando vio cómo dos sanitarios empujaban una camilla con un cuerpo totalmente cubierto por una sábana. Alguien había fallecido y Carlos echó a correr haciendo mil promesas y mil propósitos de enmienda rogándole a Dios que no se tratase de Mel.

Jaime plantó los pies bien firmes en el suelo para detener al toro bravo que se acercaba a él con el rostro blanco como la cera, estaba seguro de que el abogado ni siquiera lo había visto cuando se interpuso en su camino a la entrada de la floristería.

—Déjeme pasar joder... es mi mujer la que trabaja ahí...

Carlos quería sacarse de en medio a aquel policía que los sujetaba con

firmeza. Una voz conocida y las palabras que pronunció esa voz hicieron que cejase en su empeño de empujar al agente.

—No es Mel... Cálmate Carlos... Mel está bien... sólo ha sido un susto.

Tuvo que repetir varias veces las palabras de Jaime para conseguir asimilarlas, Mel está bien, Mel está bien... Jaime seguía sujetándolo por un hombro y había comenzado a explicarle lo sucedido.

—Nos han alertado los agentes que vigilaba a Mel, ella y su jefa han salido corriendo al percatarse del incendio.

—Necesito verla —Exigió Carlos de la misma manera que lo había hecho semanas atrás a la entrada del hospital y la respuesta que recibió exaltó de nuevo su ánimo.

—Mel no sabe que estás aquí. Te he llamado por mi cuenta. Tío... me caes bien y me tocó los cojones enterarme de que ya no estáis juntos. Antes de que me preguntes te diré que Mel me llamó hace días... Esa chica es una especie de ángel, se preocupa por todo, no quería que perdiésemos más el tiempo buscando a su familia porque el marido de Lola ya la había encontrado. Me ha dicho que se irá de viaje a conocerlos y que por fin los agentes que la vigilan podrán descansar.... ¡Ah! Me olvidaba... tras hacerme jurar que les agradecería su dedicación me dijo que, al final, las cosas contigo no habían salido bien.

—¡Joder! —Fue lo único que respondió Carlos.

—Eso mismo dije yo... pedazo de cabrón... ¿Cómo cojones has podido hacerle daño a una chica tan dulce? ¿Es que acaso tú y tus amigos tenéis una especie de paranoica competición por ver quién destroza antes su relación?

—No me jodas Jaime...

Jaime había llamado a Héctor por dos motivos, el primero de ellos había sido ver por sí mismo como Mel sostenía con fuerza su teléfono mirando fijamente la pantalla pero sin atreverse a marcar ningún número, el segundo motivo no era otro que el comprobar por sí mismo la reacción de Carlos al conocer que su ex novia estaba en peligro. Estaba claro que el abogado estaba perdidamente enamorado de Mel. Lo contrario hubiera sido un pequeño golpe en la confianza y la camaradería que había surgido entre ellos dos. Jaime odiaba a los hombres que jugaban con los sentimientos de las mujeres, Mel no era de la clase de chicas con las que uno pudiera jugar. Mel le había tocado el corazón, se parecía mucho a una de sus hermanas y Carlos era un hombre con el que tenía una gran complicidad, compartían valores y esperaba que, más pronto que tarde, volviese a formar pareja con Mel. Quería ver la reacción de Mel cuando

descubriese a Carlos y le señaló con el índice la ambulancia en dónde los sanitarios estaban comprobando que se encontraba en perfecto estado. Lo acompañó unos pasos y se detuvo a la altura de la primera ambulancia, allí estaba la jefa de Mel que había resultado peor parada, además de los nervios por el incidente, se había quemado la palma de la mano cuando había acudido a socorrer a su vecino al comprobar que el incendio se había originado en el primer piso dónde vivía el anciano. Él iba a ser el portador de las malas noticias cuando le comunicase que el octogenario señor Cabral había fallecido. Antes de hacerlo comprobó cómo estaba Mel, incluso desde aquella distancia, Jaime pudo detectar el brillo emocionado en los ojos de la chica, sonriendo para sí, se dirigió a conocer a Mabel, la jefa de Mel, ¡Joder! Mabel, Mel, Mel Mabel, aquello parecía un puto trabalenguas.

Apenas fueron cinco segundos los que le bastaron a Carlos para saber cuál era la repuesta al dilema que se había planteado aquella misma mañana. El alivio que sintió al ver a Mel descender de la ambulancia con la ayuda de un técnico pero por su propio pie, le enseñó que, a pesar de estar destrozado, estaba condenado, condenado a amar a aquella enana que le miraba con los ojos brillantes, el pelo revuelto y el vestido gris sucio y arrugado. Mel tosió, Carlos imaginó que tal vez tuviese la garganta lastimada por el humo, luego la vio recomponerse y morderse el labio inferior. Otra vez la imagen de Mel era la misma, muy quietecita, mirándolo, dudando y esperando.

Mel no sabía cómo interpretar la presencia de Carlos en medio de aquel desastre. Aunque se encontraba razonablemente bien, se había asustado mucho cuando parte de los cristales del piso superior habían caído sobre la pequeña terraza de la floristería, habían corrido hasta allí y horrorizadas habían visto cómo las llamas salían por la ventana y pequeños restos de materiales comenzaban a llover sobre sus cabezas, enseguida se vieron envueltas por el humo y apenas tuvieron tiempo de coger sus bolsos y salir corriendo. Mabel había subido las escaleras del edificio a toda velocidad gritando el nombre de su vecino mientras Mel intentaba evitarlo subiendo tras ella, al final tuvo que desistir porque estaba empezando a tener dificultades para respirar y había abandonado el edificio. Cuando ella salió, ya habían llegado los bomberos y las ambulancias. Aquellos agentes que la vigilaban la tomaron del brazo diciéndole que no se moviera de su lado. El agente Jaime Velasco no tardó en llegar y despidió a sus compañeros diciéndoles que él se quedaba al mando. Mientras escuchaba cómo los agentes informaban a Jaime, Mel había cogido su teléfono para llamar a Carlos, había sido algo espontáneo, instintivo pero su mente había

despertado ordenándole a su dedo que se detuviese. Mientras dudaba si obedecer o no, Jaime la había rodeado por los hombros conduciéndola hacia una de las ambulancias, al tiempo que le explicaba que tenían que hacerle un control rutinario para asegurarse de que estaba bien. Mel se dejó hacer y guardó el teléfono en su bolso. Ahora, al bajar de la ambulancia, por arte de magia, Carlos estaba ante ella y Mel no sabía qué hacer. Sabía lo que quería, lo que necesitaba, lo que le hubiera pedido de ser una mujer egoísta, no lo hizo, en apenas un par de días partiría rumbo a Inglaterra y, visto el estado en el que la floristería estaba quedando entre el humo y el paso de los bomberos por el interior de local, tal vez su viaje fuese más largo de lo previsto. Mel estaba segura de que Mabel no tendría más remedio que cerrar unas semanas y no era justo que cargase con ella cuando los ingresos caerían en picado. Los ojos le picaban por el humo y le brillaban de la impotencia, parecía que le había mirado un tuerto desde que había vuelto a Madrid. Mel sintió que perdía todas las fuerzas que había logrado reunir en las últimas semanas, pudo sentir cómo sus hombros se hundían con el peso de sus problemas, las rodillas le temblaban y su cabeza cayó derrotada mirando al suelo ¿Puedo caer aún más bajo? Se preguntó ¿Cuántos golpes más puedo soportar? Su hermano, los matones, Jack y Héctor en su contra, perder a Carlos, perder su trabajo... Mel se estremeció con el primer sollozo y, sin fuerzas, dejó caer su bolso al suelo, sintió cómo las piernas no podían sostenerla y supo que se iba a caer, le daba igual, el suelo la detendría, el suelo le daría el abrazo que ella estaba pidiendo a gritos. No fue el suelo el que detuvo su caída, fue el familiar abrazo se su todo el que la sostuvo justo en el momento en el que sus rodillas comenzaban a ceder. Mel se agarró a aquellos fuertes brazos que la abrazaban y levantó la mirada, los ojos azules del océano estaban allí. El motivo no le importaba, estaban allí. Se decía que en momentos de crisis uno suelo fijarse en los detalles más absurdos e intrascendentes y Mel no fue una excepción, de pronto, ensuciar la camisa y la corbata de Carlos era un gran problema.

—Voy a mancharte la camisa —Mel intentó apartarse dando un paso atrás. No pudo, Carlos la sujetó aun con más fuerza —No puedes ir sucio a trabajar. No está bien. Los clientes quieren que sus abogados presenten un buen aspecto.

Si las circunstancias fueran otras, Carlos se hubiera reído a gusto, el argumento disparatado de Mel le hubiese dado para unas cuantas pullas. Sacudió la cabeza negando de lado a lado y, mientras la sostenía por la cintura con una de sus manos, enterró la otra entre el cabello enredado de Mel sujetándole la nuca y, colocando su cabeza en la posición correcta, tomó posesión de las mullidas frambuesas de sus labios. No le dio tregua, no le dio un respiro, necesitaba saciar

su sed, sentir cómo aquellos labios se movían bajo los suyos respondiendo al beso. Carlos necesitaba sentirla viva, sentirse vivo porque había tomado una decisión que sabía iba a costarle la vida misma, iba a meterse por voluntad propia en el mismo infierno en el que Jack y Héctor habían estado. Pero eso sería después, mucho más tarde, tal vez cuando el día llegase a su fin porque antes, antes necesitaba tener algo que llevarse con él a ese infierno, y ese algo no era otra cosa que el recuerdo de un rostro sonrosado sobre su almohada.

En los últimos días, Mel se había sentido extraña, reconocía el sentimiento porque lo había vivido en otra ocasión. Le faltaba el tacto de Carlos, su abrazo, sus besos, la protección, el deseo y ahora, todos esos sentimientos habían penetrado de golpe por cada uno de los poros de su piel y la hacían sentir feliz y triste a la vez. Feliz porque estaba enamorada y triste porque era consciente de que, tal vez, la distancia la borraría de la mente de Carlos, que tal vez, los ojos del océano mirasen a otra mujer como la habían mirado a ella. El beso se tornó más carnal y las lenguas bebieron las lágrimas saladas que Mel no podía ocultar. Con los ojos cerrados sintió cómo Carlos la obligaba a refugiarse en su pecho acariciando su espalda sin cesar mientras Mel sollozaba intentado deshacer el nudo en su garganta que amenazaba con ahogarla.

—Shh... Mel... ya está... —Los sollozos de Mel se le estaban clavando como puñales en el corazón. Tenía que llevársela de allí ya mismo —Nos vamos cariño.... Voy a sacarte de aquí.

Mel no podía irse sin hablar antes con Mabel. Necesitaba saber cómo se encontraba y necesitaba librarla de su contrato cuanto antes. Miró a Carlos con ojos suplicantes.

—Por favor... pero antes tengo que ver a Mabel... creo que está en la ambulancia.

Carlos asintió y rodeándola por los hombros la escoltó hasta la ambulancia donde Jaime Velasco hablaba con la jefa de Mel. Mabel le daba la espalda, presentaba mucho peor aspecto que la niña de sus ojos y pudo comprobar que en la mano derecha llevaba un vendaje de lo más aparatoso. Lo revelador del asunto fue reconocer en el rostro de Jaime la misma expresión que, primero Jack, luego Héctor y suponía que él mismo después, habían presentado en cada uno de sus encuentros fortuitos con sus mujeres. Elevó los ojos al cielo... por algo ambos hombres habían encajado como engranajes de una máquina que funcionaba perfectamente con la misión de proteger. A pesar de estar roto, Carlos aún tuvo fuerzas para un pensamiento irónico, acababa de ser testigo de la caída de otro



cabrón del calibre de Héctor o peor. Aquel macho alfa de cabeza pelada, barba poblada y extraños ojos verdes había encontrado a su rubia.

A pesar del aturdimiento por el bombardeo sensorial que estaba sufriendo ante aquella mujer, Jaime fue consciente de la presencia de Mel y Carlos y así se lo hizo saber a Mabel.

—Tu empleada acaba de llegar —Procuró que su tono sonara neutro y agradeció que Mabel enseguida se diese la vuelta para hablar con Mel permitiéndole así ordenar un tanto sus emociones.

Mel se soltó del agarre de Carlos en cuanto vio la mano vendada de su jefa.

—Ay Mabel... te has quemado... no me he enterado —Mel volvía a tener los ojos llenos de lágrimas —Lo siento tanto...

Para Mabel, ver llorar a Mel fue la gota que colmó el vaso, había procurado mantener la calma ante la emergencia, había dejado la mente en blanco mientras la adrenalina corría por sus venas cuando subía las escaleras para rescatar al anciano señor Antonio. A pesar de que le costaba respirar, Mabel había asido con fuerza el pomo de la puerta del piso y se había quemado la palma, entonces comprendió que el esfuerzo era inútil y bajó las escaleras corriendo en busca de aire fresco, a medio camino se vio alzada en volandas por un bombero que, regañándola por su imprudencia, la dejó a cargo de los sanitarios en la ambulancia. El señor Antonio había fallecido, se lo había confirmado aquel agente, Jaime Velasco, que se había presentado en la ambulancia explicándole que, dada las circunstancias de Mel, iba a hacerse cargo en persona de la investigación del incendio. El agente le había cogido de la mano para confortarla, mitigando así el impacto de la noticia recibida y Mabel había sentido un escalofrío de alerta en todo su cuerpo. Era la clase de escalofrío que llevaba tiempo sin sentir, en concreto seis años y nueve meses, desde la fecha en la que Ricardo la había abandonado a su suerte el día que le comunicó su embarazo. “O abortas o te dejo” había sido su ultimátum. Mabel no había podido retirar la mano, allí estaba bien, se sentía confortada mientras Jaime le iba desgranando lo que iba a suceder en las próximas horas. Su tono de voz grave y profundo penetraba por cada poro de su piel y era un bálsamo para sus nervios, aquel hombre parecía saber de lo que hablaba y Mabel agradecía que se tomase su tiempo para explicarle las cosas, de tanto en tanto, ambos perdían el hilo de la conversación y los increíbles ojos verdes de Jaime se detenían en los suyos, Mabel, turbada, había bajado la cabeza en un par de ocasiones porque no entendía como en un momento de crisis era capaz de despertar de su letargo y

sentirse tan atraída por un hombre que, además, estaba muy lejos del estilo de sus anteriores parejas. Para empezar estaba lo de la barba, Mabel odiaba las barbas y aquella era de las pobladas, luego estaba lo del pelo rapado casi al cero y su brazo tatuado de colores vibrantes, nada que ver con Ricardo, del tipo pijo ejecutivo de ciudad. Mabel se obligó a no huir de lo que estaba sintiendo a pesar de intuir que era imposible que un hombre como aquel estuviera libre. Fue entonces cuando Jaime le había advertido sobre la presencia de Mel.

Mientras veía a las dos mujeres fundirse en un abrazo, Jaime examinó a Mabel, no era ni alta ni baja, de hecho su cabeza apenas le llegaba a los hombros, lo que con su metro ochenta y cinco de estatura no era extraño, el pelo rubio y ligeramente rizado fue lo primero que le había llamado la atención, experto en falsos rubios, acto seguido había examinado el color de sus cejas, y asintió conforme, Mabel era rubia natural, no tenía una figura espectacular, era delgada pero no esquelética, de hecho, sus ajustados jeans azules revelaban la forma de un bonito trasero, la sencilla camiseta blanca que llevaba no tenía escote pero la curva de su pecho era firme y bonita. Se sentía un cabrón mientras examinaba el físico de Mabel, pero no podía evitarlo, era una rubia bonita y las rubias bonitas eran su debilidad. Antes de pensar en algo más con la rubia verificó que no llevaba ninguna alianza en su dedo anular, bien, eso no quería decir que estuviera libre, tal vez Mabel, al igual que le sucediera con Lola, tuviera a un Héctor detrás y él tenía que averiguarlo lo antes posible. Frunció el ceño al ver que las dos mujeres habían transformado el abrazo en una llantina de primer orden. Mabel había aguantado como una campeona, pero ahora, sus dulces ojos color miel estaban enrojecidos por el llanto. Una fuerte palmada en el hombro casi consigue desestabilizarlo, se volvió para contemplar el rostro burlón de Carlos.

—Bienvenido al club, colega.

—¿Qué club? —Fingió ignorancia, esta vez no iban a pillarlo como con Lola, esta vez Jaime iba a protegerse.

—Al club de los idiotas enamorados. Jack la cagó, Héctor hizo lo propio, yo acabo de tomar la decisión más difícil de mi vida y tú acabas de caer con todo el equipo. Te deseo suerte tío...

—¿De qué decisión hablas? —Jaime ignoró el comentario final.

Carlos miró hacia la humeante entrada de la floristería mientras respondía.

—Mel ya había tomado la decisión de viajar a Inglaterra sin mí, no quería esperar a mis vacaciones, quiere resolver sus incógnitas cuanto antes.... Yo me

opuse... vehementemente, de hecho. Fui desagradable, injusto, mi actuación fue impropia de mí, de mi carácter. Hoy voy a dejarla marchar, libre, sin presiones, sin fecha de vuelta. Necesito saber si puede formar parte de mi futuro, no porque me necesite como abogado, como amigo, sino porque ella quiere, porque aunque Mel es lo primero para mí y me gustaría que se quedase a mi lado, quiero que sepa que tiene otras opciones.

—Tú —Jaime le clavó un dedo en el pecho —Lo que eres... es que eres un grandísimo gilipollas que no has aprendido nada de tu amigo Héctor...

—Te equivocas, lo que he aprendido de Héctor es que, a veces, hay que alejarse para que todo vuelva a ubicarse en el lugar correcto.

—Te vas a destrozar... no vas a ser capaz de soportar estar a kilómetros de distancia sin saber si es feliz o no... por no hablar de si se encuentra con un jodido inglés que la quiere para él.

—Yo ya estoy destrozado. Lo que no quiero es destrozarla a ella por no estar de acuerdo con sus ultimas decisiones, primero fue su trabajo, luego su familia inglesa... Reaccioné como un puto niño al que no le consienten sus caprichos. Yo tengo mi vida bien organizada y he tratado de incorporar a Mel sin hacer ningún ajuste, la pobre... la pobre se ha quedado sin vida y necesita una. Entonces podremos hacer los ajustes, encontrar el puto punto de equilibrio del que habla Lola. ¿Lo entiendes?

Jaime fue franco.

—No. Ni puta idea de lo que hablas.

—¡Joder! Mira que eres energúmeno... no puedo pedirle a Mel que renuncie a todo por mí, para ajustarse a lo que yo quiero. Yo no quiero ser otro Juan, él le ha quitado su futuro inmediato, la ha dejado sin recursos, la metido en un buen follón y, como remate, la ha dejado sin sus referencias familiares. Yo no quiero quitarle la opción de elegir. Quiero que ella me elija a mí, no ha sido así, la verdad es que yo la vi, yo la quise, la he cogido y me la he llevado sin más.

—Puede no volver —aventuró Jaime.

—Tío... entonces sí que estaré jodido... estaré muerto en vida.

—A mí me viene mejor que esté fuera del país con todo el tinglado de Juan y de esos matones —Jaime confesó la verdad.

—Lo sé. Lo he pensado. Pero no sé por cuanto tiempo se va a ir, aunque — Carlos le señaló con un gesto de la cabeza la floristería —visto lo visto...

—Pues sí —Jaime se rascó la cabeza —No paro de darle malas noticias a esta chica, el jefe de bomberos me acaba de avisar hace un momento, no van a

dejarla entrar hasta cerciorarse de que la estructura resiste, es un edificio antiguo, hay zonas con madera... La cosa va a ir para largo.

—Te gusta Mabel... —afirmó Carlos al ver el pesar en el rostro de Jaime. El agente se limitó a asentir y él le palmeó la espalda —Suerte tío... Mel la adora.

Jaime se encogió de hombros fingiendo despreocupación, sin embargo, si ya le gustaba físicamente y aún encima era buena chica se le acababan los argumentos para resistirse, sólo algo podía hacer que Jaime tomase distancia pero esa opción se evaporó al escuchar las siguientes palabras de Carlos.

—Además, esta vez tienes el paso libre, por lo que sé, es una madre soltera muy dedicada a su trabajo y a su hijo. No conozco la historia, soy tan cabrón que he querido mantenerme al margen de todo lo que tenía que ver con esta floristería, pero he podido intuir que Mabel no lo tiene fácil...

Pum... se acabó, rubia, bonita, soltera, buena gente y con una vida complicada... Jaime acababa de liquidar sus reservas. Luz verde, se dijo. Carlos volvió a palmearle la espalda y, esta vez, no había burla en el gesto del abogado que, con la cabeza, le señaló a las mujeres que aún murmuraban entre sollozos.

—Vamos... quiero llevarme a Mel de aquí, la quiero sólo para mí unas horas más, al diablo con la agenda de hoy —Por fortuna sólo iba a anular un par de reuniones rutinarias y una comida con un cliente.

Mel sintió como las manos de Carlos la rodeaban por la cintura pero siguió centrada en Mabel, le estaba costando Dios y ayuda convencer a su jefa de que debía de prescindir de sus servicios ante lo aparatoso del incendio.

—De ninguna manera Mel... está el seguro... no sé cómo puedes pensar que voy a prescindir de ti. Hacemos un buen equipo... tú vete tu fin de semana como tenías pensado y a la vuelta ya nos arreglaremos.

—Mabel... —Mel le sostuvo la mano sana a su jefa —Creo que hay bastantes daños, se lo he oído decir a los bomberos, tal vez tengas que reforzar la estructura, no va a ser una obra menor... Tú has sido extremadamente generosa conmigo y yo no puedo ser tan egoísta, no puedo ser una carga para ti... no quiero serlo, ni para ti ni para nadie... —Mel no vio el gesto de dolor que sus palabras provocaron en Carlos —Está decidido... no es un adiós Mabel, es un hasta luego... cuando vuelva, si tú aún quieres...

Mabel tenía un nudo en la garganta, había conectado muy bien con Mel, habían intimado y conocía la dedillo la situación de su empleada. Sabía que sus palabras no sólo eran para ella, también eran para el atormentado abogado que la

sostenía por la cintura. Mel necesitaba ese viaje, esas respuestas, tal vez así podría abandonar la tristeza que en ocasiones mostraban sus ojos. Mabel la había visto varias veces quedarse embobada mirando cómo una madre acudía a la floristería con su hija a escoger su ramo de novia. Mabel imaginaba todas esas veces con una madre que Mel se habría perdido y no tenía corazón para hacerle más difícil la despedida.

—Te esperaré Mel... tardes lo que tardes en volver... aquí estaré yo —Miró con tristeza la antigua floristería de su abuela y se aferró a las escasas fuerzas que tenía —y mi pequeña floristería. Voy a reconstruirla cueste lo que cueste... ese mal fario que me persigue dese hace unos meses no va a poder conmigo.

Mel asintió y se abrazó a Mabel susurrándole al oído.

—Has de ser fuerte. Sé que lo conseguirás... lo mereces...

Mel soltó a Mabel y se dirigió a Jaime. Su perspicacia habitual le había hablado de nuevo, al agente le gustaba su jefa. Su postura tensa tras ella, sus manos ligeramente adelantadas como dudando si sostenerla o no y sus ojos clavados en el rostro de la florista hablaron por él. Mel se atrevió a abrazar al agente y le habló en bajito para que nadie pudiese oírla.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí... espero que pronto podáis coger a ese malo... mientras tanto... por favor... cuidala por mí, échale un ojo de vez en cuando... es una gran mujer... una gran mujer muy sola —Recalcó Mel mirando a aquellos ojos de peculiar color verde.

¡Joder! Pensó Jaime... su rostro debía de haber sido mucho más transparente de lo que él hubiese deseado. Le devolvió el abrazo a Mel, le había cogido cariño a la chica por su delicada situación, Mel era una pequeña joya inocente y la obligó a prometerle que se cuidaría.

—Lo haré, pero cuídate Mel... avísame si necesitas algo, cualquier cosa y, por favor... no te olvides de avisarme si cambias de lugar, tengo que saber dónde estás y sobre todo, quiero saber cuándo vuelves. Lleva el teléfono siempre contigo Mel... no es una tontería... es importante.

—Descuida —Le aseguró Mel —No voy a fallarte. Haré lo que me digas que tengo que hacer.

Mabel observó con ojos llorosos cómo su empleada se alejaba para emprender una pequeña o tal vez una gran aventura muy lejos de allí. Su novio, Mabel se negaba a reconocer aquella ruptura que había sumido a Mel en la melancolía, la escoltaba rodeándola por los hombros con gesto protector. Mabel se percató de que el abogado no podía quitar los ojos de Mel, aquel chico estaba

muy enamorado y Mabel envidió aquella mirada ¡Ojalá algún día!... Su pensamiento se vio interrumpido cuando un brazo moreno la rodeó por la cintura. Tras un breve respingo por lo inesperado del gesto, Mabel recuperó lo suficiente la compostura como para poder mirar a la cara al dueño de aquel brazo y a los increíbles ojos verdes que le devolvían la mirada, se sintió enrojecer y se odió por hacer evidente su turbación.

—No te preocupes por ella —Jaime también había visto el gesto de Carlos  
—No va a permitir que le suceda nada.

—Eso espero —Acertó a decir Mabel cuando consiguió deshacer el nudo de su garganta, sin querer salir de la protección de aquel brazo le preguntó —¿Es cierto verdad? Va a ser un verdadero reto reconstruir la floristería...

Jaime nunca mentía, por muy cruda que fuera la realidad, él siempre la afrontaba. No tenía sentido perder el tiempo cuando uno podía empezar a solucionar las cosas. Se fijó en que los ojos color miel lo miraban desnudos, preciosos... pensó.

—Sí. Parece que así va a ser, por lo que me ha dicho el jefe de bomberos, la trastienda está algo dañada... no van a dejarte entrar hasta que puedan garantizar tu seguridad.

Mabel tomó aire y asintió temblorosa. Tenía que ser fuerte, ella no tenía en quién refugiarse, al contrario, ella era el refugio de Marcos, su pequeño y de su viuda madre que poca ayuda podía brindarle con su voluntaria reclusión en su humilde hogar. Miró su reloj y se asombró de que las agujas marcasen la hora del mediodía, en apenas una hora tenía que recoger a su hijo en el colegio... pero no podía dejar todo así... los bomberos se irían... estaba la recaudación... sus papeles... pero tampoco podía dejar al niño solo... comenzó a sentir un agobio que la invadía, le impedía pensar con claridad y tomar decisiones. Sintió que la mano que la sostenía por la cintura la acercaba más al fuerte torso que la rodeaba, entonces consiguió hablar... apenas fue un balbuceo...

—Tengo que ir a buscar a mi hijo... pero no puedo dejar todo abierto... tengo que hacerle la comida...

Jaime tomó varias decisiones en cuestión de segundos, estaba entrenado para ello y, a pesar de que lo distraía la proximidad del cuerpo de Mabel fue capaz de expresarle con claridad lo que iban a hacer.

—Muy bien, enseguida iremos a recoger a tu niño, antes me dirás dónde tienes las llaves de la floristería, un agente cerrará cuando todo termine y las dejará en la comisaría. Luego ya nos preocuparemos del seguro, del perito y de

todo lo demás...

—¿Iremos? —Preguntó Mabel insegura pero con el corazón latiéndole más deprisa de lo habitual.

—Iremos. Por varios motivos. Uno: No puedes conducir con esa mano. Dos: No puedes cocinar con esa mano. Tres: Estás nerviosa, asustada y disgustada, eso es lo que le transmitirás a tu hijo, si yo voy contigo, te aseguro que se distraerá con más facilidad y no se preocupará tanto por su mamá.

—¿Vas a cocinar tú? —Las anteriores parejas de Mabel no sabía ni freír un huevo. Por no mencionar el hecho de que Jaime estaba invitándose a su casa. Ningún hombre había invadido antes la intimidad del domicilio que compartía con su hijo.

Jaime no pudo resistirlo más y la apretó aún más contra su pecho mientras con la otra mano le acarició con suavidad la mejilla tiznada de hollín.

—Sólo haré lo que tú quieras que haga, esto vale para hoy y para siempre. Te respetaré a ti y a tu hijo por encima de todas las cosas, siempre, sin condiciones. Me gustaría cuidar de ti, de vosotros —rectificó— hoy.

Mabel tragó saliva insegura, aunque había perdido práctica, aquello era una declaración en toda regla. Sólo había una pega, ella no quería nada para hoy, no quería nada temporal y estaba acostumbrada a dejarlo claro desde antes de la primera cita, claro que aquello no podría considerarse como una cita y estaba segura que Jaime regularía tal y como habían hecho otros antes que él.

—Gracias, pero no quiero nada sólo para hoy. No pasa nada... si me acercas al colegio, ya me las apañaré a partir de ahí...

Jaime sonrió para sí. Era la respuesta correcta. No le hubiese gustado que Mabel accediese a las primeras de cambio, una buena leona protegía a sus bebés, protegía su intimidad. Mabel quería algo estable y bien sabía Dios que él necesitaba estabilidad en su vida personal antes de que los horrores de su trabajo terminasen de devorarlo por dentro.

—Bien —Le respondió con una sonrisa y le acarició la coleta despeinada —Yo tampoco quería cuidaros sólo hoy... Me gustas Mabel... ¿Me permites entrar en tu vida y en la de tu hijo? ¿Te gustaría que empezásemos por el día de hoy?

Sin saberlo, Jaime estaba haciendo trizas los sentidos de Mabel, le encantaba que le acariciasen el pelo y, para sus sorpresa y a pesar de su aspecto rudo, el agente Velasco sabía acariciar con suavidad, no sólo con sus manos, también lo hacía con la voz y con su mirada. Aquella mañana no había esperado

encontrar consuelo en los brazos de un hombre, y qué extraña sensación era aquella, era como una voz que le decía que sí, que le gritaba que con él sí. Con todo su mundo patas arriba, Mabel acertó a pensar en que tal vez saliese algo bueno de todo aquel caos. Lo miró a los ojos antes de responder, eran de un verde especial, casi transparente, veteados de azul, amarillo y puede que marrón, era unos ojos que miraban limpio, que miraban honesto. Mabel casi sintió en su espalda el empujón que la lanzó a los brazos del agente Jaime Velasco.

—Puedes entrar —Apenas fue un susurro pero supo que su ruego sonó desgarrador —Por favor... no nos hagas daño...

A Jaime le dio un vuelco el corazón ante tal petición. Mabel no lo sabía pero el era de los que protegían, no de los que hacían daño. Le sostuvo la cara con ambas manos y le susurró a milímetros de sus labios.

—Lo prometo. No te arrepentirás Mabel...

—No quiero oír promesas Jaime —Mabel se agarró a las manos que acariciaban sus mejillas —Sólo quiero hechos, no palabras.

—Hechos pues —Jaime asintió conforme.

Mabel cerró los ojos y ese fue el permiso que necesitó Jaime para besarla por primera vez. Apenas rozó sus labios y ya sintió como los de la chica temblaban bajo los suyos. Fue un beso breve, suave, acariciador y claramente insuficiente, pero rodeados de gente por todos los lados, era lo máximo que Jaime iba a permitir. La sostuvo un momento contra su pecho antes de tomarla de la mano e iniciar el camino hasta la entrada de la floristería.

—Vamos —Le dijo —Tu hijo nos espera.

Esa frase hizo que Mabel se le pusieran los pelos de punta porque nunca antes, ningún hombre había tenido en cuenta a Marcos. Con los labios hormigueando por el beso y la mano perdida en la de Jaime, Mabel sólo pidió que por favor, por favor esta vez fuese la de verdad.

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 24

*“En mi cielo al crepúsculo eres como una nube y tu color y forma son como yo los quiero.”*

*Pablo Neruda*

Carlos estaba sentado en el sofá del antiguo apartamento de Lola que ahora ocupaba Mel. No dudó en llevarla allí, su niña necesitaba una ducha y, muy a su pesar, en su casa ya no quedaba ninguna de sus pertenencias. El apartamento estaba impoluto, al parecer, Héctor había enviado a una empresa de limpieza en cuanto la policía le dio permiso para hacerlo. No le gustaba que Mel estuviese allí, imaginaba que le había costado mucho entrar de nuevo en el escenario de su agresión y se sentía fatal por haberla obligado a ello con su deplorable actitud. Nada podía hacer ya, había jugado muy mal sus cartas, había sido un arrogante, tal vez se le hubiese subido a la cabeza el papel de salvador de mujeres en apuros que, primero Helena y luego Lola, le habían adjudicado. ¡Eres un puto farsante! Se recriminó con amargura. Carlos no era de los que se regodeaban en sus derrotas, al revés, solía tomarlas como un reto y no cejaba en sus empeño volviendo a perseguir su meta. Esta vez no era diferente, la posibilidad de que Mel estuviese herida o tal vez fallecida le había parado el corazón y le había despejado la cabeza con la misma intensidad. No podía prescindir de Mel, estaba enamorado y decidido a compartir el resto de su vida con ella, pero no a cualquier precio. Había cometido un grave error, había protegido a Mel tomando decisiones por ella, era consciente de que desde el momento en el que ella había aceptado ser suya, prácticamente nunca más le había vuelto a preguntar si ésto o aquello le parecía bien. Si Mel estaba preocupada por su futuro, por su trabajo, pues Carlos le ponía un contrato bajo las narices. Como ella nunca había manifestado oposición a sus decisiones él había cogido más. Ahora entendía que había confundido la docilidad y la sencillez de la preciosa niña de sus ojos con una sumisión total y absoluta. Mel era dulce, era buena persona y había manifestado en reiteradas ocasiones que le gustaban las cosas sencillas, pero él lo había interpretado todo al revés y se había tomado como una afrenta personal el hecho de que ella buscara otro trabajo y que hubiese decidido viajar a Inglaterra sin su compañía. La había subestimado, Mel era su niña pero estaba muy lejos de ser una niña. Era toda una mujer madura envuelta en un halo de inocencia, era una mujer sensata muy capaz de decidir sobre su vida y lo suficientemente valiente para haber acudido junto a Lola a afrontar las

consecuencias de los deleznales actos de su hermano, para haber abordado con mucha pasión un trabajo muy por debajo de sus capacidades, para haberle pedido explicaciones por su deplorable comportamiento sin elevar ni una octava su tono de voz, para aceptar con serenidad su situación de peligro, a cualquier otro, la vigilancia constante de dos policías le hubiese crispado los nervios y, finalmente, era lo suficientemente valiente como para viajar a otro país en busca de respuestas aceptando la invitación de su recién encontrada tía Rose. Sí, Mel era capaz de llevar una vida independiente y él, habiéndola conocido en medio de un gran bache, no había sabido ver todo aquello. Carlos estaba enamorado de una verdadera mujer, no de una niña y sólo esperaba que aquel te quiero que tal vez hubieran pronunciado demasiado pronto no se esfumase con la distancia. Una dulce y temblorosa voz lo hizo volver la cabeza, su corazón dio un vuelco, allí estaba su niña, su mujer, fresca por la reciente ducha, con el pelo húmedo y envuelta en un liviano vestido negro, sin mangas y tan largo que apenas dejaba entrever los deditos de sus pies.

—¿Quieres tomar un café? —La voz de Mel era un tanto ronca pero el enfermero ya le había advertido que tardaría días en recuperar su tono de voz normal. Estaba nerviosa y no sabía cómo afrontar la presencia de Carlos en su sofá tras aquel beso largamente anhelado durante días.

Carlos negó con la cabeza y le tendió la mano invitándola a tomar asiento a su lado. Se sintió afortunado cuando dando un par de pasos Mel se la asió con confianza, entonces tiró con suavidad de ella hasta acomodarla a su lado.

El sofá era pequeño y la pierna de Mel rozaba el muslo de Carlos donde su mano seguía posada bajo el suave agarre de su todo, miró al suelo sin saber qué más decirle. “Gracias por traerme a casa” era algo absurdo “¿Qué tal te va?” era impensable porque le daba miedo que le respondiese que bien... ¡Qué difícil! Antes, con Carlos, las palabras salían sin esfuerzo, las conversaciones fluían y era muy sencillo hablar con él, en cambio ahora... Se sobresaltó cuando su todo la sostuvo por la barbilla obligándola a levantar el rostro.

—¿Te encuentras mejor tras la ducha? —El labio mordido de Mel había disparado su erección, su fresco aroma había acabado de encenderlo y trató de apagar su fuego con una conversación trivial. Aquellas frambuesas tentadoras eran su perdición.

Mel asintió perdida en el apacible océano de sus ojos.

—No sé cuántos años de vida me has quitado esta mañana... —Carlos supo que acababa de revelar mucho con esa sencilla frase al ver cómo Mel agrandaba

mucho los ojos por la sorpresa.

—Lo siento... siento que hayas tenido que ir a buscarme —Mel dudaba seriamente de que él quisiese decir de verdad lo que acababa de decir. Se habían separado, se habían distanciado, se suponía que...

—Iré a buscarte todas y cada una de las veces que sepa que me necesitas — Carlos afianzó el agarre de su barbilla para recalcar su última palabra —Siempre.

Mel cerró los ojos un instante para retener esa frase, claro que lo necesitaba, lo necesitaba para muchas más cosas pero no era justo pedirle tanto.

—He perdido el trabajo —constató.

—Lo sé. Lo siento mucho. La floristería era algo importante para ti, lo he comprendido algo tarde...

—No importa... ¿Puedo pedirte un favor? —Mel necesitaba hacer su viaje sin preocuparse por cómo su jefa afrontaba todo el papeleo que se le venía encima.

—Mel... —A Carlos le dolía el corazón por la duda “Dime lo que necesitas y te lo daré” quiso decirle, pero sabía que Mel no quería esa respuesta. Acarició su mejilla libre de golpes —Puede que mi palabra no valga mucho en estos momentos pero puedes pedirme lo que quieras, si está en mi mano....

Mel no quería que acabase la frase. No quería revelar sus deseos íntimos, lo que pedía no era para ella, no habría podido hacerlo. A ella le tocaba ahora ofrecer y para eso necesitaba sus respuestas, sólo esperaba que cuando las obtuviese no fuese demasiado tarde para ellos.

—Mabel es un desastre con los papeles... me ha llevado más de una semana poner al día su contabilidad... con todo este desastre que se le ha venido encima se va a hacer un lío con todas las gestiones administrativas... tú podrías.... ¿Podrías echarle una mano con todo el papeleo?

¡Mierda! No iba a pedir nada para ella. ¿Qué pensabas? Se reprochó irónico... Da gracias de que aún confíe en ti para algo.

—Dalo por hecho. Mañana mismo me pondré en contacto con ella —Le prometió Carlos pese a su apretada agenda. ¡Qué mas daba! Al ritmo al que estaba trabajando podría hacer el trabajo de tres abogados en un mes — ¿Necesitas algo más? —Era el último intento.

Que me abracés, que vuelvas a hacerme el amor, que me digas que todo va a salir bien... Mel negó con la cabeza y volvió a bajar la mirada. Nunca el dibujo geométrico de la alfombra le había parecido tan interesante.

—¿Quieres que me vaya ya?

No... el corazón de Mel gritó desesperado. No... Tal vez transcurriesen semanas hasta que se volviesen a ver... No... Se le puso un nudo en la garganta y sólo pudo negar con la cabeza sin dejar de mirar la alfombra.

Carlos tomó aire aliviado y roto de dolor al mismo tiempo. Necesitaba el recuerdo de una vez más y se arrodilló en la alfombra tomando sus manos. La vio levantar la cabeza alarmada y desconcertada a partes iguales y no le importó suplicar ¡Qué demonios! A la mierda con todo, quería estar dentro de Mel una vez más.

—No te asustes... Mel... sólo voy a pedirte una cosa...

“No me pidas que me quede” “Por favor no lo hagas” le rogó Mel mentalmente... no podría soportar que justo en esas últimas horas juntos volviese el indiferente egoísta.

—Te irás muy pronto, no voy a repetir mis errores... creo que he aprendido de ellos pero... cariño... no me gustaría que nuestro último recuerdo juntos antes de tu partida sea aquella pelea o esta horrorosa mañana...

Carlos estaba diciendo último recuerdo... Mel tembló por lo definitivo que había sonado aquella frase.

—Mi niña... No tengo derecho a pedirte nada y entenderé que me digas que no... Mel... ¿Puedo volver a amarte una vez más?

Sí... gritó el corazón de Mel... Sí... Mel agradeció que su mente no se inmiscuyese esta vez, sin embargo, meditó bien su respuesta y lo que quería transmitir con ella. Ojalá Carlos entendiese su mensaje.

El corazón de Carlos se detuvo durante los interminables segundos en que se demoró la respuesta de Mel, casi había perdido la esperanza de ver cumplido su deseo cuando la respuesta de su enana hizo renacer de sus cenizas la confianza en que tal vez fuese posible un futuro juntos.

—Sólo si tú también me permites amarte.

Mel vio como Carlos tragaba saliva antes de asentir. Acto seguido él la tomó en brazos y, con paso firme, traspasó el umbral de su dormitorio. Se sentó a los pies de la cama con ella en su regazo, durante unos minutos no hicieron otra cosa que mirarse, embebiéndose de los rasgos del otro, conscientes de que aquello era una despedida y, al mismo tiempo, prudentes respecto al futuro porque ninguno quería ni debía dar las cosas por sentadas. Carlos rompió el momento, tenía una potente erección que reclamaba alivio pero tenía la firme intención de ir despacio para que las curvas y los valles del cuerpo de Mel se grabasen en sus dedos y en su mente. Así que, sin besarla, la obligó a ponerse de

pie entre sus piernas mientras, tanteando su espalda, encontraba la cremallera del vestido y la hacía descender lentamente. Se quedó sin aliento cuando la ligera tela del vestido cayó arremolinada ocultando los pies de Mel y, revelando a su vez el pequeño cuerpo imperfecto de su niña cubierto únicamente por una sencilla braguita negra, sin encajes, ni adornos, como era ella, limpia, transparente, sencilla y suya, aunque el destino conspirase en su contra, aunque Mel decidiese no volver, era suya. Lo pilló desprevenido el gesto de Mel, con las pequeñas manos en sus caderas asíó la braguita y la hizo descender por sus piernas. Para no perder el equilibrio, apoyó su mano derecha en el antebrazo de Carlos y entonces su corazón dio un vuelco al descubrir un detalle que le había pasado desapercibido, en la muñeca de Mel brillaban las bolitas plateadas de la pulsera que él le había regalado. Tragó saliva cuando le sostuvo la mano y le dio la vuelta para comprobar que la plaquita seguía en su sitio. Sí el “Mía” seguía allí y verlo fue todo un chute de energía para su corazón. Sin soltarle esa mano, Carlos alzó la mirada y le retiró el pelo tras los hombros desnudos, los pendientes también brillaban en los lóbulos de sus pequeñas orejas. No sabía a qué Dios o Diosa debía agradecerle el significado de que aquellas joyas permaneciesen en lugar que le correspondían. Entonces la miró y la vio de nuevo, como la primera vez, como tantas veces, quietecita, esperando, mordiendo su mullida frambuesa inferior y supo que no se trataba de ninguna deidad, que era su niña la que merecía su gratitud. La mano ascendió a la nuca y atrajo las frambuesas a sus labios, sobre ellas, dulces y picantes susurró.

—Gracias... significa mucho para mí.

Al final eran los gestos, siempre eran los gestos, a veces las palabras estaban de más y Mel acababa de ser consciente de ello. Puede que él no hubiese entendido su frase, pero sin duda había comprendido lo que significaba que aquellas joyas siguiesen adornando su cuerpo. No respondió, se limitó a cerrar los ojos y a dejar que los labios de Carlos comenzasen el asalto a todos sus sentidos, fue dulce en sus primeros besos, fue cariñoso, apenas sus alientos tenían tiempo de rozarse pero era demasiado tiempo de abstinencia para dos cuerpos que aún necesitaban demostrarse mucho. Pronto las lenguas se encontraron y Mel se estrelló contra el muro del pecho de Carlos buscando un mayor contacto. No fue suficiente, Mel necesitaba piel y había encontrado ropa. Se apuró a deshacerse de la corbata de su todo mientras éste se afanaba por librarse de sus zapatos y calcetines. Mel no conseguía que sus dedos dejaran de temblar mientras desabrochaba uno a uno los botones de la preciosa camisa rayada, no llevaba ni la mitad cuando Carlos ya se había deshecho de pantalones y calzoncillos. Mel se detuvo y se mordió el labio indecisa, tal vez él quisiese terminar por ella. ¡Dios! Estaba preciosa, allí, de pie entre sus piernas desnudas, su erección libre casi tocaba ya el vértice del placer de su enana y ella, ella se mordía el labio de nuevo. Casi lo había tumbado de espaldas cuando sintió cómo sus manitas se afanaban en aflojar el nudo de su corbata, nunca antes Mel había dado, a él no le importaba, él tenía experiencia y para ella era todo nuevo, pero ahora, ¡Oh sí! ahora había sentido en su propia carne el placer de ser desnudado por las manos amadas y no, ni loco iba a renunciar a él, así que se echó hacia atrás apoyando las palmas de las manos en el colchón, su erección se alejó de su objetivo pero no le importó, simplemente la miró a los ojos y asintió animándola a terminar el trabajo que había empezado.

Así que era aquello lo que se sentía cuando una daba, Mel nunca hubiese imaginado que descubrir el cuerpo del amante podía proporcionar tanto placer como si estuviese sintiendo en su propia piel el suave roce de sus dedos al rozar el torso de Carlos mientras del desabotonaba la camisa. Sentir cómo su piel se erizaba, cómo los abdominales se tensaban ligeramente hacía que su propia respiración comenzase a agitarse inquieta por lo que estaba por venir. Una vez terminó, Carlos no parecía dispuesto a moverse de su posición y tuvo que ser ella la que, introduciendo las manos bajo la camisa, comenzase a hacerla descender con una caricia que la llevó a recorrer desde los hombros hasta las muñecas los fuertes brazos que la habían sostenido en tantas ocasiones. Allí se detuvo y se incorporó cuando, esta vez sí, su todo se desabotonó los puños y

arrojó la camisa al suelo. Mel no pudo apartar la mirada de aquellos dedos, de aquellas manos que le habían introducido en el mundo del placer, ahogó el mal pensamiento que acudió a su cabeza al imaginar esas manos acariciando otra piel. Se mordió con fuerza el labio inferior para impedir que tal ruego saliese de su boca. No, se dijo, no tengo derecho a exigir.

En los escasos segundos que había apartado la mirada del rostro de Mel, algún turbio pensamiento había abatido a su niña. Acabaría por hacerse sangre si continuaba mordiéndose el labio con tanta fuerza.

—Shh... —Le susurró mientras con su dedo liberaba la frambuesa torturada —Cariño... sólo siente... ven aquí Mel —La rodeó con sus brazos acercándola a él hasta que sus senos se aplastaron contra los rizos de su torso —No pienses en nada... quiero que disfrutemos de estas horas juntos...

Mel tenía toda la piel erizada desde el mismo instante en que sus cuerpos entraron en contacto. El ruego de Carlos le rompió un poquito más el corazón al recordarle que el tiempo era limitado, que no habría un mañana y que tal vez no lo hubiera nunca más. Quería entregarse entera, pero sólo podía ofrecerle una parte, tendría que bastar, Carlos nunca sabría que Mel le estaba dándole todo lo que tenía en ese momento. Una vez ella, encontrase el resto que le faltaba, se prometió que, fuese cual fuese la situación volvería para saber si él aún quería su regalo, si el destino lo quería así, la entrega de Mel sería entonces total, absoluta y definitiva. Cerró los ojos para esconder el miedo al rechazo.

Carlos la vio cerrar los ojos, Mel seguía pensando y, en aquel momento, él sólo conocía una manera de que los dos dejasen la mente en blanco. Esa manera no era otra que la de convertir toda la electricidad que había entre ellos en una gran descarga de placer. La sujetó con firmeza por la cintura antes de elevarla del suelo para rodar con ella hasta el centro de la cama. Adorarla era la mejor idea.

Mel abrió los ojos en cuanto su espalda tocó el colchón. El océano estaba allí, mirándola de nuevo con tanta ternura que se le puso un nudo en la garganta que protestaba contra las injusticias que habían desbaratado su orden. Por fortuna, Carlos no la dejó pensar e inició el asalto definitivo al tomar posesión de su boca, la suavidad, la ternura y los roces ligeros pronto dieron paso a la fiereza de la pasión que generaban sus lenguas enredadas. Los alientos se entremezclaron y las respiraciones se entrecortaron. Mel gimió y le pareció oír el gemido ansioso de Carlos cuando sus manos iniciaron un lento peregrinaje por su cuerpo anticipándole a sus labios el camino a seguir, y así fue, si las yemas acariciaban la curva de sus hombros, su lengua la repasaba después. En cuanto

los pulgares dejaron de atormentar los pezones tensos, la lengua los lamió, los bañó y los torturó hasta que Mel sintió cómo se desbordaba la humedad de su deseo. Elevó las caderas buscando alivio pero lo único que encontró fue la mano pionera que la recibió con la palma bien abierta, presionando primero para acariciar después elevando la excitación hasta dejarla al borde del precipicio.

Carlos sabía que Mel necesitaba caer, su cuerpo rogaba por una primera liberación y él podría habérsela dado con apenas un par de caricias más, pero no iba hacerlo. Quería llevar a Mel a un punto de tensión en el que la caída fuese única, memorable y la dejase exhausta e inservible para cualquier otro, en concreto, para cualquier otro inglés que prendiese arrebatarse lo que él consideraba suyo. No le importó rogar otra vez para conseguirlo, tal vez la excitación hubiese hecho que Mel olvidase su condición, pero él no la había hecho, él también quería ser amado, así que se tumbó a su lado y volvió a besarla, susurrando en sus frambuesas.

—Dijiste que tú también querías amarme Mel... cariño...

Mel se espabiló un tanto al escuchar las palabras de Carlos, recibir tanto placer le había hecho olvidar que esta vez quería que fuese diferente, esta vez ella quería dar pero no sabía por dónde empezar, se mordió el labio inferior que volvió a ser liberado por el pulgar de Carlos. Su todo había debido de percibir su dilema porque la guió con voz suave.

—Mi niña... pon tus manos en mi pecho... ellas sabrán lo que deben hacer.

Mel obedeció, el tacto de su pecho le era familiar y sus manos comenzaron a acariciar en círculos aquella zona mientras verificaba la reacción de Carlos, el océano ahora era oscuro pero brillante y un leve asentimiento de cabeza la animó a continuar. A ella le encantaba sentir sus labios en la piel, tal vez a él también le gustase y se agachó para depositar un dulce beso justo en el centro de su pecho, se demoró un instante y luego continuó depositando ligeros besos en toda la zona, Carlos se tensaba con cada contacto y para Mel, eso era buena señal, así que decidió que podía ser un poquito más osada y comenzó a intercalar entre sus besos ligeros lametones que arrancaron algún que otro gemido de su todo, cuando se dio cuenta, su lengua estaba rodeando el redondo ombligo de Carlos mientras sus manos ya habían descendido más allá de sus caderas.

Aquello era una puta tortura. Carlos estaba sudando tinta china para mantenerse quieto mientras Mel lo acariciaba con una lentitud desesperante y, a la vez, tremendamente excitante. Su enana se estaba acercado con sus manitas a su erección pero estaba tranquilo porque Mel era demasiado inexperta como para



atreverse con aquella zona. Cuando su lengua se introdujo en su ombligo, Carlos dio un respingo con la punzada de placer que le subió por toda la espalda e, instintivamente arqueó sus caderas. ¡Me cago en la puta! Pensó mientras ahogaba un gemido gutural. Se había atrevido, la pequeña e inocente niña de sus ojos acababa de sostener su erección para depositar un casto beso en el centro de su corona. ¡Joder! No podía dejarla dar tanto, habían sido muy pocas veces juntos... ¡Joder! Las caderas de Carlos se elevaban sin control y su erección no podía estar ya más plena, tenía que pararla, debía pararla ya....

Sosteniendo su miembro, Mel no se perdía ninguno de los gestos del rostro de Carlos, era puro placer y contención al mismo tiempo. Nunca lo había hecho pero quería intentarlo, quería darle más y aquella columna rígida, suave y almizclada que tenía entre sus manos era el centro del placer de Carlos así que comenzó a chupar, a lamer y a acariciar sin importarle su falta de experiencia.

Carlos no estaba en este mundo, su mente había comenzado un viaje y su cuerpo sólo se regía por el instinto primitivo de elevarse y empujar. Quería detenerse pero hacía tiempo que había superado el punto de no retorno. No quería hacerlo pero no podía pararlo, el orgasmo estaba llegando a una velocidad asombrosa y era cuestión de segundos que se derramase en las manos de Mel. No sabía si le gustaría o no, tenía que avisarla, tenía que apartarla.

—Mel... —Carlos gritó.

Mel levantó la cabeza al escuchar su nombre en mitad de un gemido gutural, Carlos estaba congestionado, las gotas de sudor caían por su rostro y se había incorporado apoyándose en sus codos mientras gemía con su liberación. Mel sintió la caliente humedad resbalar entre sus dedos, la visión del miembro de Carlos salpicando los esculpidos abdominales de su vientre la excitó. Se sintió poderosa, se sintió muy mujer y, sin soltar aún su miembro, extendió su mano para acariciar los labios entreabiertos que trataban de tomara todo el aire posible para recuperar el aliento.

Carlos capturó aquellos dedos que sabían ligeramente a hombre y clavó su mirada en Mel, estaba colorada, sus respiraciones eran cortas y rápidas y tenía los pezones arrugados y tiesos. Estaba excitada y su erección volvió a temblar claramente dispuesta a recuperar los días perdidos. Volvió a endurecerse en tiempo récord cuando vio lo que Mel iba a hacer. ¡No podía ser! Volvió a repetirse... Mel no podía hacerlo...

Mel, de rodillas en la cama, sintió cómo el miembro de Carlos volvía a palpitar en su mano, se estaba endureciendo de nuevo sin que ella hiciese nada,

miró su mano aún húmeda y quiso probar su sabor igual que él había probado el suyo semanas atrás. Entonces lo soltó e introdujo un dedo en la boca y lo chupó, era un sabor extraño, dulce y salado al mismo tiempo, se limpió un dedo y luego otro... Sólo se percató que Carlos se había incorporado cuando, de rodillas tras ella, la rodeó con sus brazos besándole un hombro. Mel se quedó muy quieta cuando una caricia ligera recorrió los contornos del feo golpe de su espalda que, muchas semanas después, seguía siendo un triste recordatorio de lo sucedido.

Carlos odiaba aquel golpe y todo lo que significaba. Odiaba haberlo perdido de vista tantas semanas, la mejora había sido escasa y le hubiese gustado poder borrarlo de su cuerpo. Mel acababa de convertirse en una diosa erótica para él. Nunca iba a olvidar lo que acababa de suceder, se había derramado como un adolescente en cuestión de minutos. Era increíble lo receptiva que era en la cama y era todo un sueño para cualquier hombre conseguir en tan poco tiempo la química que surgía entre sus cuerpos con cada roce. Debía halagarla pero no encontraba las palabras adecuadas y fue otra preocupación la que salió de su boca.

—Cariño... quiero que te cuides mucho... Mel... odio este golpe y todo lo que significa... ten mucho cuidado ... ojalá yo...

No quería hablar. Mel no quería ojalás... quería más amor, quería llevarse un poco más de Carlos. Alzó las manos llevándolas hasta los mechones rebeldes de su nuca y allí las entrelazó.

¡Joder! Soy un cabrón con suerte. En aquella postura, con las manos jugando con su pelo allí dónde siempre lo hacía, Mel tenía la espalda arqueada ofreciéndole aquellos pezones erguidos. Carlos seguía sosteniéndola por la cintura y, tras acariciar la curva de su vientre, inició un ascenso lento hasta que abarcó con sus manos los senos de su niña, los masajeó con movimientos circulares sintiendo como los pezones se le clavaban en la palma de su mano. La respiración de Mel era agitada, estaba excitada pero él quería más y al mismo tiempo que comenzó a atormentar aquellos botones tensos, su otra mano volvió a descender por su vientre hasta abarcar de nuevo el sexo de Mel. Estaba caliente, y deslizó el dedo corazón por todos sus labios esparciendo toda aquella humedad, y abriéndola ligeramente para masajear su clítoris con movimientos circulares. Satisfecho, vio como Mel apoyaba la cabeza en su pecho ofreciéndole la dulce curvatura de su cuello, no pudo rechazarla y, sin que sus manos dejaran de moverse, comenzó a besarle el cuello, un beso, un mordisco, un lametón acompañaron los gemidos erráticos que salía de la garganta de Mel. Carlos estaba a punto de cumplir su objetivo, quería que la preciosa niña de sus ojos se

corriera en sus manos igual que él se había corrido en las suyas.

No había zona erógena del cuerpo de Mel que no estuviese siendo estimulada sin descanso, las sensaciones y los pequeños temblores la asaltaban por los cuatro costados, desde la piel de gallina del cuello, hasta los dolorosamente tensos pezones sin olvidar por supuesto aquel dedo indagador que Mel quería dentro de ella. Agitó sus caderas contra aquella mano buscando mayor contacto pero no lo consiguió. Carlos había marcado un ritmo y no parecía dispuesto a negociar. Mel sintió la familiar espiral en su vértice, comenzó a enroscarse muy despacio, como si se tratase de un lejano torbellino, pronto el torbellino se fue acercando, la espiral fue creciendo, los escalofríos la invadieron y, cuando menos lo pensaba, Mel estalló apretando sus piernas contra aquella palma que ahora sí, por fin, había introducido su dedo en ella desencadenándolo todo. La inercia de su cuerpo hizo que se inclinase hacia delante mientras se corría, pero no pudo, Carlos la retuvo con firmeza contra su pecho mientras le sujetaba el mentón y comenzaba a besarla con voracidad, invadiendo su boca con la lengua sin dejar que Mel pudiese disfrutar de un cierto reposo tras el orgasmo ya que, lo cierto, era que volvía a sentir crecer el deseo enroscándose en su vientre. Se oyó gemir. No creía tener fuerzas para soportar otra dosis de placer pero no iba a negarle nada a su todo. Los brazos le dolían y fue consciente de que no los había movido ni un milímetro de la nuca de Carlos. Los bajó sintiendo cómo sus músculos se lo agradecían y los apoyó en las fuertes manos que rodeaban su vientre.

Carlos estaba ya preparado para introducirse en Mel y ella también lo estaba, así que, la arrastró consigo de vuelta al colchón y la tumbó de espaldas, hubiese querido tomarla por detrás, pero no estaba seguro de si aquella iba a ser su última vez y quería grabar a fuego en su mente el rostro sonrosado de Mel en plena explosión de placer. Su niña, tan dulce, lo miraba entre soñolienta y tensa por el deseo. Volvió a dejarlo sin palabras cuando abrió sus piernas inclinando ligeramente las rodillas ofreciéndose de nuevo por completo a él. ¡Cabrón afortunado! Volvió a decirse mientras guiaba su miembro hasta la entrada que lo esperaba jugosa, acarició sus labios con su erección y la introdujo unos milímetros en su niña, en su mujer. Entonces, la alarma saltó, al ver cómo su miembro desnudo comenzaba a perderse en el estrecho canal de Mel. ¡Mierda! ¡El puto condón! Dentro de la puta cartera en el puto bolsillo de su puta chaqueta olvidada en el puto sofá del puto salón. ¡Joder!... Todos su ser quería empujar, bombear y marcar para siempre. Su conciencia no le dejó. Nunca podría perdonarse si sus soldaditos acertaban a la primera en su objetivo, se moría por

vincularse de alguna manera a Mel, pero él era un hombre de palabra, había prometido protegerla y eso iba a hacer. Le dolió cada centímetro de su retirada y le dolió ver el gesto de Mel que, asustada, se había incorporado sobre sus codos. Su dulce niña... pensaba que estaba siendo rechazada ¡Qué equivocada estaba! En la caja fuerte oculta en su despacho descasaba la otra parte de su herencia que siempre había mantenido en secreto, allí estaba, en una oscura caja granate, dentro de un sobre con una carta escrita de puño y letra por el juez Garrido, el anillo que había permanecido en su familia durante cuatro generaciones y que se había saltado la quinta, la del viejo y solterón juez. En aquella carta le rogaba a su ahijado que no cometiera el mismo error que él, que amase las leyes, su trabajo, pero que, por encima de todo, amase a una mujer, que compartiese su vida con una buena mujer. Carlos extendió la mano para acariciar la mejilla de aquella mujer cuyos labios habían comenzado a temblar con las dudas.

—Cariño... tengo que protegerte... me encantaría que las circunstancias fuesen otras... pero debo protegerte.

Sin esperar respuesta se levantó y Mel contempló al mejor hombre que una mujer podía desear, su amante protector. Su todo. Habían estado a punto de cometer un fatal error de nuevo y, de nuevo había sido él el que había traído la cordura en medio de la pasión. Apenas tuvo tiempo de enfriarse porque Carlos ya estaba de vuelta y, sin apenas tocarla, ya estaba de nuevo en ella, dentro de ella y Mel lo acogió elevando las caderas para que la penetración fuese completa, para sentirlo profundo, para sentirlo tal vez por última vez. Apoyó de nuevo la cabeza en el colchón y ésta vez, la breve pausa provocó que la pasión se mezclase con un sentimiento extremo de amor y de pena por la incertidumbre. Ganó el amor, la pasión había sido saciada con el primer orgasmo y no hubo palabras, sólo los ojos de uno perdidos en los ojos del otro, el océano sereno y la dulce miel.

Carlos era consciente de que aquella experiencia carnal y sensorial iba a destrozarlo, Mel se ondulaba sensualmente con cada una de sus embestidas, pero al mismo tiempo la sabía al borde de las lágrimas. Su miembro había impuesto un ritmo suave pero constante, con el que controlar y retrasar lo máximo posible el estallido final y así fue, sin ser conscientes, se amaron unidos por su sexo y por sus ojos y sólo cuando sus cuerpos estuvieron empapados por el sudor y a punto de rendirse por el agotamiento, Carlos comenzó a derramarse ahogando su gemido mientras introducía su mano entre ellos para acariciar a Mel facilitando su estallido. No hizo falta, el empujón final de Carlos, contrajo los músculos de Mel y desencadenó su orgasmo, la cresta de la ola fue prolongada y suave para

ambos. Carlos apenas pudo besar a Mel mientras salía de ella y la envolvía en sus brazos porque el sueño que los había eludido a ambos durante días los venció de puro placer, de pura satisfacción por haberse amado y entregado.

Ya había comenzado a caer la tarde cuando Carlos se despertó. Miró a Mel, dormía plácidamente a su lado, la expresión de su cara era dulce y serena y entonces supo que esa era la imagen que había buscado para llevarse a su infierno. Supo que no harían más el amor y supo que no podía quedarse a su lado hasta medianoche porque, si Mel abría los ojos, iba a mandar todo al carajo, se la cargaría sobre un hombro, la llevaría a su casa, abriría la puta caja fuerte y le colocaría el anillo en su dedo borrando la idea de aquel viaje de su mente. Eso haría un jodido cabrón y, a pesar de que él no lo era, le dolió cada célula de su cuerpo cuando se levantó, con el corazón roto, para vestirse y abandonar a la preciosa niña de sus ojos. Antes de irse hizo dos cosas, la primera, rebuscó entre los cajones de la cocina hasta encontrar un bolígrafo y una libreta, arrancó un par de hojas y estuvo un buen rato escribiendo sin cesar, luego cogió la nota y su teléfono y volvió al dormitorio. Allí contempló a Mel durante unos minutos y, con un nudo en la garganta, abrió la cámara de su móvil e inmortalizó el rostro sonrosado de su amada para que lo acompañase durante su infierno. Luego colocó las hojas entre sus manos laxas y, acariciando por última vez las suaves ondas de su pelo, rozó las mullidas frambuesas con sus labios y le susurro al oído.

—Te quiero mi niña... Ojalá encuentres el camino de vuelta Mel, no te pierdas en él cariño...

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 25

*“Los científicos dicen que estamos hechos de átomos, pero a mi un pajarito me contó que estamos hechos de historias.”*

*Eduardo Galeano*

Rose Brewster, de soltera Rose Taylor, era una anciana, pero no era tonta, por el momento iba a seguir fingiendo estar dormida en su viejo sillón de cretona floreada. Cada tarde, justo después del almuerzo, salía a pasear con su querida sobrina nieta Mel, a veces simplemente iban calle arriba hasta llegar al pequeño puente que atravesaba el río y se volvían a casa, en otras ocasiones, cuando sus maltrechas rodillas se lo permitían, Mel y ella cruzaban el puente y recorrían el sendero que bordeaba el río admirando las fincas con los invernaderos y las vacas que pastaban perezosas en los páramos. En alguna otra ocasión habían acudido al centro del pueblo a tomar el té, pero a Rose no le agradaba el bullicio de la calle principal y siempre que se veía obligada a acudir allí, se sentía afortunada de que su amado Declan hubiese insistido en reformar para ellos aquella vieja casita de las afueras. Declan y los varones Taylor eran polos opuestos y pronto fue evidente que la convivencia en la casa familiar iba a ser insoportable, así que, sin dudar, pocos meses después de casarse, Rose y Declan se mudaron a un par de kilómetros de allí. Cuando no estaba embarcado, el capitán Brewster, solía emprender algún proyecto para restaurar una de las estancias de la vivienda, luego, en su ausencia, era Rose la encargada de adquirir cada una de las piezas con las que decorar el nuevo espacio y así, año tras año, Little Rose, como habían rebautizado a su hogar, tomó forma y adquirió la personalidad de sus propietarios, entre los dos le imprimieron un estilo único que aunaba la más arraigada tradición británica con la vanguardia de la época. Los Brewster habían sido muy felices allí, sólo les había faltado una cosa, por más que lo intentaron, no habían sido bendecidos con la dicha de un hijo. A su edad, a Rose aún se le empañaban los ojos por aquel pequeño fracaso, recordaba todas y cada una de las veces que en las que le había tenido que decir a Declan que no, que aquella vez tampoco estaba embarazada. A pesar de que su esposo siempre había tratado de animarla y de restarle importancia, Rose sabía que Declan se moría por un hijo, él era el último Brewster y siempre había soñado con tener herederos que perpetuasen el apellido. Declan, todo un caballero, no volvió a mencionar el tema de los hijos cuando se percató de que Rose sufría tanto o más que él por no poder darle hijos. Eran otros tiempos, ahora había clínicas donde se

hacía estudios de fertilidad y había más opciones, antes no, antes uno lo asumía y procuraba volcarse con los hijos de otros, en este caso, los sobrinos de Rose, el enésimo Vincent de la familia y la pequeña Violet. Declan y Rose habían intentado que el primero fuese un hombre bueno, fuerte e independiente, Vincent incluso había mostrado cierto interés por enrolarse en la marina e iniciar una carrera militar como su tío. No fue posible, en cuanto el hermano de Rose, tuvo noticia de las inquietudes de sus primogénito, le prohibió visitar a sus tíos y comenzó a ejercer una férrea labor de vigilancia y supervisión de su formación que dio como resultado una copia exacta del carácter soberbio, arrogante y avaro de su progenitor. Rose suspiró al recordar cómo Declan había jurado y perjurado contra su suegro y su cuñado. Al final, sólo Violet seguía visitándolos porque Vincent, como buen miembro de la rancia aristocracia rural de un par de siglos atrás, era un machista empedernido, él sólo deseaba una cosa para Violet, un buen casamiento, por eso le dio igual descuidar la educación de aquella muchachita que, desde bien temprano, había dado muestras de ser un espíritu libre. Rose estaba segura de que si el carácter de su cuñada fuese otro, Violet aún estaría entre ellos, en cambio, Jasmine había sido una mujer sumisa respecto a su marido, sin voz ni voto, su carácter se había apagado hasta el punto de que Rose dejó de reconocer a su compañera de juegos de la infancia. Con el tiempo había comprendido que su cuñada había sido lo que ahora se denominaba una mujer maltratada, tal vez Vincent nunca le hubiese levantado la mano, pero nadie podía negar que la había anulado apagándola poco a poco y, al final, Jasmine se apagó por completo cuando, una vez conocieron la muerte de Violet, su marido no cedió al ruego para que recuperasen a su nieta recién nacida. Habiendo sido desheredada por su padre desde el momento en que se hizo evidente que su huida a España no era una simple chiquillada, Vincent también había borrado a su hermana de su vida y, nada ni nadie había conseguido ablandar la piedra negra que debía de tener por corazón. Violet había nacido para algo más que para casarse, había nacido para el arte, en concreto para pintar. Rose sabía que su hermano había sido condescendiente al respecto porque, al fin y al cabo, las clases que Violet recibía eran costeadas por Declan, lo que él nunca pensó era que su hija no iba a someterse a sus deseos tal y cómo habían hecho, primero Jasmine y luego Vincent, su primogénito. Así, cuando Violet se acercaba a la mayoría de edad, Vincent comenzó a invitar a casa a ciertos miembros de lo que él consideraba candidatos aceptables para el matrimonio dentro de lo que era su rango social, comenzó a exigirle sumisión a Violet, comenzó a censurar su vestuario, su peinado, la música que escuchaba e incluso llegó a prohibirle

pintar, todo ello con la finalidad de que su hija contrajese matrimonio en los tiempos y plazos que él había previsto. Rose recordaba perfectamente la tarde en la que una inconsolable Violet había llegado a casa hecha un mar de lágrimas ante la negativa rotunda de su padre a permitirle viajar a Londres para completar sus estudios en una prestigiosa escuela de arte. Vincent vivía anclado en un pasado, en unas costumbres y en un modo de hacer las cosas que muy pocos comprendían ya. Los Taylor nunca habían sido miembros destacados de la nobleza, apenas un par de vizcondes y algún barón poblaban su árbol genealógico, sin embargo, él seguía aferrándose a aquel viejo discurso que decía que ellos, como miembros de la clase alta, debían dar ejemplo a sus vecinos obreros y campesinos. Rose tenía ganas de vomitar cada vez que escuchaba aquellos argumentos peregrinos y su marido... ¡Oh sí! En otros tiempos, Declan le hubiese arrojado el guante por su mezquindad, pero no lo había hecho, el capitán Brewster se había armado de paciencia, se había vestido poniéndose encima todos sus galones y condecoraciones y había solicitado a Vincent una reunión. Allí, en el viejo y ajado despacho de todos los Vincent Taylor de la familia, Declan le había hecho una propuesta a su cuñado y a su sobrino. Dado que Dios no les había bendecido con hijos, Declan les solicitó que le permitiesen encargarse de Violet, de su formación y de su estancia en Londres. El viejo Vincent, probablemente movido por los celos del prestigio que su cuñado había conseguido con su carrera militar, se negó en rotundo, secundado por su heredero quien, con aquel gesto, le demostraba a su progenitor que él sería su digno sucesor. Declan no desistió, Rose sabía que había rogado, se había humillado e incluso le había ofrecido a Vincent convertir a Violet en su heredera universal. No hubo nada que hacer, es más, Declan y Rose consiguieron justo lo contrario a lo que pretendían, Violet fue apartada de ellos al igual que, años atrás, lo había sido su hermano mayor. Los lienzos, los colores y los pinceles quedaron olvidados en la habitación para los niños que el matrimonio nunca había conseguido llenar con hijos propios y Violet, la dulce y libre Violet voló, no soportó la presión, las oscuras expectativas de futuro que su padre ponía ante sí y, con las escasas libras que consiguió reunir vendiendo alguna de sus obras, partió hacia España sin mirar atrás. Nunca más volvieron a verla. Fue la primera en dejar este mundo, luego murió Jasmine, la amiga de su infancia que se había convertido en su cuñada, su hermano apenas la sobrevivió un par de años y después, Declan, el amor de su vida, la dejó para siempre. Rose suspiró, se había reconciliado con su pasado al contarle a la pequeña Mel su historia, sin embargo, hacía días que Rose tenía un molesto zumbido en su cerebro que no era otra cosa



que su conciencia. Rose había omitido un detalle, no le había contado a Mel que, feliz por la visita de aquel Lord que le había informado de que su sobrina nieta los buscaba, había corrido a la casa familiar para comunicarle a su sobrino Vincent la gran noticia. Rose recordó el frío helador que se apoderó de su cuerpo cuando escuchó sus palabras, él no tenía ninguna hermana, por lo tanto, era del todo imposible que tuviese una sobrina. Vincent había acallado su protesta recordándole que Violet, con su huida, había perdido el derecho a formar parte de la familia, había sido repudiada y desheredada por su padre ciñéndose a la más estricta legalidad inglesa, es más, le había advertido a Rose que notificaría a sus abogados que fuesen implacables con cualquier reclamación económica que aquella española se atreviese a formular. Violet Taylor había dejado de existir para los Taylor. Aquella misma mañana, Rose había acallado aquel zumbido, justo antes de salir para el servicio religioso del domingo y, sabiendo que su sobrino no dejaría de ocupar su lugar preeminente en el primer banco de la iglesia, le había relatado el episodio a Mel, ésta se había encogido de hombros restándole importancia al desprecio por parte de su tío. “No importa tía Rose. Mi único objetivo al venir aquí era saber y, gracias a ti, lo estoy consiguiendo. Además, si ha sido capaz de darle la espalda a su propia hermana, no es la clase de persona que quiero tener en mi vida.” La respuesta había dejado sin palabras a Rose por su simpleza y practicidad. ¡Qué razón tenía la joven! Lamentarse porque alguien no quiere estar en nuestra vida era una total y absoluta pérdida de tiempo y una nunca era demasiado vieja para aprender una buena lección, así que, vestida con sus mejores galas, Rose disfrutó cómo nunca del sermón del pastor Owen mientras observaba el porte regio y altivo con el que su sobrino ocupaba su lugar en la iglesia. ¡Pobre diablo! Pensó, tantas horas dedicado a contar libra tras libra y tan poco tiempo para lo que de verdad importaba. Siguiendo el impagable ejemplo de Mel, Rose expulsó a Vincent de sus pensamientos y entreabrió los ojos para comprobar si Mel seguía recostada en el viejo y ajado sofá chester de cuero que era la joya de su pequeño salón. Sí, allí seguía, en apenas media hora se levantaría para servirle el té siguiendo a la perfección el protocolo británico, tal y como si lo hubiese hecho durante toda su vida cuando, en realidad, apenas llevaba quince días en el país. En la última semana el tiempo había empeorado, lo cual las obligaba a acortar sus paseos y habían adoptado la costumbre de sentarse un ratito en el salón a charlar. Mel solía leer y releer un par de hojas corrientes que llevaba en el bolsillo de su chaqueta rosa de punto, las sacaba en cuanto pensaba que Rose se había quedado traspuesta en el sillón. Pero no era así, Rose llevaba días fingiendo dormirse y,

de tanto en tanto, observaba el rostro de Mel mientras leía lo que ella creía que era una carta, probablemente, a juzgar por cómo a su sobrina le brillaban los ojos, se trataba de una carta de amor. Mel le recordaba a ella misma cuando leía una y otra vez las cartas que Declan le enviaba desde países remotos. A pesar de que ya no era capaz de leerlas, porque le resultaba muy doloroso tomar conciencia de que su amor no estaba a su lado, aún conservaba todas y cada una de ellas dentro de una vieja lata de pastas para el té. Rose se moría por saber qué hombre había escrito aquella carta y qué demonios le había hecho a su dulce sobrina para que ésta se sumiese en un estado melancólico cada vez que su mente estaba libre de ocupaciones. En otra época Rose hubiese considerado toda una descortesía preguntarle a Mel por aquella misiva, sin embargo, una llegaba a una edad en la que podía permitirse ciertas licencias para con los jóvenes, eso sí, Rose nunca iba a cruzar la delgada línea que separaba el verdadero interés por aconsejar a la hija de su sobrina Violet, de la vulgar grosería propia del cotilleo puro y duro. Tal vez después del té fuese el momento de poner las cartas sobre la mesa, sí, Rose contaba con que las deliciosas pastas de mantequilla que habían preparado hace dos días le aportasen la energía suficiente para afrontar aquella conversación.

Su tío Vincent era del tipo de hombres horrorosamente altaneros y arrogantes, de aquellos que se creían muy por encima del resto de los mortales, esa era la conclusión a la que había llegado Mel tras haberlo observado en la Iglesia aquella misma mañana. Le producía una sensación extraña el pensar en que aquel hombre había sido el compañero de juegos de Violet, su madre. Madre, aún temblaba al recordar la primera vez que Rose le había mostrado todas aquellas viejas fotos anudadas con una cinta de raso azul muy descolorida. El corazón le había latido a toda la velocidad al sostener entre sus manos un retrato de Violet realizado pocos meses antes de su huida, porque Mel ya sabía que su madre se había visto obligada a huir de un padre que había trazado su destino con una precisión milimétrica. Violet y Mel tenían un cierto parecido pero, sin duda, eran los labios de ambas los que no dejaban duda acerca del parentesco. A través de las historias que Rose había ido desgranando durante los días que levaba en Inglaterra, Mel también había sido consciente de que no había heredado el carácter de su madre, ese espíritu libre del que Rose solía hablar no le era familiar, Mel siempre había sido una niña obediente y consciente de sus obligaciones, carecía de la valentía que había que tenido Violet para dejarlo todo sin mirar atrás. Mel seguía mirando atrás, la carta de Carlos estaba ya muy manoseada pero Mel la leía una y otra vez tratando de interpretar el sentido de

las palabras de su todo porque no tenía claro si aquel último encuentro había sido una despedida con punto y final.

*“Cuando leas esta carta ya me habré ido. Me parte el corazón dejarte así, no puedo dejar de mirarte mientras duermes porque, aunque nunca te lo has creído del todo, tú eres la preciosa niña de mis ojos. El orgullo ha podido conmigo, me he creído el papel de salvador que otros me han adjudicado. He hecho tantas cosas mal que no sé por cuál de ellas empezar, tal vez por aquella vez que, en vez de arrojarte en la decisión de trabajar con Mabel, corrí a descargar mi frustración en el gimnasio, obviando al mismo tiempo todas aquellas señales que el destino te enviaba en forma de los objetos personales de tu abuelo que no dejaban de aparecer a tu alrededor. Nunca más fuiste la misma, como si la vida no se hubiese ocupado de romperte lo suficiente, yo me declaro culpable de romperte una vez más. He sido muy injusto contigo, te elegí, te quería para mí y pasé por encima de todo para conseguirlo, incluso pasé por encima de una de tus necesidades más inmediatas, conocer tus orígenes, tu familia. Actué como un niño mimado destrozando la fiesta en tu honor. Mel, no sólo mereces esa fiesta, mereces todo lo que la vida te ha negado y yo no quiero ser quien te niegue más cosas, más experiencias, más oportunidades. En ocasiones eres una niña dulce e inocente y yo he sido tan torpe como para quedarme sólo con eso y no ver que, al mismo tiempo, eres toda una mujer de principios, decidida y valiente. Cualquiera hombre se sentiría orgulloso de tenerte a su lado y yo no he sabido valorarlo. Tienes un camino que seguir Mel, te animo a hacerlo, te animo a perseguir tu sueño cogiendo todo lo que la puñetera vida te ha negado. Has sido tan generosa conmigo, me has dado mucho en poco tiempo y creo haber aprendido la lección. Amarte esta tarde cuando habría podido perderte en ese jodido incendio ha sido increíble, una imagen que llevaré conmigo siempre. Mel, mi niña, aún llevas mi pulsera con tu respuesta y, a través de esta carta yo te respondo a ti.*

*Tuyo.*

*Te quiero.*

*Carlos.”*

Mel tragó saliva de nuevo. Se odiaba por su torpeza social. Estaba segura de que cualquier otra chica de su edad habría comprendido el mensaje de Carlos, en cambio ella no hacía más de dudar entre aquel “tuyo” final y el “te animo a seguir tu camino” porque era evidente que su camino estaba ahora a cientos de kilómetros de él y, siendo así, era evidente también que él daba por finiquitada la

relación con independencia de los sentimientos. Mel sólo estaba segura de una cosa, Carlos la quería, se lo decía expresamente en la carta y además ella lo había sentido en cada poro de su piel cuando se habían amado aquella última noche. A pesar de ello, Carlos la dejaba libre para emprender su camino, cualquiera que fuese ese camino que ella debía emprender y que, por más que le daba vueltas, no conseguía encontrar. Mel había llorado cada noche desde entonces, las dos que pasó en Madrid más todas las que llevaba en Inglaterra y sólo había una cosa que la reconfortaba, se la guardaba para sí porque tal vez la tía Rose la tomase por loca si le contaba lo que solía hacer cuando las lágrimas la ahogaban con tanta fuerza que le impedían respirar. Mel volvió a doblar la carta y la introdujo de nuevo en el bolsillo de la chaqueta que se había convertido en su preferida para el fresco verano británico. Era la hora, Rose pronto despertaría de su pequeña siesta y querría tomar su taza de té. Mel suspiró y se levantó del sofá dirigiéndose a la cocina feliz por tener algo en lo que ocupar su mente durante unas horas.

Cinco días más tarde, Rose estaba un tanto irritada por la molesta irrupción del sobrino del pastor Owen en su recién estrenada rutina con su sobrina nieta y no era porque no fuese un buen muchacho, no, Patrick era un hombre culto, ingeniero de profesión y con un buen futuro en Londres, además era guapo, muy inglés pero guapo, alto, rubio y de ojos azules camuflados tras los cristales de unas gafas de pasta que no dejaba de empujar sobre su nariz cuando mantenía una conversación. No, Rose estaba molesta porque desde aquel día que tenía previsto hablar con Mel sobre aquellos dichosos papeles, el pastor y su sobrino se habían presentado a la hora del té, y, por supuesto, no les había quedado otra que invitarlos a sentarse en su saloncito. La conversación había quedado pospuesta y la consecuencia era que Patrick había caído rendido a los encantos de Mel y Rose había tenido que empezar a ceder alguna de sus tardes con su sobrina. Dos días atrás había sido la presentación del libro de un amigo de Patrick en la biblioteca municipal y hoy, Mel había aceptado la invitación del ingeniero a cenar en el pub para luego disfrutar del concierto de un grupo venido de Irlanda. Rose estaba casi segura de que Mel había aceptado aquellas invitaciones por no mostrarse descortés con el chico porque, de hecho, aquella carta seguía viviendo en el bolsillo de su chaqueta y, cada tarde, cuando ella fingía dormir, salía de su escondite para hacer brillar los ojos de su sobrina. Rose miró su reloj, eran casi las once de la noche y estaba realmente decidida a mantenerse despierta hasta que Mel regresase a casa. Sería esta noche y no otra cuando Mel descubriría que la vieja tía Rose estaba al tanto de sus visitas

nocturnas al cuarto de la pintura, así había rebautizado Declan el cuarto para sus hijos no nacidos. Eran las once y media cuando el sonido de la cerradura la espabiló y la puso alerta, como era previsible el octavo escalón crujió a pesar de que su sobrina habría dejado aquellos bonitos tacones en el piso inferior. Rose esperó, pero ni el sonido del baño ni la puerta contigua de su dormitorio le indicaron que Mel andaba por allí. Entonces lo supo, Mel había vuelto a refugiarse en el cuarto de las pinturas. Rose apartó el edredón, se calzó sus zapatillas y, sin molestarse en ponerse una bata o un chal se dirigió con paso lento pero seguro a una de sus últimas misiones en esta vida. Rose no había podido ayudar a Violet, pero esta vez, nada ni nadie iba a impedirle sanar la melancolía de su ya amada sobrina Mel.

Tan desgarrada por el llanto estaba, que Mel tuvo que frotarse las mejillas con fuerza más de una vez para comprobar que la fantasmagórica figura blanca que la observaba fijamente desde el umbral se trataba, en realidad, de su anciana tía Rose. Mel aún se admiraba del porte aristocrático de su tía, tan sólo era unos centímetros más alta que ella, pero caminaba con la espalda tan derecha que parecía sacarle más de una cabeza. Admiró embobada la hermosura de su largo cabello blanco del que la luna llena que entraba por la ventana sacaba reflejos que parecían ríos de plata, nunca antes la había visto sin su elaborado moño, ni tampoco la había visto así, con un camisón que parecía sacado de la época victoriana. Sin sus faldas grises y blusas blancas, la tía Rose parecía muy mayor, muy delgada y muy débil y Mel tomó conciencia de que no podía perder el tiempo, tenía que disfrutar cada minuto en su compañía porque, ojalá se equivocase, pero tal vez no le quedase demasiado tiempo a su lado. La luz que entraba por la ventana no le permitía distinguir los ojos azules de la tía Rose, no sabía si eran dulces y amables como lo habían sido desde el primer día o si tal vez, la miraban molesta y con severidad, como habían hecho cada vez que Patrick aparecía por el jardín. Mel odiaría haber perturbado su descanso, además, la noche del primer día de agosto era fresca a pesar de que se suponía que ya estaban disfrutando del verano.

—Tía Rose... siento mucho haberte despertado... te acompañaré a tu dormitorio.

Rose tomó aire para despejarse porque si bien su sobrina no se parecía mucho a Violet, aquel llanto desgarrador la había retrotraído a aquella tarde en la que todo se había ido al traste, pudiera ser que Mel no tuviese el carácter de su madre pero era evidente que ambas lloraban con idéntica amargura.

—No digas bobadas, hace horas que estoy despierta. Te he estado

esperando para hablar. Sé buena y dame tu brazo. Voy a sentarme en esa vieja mecedora que el bueno de Declan hizo para mí.

Mel se apresuró a obedecer y sosteniendo aquel brazo huesudo ayudó a Rose a sentarse. Se sentía culpable de que la anciana la hubiese estado esperando despierta hasta aquella hora y, temiendo que se enfriase, la tapó con un ligero chal verde agua que estaba doblado en el respaldo de la mecedora. Como aquel era el único asiento de la habitación Mel se sentó en el suelo los pies de su tía deseando conocer el motivo por el que Rose quería hablar con ella.

Cuando Rose vio a su sobrina sentada a sus pies aguardando por sus palabras el corazón se le encogió, extendió su mano temblorosa y le acarició el cabello. Hacía mucho tiempo que sus ya viejas y torpes manos no acariciaban. Tomó aire y, contemplando por la ventana el cielo estrellado, le habló a su marido. “Por fin, señor Brewster, por fin el destino nos ha enviado una hija. La hubieses adorado Declan, es toda una mujer, sensata, sencilla, tremendamente valiente y tiene el corazón roto. Sólo espero que ese español por el cual llora cada día sea un verdadero caballero.”

—Mel... resulta toda una paradoja que cada noche vengas a llorar a la habitación en la que tu madre fue tan feliz.

La luz de la luna y las sombras de la habitación creaban un ambiente mágico a su alrededor y Mel, sorprendida, contempló el rostro plateado de la anciana.

—Lo sabías...

—Querida, los ancianos dormimos muy poco, sabemos que la vida se nos escapa y no queremos desperdiciar el tiempo durmiendo...

A Mel se le puso un nudo en la garganta y, por primera vez desde su adolescencia, se comportó como una niña pequeña. Apoyó su cabeza en el regazo de Rose y se abrazó con fuerza a sus delgadas piernas.

—No digas eso... yo no quiero que te vayas... Tía Rose... te necesito... te necesito más tiempo.

—Bueno Mel... —Rose sonrió mientras jugaba con los mechones del pelo de su sobrina —Por suerte, los Taylor gozamos de una salud de hierro y yo no tengo intención de irme a ningún lado, no lo haré mientras no sepa que dejó a mi querida sobrina recién encontrada en buenas manos.

Mel se mordió el labio indecisa, puede que la tía Rose esperase que ella se trasladase a vivir a Rochester pero eso, eso Mel no lo tenía nada claro, sólo había una cosa que la haría abandonar definitivamente España y, ni de lejos Mel estaba

preparada para pensar en Carlos unido a otra mujer. Se vio en la obligación de advertir a Rose sobre sus expectativas.

—Tía Rose... yo no sé si podré vivir aquí contigo... hay cosas que no sabes...

—Querida... no seas boba... y ya es la segunda vez que te lo digo esta noche... ¡Por supuesto que no vas a quedarte a vivir aquí soportando a esta vieja chocha!

—Tú no eres ninguna vieja chocha... —protestó Mel cruzando los brazos sobre el regazo de Rose y apoyando la barbilla en ellos mientras la miraba con el ceño fruncido.

—Tal vez, pero aunque hace mucho tiempo que dejé de ser joven, aún puedo reconocer a las leguas un corazón roto, sobre todo si es un corazón de la sangre de mi sangre. Dime Mel... ¿Quién es él? ¿Qué ha escrito en esa carta que no dejas de leer? Y por favor dime que tus lágrimas no tienen nada que ver con ese sobrino del señor Owen que anda medio enamorado de ti.

Vaya vaya... con las tías ancianas que fingen dormir la siesta mientras una da rienda libre a sus emociones y vaya vaya... con las tías ancianas suspicaces que querían estar al tanto de las citas de sus sobrinas... No tenía sentido fingir, en otro momento tal vez Patrick hubiese tenido alguna oportunidad. Durante sus dos citas, Mel le había dejado claro que sólo estaba interesada en una amistad, nada más, sin embargo, el obtuso ingeniero no se había dado por aludido y, al despedirse con un beso en la mejilla cuando la acompañaba a través del jardín, se había acercado demasiado a sus labios. Patrick no tenía los labios que Mel anisaba besar ni tampoco el azul de sus ojos era el azul del océano de su todo. Negó con la cabeza mientras el respondía a Rose.

—No. No lloraba por Patrick. Él ha insistido y es un buen chico pero yo le he dejado claro que no puedo darle lo que necesita.

—¿Y qué tal se lo ha tomado?

—Bueno... primero me ha preguntado si había otro hombre...

Rose bufó... Tan listo para ser ingeniero y tan tonto para no ver que Mel estaba enamorada de otro hombre.

—Por supuesto que hay otro hombre... será bobo... ¿Qué más te ha dicho?

—Bueno... —Mel se sentía bien hablando con Rose aunque ésta le estuviese sometiendo a un tercer grado digno del agente Jaime Velasco. Eso era lo que siempre había echado en falta, una guía una madre. Su abuela Silvia la había criado pero había obviado el tema de los sentimientos, de eso, ni se

hablaba ni se mostraba. ¡Qué diferencia con Rose! La tía Rose sólo había hablado de sensaciones, de sentimientos desde la primera vez que Mel había puesto los pies en su hogar —Ha dicho que si yo quisiera, él podría hacerme olvidar a cualquier hombre...

—Habrás visto semejante arrogancia y tamaña estupidez... cualquiera diría que un ingeniero es un tipo avisado... ¿Qué le has dicho?

Mel soltó una risita nerviosa al escuchar las palabras de Rose, tenía que reconocer que la situación tenía su gracia... como si una pudiera dejar de amar así como así...

—Le he dicho que ni era el momento adecuado ni yo era la mujer adecuada y que, si no era capaz de asumir que sólo seríamos amigos, tal vez fuese mejor que dejásemos de vernos.

—Buena respuesta —Rose alabó la exquisita delicadeza con la que Mel había tratado a aquel patán —¿Entonces?

—Entonces me ha dicho que en un par de días regresará a Londres y que, si tenía tiempo, pasaría a despedirse.

—Si tenía tiempo... Me parece a mí que al pastor Owen le van a pitar los oídos cuando le hable sobre la falta de cortesía de ciertos sobrinos ...

—Oh no... tía Rose... no le digas nada... por favor... en el fondo es un buen chico... pero yo...

—Tú estás perdidamente enamorada de un español y yo quiero conocer toda la historia —Rose se arrebujó bajo su chal —Tal vez quieras empezar por el principio, tenemos toda la noche.

Y Mel así lo hizo.

—Decidí acudir a la peluquería de Lola, mi ex cuñada, para disculparme por la actitud de mi hermano. Nunca te he hablado de él pero has de saber que no es una buena persona...

A Mel le dolía la garganta cuando terminó de contar su historia, miró su reloj, había hablado durante algo más de una hora. Rose apenas la había interrumpido media docena de veces pidiéndole alguna aclaración. Sólo quedaba la parte más difícil, tal vez la anciana sí supiese cómo interpretar las palabras de Carlos, así que, rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y le tendió la carta.

Rose dudo unos segundos antes de tomarla entre sus manos pero finalmente asintió.

—Querida... me honra que me hagas partícipe de esta carta tan importante para ti. Es evidente que no puedo leerla, no entiendo el español, sin embargo, tal



vez quieras leérmela en voz alta.

Mel tragó saliva, iba a ser difícil leer la carta para Rose y no emocionarse. Sin embargo, si quería saber la opinión de su tía, no le quedaba otra opción.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 26

*“Tengo la solución del misterio, se me ocurrió anoche, de repente, como una revelación. ¡Qué simple, qué terriblemente simple!”*

*Ambrose Bierce*

Mel se enjugó las lágrimas y aguardó expectante el veredicto de Rose. Había tenido que detenerse en un par de ocasiones para tomar aire y deshacer el nudo que tenía en la garganta, pero lo había conseguido y aquel te quiero final aún resonaba en el silencio de la habitación.

Rose se tomó su tiempo para reflexionar. Tras escuchar la historia de su sobrina pensó en lo injusta que era la vida para algunas personas. Violet no lo había tenido fácil pero, por lo menos le quedaba el consuelo de que había vivido una infancia y una adolescencia relativamente feliz. Por el contrario, la vida de Mel se había torcido desde el mismo momento de su nacimiento y, aquella pequeña había ido superando retos de uno en uno a medida que iba creciendo, sin embargo, a pesar de que era indudable que contaba con la fortaleza de los Taylor, pocas personas habrían sabido gestionar la situación cuando los golpes venían todos juntos. Enterarse de que su hermano era un delincuente maltratador que estaba encarcelado, comprender que le había mentado sobre su ex cuñada, una de las figuras femeninas que la chica tenía como referencia, tomar conciencia de que toda su herencia había desaparecido y Rose no hablaba solamente del dinero, no, ella no concebía que los objetos personales de la familia estuviesen desperdigados por medio Madrid y que aquel impresentable hubiese comerciado con ellos. Luego estaba todo aquello de la deuda, había que ser rastro para poner en peligro la vida de una hermana, se había horrorizado cuando Mel le habló de la paliza y de sus secuelas. Lo único que la consolaba eran aquellas figuras que habían aparecido en la vida de su sobrina para comenzar a enderezar las cosas, aquellas dos muchachas, Rose no podía recordar su nombre, y el abogado, Carlos, ese que firmaba su carta con un “Tuyo” y un “Te quiero” tras reconocer toda una serie de errores, por otro lado, propios de un hombre perdidamente enamorado de una mujer que corría un peligro real. ¡Por Dios! Si hasta había necesitado llevar escolta... A través del relato de Mel, Rose pudo reconocer en Carlos un alma buena, un caballero y eso, eso siempre era un buen punto de partida. Estaba claro que sus últimas actuaciones habían lastimado al alma ya herida de Mel y habían sembrado la semilla de la duda. Mel no sería capaz de asumir que volviese a sucederle lo mismo, que aquel hombre que se

había convertido en un amante protector traicionase la confianza que su sobrina había depositado en él. Convino en que era del todo imprescindible que Mel decidiese por sí misma si aquel hombre era el hombre de su vida y Rose estaba dispuesta a guiarla en la toma de esa decisión.

—Bueno, que te quiere parece fuera de toda duda —constató Rose.

—Eso lo sé —Mel no quería ser demasiado explícita pero la forma en la que los dos se habían amado la última vez estaba muy lejos de ser una simple experiencia carnal, pero a veces, amarse no era suficiente.

—También tengo la sensación de que es un hombre como los de antes, una especie de caballero protector de los que ya, por desgracia, no abundan.

—Lo es —Volvió a reconocer Mel —Se supone que hoy en día una mujer es capaz de sacarse ella sola todas las castañas del fuego, sin embargo yo....

—Bobadas... —La interrumpió Rose —aquí no estamos hablando de feminismo, estamos hablando de otra cosa, de compañerismo. De alguien con el que compartir todos y cada uno de los aspectos de tu vida. Todos podemos valernos por nosotros mismos, sin embargo, hay personas a las que les gusta proteger y hay otras que se sienten más cómodas en el papel de protegido... yo he sido una mezcla de las dos. Cuando Declan navegaba, tenía que resolverlo todo yo sola, debía tomar todas las decisiones, desde la más trascendente hasta la más mínima bobada, sin embargo, cuando Declan volvía, yo adoraba cederle el mando de la mayoría de las cosas y, Mel, has de creerme, fuimos un matrimonio feliz.

Mel asintió conforme y Rose continuó hablando.

—Bien, el muchacho pues, es un hombre protector, creo que te ha dado suficientes muestras de ello... ¿Es así Mel?

—Ya lo has oído. No se separó de mi lado en el hospital, lo hizo todo y más....

—De hecho se comportó como un buen marido lo hubiese hecho. Me atrevería a decir que incluso mejor que la mayoría que conozco.

Mel asintió y Rose, conforme, prosiguió con sus impresiones.

—Claro que también ha metido la pata alguna que otra vez, no ha sabido escucharte cuando lo necesitabas, no ha tenido en cuenta tus inquietudes y ha intentado imponer su voluntad sobre tus deseos, en definitiva, no te ha entendido.

—Sí —Reconoció Mel —Sin embargo, nunca se ha alejado demasiado de mí.

Rose sonrió para sí, allí estaba la clave.

—Por supuesto que no querida... nunca podría hacerlo, un amante protector nunca te pierde de vista. Mel, cuando un hombre te quiere de verdad, cuando te quiere para él, suele pensar en clave futuro...

—Me asusté horriblemente cuando me aseguró que un día formaríamos nuestra propia familia... —Recordó Mel —Le dije que no estaba preparada, que era demasiado joven, insistí en que antes de pensar en eso tenía que saber muchas cosas...

—¿Qué cosas?

—Tía Rose... necesitaba saber quién soy realmente, quién es mi familia, de dónde vengo... Todo había desaparecido, mis padres, mis abuelos, mi hermano... No sabía...

—Bueno... ahora ya sabes quién eres. Eres una Taylor, puede que no lleves el apellido y que ni tu tío Vincent ni tus primos te reconozcan como tal, pero no te quepa duda, perteneces a la familia Taylor, en concreto, me perteneces a mí. No estás sola, yo te quiero... y yo, aunque ahora sea una Brewster, soy tu familia.

No podía ser tan simple. Mel rompió a llorar... pero era cierto, ella sentía que pertenecía a Rose, la reconocía como parte de sí y le gustaba. No quería saber nada de Vincent ni de sus hijos pero Rose... la tía Rose era suya, era su familia, en ella estaba su origen, sus verdaderas raíces. Nunca más tendría que responder no sé a la voz del sueño. Ya lo sabía, era una Taylor, una Brewster, le daba igual, era de Rose. Mel era de Rose y Rose era suya.

—No llores más Mel... harás que llore yo también y no me apetece llorar cuando soy feliz por tenerte aquí.

—Yo también te quiero tía Rose.

Rose acarició el cabello de su sobrina.

—Lo sé querida —Rose consintió que Mel se desahogase unos minutos más antes de volver a la conversación —Dime Mel... hablabas de tus incógnitas, ya hemos despejado una ¿Cuál es la siguiente?

—No quiero que nada de mi hermano vuelva a tocarme.... No quiero ni a Vincent ni a Juan en mi vida...

—Bueno —Rose hizo un gesto de desdén con la mano —De Vincent no tienes ni que preocuparte... él tampoco querrá saber nada de ti. Lo único que debes saber es que te respaldaré si decides reclamar tu herencia a los Taylor. No va a ser fácil, parece que mi hermano dejó todo bien atado pero si tú...

—No —Mel negó rotundamente acompañando sus palabras con un

vehemente gesto de su cabeza —No quiero, no quiero nada de ese hombre que fue capaz de darle la espalda a su propia hermana, al igual que no quiero nada de Juan, que ha hecho aún algo peor. Yo labraré mi propio futuro.

—Bien dicho Mel. Estoy orgullosa de ti —Rose no iba a contarle a Mel que, aprovechado una de las salidas de su sobrina con Patrick, había citado para tomar el té al notario de la familia y le había dado instrucciones claras y precisas para modificar su testamento. Rose ya tenía un quebradero de cabeza menos al saber que sería Mel su heredera universal y que los hijos de Vincent no iban a recibir ni una libra fruto del esfuerzo de Declan, ni de su parte de la herencia de los Taylor. Ella ya no estaría presente, pero se regocijaba al imaginar sus caras cuando el albacea diese lectura a sus últimas voluntades —Dime querida... ¿Has pensado algo respecto a tu futuro?

—Sí. Venir aquí me ha servido también para despejar otra de mis incógnitas... pero necesito tu ayuda...

—Lo que esté en mi mano... cuéntame tus planes.

—Si decido volver a Madrid...

—Mel... volverás a Madrid, perteneces a este lugar, pero tu sitio no está aquí.

—Bueno... —Mel aún no estaba preparada para reconocer eso —El caso es que, desde el incendio de la floristería de Mabel, me ronda una idea en la cabeza. Quiero dedicarme al mundo de las flores de verdad, he descubierto mi vocación. Tal vez Mabel me acepte como socia o tal vez no... en cualquier caso... Tía Rose... ¿Podrías enseñarme todo lo que tú sabes sobre las flores?

Rose no se asombró demasiado por la petición, los Taylor llevaban la botánica en las venas desde hacía generaciones, unos habían sido científicos, otros grandes cultivadores y, por ejemplo, Violet, de habersele permitido, se hubiese convertido en una gran artista. Tras muchos años guardados en el fondo del baúl, aquella vieja carpeta con los lienzos de Violet, pronto vería la luz. Mel quería dedicarse a la parte comercial, al cliente final. A Rose le parecía bien, su sobrina se había preparado para gestionar una empresa, sólo le faltaba introducirse un poco más en el mundo de las flores y Rose era la persona indicada para hacerlo. Le producía una extraordinaria satisfacción saber que todos sus conocimientos no iban a morir con ella. Mel la había hecho muy feliz al darle la posibilidad de hacer algo útil al final de su vida, de repente, había vuelto a sentir la adrenalina correr por sus venas. Su vida ya no estaba vacía de objetivos, tenía una misión, tenía una persona que contaba con ella y Rose tenía

la firme intención de que Mel se convirtiese en la mejor florista de Madrid. Sin embargo, una pequeña alarma se encendió en su cabeza.

—Cuenta con ello. Me siento honrada y afortunada de poder transmitirte el legado de los Taylor que no es otro que el conocimiento que hemos acumulado durante generaciones. Sin embargo, querida... ¿De cuánto tiempo disponemos?

Mel se mordió el labio. ¿Una semana... dos... tal vez tres...? En apenas unos días sería su cumpleaños, recordaba a la perfección que Carlos había planeado algo para ella y estaba segura de que iba a notar su ausencia cada segundo de ese día, pero Mel no sabía, no se atrevía a pensar en volver. ¿Qué iba a encontrarse a volver? Sólo quedaba resolver dos cosas, Juan y Carlos, ambas estaban en Madrid. No podía esconderse eternamente con la tía Rose... pero tenía pánico a que su todo la rechazase cuando ella regresase. A pesar de que Rose era optimista con la carta, Mel tenía sus reservas, ni una llamada, ni un mensaje en semanas.... Por más que miraba su teléfono, sólo Lola parecía interesada en saber que se encontraba bien.

—No lo sé... tía Rose... no lo sé... Tengo miedo a volver... no me obligues a poner fecha, por favor...

—Querida... —Aquella noche, Mel ya había sido presionada lo suficiente —No te preocupes, estoy segura de que, de alguna manera, cuando llegue el momento lo sabrás —O eso esperaba Rose, de lo contrario si veía que Mel lo necesitaba, estaba dispuesta a pedirle ayuda a aquel lord para localizar a ese tal Carlos y ponerle las cartas sobre la mesa —Ahora vamos a dormir y mañana, mañana comenzaremos tu formación por mi pequeño jardín.

Mel acompañó a Rose hasta su dormitorio y arropó a la anciana. La besó en la mejilla antes de desearle buenas noches.

—Gracias por todo tía Rose.

“Gracias a ti querida” pensó Rose. Estaba realmente agradecida de que, a pesar que fuese casi al final de sus días, la vida le hubiese dado la oportunidad de ejercer de madre.

Rose hizo mucho más que transmitir conocimientos, su tía le había recordado la pasión con la que había que emprender cualquier tarea. La tía Rose tenía pasión por las flores y eso se notaba y se notaba mucho. Mel observó sus manos llenas de cortes y grietas, a Lola le daría un patatús si se las viese en aquel estado. Durante las dos semanas posteriores a aquella especie de catarsis nocturna, Rose había desempolvado viejos manuales de jardinería, tratados sobre botánica inglesa, ejemplares en los que se recopilaban fotos de los mejores

paisajistas del país. Mel los había leído todos y cada uno de ellos, de hecho, durante esas semanas, uno podía ver a Mel haciendo dos cosas, o bien estaba leyendo en una de las tumbonas del porche aprovechando que, por fin el verano había llegado, o bien, ataviada con un viejo sombrero de paja y las herramientas de Rose se concentraba en seguir las instrucciones del señor Barnes, el jardinero cincuentón que encargaba de mantener el pequeño jardín de Little Rose tal y como a su dueña le gustaba. Mel había plantado, había podado, había regado, había luchado contra las malas hierbas e incluso había confeccionado algún arreglo floral para la casa y, ella no lo sabía, pero todo ello lo había hecho bajo la atenta mirada de su tía Rose, quien, de vez en cuando, se asomaba a la ventana del salón para comprobar que todo transcurría según lo previsto. Patrick no había acudido a despedirse, Mel se enteró de su partida en el servicio religioso del domingo cuando, al salir, el pastor Owen les comunicó la noticia escrutando con severidad el rostro de Mel, mientras la tía Rose aprovechaba para lamentarse de la descortesía de ciertos jóvenes. El pastor encajó el golpe y Mel ahogó una risita mientras su tía se regocijaba durante el camino de vuelta de haber ganado aquella pequeña batalla social.

Sólo hubo un día en el que Rose le prohibió a Mel poner un pie para trabajar en el jardín, tampoco le permitió enterrar la nariz en alguno de aquellos libracos. Fue en el día en el que Mel cumplía veintiséis años. Tras el desayuno, la tía Rose le explicó que su día debía comenzar con un relajante baño de sales perfumadas, Mel obedeció y se obligó a disfrutar de aquel tiempo para ella intentado que la mente no volase a otro baño, a otros aromas y otras manos acariciando su piel. No lo consiguió, la añoranza era cada día mayor, la desesperanza también, porque no había habido ni una carta, ni un mensaje, ni una llamada en todo aquel tiempo. Era evidente que Carlos había olvidado su cumpleaños y, a pesar de que el corazón se le rompía un poco más, tal vez no fuese conveniente comenzar a pensar que, como decía la canción, de la distancia había surgido el olvido. Por su parte, allí, sentada en aquella bañera con olor a rosas, Mel recordó la pregunta que tantas noches la había atormentado en sueños “¿Quién eres? Aquella fría voz no dejaba de susurrarle al oído. “No lo sé” solía gritar ella mientras intentaba caminar entre la niebla. “No sé quién soy” Mel también recordó que las mañanas tras aquellas noches no eran mucho mejores, la resaca del sueño nunca la abandonaba del todo y, además, de dejarle un regusto amargo en la boca, surgía otra pregunta que le quebraba el corazón ¿Cómo voy a amarte si no sé quién soy? ¿Cómo puedes quererme cuando no soy más que un alma llena de incógnitas? Quince días después de aquella noche en vela, por fin

Mel verbalizó la verdad.

—Ya sé quién soy. Soy una Taylor, soy de Rose. Soy Mel y mi futuro está en las flores, esa es mi vocación y voy a luchar por mi sueño. Si ya podía amarte sin saber quién era, ahora que lo sé, he comprendido que mi amor es mayor, ahora además, te amo con toda mi nueva alma —Mel se mordió los nudillos para que Rose no escuchase sus sollozos. No se oyó su voz pero su alma gritaba a todo pulmón “¿Todavía me querrás tú?”

El día fue de sorpresa en sorpresa porque si bien Mel pensaba que Rose había olvidado su promesa de enseñarle la vocación de su madre, no fue así, simplemente había aguardado al momento adecuado y, cuando Mel comenzaba a bajar las escaleras para reunirse con ella en el salón, su tía la detuvo con sus palabras.

—Ven aquí Mel. No bajas aún. No pienses que he olvidado mi promesa. Es tu cumpleaños y voy a hacerte un regalo maravilloso, voy a descubrirte a la verdadera Violet.

La mañana había volado en el cuarto de la pintura, el viejo baúl se había resistido pero, por fin se abrió dejando al descubierto el tesoro de Violet, como así lo había denominado Rose. Mel había perdido la cuenta de cuántas láminas, bocetos, óleos, acuarelas había tenido entre sus manos, desde los primeros esbozos de una adolescente hasta las últimas obras de su madre, todo ello ordenado con una cronología tan precisa como la puntualidad británica.

—Cuando supimos que Violet se había ido para siempre, Declan se pasó semanas limpiando, clasificando y ordenando este cuarto —Le explicó Rose a Mel —Al principio, sumida en mi dolor, no lo entendía, pero luego comprendí que aquella era la única forma que él tenía para sobrellevar nuestro duelo. Conservar estas obras, su legado, fue en cierta manera, nuestra forma de rendirle un homenaje a Violet. Durante todo ese tiempo, cuando yo asomaba la cabeza por el cuarto él solía mirarme fijamente y, con toda la rabia acumulada en su interior, solía decirme “Algún día Rose, algún día todo esto saldrá a la luz”. Pues bien querida, hoy es algún día, todo esto es tuyo. Aún sin saberlo, nosotros sólo lo hemos custodiado para ti y sé, que allá dónde esté mi amado esposo, nos mirará feliz porque, una vez más, él tenía razón.

Tras aquellas palabras, Rose la había dejado a solas en el cuarto y Mel había devuelto cuidadosamente todas aquellas obras al baúl, mientras lo hacía, se maravillaba una y otra vez del talento de Violet para plasmar las flores en el lienzo. Uno podría elaborar un manual sobre botánica con aquellas obras porque



dudaba seriamente que su madre hubiese dejado alguna especie por pintar. Algunas eran espléndidas, con todos los colores brillando a la luz del sol, otras habían sido retratadas justo al amanecer, con sus pétalos mojados por las gotas de rocío, había algún óleo con flores sufriendo bajo la tormenta, incluso el otoño, dónde sólo parecían caer los ocres y los marrones, no había pasado desapercibido para el ojo artístico de Violet. Mel retuvo un instante en sus manos el último lienzo que su madre había pintado y recordó las palabras de Rose sobre aquella obra.

—Está incompleto. Violet quería pintar todas las flores del mundo pero quería empezar por una en concreto. Tu madre pretendía viajar a Holanda para pintar un campo de tulipanes, era optimista y aún no era consciente de los planes que mi hermano tenía para ella, por eso decidió empezar a practicar, nos dijo que quería conocer aquella flor como la palma de su mano para que, cuando se sentase en aquel campo que ella imaginaba, el bombardeo sensorial que iba a sentir no le restase fidelidad a su trazo.

En el centro del lienzo había dos tulipanes que parecían surgir de la nada, uno estaba en primer plano y otro, del que se distinguía el tallo por completo estaba más alejado. Podría uno pensar que se trataba de tulipanes rojos pero Mel distinguía en su pétalos algún algún matiz naranja o incluso dorado, como si Violet no hubiese decidido aún el color definitivo, o tal vez, el momento del día en el que iba a pintar aquellas flores, si lo haría con el sol cayendo al atardecer o reflejaría en los tulipanes toda la luz y el calor que desprendía el astro en una mañana de primavera. Mientras escuchaba la explicación de Rose, la mente de Mel voló a la vidriera de la floristería de Mabel, igual que aquella flor imperfecta la había llamado en su día, aquel cuadro incompleto también la llamaba y, al escuchar las palabras su tía, entendió el motivo. No era perfecto, no era del todo bello, no era especialmente llamativo porque Violet así lo había decidido pintando todo el fondo del lienzo con una tonalidad que iba de un feo marrón a un verde muy apagado. Las flores eran preciosas pero el fondo era demasiado triste para tanta belleza.

—El día que supo que su sueño no era posible, se encerró una hora en la habitación. Nos prohibió entrar, incluso cuando se iba nos advirtió que no abriésemos la puerta. Declan y yo respetamos su deseo imaginando que al día siguiente Violet volvería a terminar lo que fuera que estuviese haciendo allí dentro. No fue así —Rose no pudo evitar enjugarse una lágrima —al día siguiente no vino, y al otro más tampoco. Fue entonces cuando mi cuñada nos visitó, estaba destrozada, al parecer Violet había huido dejándoles una carta de

despedida. Cuando mi hermano llegó, aún recuerdo su porte altivo, mientras le aseguraba a un desesperado Declan que no era necesario ir a buscar a Violet, que ella misma regresaría solita en cuanto se quedase sin fondos —Rose tomó aire porque el recuerdo aún dolía demasiado —Es evidente que se equivocó. Violet no volvió y ese cuadro quedó así, nunca sabremos si realmente está terminado o no.

A Mel aquel cuadro le recordaba a ella misma, se estremeció añorando las palabras tantas veces repetidas “Eres la preciosa niña de mis ojos” como un bello tulipán creciendo en un entorno, cuanto menos, desolador. Por fortuna, ese entorno estaba empezando a cambiar con su estancia en Inglaterra y gracias a la tía Rose. La serena compañía de la anciana estaba haciendo por ella mucho más que cualquier terapeuta, el hecho de encontrar sus raíces, descubrir y aprenderlo todo sobre su vocación, la hacía sentir bien, estaba recuperando su zona de confort pero, con el paso de las semanas, a Mel le faltaba algo, cada vez recordaba con más frecuencia aquella charla con Helena y Lola, ambas le habían asegurado que una vez una encontraba al amor de su vida, ésta nunca volvería a estar completa por separado y Mel estaba empezando a sentir la ausencia en cada poro de su piel, le costaba conciliar el sueño cada noche y muchas veces acudía a su pensamiento su todo, cada vez más sus deseos era más evidentes y le costaba contenerlos. Hoy era su cumpleaños, que su teléfono siguiese permaneciendo en silencio le decía más de lo que ella estaba preparada para afrontar. No puedo pensar en eso ahora, se reconvino, es mi cumpleaños y estoy con mi familia. ¿Qué más puedo pedir? Además la tía Rose estaba llamándola para almorzar y se merecía la mejor versión de Mel, así que, tomó aire, trató de apartar a Carlos de sus pensamientos y, cerrando el baúl, se dispuso a pasar el resto del día de la mejor manera posible.

Cuando Mel descendió las escaleras sus fosas nasales se vieron inundadas por una mezcla de aromas que despertó por completo sus papilas gustativas. Normalmente, Mel y Rose solían hacer sus comidas en la sencilla mesa de la cocina, sin embargo, esta vez la tía Rose había dispuesto la mesa en el comedor familiar que llevaba muchos años esperando algo que celebrar. La mesa estaba dispuesta para dos, la mantelería era de fino hilo color crema y la vajilla era preciosa, blanca y con el filo dorado, estaba decorada con unas exquisitas flores y ramas en color azul cobalto que le recordaron a la vajilla de Sargadelos que Carlos tenía en su vitrina del salón. Más tarde Mel se enteró que aquella era una vajilla Wedgwood original, regalo a los recién casados de los Brewster. Las copas también tenían un filo dorado en su borde y, como no podía ser de otra

manera, estaban grabadas con una intrincada rama que las recorría de lado a lado. A pesar de que Rose no bebía vino, las copas de champán estaban dispuestas justo al lado de las de agua. El festín estaba sobre la mesa y no podía ser mas inglés. El roast beef, rodeado de pequeñas patatitas asadas estaba dispuesto en una fuente ovalada en el centro de la mesa, a su alrededor, distribuidas en pequeñas fuentes estaba el resto de las verduras de la guarnición, zanahorias, brócoli y guisantes. La salsa de la carne o gravy, como le explicó Rose, estaba servida en su salsera y, con ella, también acompañarían al pudin de Yorkshire que parecía recién horneado.

—¿Cuándo has hecho todo esto? —le preguntó Mel a Rose al tiempo que se sentaba justo donde su tía le ordenaba.

—Algún día me habría pasado horas cocinando este banquete, sin embargo, no voy a mentirte. La hija de la antigua cocinera de los Taylor vive muy cerca de aquí y guarda con celo las recetas de su madre. De vez en cuando, se compadece de mí, y me prepara mi receta favorita —Rose sonrió ante la expresión atormentada de Mel y no pudo evitar que se le escapase una pequeña carcajada de felicidad —Es broma —Le hizo un gesto con la mano para restarle importancia —Se saca un dinerillo extra cocinando para los vecinos cuando hay algo que celebrar. Acaba de irse hace unos minutos tras comprobar que todo estaba a su gusto.

—Vaya... —Mel estaba muy emocionada porque Rose había planeado aquella pequeña fiesta para ella, para las dos. Rose no lo sabía pero era su primera comida familiar desde que su abuela faltaba —No sé qué decir... Gracias tía Rose.

—No digas bobadas y sírveme un poco de todo... mi abuela solía reprenderme diciéndome que una verdadera dama nunca demuestra apetito, pero... por suerte yo no soy una verdadera dama.

Estaba claro como el agua que la tía Rose mentía, ella era una verdadera dama inglesa y Mel se sentía muy afortunada por haber pasado el día de su cumpleaños en su compañía. Tras la copiosa comida había llegado la inevitable siesta hasta la hora del té. Mel lo sirvió como cada tarde sólo que esta vez iba acompañado del pastel favorito de Rose que, obra del destino, era el mismo que el suyo, el típico pastel de limón ácido inglés. Mel nunca había probado una crema de limón tan suave, delicada pero que conservaba intacta toda la potencia del limón. Tras una cena ligera Mel y Rose conversaron hasta la hora de acostarse, Rose le había enseñado a preparar unos sencillos sandwich de roast

beef frío con queso cheddar, cebolla morada, rúcula, mayonesa y mostaza de Dijon. Ahora, tumbada en la cama y con el sueño eludiéndola, Mel le daba vueltas a una decisión que debía de tomar y que no era otra que la de su fecha de vuelta a Madrid. Poco le quedaba ya por hacer en Inglaterra, había descubierto a la tía Rose, había conocido la historia familiar, la vida de su madre y, de regalo, había aprendido todo lo que necesitaba para emprender su aventura empresarial en el mundo de las flores. Había llegado la hora de poner fecha a aquel billete de vuelta. Una cosa sí tenía clara, como no podía llevare a Rose a Madrid, no iba a dejar pasar mucho tiempo hasta su próxima visita, les daría a ambas unas semana de plazo para prepararse para la despedida. A la mañana siguiente le comunicaría su decisión a Rose, antes de cerrar los ojos miró de nuevo su móvil, nada, la pantalla seguía en blanco. Suspiró con tristeza procurando hacerse cargo de la evidencia, había ganado una familia pero había perdido a su amor en el proceso.

Sentadas en el banco verde del porche de su hogar, Rose sabía que Mel llevaba todo el día buscando el valor para hablarle de algo, su sobrina nieta no dejaba de morderse el labio inferior y por varias veces la pescó mirándola fijamente como calibrando el impacto que sus palabras provocarían en aquella vieja.

—Probablemente no encuentres mejor momento que este para decirme lo que lleva rondándote la cabeza todo el día. Has de saber que siempre es bueno dar las noticias, buenas o malas, antes de la hora del té. Si son malas, hacer un té, forma parte del ritual inglés para solucionar cualquier problema, si son buenas, pues también se celebra con una buena taza de té. Ya ves Mel... en Inglaterra el té es la solución para todo.

—Creo que ha llegado la hora de irme —Mel lo soltó a bocajarro sorprendida por la perspicacia de Rose —Creo que debo volver a Madrid, por varios motivos, he de averiguar cómo está la situación con mi hermano, he de comenzar a trabajar en mi proyecto...

—Y has de reencontrarte con Carlos —Finalizó Rose. Su sobrina había dejado lo más importante para el final.

—Supongo que sí —Mel fijó la mirada en las rosas que brillaban hermosas bajo el sol de la tarde —Supongo que debemos vernos para poner el punto final.

—Querida... ¿El punto final?

—Tía Rose... ayer fue mi cumpleaños, ni un mensaje, ni una llamada... —Mel no pudo contener las lágrimas. Le había dolido mucho la ausencia de Carlos en su día.

—Ay... Mel... —Rose tomó la mano de su sobrina y le dio unos golpecitos para reconfortarla —Puede haber mil explicaciones para que no te haya felicitado en tu día, tal vez su trabajo...

Mel negó con la cabeza sollozando ya sin pudor.

—No. No es trabajo. Es agosto, son sus vacaciones y él no es así... Carlos no es de los que olvidan una fecha... si no ha llamado es porque no ha querido.

—No seas tan dura con él Mel... —Rose acarició el ondulado cabello color miel de su sobrina —Tal vez...

Mel volvió a negar.

—No soy dura con él, no lo merece. Durante todas estas semanas aquí he comprendido que Carlos es el mejor hombre que una mujer puede desear como compañero, lo quiero mucho pero todo ha ido tan rápido entre nosotros que creo que nos ha desbordado. Por mi parte, sabía que corría un riesgo al venir, sabía que podía perderlo con la distancia y parece que así ha sucedido.

—Querida... lo siento mucho... —Rose no sabía cómo convencer a su sobrina de que debía de luchar por su amor con todas sus fuerzas.

—No tía Rose... no lo sientas... No me arrepiento de haber venido... Ya sé quién soy, ya sé lo quiero hacer con mi vida... Estás tú, mi familia y eso es lo único que debe de importarme.

—Mel. Eres una Taylor, eres mi familia y como tal, los Taylor no nos rendimos y luchamos fieramente por lo que queremos. Querías una familia, ya la has encontrado. Querías saber qué hacer con tu vida, ya lo sabes ¿Quién me iba a decir a mí que a mi edad iba a convertirme en toda una inversora?

Mel abrió mucho los ojos y miró fijamente a Rose. La anciana lucía una amplia sonrisa pese al drama por el que Mel estaba pasando.

—¿Qué pensabas? ¿Que ibas a llegar a España a pelearte con esos banqueros usureros? No. Es tu herencia Mel, eres mi heredera, Declan trabajó muy duro y el dinero no está hecho para engrosar la cuenta corriente de una vieja. Esta vieja quiere formar parte de tu vida. No me dejes fuera Mel... eres lo único que me queda...

Cualquier vecino que pasease por la zona, hubiese visto a dos mujeres fundidas en un abrazo interminable bañado por las lágrimas de los ojos de una anciana y de una joven que ya estaban unidas por algo más que un vínculo de sangre.

—Basta ya —Dijo Rose secándose las lágrimas —Las damas sólo lloran en la intimidad de su cuarto y desde luego, no lo hacen con el rostro enrojecido y la

nariz llena de mocos como nosotras dos... si tu bisabuela levantase la cabeza...

Las lagrimas del llanto se transformaron en sonoras carcajadas.

—Querida... las damas tampoco se ríen a mandíbula batiente... Haces que pierda todo mis modales... —Rose cogió el rostro de Mel entre sus arrugadas manos y le habló con seriedad —Mel, eres una Taylor. Los Taylor luchan por lo que quieren, has luchado por la familia, por tu futuro... No me decepciones... Lucha con todas tus fuerzas por tu amor, prométeme que lo harás.

Mel debía hacerlo, era cierto, había luchado por todo aquello. No iba a tirar la toalla, lucharía por recuperar a Carlos. Un amor como el suyo no podía fingirse ni podía evaporarse en unas semanas.

—Lo haré tía Rose. Lo prometo.

—Bien. Hora del té pues. Espero conocer a Carlos en tu próxima visita. ¿Cuándo partirás?

—¿Una semana te parece bien?

—Perfecto. Querida. Perfecto. Deja que te cuente entonces cómo Declan pidió mi mano. Ojalá ese abogado sea tan romántico como tu tío abuelo.

Cogidas del brazo ambas mujeres regresaron a la casa mientras la anciana recordaba al amor de su vida y Mel, Mel escuchaba embobada su historia de amor. Ninguna de las dos se imaginaba que la partida de Mel iba a producirse mucho antes de lo previsto.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 27

*“Hay una teoría infalible sobre la amistad: siempre hay que saber qué se puede esperar de cada amigo.”*

*Carmen Posadas*

Jack Anderson estaba enfadado, para ser más exactos, tenía un cabreo de campeonato por haber tenido que recorrer decenas de kilómetros hasta la sierra norte de Madrid, haberse equivocado de pueblo dos veces y haberse perdido otras tantas tras las escuetas explicaciones de un par de pueblerinos y todo ello, porque su abogado no había tenido mejor idea que apagar su teléfono móvil y desaparecer del mapa desde hacía semanas. Ahora, aparcado en la plaza del pueblo, rogaba para que las indicaciones de la propietaria de la única tienda de comestibles fuesen suficientes para llegar a la casa en la que la familia de Carlos se perdía cada verano. Aquella misma tarde, Lucía, su santa madre, había intentado localizar a Victoria, la madre del abogado, pero no había sido posible. Al colgar el teléfono tras la segunda llamada, Lucía recordó que Victoria y Alfonso estaban de vacaciones en un crucero. Gracias a que habían conseguido localizar a Marta en su trabajo, habían averiguado que, tras el incendio en la floristería de Mabel, Carlos había recogido a su hermana pequeña adelantándose un par de semanas a lo que le había prometido a su madre y se había parapetado en la casa familiar. Al parecer las explicaciones fueron escasas pero suficientes para que Victoria, la madre de Carlos, diese su aprobación a que la benjamina del clan se marchase con su hermano. Procurando templar su ánimo, Jack se volvió a montar en el coche y se dirigió a la salida del pueblo, donde, supuestamente estaba la casa familiar.

Por primera vez en su vida, Carlos había sido un irresponsable. Con el corazón roto tras haber dejado a Mel dormida en la cama, había visitado a su madre. Se había desahogado con ella y, habiendo trabajado como un animal para no pensar en la ausencia de Mel, le envió un correo electrónico a Helena cancelando toda su agenda hasta septiembre. “Puedes inventarte la excusa que quieras” le había escrito “ Ahora mismo, a quince días de agosto, no tengo entre manos ningún asunto que no pueda posponerse hasta la vuelta de vacaciones.” Había recogido a Clarita y, ante el estupor de su hermana adolescente, le había entregado su teléfono de última generación con unas instrucciones precisas.

—Apágalo y, al llegar a la sierra, lo escondes y no me lo devuelvas bajo ningún concepto.

—Define bajo ningún concepto —Clarita adoraba a su hermano mayor pero no quería que esa petición se volviese en su contra.

—A ver Clarita... que no me lo des aunque te lo pida...

—Ni aunque llores, patalees, te tires por el suelo y me grites como un condenado a muerte....

—Ni con esas...

—Vaya... pues sí que te ha dado fuerte...

—Si. Te dejo encargada de llamar a Marta cada dos días desde tu teléfono para que sepa que estamos bien ¿Entendido?

—Si —Aceptó Clarita, algo le había pasado a su hermano con Mel, pero ella no tenía muchas ganas de averiguarlo.

—Por lo demás, estas son las normas hasta que te vayas con Marta. Tú no me molestas y yo no te molesto.

—Vale —El sueño de cualquier adolescente acababa de cumplirse. A Clarita le encantaba la sierra porque allí tenía mucha libertad y contaba con amigos en el pueblo que hacían que los veranos fueran inolvidables.

—No tan rápido —Le aclaró Carlos —Las horas de las comidas son sagradas y son las de siempre. Podrás salir y entrar a tu antojo pero te quiero a las once en casa...

—Once y media... —Clarita iba a negociar. Todos sus amigos se quedaban hasta media noche en la plaza del pueblo y su madre le había prometido que este año la dejaría quedarse un poco más.

—Esta bien... —Carlos concedió. Estaba harto de negociaciones, sin embargo lanzó su advertencia —Pero nada de escapadas a solas con algún chico y nada de besos... Hazlo y se lo casco a tu padre...

—¡No voy a besarme con algún chico y no voy a quedarme a solas con ninguno! No sé que clase de idiota te imaginas que tienes por hermana.

—Bien. Mejor así —Carlos obvió el comentario —A las once y media. Recoges tu habitación y friegas los platos todos los días. Yo cocino y me encargo del resto.

—¿Colada incluida?

—Mamá a llamado a Consuelo para eso —Consuelo era la señora que acudía varios días por semana a ayudarles cuando alguien de la familia pasaba una temporada allí.

—Consuelo es guay...



—Lo que quieras... —Carlos la señaló con un dedo —A la mínima que te pases de la raya te pongo un sello en el culo y te envío a un internado hasta que vuelva mamá.

—No es necesario ser tan borde —Clarita se cruzó de brazos molesta con su hermano.

—Por si acaso. Ahora móntate en el coche y abróchate el cinturón. Estoy deseando salir de esta ciudad de locos.

Hasta la fecha, ninguno de los dos había roto el pacto. Clarita entraba y salía a su antojo, solía bañarse cada tarde en el río o en la piscina de alguna de sus amigas y cada noche a las once y media en punto entraba en casa, le daba el beso de buenas noches y se reclinaba en su cuarto. Los días de Carlos eran mucho menos ajetreados, cuando Consuelo acudía a casa, el abogado aprovechaba para ausentarse toda la mañana, se tomaba un café en el bar del pueblo y después iba caminando hasta el río. Allí solía sentarse en una gran piedra plana y echaba la caña de pescar que Alfonso le había regalado de adolescente, sin embargo, no se esforzaba en vigilar el sedal a pesar de que aquella era una de sus aficiones favoritas cuando estaba en el pueblo. Allí sentado, Carlos sólo procuraba dejar la mente en blanco aprovechando que aquellas mañanas suponían una tregua respecto a las tardes. Todas las tardes, cuando Clarita salía de casa con la toalla y la merienda como único equipaje en el cesto de su bicicleta, Carlos tomaba posesión de la tumbona bajo el gran limonero del jardín con la firme intención de echarse una siesta y dar la bienvenida al sueño que solía eludirlo cada noche. Era una tarea inútil, los duendes del sueño parecían burlarse de él y lo único que Carlos conseguía era añorar cada día con más fuerza a la ladrona que se había llevado su corazón a Inglaterra. Le había llevado casi diez días reconciliarse con el hecho de que todas las mujeres a su alrededor solían tener siempre la razón y, ahora, de poco valía lamentarse no haber entendido a Mel lo suficiente como para haber cancelado su agenda y acompañarla en el reencuentro con su tía Rose. Al final, la había cancelado igualmente, sólo que, en vez de arrojarse a la mujer de su vida en un trago difícil, él estaba haciendo de niñera en la sierra. Había que ser idiota para hacer lo que él había hecho y para escribir lo que él había escrito dejándolo todo en el aire, se sentía ridículo al recordar cómo la había animado a emprender su búsqueda, a buscar sus respuestas, pero sin él, sin el capullo integral que había confiado todo su futuro al destino. ¿En qué momento se había convertido en un calzonazos de semejante calibre? Todo se le reveló demasiado tarde, como siempre, su madre había sido la persona que le había abierto los ojos con una sencilla pregunta.

—Carlos cariño... te he educado como un hombre responsable. Perfectamente podrías haber aplazado tu trabajo durante algunas semanas, o incluso tal vez podrías haberle pedido un favor a alguno de tus colegas. Bien sabe Dios que no es la primera vez que te ocupas de los asuntos de otro compañero cuando a éste le surge algún imprevisto. Sólo me queda pensar que, si no has sido capaz de hacerlo por Mel... ¿Tal vez no sea ella la mujer que tú estabas esperando?

Su madre lo había derribado sin alzar la voz ni una sola vez, simplemente con aquella expresión tan típica de todas las madres que solía querer decir, yo soy un ser superior y lo sé todo.

—Te equivocas —Le había respondido él —No tengo dudas, es ella. Creí que ya lo sabías.

—Yo lo sabía pero... Cariño... La cuestión no es lo que yo sepa... la cuestión es ¿Lo sabías tú?

Carlos se acarició la barba rubia que comenzaba a poblar su rostro bronceado por los aires de la sierra. Ni se había molestado en afeitarse ni se había molestado en cortarse el pelo, por lo que los mechones rebeldes clareados por el sol iban y venían a su antojo por su rostro. Sabía que parecía un vagabundo por mucho que Clarita le dijese que estaba guay con el cambio. Su vestuario se componía exclusivamente de bermudas de algodón, sus viejas camisetas de superhéroes y chanclas. Sólo se había calzado las deportivas cuando la desesperación por torturar a Clarita para que le dijese dónde había escondido el móvil alcanzaba cotas preocupantes. En esas ocasiones, Carlos bajaba al sótano y se peleaba con el saco de boxeo con el que Alfonso le había enseñado a usar los puños. Exhausto, solía caer de rodillas a sus pies y sólo entonces, en la intimidad y cuando las lágrimas podían camuflarse con las gotas de sudor que recorrían su rostro, el abogado lloraba como un crío hasta que, de nuevo vacío, regresaba al piso superior para volver a empezar el ciclo de nuevo, Carlos volvía a añorar, desear, maldecirse, frustrarse y despellejarse los nudillos contra un enemigo invisible, que no era otro que él mismo. Clarita se había negado vehementemente a entregarle el móvil las dos veces que se había humillado ante ella. Su querida hermanita era dura de pelar y ni con un soborno de cincuenta euros le había revelado el escondite.

—No seas pesado— Le había dicho con los brazos en jarras mirándolo exactamente igual que lo hacía su madre —Tú lo has querido. Además... no puedes arreglar las cosas con tu novia mientras tengas que cuidarme a mí.

Maldita hermana perspicaz le había tocado en suerte, sin embargo, le quedaba un último recurso. Carlos había sido un irresponsable pero no del todo. Le había comunicado a Jaime su ausencia aunque había obviado mencionarle su destino, sin embargo, cada dos días revisaba su correo electrónico por si se habían producido novedades en relación a Juan o a alguno de aquellos matones. Podía ser que Mel estuviese en Inglaterra, podía ser que tal vez no volviese jamás, incluso podía ser que nunca más pudiese abrazarla y decirle que ella era la preciosa niña de sus ojos pero lo que nunca sucedería era que él dejase de velar por ella. Mel era suya y él cuidaba de lo suyo siempre. No quería pensar en su niña en brazos de un inglés, arrojada por lo que siempre había deseado, una familia de verdad. La imagen le retorció las tripas y le provocaba arcadas. “Tú te lo has buscado” recordaba las palabras de Clarita. Carlos miró su reloj, hora de hacer la cena, después encendería el ordenador para revisar si Jaime se había puesto en contacto con él y, por supuesto, obviaría todos y cada uno de los correos en los que su empleada y mejor amiga lo ponía de vuelta y media. Carlos no se lo tenía en cuenta, la sabía enfadada y preocupada, pero no podía hacer nada por evitarlo. Sólo esperaba que el puñetazo que iba a recibir de Jack por inquietar a su mujer no le dejase un ojo morado. Se dirigía con paso lento hacia la casa cuando el ruido de un motor acercándose por el camino lo detuvo. Volvió la vista y vio a Jack Anderson bajándose de su todo terreno con cara de pocos amigos.

Jack no necesitó mirar dos veces a aquel hombre con pinta de vagabundo que lo observaba con los brazos en jaras en mitad del camino para saber que su abogado había transitado por un infierno personal que él, para su desgracia, aún tenía fresco en su memoria. Ni se molestó en cerrar el coche antes de recorrer los escasos metros que lo separaban de uno de sus mejores amigos y, sin duda, del mejor amigo de su pequeña. Siempre había envidiado el vínculo que había surgido entre ambos durante la época en la que Jack perdió la cabeza, sin embargo, nunca había tenido tantas ganas de propinarle un puñetazo como las que tenía aquella tarde por haberles preocupado durante semanas. Llegó hasta su altura y su genio se evaporó al ser recibido con el mismo gesto y escuchar unas palabras muy parecidas a las que él mismo había pronunciado meses atrás en la sala de espera de un hospital.

—Procura no romperme la nariz con tu izquierda —Carlos permanecía con los brazos yaciendo inertes a su costado —Clarita suele marearse si ve sangre.

—Joder... abogado... ¿Dónde está tu hermanita? —Jack no había previsto que, para llevarse a Carlos de allí, tendría que llevarse también a su hermana

pequeña.

—Psé... ¿Quién sabe? —Carlos procuró sonar indiferente aunque le comían los nervios por conocer el motivo de la visita de Jack —En algo menos de una hora llegará para ducharse y cenar... ¿Has venido hasta aquí para interesarte por las rutinas de Clarita?

—Pedazo cabrón... no hagas que me arrepienta de no utilizar tu bonita cara como blanco de mis puños... He venido porque llevamos todo un puto día intentando localizarte... pero claro... el abogado ha decidido apagar su teléfono y revolcarse en su miseria en un pueblo perdido de la mano de Dios.

—Tengo derecho a mis vacaciones —Le respondió Carlos deseando que llegase ese puñetazo. Tal vez una pelea no fuese tan mala idea.

—Estás actuando como un puto crío. Helena va a matarte, a ratos se enfada y a ratos se preocupa por ti... ¿Sabes lo que me dan ganas de hacerte por preocupar a mi mujer cuando ya ha superado el ecuador de su embarazo?

—Hazlo... —Lo desafió Héctor —Aún no me has dicho qué cojones se te ha perdido a ti aquí.

—Tú. Gilipollas —Jack golpeó con el índice repetidas veces el musculoso pecho del abogado —Jaime Velasco nos ha llamado, ha intentado localizarte sin éxito y también tiene un cabreo de cojones —Jack se compadeció de Carlos cuando vio cómo aquel grandullón se tambaleaba y palidecía al nombrar al agente de la UDEV.

—¿Mel? —Carlos apenas logró pronunciar su nombre.

—En Inglaterra. Suponemos que bien. Héctor debe estar aterrizando en Londres en estos momentos —Jack apoyó la mano en el hombro de Carlos y le dio un leve apretón —Juan ha muerto, lo han matado en la cárcel en la que lo habían escondido.

—¡Joder! —La mente de Carlos despertó de su letargo y comenzó a pensar a toda velocidad —Cada dos días reviso el correo electrónico, he quedado con Jaime en que me mandaría un mail si había novedades dignas de mención.

—¿Lo has revisado hoy?

—No —negó Carlos con la cabeza —Iba a hacerlo después de cenar.

—Te ha escrito ayer por la noche para preguntarte cómo querías que avisásemos a Mel.

—¿Ella lo sabe? —El corazón de Carlos ya estaba sufriendo por su niña.

—Lo sabrá en cuanto Héctor llegue a casa de su tía. Hemos decidido ir a

buscarla. Jaime está de acuerdo. Al parecer.... Los rumores o mejor dicho... los confidentes dicen que ese traficante ruso...

—Kozlov ...

—Ese mismo. Al parecer, con la muerte de Juan da la deuda por saldada. Dicen que le ha servido para lanzar una advertencia. La muerte es el precio de la traición.

—¡Joder! —Carlos necesitaba tener datos para empezar a ordenar sus pensamientos con la finalidad de priorizar y tomar decisiones —¿Sabes cómo ha sucedido? Se supone que era un testigo protegido en una cárcel lejos de Madrid y con prisioneros no peligrosos.

—Tal vez no sean prisioneros peligrosos, pero, desde luego, no son hermanitas de la caridad. Suponen que más de un soborno, tal vez un funcionario o un policía que hayan revelado su paradero y, por supuesto, al grupo de presos que han acabado con él. Ha sucedido en el comedor, una pelea multitudinaria, una puñalada mortal con un arma que aparece no se sabe muy bien de dónde... Están investigando. Según Jaime, en la fiscalía están que se suben por las paredes.

—Era una operación muy importante para las fuerzas de seguridad españolas, era una presa buscada por media Europa... ¿Seguro que Mel está fuera de peligro?

—Jaime quiere ser prudente, por un tiempo estarán alerta, pero cree firmemente que Mel está fuera de peligro.

—Lo merece... No sé cómo va a reaccionar cuando Héctor le de la noticia... Debería ser yo el que estuviese allí.

—Cierto —Jack no iba a negar la evidencia —¿Se puede saber qué cojones os ha pasado? Nunca pensé que tú fuese a cometer los mismos errores que Héctor y yo.

—Ni yo mismo sé muy bien lo que nos ha pasado. Creo que lo quise todo muy pronto —Carlos se pasó las manos por el cabello enredado —Joder.... Os envidiaba... lo teníais todo con vuestras chicas y yo quería lo mismo... entonces aquel día llegó Mel a la peluquería de Lola y... todo encajó desde el primer minuto... no me preguntes como... pero lo supe.

—Conozco esa sensación —Le respondió Jack —No lo esperas, te sorprende, te asombra y te nubla el sentido a partes iguales.

—Sí. Yo sólo quería protegerla y pegarla a mi vida. No pensé en las concesiones. Decidí que trabajaría conmigo y me la llevé a casa con mil

pretextos cuando salió del hospital.

—Eso no es malo... no te tortures...

Carlos prosiguió hablando con la mirada perdida en el infinito como si no hubiese escuchado a Jack.

—Luego resultó que Mel no era una pequeña mujer vulnerable, que también, resultó ser una mujer valiente capaz de salir de su zona de confort y luchar por lo que la vida le había arrebatado y que, por casualidad, la misma vida volvía a poner a su alcance. Primero fue lo de esa vocación dormida con las flores, luego llegó lo de la familia perdida y su vuelta al apartamento de Lola. Nunca fui un crío caprichoso, sin embargo, me comporté como tal cuando las cosas no iban saliendo según mis planes. A veces los planes no salen bien ¿Lo sabes?

Jack se limitó a asentir mientras veía cómo los ojos azules de su amigo se empañaban. ¡Joder! A falta de una mano femenina que sostuviese a Carlos tal y como Susan le había sostenido a él en su día, le tocaría a él consolar al abogado.

—Cuando supe lo del incendio, perdí media vida hasta que pude verla vivita y coleando bajando de aquella ambulancia. Debí de perder la chaveta porque en aquel momento decidí amarla por última vez y dejarla ir. Si Mel era para mí... entonces volvería a mi lado. Como un gilipollas la dejé en la cama con la única compañía de una carta en la que la animaba a seguir con su vida, a perseguir su sueño, a resolver sus incógnitas.... Lo dejé todo en el aire... Y tal vez el aire o algún jodido inglés engreído haya cogido lo que es mío.

—La cuestión es —Jack procuró que Carlos dejase de regodearse en su desgracia —qué cojones piensas hacer al respecto ahora que sabes que, tal vez mañana, Mel esté de vuelta en Madrid. Si me aceptas el consejo... arrastrarte a sus pies es la mejor de tus opciones. Eso sí —Jack palmeó la espalda de su abatido amigo —Tal vez un cambio de look te ayude, tío... tienes un aspecto horrible.

—¿Cómo voy a hacer para irme a Madrid con Clarita a mi cargo?

—Escucha —Jack sabía que Carlos estaba demasiado agobiado y demasiado disgustado como para tomar las decisiones más sencillas —Esto es lo que Jaime nos ha transmitido. Ellos lo han organizado todo. Mel volará de Londres directa al cementerio de Madrid dónde descansan sus abuelos. Allí, a la hora del mediodía, van a enterrar a Juan en una ceremonia íntima, va a haber presencia policial y van a cerrar el cementerio durante una hora, así que tienes margen de sobra para ir a tu casa y recuperar tu aspecto original. ¿Hasta cuando

debes cuidar de Clarita?

—Una semana más —La mente de Carlos comenzaba a despejarse y a trazar planes, los más inmediatos eran una visita a su caja fuerte y una llamada para reactivar la reserva que había anulado antes de partir a la sierra —Luego se irá con mi hermana.

—Bien. Clarita va a pasar una semana de vacaciones con Anne y con mi madre. La Fundación Anderson organiza un campamento de verano todos los años, mi madre trabaja allí como una monitoria más y Clarita lo pasará de maravilla. ¿Le gustará?

—Pregúntaselo tú tío... —Carlos había visto como Clarita se acercaba por el camino empujando su bicicleta y con el pelo aún mojado por el último chapuzón de la tarde.

—Hola —Clarita supo que sus días en la sierra habían terminado hasta la vuelta de su madre. Jack Anderson estaba allí, su hermano parecía haber llorado y los dos la miraban como intentando averiguar cuál era la mejor manera de darle las malas noticias ¡Hombres!... —¿Cuándo nos vamos? Me muero de hambre ¿Podremos cenar antes?

Jack y Carlos se quedaron de piedra ante las palabras de la adolescente.

—¿Cómo sabes que nos vamos? —preguntó su hermano arrepintiéndose en el mismo momento de haberlo hecho. Clarita iba a regodearse como un pavo real con su repuesta. No se equivocó.

—Venga ya... que no soy idiota... Llevas semanas vagando como alma en pena por todo el pueblo... he tenido que inventarme una especie de retiro espiritual para zanzar las especulaciones de las cotillas del pueblo... Además — Señaló a Jack con la cabeza —Jack no vendría de visita sin su mujer embarazada —Se encogió de hombros —Supongo que por fin vas a arreglar lo que sea que hayas estropeado con tu novia. Voy a ducharme —Clarita le dio la espalda a los dos amigos que continuaban mirándola como dos papanatas y le gritó a su hermano antes de entrar en la casa —Por cierto, tu teléfono está en una caja debajo de la leña de la chimenea.

—Joder con tu hermanita.... —Jack estaba alucinado con el desparpajo de Clarita —Va a ser de armas tomar...

—Lo sé —Reconoció Carlos con una sonrisa torcida —Demasiadas maestras a su alrededor... Vamos Jack... te debo una cena y luego nos iremos.

—Buen plan. Llamaré a Helena para avisarla ¿Quieres hablar con ella?

—Tú estás loco ¿Acaso quiere el ratoncillo hablar con el gato que va a

devorarlo? —Carlos negó con la cabeza —Paso... El resto de mi vida va a decidirse mañana y tengo mucho en lo que pensar.

Carlos cerró la puerta de su casa y miró el reloj, era casi la una de la mañana. Jack se había llevado a una Clarita media dormida a la casa familiar de los Anderson, al día siguiente partirían hacia el campamento de la Fundación. Le debía a Lucía un gran ramo de flores por el enorme favor que le estaba haciendo, sin Clarita por el medio, podía centrarse en su objetivo, volver a introducir a Mel en su vida, para ésta vez, cambiar todo lo que fuera necesario y hacerla sonreír cada día. Apenas había comenzado a subir las escaleras cuando el timbre de la puerta sonó. Extrañado acudió a abrir y casi se cae de espaldas cuando vio a Lola traspasar el umbral de su casa con un cabreadismo Gus tras ella.

—Bien. Ya era hora —Lola le tendió la mano a Gus —Dame mi maletín — Luego se dirigió a Carlos y continuó impartiendo órdenes —Al cuarto de baño... voy a cortarte esa melena de surfista decadente para darte el aspecto adecuado.

Carlos miró a Gus, que seguía con el ceño fruncido, por encima de la cabeza de Lola.

—Es la una de la mañana. Está embarazada de gemelos. Debería estar durmiendo.

—Lo sé —Reconoció Gus con voz seca —Se lo he dicho —Precisó — Varias veces.

—Me he librado de los puños de Jack pero esta vez Héctor va a hacerme pedazos...

—También lo sé —Gus esbozó una sonrisa torcida —Va a hacer papilla tu bonita cara por esto.

—Bobadas... —Lola les señaló a ambos con el dedo índice —El primero que se vaya de la lengua es hombre muerto.

—Lola... nena... ¿Cómo te encuentras tú? —Carlos abrazó a su amiga, la veía demasiado entera como para acabar de enterarse de la muerte de su exmarido maltratador.

—Prefiero centrarme en pensar en Mel. Yo poco importo ya... no quiero pensar en el pasado —Lola se acarició el vientre —El futuro está aquí y es lo único que cuenta para mí.

—Nena... no se yo si esa actitud es buena para ti... recuerda lo que pasó cuando te lo tragaste todo... —Carlos no olvidaba la terapia que había necesitado Lola para poder librarse de su monstruo particular.

—Va a hablar con el doctor ese quiera ella o no —Intervino Gus —O pide



la cita mañana a primera hora o la pido yo. Órdenes del jefe.

Ambos hombres asintieron conformes y, mientras uno se dirigió al baño seguido de cerca por Lola, el otro se dispuso a repantigarse en el sofá para matar unos cuantos zombis en la consola del abogado.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 28

*“Nunca creas que eres tan bueno o importante, tan correcto u orgulloso, que no puedas arrodillarte a los pies de alguien a quien lastimas y ofrecerle una disculpa sincera y humilde.”*

*Richelle E. Godrich*

Sentada en el asiento del acompañante del vehículo que Héctor había alquilado, Mel cerró los ojos fingiendo dormir. Sin tener aún muy claro lo que el amigo de Carlos pensaba de ella, prefería reducir la conversación a la mínima cortesía imprescindible, todo un arte que había aprendido en las semanas que Mel llevaba viviendo con su tía Rose. Las lágrimas de la anciana diciéndole adiós desde el jardín le partieron el corazón. Rose había tomado el mando de la situación cuando Héctor les comunicó el motivo de su viaje, Mel había revivido la escena una y otra vez. La tarde era lluviosa y, tras la hora del té, Mel y Rose estaban delante del ordenador ojeando fotos para inspirarse en el estilo de decoración inglés de una floristería tradicional. El potente rugido de un motor hizo que ambas levantaran la cabeza para ver qué vecino las visitaba a aquella hora ya tardía. Mel había palidecido al ver a Héctor bajar del coche deteniéndose para escrutar la fachada de Little Rose. Tía Rose debía de haber reparado en su turbación porque fue la primera en hablar.

—Querida... ¿Ese hombre tan imponente es tu Carlos?

—No —Mel negó con la cabeza y le respondió al tiempo que se levantaba intentando controlar los latidos de su corazón y el repentino temblor de sus manos —Es Héctor, es el marido de Lola, mi ex cuñada.

—Vaya... pues sí que es guapo el muchacho... y alto, es muy alto —Precisó Rose —¿Qué habrá venido a hacer aquí?

Mel negó con la cabeza, tenía un mal presentimiento, si Héctor había viajado hasta allí algo malo había sucedido y ella tenía pánico a que algo le hubiese sucedido a Carlos o a Lola y los bebés. Rápidamente descartó esa última posibilidad, aquel macho alfa no estaría allí si su mujer estuviese en peligro. Sin mirar a Rose le respondió de manera mecánica.

—Pronto lo sabremos, por cierto tía Rose... Carlos es más alto que Héctor y mucho más guapo.

Rose no pudo contener una risita nerviosa por la respuesta de su sobrina a pesar de que, mucho se temía, aquel hombre iba a provocar el regreso anticipado de Mel a España.

Héctor se encontró con que la puerta se abría ante sus narices justo cuando se disponía a golpearla con la aldaba destinada a tal fin. Se encontró frente a frente con Mel y una encantadora anciana, aquella debía de ser la tía Rose, quien lo sometía a un exhaustivo escrutinio parapetada tras su sobrina. Mel tenía buen aspecto, parecía relajada, su atuendo era sencillo e informal, parecía una adolescente con aquellos jeans azul oscuro y una camiseta blanca, pero Héctor sabía que no era una niña, era toda una mujer que había puesto patas arriba el mundo de su amigo Carlos y cuya fortaleza parecía haber sido subestimada por todos tras haberla conocido en un momento muy vulnerable. Héctor iba a comprobar de primera mano cómo la fortaleza de aquella mujer sufría un nuevo golpe. Iba a saludarla pero Mel lo interrumpió con una pregunta inesperada.

—¿Están Lola y los bebés bien? Doy por hecho que sí, de lo contrario dudo mucho que estuvieses aquí.

—Están bien —Héctor asintió pesaroso de haber prejuzgado a Mel —No te equivocas, ni un ejército me movería de su lado si alguno de ellos estuviese en peligro.

Mel asintió con el corazón latiéndole cada vez más rápido, entonces tenía que ser Carlos, la voz le tembló al preguntar.

—¿Carlos?

Rose no perdía detalle de la conversación ya que ambos jóvenes estaban hablando en inglés y su instinto le decía que una tormenta emocional sacudiría a Mel en cuanto aquel hombre desvelase el motivo de su visita. Los temas familiares debía de tratarse en la intimidad del hogar y por eso metió baza sosteniendo a su querida sobrina por el brazo.

—Querida... Creo que es mejor que mantengamos esta conversación en la intimidad de nuestro salón. Vamos.... Tal vez este joven desee tomar un té.

Mel asintió consciente de que estaban a la vista de cualquiera que pasase por delante de Little Rose y que las especulaciones sobre la identidad del visitante no tardarían en estar en las bocas de las viejas cotillas del vecindario. Contuvo un grito de frustración porque necesitaba que alguien le dijese que Carlos estaba bien. Nunca hubiera imaginado que amar podría resultar tan duro, Carlos era su todo y, a pesar de que las cosas se habían torcido, lo amaba tanto que dudaba mucho que pudiera recuperarse alguna vez si algo malo le sucedía.

Héctor franqueó el umbral de la casa y reparó en la decoración típica de una antigua casa de campo inglesa, olía a limón fresco y siguió a la anciana que los conducía con paso lento pero firme hasta el pequeño salón familiar. Esperó

pacientemente a que Mel ayudase a sentarse a su tía en el que, sin duda, era su sillón favorito y eso le sirvió para comprobar el mimo y el cariño con el que Mel trataba a su recién encontrada tía. Podría alegrarse por ellas si no fuera porque sabía perfectamente que con su decisión de encontrar a la familia perdida de Mel había causado un daño a Carlos. Sólo esperaba que el daño no fuese irreparable y que el destino volviese a colocar las cosas en su sitio.

Mel sabía que la educación de su tía requería cierta cortesía con la visitas, así que le señaló a Héctor el sillón donde debía sentarse e hizo uso de los restos de su paciencia para ofrecerle la consabida taza de té inglés. Por fortuna para ella, Héctor declinó la invitación y por fin Mel pudo ocupar su sitio en el sofá.

—Soy Rose Taylor. Encantada de conocerlo señor... —Rose no iba a reprender a Mel por no haber efectuado las presentaciones de rigor. Su sobrina estaba muy pálida y las manos que tenía apoyadas en el regazo no dejaban de temblar.

—Encantada de conocerla señora Taylor, soy Héctor Avellaneda un... —No podía definirse como tal pero no tenía demasiado tiempo para explicarle —un amigo de su sobrina Mel.

Mel arqueó una ceja burlona fijando la mirada en Héctor, había que ser osado para autoproclamarse su amigo cuando había hecho todo lo posible por separarla de Carlos.

Héctor encajó como pudo el gesto de Mel, era el justo pago por la manera condescendiente con la que él mismo y Jack habían tratado a la joven. Héctor odiaba ver a una mujer vulnerable, pálida y asustada por el miedo y Mel, tensa en el sofá, no podía ocultar su desasosiego por la incertidumbre. Él no estaba dispuesto a contribuir más a su turbación, por lo menos, en lo que se refería a Carlos.

—Mel, no es por Carlos por lo que he venido, hasta dónde yo sé, está en su casa familiar de la sierra cuidando de su hermana pequeña. Hemos intentado localizarlo pero su teléfono está apagado. Cuando yo estaba embarcando en Madrid, Jack salía en su busca.

Aliviada por que Carlos estuviera bien y disgustada porque tenía la sensación de que, una vez más, para él la solución para todos los problemas era la huida, Mel se dispuso a averiguar qué era lo que había llevado a Héctor hasta Inglaterra.

—Entonces tú...

—Estoy aquí por tu hermano —No había una manera delicada de

comunicar aquella noticia así que Héctor, fue franco, conciso y parco en palabras —Juan ha fallecido. Sucedió ayer durante una reyerta en el comedor de la prisión, no han querido darnos demasiados detalles pero al parecer ese traficante al que le debía dinero se ha tomado la justicia por su mano y ha saldado la deuda encargando el asesinato de tu hermano. Lo siento mucho Mel —Héctor guardó silencio. No había mucho más que decir, sobre todo cuando lo último era la mayor mentira que él había dicho en su vida ya que, en la soledad de su salón, mientras Lola dormía impactada por la noticia recibida, él había brindado con su mejor ginebra por la muerte de aquel hijo de puta que tanto daño le había causado a la mujer de su vida y que, a punto había estado de acabar también con su relación.

Rose ahogó un gemido al escuchar la noticia y se tapó la boca con la mano porque sabía de primera mano que el hermano de su sobrina era un mal hombre, sin embargo, no se atrevía a pronunciarse hasta ver cómo Mel encajaba la noticia de su fallecimiento.

El frío helador que Mel conocía tan bien volvía a penetrar por los poros de su piel congelando sus emociones. Juan muerto, asesinado, fuera de su vida para siempre, fuera de este mundo para siempre, fuera de la vida de todos a los que había dañado en su camino, Lola, Helena, sus empleados... ella misma... Por eso las últimas palabras de Héctor le chirriaban en los oídos.

—No es necesario que finjas pesar, probablemente hayas celebrado la muerte de mi hermano. No te culpo por ello. Por fin Lola puede respirar tranquila, y, si hay alguien en este mundo que lo merezca, esa es ella.

Héctor intentó encontrar las palabras, la generosidad de Mel era abrumadora y le recordó una expresión que su madre decía con cierta frecuencia, era algo sobre las almas blancas que habitaban en este mundo, esa clase de personas cuyo primer pensamiento era para los demás y nunca para ellos mismos y Mel acababa de demostrarle que ella era una de esas almas blancas y Jack y él, en vez de alegrarse por que hubiese entrado en sus vidas, habían procurado echarla a patadas del lado de su amigo. Carlos era afortunado de haber elegido a Mel y ella merecía un hombre como el abogado a su lado, un hombre fuerte y enamorado que pusiese el mundo a sus pies. En ese mismo instante, Héctor se prometió que no descansaría hasta que estuviese bailando con Lola en la boda de Carlos y Mel.

—Querida... tú también lo mereces —Rose se había levantado para sentarse justo al lado de su sobrina quien aún no había derramado ni una sola

lágrima y aquello, por muy malo que hubiese sido Juan, no era algo natural. Era evidente que Mel estaba en shock, probablemente estuviese siendo golpeada por emociones contrapuestas, pena y alivio al mismo tiempo e incluso era probable que se sintiese culpable por sus sentimientos —Bien sabe Dios que la vida te ha llevado por un camino tortuoso desde el mismo momento de tu nacimiento, Mel... no está mal sentir alivio por la muerte de una mala persona pero tampoco está mal sentir pena por la muerte de esa misma persona. Puede parecer una locura pero así es, sobre todo cuando has convivido con esa persona casi toda tu vida. Sin duda ha habido momentos muy malos, pero tal vez entre ellos asome de vez en cuando algún recuerdo agradable. Nadie debe sentirse culpable por sus sentimientos querida, nadie...

—No voy a echarle de menos —A Mel le tembló la voz —Me gustaría pensar que con su muerte se saldan todos sus pecados pero no estoy muy segura de que sea así... ha habido demasiado sufrimiento durante mucho tiempo, los abuelos, Lola...

—Mel... sé que no soy tu persona favorita en estos momentos... —Héctor no podía quedarse callado más tiempo pero Mel no le dejó continuar...

—Lo único que sé de ti es que quieres a Lola con locura, la cuidas y la proteges por encima de todas las cosas y, eso es para mí más que suficiente. Te respeto por ello, sin embargo, lamento decirte que te equivocas, soy yo la que no soy tu persona favorita en estos momentos, pero eso es algo con lo que estoy dispuesta a convivir con tal de ver a Lola feliz.

Joder con la elocuencia de la chica... era capaz de derribar a un hombre sin alzar la voz, cantando las verdades con un tono de voz firme y tranquilo a la vez. Aquella chica tenía demasiado asumida la falta de cariño a su alrededor, reconocía a la soledad como su compañera y no se sorprendía por sentirse rechazada. La historia que Carlos les había contado sobre Mel aquella tarde mientras; sentados en la hierba del jardín de los Anderson, los tres amigos se reconciliaban; acudió a su mente. Sentía mucha pena por Mel y se sentía como un miserable por haber contribuido a ello con su comportamiento.

—Tal vez me haya precipitado algo en mis conclusiones... —Se aventuró a decir.

—Eso poco importa ya —Mel no tenía la cabeza como para afrontar esa clase de conversación con Héctor, se volvió hacia su tía Rose —Tía Rose... he de adelantar mi partida.

—Por supuesto querida... lo entiendo —Rose ocultó todo el dolor de su

corazón por no poder acompañar a su sobrina durante todo aquel trance.

—Nuestro vuelo sale de Londres a mañana a mediodía —Se apresuró a explicarle Héctor aliviado de poder demostrar su cambio de actitud con hechos en vez de con palabras —Llegarás justo a tiempo para el entierro, Jaime Velasco te esperará en el aeropuerto, lo han organizado todo para cerrar el cementerio durante una hora, por eso han decidido hacerlo a las dos de la tarde. Tienen constancia de que ya estás fuera de peligro pero prefieren ser prudentes y te seguirán durante un tiempo. No quiero abrumarte con los detalles pero parece que, con la muerte de tu hermano, ese peligroso traficante da el tema por finiquitado.

Mel asintió intentando asimilar la avalancha de información. Juan, su hermano, su única familia hasta entonces había fallecido. Tal vez Rose tuviese razón y, en un futuro, pudiera reconciliarse con la figura de su hermano, sin embargo ahora, pesaba demasiado todo lo malo, comenzando por el sentimiento de abandono cuando Juan la había alejado de su vida nada más convertirse en su tutor, la desaparición de su herencia, las mentiras sobre Lola hasta el descubrimiento final de la realidad, que no era otra que tenía por hermano a un traficante maltratador que no había dudado en involucrarla en sus tejemanejes, Mel no podía olvidar eso, el golpe de su espalda aún no había desaparecido del todo y se lo recordaba cada vez que se veía en el espejo. ¿Recuerdos buenos? Mel no quería pensar en lo que significaba que a su mente no acudiese ni un solo recuerdo bueno, ni tan siquiera en su infancia... Era tan triste y a la vez tan patético, que hacía que se sintiese doblemente agradecida por haber encontrado a la tía Rose y, le pesase o no, eso debía agradecerse al hombre que tenía delante de ella. Mel estaba muy nerviosa porque reconocía que en ella estaba creciendo una cierta resistencia a abandonar Little Rose, tal vez se tratase de su eterna necesidad de rutinas, tal vez tuviese pánico a salir de aquella burbuja para averiguar cuál era la respuesta a la última incógnita ¿Qué pasaría con Carlos? ¿Querría él recibir su amor? ¿Seguiría amándola? Sentía vértigo ante la perspectiva de encontrarse con él en Madrid y sentía el mismo vértigo ante la posibilidad de que ese encuentro no se produjese. Recordó las palabras de Lola sobre las redes de seguridad y Mel decidió que ella también necesitaba una y, sabía exactamente dónde estaba esa red.

—Muy bien. Como siempre le he dicho a Jaime, haré todo lo que él me diga. Viajaré contigo a Madrid, asistiré al entierro de mi hermano y luego — Miró a Rose y le dio un ligero apretón de manos —volveré a Little Rose. Necesito pasar más tiempo con mi tía Rose, tal vez el resto del verano o tal

vez...

No, no y no... aquel no era el plan... Héctor y Jack iban a propiciar el reencuentro de la pareja y para ello necesitaban a Mel en Madrid, no a cientos de kilómetros de distancia. Por fortuna, la tía Rose era una mujer sensata y, a juzgar por sus siguientes palabras, nada egoísta.

—Querida... nada me haría más feliz que tenerte aquí a mi lado pero sabes tan bien como yo que éste no es tu sitio —Rose le señaló el ordenador —Tienes un proyecto empresarial que sacar adelante, una Taylor no abandona sus sueños así como así. Además... —Rose miró a Héctor arqueando una ceja buscando su complicidad, esperaba que el muchacho fuese lo suficiente espabilado como para entender cuál era su propósito —si no me equivoco... alguien te espera en Madrid.

Estupefacta por que la tía Rose hablase de Carlos delante de Héctor, Mel levantó la mirada que había fijado en la alfombra y se topó con los ojos negros de aquel hombre que la miraban fijamente.

—Mel... tu tía Rose tiene razón. No puedo hablar por Carlos, eso ha de hacerlo él y no creo que me agradeciese la intromisión pero, hablo desde mi experiencia personal cuando te digo que cuando yo me enamoré de Lola y antes de mí le sucedió a Jack, ya no hay marcha atrás. No se puede luchar en contra de dos destinos que se pertenecen.

—Yo no sé si eso va a poder ser así... yo no sé si él todavía... —En esta ocasión las lágrimas sí brotaron con naturalidad.

—Mel... somos especialistas en estropear las cosas, Jack lo hizo, en menor medida, yo también lo hice... pero durante el tiempo que permanecimos separados, no dejé de pensar en Lola ni un minuto... Me jugaría mi nueva casa a que Carlos no está pasando por su mejor momento.

—Mi sobrina tampoco lo ha hecho... Joven... no vaya a pensarse que Mel ha estado aquí de vacaciones... ha venido a recuperar su pasado para poder encarar su futuro y no ha perdido el tiempo, no señor... lo ha aprovechado para reconciliarse con su verdadera vocación, adquiriendo todos los conocimientos de los Taylor. Sepa usted que yo soy su familia y que voy a respaldarla en todas sus decisiones... Creo que el sitio de Mel está en Madrid pero no se equivoque... si ella decide volver... Little Rose ya es su casa y podrá ser su futuro como una vez fue el mío. Vino aquí sola, sin familia, sin pareja... pero ya no está sola... Ojalá sea verdad lo que usted dice, ojalá ese Carlos ame a mi sobrina como usted ama a su esposa... eso querrá decir que he sido tremendamente afortunada en mis



últimos años ya que, no sólo he ganado una hija que le ha dado sentido a todo lo que mi Declan y yo hemos hecho durante toda nuestra vida, si usted lleva razón, entonces también habré ganado un hijo.

Mel tenía un nudo en la garganta que la ahogaba y no la dejaba respirar, las lágrimas caían sin descanso por sus mejillas y se sujetaba con fuerza la cabeza para evitar estremecerse sollozando como una niña... Era horrible pensar que la muerte de Juan le había traído la respuesta definitiva, con Carlos o sin Carlos, Mel tenía un lugar en Little Rose y eso, eso era una de las cosas que, sin ser del todo consciente, su corazón llevaba años buscando. Pertenecer. Uno podía soportar vivir en otros lugares del mundo, pero lo que era muy difícil de soportar era vivir sin raíces. Las personas necesitaban saber que siempre había un lugar al que volver y, en el caso de Mel, Little Rose era ese lugar.

Héctor odiaba ver llorar a una mujer y ahora tenía ante sí a dos mujeres llorando a lágrima viva. Se levantó del sillón y se arrodilló ante Mel y ante su anciana tía. Le tomó las manos a ambas y entonces supo lo que debía de decir.

—Mel... nunca he conocido a nadie como tú... adoro a mi mujer, lo ha pasado muy mal durante una época de su vida pero, por fortuna, contaba con el apoyo incondicional de mis suegros. Sin embargo tú... no sé cómo demonios te mantienes en pie con todo lo que has tenido que pasar. A pesar de que es probable que Carlos aún me odie por apartarte de su lado yo no me arrepiento de haberte traído aquí, al revés, me alegro enormemente de que hayas encontrado tus raíces, tu red de seguridad y.... cariño... sabes tan bien como yo que tu tía Rose va a adorar a Carlos, no puede ser la excepción a la regla... del mismo modo que sabes que él va a quererla, ya no porque veo que es una mujer excepcional, sino también por todo lo que ella significa para ti. No lo dudes Mel. Carlos estará esperándote con los brazos abiertos.

El coche se detuvo y Mel abrió los ojos. Habían llegado al aeropuerto. Miró por la ventana, el día era oscuro y gris, como su estado de ánimo. Por fortuna no llovía, de lo contrario, Mel iba a empaparse con aquellos zapatos de tacón de aguja que la tía Rose había rescatado de uno de los armarios de Little Rose. Mel había agradecido que Héctor rechazase con cortesía la invitación de su tía a cenar, al parecer, se había alojado en un pequeño hotel del centro. Una vez solas, Mel apartó a un rincón de su corazón todos y cada uno de sus sentimientos y se envolvió de la fría practicidad que durante tantos años había sido su compañera de viaje.

—Tía Rose... voy a hacer una pequeña maleta, estaré en Madrid el tiempo

justo para resolver las cuestiones que sean necesarias pero voy a volver. No me importa lo que diga Héctor, no voy a despedirme de ti de un día para otro —Mel procuró que su tono de voz fuese lo suficientemente firme como para que la tía Rose no tratase de hacerla cambiar de opinión.

—Querida —Rose sabía que cuando una Taylor tomaba una decisión, era inútil tratar de llevarla por otro camino, sin embargo, ella estaba mucho más curtida en la sutileza que su sobrina y no dudó en dejarle claras cuáles eran sus expectativas —Estás en tu casa. Puedes entrar y salir a tu antojo, ni siquiera tienes que avisar. Eso sí —Rose procuró contener una sonrisa —Aprovechando que no estarás, voy a reformar tu dormitorio.

—Tía Rose... —Mel estaba desconcertada ¿Cómo era posible que Rose pensase en una reforma en aquellas circunstancias? No parecía nada propio de ella distraerse con temas banales cuando había una crisis a su alrededor —No te preocupes... la habitación está bien como está.

—Bobadas... —Tía Rose alzó una ceja mirándola fijamente —Esa cama no es lo suficientemente grande para dos, sobre todo si ese muchacho es tan alto como dices...

Mel abrió y cerró la boca varias veces boqueando como un pez fuera del agua mientras trataba de buscar una réplica a su tía que estaba dando por hecho que Carlos la acompañaría en su viaje cuando ni ella misma era capaz de imaginar cómo iban a reaccionar ambos si se reencontraban en Madrid.

—Tía Rose... yo no sé...

Rose no estaba dispuesta a enzarzarse en una discusión sobre los sentimientos de Mel, que por otro lado, estaban más que claros, sobre todo cuando el tal Héctor estaba seguro de que Carlos la amaba por encima de todas las cosas. No señor, Rose tenía otros planes, sabiendo exactamente que su sobrina no había traído de España otra cosa que vaqueros, camisetas y alguna que otra chaqueta de punto, estaba decidida a que ese tal Carlos se cayese de espaldas cuando su sobrina bajase la escalerilla del avión. Por fin, aquellos vestidos de firma que había guardado con tanto mimo, iban a tener una segunda vida. Le dio la espalda a Mel y comenzó a subir la escalera.

—Querida acompáñame —Rose mantuvo silencio hasta que comprobó que, como una buena hija, Mel la seguía —Yo sí sé... puede que esté vieja, pero aún no he olvidado ciertas cosas... Lo primero que sé es que, por muy desgraciadas que sean las circunstancias, una dama siempre ha de vestir con elegancia. Esa ropa que tienes está muy bien para andar trasteando por el jardín o por el pueblo,

pero desde luego, no es lo más apropiado para un funeral y ya que estamos, tampoco para reencontrarte con el amor de tu vida. Te diré lo que vas a hacer... vas a probarte unos cuantos vestidos y unos buenos zapatos. Vas a darte un baño, te vas a deshacer de esa coleta y te peinarás tu estupenda melena. Vas a arreglarte un poco esas manos, aunque tendremos que prescindir del esmalte, hace siglos que yo no me pinto las uñas... En definitiva querida... puede que de Madrid saliese una niña desamparada, asustada y con el corazón roto pero a Madrid volverá una mujer que pisa suelo firme con confianza... una Taylor, Mel, no lo olvides... Madrid, Carlos y todos los demás van a conocer a una verdadera mujer Taylor.

Al fin su compañera de viaje había abierto los ojos. Héctor no estaba muy seguro de si ella había dormido realmente o simplemente había fingido hacerlo para no tener que conversar con él. Observó cómo Mel se alisaba la falda de aquel vestido negro que le sentaba como un guante. Se había quedado con la boca abierta cuando la había visto descender por las escaleras de Little Rose. Allí no había rastro de la joven que Héctor pensaba conocer, sabía distinguir a la legua un vestido de firma y aquel, sin duda alguna, lo era, tal vez un Chanel o un Dior, lo que estaba claro era que la imagen de la mujer que lo vestía era imponente. Subida a unos altos tacones de aguja, la falda evasé se balanceaba ligeramente al ritmo de sus pasos. Sobre el cuello redondo del vestido, Mel lucía una fina gargantilla de pequeñas perlas. Con los brazos al aire por la ausencia de mangas, Héctor sonrió satisfecho cuando vio que Mel seguía luciendo la pulsera que Carlos le había regalado, aquello era buena señal. Héctor también se percató de que Rose esperaba ansiosa su reacción ante la aparición estelar de Mel y, con un breve asentimiento de cabeza, le mostró su aprobación. Mientras Mel se afanaba por colocarse el clásico bolso negro de piel firmado por Chanel que toda mujer codiciaba, la anciana se había acercado a él deslizando discretamente un sobre en sus manos. Héctor lo guardó en el bolsillo de su chaqueta al tiempo que escuchaba las explicaciones de Rose.

—Le he escrito una carta a su amigo Carlos. Confío en su discreción a la hora de hacérsela llegar.

Héctor asintió y se volvió para recibir a Mel quien se acercaba con paso firme hacia ellos.

—Estás muy guapa Mel... pareces otra mujer.

Mel respondió, asintiendo brevemente con la cabeza, en cambio la tía Rose no iba a morderse la lengua.

—Joven... Mi sobrina es la misma mujer que vino aquí, pero al mismo tiempo es una nueva mujer... Sólo espero que los que han estado tan ciegos para no verla ahora no les quepa duda que la chiquilla con la que pensaban estar tratando nunca existió.

Héctor encajó el golpe con elegancia y abrió la puerta de Little Rose aguardando con paciencia a que tía y sobrina se despidiesen, escoltó a Mel hasta el coche.

—Llevas una maleta pequeña... —observó Héctor y se quedó mudo ante la firme respuesta de Mel.

—Pronto volveré... aún no he terminado del todo lo que quería hacer aquí.

Nada más arrancar, Mel había cerrado los ojos. Ahora Héctor la miraba con curiosidad y cierto respeto. Mel había demostrado ser una mujer valiente y leal. Les había dado a todos una gran lección acerca de cómo afrontar los reveses de la vida y, de corazón, le deseaba que su racha cambiase de una vez por todas.

—Mel.. antes de embarcar me gustaría decirte varias cosas... —Héctor esperó a que Mel volviese la cabeza y centrase la atención en él en vez de en el aparcamiento del aeropuerto —Lo primero es disculparme por haberte prejuzgado con tanta dureza y, a consecuencia de ello, haber intentado activamente boicotear tu relación con Carlos. Lola, como siempre, tenía razón. Eres una buena chica y mereces un destino mejor. En Madrid no tendré ocasión de hablar contigo a solas, así que, desde ya y, sin saber cómo transcurrirán las cosas, me gustaría decirte que me haría feliz verte de nuevo con Carlos. Junto con Jack, es mi mejor amigo, quiero que sea feliz y creo que contigo podrá serlo. Además sé que se desvivirá por hacer feliz a la mujer que ama y sé que él te ama. En definitiva... aunque mi palabra aún no tenga demasiado peso para ti te digo que, salgan las cosas como salgan, desde hoy, tienes en mí a un amigo para lo que necesites. Lo que sea Mel...

Mel tragó saliva. No era justo. Era previsible que aquel fuese un día plagado de emociones contradictorias y apabullantes, había aguantado sin llorar la despedida de la tía Rose y ahora Héctor le ponía un nudo en la garganta con sus palabras. Apenas había transcurrido media mañana y ella ya había estado al borde de las lágrimas dos veces... y lo que quedaba por llegar. Héctor merecía una respuesta sincera y el carácter de Mel no era compatible con los conflictos así que, fijó su mirada en el atractivo hombre que hacía feliz a Lola y le respondió desde el corazón.

—Hace tiempo que estás perdonado, tú y Jack, de hecho, siempre

comprendí vuestra postura y, en cierto modo, me habéis abierto los ojos —Mel recordó como sus palabras la habían hecho reflexionar sobre lo inapropiado de trabajar con Carlos —Nunca os odié. Sólo querías lo mejor para vuestro amigo y, lamentablemente para mí, tal vez lleváseis razón entonces —Mel detuvo la protesta de Héctor levantando la mano —No. Deja que termine. El futuro es incierto para todos, pero para algunas personas es más incierto que para otras. Yo estoy en el primer grupo pero agradezco tu oferta de amistad y, desde luego, yo estaré ahí para todo lo que Lola y tú necesitéis de mí.

—Mel... Es tan evidente que estáis enamorados...

Mel esbozó una sonrisa forzada.

—A veces, ni tan siquiera con eso es suficiente —Mel no quería hablar de Carlos, no podía hacerlo si quería sobrevivir con cierta dignidad al entierro y funeral de su hermano, así que miró su reloj y sentenció mientras abría la puerta del coche —Creo que debemos dirigirnos ya a la puerta de embarque.

Héctor detuvo la huida de Mel agarrándola por la muñeca. Era un caballero y no iba a consentir que ésta descendiese del vehículo antes de que él le abriese la puerta.

—Espera. Déjame ayudarte —Héctor rodeó con rapidez para sostenerle la puerta a Mel mientras daba su mano para ayudarla a salir. No la soltó. Cerró a puerta del coche y, ante la mirada asombrada de Mel levantó su mano y depositó un ligero beso en su palma —Gracias por tu perdón y por tu amistad. Hoy es un día difícil para ti y voy a ser todo lo bruto, atrevido e inoportuno que mi mujer me recrimina siempre. Has perdido a tu abuelo, a tu padre y a tu hermano... Mel me encantará llevarte al altar el día de tu boda con Carlos —Héctor sonrió ante la cara estupefacta de Mel y evitó que ésta respondiese colocando el dedo índice en los labios que habían enloquecido a su amigo —Hora de embarcar.

De la mano de Héctor y anonadada y sin palabras tras su discurso, Mel cruzó el aeropuerto hasta la puerta de embarque. Una vez en el avión, su nuevo amigo, le dio una palmadita en la mano y, condescendiente, le ordenó cerrar los ojos y descansar. Como siempre, Mel obedeció sabiendo que, con probabilidad, el descanso no estaría en su agenda en cuanto pusiese un pie en Madrid.

## CAPITULO 29

*“Sólo nos separamos para reencontrarnos.”*

*John Gay*

En el aeropuerto, Mel se sintió como si fuese una niña pequeña a la que debían acompañar a todos los lados. Así sucedió cuando Héctor se despidió de ella con un abrazo dejándola al cuidado del agente Velasco.

—He de ir a recoger a Lola. La policía no nos dejará entrar en el cementerio pero nos gustaría acompañarte en la misa funeral que han organizado después.

—No. No quiero que vengáis —Mel se explicó ante la expresión aturdida de Héctor —Agradezco todo lo que estás haciendo por mí pero no quiero que Lola pase por esto. Si acude al funeral, los recuerdos que la asaltarán no serán buenos. Eso no será bueno para ella y mucho menos para esos bebés. No los quiero cerca de nada malo. Ellos son lo primero.

—Mel yo... —Héctor agachó la cabeza muy emocionado por las palabras de Mel y muy arrepentido de su comportamiento. Solía alardear de su sentido de la justicia pero, en este caso, la chica de Carlos le había dado una gran lección de humildad y sensatez. Sólo había una cosa que decir —Gracias... significa mucho para mí.

Mel asintió y descartó con rapidez la repentina emoción que sintió al reconocer verdadera sinceridad en el agradecimiento de Héctor. No podía con ello en estos momentos, al batiburrillo de sentimientos que le producía el fallecimiento de su hermano se unía la incertidumbre sobre en qué momento del día se produciría su reencuentro con Carlos y esa incertidumbre estaba destrozando sus nervios. Se mordió el labio inferior y se dirigió al agente.

—Cuando quieras Jaime, estoy preparada —No era cierto, pero nadie tenía porqué saberlo. La tía Rose solía decir que una dama tenía que ser capaz de ocultar sus emociones en determinados momentos y no cabía duda de que aquel era uno de esos momentos.

Jaime Velasco estaba desconcertado. Habían despedido a una chica bonita, inocente, vulnerable y en apenas un mes les habían devuelto a una bellísima mujer con un aplomo y una seguridad en sí misma que habían hecho girar más de una cabeza en su recorrido por la terminal del aeropuerto. Mel no había pronunciado palabra y aún les quedaba un buen trecho hasta el cementerio, comprobó por el retrovisor que la escolta asignada seguía en su sitio y se decidió a romper el silencio que lo incomodaba.

—Mabel te envía un abrazo —Con esa frase cumplía dos objetivos, trasladarle los buenos deseos de su antigua jefa y comunicarle que entre ellos había la suficiente confianza para ser el transmisor de su mensaje.

—¿Mabel y tú?... —No es que Mel tuviese tiempo para pensar en Mabel, por lo menos no podía hacerlo hasta que todo lo de Juan terminase y ella se sintiese libre para trasladarle su propuesta de negocio.

—Mabel y yo... —Respondió Jaime con una sincera sonrisa —estamos tratando de encajar las cosas... No está pasando por su mejor momento.

—Lo imagino. Me alegro por ella... necesita a un hombre como tú a su lado pero si no lo tienes claro... no juegues con ella, no digas las cosas por decir, no la engañes aprovechando su vulnerabilidad... —Mel sabía que venía una protesta por eso se apresuró a continuar —y si lo tienes claro... cuídala mucho. Es una mujer especial, todo corazón.

—Lo sé. Gracias por la advertencia y Mel... —Aprovechó un semáforo en rojo para zanjar el tema —Lo tengo claro.

Carlos tampoco la esperaba en el cementerio, de hecho, delante de la tumba abierta donde su hermano iba a recibir sepultura, no había nadie más que ella, el párroco, Jaime Velasco que la protegía del sol infernal del mediodía con un enorme paraguas negro y los miembros de la funeraria. Mel inspiró profundamente y procuró dejar la mente en blanco. No era capaz de asimilar que dentro de aquel féretro estuviese el cuerpo inerte de su hermano, recordaba los entierros de sus abuelos entre la neblina de las lágrimas y la angustia por el sentimiento de pérdida, ahora no era capaz de llorar y, a pesar del calor, sentía que su cuerpo estaba invadido por un frío helador. Al llegar, Jaime le había explicado que habría agentes de paisano repartidos a lo largo del cementerio, Mel suponía que alguno de aquellos trabajadores de buzo que divisaba a lo lejos no eran otra cosa que policías de incógnito. Las palabras del párroco fueron breves y Mel casi no pudo escucharlas porque un molesto zumbido se había instalado entre sus orejas. Parecía que la migraña estaba tratando de abrirse paso, recordó que Rose había metido unos analgésicos en su pequeño neceser. Allí de pie, sobre aquellos altos tacones, estaba comenzando a sentirse agotada. Se había pasado la noche esforzándose en buscar aquellos recuerdos buenos de los que la tía Rose le había hablado mientras la consolaba. Si alguna vez habían existido, parecían haberse evaporado con el tiempo. Con las horas, había llegado a una conclusión que la hacía sentir incómoda, no había querido a Juan ni Juan la había querido a ella, simplemente habían sido dos personas que se habían visto

obligadas a convivir juntas debido a las circunstancias. Una vez fallecidos los abuelos, desconocía el motivo por el que Juan la había mantenido, estaba todo el tema de la herencia perdida de Mel, Juan había hecho y deshecho a su antojo y eso no hubiese sido posible si su hermana no hubiese visto cubiertas sus necesidades básicas, sin ese soporte, Mel habría dispuesto de su parte a su buen entender y ambos habrían tenido que llegar a acuerdos sobre la propiedad. Manteniéndola, Juan lo había tenido más fácil, tanto, que Mel desconocía por completo cuál era el importe exacto de lo que los abuelos habían dejado para ellos. Interés, había sido simple interés lo que motivaba a Juan, nunca el amor, siempre el interés. ¡Qué diferente era todo con la tía Rose! Mel llevaba un tiempo preguntándose cómo hubiese sido su vida si, en vez de ser acogida por sus abuelos paternos, hubiesen sido Rose y Declan los que la hubiesen tomado bajo su protección. Había querido a sus abuelos de Madrid, mucho, los seguía queriendo y no les reprochaba su falta de alegría, sus convencionalismos y su forma de ver las cosas. Simplemente, se habían visto en la obligación de criar a dos nietos, pero no como abuelos, sino como padres y no estaban preparados para ello. Mel no recordaba un “te quiero” entre ellos, ni con ella, ni con su hermano. Recordaba el beso de buenas noches, recordaba el beso cuando soplaba la vela de cumpleaños.... El abuelo solía abrazarla cuando Mel se sentaba en sus rodillas y solía pellizcarle la mejilla con cariño, la abuela era más distante, más pendiente de que las comidas estuviesen listas a su hora, la ropa bien lavada y planchada y que de que Mel obedeciese todas y cada una de sus normas. De adulta, Mel había comprendido que a la abuela le daba mucho más miedo criar a una nieta que a un nieto, el mundo avanzaba muy rápido y la abuela había decidido no acompañarlo. Nunca había sentido con ellos la conexión que sentía con Rose. Nunca llevaría el apellido Taylor, pero estaba claro que ella era más Taylor que Fernández. Mel se espabiló cuando el párroco dio por terminada su tarea y se acercó a ella, la tomó de las manos y se las apretó con sencillez.

—Mis condolencias, señorita. La acompañaré unos minutos más.

Y allí se habían quedado Mel, escoltada por un policía y un párroco, mientras veía cómo el ataúd de su hermano, el último miembro de su familia paterna, descendía a las profundidades de la tierra de color marrón cuyo intenso olor, en esta ocasión, en vez de reconfortarla, estaba revolviéndole el estómago. Cerró los ojos porque el rítmico golpeteo de la tierra en la tapa de madera del ataúd estaba acrecentado el zumbido en sus oídos, Mel se tambaleó y temió perder el conocimiento. Un fuerte brazo la rodeó por la cintura al tiempo que la



estabilizaba.

—Suficiente Mel —Aquello era demasiado para cualquiera y Jaime no estaba dispuesto a que la pequeña Mel sufriese más de lo estrictamente necesario —Podemos irnos ya. El calor es abrasador...

Mel agradeció el soporte y se recostó bajo el hombro de Jaime, asintió brevemente y dirigió su mirada cansada al párroco quien le sostuvo las manos en un ligero apretón.

—Hija mía... —Nunca había tenido que ofrecer consuelo en unas circunstancias semejantes, sin embargo, las instrucciones de la policía habían sido claras y precisas —No se olvide de Nuestro Señor, aunque a veces nos ponga pruebas difíciles, siempre nos aguarda con los brazos abiertos al final del camino.

—Gracias Padre...

Jaime aguardó unos instantes a que el párroco se retirase y guió a Mel hacia la salida del cementerio, la próxima parada era la capilla del cementerio, allí otro párroco los aguardaba para celebrar una breve misa funeral con la que darían por terminadas las exequias del hermano de Mel. Ésta caminaba bajo su cobijo y Jaime comprobó que tenía el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó.

—Necesito agua para tomarme un calmante... está empezando a dolerme la cabeza —Mel fue sincera. Jaime le había explicado a dónde se dirigían y ella estaba segura de que no soportaría el funeral si no se tomaba antes aquellos calmantes.

—Está bien —Jaime apretó la mandíbula y la condujo hacia un banco de madera a la sombra de un ciprés —Siéntate aquí.

Mel obedeció y asistió estupefacta a cómo Jaime parecía hablarle directamente a su hombro hasta que comprobó un delgado cable que sobresalía de su camisa.

—Necesitamos agua. Daos prisa por favor.

En menos de cinco minutos un jardinero se acercó y, con disimulo, depositó una botella de agua en la esquina del banco. Jaime asintió y se la tendió a Mel.

—Será mejor que te la bebas toda, pero despacito, no queremos que el agua caiga como una bomba en tu estómago vacío. Te prometo que en cuanto todo termine te llevaré a comer algo.

—No tengo hambre —Mel se tomó el calmante con un gran trago de agua. Estaba fría y la revivió por dentro —No te preocupes.

—Me preocupo. Comerás. No voy a consentir que enfermes mientras estás a mi cuidado.

Mel arqueó ambas cejas mirándolo con expresión interrogante. Jaime estaba tenso y apretaba la mandíbula con fuerza.

—Hace unos cuantos años ya que soy mayor de edad, te agradezco que me acompañes pero Jaime... no soy tu responsabilidad.

—Lo eres hasta que yo te deje en manos de quien corresponda —No tenía pensado anticipar los acontecimientos pero Mel no le dejaba otra opción —La capilla no estará vacía. Hemos hecho correr la voz en las empresas de tu hermano, debíamos dar apariencia de normalidad a las exequias y les hemos dicho que deseabas intimidad para el momento de la sepultura pero que accedías a hacer un funeral abierto al público, su abogado y alguno de los empleados del gimnasio han venido.

—Está bien. No me importa —Le respondió Mel, aunque en su fuero interno no deseaba someterse al escrutinio de aquellas personas que no formaban parte de su vida.

—Carlos también estará allí —Jaime comprobó como las manos de Mel comenzaban a temblar mientras alzaba la botella del agua y contenía una exclamación —Quería recogerte en el avión y acompañarte en todo momento. No le hemos dejado.

¡Oh Dios! Carlos estaba a unos metros de allí, nunca hubiera imaginado un reencuentro público dentro de un templo en el que debían guardarse ciertas formas. Tragó saliva nerviosa y odió que sus manos temblasen al compás de los latidos erráticos de su corazón.

—Mira Mel... no voy a entrometerme entre vosotros...

—No sé si aún hay un nosotros...

Jaime odió ver el desamparo en los ojos marrones que parpadeaban sin cesar intentando contener las lágrimas.

—Siempre va a haber un vosotros... decidáis lo que decidáis habéis dejado huella uno el el otro para siempre... —No iba a decirle que cuando un hombre como ellos se enamoraba, no había marcha atrás pero esa era la verdad —Sin embargo... si es demasiado para ti, le diré que prefieres encontrarte con él en otro lugar.

—No —Negó Mel con la cabeza —Tienes razón. Es alguien importante en mi vida y, si él ha decidido estar aquí....

—Bien... —Jaime se alegró y se apresuró a teclear un mensaje en su

teléfono. Mel merecía unos minutos de intimidad con Carlos antes de que el funeral diese comienzo —Escucha... ya no queda nada... voy comprobar unas cosas antes de acompañarte a la capilla, espérame aquí sentada a la sombra, termínate el agua con calma y no te preocupes... hay compañeros vigilándote.

—No estoy preocupada... —Sorpudentemente Mel supo que era así. No estaba asustada por aquellos matones, le habían explicado que la venganza estaba consumada y con todas las medidas de protección que habían tomado con el cambio de nombre y demás o creía que nadie fuera tras ella... lo único que hacía temblar su corazón era la incertidumbre de cómo sería el reencuentro con Carlos y, si era franca, agradecía tener unos minutos para recomponerse antes de volver a verlo —Ve y haz lo que tengas que hacer, no me moveré de aquí.

Jaime asintió y se inclinó para depositar un beso en la mejilla de Mel y no pudo resistirse a decirle un cumplido que le salió del corazón.

—No sé lo que has hecho en Inglaterra pero Mel... te has transformado en una mujer excepcional.

Atónita por sus palabras, Mel observó como Jaime se alejaba dando grandes zancadas hacia la capilla que se divisaba a lo lejos. Sonrió ligeramente pensando en la tía Rose, era ella la que le había devuelto su verdadera identidad, la que había hecho encajar las piezas y funcionar los engranajes. Algún día se lo contaría a Jaime, no había sido ella ni había sido Inglaterra, había sido la tía Rose. Aprovechó los minutos de soledad de los que disponía para cerrar los ojos mientras rogaba que se mitigase el zumbido entre sus oídos, respiró profundamente y procuró dejar la mente en blanco para prepararse para el reencuentro con Carlos. Deseó tener a su lado a la tía Rose diciéndole cómo debía comportarse una dama Taylor en tales circunstancias, sonrió al saber la respuesta. Entereza, dignidad y confianza en si misma. Casi nada. Los pasos de Jaime dejaron de oírse y lo único que se escuchaba era el silencio, Mel conocía muchos tipos de silencio, los había sufrido todos, el silencio incómodo, el silencio cómplice y el abominable silencio de la soledad y el abandono. Sin embargo, no era ese silencio el que sentía y sabía que no lo sentiría nunca más, la tía Rose lo había borrado de un plumazo, la había tomado de la mano y la había colocado en el punto de partida de su nueva vida, ahora tenía un objetivo claro, sacar adelante su proyecto empresarial, sabía que en el camino forjaría lazos y amistades, esperaba contar con Lola aunque no lo daba por sentado, todo iba a depender de si Carlos la acompañaba en ese camino o no porque nunca colocaría a Lola en una posición incómoda. Mel escuchó cómo los pasos de Jaime volvían a acercarse, demasiado pronto... pensó, le hubiese gustado

disfrutar de unos minutos más de sus pensamientos. No abrió los ojos, estaba decidida a apurar hasta el final la paz que había comenzado a penetrar por cada poro de su piel mientras descansaba a la sombra, la necesitaba para afrontar todo lo que aún le deparaba aquel día que, estaba segura, iba a recordar cómo uno de los más largos de su vida.

Carlos apenas podía creer que aquella mujer que estaba sentada en la sombra era la preciosa niña de sus ojos. Paseó la vista por su cuerpo embebiéndose de aquella imagen, desde los altos tacones, pasando por el vestido negro que se ceñía a las curvas de Mel, hasta los brillantes que lanzaban destellos desde las orejas; todo ellos rezumaba clase y elegancia. Otra persona se hubiese dejado caer desmadejada sobre el banco, en cambio Mel, presentaba el porte digno de una reina y su pelo... Oh Dios... su mano temblaba por acariciar las suaves ondas color miel y sentir las sobre su piel desnuda. Frunció el ceño a medida que se acercaba... Mel había perdido peso, los huesos de su clavícula estaba más acentuados y su cara había perdido cierta redondez... aun así estaba preciosa. La imagen de las pequeñas frambuesas que lo tentaba fue directa a su miembro que se irguió expectante contra la liviana tela de su pantalón de traje azul marino. ¡Joder! Regañó a su yo alfa... sólo puedes pensar el follártela durante horas... Su yo no lo negó y la imagen de Mel retorciéndose bajo su cuerpo hizo que la erección fuese algo más que evidente. Tuvo que detenerse y respirar hondo varias veces para recordarle a ese yo que aquella mujer acababa de ver cómo enterraban a su hermano, el único familiar vivo que le quedaba en España y la posibilidad de que Mel decidiese volver a Inglaterra y comenzar allí de cero junto a aquella tía Rose que, según Héctor, la había acogido con los brazos abiertos, fue suficiente para que su miembro volviese al estado de reposo. ¡Joder! Estaba acojonado... su corazón se le salía del pecho y dejaría de latir si Mel desaparecía de su vida... Tenía que conseguir que Mel respondiese que sí, que lo dejase entrar de nuevo en su vida, que volviese a depositar la confianza en él. No iba a volver a cagarla, no señor... Tenía intención de adorarla por el resto de sus días. Carlos tomó aire y se dirigió con paso firme a su destino.

Mel abrió los ojos, el aroma llegó a sus fosas nasales al mismo tiempo que los pasos se detuvieron a su lado. Tembló al ver los ojos del océano ante ella, y le dolió el cuello por el esfuerzo de mirarlo desde su posición, se levantó lentamente sin perder el contacto visual. Carlos estaba más guapo que cuando se había visto por última vez, su piel estaba bronceada y el azul de sus ojos era más intenso por el contraste, su pelo estaba más corto de lo que era habitual en él. Se quedó sin palabras, no sabía cómo actuar ni qué debía decirle, el aplomo la había

abandonado, la serenidad también había huido, la entereza estaba a punto de seguirla también y Mel comprendió que sólo él podía derrumbar esa fachada, sólo él la había visto antes que el resto, él había sabido siempre quién era ella de verdad. En su interior, la colisión de las emociones que la habían asaltado durante las últimas veinticuatro horas fue brutal, contemplar la fuerza arrolladora del océano que la atraía como un imán rompió el dique, cerró los ojos tratando de contenerse pero cuando sintió sobre su cintura el agarre firme de sus dos grandes manos, su rostro se humedeció justo antes de verse arrojada contra el muro protector su pecho, allí apoyó la mejilla y, con un profundo suspiro fue consciente del anhelo que había intentado obviar durante semanas. Era una mujer sedienta ante la única fuente de agua que podía colmar su necesidad. Su garganta no pudo retener más tiempo el sollozo, no le importó, allí en los brazos del amor de su vida, Mel completó su identidad.

Carlos se preguntaba si Mel estaría escuchando cómo su corazón latía errático a toda velocidad. Todo había encajado cuando la niña de sus ojos aceptó recostarse contra su pecho, apenas pudo controlar el temblor de sus manos cuando acarició la suave miel de sus ondulados cabellos. Un aroma a rosas lo envolvía haciendo imposible rebajar la intensidad de su erección que, estaba seguro, Mel estaba sintiendo contra su vientre. Su mano se detuvo sosteniendo su cabeza mientras con la otra acariciaba su espalda conteniéndose para no traspasar el límite en el que ésta se curvaba formando el delicioso trasero de Mel. Aún no era capaz de hablar y no lo hizo, apenas tenía diez minutos con ella y lo único que quería era sentirla. Se moría por besarla pero dudaba de si las lágrimas de Mel eran debidas al desgraciado que acababan de enterrar o si sus emociones estaban desbordadas por el reencuentro. Tenía demasiadas preguntas, la primera, la fundamental ¿Volverás? Él no era un cobarde, con valentía la sostuvo por la barbilla, el gesto hizo que Mel abriese los ojos, por si ellos no le demostraban claramente su estado de ánimo, ver cómo se mordía el labio inferior le dio la pista definitiva de que su niña tenía las mismas dudas que él. Bien. Sólo había una manera de resolverlas. Agachó la cabeza y posó los labios en las frambuesas entreabiertas que temblaron con su beso. Otro engranaje encajó en el interior de Carlos, no pudo evitar que la punta de su lengua saliese a saborearla, se esforzó por ser dulce y no devorarla con la potencia de su deseo. Lo consiguió. Mel aceptó la caricia y se la devolvió, con su dulzura estuvo a punto de tumbarlo. Se separó de ella sosteniendo su rostro entre las manos y la miró fijamente a los ojos. Sólo quiso darle un mensaje.

—Bienvenida a casa, cariño.

Jaime se odió por romper aquel reencuentro pero el reloj corría en su contra porque no podían tener cerrado el cementerio al público mucho más tiempo.

—Lo siento mucho chicos... —Les dijo mientras se acercaba —El funeral tiene que empezar ya.

Mel aún no había comenzado a ser consciente de que de nuevo estaba entre los brazos de su todo cuando escuchó las palabras de Jaime. Se enderezó y procuro apartar ese hecho de su mente, consciente de que aún le quedaba mucho día, muchas emociones por delante y no estaba nada segura de poder gestionarlas todas a un tiempo.

Carlos maldijo a Jaime para sí justo en el momento en el que fue consciente de que la espalda de Mel se tensaba bajo su caricia. “Y una mierda” se dijo “No voy a soltarla ni un minuto. No le va a quedar ninguna duda de que es mía y de que no hay marcha atrás”

Mel vio como su mano quedaba encerrada en la de Carlos que, sujetándola con firmeza, la guió tras los pasos de Jaime hasta la capilla del cementerio donde habría de celebrarse el funeral por su hermano fallecido.

Una vez terminado el funeral, Mel consiguió sentarse a solas unos minutos en el primer banco de la iglesia. Carlos estaba hablando, más bien parecía una tenso intercambio de opiniones, con un desconocido de mediana edad. El hombre parecía afanarse en imponer su punto de vista enfatizando sus argumentos con las manos, mientras Carlos se limitaba a negar con la cabeza una y otra vez. Mel no tenía fuerzas para pensar en los motivos por los que aquel hombre tenía tanto interés en turbar la paz que debía reinar tras un funeral. Un funeral del que ella había estado mentalmente ausente, la mano de Carlos acariciándole los dedos como aquella vez en el hospital le había impedido centrarse en las palabras del párroco. No la soltó ni dejó de acariciarla ni un sólo segundo, ni tan siquiera cuando alguno de los empleados del gimnasio se acercaron a ella para transmitirle sus condolencias Mel recuperó su mano. Sólo aquel hombre había sido capaz de soltarlos y, por tanto, sus motivos tendrían que ser de peso. Pronto iba a averiguarlo porque Carlos se acercaba a ella con expresión grave, lo cual no auguraba buenas noticias. Mel se echó a temblar y se le puso la piel de gallina cuando su todo se acuclilló delante de ella y clavó sus ojos del azul del océano en los suyos.

—Lo siento mucho Mel... ese es el abogado de tu hermano. Insiste en que debes de acudir ahora mismo a su despacho, al parecer, se va de viaje esta misma noche y existen unos documentos que has de conocer. He intentado concertar

una cita para otro día, pero asegura que, dadas las circunstancias, es mejor dejar zanjado el tema cuanto antes.

Mel tomó una decisión rápida a pesar de que lo único que quería es refugiarse en los brazos de Carlos y esconderse del mundo para una buena temporada. Sin embargo, ella ya no era esa Mel, ahora era una mujer Taylor y las mujeres Taylor afrontaban los problemas con aplomo y dignidad. Procuró sonar serena tal y como la tía Rose le había enseñado a hacer.

—Está bien, de hecho, tiene razón. Es mi deseo olvidarme de todo lo que tenga que ver con Juan cuanto antes, así que dile que sí, que lo acompañaré a su despacho ahora mismo.

“¿Lo acompañaré?” pensó Carlos, esa no era la respuesta correcta, la niña de sus ojos podía empezar a olvidar ya de una vez por todas su soledad, él no iba a apartarse ni un segundo de su lado por lo menos .... en toda una vida, incluso no estaba seguro de si, una vez muerto, podría separar su alma de la de aquella enana.

—Cariño... No sé si te has dado cuenta de una cosa. No vas a ir sola, yo voy a ir contigo y no sólo porque sea tu abogado... voy a ir contigo a dónde sea que tu vayas a partir de este momento.

Mel recordó las palabras de Carlos “Bienvenida a casa” ¿Era aquella su casa? ¿Era Carlos su casa? Su corazón estaba agitando una bandera enorme con un gran sí impreso en letras rojas, sin embargo, tenía miedo de volver a entregarse tan rápido así que arrió la bandera y le respondió sin que sus palabras transmitieran su ansiedad por borrar la ausencia y el silencio de las últimas semanas.

—Está bien —Le dijo levantándose del banco —Acabemos con esto cuanto antes.

Carlos la miró dubitativo, aquella niña era la niña de sus ojos pero a la vez era una mujer nueva, algo misteriosa aún para él, pero fascinante. Justo cuando pensaba que Mel no podía sorprenderlo más, aparecía convertida en una mujer bellísima, revelando una faceta de su persona, hasta ahora desconocida para él. Parecía haber ganado en autoestima, en confianza y eso le gustaba, le gustaba mucho y estaba deseando conocer más, descubrir todas y cada una de las capas que, al parecer, había pasado por alto. Sólo una espina se le clavaba en el corazón y enviaba una señal de alerta su cerebro, si bien Mel había aceptado su beso, sus caricias y su compañía, no había respondido con su habitual dulzura a sus palabras. No había hablado más que lo justo y necesario y, desde luego, no

había dado muestra alguna de por dónde iba su corazón, ni tampoco sus planes. Mel aún no le había dicho si se quedaría o no. Procuró apartar eso de su mente mientras la guiaba hasta su coche. Aquella noche, aquella noche Mel tendría que darle una respuesta y él, él no podía imaginar un no saliendo de aquellos labios que se moría por besar durante horas.

\*\*\* \*\*

—



## CAPITULO 30

*“La generosidad no necesita recompensa, se paga a sí misma.”*

*Hippolite de Livry*

Mel aún no era capaz de reaccionar a las noticias que acababa e recibir. Se sentía mareada, no había comido nada en horas y el molesto zumbido en su cabeza le advertía de que tenía la tensión bajo mínimos. Notaba un sudor frío en su espalda y, de pronto, una mano conocida la sujetó por la barbilla.

—Mel... estás pálida... —Carlos conocía las señales previas a un bajón de tensión, su madre era muy propensa a sufrirlos, miró su reloj, eran casi las tres y media de la tarde y recordó que Mel había amanecido muy temprano en otro país y estaba seguro de que no habría comido nada desde su desayuno. Se dirigió al abogado de Juan —Oiga Luis... ¿Sería tan amable de traernos algo para comer? Mi clienta ha viajado muy temprano esta mañana...

Por fortuna, Luis era un hombre decente y se apresuró a indicarle a su secretaria que les trajese unos bocadillos de la cafetería más cercana, mientras tanto, abrió un cajón de su escritorio y le tendió a Mel un paquete de cacahuets salados.

—Tenga —Luis era el abogado de Juan desde que éste había comenzado su andadura empresarial y, a pesar de que había querido dejar de prestarle sus servicios tras percatarse de las actividades de su cliente, en conciencia no podía obviar que aquel había sido uno de los primeros empresarios que habían confiado en él cuando nadie lo hacía y, por tanto, allí estaba, a escasas horas de iniciar sus vacaciones, cumpliendo con la última de sus obligaciones con aquel hombre al que nadie definiría como bueno —Yo también necesito combustible de tanto en tanto... los abogados, a veces, nos olvidamos hasta de comer. Será mejor que se trasladen a la sala de reuniones mientras nos traen la comida, allí podrá descansar y, de paso, meditar sobre todo lo que le acabo de decir.

Mel se limpió los restos de migas de su vestido con delicadeza. El abogado de su hermano había tenido la gentileza de dejarlos solos mientras comían sentados en el sofá de piel blanca de la sala de reuniones. Lo habían hecho en silencio, Mel masticando muy despacio y con la mirada perdida en el cuadro abstracto que presidía la pared, pero siendo consciente al mismo tiempo de que Carlos no le quitaba el ojo de encima. Lo sentía cerca, su cuerpo pugnaba con su mente por sentarse sobre sus rodillas y acurrucarse sobre aquel pecho que reconfortaba tanto, pero aún no podía hacerlo, aún había decisiones que tomar y

Mel, en lo que tardaba uno en comerse un bocadillo de jamón serrano, había tomado unas cuantas, y de las importantes. Había llegado el momento de comunicarlas. Cerró los ojos y se recostó ligeramente en el sofá buscando un último minuto de sosiego antes de soltar lo que había decidido hacer con la información que el abogado el había trasladado.

Carlos observó el rostro relajado de Mel con los ojos cerrados, estaba muy perdido, no sabía si su niña había comprendido del todo las especificaciones que Juan había dispuesto y no tenía ni idea de qué demonios iba a hacer. No se había mordido el labio inferior ni una sola vez y eso, en la antigua Mel, quería decir que no había dilema, sin embargo, era imposible que no lo hubiera cuando alguien pasaba de no tener nada a ser la dueña de una cadena de gimnasios, además de la beneficiaria de un seguro de vida por un importe que la mantendría alejada de los problemas económicos durante casi toda su vida. Era del todo necesario que, como letrado, se asegurase de que su clienta había entendido la situación en la que estaba en esos momentos.

—Mel... —le dijo muy suavemente.

“Fin del descanso” pensó Mel. Abrió los ojos y los clavó en el océano de los de Carlos.

—No quiero recibir nada de Juan, es decir, no quiero quedarme con nada, ni con los gimnasios ni con el dinero del seguro de vida.

—Mel... No tomes decisiones precipitadas... —Carlos quería que se tomase un tiempo para sopesar todas las opciones.

—No. No son decisiones precipitadas. Es lo que debe ser. Lo único que voy a hacer es revertir el daño que ha causado mi hermano.

—No te entiendo... —Pocas veces Carlos había estado tan perdido con Mel.

—Estoy segura de que lo harás... si dejas que te lo explique —Mel esbozó una ligera sonrisa.

A Carlos casi se le sale el corazón del pecho cuando vio que el rostro de su niña volvía a lucir una sonrisa, pequeña, pero una sonrisa al fin y al cabo. “Hora de sacar la artillería pesada” se dijo y esbozó la mejor de sus sonrisas... esa que conquistaba a diestro y siniestro a cualquier mujer entre ocho y ochenta años que estuviese en su radio de acción.

Mel contuvo el aliento y se obligó a quedarse muy quieta para evitar que su mano se alzase para acariciar el rostro amado. Escuchar las palabras de Carlos la ayudaron a recuperar la compostura.

—Está bien. Soy todo oídos.

—Bien. Como te decía sólo quiero reparar los daños que ha causado mi hermano. Lo primero es la cadena de gimnasios, no la quiero, lo más sencillo sería cerrarla pero tampoco quiero dejar a los trabajadores tirados en la calle, así que, supongo que habrá alguna figura legal para donársela, o que ellos se la queden por un precio simbólico... no sé... ¿Sería posible?

—Lo sería —Carlos estaba empezando a intuir por dónde iban a ir las decisiones de su niña. Era una muestra palpable de su carácter generoso y empático —Habría que reunirse con ellos y barajar las opciones que le sean más favorables.

—¿Tú podrías encargarte de eso? —Le preguntó Mel sabiendo de antemano la respuesta.

—Claro que sí. Sabes que sí. Mel... sé que he patinado contigo pero... — Carlos no pudo seguir porque la mano alzada de su niña así se lo pidió.

—No vamos a hablar de eso ahora. No puedo hacer frente a todo de golpe, paso a paso, tema a tema.

—Lo acepto, pero te digo desde ya que esta noche tendremos que hablar.

—Y lo haremos, pero ahora no —Le aseguró Mel y prosiguió relatando sus decisiones —Es evidente que tampoco quiero el dinero del seguro de vida, aún así, lo cobraré pero no me lo quedaré. Me has hablado de la Fundación Anderson en alguna ocasión, me has contado que realizan proyectos sociales de diverso tipo. Pues bien, es la forma en la que ese dinero va a resarcir los daños que Juan ha causado. Lo donaré y se dividirá en dos partes iguales, una de ellas irá destinada a proyectos para contrarrestar los daños de la violencia de género y la otra irá destinada a la lucha contra la drogadicción en los jóvenes. ¿Crees que ellos serán capaces de sacar adelante estos proyectos?

Carlos no pudo evitar que, de nuevo, una gran sonrisa asomase a su cara y tampoco pudo evitar que sus palabras volvieran al tema que había pendiente entre ellos dos.

—Cariño... yo ya estaba muy enamorado de ti pero ahora... ahora acabo de caer rendido a tus pies...

—Carlos... — A Mel le estaba costado Dios y ayuda contener su sonrisa.

—Lo sé, lo sé .... ahora no toca... y sí... sí serán capaces. Si hay alguien que conozca la manera de gestionar adecuadamente que esos recursos se empleen efectivamente en ese tipo de proyectos, esa es Lucía. Creo que ella estará muy honrada y agradecida por la confianza que vas a depositar en su

Fundación.

Mel se limitó a asentir conforme. Las alabanzas a su persona poco le importaban, ella sólo quería limpiar de algún modo la memoria de su familia paterna.

—Bien. Pues vamos a decírselo al abogado y, por favor, sácame ya de aquí. En cuanto salga por la puerta de este despacho, el tema Juan pertenecerá al pasado, un doloroso pasado pero ahí se quedará.

—No se diga más —Carlos le tendió las manos y la ayudó a levantarse.

Mel se vio envuelta en los brazos de su todo y no pudo evitar recostar la cabeza en su pecho. Sintió los labios de Carlos besando su cabello mientras le susurraba las palabras de consuelo que tanto tiempo llevaba deseando escuchar.

—Ya está cariño... Shh... ya pasó... pronto habrá terminado esta pesadilla.

Cuando salieron del despacho del abogado, Mel tenía la sensación de haber firmado algo así como cientos de documentos. Eran casi las seis de la tarde y estaba física y mentalmente agotada. El día era aún muy caluroso y su vestido negro no era lo más apropiado para caminar por las calles de Madrid, tampoco lo eran aquellos tacones. Mel pagaría una pequeña fortuna por una ducha bien fresca y una cama donde enroscarse a dormir y no pensar, sin embargo, caminaba como una buena chica de la mano de Carlos, sin saber exactamente cuál sería su próxima parada. Sus dedos entrelazados era lo único que la mantenía conectada a sus emociones, no era capaz de soltarse, había añorado su tacto tantas semanas que todo contacto le parecía poco. Carlos se detuvo justo a la entrada del parking dónde había dejado el todoterreno y le puso las manos en lo hombros acariciándola ligeramente.

Zanjado el tema Juan, lo único que le importaba ya a Carlos era certificar de todas las maneras posibles que la pulsera que su niña aún lucía en la mano no había perdido su verdadero significado. Mel le pertenecía y él estaba deseando pertenecerle también. Jaime había dejado en el maletero de su coche la pequeña maleta que Mel había traído. En su bolsillo descansaba, cuidadosamente doblada, la carta que la tía de Mel le había escrito y que Héctor le había entregado nada más dejar a su niña en manos de Jaime. No tenía ni puñetera idea de lo que aquella anciana quería decirle y no sabía tampoco qué pensar sobre el hecho de que Rose Taylor conociese su existencia. Eso quería decir que Mel le había hablado de él, en qué términos lo había hecho y qué consejos le habría dado su recién descubierta tía, era algo que él iba a averiguar en las próximas horas. Confiaba en que Mel aceptase el pequeño viaje que él había planeado y

así se lo hizo saber.

—Mel... sé que estás cansada, han sido unas semanas difíciles para todos que han culminado en algo horrible, sin embargo, la vida sigue. No sé cuáles son tus planes, lo que sí puedo decirte es cuáles son los míos, por lo menos, para las siguientes horas. ¿Quieres saberlos cariño?

Mel asintió, quería, claro que quería, si tenía que vivir todos los estados de ánimo en un único día, que así fuera, tal vez así, cerrando frentes y etapas de una en una, podría comenzar de cero la construcción de su futuro, y ello implicaba dos facetas claras, la laboral y la personal. Mel necesitaba que ambas encajasen y se complementasen a la perfección.

—Bien —Carlos decidió olvidar aquella exigencia, ya lejana en el tiempo, sobre que siempre debía responder con palabras y no con gestos, era evidente que él no estaba en posición de exigir, más bien debía postrarse de rodillas ante Mel y pedirle que por favor se no se fuese nunca y que se quedase con él para siempre —El caso es que ha sido tu cumpleaños y no lo hemos celebrado juntos.

—Ni tan siquiera me has mandado un mensaje felicitándome. El día ya pasó Carlos... no importa mucho ya mi cumpleaños —Mel odiaba reprochar las conductas de los demás, sin embargo, en ocasiones, los reproches eran necesarios para que las personas fuesen conscientes del daño que sus actos podían provocar en los demás.

Carlos apretó la mandíbula encajando el golpe y maldijo una vez más aquella idea peregrina que había tenido al pedirle a Clarita que escondiese su móvil durante todas las vacaciones y, para esconder cosas y que nadie las encontrase, su hermanita era única, aún recordaba a su madre buscando los cepillos de dientes de la familia por toda la casa cuando aquel diablillo apenas tenía tres años.

—Aquí y ahora no es el momento de explicarte cómo he vivido yo esta separación. Es cierto, tu cumpleaños ya pasó, podrás creerme o no cuando te digo que me acordé de ti durante todo el día, de hecho, no saliste de mi cabeza ni una sola hora en todas estas semanas. Lo que sí he de decirte es que lo que te propongo ya lo había preparado antes de irte, luego lo cancelé... y cuando supe de tu regreso, volví a retomar lo.

Mel quería creer, Dios,,, como quería creer, confiar de nuevo. En el fondo sabía que Carlos no mentía pero había llorado tanto, había estado tantas veces al borde de una crisis de ansiedad cuando se refugiaba en su habitación de Little Rose... que tenía pánico a volver a confiar y ser abandonada otra vez. Sin

embargo, en conciencia, ambos se debían mucho el uno al otro, Ella lo amaba, y, desde luego él se había declarado enamorado apenas unas horas antes, así que, si el destino decidía devolverles su espacio, aquel dónde sólo existían ellos, donde el silencio sólo era roto por las palabras de los amantes, entonces Mel no iba a ponerle una zancadilla a su destino. Bastantes obstáculos había tenido que saltar ya en su vida.

—Te escucho —le dijo consiguiendo que su voz no delatase ni su ansiedad ni sus dudas.

A Carlos no le gustaban ni un pelo las barreras que Mel había levantado a su alrededor, no podía verla con claridad y aquello no era lo que él necesitaba. Él necesitaba volver a ver a la niña de sus ojos para poder hacerla feliz el resto de sus vidas.

—Cariño... te prometo que no voy a parar hasta derribar todos y cada uno de esos muros que has levantado... Voy a construir decenas de puentes hasta aquí —Carlos colocó la palma de su mano sobre el corazón de Mel y sonrió ligeramente para sí cuando la vio contener la respiración... ¡Por fin un puñetero gesto! —No sé cuál de ellos escogerás tú para llegar hasta aquí —Ahora Carlos puso la mano de Mel sobre su propio corazón —Pero tengo todo el tiempo del mundo para esperar a que cruces.

Mel ahogó un gemido porque sentía el corazón de Carlos latir bajo la palma de su mano, fuerte, seguro, confiado.

—He reservado un par de días para nosotros en una finca rural cerca de Ávila, es un hotel pequeño, apenas tiene cinco habitaciones, la finca es enorme, podremos pasear mientras hablamos... —Carlos no quería parecer un guía turístico ofertando un pack vacacional —En fin cariño... me sentiría muy honrado si quisieses acompañarme. Es mi regalo para ti, para nosotros, no es otra cosa que tiempo, tiempo para estar juntos.

Mel no tuvo que pensarse la respuesta, sin embargo, no iba a desaprovechar la oportunidad de sentar una de las premisas sobre la que quería cimentar su vida. Ella no necesitaba de grandes gestos, ella era una chica sencilla y simple.

—El tiempo es la cosa más valiosa que una persona puede ofrecerle a otra, así que, la respuesta es sí. Ambos necesitamos ese tiempo, nos lo debemos, el destino nos lo debe.

Carlos respiró profundamente y el alivio inundó cada poro de su piel, estrechó a Mel en su brazos y la besó repetidamente en la cabeza.

—Gracias cariño... mi niña...

Cuando Carlos salió de la ducha con una toalla rodeando sus caderas, elevó la mirada al cielo pidiendo clemencia al Dios de los hombres que habían metido la pata mil y una veces con sus mujeres. Nada estaba transcurriendo según lo previsto, les había llevado más tiempo del estimado llegar a la finca, el puñetero GPS los desvió del camino más rápido y les hizo dar mas vueltas que una peonza en manos de un niño. Por fortuna, Mel había caído dormida nada más salir de Madrid y no se había despertado hasta que el coche se detuvo en el aparcamiento del hotel. Con una Mel cogida de su mano, algo soñolienta y aturdida, Carlos había efectuado el registro en la habitación rogando que la mujer de mediana edad que los estaba atendiendo dejase de desgranarles con una lentitud desesperante, la lista de actividades, horarios y posibilidades que el entorno ofrecía. Había estado tentado a decirle que se callase, que sólo necesitaban que les diese la llave de su habitación de una puñetera vez, pero se contuvo. Ya en la habitación, Mel había abierto mecánicamente su pequeña maleta y, con su neceser, se había metido en el baño. “Necesito una ducha” Esas fueron sus únicas palabras. Carlos casi se cae de espaldas cuando la puerta del baño se abrió liberando un delicado perfume floral que nunca antes había olido en Mel, la figura que siguió al aroma era la imagen de la mujer más bella que Carlos había contemplado jamás, un delicado camisón de un liviano tejido, que nunca sabría definir, cubría el cuerpo de Mel hasta los pies, pero al mismo tiempo dejaba entrever, las formas que ocultaba. El color azul cielo de la tela transparente se volvía más intenso en el intrincado encaje que cubría los pechos que él estaba deseando saborear de nuevo. La erección fue instantánea cuando, con delicadeza y sin reparar en su ardiente mirada, Mel se subió uno de los finos tirantes que había resbalado sobre su brazo. Se le secó la boca, la conversación tendría que ir primero, por eso una ducha fría era lo que más le convenía a ambos. Se había puesto en pie con rapidez y metiéndose en el baño le había anunciado un simple “Mi turno. Ahora estoy contigo” Ahora había llegado muy pronto, fue una ducha muy rápida, pero no lo suficiente para evitar que su dulce niña yaciese tumbada en la cama profundamente dormida. La imagen era tierna y erótica a un tiempo, el tirante rebelde dejaba al descubierto un hombro y revelaba la curva cremosa de un pecho, el suave tejido de la falda del camisón estaba recogido hasta los muslos y hacía que su sangre corriese acelerada por sus venas ante la perspectiva de descubrir un poco más lo que quedaba oculto a la vista. Carlos suspiró profundamente tratando de apaciguar su deseo, era evidente que le aguardaba una noche en vela, no ni habría cena ni paseo bajo las estrellas esta vez. Descartó la toalla y se vistió con un ligero pantalón de pijama negro. Cuando se disponía a

tumbarse en la cama al lado de Mel, un pequeño sobre color crema que yacía olvidado en el escritorio del dormitorio llamó su atención. “Mierda” pronunció en voz muy baja, había olvidado por completo la carta que Héctor le había entregado a petición de la tía Rose. Se levantó como un resorte de la cama y se sentó en aquella ridícula silla antigua de escritorio que apenas podía acomodar su cuerpo. Sopesó el sobre en sus manos y deslizó con suavidad un dedo bajo la solapa. Estaba seguro de que aquella sería una de las cartas que conservaría el resto de su vida y no quería romper el sobre. Sacó un papel beige de una calidad extraordinaria y reconoció la misma caligrafía de época que había apartado a Mel de su lado. Frunció el ceño porque aún quedaba algo dentro del sobre, lo agitó y una pequeña bolsita de terciopelo granate se deslizó hasta detenerse en el medio del escritorio. Decidió no abrirla hasta conocer el contenido de la misiva. Esbozó una sonrisa torcida al pensar que, en la era de la comunicación digital, él tenía entre sus manos algo de otra época que, de un modo u otro, condicionaría su futuro más inmediato. Tomó aire, desdobló aquella hoja y comenzó a leer.

*“Querido Carlos,*

*Me dirijo a usted por su nombre de pila aunque no hayamos sido formalmente presentados, circunstancia que espero se solucione a la mayor brevedad posible. Supongo que usted ha oído hablar algo de mí, al igual que yo he oído unas cuantas cosas sobre usted, cosas que hacen que una vieja como yo, que ya lo ha visto todo, me haya formado una opinión sobre su carácter. Nunca hubiera pensado en que a éstas alturas de mi vida tendría un interés común con un joven español, a diario doy gracias a Dios de que haya sido así. Mel ha llegado para darle sentido a todo lo que mi difunto marido, el capitán Brewster, y yo, buscamos durante años. Lamentablemente, Declan no ha podido conocer a Mel, sin embargo estoy segura de que, desde dónde quiera que esté, la ama ya, tal y como yo hice desde el primer momento en que ella traspasó el umbral de Little Rose, mi hogar, y ahora el suyo también.*

*No crea usted que, con estas palabras estoy reclamando a Mel para mí, todo lo contrario. La realidad es que espero que usted sea capaz de recomponer todo aquello que, vamos a decir que el azar, se ha encargado de separar. Soy una romántica empedernida, creo firmemente en el amor, en el amor verdadero, en esa clase de amor que hace que ni el tiempo ni la distancia consigan separar a dos almas que están destinadas a estar juntas.*

*Voy a contarle un secreto de anciana, cuando mi esposo me besó por primera vez, no fue algo extraño, algo nuevo. Tuve la sensación de que nuestras*



*manos, nuestros labios, nuestra piel ya se conocían de antes, de mucho antes. Tal vez piense usted que no soy más que una vieja un poco loca, sin embargo, creo firmemente en la eternidad de las almas enamoradas. Son almas que nunca mueren, van encontrándose a lo largo de los años, de los siglos..., reencarnadas en otros cuerpos y reconociéndose nada más poner los ojos el uno en el otro. Si usted ha tenido la inmensa fortuna de encontrar a su alma enamorada, no sea idiota joven, agárrela con todas sus fuerzas y no la deje escapar.*

*Mi sobrina Mel es un alma solitaria, pura, blanca, generosa, leal, sencilla y complicada a un tiempo. Mel es especial, ella no lo sabe, yo he procurado que se sienta querida, pero creo que no es suficiente. Ella necesita encontrar al hombre que posea el alma de su pasado, el alma que complete la suya, que cierre el círculo una vez más mientras haya vida en su cuerpo. Yo no sé si usted será ese hombre o no, mi sensación es que sí, que usted ama a mi sobrina y que ella lo ama a usted. Desearía para ella un amor verdadero, un compromiso para siempre y confío en que usted, en esta ausencia, ya haya descubierto lo mismo que yo sé que Mel ha descubierto. Ella es y será siempre una Taylor, su hogar será siempre Little Rose, pero Mel no me pertenece a mí ni a mi modesto hogar, Mel le pertenece a usted joven y espero que realmente sea capaz de valorar el tesoro que, en apenas unas horas, volará hacia su lado. Mel llegó aquí siendo una chica perdida, sin orígenes, sin arraigo y sin futuro. Yo ya he hecho mi trabajo, le devuelvo a toda una mujer con fuertes raíces y con un proyecto profesional claro y definido en su cabeza. Como no podía ser de otra manera siendo Mel una Taylor, su futuro está ligado a la naturaleza, a las flores y cuenta con mi apoyo moral y financiero para llevar a cabo su aventura.*

*Le envío a usted a una mujer preciosa, independiente y enamorada con la esperanza de que la reciba en su corazón para cuidarla, amarla y respetarla como ella se merece. Como no me cabe duda de que así será, tengo el atrevimiento de enviarle un pequeño presente. Mel nunca lo aceptaría de mí, espero que cuando llegue el momento a usted no le diga que no. Puede que ya haya abierto esa pequeña bolsa de terciopelo, si así ha sido, ya tendrá entre sus manos el anillo de compromiso que mi amado esposo puso en mi dedo cuando acepté su propuesta matrimonial. Hace ya años que los deformes dedos de esta anciana no pueden lucirlo y nada me haría más feliz que usted lo utilizase si decide comprometerse con mi sobrina. Es una pieza Brewster, lleva siglos en manos de la familia de mi esposo y debiera de haber lucido en la mano de nuestra hija o nuestra nuera para continuar la tradición. Dios no nos bendijo con hijos, sin embargo, nos ha enviado a Mel y todos los Brewster estarían*

*orgullosos de ver el anillo familiar en su mano.*

*Termino ya esta carta con una última petición. Si usted la ama, si la ama de verdad, cuídela de por vida y, de vez en cuando, viajen hasta Little Rose para hacer más felices los últimos años de esta anciana. Si no es así, si Mel no es para usted, le ruego que la deje libre, libre para encontrar en este mundo a esa otra alma antigua que, estoy segura, está buscándola sin descanso.*

*Mis pobres dedos me piden ya descanso, me despido ya con la esperanza de ver cómo usted, más pronto que tarde, traspasa el umbral de Little Rose llevando de la mano a mi amada Mel.*

*Mis mejores deseos.*

*Rose Brewster”*

Con mucho cuidado, Carlos dobló de nuevo la carta y la introdujo en el sobre. Con dedos temblorosos sostuvo entre sus manos la bolsita de terciopelo, tiró del fino cordel que la cerraba y dejó caer su contenido en la palma de su mano. Él no era un experto en joyería, en su día había mandado tasar el anillo familiar que le había legado el juez y se había sorprendido al comprobar su valor, sin embargo, estaba seguro que aquella pieza que brillaba en su mano era muchísimo más valiosa que aquella, sobre un sencillo aro de oro se engastaba un topacio amarillo rectangular de tamaño medio, nada más, no había más adornos alrededor de la pieza. La sostuvo entre su índice y el pulgar para verla mejor, era perfecta. Dentro de su extraordinaria belleza era perfecta, deliciosamente sencilla, perfecta para Mel, su niña de gustos sencillos. La tía Rose le había dejado sin posibilidad de elección, era evidente que el destino del anillo familiar del juez era otro y, ese otro destino le fue revelado con absoluta nitidez, tal vez no fuese lo que el anciano juez había previsto, sin embargo, el nacimiento de su primer hijo sería un motivo más que feliz para que Mel lo luciese por fin en su mano. Las palabras de la tía Rose había borrado de un plumazo la extraña sensación de incertidumbre que lo había acompañado durante toda la jornada. Sólo había una respuesta posible que pusiese el broche final a la velada que había planificado para el día siguiente. Se había hecho muy tarde ya, guardó el anillo y la carta en su maleta y se tumbó al lado de Mel seguro de que el sueño lo evadiría durante toda la noche. No le importaba, tenía la firme intención de repasar bien su estrategia para que nada ni nadie les estropease el día siguiente. Desconocía la contraseña de Mel y tendría que esperar al día siguiente para pedirle que apagase su teléfono, por su parte, antes de apagar el suyo, se encargó de enviar un mensaje a Héctor y a Jack asegurándole que estaban bien y que no

quería que nada ni nadie los molestase en un par de días.

\*\*\* \*\*

—

## CAPITULO 31

*“Al pasar el tiempo despertarás y descubrirás cientos de rosas a tu alrededor, hoy la luna y mañana el sol.”*

*Lynn Anderson*

Mel se despertó como siempre lo hacía, abriendo los ojos de golpe, por unos instantes se quedó extrañada cuando su mirada se posó sobre unas altas ventanas de doble hoja. Las contraventanas de madera oscura estaban abiertas y la luz de la mañana entraba con fuerza. El paisaje no era familiar, los tonos verdes y marrones de la sierra que divisaba a lo lejos destacaban bajo el cielo que, aquella mañana, era del azul más puro y limpio que Mel recordaba haber visto jamás. Sencillamente, se quedó sin aliento ante la belleza que contemplaba, justo al mismo tiempo que sentía cómo una mano familiar acariciaba su hombro con suavidad.

—Buenos días, cariño...

Mel apartó la vista de la ventana y sus ojos fueron presa del océano de su todo, contuvo el aliento y no se atrevió a bajar la mirada hasta el pecho desnudo de Carlos, eso... eso sería fatal para su decisión de no dar las cosas por sentadas esta vez. Caer rendida en esos brazos haría papilla su cerebro y ella necesitaba que su cerebro funcionase al cien por cien durante las próximas horas. Así que, tragó saliva y procuró que su voz sonase lo más natural posible, como si no tuviese toda la piel del cuerpo erizada por el simple hecho de que la mano de Carlos estuviese posada en su hombro.

—Buenos días... no recuerdo nada más desde que salí de la ducha.

—Estabas agotada... —Carlos se moría por un beso, pero nada en Mel hablaba de que sería bien recibido. La frustración amenazaba con dominarlo pero, respiró hondo, y se obligó a tener paciencia, a ir despacio. Rose Taylor acudió a su mente. “Bien tía Rose... que sepas que me la quedo. Esta noche será mía para siempre” —Supongo que tendrás apetito, no has comido nada desde aquel bocadillo ayer a mediodía.

—Tú tampoco lo has hecho —Constató Mel. Era conocedora del gran apetito de Carlos y le daba apuro saber que no se había movido de su lado desde el cementerio.

—Cierto —“Pasó el momento” pensó Carlos, aun así besó la mejilla de Mel mientras se levantaba —Voy a la ducha, había pensado en pasear por los alrededores del hotel ¿Te gustaría?

Mel asintió, sí, sería lo correcto. Había mucho que hablar.

—Me parece bien —Respondió —Necesito sentir el sol en la cara y respirar aire fresco. Me alegro de haber escapado de Madrid.

—Yo también me alegro, mi niña... —Carlos le guiñó un ojo antes de meterse en el baño —Necesito recuperar las horas perdidas.

Mel se quedó sentada en la cama mientras pensaba en esas palabras. Carlos estaba equivocado, las horas perdidas nunca se recuperan, esos momentos, ese tiempo había pasado ya. Lo que sí era posible era aprovechar las horas que tenían por delante, pero, volver atrás, no, eso ya no era posible. Mel ya no era aquella chica y Carlos, pues... estaba por ver lo que la distancia y el silencio habían hecho en su todo.

Carlos no podía dejar de mirar a Mel, estaba preciosa vestida con unos shorts vaqueros y una sencilla camiseta de cuello barco de color blanco con listas beige. El sol arrancaba destellos de su cabello recogido en una coleta que se balanceaba con cada paso que daban por aquel sendero. No era una niña, aquella coleta no era la misma de la primera vez que la vio, no lo era, la de entonces era una coleta de estudiante, triste, tirante, aburrida... Hoy Mel estaba peinada como una mujer, con una elegante coleta, mechones sueltos caían sobre su rostro y un delicado tirabuzón tocaba de vez en cuando la piel de la espalda que la camiseta dejaba al descubierto. Parecía tan suave y delicado... pero Carlos no se atrevía a tocarlo, no, aún no podía hacerlo. La electricidad estaba ahí, pero ahí se quedaría hasta aquella noche. Arderían los dos por el placer pospuesto, pero así tenía que ser, Ese era el momento de hablar, de hablar de Mel, de Inglaterra y de Rose Taylor.

Mel caminaba disfrutaba del paseo al lado de Carlos, la mañana era preciosa, el sol aún no quemaba demasiado y el aire que respiraba era tan puro que conseguía calmar sus nervios. Sabía que el silencio no tardaría demasiado en romperse, Carlos querría saber y ella quería explicar para comprobar si la electricidad que ambos generaban podía llegar a ser lo que durante un tiempo pareció ser. Casi sonrió cuando escuchó la primera pregunta del abogado.

—Mel, ¿Querrás contarme de Inglaterra? Me gustaría saber cómo te fue allí, con tu tía, tu familia...

Mel se detuvo al borde del sendero, allí había un gran árbol, la conversación sería larga.

—¿Podemos sentarnos bajo ese árbol para hablar?

—Claro cariño... —Carlos se apresuró a tomarla de la mano y una corriente

eléctrica recorrió su brazo, sonrió cuando Mel también dio un respingo mientras contenía el aliento —Tranquila Mel... sabes lo que pasa entre nosotros, sabes lo que somos... déjate llevar... sé que no tengo derecho a pedirte ésto pero, por favor, confía en mí...

Mel tragó saliva y, asintiendo, se dejó guiar por Carlos, se detuvieron bajo el árbol y, no sólo no le soltó la mano, si no que clavó sus ojos azules en los de ella. Mel comenzó a temblar, esa mirada quemaba, el corazón le latía muy deprisa y entreabrió los labios para conseguir que un poco más de aire llegase a sus pulmones.

A la mierda la charla, pensó Carlos mientras su erección presioaba la cremallera de sus bermudas, a la mierda todo... necesito besarla. Sin soltarla de la mano, la sostuvo por la mejilla y fue acercándose muy lentamente, dejando bien claras sus intenciones por si Mel quería retroceder.

Mel no podía ni quería rehuir ese beso y, simplemente cerró los ojos esperando el contacto. Los alientos entrecortados se mezclaron cuando los labios de Carlos se posaron en los suyos sin apenas ejercer presión, un beso, dos, tres... hasta cuatro...

Madre mía... que bien sabía Mel, había sido un estúpido al privarse de su sabor tantas semanas, acarició su mejilla con dulzura mientras los ojos marrones de Mel lo miraban temblorosos.

—¿Y ahora qué? —Fue lo único que se le ocurrió preguntar a Mel, una vez sus planes de hablar primero saltaron por los aires al primer roce de labios.

—Ahora nada Mel... ahora vamos a sentarnos, me contarás, te contaré... sin más. Te lo acabo de decir, sabes lo que somos y, cariño... —Carlos la besó en la frente —Creo que también sabes lo que podemos ser, pero eso... eso lo hablaremos en otro momento.

Mel reconoció una verdad incuestionable en aquella frase, era verdad, sabía lo que habían sido, era evidente lo que eran y, sí, sabía también lo que ambos podían ser juntos. Sin embargo, tal y como le había dicho a Jaime el día anterior, en ocasiones, estar enamorados, no era suficiente. Mel necesitaba saber que, cuando sobreviniese el siguiente contratiempo, Carlos no volvería a huir dejándola sola en el camino. Si bien era cierto que habían comenzado un camino juntos, no era menos cierto que ahora, justo ese día, podría suceder que ese camino se bifurcase en dos y que cada uno tomase un sendero diferente hacia un futuro por separado. Tembló ante tal posibilidad. Por partes, se dijo. Rogando poder mantenerse firme, tomó aire y se concentró en hilvanar un relato fiel de

sus semanas en Little Rose.

Carlos no supo cuánto tiempo estuvo escuchando a Mel, el reloj se había detenido para ambos. El tono de su niña había sido sereno, aunque su voz temblaba cada vez que el relato se paraba en la tía Rose o en aquel cuarto de pintura que él estaba deseando ver con sus propios ojos. En cambio, el tono de voz de Mel se había mantenido firme mientras desgranaba con una minuciosidad sorprendente su proyecto empresarial, se hizo evidente que había dedicado muchas horas a planificar y estudiar el tema y, él, que no era un hombre celoso, de pronto conoció ese sentimiento con una intensidad que lo dejó sorprendido e incómodo a un tiempo. No era un puto crío como para sentirse celoso respecto aquella anciana inglesa, pero lo cierto es que así era. Sentía celos, envidia o como se quisiese llamar, no por la tía Rose en sí, sino porque le hubiese encantado, no sólo ser testigo, sino contribuir de alguna manera al nacimiento de “Rose Garden”, el ambicioso proyecto empresarial de Mel. Aquellas dos mujeres habían dado forma, no sólo a una pequeña floristería de barrio como la de Mabel, no, ellas habían diseñado, además de un gran espacio dedicado a las flores que aunaba el encanto de la antigua tradición floral de los Taylor, todo un moderno engranaje comercial que incluía el cuidado y atención de las flores desde su origen a través de un gran vivero donde, al parecer, tendrían cabida todas las flores del mundo. Esa había sido la expresión literal de Mel y Carlos, escéptico por naturaleza, no había dudado ni un momento de que aquello iba a ser una realidad. Tragó saliva al reconocer en el brillo de la mirada de Mel y en el entusiasmo con el que le relató su proyecto, a aquella otra niña que, sentada en su regazo semanas atrás, le había relatado su experiencia casi paranormal en la floristería de Mabel. ¡Joder! Aquella era la misma niña y al mismo tiempo no lo era, ante sí tenía a toda una mujer. Tal vez esa mujer ya estuviese escondida entonces dentro de Mel y él, pobre ignorante, no había sabido verla. Él, que tanto presumía de empatía, casi había destrozado sus opciones con la niña, no, rectificó, con la mujer de su vida. Pues muy bien, allí estaba el primer paso, si bien no había sido partícipe de la idea, no quería quedarse fuera de su nacimiento. Carlos quería formar parte de Mel, de su vida y, si Rose Garden formaba parte de la vida de Mel, él quería estar presente, pero no iba a esperar a que ella se lo pidiese, no señor, el abogado iba a rogar estar presente, por primera vez en su vida y no sería la última en aquel día, Carlos iba a arrodillarse, en este caso no de manera literal, para pedirle algo a Mel. Dejó que ésta finalizase esa parte de su relato y le tendió una botella de agua que había tenido la previsión de llevar a su paseo matutino. Sonrió cuando Mel la abrió y bebió con ganas.

—Vaya , Mel... no es habitual que alguien me deje sin palabras, incluso te diría que no es para nada habitual que alguien me sorprenda... pero tú... tú lo haces cada dos por tres y, aunque bien sabe Dios que en el pasado me comporté como un patán ciego, sordo y mudo... este tiempo me ha hecho ser consciente de algo que yo ya sabía. Quiero formar parte de tu vida, de muchas maneras de hecho, pero una de ellas, tal vez la más importante es que me gustaría ser tu mejor amigo.

Mel se quedó muda, ni de lejos hubiera esperado una petición semejante, por no mencionar el hecho de aquello de ser su mejor amigo, tragó saliva, no quería nudos en la garganta aquella mañana, sobre todo cuando Carlos pedía algo que ella daba más que por sentado.

—Pensaba que ya eras mi amigo —acertó a decir.

—Lo soy... cariño —Carlos había visto el desconcierto en los ojos de Mel y se maldijo por su torpeza —Lo soy, sólo que esta vez no quiero dar las cosas por sentadas como al principio. Mira Mel, tengo la sensación de que, desde que te conocí he ido cogiendo cosas de ti sin pedir permiso, suponiendo que todo tenía que ser como yo creía que debía ser. Me parece que no te he dado muchas opciones y es evidente que, cada vez que querías elegir algo distinto, yo no he sabido estar a la altura. Esta vez no quiero dar nada por sentado, cariño... esta vez no quiero equivocarme contigo.

—Eso es justo lo que yo quiero —Mel se apresuró a responder con el corazón laténdole a toda velocidad al escuchar sus anhelos en las palabras de Carlos.

Carlos sonrió ante la rapidez con que Mel dejó caer su primer muro... “Mi niña...” pensó con un amor infinito “Ojalá hoy sea capaz de derribar el resto de tus muros”

Mel contuvo el aliento al ver la sonrisa de su todo y no pudo hacer otra cosa que cerrar los ojos cuando la mano de Carlos se aproximó para acunar su mejilla en una delicada caricia.

—¿Amigos entonces?

Mel asintió levemente, pero para Carlos no era suficiente.

—¿Podrías darme un sí?

Mel abrió los ojos recordando aquel lejano pacto sobre responder siempre con palabras.

—Sí —Esbozó una sonrisa —Amigos.

—Bien. Me haces feliz con tu respuesta y tengo otra pregunta que



hacerte... —Carlos no dejaba de acariciar aquella suave mejilla — Mel, me gustaría estar presente en tu proyecto empresarial ¿Podré formar parte de Rose Garden?

Mel meditó bien su respuesta a pesar de que la ligera caricia de Carlos estaba haciendo estragos no sólo en la piel de su cara, Mel sentía esa caricia en todos los rincones de su cuerpo. Carlos quería formar parte de Rose Garden y Mel tenía que sopesar si eso era buena idea o no, desde luego, quería contar con su asesoramiento legal en todo aquello que ella no fuese capaz de dominar, sin embargo, quería ser cautelosa, recordaba demasiado bien cómo Lola le había dicho que ni loca trabajaría con el extremadamente protector marido que había escogido.

—Exactamente... ¿De qué manera quieres formar parte de Rose Garden?

¡Joder! Ese muro no iba a ser fácil de derribar. No tenía ni puñetera idea de cuál era la respuesta adecuada a su pregunta. “Lo quiero todo de ti y lo quiero todo contigo” , eso era lo que quería decirle, por fortuna, retuvo la frase a tiempo. “Piensa, abogado... piensa... no seas gilipollas esta vez...” Entonces cayó postrado a los pies del Dios de los novios incompetentes, cuando la respuesta le fue revelada con absoluta nitidez en forma de dos mujeres independientes que habían marcado su vida. Helena y Lola acudieron en su ayuda. Sí, quería a Mel en su vida, quería formar parte de todo lo que formase parte de la vida de Mel, pero le debía una vida propia, independiente a la suya, un espacio en el que Carlos no fuese el protagonista. Su voz fue firme y segura cuando respondió.

—Quiero formar parte de Rose Garden porque es tu proyecto Mel, pero sólo quiero estar ahí para ayudarte con todas esas cuestiones que no seas capaz de resolver por ti misma. Quiero ser la primera persona a la que acudas cuando algo se tuerza en tu camino. Sólo eso, cariño... Rose Garden es tuyo y de tu tía Rose... yo sólo quiero estar ahí para ti cuando lo necesites —Hizo una pausa para enfatizar su siguiente pregunta —¿Podrás darme un sí?

Mel respiró aliviada tras haber escuchado la respuesta perfecta. Carlos sería su apoyo, pero al mismo tiempo ella tendría su parcela de independencia. Había dos cosas muy importantes para Mel, una de ellas era la de poder labrarse su propio camino empresarial, y la otra estaba estrechamente ligada con ésta última, Mel necesitaba ser libre, libre de quedarse, libre de marcharse y también quería que la persona que tuviese a su lado fuese libre de quedarse y libre de marcharse. Mel sólo quería estar unida a Carlos por el amor, no por ninguna otra cosa, ni

negocios, ni dependencia económica. Su vínculo debía de ser solamente el amor que ambos sentían por el otro, así que sí, de nuevo podía darle esa respuesta.

—Sí —Respondió Mel y esta vez añadió algo más —Gracias por entenderlo.

Carlos asintió levemente y no pudo resistirse a acercarse y besarla en la mejilla con suavidad.

—Sólo lamento no haberlo entendido antes, cariño...

No había más que decir, estuvieron un rato más sentados bajo el árbol saboreando el silencio de la naturaleza que los rodeaba hasta que el rugido de las tripas hambrientas del abogado les sacó a ambos una sonrisa. Carlos se levantó y le tendió la mano.

—Vamos anda... el calor aprieta demasiado ya. Comeremos algo y luego te vendrá bien dormir una pequeña siesta. Esta noche celebraremos tu cumpleaños y no me gustaría que bostezases entre plato y plato.

Carlos estaba sentado en uno de los cómodos sillones que estaban repartidos a lo largo del hall del hotel. Desde su posición, tenía una visión perfecta de la escalera que daba acceso al piso superior donde se situaban las habitaciones y por donde debía bajar Mel una vez hubiese terminado de arreglarse para la cena. Su niña había dormido gran parte de la tarde, él no había sido capaz, los nervios lo habían traicionado, el resto de su vida dependía de lo que sucedería en las siguientes horas. Sí, habían zanjado el tema de la amistad y sí, también habían zanjado el tema de Rose Garden pero no, no habían ni de lejos zanjado aún el tema de su futuro en común. Mel aún no le había contado cómo había sobrellevado la distancia y él tampoco lo había hecho. Tenía un discurso más o menos elaborado y estaba valorando el mejor momento de la noche para tener esa conversación. Para ello estaba rememorado el comienzo de su historia con Mel, aquella lejana tarde en vísperas de la boda de Héctor y Lola. Recordó aquella niña perdida y apenas pudo reconocerla en la preciosa mujer que descendía lentamente las escaleras. Se puso de pie nada más verla y caminó hasta el final de aquella escalera recreándose en la imagen de la preciosa niña de sus ojos. Mel lucía un fluido pantalón negro que marcaba deliciosamente las ligeras curvas de sus caderas y una blusa blanca sin magas con un gran lazo anudado a un lado del cuello, estaba algo más que elegante subida a aquellos tacones negros, con las suaves ondas de su cabello color miel rozando sus hombros desnudos, apenas llevaba maquillaje y nada más tenderle la mano, el delicado aroma a rosas que envolvía a Mel desde su vuelta a Inglaterra penetró

por cada poro de su piel. La mano de Mel se perdió en la suya mientras la ayudaba a descender los últimos escalones, Carlos sonrió al ver que, cómo únicas joyas, Mel lucía la pulsera y los pendientes que él le había regalado por su santo, a continuación, frunció el ceño al notar la frialdad en los dedos de su niña.

—Estás preciosa, mi niña... eres preciosa Mel —Carlos no pudo resistirse y la besó en la mejilla —¿Tienes frío cariño?

Mel negó abrumada ante la imagen que ofrecía Carlos, estaba acostumbrada a verlo con el traje, pero hoy estaba imponente con aquel pantalón de pinzas azul marino y una camisa azul celeste que llevaba remangada dejando a la vista el tono tostado de sus antebrazos.

—Pues tienes los dedos congelados... ¿Seguro que te encuentras bien? — Carlos temía que los acontecimientos de los últimos días comenzasen a pasarle factura a Mel.

—Estoy algo nerviosa —Confesó por fin Mel. Había comenzado a ponerse nerviosa mientras se duchaba tras la siesta. Tal vez Carlos no fuese consciente de que aquella era su primera cita, no habían tenido otra antes como tal y eso la ponía nerviosa.

Carlos se detuvo al escucharla y la miró incrédulo, se colocó delante de ella y la sostuvo por la cintura mientras acortaba la distancia que los separaba.

—¿Por qué? —No entendía cómo sin tener ni idea de lo que la esperaba al final de la velada, Mel estaba hecha un manojo de nervios.

Mel no se lo pensó y le respondió la verdad.

—Es nuestra primera cita como tal, más aún, es mi primera cita formal.

Carlos abrió los ojos por la sorpresa. No había pensado en ello pero era verdad, las circunstancias los habían llevado por un camino muy alejado del comienzo tradicional de una relación. Tomó aire, Mel iba a tener la cita más bonita de todas las primeras citas posibles, pero no iba a decírselo, tendría que descubrirlo por ella misma. Se entristeció al recordar todo lo que aquella niña se había perdido y, al mismo tiempo, se alegró por haber sido él el afortunado de haberle hecho el amor por primera vez. También era afortunado por ser el encargado de hacer inolvidable su primera cita. Sonrió para sí al pensar en el final que había planeado para aquella velada, que no era otro que el cumplir la promesa que había hecho aquella lejana noche en la que su coche volaba a toda velocidad de Toledo a Madrid. Mel desconocía esa promesa, pero Carlos siempre la había tenido muy presente.

—Me alegro de que todas esas primeras veces para ti sean conmigo.

La tomó de la mano y la condujo a la terraza que había reservado para la noche más importante de sus vidas.

Comenzaba a anochecer cuando Mel traspasó la puerta que daba acceso a la terraza. Era una pequeña estancia, en un lateral se situaba una mesa redonda vestida con un impoluto mantel blanco, un precioso centro de rosas rojas ponía el toque romántico y, las velas encendidas, prometían una velada inolvidable. En el otro lateral de la terraza, Mel distinguió unas grandes macetas con dos pequeños naranjos y un limonero, el aroma cítrico se potenciaba en la cálida noche que comenzaba a envolverlos.

—¿Te gusta? —Le preguntó Carlos mientras la ayudaba a sentarse. Conocía la respuesta, se sonrió, volvía a leer en Mel y sentía cómo la electricidad crepitaba entre ambos como siempre había hecho. Posó las manos en sus brazos y se agachó para besar su hombro desnudo antes de que ella tuviese tiempo de responder —Todo esto es para ti cariño, quiero que esta sea tu noche, Mel. No pudo ser en tu cumpleaños, pero será hoy mi niña...

Mel contuvo el aliento mientras veía como Carlos se sentaba enfrente de ella y le tendía la mano con la palma hacia arriba, no lo dudó y posó allí la suya que pronto se vio acariciada por la de él. Tomó aire y la respuesta que salió de sus labios le sorprendió a ella misma.

—Sí, me gusta. Es un sitio precioso. Mira Carlos, prefiero pensar que algún motivo habrá para que no fuese antes y sea ahora.

Carlos sonrió pero no le respondió “Y tanto que hay un motivo, mi niña”

Mel agradeció que Carlos tratase de calmar sus nervios explicándole que el hotel contaba con una cocina que mezclaba modernidad y tradición, con platos elaborados con vegetales y frutas ecológicas de temporada que el chef cultivaba en la propia huerta del hotel. La cena estuvo acompañada de una charla trivial que hizo que se relajase por completo. Degustaron como primer plato una ensalada de la casa con mezcla de lechugas, manzana, queso gorgonzola, nueces y virutas de cecina ibérica, a Mel le entusiasmó la lubina salvaje a la plancha con zamburiñas y verduras. No pudo hacer otra cosa que sonreír, al ver cómo Carlos devoraba el tercer plato de cordero grillado con ñoquis de papa, espárragos trigueros y crema de chalotas, del que ella apenas había podido probar una pequeña porción. Compartieron un postre de tejas con yogur griego con mango y frutas rojas, de apariencia sencillo, pero muy fresco y de potente sabor.

Con la cena ya terminada, ante dos cafés con hielo y con el cava enfriado en

una cubitera, Carlos había despedido al camarero asegurándole que ya no necesitarían nada más. El hombre había asentido y se había retirado en silencio cerrando la puerta tras de sí y dejándolos encerrados en una intimidad perfecta para lo que había de venir. De pronto, lanzó su discurso por la borda y simplemente, permitió que la noche les condujese por el camino adecuado y, para ello, sólo había que comenzar por escuchar la respuesta a una pregunta.

—Mel, ahora que por fin estamos solos, me gustaría preguntarte una cosa.

—Pregunta —Concedió Mel mientras saboreaba el café.

—Por todo lo que hemos hablado hoy, sé que durante tu estancia en Inglaterra has despejado varias de aquellas incógnitas que no te dejaban avanzar, dime cariño... ¿Has encontrado todas las respuestas que buscabas?

Mel llevaba horas esperando aquella pregunta, por eso la respuesta salió con fluidez de sus labios, estaba clara en su mente, tan clara como se le había revelado durante su estancia en Little Rose.

—Tienes razón, allí encontré las respuestas a varias de esas incógnitas, unas las descubrí más pronto que otras, pero con el paso de las semanas, por fin, supe la respuesta a la pregunta que me atormentaba cada noche desde que supe que desconocía la mitad de mis orígenes.

—¿Cuál es esa respuesta Mel?

—Primero te diré cuál era la pregunta, era simple, cada noche en mis sueños, una voz no dejaba de preguntarme ¿Quién eres Mel? Era una voz penetrante, insistente que no paraba de preguntar por mucho que yo quisiese acallarla gritándole cada vez más fuerte. Todas y cada una de esas noches mi respuesta no variaba, siempre terminaba de rodillas en el suelo llorando mientras le decía la verdad... No sé quién soy.

Mel se quedó callada y Carlos sentía mucha pena al recordar aquellas pesadillas que, aunque su niña nunca llegase a saberlo, a él también le habían atormentado cuando la escuchaba sollozar en sueños. La animó con un gesto a continuar.

—Y ahora Mel, ¿Ya sabes quien eres?

—Sí, Carlos, ya sé la respuesta... pero antes he de decirte que no sólo se trataba de saber quién era, cuáles eran mis orígenes. Se trataba de saber que yo pertenecía a algún lugar, no exactamente a un lugar, que pertenecía a alguien para siempre, sin importar las circunstancias.

¡Joder enana! Pensó Carlos... me perteneces a mí cariño... eres mía... lee la placa de la pulsera que no te has quitado en todo este tiempo..., sin embargo,

Mel continuó hablando y él no pudo hacer otra cosa que seguir esperando su momento. La escuchó mientras, con disimulo, sacaba del bolsillo de su pantalón el legado de Rose Taylor.

Mel no quería que Carlos la interrumpiese, quería sacarlo todo ya, todo aquel proceso que había vivido en Little Rose y, para ello, procuró que ni las manos ni la voz le temblase mientras continuaba hablando.

—Ya sé quién soy. Aunque nunca lleve su apellido, que conste que eso no me importa demasiado, soy una Taylor. La verdad es que lo único que me importa es que, por fin, por primera vez en mi vida, siento que pertenezco a alguien, pertenezco a la tía Rose, yo soy de Rose Taylor y en Little Rose está mi origen, en aquel cuarto de pintura en el que Violet, mi madre, fue tan feliz. Soy Mel y mi futuro está en las flores, esa es mi vocación y voy a luchar por mi sueño

—Cariño... —Carlos ya se había puesto en pie al escuchar como a Mel se le quebraba la voz, apartó su silla, pero se detuvo apenas a unos pasos de su niña cuando lo detuvo alzando una mano.

Mel tenía que terminar, aún le quedaba una parte, la última parte, una vez terminase, ella ya lo habría dicho todo.

—Aquella tarde cuando huiste dejándome sola en el sofá, algo se rompió definitivamente en mí, quebraste mi confianza con tu huida y yo obligué a mi corazón a cerrarse. Cuando parecía que comenzábamos a entendernos de nuevo, el día de mi santo, uno de los más felices de mi vida, el día en el que supe que Rose Taylor existía, volviste a huir acusándome de ser injusta —Mel no se arredró pese a la expresión atormentada que lucía el rostro de Carlos, ella necesitaba sacarlo todo afuera de una vez por todas —Luego vino el incendio y nos hicimos el amor de una manera increíble, con el cuerpo y con el alma, pero al despertar, tenía una carta en mis manos, una carta en la que me dejabas libre para despejar mis incógnitas y eso hice. Cada tarde en Inglaterra, mientras la tía Rose dormitaba en su sillón, yo leía tu carta sin saber muy bien si aquello era una despedida o un hasta luego.

—Lo siento tanto cariño... —Carlos dio un par de pasos más, le resultaba insoportable escuchar tanto dolor en las palabras de Mel.

—Espera —Le pidió Mel deteniendo con su dedo corazón una lágrima que quería abandonar su ojo —Sólo has de saber una cosa más, yo nunca he dejado de amarte, nunca. Desde que supe que te amaba, te he amado todos los días. Carlos, lo eres todo para mí, lo último que comprendí en Little Rose era justo

esto, si yo ya podía amarte sin saber quién era, ahora que ya lo sé, mi amor por ti es mucho mayor porque ahora te amo también con mi nueva alma, con esa que yo no conocía —Mel notaba la humedad en sus mejillas y la duda que aún la asaltaba brotó de sus labios cuando le preguntó entre sollozos —¿Todavía me querrás tú?

¡Joder! Carlos hincó la rodilla a los pies de Mel y tomó su mano. El plan no era ese, el puto plan era que él se arrastraría suplicando el perdón de su niña. Mel acababa de adelantarle por la derecha con su declaración de amor. Era un puto cabrón afortunado, la magia de su niña lo tenía atrapado desde el primer día, no la merecía, lo tenía claro, pero eso iba a quedarse sólo para él. Dedicaría el resto de su vida a adorarla y, el primer paso, lo estaba dando al deslizar el anillo de Rose Taylor en el dedo anular del amor de su vida.

El corazón de Mel latía a toda velocidad, sus ojos seguían vertiendo lágrimas y pensó que los nervios le estaban jugando una mala pasada cuando vio cómo Carlos, arrodillado ante ella, comenzaba a deslizar un anillo en su dedo. Supo que no veía visiones, que aquello era real, cuando escuchó las palabras de su todo al tiempo que sentía el metal recorriendo su dedo.

—Mi amor, creo que te quise desde la primera vez que te vi, juré que te protegería mientras yacías inconsciente en aquella maldita cama de hospital, supe que eras mía cuando te hice el amor por primera vez. Es evidente que fui un patán contigo, aún no sé cómo pude meter tanto la pata en todo lo que se refería a ti y, al mismo tiempo, marcarte como mía cuando te regalé estas pulsera que aún llevas en tu muñeca. Te dejé ir porque debía hacerlo, te amaba entonces, eres la preciosa niña de mis ojos, te amé cada día, cada hora, cada minuto que duró nuestra separación, nunca dejé de hacerlo y te sigo amando ahora. Cariño... te amo. Quiero casarme contigo Mel —Carlos formuló su siguiente pregunta por tercera vez aquel día —¿Podrás darme un sí?

\*\*\* \*\*

## CAPITULO 32

*“Amor mío, nos hemos encontrado sedientos y nos hemos bebido toda el agua y la sangre, nos encontramos con hambre y nos mordimos como el fuego muerde, dejándonos heridas. Pero espérame, guárdame tu dulzura. Yo de daré también una rosa.”*

*Pablo Neruda*

Había sido un sí y Carlos no podía concebir mayor felicidad que la que estaba sintiendo en aquellos momentos, la melodía de Yiruma, Love Me, había comenzado a sonar justo a la hora prevista y él, por fin, cumplía la promesa que sólo la noche conocía, por fin Carlos bailaba con su amada bajo las estrellas, por fin la sostenía entre sus brazos mientras se movían muy lentamente, por fin no había un milímetro de separación entre sus cuerpos, por fin Mel era suya y lo sería para siempre.

Mel estaba en paz, se mecía al compás de aquella melodía que penetraba por cada poro de su piel, con la cabeza apoyada en el pecho de Carlos, rodeada por sus brazos. Allí Mel sentía que todo era correcto, que todo estaba en su sitio. Amaba y era amada y, en esos momentos, nada más importaba porque todo lo demás carecía de sentido sin aquella premisa, Mel por fin era amada y Mel por fin amaba sin reservas, enamorada, entregada en cuerpo, mente y alma a Carlos, el amor de su vida. Se sentía enormemente afortunada de haberlo encontrado y se prometió cuidar aquello que ambos tenían, cuidarlo tanto, que nunca ese amor flaquease con las adversidades que estaban por venir. Se pertenecían, aquello era así y así sería para siempre.

En la intimidad de la habitación Carlos estaba nervioso, el deseo llevaba semanas consumiéndolo. Tras aquel baile íntimo en la terraza, ambos habían terminado gimiendo excitados por la proximidad de sus cuerpos, aquello tenía todas las trazas de convertirse en algo rápido, fuerte y carnal, pero se se juró que no sería así. Mel necesitaba que le hiciesen el amor y Carlos quería adorarla primero. Le haría el amor de una manera tan dulce, que Mel nunca olvidaría el final de aquella primera cita.

Nada más entrar en la habitación, Mel sintió a Carlos a sus espaldas, estaba excitada, nerviosa y anhelaba sentir a su amado piel con piel. Expectante, sintió las manos de Carlos posarse en su cintura obligándola a apoyar la espalda en su pecho. Una vez allí, su futuro marido, inhaló el perfume de su cuello provocándole un cosquilleo que le erizó la piel, hizo que sus pezones se



irguieran anhelantes y provocó una corriente de humedad entre sus muslos.

—Mi amor —Carlos susurró contra su cuello, estaba muy excitado y su polla estaba erguida contra el trasero de Mel.

Mel sentía los besos de Carlos en su cuello y se estremecía con mil corrientes de placer, gimió cuando las manos de su todo, se curvaron sobre sus pechos, se apoyó contra él mientras notaba con cada movimiento el miembro excitado de Carlos contra su cuerpo. Con un erótico gemido le rogó.

—Hazme el amor ahora... por favor...

Carlos la giró entre sus brazos y comprobó cómo el deseo nublaba los ojos de su amada. La obligó a caminar hacia atrás en dirección a la cama, mientras, sin dejar de besarla, ambos iban dejando un reguero de ropa tras de sí, los zapatos, la blusa de Mel, su camisa, el pantalón de su niña. Mientras él se sacaba los pantalones al borde de la cama, su polla dio un salto al ver a Mel, sentada en el medio de la cama, con las piernas ligeramente entreabiertas, vestida únicamente con un exquisito conjunto blanco de encaje. Mel se alegró de que Carlos no perdiese el tiempo, se subió a la cama con ella y muy despacio le acarició los brazos recorriendo sus hombros y la espalda, apenas rozándola con las yemas de los dedos en una caricia embriagadora. Mel estaba empapada mucho antes que Carlos le soltase el cierre del sujetador y comenzase a darse un festín lamiendo, chupando y torturando sus pezones. Carlos estaba muy excitado, y la visión de Mel, tumbada en la cama, elevando las caderas para reclamarlo casi acaba con su cordura.

—Quiero sentirte dentro de mí —Mel alargó su mano tratando de alcanzar el miembro de Carlos. Nunca había sentido una necesidad así, tan carnal, tan pura. Sentía que no estaría todo en su su sitio hasta que volviese a sentirlo en su interior.

—Shh.. Tranquila cariño... voy a estar dentro de ti... Mel... te deseo con locura.

Carlos la torturó un poquito más quitándole las braguitas con dolorosa lentitud, posó un dedo en su clítoris y lo acarició con suavidad. Mel casi llega al orgasmo con aquella caricia, estaba muy al borde del abismo. ¡Joder! Pensó Carlos, es preciosa, está empapada y es toda mía. Necesitaba correrse en ella como un puto bárbaro, se colocó el condón con rapidez y guió su polla hasta la entrada resbaladiza. Se hundió en ella con una única estocada y la cubrió con su cuerpo mientras comenzaba a bombear dentro y fuera sin parar, una y otra vez. Mel gemía ante el placer que recorría su cuerpo de extremo a extremo. Carlos no

tenía suficiente, quería a Mel pegada a él, sin que un milímetro los separase, así que sin salir de ella, la tomó por la cintura y la arrastró con él mientras se sentaba en el borde de la cama. Mel se sentía colmada por el miembro de Carlos y ahogó un gemido cuando comprobó que, en aquella postura, rodeándolo con sus piernas y con las manos de su todo sujetándola por el trasero, el placer se incrementaba cada vez que ella se elevaba sobre su miembro. Mel acariciaba los mechones rebeldes con las manos entrelazadas en la nuca de Carlos, mientras éste la impulsaba arriba y abajo con una cadencia cada vez mayor.

—No dejes de besarme cariño... —le pidió Carlos, estaba casi ciego de placer y aún necesitaba más contacto.

Mel obedeció al ruego de Carlos y posó sus labios en los suyos. Ambos enloquecieron con el baile de sus lenguas que, insaciables, trataban de recuperar el tiempo perdido. A Mel los pezones le dolían de lo excitados que estaban, y cada vez, se endurecían más al rozarse contra el pecho de Carlos. El placer estaba enroscándose en el centro de su ser, dejó de besar a su todo para conseguir un poco de aire porque sentía que el orgasmo que llegaba era tan intenso que no estaba segura de poder soportarlo. Carlos no iba a aguantar mucho más, la imagen de Mel subiendo y bajando sobre su polla, sus pechos rozando su cuerpo y el cómo gemía echando la cabeza hacia atrás a punto de alcanzar el orgasmo provocó que su miembro estuviese a punto de derramarse en ella.

—Córrete, mi amor —Le pidió.

Mel volvió a obedecer y emitió un grito mientras el placer la transportaba muy lejos de allí. Carlos la sujetaba con firmeza, los espasmos del orgasmo de Mel desencadenaron el suyo y se corrió gimiendo sobre su cuello.

La tormenta apenas había remitido cuando Carlos los tumbó a ambos de nuevo sobre la cama, frente a frente, desnudos, medio saciados, con la mano de él acariciando su cadera y la de ella repasando una y otra vez los mechones de su pelo. Los ojos azules del océano clavados en los ojos desnudos de la preciosa niña de sus ojos. Carlos fue el primero en poder hablar.

—Te he echado mucho de menos cariño... Te amo Mel. Te amo de todas las formas en las que se puede amar a una persona. No lo olvides nunca.

Mel cerró los ojos procurando que aquellas palabras se grabasen en su mente y en su corazón para siempre.

—Lo eres todo para mí, Carlos, te amo. Estoy entregada a ti en todos los aspectos, soy tuya, mi cuerpo es tuyo, mi mente es tuya, mi alma es tuya ... y tú, mi vida, eres mi todo.

La noche transcurrió para ellos así, mirándose y amándose hasta el amanecer. Sin dormir, robándole al sueño todas las veces que debieran haberse habido amado durante su separación, agradeciendo que el destino hubiese logrado que, por fin, el momento, el tiempo y el espacio coincidiese para ellos dos.

Dos días después de aquella noche, Rose Taylor, miraba por la ventana de su salón. Se había levantado inquieta aquella mañana, tenía el presentimiento de que algo iba a suceder ese día, si aquello iba a ser bueno o malo, era lo único que no se le revelaba con claridad. Llevaba todo el día asomándose a la ventana de tanto en tanto sin saber muy bien qué era lo que debía buscar y, a aquella hora de la tarde, se sentía la vieja más estúpida que habitaba sobre la faz de la tierra. “Déjalo ya... Rose” se dijo. Estaba a punto de retirarse, cuando el corazón le dio un vuelco.

—¿Pero qué demonios me pasa hoy? —Se preguntó en voz alta.

La respuesta apareció en el jardín de Little Rose. Las lágrimas acudieron a los ojos de la anciana y se llevó la mano al pecho. Mel caminaba de la mano de su amado hacia la casa y Rose, desde aquella distancia, podía distinguir perfectamente su anillo de pedida brillando en la mano de Mel. Con rapidez se secó las lágrimas, se alisó la falda y comprobó que su moño no se había movido de su sitio. Tomó aire mientras sentía cómo la energía recorría de nuevo sus gastadas venas haciendo que el corazón le latiese con fuerzas renovadas. Se giró dando la espalda a la pareja y fijó la vista en el retrato del capitán Brewster que presidía su salón.

—Declan, amor mío, gracias... sabía que tú podías hacer esto por mí... nunca dudé de que tú cuidarías a nuestra niña.

La aldaba de la puerta sonó con fuerza y, con una gran sonrisa, Rose se despidió con un gesto de su amado.

—Capitán Brewster... voy a estar muy ocupada las próximas semanas, Rose Taylor va a organizar la boda más bonita que nadie, jamás, haya podido imaginar.

FIN

